AMBER FARRELL
INVESTIGADORA PARANORMAL

LIBRO 5

LOS SECRETOS DE LOS ÁNGELES



MARK HENWICK

Los secretos de Los Ángeles

Libro 5 de Amber Farrell Investigadora Paranormal

Revelación por Mark Henwick

Publicado por ***Marque***

Publicaciones, reseñas y noticias en
www.athanate.com

Amber Farrell - Investigadora Paranormal 5 - Los secretos de Los Ángeles
ISBN 978-1-912499-80-9

Publicado en 2026 por Marque

Mark Henwick reivindica el derecho a ser identificado como autor de esta obra.
© 2026 Mark Henwick

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o utilizada en ninguna forma ni por ningún medio —gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones, cintas, distribución web o sistemas de almacenamiento y recuperación de información— sin el permiso por escrito de la editorial.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes y acontecimientos que en ella se describen son fruto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, entidades jurídicas, incidentes o lugares es pura coincidencia. Es posible que las leyes de la física, la química, la biología y la psicología no funcionen tal y como se describen.

Traducido al español por Cinta Pluma
© 2026 Cinta Pluma

Notas del autor

Nombres asiáticos:
A lo largo de esta serie, utilizo el orden occidental (nombre, segundo nombre, apellido) para escribir los nombres, a fin de que coincidan con la mayoría de los personajes de los libros. La mayoría de las sociedades asiáticas utilizan el orden apellido, nombre, segundo nombre.

Shakespeare:
«Estamos hechos de la misma materia de la que están hechos los sueños»
Sí, sé que estoy citando mal y que gramaticalmente es incorrecto (en inglés) según los estándares actuales.

ADEMÁS:
La serie Amber Farrell - Investigadora Paranormal es una historia continua, más que una sucesión de episodios. No es recomendable empezar por ningún otro sitio que no sea el principio, con *El beso de la serpiente*, y leerla en orden.

AMZ20260804

Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Mapa de las manadas de Los Ángeles
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69

Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73

Capítulo 1
Vuelo nocturno

Flotando…
Flotando río abajo por el torrente de la noche hacia la ciudad de los sueños…

Nuestra Señora, Reina de los Ángeles. Donde la larga espina dorsal del dragón de San Gabriel se extiende sobre la temblorosa falla de San Andrés y cuatro millones de personas se agolpan a su sombra. *Mal feng shui,* murmuran los chinos, y escupen para limpiar su suerte.

Los Ángeles. Donde las resplandecientes calles de la abundancia cortan como cuchillos los barrios desesperados. Donde las bandas y las sectas, los terremotos y los incendios en las colinas, los disturbios, la desesperación y la locura, todo hierve a fuego lento justo bajo la superficie, esperando, como el desierto imperturbable, poder brotar por las alcantarillas y engullir la ciudad.

LA. La lacónica arrogancia en las iniciales de la ciudad que *vive*, llena de mitos, palpitante de historias. La ciudad que se alimenta de sueños, sin dejar más que polvo y pesadillas.

Y nosotros somos la materia de la que están hechos los sueños. O las pesadillas.

Sabía que estaba en un avión, volando a Los Ángeles, porque Skylur nos había llamado, y mi juramento me unía a él, tan firmemente como Diana o Bian estaban unidas a él, o como mi Casa estaba unida a mí.

Y sabía que yo estaba al borde de la locura. Que había cruzado la línea. Que había sido una renegada, convertida en una asesina irreflexiva e instintiva, consumida por la rabia y la sed de sangre. Y que mis parientes me habían traído de vuelta.

Traída de vuelta como licántropo por el dominio de Alex. Traída de vuelta como Athanate por la sangre de Jen.

Y aquella parte de mí que era Adepta había quedado destrozada y aturdida al canalizar toda la energía que la comunidad de Adeptos

de Taos había vertido en un hechizo para mantener a Diana prisionera en aquella fría ladera del Parque Nacional de Carson. La energía que Kaothos, el dragón guía espiritual de Tullah, había revertido de alguna manera.

Me habían dicho que el Athanate volvería loco a mi licántropo, o que el licántropo volvería loco al Athanate. Que el Adepto los volvería locos a ambos renegados.

No había sucedido así.

No eres nada de lo que ellos creerán que eres.

Mi bisabuela, Habla-con-Lobos, me había dicho eso en una visión, y tenía razón. Mis facetas paranormales se equilibraban entre sí. Había escapado de esa pesadilla, únicamente para sumergirme en otra igual, pero con un rostro diferente.

La marea de oscuridad en mi mente no estaba causada por mis instintos paranormales compitiendo entre sí, sino por la intromisión de los psicólogos del coronel Petersen, mientras yacía indefensa en Obs tras haber sido mordida por un Athanate renegado en las selvas de Sudamérica.

Veía eso como una tormenta en mi cabeza, arrasando las frías y altas llanuras, amenazando con aniquilarme bajo nubes imponentes y relámpagos crepitantes. Mi cuerpo se sacudía y se retorcía con cada descarga eléctrica.

Mis parientes me habían salvado, pero no me habían curado. La oscuridad estaba regresando.

Y, sin embargo, era como si hubiera dos mitades de mí. Una mitad que yacía temblando y murmurando febrilmente en el suelo entre mis preocupados parientes, y otra mitad que flotaba en la fresca cabaña, dotada de una claridad de visión que resultaba dolorosa.

Había enlazado el eukori fuertemente en mi cabeza para que la mancha de mi locura no se extendiera, pero estaba escuchando a Diana y a Bian.

Se avecinaba una crisis. Una oportunidad y un peligro entrelazados como serpientes en celo.

Íbamos a Los Ángeles, un lugar donde podías deshacerte de tu antigua vida como de una mala mano y empezar desde cero. Pero también el lugar donde el vacío dios de la fama atraía a los

soñadores hacia la gran luz, sólo para verla parpadear y desvanecerse, dejándolos ciegos y sin estrellas en las junglas de piedra, incapaces de distinguir la verdad de la artimaña. Y todavía creyendo, *seguían* creyendo, mientras ofrecían lo último que les quedaba: su pasión, su salud, su corazón, su alma y su juventud. Al final, incluso sus hijos.

Y el lugar donde Basilikos y Panethus podrían poner fin a su sombría batalla, consumiéndose mutuamente por completo, para que una nueva esperanza pudiera surgir de las cenizas.

Tan cerca.

Flotando río abajo por el torrente de la noche hacia la ciudad de los sueños…
Flotando…

Cuando las ruedas del avión tocaron el frío y gris asfalto del aeródromo de Van Nuys y comenzaron a chirriar, yo empecé a convulsionar.

Capítulo 2
Sesión de terapia

—No, tío, tiene que irse a lo grande. Esto es lo que hay. Esta es la gran salida.

El tipo del que hablan es John Elway. Este enero, había llevado a los Broncos a su segunda Super Bowl consecutiva, lanzando el balón a través de la defensa de los Falcons y corriendo él mismo para anotar un *touchdown*. Es un dios del fútbol americano, pero es un dios del fútbol americano de treinta y ocho años, y los rumores que circulan con fervor en South High en la primavera de 1999 dicen que se va.

Dos Super Bowls consecutivas, el MVP de más edad de la historia, más Víctorias que cualquier otro quarterback titular.

¡Bien hecho!

Pero los chicos no me piden mi opinión.

Es inquietante cómo recordar una frase abre una puerta. Los olores y los sonidos vuelven a mi mente, arrastrando rostros, colores, sabores y más palabras tras de sí.

Las filas de taquillas del instituto South High. Ese olor a institución que ningún conserje puede eliminar. Y el aroma empalagoso de mi reserva de caramelos de emergencia que me dan un subidón de azúcar. El pasillo está lleno de gritos y ecos, rebosante de la energía previa a clase que se va quemando. Y zombis en piloto automático esperando a que la cafeína haga efecto.

La puerta de mi taquilla está abierta. Eso me da un pequeño espacio donde esconderme. Un momento para recomponerme y cambiar de actitud para la jornada escolar. Tengo que pensar en la clase. Tengo que concentrarme en los deberes.

Aunque sólo se hable de ello, no es como si Elway y la Super Bowl fueran lo más importante que está pasando en el mundo.

Hay una guerra en Kosovo. La OTAN ha bombardeado a los serbios. Clinton ha hablado de una acción firme, pero sin tropas sobre el terreno. Pero ya nos han mentido antes. Y, bueno, Clinton…

Y más grande que todo eso, en mi mundo, acechándome como un muro de contención, está la sentencia definitiva, a sólo unos días de

distancia. Mi vida podría empezar de nuevo.

Empezará de nuevo.

Piensa en positivo.

La puerta de mi taquilla se cierra de golpe.

—El baile de graduación —dice Cassie Quinn, apoyándose contra la puerta cerrada. Tiene la boca apretada en una línea dura. He evitado este tema demasiadas veces.

Me encojo de hombros.

—Queda un mes. —Cassie es la única razón por la que todavía tengo algo de vida social, pero eso no significa que no sea tan irritante como un mosquito.

—Faltan dos semanas.

—Lo siento, Cassie. Ahora mismo no puedo pensar en eso. Te prometo que después...

—Para entonces será demasiado tarde. Mira, Amber, el seguro lo cubrirá. Papá dice que tienes un caso irrefutable.

La sentencia definitiva. El final de la batalla legal por las enormes facturas médicas de mi padre, que ha durado tres años y nos ha endeudado cada vez más.

—¿Y qué cualificaciones tiene para hacer esa valoración? —pregunto.

Los padres de Cassie han sido un gran apoyo para mamá, pero su padre tiene tendencia a decir lo que ayuda a que mamá se sienta bien en ese momento.

Eso no justifica en absoluto mi mezquindad.

Pero Cassie se lo toma con calma y sigue insistiendo. Sonríe con ironía, así que no tengo nada contra lo que luchar, aunque quiera atacarla.

—Te odiaré para siempre —murmuro, porque ella me entiende. Sabe lo que quiero decir y no le da demasiada importancia a lo que digo.

—Lo mismo digo. —Entonces sus ojos miran por encima de mi hombro y se abren de par en par, con una mirada tierna—. ¡Oh, Dios mío! —dice.

No me trago eso. Soy inmune a sus trucos, por eso, cuatro años después, ella sigue intentando vengarse por las ranas que le puse en

la cama.

Pero resulta que *hay* alguien detrás de mí.

Es alto y delgado. Su cabello, grueso y sedoso, es de ese rubio que parece castaño bajo cierta luz. Lo lleva peinado hacia atrás, pero siempre se le cae hacia delante por su propio peso. Hay un rizo que le roza la frente. Sus pantalones chinos no se arrugan, sus camisas claras consiguen parecer suaves y planchadas al mismo tiempo. Y todo parece natural.

—Hola, Amber —dice.

Tanner Forsythe me está hablando, e incluso se acuerda de mi nombre.

Toso para ocultar mi asombro.

—Lo siento —digo—. Eh… hola, Tanner.

Qué guay. Es decir, qué respuesta tan ingeniosa. Hola.

—¿Os estoy interrumpiendo?

—No. —Cassie recupera la voz y suena muy firme—. Para nada.

—Mis padres están fuera hasta el próximo fin de semana y voy a dar una fiesta el jueves —dice. Baja la mirada hacia sus mocasines y se mete las manos en los bolsillos—. No puedo invitar a todo el mundo, pero me preguntaba si te gustaría venir.

No es el día de los inocentes. Comprobado.

Estoy despierta. Comprobado.

—Por supuesto que iremos —dice Cassie. Me está mirando con ira, con los ojos brillando como cuchillos.

—Esto… —Tanner parece incómodo.

Cassie es muy rápida.

—Quería decir que, por supuesto, *ella irá* —dice sin perder el ritmo.

Antes de que tenga oportunidad de detenerlo, ya está hecho.

Arranca una página de su cuaderno y escribe su número de móvil y su dirección. No sé qué esperaba, quizá una caligrafía garabateada, pero su letra es clara y armoniosa como si hubiera usado una plantilla.

Le doy mi número aturdida.

Tanner saca su delgado Nokia y lo teclea. Es el último modelo de móvil, todo brillo cobrizo y elegancia, con navegador web, como si

eso fuera a ponerse de moda. En fin, mi móvil básico de hace tres años, con su fea antena rechoncha y su carcasa de plástico gris, se queda en mi mochila.

—Te llamaré —dice, y luego se aleja, envuelto rápidamente en un grupo de amigos que ríen.

—No puedo —murmuro, más para mí misma que para Cassie.

Es el jueves por la noche. Supongo que es para que el viernes pueda limpiar la casa antes de que vuelvan sus padres, pero para mí es una noche de trabajo como camarera en Lario's. Primer punto. Seguido de un día de colegio. Segundo punto. ¿Y ropa de fiesta? Mi ropa es la que uso para ir a clase. Tercer punto.

Es muy halagador, pero yo no me muevo en su círculo. Probablemente no conoceré a nadie de los que vayan, y tampoco es que él haya dicho que quiera salir conmigo ni nada por el estilo.

¿Mi círculo? Mi círculo es colegio, comer, trabajar, estudiar, dormir y repetir. A veces correr. Correr ayuda.

—Sí —dice Cassie, sorprendiéndome al estar de acuerdo. Luego añade: —Aunque también podría ser que quisiera llevarte al baile de graduación.

Como si eso fuera a pasar.

Nos dirigimos a clase y hay alguien bloqueándonos el paso: Fay Daniels. Otra persona que nunca me ha dirigido la palabra, que yo recuerde. Ya van dos en la misma mañana.

Hay una especie de simetría en ello: si hay una equivalente femenina de Tanner, esa es Fay. Cabello largo, negro y ondulado. Grandes ojos azules. Labios rojos y carnosos, como si le hubiera picado una abeja. Con un buen escote, por supuesto. Y cuando no iba vestida como una modelo, hacía de animadora. Con una estela de chicos babeando detrás de ella, a los que ignora.

Sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos.

—Tanner sólo siente lástima por ti —dice—. Mira, es un detalle por su parte invitarte, pero yo te aconsejaría que no aceptaras.

Muevo la mandíbula, pero no sale ningún sonido.

—No conocerás a nadie —continúa—. No querría que te sintieras incómoda ni nada por el estilo, así que probablemente sea mejor que no vengas. Ya me entiendes.

Sus labios se estiran un poco más antes de volver con su club de fans.

Mi cabeza por fin reacciona.

—Sabes, Cass —digo en voz alta—, necesito una noche libre. El próximo jueves creo que iré a una fiesta.

¿Qué clase de decisión tan estúpida ha sido esa?

¿Y si tiene razón? Quiero decir, soy todo codos y rodillas. Soy torpe con los chicos. Tanner sólo siente lástima por mí, así que los dos nos sentiremos avergonzados cuando aparezca.

Fay Daniels me mira como si le hubiera dado una bofetada.

—¡Ay! —dice Cassie, como si se hubiera golpeado el dedo del pie. Luego se echa a reír con esa risa estridente y escandalosa que tiene, y yo tengo que unirme a ella.

Fay no se ríe.

Llegamos tarde a clase.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Estoy sentada en el tipi y un ligero hilo de humo se eleva de las brasas.

Frente a mí está sentada mi bisabuela, Habla-con-Lobos. Sé que es ella, pero hoy tiene el rostro de otra persona. Es el rostro de Martha, hermana de Félix, que ha sido acogida en el canto de la manada, el canto que es todo lo que la manada ha sido jamás.

Elegí un camino. Elegí un camino que me llevó a esa loma desolada y elegí un camino que me trajo hasta aquí.

Chatima, la Llamadora, la chamana navajo de Nuevo México, me había advertido de que todos los caminos traían muerte, dolor, sufrimiento y pérdida. Y el camino que elegí trajo la muerte a Martha y a Silas, el enorme lugarteniente de Félix, y a muchos más.

—No había caminos fáciles —dice Martha—. Todos ellos traían consigo muchas muertes. Y debes seguir adelante. Detenerte es perder todo lo que se ha sacrificado para hacer lo que se hizo y para traerte tan lejos. —Se inclina hacia delante y el humo la envuelve como un viejo recuerdo de fantasmas—. Recuerda siempre que sigues sin ser nada de lo que dicen que eres. Cuando dicen

«renegado», se refieren a cuando la ira se apodera del corazón y de la cabeza. Pero tu ira es la gran fuerza que te impulsa, y tu corazón conoce el camino. Confía en ti.

Pero estoy destrozada.

—Sólo estás tan destrozada como te permites estarlo. Confía en ti. Usa esa fuerza.

Afuera, en la oscuridad, oigo la canción. Suena tan reconfortante. Sería más fácil dejarme llevar. Fundirme con la canción. Poner fin al dolor.

—Cobarde —dice ella.

Eso duele.

Y todo el tipi comienza a flotar hacia arriba y a dispersarse como el humo.

Capítulo 3

Me sentía como si estuviera tumbada en la piscina, mirando al cielo. Pero el cielo era un techo blanco en una habitación que no reconocía, y había rostros mirándome desde arriba.

Me dolía verlos. Cada rostro parecía arrastrar mi mente hacia algo doloroso, y era más fácil flotar y no pensar.

Tenía que estar muerta. Estaban celebrando una sesión de espiritismo.

O yo estaba muriendo. A los moribundos les pasa la vida ante los ojos, ¿no?

¿Por qué pasó ante mis ojos ese breve momento en mi taquilla, en lugar de…?

En lugar de cosas que realmente pudieran doler. La conversación en la taquilla era segura. Por muy estresante que la sintiera en ese momento, era segura.

No. Espera. Esto no era mi vida pasando ante mis ojos. Era algo deliberado. Controlado.

Estaba en terapia, una terapia Athanate, dirigida por Diana.

¡Renegada! Me había convertido en una renegada.

Mi corazón se aceleró y se calmó de inmediato.

Esa sensación. Eukori. Del mismo modo que lo había usado para ayudar a otros, ahora se estaba usando para ayudarme a mí.

Diana.

Esa era una de las caras, la más cercana. Pero algo iba mal en ella.

No estaba flotando. Estaba tumbada sobre unos cojines. Tenía la cabeza apoyada en su regazo y sus dedos me acariciaban la frente.

Todos los demás estaban sentados en el suelo a mi alrededor.

¡Jen y Alex! Mis parientes.

Bian, Yelena, Julie y Keith.

¿Keith? ¿Por qué estaba él aquí?

Sentía un dolor físico en la cabeza, como si se me hubiera partido en dos.

—Shhh... No intentes conectar con tu eukori.

Era Diana. No la Diana que yo recordaba. Una Diana anciana, de cabello blanco y envejecida. Una Diana imposible, porque los Athanate no envejecen.

Athanate.

Más dolor; un dolor cegador en la cabeza.

Quería volver atrás. Quería sumergirme de nuevo en mi vida en el instituto, donde los problemas parecían abrumadores, pero eran problemas a escala humana que se podían solucionar. Y, al mismo tiempo, no quería, porque había otras cosas de aquella época, cosas que tenían que quedarse enterradas.

Sentí que Jen me besaba la mano y la apretaba contra su mejilla.

Alex me dio una palmadita torpe en la otra mano.

—Estás bien —dijo Jen—. Estamos aquí. Deja que ayudemos a Diana a curarte.

Parpadeé, tratando de recordar cómo había llegado hasta allí.

El bloqueo. La comunidad de Adeptos de Taos le había impuesto un bloqueo a Diana que le había drenado sus poderes de Athanate. Por eso parecía envejecida, estaba desgastada por el poder del bloqueo.

Kaothos y yo habíamos roto el bloqueo. Pero la enorme explosión de poder había destrozado algo más. Me había destrozado la mente y todo se había mezclado en mi cabeza. Matar a Amaral. Alimentarme de Jen y Alex. El ritual. El vuelo en avión a Los Ángeles. La oscuridad renegada que se filtraba y parecía extenderse por cada rincón de mi mente…

—Tranquila —dijo Diana, y me di cuenta de que había estado balbuceando frases inconexas—. Tenemos que volver —susurró—. Tienes que llevarnos de vuelta a través de todas esas cosas dolorosas que encerraste y te negaste a recordar. Tienes que revivirlas, mirarlas fijamente hasta que pierdan su poder. Todo lo que has encerrado.

—No —dije, con voz débil e insegura. Volvía a tener diecisiete años—. No puedo mirar esas cosas. No puedo dejar que las veáis. No puedo.

Me despreciaréis.

Pero no me escuchaban.

—Te queremos.

—Confía en nosotros.

Todas sus voces susurraban.

—No podemos hacer que esos recuerdos dejen de doler —dijo Diana—, pero tenemos que hacer que sean menos tóxicos. *Tenemos* que compartirlos para poder reconstruirte. Y tú tienes que guiarnos. Tienes que querer esto.

—Por favor, querida. —Jen apretó mi mano contra sus labios.

—No —dije de nuevo.

Negué con la cabeza. Me dolía todo el cuerpo. Me sentía débil.

—Tanto si los guardas bajo llave como si no, cada acontecimiento sigue formando parte de ti —dijo Diana—. La Amber de hoy se construye sobre la de ayer. Ahora tienes que desbloquear esos recuerdos. Tu eres la única que puede hacerlo.

Sentí como si estuviera cayendo.

Recordé a Martha, hablando del pequeño cementerio asentado entre los brazos del seto de tejos, detrás del rancho de Coykuti. *Partes del tejo mueren y se pudren y alimentan al resto. Vive de sí mismo. Se renueva a partir de todo lo que ha sido. La manada es así. Es todo lo que ha hecho, todos sus amores y odios, todos sus deseos y miedos, todos sus triunfos y fracasos.*

Yo era todas las cosas que había hecho. Todas las cosas que me habían hecho. No podía escapar de eso. No podía escapar.

Pero hay partes de mí que no puedo dejar que vean.

Los dedos de Diana se clavaban en mi frente. Fríos como el hielo. Profundos. Implacables.

Mi cuerpo luchaba por escapar de las manos que me sujetaban.

¡No! Hay tantas cosas que no puedo dejar que vean.

—Tranquila, Amber. —La voz de Diana, que parecía resonar por un pasillo—. Ninguno de estos recuerdos es fácil, pero empezaremos antes… *aquí*.

Estoy cayendo a través de la noche sin fondo. Más adelante, en algún lugar de la oscuridad, hay una roca enorme que emerge de la selva. El punto de encuentro, el Hacha del Diablo. La misión en la que murió mi equipo. Puedo sentir la sangre palpitando desde la

herida de mi cuello mientras me derrumbo contra la roca que bloquea las estrellas del cielo sobre mí. Estoy desesperada. Mi equipo… todos ellos muertos. La sed de sangre, la euforia, mientras mi cuchillo se desliza por sus cervicales, diciéndome que he cortado todos los vasos sanguíneos de su cuello y que morirá ante mí, esta cosa que mató a mi equipo. Que me mató a mí.

No. Ese orden no es el correcto. Está todo revuelto. Es un caos. Ese Athanate murió —el loco descendiente de la Casa Chrysos de los Cárpatos—; me mordió y lo maté. Pero no morí. Me convertí en Athanate y sobreviví.

Empieza de nuevo.

Ve paso a paso.

Empieza desde el principio…

Estoy cayendo. Es de noche. Las lecturas del sistema Cyclops de Ops 4-10 me indican hacia dónde dirigirme. A qué distancia. Cuándo tirar de la cuerda. Mi uniforme técnico y mi freno me llevarán allí sana y salva. Mi equipo está detrás de mí.

El viento me azota la cara…

Capítulo 4

Había luz. El difuso paso entre los sueños, los recuerdos y la realidad me resultaba familiar ahora.

Esto era real. Esto era ahora. Estaba tumbada con la cabeza en un regazo.

El regazo de Diana. Era ella quien se inclinaba sobre mí, no Habla-con-Lobos ni Martha ni ninguno de los fantasmas de mi cabeza, y estábamos solas.

Una Diana cuyo rostro era un poco más joven cada vez que me despertaba.

Se está recuperando. Ya lo habíamos hablado. El bloqueo que habían utilizado los Adeptos le había drenado la energía, la había envejecido. Ahora se estaba recuperando. ¿Cuándo habíamos hablado?

—¿Cuánto tiempo? —dije. Mi voz sonaba ronca, me dolía la garganta.

—Nueve días desde que salimos de Nuevo México. —Habló con cuidado, mirándome fijamente.

¿Mirando qué?

Me miraba porque a veces estoy loca.

Espera. ¿Qué ha dicho?

—¿Nueve días? ¿Dónde estoy? ¿Qué está pasando?

Un ligero latido de pánico me golpeó las costillas, y Diana respondió con un pulso tranquilizador.

—Estamos en Los Ángeles. Estás en terapia y te va bien.

Me va bien. Algo que dicen y que no significa lo que dice.

—¿Y qué hay de…? —Dejé la frase en el aire. ¿Por dónde empezaría?

Mi Casa estaba conmigo. Al menos algunos de ellos. Mis parientes. Eso era real.

¿Mamá? ¿Tullah?

Otro momento de pánico.

¿Ingram? Dije que quedaría con él. De eso hace ya diez días. ¿Qué estaba...?

¿Y Félix? ¿Cómo había...?

¿Olivia? ¿De verdad había funcionado?

Mi mente daba vueltas en círculos. Era como intentar salir de un pozo de hielo. Parecía que no conseguía hacer tracción.

Diana dijo con tono tranquilizador:

—Todo está bajo control.

Me di cuenta de que había estado soltando los nombres sin pensar.

—Alex y Jen han estado hablando con tu madre a menudo. Tullah y sus padres se esconden de los Adeptos con Chatima, en algún lugar de Nuevo México o Arizona. El agente Ingram ha recibido un mensaje explicándole que te estás recuperando y que te pondrás en contacto con él. Alex habla con Félix todos los días. Olivia está bien y, por lo que he oído, disfruta de ser una mujer lobo de pleno derecho cada vez que puede.

Se me escapó un suspiro.

Todo va bien. Relájate.

—Tienes que concentrarte en ti misma durante un tiempo —dijo Diana—. Deja que nosotros nos preocupemos del resto.

Concentrarme en mí misma.

—Soy una renegada —dije. Eso también era cierto. Lo recordaba.

Tuve un flashback de la escalofriante conclusión de Bian sobre cómo el Athanate se ocupaba de los renegados: *Les proporcionamos una muerte rápida y humana*.

¿Por qué sigo viva?

—Llegamos a tiempo —dijo Diana, al ver las preguntas que se formaban en mi cabeza.

—¿Como con David?

David había empezado a convertirse en renegado. Diana lo había traído de vuelta, casi sin esfuerzo. Pero todo eso había sucedido en el transcurso de una sola noche.

¿Nueve días?

—No como con David —dijo Diana—. Tú fuiste mucho más lejos, y eres mucho más complicada. —Sonrió para suavizar las palabras.

Cerré los ojos por un momento, arrullada por las feromonas tranquilizadoras que me estaba dosificando.

No, no como con David.

Sólo Diana podría haberme traído de vuelta. La había salvado en Nuevo México y, al hacerlo, me había salvado a mí misma. Sin el tratamiento de Diana, el Athanate ya me habría matado. O los licántropos lo habrían hecho; ellos seguían la misma línea con los renegados. Aunque lo que finalmente me había llevado al límite no era mi Athanate, ni mi licántropo. Era lo que los humanos me habían hecho.

Y eso no se había solucionado. A pesar de las palabras tranquilizadoras de Diana, podía sentirlo como una oscuridad que se movía en lo más profundo de mi ser.

—No, todavía no hemos terminado —susurró Diana—. Pero escucha mi juramento, Amber Farrell, Casa Farrell, amada mía: te sostendré, todo el tiempo que haga falta, mientras sea capaz. No dejaré que caigas. Por mi Sangre, así lo juro.

Sentí cómo su eukori complementaba los pacificadores. *Calma. Tranquilidad.*

Ella me curaría. No tenía que preocuparme por nada más allá de mi tratamiento.

Lo que en sí mismo era suficiente para preocuparse.

—Soy todas las cosas que siempre he sido. —Las palabras se escaparon de mis labios, como si el espíritu de Martha hablara a través de mí. Mi ritmo cardíaco intentó dispararse—. Todas las cosas que me han hecho...

—Y también eres todas las cosas que podrías llegar a ser —dijo Diana.

Su eukori se agitó de nuevo, se adentró en mí, sincronizó mi corazón con el suyo hasta que latieron juntos tan lentamente como las olas en la orilla.

—A veces —dijo—, para arreglar las cosas, tenemos que desmontarlas completamente y volver a montarlas. Es como un extraño rompecabezas. Todo se conecta con algo más, pero todo tiene su lugar. Incluso las cosas malas.

»Esto no es como una lesión física, no es como arreglar un hueso. —Su voz parecía flotar hasta mí—. No puedo hacerte como eras antes de que pasara nada malo, sin borrar todo en lo que te has

convertido. Ese mismo todo que todos amamos y que vale la pena tener.

Nosotros.

Mi Casa y…

—Keith —dije—. Vi a Keith, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué hace él aquí? La última vez…

—Casi le muerdes. Sí, le asustaste —dijo Diana, sonriendo—. Pero sigue preocupándose por ti y, tal y como tú juzgas estas cosas, creo que él y Julie forman parte de tu Casa.

Tal y como yo juzgo estas cosas.

Me di cuenta de que había un problema, pero estaba demasiado embelesada como para ocuparme de ello.

Diana habló en voz baja. Un intercomunicador o algo así. Yo estaba flotando.

Abrí los ojos y vi a Julie y a Keith sentados a ambos lados de mí. Julie estaba hablando, como se habla a los pacientes que no estás seguro que puedan oírte.

—Estoy dentro, si me aceptáis —decía.

Parpadeé, intenté rebobinar. Estaba hablando de unirse a mi Casa.

—Quiero decir, ¿en qué otro sitio voy a encontrar un humor tan cutre y unos comentarios sarcásticos tan buenos?

Me reí entre dientes, pero Diana dijo algo mordaz y Julie bajó la mirada.

—Vale. Vale. —Respiró hondo—. Estabas ahí para ayudarme cuando los Nagas vinieron a por mí. Nos mantuviste vivos a Keith y a mí.

—Los Nagas te perseguían porque me ayudaste —dije.

—No, nos opusimos a lo que estaba pasando en Ops 4-10. Tú sólo fuiste la pieza que utilizamos.

Hubo un intercambio de miradas entre Julie y Keith. Sentí que sus caminos eran diferentes. Cada uno estaba tanteando el terreno.

—Confiaste en mí —dijo Julie—. Lo suficiente como para que protegiera a Jen. En aquel momento no me di cuenta de lo mucho que significaba eso. Ahora sí. —Se movió incómoda—. Hay muchas

cosas que tenemos que discutir. Yo… estoy flipando con algunas de las cosas que están pasando…

Se detuvo en seco y Keith tomó la palabra.

—Yo también —dijo—. Pero no se trata sólo de lo que ha pasado en Denver. —Otra mirada, casi culpable, pero parecía estar sacando fuerzas de Julie—. También se trata de antes. Cuando tú y yo… cuando estábamos juntos en 4-10.

Habíamos sido pareja hasta que me mordieron. Primero me aislaron del resto del batallón y luego me enviaron a Denver. Supuse que nuestra relación no había tenido ninguna oportunidad. No envidiaba el amor que él y Julie compartían ahora.

—No es culpa tuya —dije, arrastrando las palabras—. Ninguno de los dos sabíamos lo que significaría para mí ser Athanate.

Él negó con la cabeza.

—No es eso, Amber. Siento no haber sido mejor para ti entonces, pero me refiero a antes de eso.

Fruncí el ceño.

—Yo sabía... —comenzó.

—Lo sabíamos —interrumpió Julie.

Él asintió.

—Sí. Sabíamos que algo iba mal, algo que había pasado antes de que te alistaras. Lo sabíamos y no hicimos nada. Te fallamos.

—Éramos un equipo y te fallamos —dijo Julie—. Te lo debemos.

Intenté incorporarme, pero no tenía fuerzas.

No. Eso no. Sin obligaciones.

Más pacíficos caían de Diana. Apenas podía moverme.

Los demás iban entrando y se sentaban en círculo a mi alrededor.

Alex. Jen. Bian. Yelena.

Todos estaban tensos, incluso Bian, y Jen había estado llorando, por mucho que intentara ocultarlo.

Diana volvió a hablar.

—Esta es la clave, Amber. Tenemos que volver atrás, a las profundidades de tu caja fuerte, a su núcleo mismo, y encontrar las cosas que guardas allí.

Sus dedos estaban fríos, se extendían, se extendían, *empujándome* hacia abajo.

Alguien gritaba mientras me hundía de nuevo en la oscuridad.

Capítulo 5
Sesión de terapia

Ya es primavera, pero esta tarde sigo llevando chaqueta.

Me la he puesto bien alrededor del cuerpo, con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos como si tuviera frío. Es reconfortante.

No sé por qué estoy aquí.

Todo el mundo se ha enterado de la noticia, por supuesto. Las malas noticias se propagan más rápido que las ondas de radio.

Lario me envolvió en uno de sus grandes abrazos que olían a su buena cocina y me dijo que me tomara un par de días con sueldo completo. No fui a clase. Cassie ha estado llamándome al móvil, pero ¿qué puedo decir?

Hablaré con ella mañana.

Me siento mal por haberme ido de casa esta tarde, pero mamá parecía no escuchar nada de lo que le decía y Kath ha estado llorando todo el día.

Caminé y caminé, como si pudiera escapar. Ahora es hora de afrontarlo.

Llegó la sentencia definitiva y estamos en bancarrota. No habrá problema para vender la casa, gracias a Dios, pero eso no saldará la deuda.

Mamá tiene un trabajo. Esta mañana tiré los formularios de la universidad y voy a empezar a buscar un trabajo a tiempo completo. Mañana. Quizás pueda seguir trabajando por las tardes para Lario también. Encontraremos la manera, de alguna forma.

Kath tiene que seguir en el instituto *e* ir a la universidad; se lo prometí a papá.

Hay tanto en qué pensar, tanto que hacer, que parece que me aplasta contra la acera.

Y no sé por qué he acabado aquí, delante de la casa de Tanner.

Dentro habrá un montón de amigos suyos que irán a la universidad en otoño. Si no están hablando de eso, estarán hablando del baile de graduación, y yo tampoco voy a ir ahí. O, dado el tipo de casa y de coches que veo aquí, quizá estén hablando de

cómo sus padres les compraron su deportivo después de volver de sus últimas vacaciones en Europa.

Eso no es justo. La mala suerte de mi familia no es culpa suya.

Pero esta noche no estoy de humor para fiestas.

Estoy a punto de dar media vuelta y volver a casa cuando se abre la puerta y la fiesta se desborda hacia la entrada en una explosión de voces y risas.

Enseguida me doy cuenta de que no hay sólo gente del instituto. De hecho, la mayoría parecen universitarios. Estoy segura de que algunos incluso vienen de la «vida real», trabajan.

—Amber, qué bien que hayas podido venir. —Tanner se acerca a zancadas, con los brazos abiertos en señal de bienvenida. De alguna manera, me meten en una de las furgonetas y varios vehículos se ponen en marcha hacia una discoteca. Para «calentar», como dice Tanner.

Tardamos cuarenta minutos en llegar a la discoteca. A nadie parece importarle que yo no hable mucho, y ellos no hablan de casas ni de coches. De hecho, la gente del South High habla del tipo de cosas que me rondaban por la cabeza la semana pasada: la sensación de que nuestros días de colegio se nos están escapando y de que la vida, grande y aterradora, se nos echa encima. Nadie quiere admitirlo, pero a mí me parece que todos estamos desesperados por aferrarnos un poco más a la seguridad familiar del instituto y por eso el baile de graduación es un evento tan importante.

Hay un chico en el coche que, de hecho, trabaja. El chico trabajador ya ha pasado por lo que nosotros estamos a punto de pasar, y no puede evitar hacernos sentir un poco incómodos.

Por fin llegamos a la discoteca. Nunca había estado en una discoteca de verdad, así que cuando llegamos, no tengo nada con lo que compararlo.

Salimos en tropel de una docena de coches diferentes. El chico trabajador parece conocer a los porteros, y juraría que algo cambia de manos antes de que nos dejen entrar sin comprobar nuestras edades.

Sigo sin estar muy segura de qué hago aquí, pero quizá bailar sea lo que necesito.

El dinero de Lario que llevo en el bolsillo daría para pagar la entrada y me sobraría lo suficiente para salir pitando y tomar un taxi a casa si fuera necesario, pero Tanner insiste en pagar.

No pienso en largarme cuando entramos.

El club es increíble. Pasado el bar, hay una enorme pista de baile hundida en una especie de foso lleno de humo. Sobre ella se alzan dos paredes de pantallas de plasma, ondulando y parpadeando con imágenes. Láseres estroboscópicos parpadean en lo alto y bolas de espejos giran sobre nosotros. El DJ está en una plataforma elevada, medio oculto tras su equipo e iluminado desde abajo. Parece una especie de demonio sombrío mientras bombea su música a las hileras de altavoces. El público está saltando.

No hay tiempo para hablar. No hay esperas incómodas para que te inviten a bailar. Todos nos lanzamos a la pista de baile y nos dejamos llevar.

Estoy entre Tanner y un bombón con el torso desnudo, que lleva un sombrero Stetson y vaqueros, con los abdominales relucientes de sudor.

El DJ conoce bien su club. *Baby, One More Time* da paso sin pausa a *Man, I Feel Like a Woman*, y luego a éxitos como *Believe*, *Heartbreak Hotel* y *No Scrubs*. Las pantallas muestran fragmentos de los videoclips de las canciones, intercalados con imágenes de la pista de baile. El ambiente se va calentando y llenando más con cada canción. Los movimientos se suavizan, ya que todos estamos chocando unos con otros. Incluso yo choco con Fay Daniels. Por un segundo, creo que va a ser un problema, pero ella está en una nube. Da una vuelta y acaba pegada al chico del sombrero Stetson y empieza a restregarse sensualmente contra él, lo que le da un poco de espacio para que la admiren.

Una cámara, colgada por cables en lo alto de la pista, sale disparada de la oscuridad como un ave rapaz que viene a atraparla. De repente, Fay aparece en las pantallas con una altura de tres metros, contoneando las caderas contra el chico del sombrero Stetson al ritmo de la música.

Ella ve la imagen. Se ríe, se da la vuelta y lo empuja con el trasero, intentando que la cámara se centre sólo en ella. Funciona por un segundo, y luego las pantallas vuelven a mostrar el videoclip. Fay pone morritos.

Todo es diversión. Sin hablar. Sin pensar. Viviendo el momento.

No tengo que pensar en lo que tengo que hacer mañana o pasado mañana. Eso es una bendición.

Después de una hora más o menos, nos tomamos un descanso.

Consigo beber un poco de agua y entonces alguien me pone una botella de cerveza en la mano. Todos se la beben de un trago y vuelven a la pista. Yo los sigo.

Repetimos eso un par de veces y, movidos por una especie de instinto gregario, decidimos que es hora de cenar. Salimos en tropel del club y nos metemos en el restaurante mexicano más cercano en busca de comida salada y picante y jarras de cerveza fría.

A estas alturas, todos estamos sonrosados, ruidosos y mareados, pero algunos también están borrachos.

Me preocupan los que conducen. Tanner parece sobrio, pero quizá sea hora de irnos.

Me convence de que no lo hagamos. Algunos se van. La mayoría nos dirigimos a casa de Tanner en lugar de al club.

La casa de Tanner. *Vaya.*

Sus padres le han dejado convertir el sótano en una versión en miniatura del club. Un equipo de música de DJ completo, altavoces, una pared de pantallas de plasma, luces de discoteca, una barra con bebidas.

Bajamos al sótano bailando y seguimos donde lo habíamos dejado en el club.

Tanner se encarga de la música y su selección es diferente a la del club. Como no estoy en el ambiente adecuado, nunca he oído hablar de esto. Nombres de bandas como Delirium y Transcending Knights. Mucho ritmo de baile y pocas letras.

Yo no los conozco, pero parece que todos los demás sí. Hay gritos de aprobación con cada tema nuevo.

El espacio es más pequeño que la discoteca, así que está igual de abarrotado, aunque algunos de los que conozco del instituto no

hayan llegado hasta aquí. Otros se van alejando mientras sigo bailando.

El vídeo es ingenioso y extraño a la vez: clips repetitivos de escenas que casi parecen tener sentido antes de volver a empezar, una y otra vez, hasta que dejo de preguntarme qué significan.

Tanner le pasa la música a otra persona y se pone a bailar conmigo. No a mi lado. *Conmigo*. Ha traído un par de cervezas y me bebo la mía de unos cuantos tragos largos.

¿Es esto una cita, entonces? ¿Acabo de conseguir una cita para el baile de graduación? ¿Un novio? ¿Yo?

Luego empieza una nueva canción y un espectáculo de luces, y dejo de pensar en cualquier otra cosa.

Se oye un trueno, y casi espero que se funda con *Riders on the Storm*, pero esta tiene un comienzo más lento, medio tono, con dos o tres acordes que prometen una melodía antes de repetirse. Un lejano tamborileo tranquilo y frenético que se va acercando poco a poco. Una voz robótica que repite un par de frases. Un vídeo en bucle que parece sacado de una serie de ciencia ficción japonesa. Me cuesta entrar en el baile, pero todos los demás están emocionados.

Entonces llega un ritmo de bajo, como si una manada de búfalos se precipitara por las escaleras. Me hace temblar las piernas y siento el estómago revuelto. La media melodía se vuelve atronadora, impulsada como una vieja máquina de vapor, y la pista estalla, arrastrándonos a Tanner y a mí con ella.

Me siento mareada, como si pudiera salir volando de la pista de baile.

Todo el mundo es increíble. Los quiero a todos.

Demasiado pronto, parece que todo se desvanece hacia el final, pero puedo sentir que el resto sabe que no es así. Siguen bailando al compás que se desvanece, con las manos por encima de la cabeza. Una pareja cerca de nosotros tiene los ojos cerrados y frunce el ceño, como si fuera realmente importante no perder ese ritmo ni por un segundo.

El sonido melancólico del viento de las altas llanuras se impone. Suena un único y lejano tintineo de pandereta.

Las pantallas brillan y no muestran ninguna imagen; luego, el blanco se oscurece para revelar a dos mujeres, desnudas e inmóviles en el desierto, con las manos cruzadas sobre el pecho y mirando hacia la pista de baile. Tienen los ojos cerrados. Lo único que se mueve es su cabello al viento. La luz se va apagando poco a poco hasta que las mujeres no son más que siluetas.

Una luz roja empieza a parpadear justo en medio, entre sus sombras. Alguien grita. La gente aplaude al ritmo de la luz. Más rápido. Mirar la luz es como asomarse a un pozo profundo y espeluznante. Estoy mareada. Veo algo que se agita entre la oscuridad. Alguien gime. Sería gracioso, pero a mí también me ha atrapado. Me inclino, deseando que sea lo que sea traiga de vuelta el ritmo.

Y lo hace. La pared de plasma estalla en un arcoíris. El sonido retumba a través de nuestros cuerpos. Todo fluye al unísono, me envuelve. Me sienta tan bien. Mejor que eso, es perfecto.

Me inunda. Todo está bien, todo el mundo es mi amigo.

Es simplemente *perfecto*.

Entonces Fay aparece en pantalla. Hay una cámara en una esquina de la habitación. No se acerca en picado como en el club, pero hace un zoom sobre ella. Está bailando, y lo hace bien, borracha o no. Cuando se da cuenta, se ríe y le sigue el juego, pavoneándose y acariciándose.

El chico del sombrero Stetson está bailando con ella. Él también lo hace bien, siguiendo su ritmo. Sigue sin camiseta, y de repente, Fay tampoco la lleva. Se la quita y lanza el sujetador tras ella.

Incluso por encima de la música, oigo gritos de aprobación y ánimo.

No sé qué pensar. Es su cuerpo. Ella ha elegido hacerlo. Eso significa que se siente empoderada, ¿no? Suena bien y me parece mal. ¿O soy sólo yo?

Ella es preciosa. Y el chico del sombrero Stetson es guapo. Menudos abdominales tiene.

Se lanzan el uno al otro.

¿La he visto echar un vistazo a su alrededor? ¿Está montando un espectáculo para alguien en particular?

¿Tanner?

El chico de la furgoneta también está con ellos. El que tiene un trabajo. El chico que trabaja. Da igual. La rodea con los brazos y le acaricia los pechos con las manos.

Se están riendo, así que supongo que no pasa nada.

Todo va bien.

Entonces ella los besa.

Me tambaleo. Supongo que me he despistado. Me lo tengo merecido.

Tanner me sujeta. Me siento bien con sus brazos alrededor de mí. Me siento muy bien.

Seguimos moviéndonos al ritmo de la música, pero estamos apartados en el borde de la pista de baile.

No hay sillas, sólo un banco donde estaban apiladas las bebidas. Ahora está vacío.

¿Nos hemos bebido todo eso?

Qué tontería pensar en eso justo cuando Tanner me besa.

Tampoco sé qué pensar de eso. Es el rompecorazones de todas las chicas, claro, pero si esto es una cita, es nuestra primera cita.

¿Y qué?

Es bueno. No es que haya tenido otros novios con los que compararlo.

Tiene la mano en mi pecho.

—Estamos bien, ¿verdad?

No sé qué decir.

Sí. Todo está bien. Todo es cálido y brillante: el tacto de su mano, sus dientes en mi oreja.

Él gime algo y su mano se desliza de mi pecho a mi vientre.

No puedo apartarlo; si no me estuviera abrazando, creo que me derretiría sobre la mesa.

Alguien más está gritando algo.

—Quédate aquí sentada. Ahora mismo vuelvo —dice.

Hay movimiento al otro lado de la sala, pero mis ojos no pueden enfocar.

Unos chicos suben las escaleras. Vítores. Chocan las manos al pasar.

¿Se van?

No tiene más sentido que lo que se ve en las pantallas de plasma y ahora no me encuentro muy bien.

Algo va mal, pero no consigo procesarlo.

No veo con claridad.

Me froto los ojos y miro hacia abajo. Joder. Tengo la camisa abierta.

Algo sobre la gente que baila. Todos mis nuevos amigos del baile. Hay algo que ha cambiado.

No queda ninguna chica en el sótano.

Mierda. Sé que esto es malo, pero no sé por qué. Son todos mis nuevos amigos, ¿no?

Necesito ir al baño.

Hay uno a un lado. Llego al retrete y vomito todo lo que he comido esta noche.

Bebo agua del grifo hasta que vuelvo a vomitar. Otra vez. Y otra vez.

Se oyen ruidos. La música sigue sonando fuera. Golpes en la puerta.

Meto toda la cabeza bajo el grifo.

Sé que tengo que irme a casa. Esto no es una borrachera. Esto es otra cosa. A casa. ¿Cómo?

Abro la puerta y salgo tambaleándome del baño, sabiendo que tenía que ir a algún sitio, pero las luces son demasiado brillantes y todo suena muy fuerte.

—¡Vaya! —dice Tanner. Estoy sentada en el suelo por alguna razón, y él me levanta.

Me llevará a casa.

Tengo que pedírselo. No puedo decirlo.

—Por favor —intento decir, pero lo único que sale es una especie de graznido.

—Lo entiendo. No pasa nada —dice. Su voz es tranquilizadora—. ¡Oh, tío, esto va a ser tan bueno! Esto es fantástico.

Me está tumbando boca arriba. Así está mejor. Es suave y cómodo, pero no es su coche. Sigo en el sótano. ¿Por qué sigo en el sótano?

Hay tanta luz.

¿Por qué las luces son tan brillantes?

Y tengo frío.

¿Dónde está mi ropa?

Hay hombres aquí. Todos pueden verme. Intento taparme, pero no puedo mover ni los brazos ni las piernas. Algo me sujeta.

—¡Oh, sí! —dice alguien—. Mira eso.

Tanner. Su cara sonriente está justo delante de la mía. Tiene sudor en la cara. Los ojos brillantes y frenéticos.

Se oyen muchos gritos. *¡Primer plano! ¡Primer plano!*

Hay un ojo enorme y brillante, como el de un insecto, cerca de mi cara. Una cámara. Una cara en la pared que parpadea detrás de ella: enorme, confundida, conmocionada.

—¡Joder, sí! —grita Tanner, y el rostro enorme hace una mueca de dolor.

Me lame la mejilla.

Luego siento un dolor en la entrepierna e intento gritar, y el gran rostro de las pantallas se retuerce y se retuerce, y no puedo ser yo.

No para. Me desmayo. Sigo recuperando el conocimiento y sigue pasando.

Dolor.

Y no va a parar. Va a durar para siempre.

Nunca me libraré de esto.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

—Es tu miedo el que habla. —Habla-con-Lobos con el rostro de Martha se sienta de nuevo frente a mí, con el humo enroscándose a su alrededor—. Te liberas de lo que te pasó cuando decides liberarte de ello.

Cuando yo lo elija.

—No es fácil, niña, pero es tu elección. —Su voz es firme.

Me he liberado de ello.

—Lo has escondido dentro de ti. Eso no es liberarse. Es tan erróneo como la primera vez que lo intentaste.

La forma en que lo intenté al principio. Puedo recordarlo. Sí, sabía que estaba mal. Muy mal. No sólo para mí.

—Bien —dice ella—. Ahora, ve y vívelo de nuevo. Desgástalo, como el agua que gotea sobre la piedra. Y luego debes encontrar la manera de convertirlo todo en poder. Debes encontrar el camino a seguir. Tú sola.

El camino a seguir.

Hay una palabra que vive en el latido de mi corazón, que late en mis venas, pero no tiene sentido.

Redención.

¿Por qué necesitaría redención? Esto no fue culpa mía. Me niego a aceptarlo.

Redención. Redención. Redención.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

El sótano está vacío y en silencio. El equipo de sonido está apagado. Las pantallas de plasma muestran sucesivamente los salvapantallas.

Hago rodar mi cuerpo dolorido fuera del colchón y tengo arcadas en el suelo.

Hay sangre encima de mí. Saliva seca. Cerveza. Arañazos.

El suelo está lleno de condones usados.

Vuelvo a tener arcadas.

Sé lo que ha pasado, pero todo es borroso y fragmentario. Como la imagen que formaría un rompecabezas si encajaras las piezas a la fuerza de forma incorrecta.

Mi ropa está tirada a un lado. Me arrastro hasta allí e intento ponérmela, tambaleándome y cayéndome varias veces.

Tengo que salir. Huir.

No deben verme. No debo verlos. El conocimiento permanecerá en sus ojos para siempre. No soporto la idea de que me miren así. *Puta*, dirán. *Puta*. Nunca imaginé que sonara tan mal.

Me tiemblan demasiado las manos. Vergüenza. Miedo. Asco. No puedo ponerme la ropa.

Sé que no debo sentir vergüenza. Ni miedo. Ni asco. Como si nunca hubiera pasado.

Pensar en eso me ayuda. Me pongo los vaqueros, me enredo con los cordones.

Tengo que atármelos. Necesito correr.

Sin emociones. Nada. Nada de nada.

Mejor. Ahora mis dedos consiguen apretar los cordones.

Respiro hondo. Sin titubeos.

Me pongo la camisa y la chaqueta.

Ya vestida, subo sigilosamente las escaleras del sótano.

El pasillo está vacío.

Puedo oírlos arriba, en una de las habitaciones del segundo piso.

Sin emociones. Sal. Huye. No pienses. No sientas. Sobrevive. Nada más importa.

Abro la puerta principal y salgo corriendo.

Anestesiada. Pero incluso después de colarme en mi casa y frotarme hasta dejarme la piel en carne viva, no puedo borrar la imagen de ellos rodeándome, mirándome, señalándome, burlándose y gritando. *Puta. Puta. Puta*. Es como un látigo. Es como ser golpeada.

Capítulo 6

—¿Nunca se lo contaste a nadie?

Parpadeé. Casi no había oído la pregunta. Me había vuelto a sumergir en revivir la última sesión en mi cabeza. Habían pasado doce días desde que visitamos por primera vez el sótano de la casa de los Forsythe, y acabábamos de hacerlo de nuevo. Doce días de *desgastarlo todo* cada día.

No había sido tan malo como la primera vez, pero incluso así fue suficiente para dejarme aturdida y agotada.

Mala costumbre, eso de no concentrarme. Tengo que dejar de hacerlo.

—No —respondí.

Demasiado breve. Demasiado indiferente.

Me aclaré la garganta.

—Una vez que lo enterré, me pareció más fácil dejarlo enterrado.

Diana y Bian se sentaron conmigo, con las piernas cruzadas en el suelo.

Tenían cuidado con lo que decían después de una sesión, pero yo sabía lo que pensaban: *fue una muy mala idea reprimirlo así*.

Bueno, ahora ya lo había sacado.

¿Era mejor así?

Apenas había pensado en Forsythe en diez años, salvo por alguna pesadilla puntual, que rápidamente reprimía. Ahora, estaba conmigo todo el tiempo, como un fantasma en el límite de mi campo de visión.

Cuando me detenía a pensar en él, la primera idea siempre era *¿cómo?* ¿Cómo pudo hacerme eso? ¿Cómo pudo volver al instituto al día siguiente como si nada hubiera pasado? ¿Cómo pudo engañar a todo el mundo para que pensaran que era un tipo tan genial y guay?

A partir de ahí todo se fue al traste. ¿Qué pensaba él de mí? ¿Se daba cuenta de que yo era una persona? ¿Acaso había sufrido algún daño mental que le hubiera llevado a hacer eso?

¿Era culpa mía?

¡No!

—Basta ya del pasado —dijo Diana, interrumpiendo mis pensamientos.

Esperó a que mi ritmo cardíaco se estabilizara.

—Esta terapia tiene dos etapas distintas, aunque pueden solaparse. La primera se enmarca en las sesiones de reviviscencia que hemos estado haciendo. —Hizo una pausa y esperó mientras todos tomábamos varias respiraciones tranquilas—. Esas sesiones requieren ayudantes: *xenagia*, la guía, y *stirythes*, aquellos que recorren los caminos contigo y te prestan su fuerza. Se nos necesita hasta que esas experiencias que revivimos contigo ya no tengan poder sobre ti.

Sabía lo que vendría después.

—Entonces tendrás que estar sola.

A pesar de saber que iba a llegar, se me aceleró el corazón. Había llegado a contar con la fuerza de muchos para enfrentarme a esos recuerdos.

Habla-con-Lobos: Debes encontrar el camino a seguir. Tú sola.

—Sólo tú puedes llevar esto a cabo —repitió Diana sin darse cuenta de las palabras de Habla-con-Lobos—. Sólo tú podrás elegir exactamente cómo seguir adelante para que todo lo que ha sucedido sea una fuente de fuerza y no de debilidad.

Nunca había pensado en ello como una *fuerza*. Por mi cuenta, primero intenté desconectarme de todas mis emociones. Eso había sido un error. Luego intenté enterrarlo en el fondo de mi caja fuerte mental. Eso había funcionado sorprendentemente bien hasta que Obs decidió usar mi propia caja fuerte para enterrar lo que me habían hecho. Cuando todo se derrumbó, eso fue lo que casi me convirtió en una renegada.

Como me había dado cuenta durante las últimas dos semanas de terapia, mi esperanza había sido neutralizar lo que me había pasado, hacer que no importara. Incluso borrarlo.

Pero ¿darle la vuelta, convertirlo en una fuerza? ¿Qué necesitaba *para eso*?

¿Ser todo zen y simplemente dejarlo ir? ¿Arrancarle la garganta a Forsythe? ¿Llevarlo a los tribunales?

¿Una *fuerza*? ¿Cómo?

Diana me observaba atentamente.

—No sé lo que hace falta —dije.

—No esperamos que lo sepas de inmediato. Piensa en ello como un descubrimiento que harás.

—Me parece... —Fruncí el ceño y cerré los ojos, tratando de captar algo esquivo que brillaba justo fuera de mi alcance—. Me parece que no es tan sencillo.

—Es normal estar preocupada —dijo Diana.

No era eso, no exactamente. Era como si hubiera dos caras en esta cuestión de la fuerza, o dos elementos que la componían. Como si hubiera algo dentro y algo fuera.

Abrí los ojos. Bian se inclinó hacia delante para hablar, pero Diana le puso una mano en el brazo para detenerla.

Diana y Bian no estaban completamente de acuerdo sobre mi terapia.

Yo lo sabía. Bian había hecho una pregunta tras la primera sesión difícil. Me había molestado, pero hoy mi mente parecía no querer saber cuál había sido esa pregunta.

Sabía por qué. Del mismo modo que me habrían sedado en el hospital, cuando aún era humana, Diana había puesto unos ligeros límites en mi mente para evitar que arruinara el progreso que habíamos logrado. Una forma de coacción.

Sabía todo eso; de hecho, ella me había pedido permiso primero. Parecía sensato, pero ahora empezaba a cuestionarlo. ¿Cuándo me desharía de ello? ¿Cómo podía confiar en nada de lo que creía saber mientras estuviera ahí?

Como suele ocurrir con estas cosas, ese pensamiento titilante que se me había escapado pareció condensarse en una palabra mientras mi atención se desviaba hacia otra parte.

Redención.

La repentina reaparición de esa palabra en mi mente me confundió.

¿*Por qué* tenía que redimirme?

Una parte de mí sólo quería matar a Forsythe y largarme. Y otra parte sabía que ahí faltaba algo importante. Mi pulso se aceleró.

Frustración. Y rabia.

—Necesito hablar de otra cosa —dije.

Cualquier cosa.

—Por supuesto —dijo Diana rápidamente.

—Tullah. —Elegí a la persona que más me preocupaba. —Dijiste que se estaba escondiendo de los Adeptos. ¿Has sabido algo? ¿Está bien?

Otra mirada entre Diana y Bian.

A pesar de todo lo que habían hecho por mí, aquello empezaba a resultarme irritante. Entendía perfectamente la necesidad de tomárselo con calma, de no alterarme, pero, como cualquier paciente, me estaba poniendo de mal humor. El pensamiento racional estaba perdiendo terreno. Y Diana acababa de insinuar, más o menos, que estaba lista para seguir adelante.

—Sigue escondida —dijo Diana—. No tuvimos tiempo de explicarlo antes, y no estoy segura de...

—Por favor —dije.

Curiosamente, a Diana pareció gustarle que le hubiera plantado cara.

Quizá esa era su forma de juzgar cuándo era realmente el momento de seguir adelante: cuando yo fuera lo suficientemente fuerte como para quejarme de que me trataban con guantes de seda.

Dejé esa reflexión para más tarde. Ahora estaba demasiado cansada.

—Muy bien —dijo Diana—. Te dije que se estaba escondiendo de los Adeptos, pero no te dije de cuáles.

—¿La comunidad de Denver, supongo? —La madre de Tullah, Mary, había dirigido a los Adeptos de Denver, pero la comunidad había sido tomada por un Adepto llamado Weaver. Era un tipo peligroso. Quería aprovechar el poder del espíritu guía dragón de Tullah para sí mismo. Me preguntaba si tenía ese poder. Sentía que Kaothos había estado creciendo, incluso durante el tiempo que Tullah y yo habíamos pasado en Nuevo México.

Pero Diana negaba con la cabeza.

—Se está escondiendo de todas las comunidades ahora mismo, pero el verdadero problema no son las comunidades locales. Es el

Imperio del Cielo.

Fruncí el ceño.

—Pero Liu y Mary me pidieron que contactara con los Adeptos del Imperio y les pidiera consejo sobre cómo crear una comunidad para Kaothos. ¿Por qué se está escondiendo Tullah de ellos?

¿Había vuelto a meter la pata?

Había convencido a Bian para que me dejara hablar por videoconferencia con Xun Huang, el Diakon del Imperio del Cielo. Durante la conversación, le había pedido hablar con los Adeptos del Imperio y le había dicho que los espíritus guía dragón eran un tema de interés. La intensidad de su repentina atención había sido un poco inquietante, pero no hubo indicios de que representara una amenaza.

Bian dijo:

—Cuando tú y el dragón rompisteis el bloqueo que retenía a Diana, al parecer se produjo una onda de choque en la energía.

Me quedé atónita.

—Eso llegó hasta...

—Hasta China, sí —dijo Diana—. Una manipulación tan abrupta y poderosa de la energía provoca ondas que pueden viajar por todo el mundo.

—El Emperador envió inmediatamente a Huang y a un equipo de Adeptos a Nuevo México —dijo Bian—. Al no encontrar a Tullah ni a Kaothos, ampliaron la búsqueda. *No* se pusieron en contacto con nosotros —añadió—, ni con ninguno de los Adeptos que conocemos, para pedirnos que le transmitiéramos a Tullah una oferta de ayuda. A Mary y a Liu eso les pareció… preocupante.

A mí también.

—¿Crees que quieren llevarse a Tullah y a Kaothos por la fuerza?

Bian se encogió de hombros.

—Más vale prevenir.

—No te preocupes, están a salvo y Kaothos está protegido. Huang no los encontrará —dijo Diana. Frunció los labios—. Como fuiste la primera persona en plantear esto al Imperio, cuando Huang finalmente venga aquí, a Los Ángeles, querrá averiguar si sabes algo de su paradero. —Abrí la boca, pero hizo un gesto con la mano para

que no hiciera más preguntas—. No estarás en peligro por culpa de Huang. Skylur y yo nos encargaremos de ello.

Bian añadió:

—Huang tiene que venir a Los Ángeles. Su presencia en el país sólo está permitida por la garantía de seguridad de Skylur. El propósito de esa garantía era conseguir que todas las Casas vinieran aquí y debatieran sobre la nueva Asamblea. Así que, a menos que Huang venga a Los Ángeles y participe en el debate, estará infringiendo el dominio de Skylur y estará sujeto a las sanciones habituales. Irónicamente, todo esto ha servido para lograr uno de los objetivos de Skylur: conseguir que el Imperio participe en la Asamblea.

Así que no había metido la pata. Quizá incluso había ayudado a la causa de Skylur.

—¿Cómo son? —pregunté.

—¿El Imperio? —Bian resopló—. Difíciles. Arrogantes. *Poderosos*. El propio Huang parece el Diakon más afable que jamás hayas conocido, pero hay una razón por la que ocupa su cargo.

Aunque, por lo que sabíamos, Panethus tenía más miembros Athanate, el Imperio del Cielo era una sola Casa, con cada subcasa Athanate vinculada directamente por juramento al Emperador. Lo mismo ocurría con cada manada de licántropos o comunidad de Adeptos de su dominio.

Diana sonrió.

—Ahora, hablemos de otras cosas. —Pasó a hablar en Athanate, con lentitud y claridad—. Cuéntame sobre los estatutos de la Casa Farrell en los que tú y Pia estáis trabajando.

Mis días no estaban sólo llenos de sesiones de terapia y de dormir. Hacía ejercicio con Yelena y los demás. Tenía teleconferencias con Pia y David. Aprendía habilidades útiles que llevaba años queriendo aprender, como forzar cerraduras. Y trabajaba duro para comprender tanto la sociedad Athanate de la que ahora formaba parte como el idioma en sí.

En cada visita, Diana dedicaba tiempo al idioma. A veces escuchábamos las retransmisiones de la conferencia. Skylur esperaba que poder escuchar todas las deliberaciones convenciera a

la mayoría de las Casas de Athanate de volver a su territorio y dejar el asunto en manos de sus representantes. Esa estrategia aún no había funcionado, pero las retransmisiones continuaban, encriptadas y difundidas a través de la dark web en un sitio seguro gestionado por Altau, llamado Tartarus. Tuve que buscarlo: Tartarus era el nombre de una región del infierno en la mitología griega; un abismo de tormento y sufrimiento. Pensé que eso encajaba a la perfección con la conferencia.

Diana me hablaba con frases muy sencillas, pero el Athanate era un idioma exasperantemente difícil, con un vocabulario enorme y matices complejos: había dieciséis formas de decir «te quiero». Y al menos treinta y dos formas estándar de modificar esa frase.

Empecé a hablar, desglosando ideas complejas sobre mi Casa. Quería incluir a los licántropos, a los adeptos y a los humanos, además de las categorías reconocidas en el Athanate. Cómo creía que se equilibraban los derechos y las obligaciones. Qué tamaño debería tener mi Casa. Cómo la dirigiríamos. Reflexiones modernas sobre una cultura que había existido durante miles de años. Al fin y al cabo, no era tan malo que resultara tan difícil plasmarlo todo en frases sencillas; dejé de pensar en lo arrogantes que le parecerían mis ideas a Diana.

De hecho, era incapaz de pensar en *nada* más mientras luchaba por responder a sus preguntas. Una buena terapia, y seguro que esa había sido su intención desde el principio.

Y no me dio ninguna indicación de que pensara que mi carta constitutiva fuera una mala idea, lo cual me pareció alentador.

Una hora más tarde nos interrumpió una llamada de Skylur; Diana tuvo que marcharse.

Esperaba que Bian la acompañara, pero como había perdido el cargo de Diakon de Altau a favor de Naryn, sus obligaciones oficiales parecían haberse reducido.

—Parece que necesitas hacer una siesta —dijo cuando bostecé—. La terapia te deja así.

—No estoy cansada —mentí.

—Vale. Igualmente, quédate ahí sentada y yo prepararé un poco de té.

No llegué a probar el té.

Capítulo 7

Por la mañana, más o menos. Era ridículamente temprano o demasiado tarde. Mis ciclos de sueño estaban completamente desregulados.

Como había dicho Bian, la terapia Athanate provocaba eso.

También me desorientaba al despertar. Los sueños, las sesiones de terapia y las cosas que hice ayer se mezclaban en mi mente.

Para empezar, me ayudaba enfocarme en el número de días.

¿Veintinueve? No, treinta días.

Mi terapia llevaba ya cuatro semanas, desde que llegamos de Nuevo México.

Cuatro semanas de «desgastarlo todo», como decía Habla-con-Lobos. Los recuerdos que había encerrado tras un muro: aquellos últimos días en South High, perder a mi equipo en la selva, el equipo de Petersen de Obs experimentando conmigo.

Había dejado de gritar.

Y aunque ahora era capaz de mirar todos esos recuerdos sin pestañear, cada sesión me pasaba factura.

Dormía. Mejor de lo que lo había hecho en años. Y cuando no estaba en terapia o durmiendo, hacía de todo para cansarme. En parte por una aversión natural a pensar en mi terapia y, en parte, sospechaba, por la ligera presencia de la coerción de Diana.

El idioma Athanate. Las leyes y costumbres Athanate. Entrenar hasta que mis músculos gritaban. Practicar combate.

Todos se turnaban para entrenar conmigo, pero mi compañera habitual era Yelena. Mi cárpata de cabello platino era *buena*, casi tan rápida y agresiva como Bian. En cada sesión aprendía trucos nuevos mientras conseguía nuevos moretones.

Ella y yo compartíamos el entrenamiento con el resto de mi Casa.

Jen y Alex. Julie y Keith. Y Vera. Yelena era mucho más cuidadosa con los demás de lo que era conmigo; me lo tomaba como un cumplido. Y se estaba integrando en mi Casa sin esfuerzo. Lo cual era bueno, porque una Casa Athanate necesita un Diakon tanto como una Señora, y yo estaba llegando a la conclusión de que el destino me había entregado a la candidata perfecta.

Disfrutaba viéndolos a todos.

Julie, Keith y Alex se habían confiado demasiado en sus habilidades de combate cuerpo a cuerpo. Eso duró exactamente una sesión con Yelena.

Jen estaba totalmente centrada en sacar el máximo partido de cada lección. Me había dicho que no quería volver a sentirse impotente nunca más, y ahora estaba haciendo todo lo posible para conseguirlo.

Pero la mejor era Vera. Hace un par de meses, había llegado como una mujer que empezaba a hacer las paces a regañadientes con los síntomas de la edad que se le echaban encima: le dolían las articulaciones, sus huesos se estaban volviendo frágiles y su memoria se había vuelto un poco errática. Ahora se lanzaba alegremente por las colchonetas de entrenamiento. Había redescubierto la invulnerabilidad de ser joven, gracias al efecto rejuvenecedor de haber sido mordida por un Athanate.

Bian había estado nominalmente a cargo de su tratamiento, pero se lo había delegado a Yelena.

Un acuerdo que parecía convenirles a ambas.

Cuando me cansaba del duro trabajo mental y físico y necesitaba hacer algo relajante, nadaba.

Jen nos había encontrado una casa en Hollywood Hills, más allá de la red de calles atascadas de Sunset, donde las pálidas carreteras serpenteaban hacia arriba entre laderas empinadas y altos setos verdes. Una casa blanca y reluciente encajada en la ladera que, desde dentro, daba la sensación de que vivíamos en una tarta nupcial: todo niveles escalonados, balcones interiores y escaleras de caracol. Era propiedad de alguna estrella de cine, posiblemente el mismo responsable de poner un espejo en cada pared. A su favor, tenía la piscina desbordante más hermosa que había visto. Sin cloro, con un sistema de limpieza de agua salada pura, y una vista desde el borde de la piscina que se extendía por el valle hasta la propia ciudad.

Pero en todos esos espejos no había ninguna Tara.

Desde que tenía memoria, había estado conectada a mi gemela nacida muerta. Todos los días, me miraba en un espejo y veía a mi

gemela tal y como habría sido, y le hablaba. Pero desde Carson Park, nada. Ni Tara. Ni Hana. Ni hermana gemela. Ni espíritu guía lobo. Silencio.

Diana dijo que se me pasaría, junto con el doloroso tartamudeo de mi eukori.

—Paciencia —me dijo. No le creí. Me mentía para ser amable conmigo.

Todo encajaba, cada pequeño detalle, hasta que sentí como si hubiera renacido en Los Ángeles como una persona diferente. Para colmo, estaba la sensación de desubicación que sentía tras las sesiones.

Sentía como si tuviera que comprobar, en cada momento que estaba despierta, si estaba soñando o si esto era la vida real.

Pero normalmente dormía como un gatito. Entonces, ¿qué me había despertado?

Alex y Jen discutían en voz baja fuera de la puerta del dormitorio.

Negocios. Sólo gente muy enferma estaría despierta a estas horas hablando de sus negocios.

—*Tú* te encargas de la gestión desde aquí —dijo Alex.

—Lo gestiono porque el Grupo Kingslund tiene la estructura necesaria para ello, y David y Pia se encargan del día a día en Denver. Llamo dos veces al día, hago teleconferencias, vuelo allí para las reuniones. —Hizo una pausa para darle énfasis—. *Tú* te vas a cazar Basilikos con la seguridad de Altau. Todos los días.

Jen tenía razón. La empresa de Alex, Tallbarn Transportation, operaba desde un par de almacenes, un pequeño edificio de oficinas y un aparcamiento de camiones. Estaba orgulloso de su empresa, con razón, pero la gestión era escasa. Y parecía que, cada vez que no estaba ayudándome en una sesión, estaba de patrulla con Altau.

—Olivia está en la oficina —dijo Alex—. Ella sabe lo...

—Es una *secretaria*.

—Y Ricky también está.

—Ni siquiera es un empleado. Tienes dos alternativas sensatas...

—Sé lo que estás diciendo. O compras Tallbarn o me vuelvo a Denver.

—¡No! —Jen tenía un temperamento muy irascible, y Alex estaba tocando sus puntos débiles.

—¡Shh! —En voz más baja—: Te estoy ofreciendo poner a un gerente mientras estamos aquí en Los Ángeles —dijo Jen.

La desconfianza de Alex era evidente.

—¿Por qué?

—Para ayudarte. No tengo ningún motivo oculto.

—¿Cuánto costará?

—¡Nada! —El mal genio volvía a aflorar.

Jen y Alex habían sido una de mis grandes preocupaciones desde que me convertí en Señora de la Casa Farrell. Los quería a ambos con todo mi corazón, y me dolía que discutieran así. Además, el hecho de que mis parientes estuvieran continuamente discutiendo dañaba a la Casa.

Pensaba que las cosas estaban mejorando.

Las cosas *habían* estado mejorando. Hacía un par de semanas, la sesión con Diana había hurgado en mis recuerdos de cuando rescaté a Jen de la fábrica de Longmont. Aquel día había vivido un infierno: casi murió a causa del trato brutal de Frank Hoben y sus hombres. Al intentar curarla, al salvarle la vida, había absorbido sus emociones de aquel día y las había encerrado en mi caja fuerte. Luché contra la idea de liberarlas durante la sesión de terapia; ¿qué sentido tenía ahorrarle a Jen ese dolor si se lo iba a infligir ahora, reviviéndolo a través de mí? Pero Diana insistió: había que lidiar con todos los recuerdos de la caja fuerte, aunque no fueran míos.

Como era de esperar, se convirtió en una sesión de terapia para Jen más que para mí. Y yo no estaba en condiciones de ayudarla. Fue Alex quien le abrazó y le consoló con una ternura que me oprimió el pecho y la garganta. Esperaba que eso hubiera supuesto un gran avance para ellos.

Parece que no.

—¡Eh, trolls! —grité—. Si sale el sol mientras seguís discutiendo, os convertiréis en piedra, ¿no?

—¡Mierda!

La puerta se abrió y entraron.

—De todas formas, tienes que levantarte temprano —murmuró Alex.

—Claro que sí. Pero eso no significa que no os odie.

—Lo sentimos —dijeron al unísono, y me reí.

La risa se cortó al recordar por qué tenía que levantarme temprano. Era hora de salir y demostrar que mi «cura» iba a funcionar. Un escalofrío me recorrió la espalda.

¿Estoy preparada?

Aparté ese pensamiento de mi mente.

—¿Estamos de acuerdo en lo relativo a los negocios? —pregunté.

—Estamos de acuerdo —dijo Jen con firmeza—. Voy a prestar un gerente a Tallbarn mientras estemos aquí en Los Ángeles.

Alex respiró hondo para empezar a discutir de nuevo, y decidí jugar sucio.

Me levanté de la cama. Normalmente no llevaba pijama, pero esta vez estaba casi presentable con una de las camisetas largas de Alex.

Me acerqué sigilosamente y los abracé.

Superar los recuerdos de la violación y la tortura había acabado con cualquier atisbo de pasión entre nosotros durante el último mes, pero Diana se había relajado últimamente. Nos estábamos acercando al final.

Quizá había más de una forma de comprobar lo bien que me había curado.

Me resultaba un poco incómodo acurrucarme, pero seguí apretándolos a ambos contra mí, y no les era posible devolverme el abrazo sin abrazarse entre ellos.

No me molesté en intentar abrir mi errático eukori, porque no lo necesitaba para sentir su amor. Era como si el sol de primavera hubiera venido a ahuyentar el frío del invierno de mis huesos.

Por eso sí que merecía la pena levantarse.

Capítulo 8

No duró mucho.

Apenas un minuto después, los guardias de la puerta anunciaron una visita: Skylur. Y segundos después, entró con paso firme, flanqueado por los guardias de seguridad, con su largo abrigo ondeando a sus espaldas.

Era su primera visita desde que habíamos llegado a Los Ángeles y había olvidado lo poderosa que era su presencia.

Él le restó importancia. Le dio la mano a Alex y le dio un beso en la mejilla a Jen.

—Pido disculpas por interrumpiros así antes de que hayáis desayunado.

Todavía llevaba puesta la camisa de Alex, pero había tenido tiempo suficiente para ponerme unos vaqueros y unas zapatillas de deporte. No estaba muy presentable para reunirme con mi jefe. Y su saludo me desconcertó: nos besamos en el cuello al estilo Athanate.

—Y mi segunda disculpa —dijo a los demás—. En esta visita sólo tengo tiempo para Amber.

Jen empezó a hablar, y él levantó una mano para detenerla.

—Sé que tenemos que hablar de los artículos del Wall Street Journal, pero eso puede esperar.

Me tomó del brazo y me llevó a un patio cerrado.

Era una amplia sala con suelo de arce blanqueado y sofás bajos, con vistas a la piscina infinita y al valle, donde el cielo se aclaraba a medida que se acercaba el amanecer.

Nos sentamos uno frente al otro, ignorando el paisaje.

Me miró, con los ojos entrecerrados y escrutadores. ¿Qué veía? No tenía ninguna duda de que todo lo que Diana había descubierto sobre mí, se lo había contado a él. ¿Podía ver en mi rostro las pruebas de todos esos acontecimientos? ¿Era eso lo que buscaba?

Reprimí las punzadas de preocupación y enfado.

No importaba. Le había hecho un juramento, y los términos le permitían hacer prácticamente lo que quisiera conmigo. Quizá esta

reunión sólo servía para evaluar si me había recuperado antes de presentarme ante los demás Athanate.

Así que… tenía que comportarme con calma delante de él.

Me estaba asfixiando en esta casa. Necesitaba salir de nuevo, y con un comportamiento errático no iba a conseguirlo.

—He tardado en darte las gracias por salvar la vida de Diana —dijo—. Espero que entiendas que eso no resta importancia a lo profunda que es mi gratitud.

Yo también había desobedecido a Naryn y, al hacerlo, había desobedecido a Skylur. La gratitud no era una moneda de cambio fiable en el mundo Athanate.

Asentí con cautela.

—Hice un trabajo.

—En efecto. —Se recostó en el asiento—. Por desgracia, puede que esos acontecimientos tengan repercusiones, pero tendremos que lidiar con ellas si surgen y cuando surjan. Por ahora, el tiempo apremia.

Eso no sonaba especialmente tranquilizador, pero al menos significaba que no iba a castigarme por tomar cartas en el asunto, desobedeciendo a sus órdenes.

Al menos, no por ahora.

Me miró fijamente, juntando las yemas de los dedos.

—Eres consciente de que he tenido que interrumpir las discusiones sobre la formación de una nueva Asamblea para convocar un *nomicane* sobre las Casas de la Costa Este y su estatus dentro de mi dominio.

Las Casas de la Costa Este formaban la asociación más antigua de Casas Athanate en América. Habían llegado a principios del siglo XVIII y habían establecido sus Casas en la Costa Este a la antigua usanza, simplemente declarando sus dominios y formando la asociación a medida que llegaban otros. Skylur había llegado más o menos al mismo tiempo, pero la posición de la Casa Altau como cabeza de Panethus significaba que no había formado ninguna otra asociación. Con el tiempo, las Casas de la Costa Este se habían unido a Panethus.

En la última reunión de la Asamblea celebrada en Denver a principios de este año, Skylur había presentado pruebas de que los Guardianes —una Casa supuestamente neutral que actuaba como guardiana de la Asamblea— habían estado haciendo tratos secretos con Basilikos.

Skylur había revocado el estatus independiente de los Guardianes y los había expulsado del país.

También había desafiado la filosofía fundamental del Camino Oculto al comprometer explícitamente a Panethus con la Revelación, y lo remató reclamando toda Norteamérica como dominio de Altau, dando a las doce Casas restantes de la asociación de la Costa Este la opción de jurarle lealtad o marcharse.

No querían hacer ninguna de las dos cosas.

Y entonces la Casa Ibarre —y quién sabe cuántas más— se había unido a Amaral en un intento por hacerse con el control de Panethus y detener la Revelación. Skylur necesitaba demostrar que tenía un control firme sobre el territorio que reclamaba, lo que significaba actuar con decisión contra Ibarre y el resto.

Un *nomicane* era lo más parecido a un juicio dentro de la ley Athanate. Se trataba de una audiencia pública para revelar los hechos de un asunto.

Asentí con la cabeza.

—Diana y Bian me lo explicaron.

Skylur continuó:

—Y supongo que también te explicaron que la Casa Ibarre insiste en que el asunto se trate en la conferencia, donde su seguridad está garantizada, junto con la de todos los demás delegados. Si actuara contra él y las demás Casas que se aliaron con Amaral para convocar su Asamblea, a lo que tengo derecho según la ley, sin presentar públicamente pruebas irrefutables de su traición, perdería el apoyo de una parte significativa de Panethus. Así que no puedo permitirme hacerlo en este momento.

Normalmente no era buena idea llevar la contraria a Skylur, pero había algo que tenía que aclarar.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Skylur hizo un gesto afirmativo.

—Sabes que Diana me ha hecho estudiar el derecho Athanate —comencé.

Skylur asintió.

—Esto es lo que no entiendo. Según la ley de la Asamblea, si los miembros de un partido representado en la Asamblea no están satisfechos con la dirección, tienen derecho a convocar una reunión y, si obtienen suficiente apoyo, a solicitar una votación para cambiar esa dirección.

La expresión de Skylur era impasible.

—Así es. —Su rostro se endureció y pude ver un brillo peligroso en sus ojos—. Sin embargo, no puedo ni voy a permitir que doce de los Athanate más antiguos y poderosos de Norteamérica permanezcan en mi dominio sin prestarme juramento.

—Lo entiendo —dije—. Pero si estaban en su derecho de hacer lo que hicieron, no veo cómo podemos demostrar…

Skylur me interrumpió.

—Estoy de acuerdo en que estaban en su derecho según *la ley de la Asamblea*. —Esperó un momento, pero como no respondí, continuó—: Diana me dice que ya has leído el Agiagraphos.

Por un momento, pensé que había cambiado completamente de tema. El Agiagraphos era el libro Athanate que contenía la filosofía del Camino Oculto, las antiguas leyes que todos los Athanates seguían. El Agiagraphos era anterior a la Asamblea y precedía al establecimiento de Panethus y Basilikos. El Camino Oculto era *antiguo* y era inmutable. Las mismas palabras estaban grabadas en frágiles tablillas de arcilla y delicados rollos de papiro, tal y como aparecían en el texto electrónico traducido que había leído en mi portátil.

Escrito en piedra, decían. Literalmente.

También procedía de una época más sencilla. El Agiagraphos era crudo y brutal en sus directrices para la vida de los Athanate. De una forma inquietante.

Y así, sin más, lo entendí.

—Estás adoptando la postura de que la Asamblea se disolvió cuando se destituyó a los Guardianes, por lo que Ibarre no puede alegar un proceso de la Asamblea en su defensa. Y el Camino Oculto

es claro: el Agiagraphos establece que, si cree que eres el líder equivocado de una asociación, tiene que demostrarlo por la fuerza. Al permanecer en tu dominio reivindicado y no declararte la guerra, la asociación de la Costa Este te ha prestado de facto su juramento de lealtad.

—La mayoría está de acuerdo en que la Asamblea se disolvió —dijo Skylur—. He tenido que asumir la función de los Guardianes y dar una garantía personal por la seguridad de todos los delegados en esta conferencia. Permaneceré en el cargo a la espera de una nueva Asamblea, pero las normas operativas de la Asamblea quedan suspendidas. Ibarre y cualquiera de las otras Casas que se unieron a Amaral infringieron ese juramento de lealtad del Agiagraphos.

Y la penalización por eso...

—Según las leyes del Agiagraphos —dije—, tienes derecho a ejecutar a Ibarre y a cualquier otro que creas que estuvo involucrado en la Convocatoria.

Ibarre era el único de quien estaba segura que había aceptado el plan de Amaral. Por eso era el protagonista de la vista de hoy. La audiencia se había aplazado hasta que me recuperara lo suficiente como para asistir y prestar declaración.

—Estoy en mi derecho —asintió Skylur—. Sin embargo, dadas las circunstancias actuales, eso podría resultar poco práctico y nada aconsejable. Panethus está dividido entre los tradicionalistas, que están a favor del Agiagraphos, y los progresistas, que tienden a apoyar a la Asamblea. Los tradicionalistas quieren que ejecute a Ibarre, pero también son los menos satisfechos con la Revelación. Los progresistas apoyan la Revelación, pero les gustaría que actuara como si las normas de la Asamblea siguieran vigentes.

Y él necesitaba que todo Panethus estuviera unido apoyándole.

Apretó los labios. Siempre me había resultado difícil interpretarlo; hoy no era una excepción. ¿Estaba exasperado? ¿Frustrado?

—¿Qué quieres hacer con Ibarre, entonces?

—No me importa Ibarre —dijo bruscamente, y de repente se puso en pie para recorrer el patio de un extremo a otro.

Eso me inquietó. Skylur no solía pasearse. Skylur no solía responder bruscamente a la gente.

—La fortaleza de los Athanate es también su debilidad —dijo tras un largo minuto—. Somos constantes. *Resistimos, permanecemos*, mientras el mundo gira a nuestro alrededor. Los imperios humanos no han sido más que estaciones en nuestros años. Observamos. Aprendemos de la humanidad, nos adaptamos, pero en realidad no cambiamos. No aquí. —Se llevó la mano al corazón.

Dejó de pasearse para clavarme la mirada.

—Hasta ahora. Hasta que el ritmo del desarrollo humano ha superado nuestra capacidad de adaptación, y el poder de la visión humana ha superado nuestra capacidad de ocultarnos.

Se dirigió a la ventana y se quedó allí, mirando hacia fuera, con las manos entrelazadas a la espalda.

—Durante muchos de esos largos años, Diana y yo nos hemos esforzado por guiar a los Athanate por un camino que garantice su supervivencia. Cuando la visión de la humanidad sobre los derechos y libertades individuales comenzó a cambiar, creamos Panethus para fomentar la idea de la familia y la dependencia mutua. Más tarde, a medida que las sociedades humanas se volvían menos violentas, creamos la Asamblea para regular y reducir las luchas entre los Athanate, que amenazaban con atraer demasiada atención hacia nosotros. Justo a tiempo, justo cuando el poder de la humanidad superó el punto crítico, empezó a funcionar. Hasta que Matlal lo echó todo por tierra en la última Asamblea.

Muchos de esos largos años. Sabía que Skylur era *viejo* —y que llevaba mucho tiempo siendo un líder entre los Athanate—, pero hasta ahora nunca había pensado realmente lo que eso significaba. Por un instante vislumbré los siglos, retrocediendo una y otra vez hacia un pasado tan lejano que apenas podía imaginarlo. ¿Cuánto tiempo había pasado caminando por la cuerda floja entre facciones, intrigando y manipulando, persuadiendo por aquí y amenazando por allá? No por su propio poder, como afirmaba Basilikos, sino para garantizar la supervivencia de todos los Athanate.

Siguió hablando, dejando entrever un atisbo de la pasión que solía ocultar.

—*Necesitamos* a la Asamblea. Necesitamos sus reglas para moderar el Agiagraphos. Necesitamos erosionar la mentalidad de

Basilikos, y tenemos que hacerlo en un plazo que nos dicta la humanidad. La Revelación es el mayor desafío al que nos hemos enfrentado jamás.

Se giró para mirarme.

—Todo ello está siendo saboteado por un idiota que insiste en que conoce un camino superior, y que está alentado por los Athanate que se sienten superiores. Un idiota demasiado orgulloso para doblegarse porque cree que setecientos años le dan la perspectiva y el respeto necesarios para liderar el partido que yo fundé.

Volvió a sentarse.

—No me importa Ibarre —repitió lentamente—. Lo mataré, lo exiliaré o lo perdonaré, siempre y cuando no obstaculice nuestros planes para una Revelación segura.

Se inclinó hacia delante.

—Eso se aplica a todos y cada uno. No se puede permitir que nada se interponga en el camino de una Revelación controlada.

Sus ojos, siempre extraordinarios, se clavaron feroces en mí y pude sentir cómo me latía el pulso en la garganta seca.

—Stalin afirmaba que una sola muerte era una tragedia, y un millón, sólo una estadística —dijo Skylur—. ¿Qué opinas de eso?

—Creo que era un lunático psicópata —dije—, responsable de cincuenta millones de «estadísticas», a las que la enfermedad de su mente le impedía ver como personas, incluso a las pocas que conocía personalmente o a los que decía que le gustaban.

—Sin embargo, tenía cierta justificación para su afirmación. —Skylur ignoró mi enfado—. Un ser humano puede tener una docena de amigos íntimos, un par de cientos de conocidos. A lo largo de toda su vida, es poco probable que conozca a más de unas pocas decenas de miles de personas. ¿Cómo puede comprender las vidas que hay detrás de los millones de estadísticas, salvo intelectualmente? La mayoría de los seres humanos que viven ahora habrán muerto antes de que termine el siglo. ¿Cómo pueden sentir algo por los mil millones que hay detrás de los millones, aquellos que nunca existirán, simplemente porque los millones dejaron de existir?

Su mirada se clavó en la mía.

—No puedo alegar esta ceguera. Me someto. Debo vivir con las consecuencias de mis decisiones, tanto para los paranormales como para los humanos. No soportaré mil millones de tragedias hasta el final de mis días, y un fracaso de la Revelación desencadenará un desastre de esa magnitud.

»Así que trazo un rumbo y guío a los Athanate, como siempre he hecho. Para que la Revelación tenga éxito, necesito que la Asamblea lo respalde. Para conseguir que la Asamblea lo respalde, necesito una base sólida y una mayoría. Esto lo puedo gestionar, pero lo que no puedo controlar es el plazo, porque eso nos viene impuesto. Ibarre es una irrelevancia gritona para mí, salvo porque lo retrasa todo para discutir sus mezquinos argumentos. Quizá suponga que estamos enzarzados en un duelo, que lo odio. No es así. Su única importancia para mí es que la forma en que lo afronte, o no lo afronte, cambiará las facciones en Panethus y puede alterar el equilibrio en la Asamblea, y *no tenemos tiempo*.

»He determinado que la vía menos propensa a retrasar la adopción de la Revelación como tema central de la Asamblea es celebrar un *nomicane*. Mi único objetivo es neutralizar a Ibarre. He considerado sus posibles estrategias y he encargado a alguien que te ayude en los procedimientos de hoy. ¿Recuerdas a Elizabetta, pariente de Sherman?

Tom Sherman formaba parte del equipo de seguridad de Bian, y su pariente, Elizabetta, era la jefa de protocolo de Altau. Ese era un cargo que abarcaba desde las leyes hasta el protocolo, así que supuse que ella era la persona más indicada para acompañarme. Asentí con la cabeza.

—Ibarre es un hombre complejo. Tú y Elizabetta podéis esperar algo dirigido contra vosotras.

—¿Contra mí personalmente?

Él asintió.

—Será alguna forma de utilizarte a ti o tu testimonio en mi contra. Sea lo que sea, no puedo permitir que Ibarre debilite mi posición en la Asamblea, ni mi seguridad en el país.

—Si creyera que sacrificarme garantizaría el éxito de la Revelación, lo haría. Si creyera que sacrificar a toda mi Casa garantizaría el éxito

de la Revelación, lo haría.

Me sorprendió al extender una mano y tocarme suavemente la cara.

—La muerte de cualquiera de nosotros es una tragedia, pero la muerte de millones es millones de veces peor.

Lo entendí. Había formado parte de un ejército que se había enfrentado a esa verdad en cada operación: que éramos prescindibles. Si Ibarre había urdido algo que Skylur no pudiera descartar de alguna manera, yo era un sacrificio necesario para mantener la Revelación en marcha.

Me senté erguida.

—Lo entiendo —dije.

—Creo que sí.

En ese momento, el sol comenzó a asomar por el horizonte y la luz inundó el pequeño patio. Era como estar sentada dentro de una bombilla.

—Eso era sólo uno de los asuntos de los que necesitaba hablar contigo —dijo Skylur, recostándose en su asiento y cruzando las piernas—. Y posiblemente tampoco sea el más importante.

Me contuve para no resoplar y esperé mientras un escalofrío de aprensión me recorría la espalda.

Más importante que ser sacrificada por el bien de la Revelación.

—Si te encuentras bien, necesito que trabajes.

Me aclaré la garganta para disimular el suspiro que había soltado.

—Creo que me he recuperado.

—Bien. Estoy de acuerdo. —Había recuperado su habitual calma y serenidad—. Me has servido de enlace con la manada de Denver, y tengo en mente algo similar. Algo oficial y visible en el mundo del Athanate. ¿Recuerdas la palabra «sindesmón»?

—Sí. Es una de las primeras cosas que Naryn le preguntó a Yelena, si eso era lo que ella decía ser. Una especie de embajadora.

—Hay una gran diferencia entre embajador y sidesmón —dijo—. El sindesmón es, en realidad, una convención de los Cárpatos, pero tiene precedentes en todas partes. Otros Athanate han reconocido y aceptado el cargo de sindesmón.

La primera pista de hacia dónde se dirigía me provocó un escalofrío.

—Un sindesmón cárpato estaba destinado a poder representar a ambas partes. A ganarse la confianza de ambas partes.

—Esa es una *enorme* responsabilidad —logré decir.

No podía creerlo del todo. La implicación era que, al menos a la hora de establecer la política entre Altau y los licántropos, yo le diría a Skylur lo que tenía que hacer.

Quizá «asesorar» era una forma más diplomática de expresarlo.

—Me alegro de que lo veas así —dijo.

—Me estás proponiendo que me convierta en sindesmón de los licántropos y Altau.

—Para los licántropos y la nueva Asamblea —dijo, y mi corazón volvió a dar un vuelco. Por fin estaría en una posición en la que defender los intereses de un grupo no se consideraría una traición al otro.

—Pero ¿y si los licántropos no están de acuerdo? —pregunté.

Skylur arqueó una ceja.

—Entonces pueden nominar a cualquier otro que sea tanto licántropo como Athanate.

Me observó en silencio durante un rato.

—¿Y bien?

—Sí —solté. Mentalmente ya me había adelantado a lo que podría hacer—. Por supuesto.

—Bien. El beneficio que obtendremos de esto será de gran alcance. Es urgente, especialmente aquí en Los Ángeles en este momento. Tarez y yo debemos informarte detalladamente después de la audiencia de hoy.

—El beneficio que obtendrán *ambas* partes de esto —dije, probando la descripción del puesto.

Asintió con la cabeza y esbozó una leve sonrisa.

—Sindesmón —dije, familiarizándome con el término y relajándome un poco tras lo que me había parecido una eternidad de tensión agobiante—. Me gusta el título del puesto. —Pensando en mi negocio de investigadora privada, que ahora definitivamente no

tendría tiempo de atender, dije, medio en broma—: ¿Me dan un sueldo por eso?

—Por supuesto.

Lo miré estúpidamente. En realidad, no esperaba que dijera que sí.

—¿De verdad?

Skylur sonreía ampliamente ahora, tanto que mi paranoia se disparó.

¿Cuál es el truco?

—¿Cuánto?

—Tendrás que preguntárselo a mi representante comercial.

¿Quién demonios es ese? ¿Tarez? Por favor, por favor, que no sea Naryn.

Pero Skylur no me dio tiempo a preguntar.

—Una última cuestión, que no es ajena al tema. Ahora que te has recuperado, no se plantea en absoluto utilizar a tus parientes para mis fines sin tu permiso.

Seguramente se refería a lo que Alex y Jen estaban haciendo para echar una mano.

—No estoy seguro de que Alex te haya dicho lo mucho que está ayudando su colaboración en la búsqueda de las células de Basilikos que se esconden en Los Ángeles.

El olfato licántropo de Alex era mucho mejor que el de un Athanate. No servía para localizar con exactitud dónde estaban los Basilikos, pero podía reducir el radio de búsqueda utilizando el olor de su marca. Entonces, la seguridad de Altau tomaba el relevo, utilizando sus sentidos telérgicos de Athanate para triangular el elemento mental de la marca de los Basilikos.

Los Athanate y los licántropos formaban un *buen* equipo, si se les daba la oportunidad. Exactamente lo que se suponía que debía garantizar mi nuevo papel.

De repente, mi cerebro empezó a ponerse en marcha.

El buen trabajo en equipo era la razón por la que Skylur decía que el papel del sindesmón era tan importante en Los Ángeles: quería que la manada local de hombres lobo colaborase con nosotros.

—Alex lo está haciendo porque es lo correcto —dije.

—No obstante, es un pariente tuyo. Al igual que Jen, y su ayuda en la gestión de la parte empresarial de Altau ha sido excepcional. He podido concentrarme casi por completo en la política de la nueva Asamblea. Ha sido una contribución inmensa y una especie de descubrimiento para mí.

Sabía que Jen había estado ayudando, pero Skylur no era de los que exageraban. Me di cuenta de por qué le había parecido divertido que yo me preguntara tan abiertamente quién era su representante comercial.

—De hecho, le pediré que formalice esto en una relación comercial permanente —dijo.

—¿Grupo Kingslund y Altau Holdings?

—Sí. Con tu permiso, se lo pediré hoy mismo.

Skylur estaba siendo amable. Mi juramento hacia él permitía a Altau utilizar a toda la Casa Farrell, incluidos mis parientes, para prácticamente cualquier cosa, diera yo mi permiso o no.

Jen nunca me perdonaría si dijera que no. El Grupo Kingslund era grande, pero era un pez pequeño en comparación con Altau Holdings.

—Concedido, por supuesto —dije—. Para ambos, aunque la última palabra la tienen ellos.

Jen, sin duda, no rechazaría el reto y, como había dicho, Alex lo hacía porque era lo correcto.

—Gracias, Amber —dijo Skylur formalmente—. Aprovecharemos los descansos en el *nomicane* para discutir hoy otros asuntos relacionados con tu Casa.

Justo en ese momento, la jefa de su equipo de seguridad golpeó la ventana y señaló su reloj.

Jen nos esperaba en el salón, flanqueada por Julie y Keith.

—Por supuesto, Jennifer. —Skylur le indicó con un gesto que lo acompañara—. Mi chófer te traerá de vuelta aquí después y el trayecto nos dará tiempo suficiente para el tema principal de mi lista y un par de los tuyos.

Los acompañé hasta la puerta y regresé a un extraño silencio que se había apoderado de la casa, en contraste con el torbellino de

pensamientos en mi cabeza.

—Hay desayuno en la cocina —dijo Yelena—. Alex ha tenido que salir de patrulla. Todavía es pronto para la vista, así que voy a hacer ejercicio durante media hora.

Era una invitación, pero negué con la cabeza. Tenía demasiadas cosas en las que pensar. Me sentía como si hubiera estado sonámbula y la visita de Skylur me hubiera despertado de golpe a la plena conciencia.

Sindesmón. Un título real y una descripción del puesto*. Estatus. Responsabilidad.*

Y el fin de mi terapia.

¿Estoy preparada para eso?

Yelena se marchó. Me senté en el sofá y miré mi portátil, que estaba sobre la mesita de café frente a mí. Su carcasa plateada parecía atraer mi mirada.

¿Estoy preparada?

Sabía que se suponía que debía avanzar paso a paso. El nuevo trabajo y los trámites con Ibarre serían más que suficientes para afrontar el día de hoy.

Debería desayunar. Ducharme. Vestirme.

¡Al diablo con eso!

Abrí la pantalla del portátil y lo encendí. Abrí el navegador.

Mi ritmo cardíaco se aceleró. Me froté las manos en los vaqueros.

¿Estoy preparada?

Con los dedos torpes, escribí «Tanner Forsythe» en el cuadro de búsqueda.

La pantalla se llenó. Docenas de enlaces. Cientos.

Una fila de imágenes en la parte superior. Ver su rostro fue como recibir una patada en el estómago. No había cambiado mucho: los ojos azules, el pelo castaño claro, el bronceado que resaltaba sobre las camisas claras. ¿Se veía su rostro más duro, o era mi imaginación?

Mis pulmones jadeaban y mi corazón empezó a latir a toda velocidad.

Luces. Gritos.

¡Joder, sí!

Gruñendo, sudando…

Sin quererlo, hice clic en el enlace de las imágenes.

¡Estúpida! Necesito información.

Una pantalla llena de más imágenes. Y poco a poco me di cuenta de que muchas de ellas eran del mismo tipo de escenarios. Esa *era* la información que había estado buscando. En las imágenes.

Fotos publicitarias. Estudios. Alfombras rojas. Programas de entrevistas. Alguien sujetándole la puerta mientras entraba, con gafas de sol cubriéndole los ojos, sonriendo con aire burlón.

Y chicas. Modelos y aspirantes a estrellas, colgadas de sus brazos, bailando con él en discotecas.

Hice clic en una. Me llevó a la página de donde procedía.

«El productor de Los Ángeles Tanner Forsythe crea otro reality de éxito…»

Parpadeé mientras asimilaba lo que eso implicaba.

Ya basta.

Cerré el navegador y me concentré en calmarme.

Forsythe vivía y trabajaba en Los Ángeles.

Sí, había estado dormida. Tanner era *alguien* con quien sabía que tenía que hacer *algo* en *algún momento.* Si él estuviera en Washington, Nueva York o Miami, yo estaría ocupada y tendría que pensar en lo que quería hacer.

No. Él estaba justo aquí. Podría estar a sólo un par de kilómetros de donde yo estaba ahora mismo.

Capítulo 9

Las puertas se cerraron con un suspiro y la sensación de expectación, ya de por sí alta, subió otro peldaño.

—Damos por abierta la sesión —dijo un hombre trajeado al frente de la sala abarrotada. Una sala repleta de Athanate, tan llena que algunos estaban de pie en la parte de atrás.

Los que pudieron, ocuparon sus asientos.

Yo estaba sentada en primera fila, repasando todo lo que Skylur y yo habíamos hablado, preocupándome por lo que Ibarre pudiera tener entre manos e intentando calmar las mariposas en mi estómago.

A mi izquierda estaba Yelena, para apoyarme.

A mi derecha estaba Elizabetta, tal y como Skylur había prometido.

Ella intentaba distraerme con la excusa de darme información sobre el desarrollo de los acontecimientos y ponerme al día sobre las negociaciones para la nueva Asamblea.

Se lo agradecía, pero no funcionaba.

El problema no era Forsythe. Había conseguido dejarlo de lado otra vez... de momento.

Tampoco era Correia, que estaba sentada al fondo con un grupo de sus asesores y un cordón de seguridad. Esperaba el antagonismo que sentía por parte de ella y de Basilikos.

Excepto que ya no se me permitía llamarlos Basilikos. Correia había cambiado el nombre de su partido para distanciarse de la facción Matlal, que había intentado atacar la Asamblea, declarado la guerra a Panethus y afirmado que Los Ángeles les pertenecía. Esa facción seguía llamándose Basilikos, pero Correia había adoptado el nombre de Camino Oculto para su partido.

Era una elección inspiradora. Atraía a los tradicionalistas, e incluso las Casas progresistas se sentían incómodas al pensar que se oponían al Camino Oculto.

Pero no eran Forsythe ni Correia quienes me ponían nerviosa en ese momento. Era la presión casi física de todas las miradas fijas en mí.

Siempre había sido demasiado esperar que mi primera aparición tras la batalla de Carson Park en Nuevo México fuera fácil. Se habían filtrado rumores sobre el ritual. Los licántropos, obviamente, se centrarían en eso, y supuse que los adeptos también. Tenía toda esa discusión y especulación pendiente cuando volviera a estar en plena circulación.

Mientras tanto, estaba frente a los Athanate y muchos de ellos especulaban sobre el tiempo que llevaba fuera de la vista desde la batalla, y el tiempo que Diana había pasado conmigo en lugar de aquí. Diana era una de las Athanate más antiguas y respetadas del mundo. La necesitaban aquí.

Mi dominio del idioma Athanate seguía siendo muy básico, pero pude entender que un grupo de Panethus a mi izquierda estaba hablando de Basilikos. Se desestimaron las afirmaciones de Correia de que el partido Camino Oculto estaba intentando que los renegados de Basilikos abandonaran la violencia y volvieran a la mesa de negociaciones. La mayoría de los Panethus sospechaban que el partido Camino Oculto y Basilikos eran dos caras de la misma moneda, y que Correia no era más que su representante en la nueva Asamblea.

También pensaban que cuanto más se alargara la conferencia, más probable sería que una célula de Basilikos se colara y matara a alguien. No les gustaba que la conferencia se retrasara por esta audiencia. Tampoco les gustaba que Diana no estuviera allí.

Y, de alguna manera, todo eso era culpa mía.

Que les den. Diana sólo estaba en Los Ángeles —y libre para ayudarme a mí o a la nueva Asamblea— porque me había negado a alejarme de Nuevo México, o a dar por sentado, como todos los demás, que ningún Athanate se atrevería a hacerle daño. Amaral se había atrevido. Y la ausencia de Diana tenía tanto que ver con su recuperación del daño que le habían infligido como con mi terapia. *No* era culpa mía.

Me sacudí esos pensamientos e intenté concentrarme en el entorno y en las informaciones que me daba Elizabetta.

Para albergar las reuniones, Skylur había comprado uno de los centros de convenciones más antiguos de Los Ángeles. Estaba

demasiado cerca del enorme Centro de Convenciones de Los Ángeles, en el centro de la ciudad, como para prosperar, y Jen me había dicho que lo había conseguido a buen precio. Los restos del último evento que tuvo lugar estaban por todas partes: enormes carteles y stands vacíos para una exposición de autocaravanas. Skylur los había dejado ahí como camuflaje. Le daban al lugar un aire inquietante.

El resumen de Elizabetta sobre los avances hacia la nueva Asamblea fue conciso y útil.

Tras toda la lucha desde la disolución de la última Asamblea, Panethus y el Camino Oculto seguían estando muy igualados. Además de los indecisos en sus propios bandos, tanto Skylur como Correia estaban cortejando a las Casas del Imperio de la Medianoche, el grupo Athanate en declive que originalmente había abarcado la mayor parte de los territorios del antiguo Imperio Británico.

Panethus estaba mejor situado en ese momento, pero a menos que el Imperio de la Medianoche se pronunciara a favor de uno u otro bando *y* trajera consigo a todas sus Casas, ni Panethus ni el Camino Oculto podían estar seguros de obtener una mayoría absoluta en la nueva Asamblea.

En cuanto a los grupos Athanate que faltaban: el Imperio del Cielo, la enorme asociación que abarcaba China y la mayor parte del Lejano Oriente, y los Cárpatos, el más antiguo de todos los grupos, ninguno de los dos había indicado que asistiría. Ni que respetaría las leyes de la nueva Asamblea. ¿Cómo reaccionarían ante una decisión sobre la Revelación?

De otra conversación de los Athanate a nuestras espaldas, pude oír murmullos de que tal vez Diana habría sido capaz de conseguir que los grupos ausentes asistieran.

Resoplé en silencio para mis adentros; por una vez, yo sabía cosas que ellos no sabían. El Imperio del Cielo podría estar más cerca de lo que sospechaban, y los Cárpatos *estaban* aquí, en el sentido de que tanto Yelena como yo cumplíamos los requisitos por Sangre. Por supuesto, eso no importaba a la hora de conseguir que el Dominio

de Carpathia cooperara con el resto del mundo respecto a la Revelación.

¿Y qué significa realmente para mí esa Sangre de los Cárpatos?

Algo que tendría que explorar más a fondo cuando la crisis actual hubiera terminado.

Bian llegó tarde y fue una interrupción bienvenida.

Insistió en un saludo formal, con besos en el cuello y abrazos para las tres, a la vista de todos. Y a mí me mordisqueó juguetonamente el lóbulo de la oreja con los dientes.

—Dales caña, Ojos Redondos —murmuró antes de escabullirse en busca del asiento que el grupo principal de Altau le había reservado. Gruñó a todos los miembros del Camino Oculto que estaban sentados cerca, y uno o dos se encogieron instintivamente.

Había perdido la esperanza de que Bian me dijera alguna vez su edad, pero basándonos en las pistas de Pia, Yelena y yo supusimos que tenía más de un siglo, pero menos de ciento cincuenta años. La mayoría de los Señores o Señoras de las Casas del Camino Oculto eran mucho más viejos que eso. Todo ello los hacía, en teoría, más fuertes que Bian, pero su reputación era escalofriante, incluso en una conferencia amparada por el juramento de paz de Altau.

Encontró su asiento y las charlas ociosas cesaron cuando Skylur entró.

La atención se centró. A pesar de todos los comentarios sobre retrasar los asuntos de la conferencia, había una atracción y una emoción casi subconscientes por este *nomicane*.

La conferencia al completo versaba sobre fórmulas de representación, cifras, procedimientos y un sinfín de temas igualmente dignos de atención.

Pero ahora… para los Athanate allí presentes, el tema de hoy eran los juramentos. Y la Sangre. Y la traición. Se trataba de nuevas leyes, que únicamente se habían redactado en el ordenador, y de leyes antiguas, tan antiguas que se habían grabado por primera vez en piedra.

El corazón de la comunidad Athanate latía en esta sala.

Me estremecí.

Capítulo 10

Skylur subió con paso firme al estrado, donde le esperaban una mesa y unas sillas. Tomó el asiento central. A su lado se sentaban otras tres Casas. Reconocí a una de ellas: Eugenie, duquesa de Urach-Passau, de la Casa Passau, la Casa más importante de Europa. A otra la recordaba de la última Asamblea: la Casa Stanbrigge, la representante del Imperio de la Medianoche. A la última no la reconocí, y supuse que era del Camino Oculto.

Skylur miró hacia la oscura sala hasta que sus ojos encontraron los míos y se detuvo un segundo.

Un ligero asentimiento.

Un Athanate situado en el extremo izquierdo se puso de pie.

Un Athanate anciano.

Algunos Athanate más mayores parecían muy viejos: con el cabello canoso y la cara arrugada. Pero Skylur no, y tampoco el Athanate que se enfrentó a él.

—Juanuarte Ibarre, Casa Ibarre —murmuró Elizabetta.

Poca broma.

El rostro era inhóspito, con sus cejas pobladas.

Había averiguado que llegó a Maine con las flotas pesqueras vascas en 1657, como capitán y propietario del ballenero *Catalin*. Se había quedado y había establecido un dominio con centro en Portland. Tenía fama de excéntrico; cuando terminó la industria ballenera, integró su barco en el vestíbulo de su casa. Otros decían que a todos los Athanate mayores les gustaba tener cerca su origen y su historia.

Al verlo de pie, Ibarre me hacía pensar en el mar. Era un hombre gigantesco, y se erguía como la proa de un barco de madera surcando una ola en la tormenta. Llevaba una larga chaqueta gris marengo de lana, casi como una capa que se extendía sobre sus anchos hombros. Su liso cabello negro estaba trenzado y atado con una cinta escarlata. Le caía por la espalda como una vaina ornamentada.

Echó un vistazo a la sala. Sus ojos eran grises como las nubes de lluvia y fríos como el mar Ártico.

—Casa Ibarre —dijo Skylur.

—Ykos Altau. —Casa Altau en Athanate. La voz de Ibarre era tan fría como sus ojos. No tenía ninguna posibilidad de seguir este *nomicane* si hablaban Athanate.

—Sabe perfectamente que hemos retrasado el procedimiento para incluir la presencia de un testigo que no habla Athanate, Casa Ibarre —dijo Skylur, recostándose en su asiento—. Sugiero que continuemos en inglés.

—La Casa Farrell, por supuesto —dijo Ibarre—. Un supuesto Athanate que apenas ha superado el *crusis*, ignorante de nuestro idioma y nuestras costumbres. Por supuesto, adaptémonos al testigo. —Su mirada gélida me distinguió entre la multitud y me estremecí.

Skylur se limitó a sonreír.

Ibarre era Panethus, me recordé a mí misma. En algún lugar tenía parientes, y ellos lo querían. Necesitaba, por mi propio bien, ver al hombre en su totalidad, no sólo al oponente en este *nomicane*. Lo necesitaba porque hoy podría decir o hacer algo que lo condenara, y tendría que vivir con el resultado: una tragedia para sus parientes y su Casa, frente a una tragedia para el resto del mundo si no se controlaba la Revelación.

Por supuesto, él podría decir o hacer algo que me condenara a mí.

Una segunda Athanate se puso de pie. Ibarre no mostró sorpresa, pero se volvió a sentar de inmediato, cediéndole el paso.

Lo habían planeado.

Otro escalofrío de preocupación.

¿Qué era esto?

En un *nomicane*, Skylur era simplemente el organizador. Estaba obligado a garantizar que se examinaran todos los aspectos de una cuestión. Parecía que la asociación de la Costa Este iba a aprovechar eso al máximo.

—Casa Prowser —dijo Skylur.

A diferencia de Ibarre y Skylur, Amelie Prowser era una de esas Athanates que cultivaban un aspecto envejecido. Tenía el pelo gris, peinado hacia atrás, y sus mejillas tenían el aspecto de una mujer de

campo, quizá la esposa de un granjero. Su ropa era oscura y sencilla.

Sabía que era incluso más mayor que Ibarre. Aunque no tanto como Skylur, quizá llegó a Estados Unidos antes que él. Su territorio, si lo conservaba tras todo esto, era el estado de Míchigan; era el único miembro de la asociación de la Costa Este que no tenía un dominio en el Atlántico.

Sabía que Ibarre había accedido a traicionar a Skylur; había escuchado la llamada telefónica de Amaral hablando con él. No estaba segura de Prowser. Había oído a Amaral llamarla, pero no escuché lo que pasó.

Quizá estaba a punto de averiguarlo: era evidente que el traspaso de Ibarre a Prowser había sido acordado de antemano.

¿Significaba eso que ella estaba de su lado?

—He hablado con la Casa Ibarre sobre estos procedimientos —dijo ella—. Comparto algunas de sus preocupaciones y, por lo tanto, he aceptado hablar en nombre de todas las Casas no alineadas de la Costa Este.

Su voz transmitía edad y sabiduría, un estilo de hablar y un acento de la antigua Gran Bretaña, con todo el peso de la historia detrás. La habían elegido bien.

En el estrado, Eugenie le susurró algo al oído a Skylur.

Él se encogió de hombros.

—Discrepo con su uso de la palabra «no alineadas». No obstante, continúe —le dijo Skylur a Prowser.

Ella inclinó ligeramente la cabeza hacia él. Yo estaba demasiado lejos para evaluar qué intención tenía ese gesto de reconocimiento.

Se enderezó y habló con claridad.

—Admitimos abiertamente que algunos de nosotros estábamos de acuerdo con las propuestas presentadas por la Casa Amaral.

Se produjo una inspiración colectiva en toda la sala. Eugenie estaba corriendo un gran riesgo: si Skylur argumentaba que la ley de la Asamblea no estaba en vigor en el momento de la Convocatoria, acababa de condenar a muerte a sus compañeros. Ibarre debía de estar bastante seguro de que podrían argumentar con éxito que las

leyes de la Asamblea seguían vigentes. O bien, no creía que importara. Tenía un plan diferente.

Mi sensación de inquietud creció mientras Prowser seguía hablando.

—En aquel momento no sabíamos que la Casa Amaral había traicionado y asesinado a su propio Señor, la Casa Romero. Tampoco sabíamos nada de la atroz captura y tortura de Diana Ionache. Condenamos rotundamente esas acciones. Sin embargo, al desconocer esos hechos, algunos de nosotros nos habríamos unido a él para convocar una Asamblea, con la intención expresa de destituir a Altau como líder de Panethus.

Prowser se adentró en el espacio entre las filas de asientos y el estrado.

—Decimos esto para que no haya necesidad de más investigaciones que supongan una pérdida de tiempo sobre quién estuvo de acuerdo y quién no en convocar una Asamblea.

—«Algunos de nosotros» es un poco impreciso —dijo Skylur.

Volvió a inclinar la cabeza.

—Por eso estamos sentados como estamos —dijo. Señaló a Ibarre e hizo un gesto amplio con el brazo—. La Casa Ibarre y las Casas sentadas a su izquierda apoyaron la Convocatoria. —Incluido Ibarre, había cinco Athanate sentados en ese espacio. Se giró y señaló su asiento vacío—. Yo, y las Casas restantes, no lo hicimos.

El auditorio quedó sumido en un silencio atónito. Según la ley del Camino Oculto en el Agiagraphos, eso suponía al menos cinco condenas a muerte, y no necesariamente sólo para el jefe de cada Casa. El público se había apiñado allí para ver el espectáculo, pero nadie se esperaba este giro tan brusco.

—Como usted dice, Casa Prowser, ha concluido con acierto los primeros pasos de nuestro procedimiento —dijo Eugenie—. Si desde el principio tenía intención de ceder en este punto, me gustaría preguntarle por qué permitió que se retrasara el proceso para adaptarse a la disponibilidad de un testigo que sabía que no sería necesario.

Si el resto de la sala se había quedado atónita, Eugenie desde luego no. Y tenía razón; ¿por qué esperar a que yo apareciera?

La respuesta tenía que ser que el ataque de Ibarre me involucraría a mí.

Prowser se volvió hacia el estrado, juntando las manos delante de ella y frunciendo el ceño.

—Un cambio de planes, Casa Passau.

Eugenie arqueó una ceja.

Prowser continuó sin inmutarse.

—Acepté representar a la asociación precisamente para eliminar el elemento de la pérdida de tiempo —prosiguió—. En lo que debe centrarse este procedimiento no es únicamente en el caso concreto, sino en los supuestos subyacentes de los sistemas jurídicos que la nueva Asamblea deberá llevar adelante.

¿Qué?

Se produjo un murmullo en la sala.

—Están resaltando deliberadamente la división en el apoyo a Panethus —dijo Elizabetta en voz baja—. Una estratagema inteligente.

—Pero según lo que ha dicho —respondí en un susurro—, la mitad de la Costa Este todavía tiene que prestar juramento o marcharse, pero la otra mitad está condenada.

—No si consigue que Skylur ceda. Si retirar su reclamación original sobre el dominio es menos perjudicial que dividir a Panethus entre tradicionalistas y progresistas…

—¿Y si pierde?

—Argumentará de alguna manera que todos siguen teniendo la opción de abandonar el país.

¿Para ir adónde? Estas Casas eran antiguas y estaban bien establecidas. Tenían ubicaciones privilegiadas y enormes dominios. Incluso así, supuse que mendigar dominios al partido del Camino Oculto sería preferible a la muerte.

Todo eso era secundario.

Prowser continuó:

—Nuestros anfitriones aquí en Los Ángeles son Panethus, el partido de la Revelación. Su argumento político sostiene que debemos revelarnos ante la humanidad y que, para que esta nos acepte más fácilmente, debemos tener una ética, una moral y unas

estructuras de comportamiento que resulten tranquilizadoras. Estructuras que la nueva Asamblea nos impondrá a todos.

Más revuelo en el auditorio. Habían venido a ver a Skylur y a la Costa Este discutir un asunto de vida o muerte. Prowser lo estaba convirtiendo en una conferencia académica, por muy importantes que fueran los puntos.

No podía permitirme el lujo de aburrirme. En algún momento de este proceso acechaba un ataque dirigido contra Skylur, y retrasar la llegada del *nomicane* hasta que yo estuviera presente significaba que implicaría un ataque contra mí, dijera lo que dijera Prowser.

Pero ¿dónde estaba?

—El credo de Panethus se basa en tratar a nuestros parientes humanos como iguales —dijo Prowser, como si no se diera cuenta del ambiente—. Dicen que la Revelación necesitaría que esa equivalencia se reconociera en nuestra ley y, para tranquilizar a la humanidad, eso significaría que nuestras leyes tendrían que parecerse a las suyas. Sin embargo, los diversos sistemas judiciales de la humanidad se basan principalmente en la presentación y el examen de las pruebas. Su sistema penal se ve obstaculizado por el conocimiento de que el proceso legal podría ser defectuoso y por la esperanza de que el encarcelamiento o el castigo puedan traer la redención. Se basan en gran medida en el principio de que todos son iguales ante la ley. —Levantó los brazos—. Nosotros no tenemos esas limitaciones. Saboreamos la verdad. Sabemos quiénes son culpables. Evaluamos la posibilidad de la redención. Nuestros sistemas de recompensa y castigo nos han servido bien durante más tiempo del que han perdurado *todos* los imperios de la humanidad. Si los abandonamos, entonces abandonamos parte de lo que nos hace Athanate.

Bajó los brazos de forma dramática. Con esas últimas frases, los había vuelto a convencer. Un murmullo de asentimiento recorrió la sala. Había dado la vuelta a sus oyentes.

Y había algo en la voz de Prowser que me decía que era exactamente como se presentaba: implacablemente en contra de cambiar las leyes del Athanate. Supuse que era una coincidencia que

eso la situara del lado del partido del Camino Oculto. O defendiendo la traición de Ibarre.

Sin duda, había conseguido un apoyo preocupante en la sala.

En ese momento, Ibarre se puso de pie. Pude ver confusión entre las filas detrás de Prowser.

No era lo previsto.

Ibarre se estaba desviando del guion. Y había esperado hasta que Prowser tuviera un buen número de seguidores.

Skylur juntó las yemas de los dedos frente a él.

—La Casa Prowser tiene la palabra —dijo en voz baja.

Ibarre seguía de pie.

Prowser frunció el ceño, pero hizo ese pequeño gesto de inclinación de cabeza y regresó a su asiento.

—Gracias —le dijo Ibarre, con una cortesía forzada, y luego se dirigió al espacio frente al podio. En sus manos llevaba un viejo libro encuadernado en cuero.

Se giró y recorrió con la mirada al público hasta que sus ojos volvieron a posarse en mí.

Un mal presentimiento.

Mi instinto me decía que Prowser no sabía nada de esto en realidad; del segundo cambio de Ibarre en su plan. Y esa mirada sólo confirmaba que yo estaba implicada.

Ibarre comenzó, sobrio y formal.

—Mi compañera, la Casa Prowser, ha planteado una cuestión de principio que subyace a este *nomicane*. ¿Cómo vamos a regular nuestra comunidad? A pesar de toda la oleada de opinión que respalda la Revelación, aquí, en esta sala, hemos sentido la fuerza del apoyo, incluso más allá de las divisiones políticas, a nuestras tradiciones y creencias Athanate.

Dio unos pasos lentos hacia un lado, con la cabeza gacha y el ceño fruncido, como si estuviera sumido en profundos pensamientos.

—La forma en que nos gobernamos está codificada. —Levantó su libro—. Establecida en libros como este, que todas las Casas tienen: el *Agiagraphos*. El Camino Oculto. La guía para nuestra supervivencia.

Lo abrió y comenzó a leer, pero se detuvo de inmediato.

—Por supuesto, no todos los aquí presentes hablan nuestro idioma. —Cerró el libro de golpe—. Pero la mayoría de vosotros lo conocéis de todos modos. Da forma a nuestra sociedad. Dictamina nuestro comportamiento.

Se detuvo y se volvió hacia el público.

—El Agiagraphos ha perdurado durante milenios, y lo ha hecho porque nosotros lo permitimos. —Recorrió con la mirada los rostros y repitió—: Porque *nosotros* lo permitimos. Sin embargo, aquí estamos, Panethus, el Imperio de la Medianoche y El Camino Oculto, todos en una misma sala. Docenas de vosotros habéis jurado mataros unos a otros. Lo haríais, si os encontraseis en cualquier otro lugar. —Señaló por encima de los asientos—. Casa Karamazin, estáis sentados a menos de cuatro pasos de la Casa Argonne. ¿Habéis dejado de lado vuestro juramento? ¿Un juramento de Sangre? Uno del que fui testigo, jurado de acuerdo con el Agiagraphos.

Karamazin se movió, pero no respondió. Louis, conde de Fontaines d'Argonne, miraba fijamente al frente, con el rostro inexpresivo.

Ibarre regresó lentamente al centro, con los pies silenciosos sobre el suelo.

—Y, sin embargo, como digo, aquí estamos, enemigos sentados juntos, unidos por juramentos, con rencillas no olvidadas, pero en paz y seguros bajo las leyes de la Asamblea. Leyes que gobiernan porque *estamos de acuerdo* en que lo hagan. Porque *lo permitimos*.

Estaba defendiendo bien las leyes de la Asamblea, sin hacer ninguna referencia sobre mí.

—Según las leyes de Agiagraphos, se me acusa de ser un traidor a Altau, en virtud de un juramento que yo no pronuncié. Según las leyes de la Asamblea, esas mismas leyes que os protegen a todos los que estáis hoy en esta sala, soy una Casa soberana con un dominio indiscutible y totalmente justificada en mi intento de elegir a un líder diferente para la asociación Panethus.

—Ha presentado bien sus argumentos iniciales. Ahora debería sentarse —murmuró Elizabetta.

—Estoy aquí —gritó una voz detrás de nosotros—, porque Altau ofreció un juramento de Sangre para proteger esta conferencia de

Basilikos a cambio de mi juramento de mantener la paz.

Otra voz:

—¡Altau cumple sus juramentos! ¿Lo hace Ibarre?

No conocía a quienes hablaban, pero estaba claro que eran partidarios de Skylur. Como era de esperar, se alzaron las voces del partido del Camino Oculto, la mayoría alegando que las amenazas de Basilikos eran un truco inventado por Skylur, o una exageración descabellada.

—La Casa Ibarre tiene la palabra. —La voz de Skylur resonó y los gritos se silenciaron.

—Aunque parece que ha llegado a una conclusión… —sugirió Eugenie, levantando las cejas.

—Casi, Casa Passau. —Ibarre le hizo una media reverencia y desestimó las interrupciones con un gesto de la mano—. Mi argumento no tenía que ver con amenazas externas. Tampoco estoy sugiriendo un abandono de las leyes. Más bien al contrario. Apoyo el Agiagraphos, pero en lugar de la confrontación física contra una reivindicación sobre mi dominio como se sugiere en el Camino Oculto, y que podría contravenir la ley más importante de permanecer ocultos a la humanidad, estoy llevando a cabo la lucha utilizando las leyes de la Asamblea, que todos debemos reconocer que siguen vigentes en espíritu para que podamos estar aquí. En cuanto a la protección externa, la Casa Altau simplemente ha sustituido a los Guardianes que él mismo disolvió unilateralmente.

Luego se volvió de nuevo hacia el público y, por última vez, sus ojos me encontraron.

Ahora llega.

—Apoyo el Agiagraphos. Apoyo las leyes de la Asamblea. Convoqué una reunión sobre el liderazgo de Altau en Panethus porque él no apoya ninguna de las dos cosas. Sus acciones están fuera del ámbito de competencia del líder de Panethus, fuera de la autoridad del presidente de la Asamblea y, lo que es peor, son totalmente contrarias al Agiagraphos al elevar a un *híbrido inestable* al rango de Casa.

Por si alguien lo malinterpretaba, extendió rápidamente el brazo para señalarme.

El silencio de sorpresa se rompió con un murmullo que vino desde el fondo. Reconocí la voz de Correia.

—Secundo la moción. En la última Asamblea, Altau se las ingenió para que la evaluación de la híbrida la realizara un adepto que, inmediatamente después, pasó a formar parte de su Casa, por lo que su valoración es sospechosa. Ahora, mientras nuestra atención está en otra parte, veo en la página web de Tartarus que Altau le ha nombrado subrepticiamente sindesmón entre la Asamblea y los licántropos, asegurándose así su propio control de las relaciones entre los Athanate y los licántropos.

Correia hizo caso omiso de los gritos que le pedían que se sentara, y alzó la voz con claridad.

—¡Basta ya! Nos están mintiendo. Esa abominación a la que Altau llama Casa no puede haber logrado en Nuevo México lo que afirman los rumores de Altau. Mentira tras mentira para encubrir lo que realmente ocurrió. Basta ya, digo yo. Secundo a la Casa Ibarre y modifico el desafío. El Camino Oculto exige la anulación inmediata de su estatus de Casa y una evaluación independiente de ella, incluyendo un interrogatorio delante de testigos sobre todo lo que ocurrió en Nuevo México.

Capítulo 11

Skylur no presidía el *nomicane*, pero era él quien lo había convocado y aprovechó eso para acallar el tumulto con un descanso de media hora para calmar los ánimos.

El mío incluido.

Pero la ira es buena.

Estaba tan acelerada que estaba poniendo nerviosa a Yelena, pero si Ibarre o Correia pensaban que me harían hacer alguna tontería, les había salido el tiro por la culata. Mi ira bloqueaba todo lo demás, pero estaba *acostumbrada* a lidiar con la ira.

Lidiar con cualquier fragilidad mental derivada de mi terapia, *eso* sí que habría sido difícil.

Altau se había reunido en un grupo compacto en un extremo de la zona de exhibición, donde Skylur y Tarez mantenían una rápida conversación en Athanate sobre las implicaciones y las opciones políticas.

Cuando nos acercamos, Skylur me miró y asintió con aprobación antes de apartar la mirada.

Lo tomé como una buena señal. No tenía que perder el tiempo asegurándose de que no iba a volverme renegada en el centro de convenciones. Y no estaba haciendo planes con Tarez para sacrificarme en aras de la unidad de Panethus.

Espero.

Su tarea de hoy era más difícil que la mía.

La Costa Este no sólo había descarrilado el *nomicane*, puesto de manifiesto la división en las filas de Panethus y centrado la atención en las delicadas cuestiones legales, sino que también había vuelto a centrar el foco en mí. A través de mí, atacaban la posición de Skylur: si yo no era apta para ser una Casa Athanate, entonces su autoridad quedaba en entredicho. No podría seguir siendo presidente de la Asamblea si eso ocurría, independientemente de los demás retos.

Si no me aceptaban como Athanate, entonces no había forma de que pudiera ser sindesmón de los licántropos y los Athanate. Y una investigación sobre lo ocurrido en Nuevo México demostraría que me

había vuelto una renegada. Según la ley de Agiagraphos, no existía el concepto de renegados «curados».

Ni siquiera estaba segura de que convertirme en un sacrificio evitara el daño a la posición de Skylur. Y si su posición se veía dañada, también lo estaría la Revelación.

Mierda.

Para colmo, Prowser se dirigía hacia aquí, con su equipo de seguridad. Sentí que Yelena se tensaba a mi lado.

—Casa Prowser —dijo Skylur cuando llegó, reduciendo las formalidades corteses al mínimo permitido.

—Casa Altau. Casa Tarez. Casa Farrell —respondió ella, en inglés. Estaba tan enfadada que apenas podía hablar, y su rostro se había puesto pálido. —Mis disculpas. A todos ustedes. Ibarre me ha utilizado como una tonta.

Skylur arqueó una ceja en señal de interrogación, sin que su rostro delatara emoción alguna.

—Acepté defender a la Costa Este y abogar por la retirada de vuestra reivindicación sobre sus territorios. Acepté proponer la teoría de que una batalla legal bastaría para cumplir los requisitos del Agiagraphos. *No* acepté ataques contra vuestro liderazgo, vuestra Casa o vuestros aliados. —Me lanzó una breve mirada antes de volver a mirar a Skylur a los ojos—. *No* accedí a hacer causa común con Correia. No formaba parte de sus planes. Lo juro por mi Sangre.

—Gracias por eso. Estoy seguro de que Ibarre habría encontrado otra forma. —Skylur se encogió de hombros, con una mirada que sugería que no le preocupaba en absoluto—. Su estratagema de hacerte parecer la líder de una asociación dedicada por completo a oponerse a mí a diferentes niveles es una pequeña maniobra grandilocuente e inteligente, pero en sí misma no va a inclinar el argumento principal en un sentido u otro.

—Quizá. Sabes muy bien que no vine a este país para meterme en este tipo de líos políticos —dijo Prowser, con voz más aguda—. Vine para alejarme de ellos. Aunque mantengo lo que dije en contra de los cambios que propones. Tenemos que vivir según la ley y las costumbres Athanate.

Skylur resopló.

—Amelie, tú y yo podríamos llegar a un acuerdo. Por desgracia, la Casa Ibarre no lo haría.

Pareció que el tono de su comentario le caló hondo y ella lo miró con dureza.

—¿Un compromiso? ¿Estás intentando reclutarme para la Revelación?

—Me *gustaría* decir que estoy intentando mantenerte alejada del Camino Oculto. —Skylur suspiró y su rostro se endureció—. Pero, no hay margen para tales delicadezas. Me prestarás juramento formalmente y lo honrarás, o abandonarás Norteamérica. Al igual que el resto de la asociación de la Costa Este, si la justicia no los reclama primero.

Pude ver cómo se tensaba la espalda de Prowser, pero Skylur no había terminado.

—Soy muy consciente de que viniste a buscar un lugar en una nueva tierra donde no te molestaran las políticas del antiguo Imperio de la Medianoche. Personalmente, lamento que hayas perdido ese aislamiento, pero el mundo no deja de girar por ninguno de nosotros. Hazme tu juramento y te prometo que volverás a tener tu paz. —Skylur sonrió—. Quizá incluso te abra mi biblioteca, esa misma que siempre me solicitabas, hace ya tanto tiempo.

Casi me eché a reír ante la expresión de sorpresa de Prowser.

—¿Has conseguido traer la Biblioteca Oscura a América? —dijo ella —. Y a los Lyssae. Dioses, Altau, ¿qué más tienes escondido en Haven? —Luego se sacudió—. Deja de distraerme. He venido a decirte que he dimitido de la asociación de la Costa Este y a pedirte perdón, no a aceptar que tienes derecho a reclamar mi dominio.

—Atención —le interrumpí—. Parece que tus antiguos colegas y sus nuevos amigos quieren debatir fuera del auditorio.

Al otro lado de la sala de exposiciones, Ibarre y las demás Casas de la Costa Este a favor de la Convocatoria habían estado hablando con Correia. Parecían haber llegado a algún tipo de acuerdo y se dirigían hacia aquí. Sus filas estaban repletas de miembros de la seguridad.

El equipo de seguridad de Altau se movió en respuesta.

¿Una amenaza de violencia? Aquí no, ¿verdad?

Bian estaba a un lado mío, Yelena al otro. No podría haber elegido mejor si llegara el caso.

A Skylur no le gustaba parecer acorralado, así que decidió desplazarse al centro de la sala, dejando a Tarez rezagado, con la mano presionada contra un lado de la cabeza, escuchando una actualización en su sistema de comunicación.

Había aprendido algunas de las palabras más útiles en Athanate, así que entendí perfectamente cuando él respondió a lo que estaba oyendo.

—Mierda —dijo.

¿Y ahora qué?

Skylur e Ibarre se acercaron el uno al otro al frente de sus delegaciones.

—Qué amigos tan extraños tienes, Ibarre —dijo Skylur—. No creo que aliarte con el partido del Camino Oculto te ayude en tu argumento.

La respuesta de Ibarre fue en Athanate y no pude entenderla.

—Hacer que la Casa Prowser defendiera tu caso fue inteligente. Engañarla delante de todos estos testigos no lo fue —continuó Skylur—. Me pregunto por qué querías que ella iniciara el procedimiento. ¿Podría ser porque no podías quedarte ahí y afirmar que no sabías nada de lo que Amaral estaba haciendo realmente? ¿Que pudiéramos ver tus mentiras tal y como son?

Ibarre fue lo suficientemente inteligente como para mantener el rostro impasible, pero las demás Casas de Panethus pudieron ver el efecto que tuvieron las palabras de Skylur.

En ese momento, descubrí qué era lo que había desconcertado a Tarez.

Un gran alboroto desvió toda la atención hacia la entrada principal. Allí, los Athanate se arremolinaban alrededor de un nuevo grupo que acababa de entrar. Un murmullo de asombro recorrió la multitud como el viento de una tormenta en un campo de maíz.

Estiré el cuello y enseguida supe exactamente por qué Tarez había maldecido.

Entre el mar de cabezas, alcancé a ver a un hombre al que sólo había visto antes en una videoconferencia.

Diakon Xun Huang.

El Imperio del Cielo había llegado.

Todos se reunieron en el centro de la sala de exposiciones.

Las concisas instrucciones de Tarez hicieron que la seguridad de Altau nos flanqueara. Otras Casas de Panethus se unieron a nosotros en apoyo.

Huang no venía acompañado de Athanate, sino de Adeptos. Todos iban vestidos como él, con ropa de oficina sencilla: pantalones con cinturones finos, camisas abotonadas de colores pálidos y gruesas chaquetas de abrigo. A simple vista, podrían haber sido un grupo de contables buscando un restaurante.

Pero, según mis sentidos, desprendían un zumbido subliminal que podía sentir en los huesos. Se trataba de Adeptos muy poderosos, y representaban una amenaza mayor que si hubieran llevado armas.

¿Han dejado de buscar a Tullah y Kaothos?

¿Es mi turno ahora?

—Ykos Altau. —Diakon Huang hizo una reverencia.

—Diakon Huang —respondió Skylur en Athanate. Elizabetta me susurró la traducción al oído—. Bienvenido a nuestra conferencia, aunque debo admitir que nos has pillado hoy discutiendo otros asuntos.

—Así lo entiendo. He estado escuchando vuestras transmisiones encriptadas en la red. Fascinante. —Se giró e hizo otra pequeña reverencia—. Casa Correia. Casa Ibarre. Saludos, amigos.

¿Amigos? Bueno, todavía no nos habíamos matado el uno al otro.

El saludo que había utilizado, *garheem,* era informal, como si nos hubiéramos encontrado por casualidad. No había nada de casual en su aparición ni en el momento en que se presentó.

—Si has estado escuchando, Diakon, ¿quizás tengas una opinión sobre la situación jurídica de la Asamblea? —Ibarre le había dejado en ridículo, pero Prowser desde luego no era tonta. Y no tardó en evaluar cómo podría aprovechar su aparición.

Huang sonrió.

—Tengo una opinión, por supuesto, y será un gran honor para mí dirigirme a la conferencia sobre asuntos legales en la sesión

correspondiente.

Me mordí el labio mientras Elizabetta traducía.

—Pero el tema del día —dijo Huang—, son los malentendidos y los rumores procedentes de Nuevo México. Sin duda, todas las cuestiones planteadas se resolverían más fácilmente si Diana Ionache tomara la palabra, ¿no?

Todas las miradas se dirigieron hacia Skylur.

—No está disponible —dijo él.

—Oh.

Aunque me divirtió ver su fácil manejo de Prowser, ahora sentía una punzada de preocupación. Si había estado escuchando las transmisiones, Huang tenía que saber que Diana no estaba allí, en el centro de conferencias. Mencionar su nombre era sólo una excusa.

Tenía razón.

Huang pasó al inglés.

—En ese caso, entiendo que querrás despejar los obstáculos en el debate de hoy. Se ha solicitado una evaluación independiente del estado de un miembro de tu Casa ampliada. Me ofrezco como evaluador. Lo digo con toda humildad, pero sin duda debo cumplir los requisitos para ser el experto más independiente disponible actualmente para examinar a Amber Farrell. —Huang sonrió con indiferencia a Ibarre y Correia—. También puedo encargarme de exponer lo que ocurrió en Nuevo México desde el punto de vista de la Casa Farrell.

Oh, Dios, *no* quería a Huang dentro de mi cabeza.

¿Pero puede rechazarlo Skylur?

—Sin duda, lo harías —dijo Skylur—. Si alguna vez se presentaran argumentos que me convencieran de ello. Mientras tanto, tu llegada es demasiado importante como para que sigamos con la agenda de hoy. Como organizador, cambiaré la programación.

Correia e Ibarre estaban furiosos, presionando y discutiendo. Pero habían perdido la iniciativa. Los Athanate que nos rodeaban estaban de acuerdo con Skylur. ¿La posible incorporación del Imperio del Cielo a la Asamblea? *Ese* era el tema de hoy.

—Venid. —Skylur dio un paso adelante y separó con delicadeza a Correia y Huang del grupo que rodeaba a Ibarre—. Retirémonos a

una sala de reuniones y hablemos de las implicaciones de vuestra bienvenida presencia en la conferencia. —Hizo un gesto a ambos que lo acompañaran—. Diakon, permíteme presentarte a la Casa Stanbrigge del Imperio de la Medianoche.

Al alejarse, Huang se detuvo y miró hacia atrás, hacia mí.

Mi imaginación o mi paranoia me decían que algunos de los suyos se estaban acercando disimuladamente hacia mí.

Entonces me vi rodeada por guardias de Altau. Tarez me agarró del brazo y me susurró al oído:

—Ve con los de seguridad. Ahora mismo.

Capítulo 12

Yelena y yo estuvimos atrapadas en una oficina sin ventanas en la parte trasera del centro de conferencias durante una hora antes de que Tarez lograra escapar.

Entró a hurtadillas, con aspecto estresado.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

—Hay muchas conversaciones. —Nos indicó que nos sentáramos alrededor de una mesa—. Y habrá muchas más. Hablar es bueno. Es muy difícil pelear y hablar al mismo tiempo.

—Sigue diciéndote eso —dije, y a cambio recibí una sonrisa cansada.

—Skylur llegará en breve —dijo—. Con Huang.

Tragué saliva.

¿Skylur iba a traer a Huang aquí?

Yelena se inclinó sobre la mesa y le agarró la muñeca, obligándole a mirarle directamente.

—Dime que Skylur no está pensando en permitirle que evalúe a Amber.

—Por supuesto que no. —Retiró el brazo—. Huang insiste en que cualquier conversación sobre el dragón se lleve a cabo con el grupo más reducido posible y que incluya a Amber. No tenemos motivos para negarnos. Cuando llegue, le diremos que no sabemos dónde está el dragón. Es lo suficientemente competente como sensor para saber que estamos diciendo la verdad. Tengo que dejarle eso a Skylur. De lo que necesito hablar contigo es de la amenaza de Ibarre, que no ha desaparecido.

Yelena parecía escéptica.

Tarez dijo:

—Estaba ganando apoyo justo hasta que Correia intervino y secundó sus demandas. ¿Viste su reacción cuando ella lo hizo? Sabe que eso ha dañado su posición, y tan pronto como pueda distanciarse de ella sin perjudicar su causa, lo hará.

—Entonces, ¿eso no fue algo que planearon juntos? —pregunté.

—No, a menos que fuera estúpido, y te insto a que no pienses así de él. Mira, a su manera, y sin duda en su propia mente, Ibarre y

Prowser son leales partidarios de Panethus, con opiniones encontradas sobre las políticas de Skylur. Ibarre quiere cambiar esas políticas y quedarse en Maine, haciéndose con el liderazgo de Panethus o colocando a alguien más de su agrado en el puesto.

—Sí, ya lo pillo. Está intentando hacerlo desacreditando a Skylur y ofreciendo un compromiso sobre la Revelación a las facciones conservadoras y progresistas del partido.

Fruncí el ceño al decirlo, dándome cuenta de lo malo que era.

¿*Un compromiso sobre la Revelación*? Eso era como estar *un poco muerto*.

Tarez asintió.

—Sí, y Prowser sólo quiere mantener la ley del Agiagraphos y cree que ganar una discusión decisiva lo logrará. *Ninguno* de los dos quiere que el partido del Camino Oculto tome el control.

—¿Así que Correia arruinó los planes de ambos? —preguntó Yelena.

—Correia echó por tierra la táctica de Ibarre —dijo—. Al intervenir de esa manera, casi logró sanar las divisiones de Panethus. —Se rio y levantó un dedo en señal de advertencia—. Cambios volubles. No es algo en lo que se pueda confiar y, como suele ocurrir con estas cosas, nunca es suficiente.

—Pero eso no es todo —le incité.

—No, no lo es. —Apoyó los codos en la mesa—. Skylur no puede echarse atrás en la Costa Este, así que Ibarre volverá a la discusión. Intentará llamar la atención sobre cualquier cosa que le granjee apoyo. Los Altau ya están al límite de lo que sería aceptable para el partido de Panethus, con toda la idea de la Revelación y la anulación de la ley primaria del Agiagraphos. A eso hay que añadiros a vosotras dos. —Nos señaló a ambas por turnos—. Híbridas. Cárpatas. De eso nos ocuparemos. Lo que no podemos permitirnos es ningún indicio más de *epitrepai,* de «heterodoxia».

Utilizó la palabra Athanate, *epitrepai*, para que lo entendiéramos. Era una palabra que aparecía mucho en el Agiagraphos. Como Athanate, no querías que te consideraran *epitre*. Los renegados eran *epitre*.

—Tu pariente, Amber —dijo—, *honorario* es epitre.

Esperaba que esto volviera a salir en algún momento. Sabía que no existía la categoría de pariente «honorario». Los parientes proporcionaban Sangre y estaban vinculados a la Casa. La etiqueta de «honorario» fue una solución provisional cuando el coronel Laine y Vera llegaron a Denver. Él no estaba preparado para verse arrastrado al mundo Athanate.

—Vera ya es pariente —dijo Yelena—. ¿El coronel? Creo que lo convenceremos.

—¿Quieres decir que Vera es tu pariente? —preguntó Tarez, sorprendido.

Sonreí. Ya sospechaba que las cosas iban por ahí.

Yelena asintió.

—Siento que no lo hayamos hablado contigo, Señora. —Su acento volvió a aflorar un poco debido a su vergüenza. Estrictamente hablando, como Casa Athanate, se necesitaba mi permiso, pero no era como si fuera a ir en contra de sus deseos.

Le toqué la mano. Si Vera estaba contenta con ello, yo también lo estaba.

—El coronel sigue en el rancho de Wyoming —dijo Tarez—. Así que tienes cierto margen de maniobra. Pero, hay otros parientes honorarios de los que Diana se enteró durante tus sesiones de terapia. Por ejemplo, esa mujer, Dominé, que regenta los clubes de sexo. Está en Los Ángeles.

—Pero… —empecé a decir que ella no era pariente, ni honoraria ni de ningún otro tipo, hasta que mi mente se dio cuenta. Para los Athanate, ella estaba en la misma posición que un pariente. Sabía demasiado sobre los Athanate y, como Athanate que la conocía, era automáticamente mi responsabilidad ocuparme de ello. No era justo ni para Dominé ni para mí, pero así era como funcionaban los Athanate. Sabía que era un problema y no lo había abordado. Ahora me decían que tenía que hacerlo.

—Lo entiendo —dije.

¡Maldita sea! ¿Cómo voy a hacer esto?

Tampoco se refería sólo a Dominé. Se refería a Julie. Y a Keith.

Oh, Dios.

Tenía a Yelena. Y tal vez podría conseguir que Pia viniera desde Denver. Necesitaba ayuda.

Tarez no me dio tiempo a reflexionar.

—También tienes que asumir el papel de sindesmón. Tienes que dar a entender que lo aceptas.

El Agiagraphos otra vez. Según el Camino Oculto, si no ejercías tus derechos, los perdías.

Tarez se llevó una mano al auricular.

—Ya están de camino —dijo—. Escucha, Amber, tenemos que seguir con esto. Habla lo menos posible en esta reunión. Huang no intentará leer tus recuerdos aquí, donde Skylur y yo podríamos detenerlo. También se da cuenta de que intentarlo sin tu permiso comprometería gravemente su posición neutral aquí. Pero… —levantó las manos—, si está lo suficientemente desesperado por obtener información sobre el dragón, podría intentarlo de todos modos. Quién sabe lo qué encontraría si buscara con suficiente ahínco, o qué daño podría causar. Vamos a mantenerlo muy ocupado aquí en la conferencia, pero debes evitar que él o sus Adeptos te pillen desprevenida. Podremos hacer un seguimiento básico de su grupo, pero tendrás que permanecer a nuestro alcance, para que podamos ayudarte a mantenerte fuera de su camino.

—En la medida de lo posible, dada mi función como sindesmón.

Eso le arrancó una sonrisa a Yelena, justo cuando se abrió la puerta y Skylur hizo entrar a Huang.

Se sentaron sin ceremonias mientras Skylur nos presentaba.

Vi cómo Huang entrecerraba los ojos al oír el acento en la voz de Yelena, pero Skylur continuó de inmediato.

—Ahora puedes hablar libremente —dijo en inglés.

A Huang no le gustaba que le dieran permiso para hablar libremente, al igual que no le gustaba que Skylur supiera que hasta entonces no lo había hecho.

—Muy bien —respondió en el mismo idioma, recostándose y entrelazando los dedos sobre la mesa—. Por supuesto que estamos aquí porque el acuerdo sobre una nueva Asamblea es de vital importancia para el futuro de todos nosotros y para el mundo entero. Vimos las retransmisiones de la última Asamblea con cierta

consternación. El ejército estadounidense está desarrollando dispositivos capaces de detectar sangre Athanate. Nunca permitiríamos algo así en el Imperio.

Eso provocó el inicio de una respuesta por parte de Skylur y Tarez, y Huang levantó inmediatamente las manos como si se rindiera en la discusión. Luego continuó:

—Pero hay un asunto que es igual de urgente, si no más. —Inspiró profundamente por la nariz y me clavó sus ojos oscuros—. Tu dragón, que tan sutilmente has revelado, oculto tras una conversación con Diakon Trang sobre nuestros territorios más meridionales.

Parpadeé y recordé lo que Bian había dicho sobre que hablar con el Imperio era como el juego de mesa de Athanate llamado Dominion: *nunca se inicia una conversación con lo que uno quiere hablar.*

No pude evitarlo. Me eché a reír.

Skylur frunció el ceño y yo hice esa pequeña inclinación de cabeza que parecía tan propia de la cortesía formal de Athanate.

—Le pido disculpas, Diakon Huang —dije, maldiciéndome a mí misma.

¡Qué tonta! Arregla esto.

—Me estoy riendo de mí misma y de mi total incomprensión de la complejidad de las conversaciones entre Panethus y el Imperio. ¿Puedo hablar con franqueza? ¿De verdad?

Por el rabillo del ojo, pude ver un pequeño asentimiento de Skylur.

—Por favor, adelante —dijo Huang. La sonrisa no le llegaba a los ojos.

—Creo que Bian... Diakon Trang... quería utilizar mi petición de hablar con la comunidad de Adeptos del Imperio como una especie de pantalla para la conversación principal que ella quería tener, que era sobre vuestros territorios del sur. No era al revés.

Ahora Huang frunció el ceño.

—Bian no sabía por qué quería hacer la petición —continué—. No era un tema de Altau. Skylur ni siquiera lo sabía. En cuanto a mí, no tenía ni idea de que fuera un interés tan vital para los Athanate.

No sabía si había hecho lo correcto, o si ese era el enfoque adecuado, pero la actitud de Huang cambió. Sería exagerado decir que resopló, no era ese tipo de hombre, pero se percibió un atisbo de relajación.

—Así que, con nuestros juegos diplomáticos, nos enredamos en nudos que no podemos ver —dijo.

—Sí —dijo Skylur—. No tenía ni idea de que hubiera un espíritu guía dragón en Estados Unidos en el momento de vuestra conversación. También debo dejar muy claro que no existe ninguna asociación formal entre Altau y la comunidad más amplia de Adeptos de este país. Este no es *nuestro* espíritu guía.

—Ya veo. —Huang cerró los ojos un momento y luego se inclinó hacia delante—. Déjame ser totalmente claro. Un dragón no es como otros espíritus guías. Es mucho más poderoso, mucho más difícil de albergar. Se necesita toda una comunidad para albergar a un dragón, y no hay nadie fuera del Imperio capaz de esa tarea.

—Por eso pedí comunicarme con ellos. Para que pudiéramos aprender —dije. Los padres de Tullah, Mary y Liu, ya me habían explicado el problema con el poder. Hablar con los Adeptos del Imperio había sido su idea.

—Por desgracia, no es algo que se pueda aprender en el tiempo que disponemos. —Huang descartó la idea con un gesto—. El nivel de poder desatado en Nuevo México fue extraordinario y peligroso para un dragón inmaduro. Tanto la huésped como su dragón están en peligro en este momento, si es que no están sufriendo ya. Debes llevarnos hasta ellos.

—¿Qué harían cuando llegaran hasta ellos?

Huang se recostó en su silla.

—Les invitaríamos a venir al Imperio, donde les espera una comunidad y donde estarían a salvo mientras estudian y se entrenan.

Invitar. Entrenar. Debes llevarnos hasta ellos.

No me gustó cómo sonaba eso.

A Skylur tampoco.

—Puedo entender por qué queréis al dragón. Sería un beneficio tremendo para vosotros...

—El beneficio sería para todos nosotros: los Athanate, los Adeptos, los licántropos y la humanidad.

Hubo un momento de silencio antes de que Skylur volviera a hablar.

—Interesante. Exactamente, ¿cuántos dragones tienes ya?

—Ninguno —dijo Huang, dejándome atónita.

¿Ninguno? ¿Kaothos es la única?

—Nadie tiene ninguno —continuó—. Por eso este es tan importante. Con un dragón, la Revelación es posible. Sin él, el Emperador tiene sus dudas. Verás, Casa Altau, al igual que vosotros, creemos que la Revelación es inevitable y debe controlarse.

Incluso Skylur pareció sorprendido ante eso.

Nos quedamos en silencio durante un minuto mientras las implicaciones empezaban a calar. Huang estaba insinuando delicadamente que Panethus era, al menos en parte, responsable de la Revelación por no tener suficiente control sobre lo que los humanos hacían en sus dominios, por «permitir» que el ejército comenzara a descubrir el Athanate.

A continuación, había sugerido que un dragón permitiría al *Imperio* controlar la Revelación.

Lo que significaba que el Imperio controlaría básicamente todo.

—¿Te refieres a controlar por la fuerza? —preguntó Skylur.

—No necesariamente —respondió Huang—, aunque nunca olvidaríamos que tenemos esa opción.

—¿Así que estás diciendo que un dragón no sólo tiene el poder de obligar a la humanidad a aceptarnos —dijo Tarez—, sino también la capacidad de ayudar de alguna manera a convencer a la humanidad de las ventajas de acogernos?

Huang dio unos golpecitos con los dedos sobre la mesa, uno, dos, tres:

—Un dragón maduro, que trabaje dentro de una comunidad adecuada, en el mundo actual. Sí, sin duda. Sin embargo, un dragón inmaduro, sin orientación, es un peligro para el mundo entero.

Ya no pude callarme más.

—Bueno, no sabemos dónde están. Y, por mi experiencia, no suponen ningún peligro para nadie que no los ataque.

O que no los cace, quise añadir.

—Deduzco que, a pesar de la falta de relación entre Altau y los Adeptos, tú debes tener algún tipo de relación con la anfitriona —dijo Huang—. Tullah Autplumes, creo que así se llama.

—Autplumes-Leung —dije. Nada que no pudieran averiguar—. No hay nada formal. No tengo forma de contactar con ellos.

Y si la tuviera, tampoco te lo diría.

Había decidido que no confiaba en el Imperio del Cielo.

Pero ¿y si realmente existía un peligro para Tullah y Kaothos? ¿Heridas? Tenía que hablar con Diana. Ella debía tener alguna forma de contactar con ellos.

—Puede que tú tengas la respuesta —dijo Huang—. Como parece que los conoces lo suficientemente bien como para tener una opinión sobre su estado de ánimo, quizá, en tu subconsciente, haya una pista sobre dónde podrían estar ahora. Te ofrezco mis servicios de nuevo. Podrías calmar la situación con Ibarre y quizá encontremos una pista sobre dónde podría estar el dragón.

—¿Te refieres a leer mis recuerdos de Nuevo México?

—Sí. Nada más, y debo insistir una vez más: Tullah y su dragón podrían estar sufriendo, o incluso muriendo, a causa de los efectos de haber destruido ese bloqueo del Kumemnon.

Skylur estaba a punto de hablar, pero yo ya había tenido suficiente y lo interrumpí.

—Gracias, pero lo siento, ni tú ni la Casa Ibarre contaréis con mi consentimiento para hurgar en mi mente. Aparte del hecho de que se trata sencillamente de maniobras políticas, he sido nombrada sindesmón de los licántropos. Ocurrieron cosas en Nuevo México que los licántropos consideran confidenciales, y no voy a permitir que el Athanate las vea, del mismo modo que no lo permitiría al revés.

Huang parpadeó. No se lo esperaba. Bien.

—Vuestros Adeptos son bienvenidos a seguir buscando en Norteamérica —dijo Skylur con suavidad—. Sin embargo, debo insistir en que vayan acompañados por la seguridad de Altau, no sólo por su propia seguridad, sino también, dado que actúan en nombre de una organización Athanate, para evitar cualquier

reclamación de precedencia en mi dominio por parte de otros grupos Athanate.

Sin haberlo planeado realmente, habíamos atrapado a Huang como a un pez.

La pregunta era: ¿qué efecto tendría eso? ¿Iba a causar problemas en la nueva Asamblea? ¿Simplemente volvería a casa? ¿O ignoraría las exigencias de Skylur?

Capítulo 13

Skylur y Tarez se llevaron a Huang, dejándonos a Yelena y a mí de los nervios hasta que nos dieran el visto bueno.

Bian entró con hamburguesas de beicon como ofrenda de paz.

—Todavía estamos cargando a los hombres de Huang con nuestra seguridad —anunció—. Skylur dice que esperemos hasta que terminen, porque Huang está *muy interesado* en ti. Tu excusa sobre el sindesmón no significa una mierda para él.

—No es una excusa —dije—, es una razón. Y tengo que volver a hacer algo o me volveré loca de verdad.

—¡Ey! —Hizo una mueca—. La cuestión es que no estoy segura de que hayas terminado con la terapia, Ojos Redondos.

—¿Qué dice Diana? Tengo que hablar con ella igualmente.

—No está disponible. —La cara de Bian se tensó.

Preocupante. ¿Bian no sabe lo que está pasando?

Resopló.

—Bueno, si tienes que hacer cosas, entonces creo que es hora de empezar con las faenas de Tarez: pon tu Casa en orden, Ojos Redondos.

—¿Dominé? —pregunté, con una sensación de opresión en el estómago.

—Hay que hacerlo en algún momento. —Miró su móvil—. Y Tarez ya está haciendo peticiones para que te pongas en contacto con los licántropos locales. Nos vendría bien su ayuda para rastrear a Basilikos, ahora que estamos tan justos de personal. —Se guardó el teléfono en el bolsillo—. Cuando te pongas en marcha de nuevo, el ritmo será una locura. Vincular a Dominé es un inicio fácil.

—¿Puedes ayudarme? —dije—. Me refiero a lo de Dominé. Nunca he...

—Lo gestionaste muy bien con Jen, Ojos Redondos, y no, tengo que quedarme aquí y coordinar la seguridad... Órdenes de Skylur.

—Mi eukori no funciona —señalé—. Y no quiero más parientes. Ya tengo a Alex y a Jen, y eso ya es un lío. Si ni siquiera puedo confiar en mi eukori para orientarme y arreglar eso, lo último que quiero es molestarlos añadiendo otro pariente a la mezcla.

Bian frunció el ceño.

—¿Jen y Alex representan un problema?

No podía creer que no se hubiera dado cuenta.

—No tienen ningún problema conmigo. Siguen teniendo problemas entre ellos.

—Eso pasará. —Bian lo descartó—. Y un pariente humano no es suficiente.

—Alex es…

—Sé que crees que la Sangre de Alex te sostiene, y quizá lo haya hecho, un poco —dijo Bian—. Pero no es suficiente. ¿Por qué crees que Jen está tan pálida? Le estás quitando demasiado.

Me callé. Estaba tan absorta en mí misma que no lo había pensado. Sí, Jen estaba más pálida. Y también estaban los mareos que había sufrido un par de veces después de que le mordiera.

No quería dieciséis parientes como Bian, pero necesitaba más Sangre.

¿Y qué hay de mi problema de eukori? Sin duda, no podía vincular a nadie mientras eso no funcionara.

Yelena carraspeó.

—Hay una alternativa cárpata —dijo.

Bian parecía escéptica. Su actitud hacia Yelena se había suavizado un poco, pero seguía siendo *esa espía de los Cárpatos* que se había colado en la Casa Farrell con engaños.

Yelena no le prestó atención.

—Los cárpatos no usan la palabra «pariente» como Panethus, ni «toru» como Basilikos —dijo—. Los parientes que forman parte de una Casa cárpata son *katikia*. Esto significa que están vinculados a la Casa, no a un Athanate individual que forme parte de esa Casa. También pueden vincularse a un individuo, como los parientes de Panethus.

—Un dato cultural interesante —dijo Bian con tono neutro.

—Amber es cárpata, por su Sangre y sus potenciales habilidades —respondió Yelena—. Yo soy cárpata, por mi Sangre y mis habilidades.

Bian esperó. No dijo nada. Los ojos gris pizarra de Yelena me miraron antes de continuar. Había habilidades cárpatas de las que no

quería hablar con Altau hasta que sospecharan menos de ella, pero teníamos que empezar por algún sitio.

—Creo que puedo ayudar a vincularle a través de Amber —dijo Yelena—. Es algo que los cárpatos hacemos en el entrenamiento con el eukori. Puedo compartir mi eukori, si quieres verlo así. Amber muerde a esta mujer, Dominé, y luego, trabajando juntas con el eukori, podemos vincularle como katikia.

Yelena no dejaba de sorprenderme.

¿Sería tan fácil? Lo dudaba, pero necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir.

El móvil de Bian pitó y ella habló rápidamente en Athanate con alguien antes de volverse hacia nosotras.

—Todo despejado —dijo—. Hemos marcado a todos los delegados del Imperio con medidas de seguridad y protocolos. Sabemos dónde están todos y adónde van. Esa es vuestra señal. Podéis salir y empezar a arreglar los problemas.

Capítulo 14

—Bonito lugar —dijo Yelena.

Estábamos en la Pacific Coast Highway, en Torrance, frente a la versión de Los Ángeles del Club Vasana, el nuevo club sexual de Dominé.

Estaba en un pequeño enclave apartado de la autopista, escondido tras una hilera de restaurantes, tiendas y gimnasios que rodeaban un gran aparcamiento. El edificio había sido en su día un estudio de arquitectos y estaba pensado como reclamo publicitario de sus servicios. Tenía paredes altas y lisas de piedra color miel, surcadas por pálidas líneas horizontales y resplandecientes a la luz del atardecer. Su aspecto monumental se suavizaba gracias a las hileras de antiguas ventanas arqueadas de estilo español con cristales tintados, y al vestíbulo, que emergía del centro del edificio como la proa triangular de un barco.

Encajaba con el estilo de Dominé: parecía abierto, pero el interior estaba oculto.

—Odio la idea de entrar ahí y morderle —dije, y no era la primera vez.

Me sentía mal. Dominé era una amiga. Había arriesgado mucho para ayudarme en Nuevo México. Pero tenía órdenes de Skylur, y ya tenía un historial demasiado largo de desobediencia.

—Puedo hacerlo por ti —dijo Yelena—. Quien está vinculado a mí, está vinculado a la Casa Farrell.

Negué con la cabeza. Eso es ser cobarde, y una mala forma de tratar a una amiga. Si había que hacerlo, tenía que hacerlo yo.

Suspiré.

—Vamos, o llegaremos tarde.

Por una vez, había llamado antes. Me esperaban.

La portera, incluso antes de que el club abriera por la noche, vestía un sombrero de copa gris y un frac con guantes blancos. Se tocó el sombrero, pulsó un botón de llamada y nos abrió las puertas.

—Por favor, tome asiento, Sra. Farrell —dijo—. Alguien estará con usted enseguida.

Las sillas eran cómodas y me senté aliviada, repasando una y otra vez lo que podría decirle a Dominé.

Yelena permaneció de pie, inspeccionando un amplio perchero de capas y máscaras. Las capas tenían plumas de colores vivos y eran iridiscentes, brillaban como aceite sobre el agua bajo la tenue iluminación. Las máscaras eran antifaces del carnaval veneciano, de cara completa y de un blanco óseo, con fichas de dominó pintadas en negro y dorado alrededor de los ojos y la frente.

Dominé siempre tenía trajes temáticos para su personal, pero estos de aquí parecían ser para los clientes. Me estremecí. Había algo ligeramente siniestro en las máscaras, especialmente cuando Yelena se puso una.

Llegó Dante.

La última vez que la había visto en Albuquerque, Dante llevaba un traje a rayas de Al Capone, en consonancia con la temática del club. Hoy, como el club aún no había abierto, iba vestida de manera informal: una camisa blanca de hombre abotonada y unos pantalones capri de color beige. Su brillante cabello negro había crecido un poco, pero seguía llevándolo con raya y peinado hacia la derecha. Y a mí me seguía pareciendo que tenía dieciséis años.

—Hola, Sra. Farrell —dijo.

—Hola, Dante. Tienes buen aspecto.

Ella sonrió levemente.

—Dominé quería hablar contigo a solas primero.

Intercambié una mirada con Yelena, cuyos ojos me observaban desde detrás de un remolino barroco de pintura negra y dorada. Con mi eukori estropeado, necesitaba la ayuda de Yelena para vincular a Dominé. Si ella no estaba en la sala, probablemente no podríamos hacerlo. Pero Dante había dicho «primero», así que quizá más tarde.

¿Soy una cobarde por no querer hacerlo de inmediato?

Yelena se quitó la máscara y asintió.

—Podrías ver los ensayos de baile —le dijo Dante—. Es un buen espectáculo. Y no pasa nada, no es obsceno, llevan sudaderas para ensayar.

Yelena frunció los labios.

—Entonces estarán menos desnudos de lo que yo estaba cuando bailaba.

—Veo que tienes un buen cuerpo de bailarina —respondió Dante con solemnidad—. Y ese pelo precioso. Serías muy popular aquí.

¿Esta muchachita se está burlando de Yelena?

Yelena se rio, y la dejamos en la sala principal del club mientras Dante me acompañaba hasta la oficina de Dominé, en la parte trasera del edificio.

Me recibió con un abrazo y un beso en ambas mejillas, al estilo europeo.

Su oficina era luminosa y espaciosa, pero Dominé parecía cansada y preocupada.

Como siempre, su vestido era elegante y llevaba el pelo blanco bien peinado, pero había algo en su rostro. ¿Acaso había percibido algo amenazante en mí?

—¿Vino? ¿Champán? —preguntó cuando Dante nos dejó solas—. ¿Ron? —Su acento francés le daba al ron un encantador tono ronco.

—Es demasiado temprano. Un café estará bien, gracias.

Dominé habló por un intercomunicador y luego me llevó hasta una mesa cubierta de bocetos.

—Ven. Te voy a enseñar mi próxima colección de trajes para el personal —dijo con orgullo, y la pasión desplazó por un momento la preocupación de su rostro—. Mira, me gustan especialmente estos para mis chicos, ¿qué te parece?

Pantalones negros brillantes, ajustados al milímetro para seguir cada contorno de la pantorrilla y la entrepierna. Chaquetas grises de algodón con hombros acolchados y costuras decorativas que imitaban la caja torácica, abiertas para mostrar los abdominales, por supuesto.

El traje femenino a juego incluía vestidos de satén en capas, con un antiguo estilo de nido de abeja, pero con una abertura en la parte delantera.

—Tus diseños son cada vez más elaborados —dije, y entonces nos interrumpió uno de sus empleados que traía el café. En ese momento llevaba vaqueros y estaba descalzo, lo que me hizo sonreír.

Ella se encogió de hombros ante mi comentario, llevándose un dedo a los labios, pensativa.

—Las fantasías de la gente son cada vez más *compliqué* —dijo—. Si quieres, puedes ver desnudos en Internet en cualquier momento. *¡Rien!* En mi club, quiero que la gente se sumerja de lleno. Deben ser los protagonistas de sus propias películas, pero para eso se necesita un contexto.

—¿Y las máscaras para los clientes? ¿Las capas? —pregunté mientras nos sentábamos—. ¿También son parte del contexto?

—Todo ayuda. Las máscaras siempre se han utilizado para liberar las inhibiciones. —Hizo un gesto—. Tras la máscara del anonimato, nuestro verdadero yo puede salir a la luz. Los espíritus secretos que llevamos dentro se liberan; incluso aquellos que ni siquiera sabíamos que existían. La capa también es un buen recurso. Eso es lo que dicen, ¿no*?* Que cubrimos nuestros deseos.

Dimos un sorbo al excelente café y me costó encontrar el punto adecuado por donde empezar.

—Pero no has venido a hablarme de ropa —dijo en voz baja—. Ni siquiera de máscaras y disfraces. Aunque me alegro de que hayas venido, *vraiment*, porque tengo un problema.

—Cuéntame —le dije.

Y entonces añadiré más problemas a los tuyos.

—Cuando conocimos a Rita en Albuquerque, ¿le oíste hablar de quedar conmigo aquí en Los Ángeles?

—Sí.

Rita era una licántropa puma, una teniente de la manada de Albuquerque. No iba a olvidarla tan fácilmente; ni a ella, ni a su Alfa licántropo lobo, Zane.

—Parte del trato que hice con Rita a cambio de protección era abrir un canal de comunicación con la manada en cualquier ciudad donde abriera un club.

—¿Zane quiere establecer vínculos con la manada de Los Ángeles?

Ella asintió.

—Pero en esta ciudad —exclamó levantando las manos—. No hay una única manada ¡Es una locura! Hay tres, cuatro o cinco. Ni siquiera se ponen de acuerdo en cuántas hay.

Interesante. No había pensado que empezaría aquí, pero, claro, contactar con los licántropos locales era tarea del sindesmón.

—Pero Rita no te va a hacer responsable de cómo están organizados los locales.

—El problema no es Rita. —Dio un sorbo a su café y pude ver que le temblaba ligeramente la mano—. La manada más grande de Los Ángeles, la de Pasadena, es la más hermética. Ni siquiera quieren hablar conmigo. Hoy he hablado con el Alfa de la manada que está basada en Redondo. —Dejó la taza cuidadosamente sobre el platillo y cruzó las manos sobre el regazo—. Me ha advertido de que Pasadena ha dicho que me matarán porque se supone que los humanos no deben saber nada de los licántropos.

—Eso no va a pasar —gruñí.

Mía.

Incluso antes de que se lo hubiera comentado, mi Athanate y mi licántropo se habían adelantado. Dominé era mi Casa, mi manada. Ningún Alfa californiano engreído iba a tocarla.

Tuve que reírme de mí misma, lo cual era totalmente inapropiado delante de alguien que acababa de decirme que su vida estaba en peligro.

Me miraba con curiosidad.

Céntrate en el tema.

—Lo siento —dije—. ¿Quién más sabe algo sobre tus tratos con los licántropos, aquí o en Albuquerque?

Frunció el ceño.

—Nadie. No es seguro saberlo. Rita fue muy clara. Al igual que tú, Amber, cuando nos conocimos en Denver.

—Bien —dije, y dejé que el aire saliera lentamente de mis pulmones.

Empieza por lo positivo. Con calma.

—Estás a salvo de ellos y nunca más tendrás que tratar con los licántropos para protegerte.

Seguía con cara de desconcierto.

—Bien, supongo. ¿Por qué?

—Porque ahora formarás parte de los Athanate.

—Ese es el nombre que usáis para referiros a los vampiros, ¿no?

—El vampiro es un mito. Los Athanate son la realidad.

—Muy bien, así que ahora formo parte de esta comunidad Athanate —dijo con cautela—. ¿Por qué? ¿Y qué implica formar parte de ella?

Suspiré. Había ido directamente al grano.

—El *porqué*: la misma razón por la que el Alfa de Pasadena quiere matarte. Nos protegemos de la humanidad manteniéndonos en secreto. Los licántropos a veces matan para conseguirlo, pero nosotros solemos ofrecer alternativas.

—Pero hace mucho tiempo que sé de la existencia de los demás. Nunca he hablado de ello. ¿Por qué de repente soy un riesgo?

—El Alfa de Pasadena no te conoce. Tiene una reacción instintiva —dije—. Para los Athanate, es mucho más complejo. Me temo que eres víctima de la política Athanate. Yo estaba convencida de que no representabas un riesgo. —Respiré hondo—. Pero ahora me han ordenado asegurarme de ello. Debo hacerte parte de mi Casa, que seas mi pariente.

La sorpresa en su rostro se ocultó rápidamente y apenas se oyó un ligero traqueteo de la taza de café cuando la volvió a colocar sobre el platillo.

—¿Pariente? Usaste ese nombre en Albuquerque. Viniste, poniéndote en peligro, en busca de *tus parientes* debido a una obligación que tenías. —Su rostro se volvió sereno y pensativo—. Es bastante agradable contemplar la idea de ser tan importante para alguien.

A pesar de lo que sus palabras daban a entender, estaba segura de que la mayoría de su personal pensaba que ella era así de importante para ellos.

Tuve que explicarle qué era un «pariente». Al menos la versión de los Cárpatos: «katikia».

Tenía la boca seca.

Toma el control de la conversación. Habla de lo positivo.

—Ser pariente tiene otras ventajas —dije con tono alegre—. Salud y larga vida.

—¡Oh! Eso suena a brindis. —Sonrió para suavizar el golpe.

Dominé era una mujer muy inteligente y sensible. Me di cuenta de que sabía cómo estaba tratando de defender mi postura y, sin duda, también adivinó algo de lo que estaba evitando.

Y no había salido corriendo ni gritando.

Sentí que empezaba a relajarme por primera vez desde que Yelena y yo nos habíamos embarcado en esta tarea.

¿Esto va a ser más fácil de lo que pensaba?

—¡Ay! —Se oyó un grito de dolor al otro lado de la puerta cerrada.

Salté de mi silla, con la mano cerrándose instintivamente sobre la pistola en la funda de mi hombro. Antes de que llegara a la puerta, esta ya se había abierto.

Yelena estaba allí de pie, con expresión severa y sujetando el brazo de Dante.

—Mira quién estaba escuchando —dijo.

Capítulo 15

—¡Mierda! —le grité a Dante—. No tienes ni idea de lo que has hecho.

Un rápido vistazo al pasillo reveló que no había nadie más allí.

La metimos dentro y la soltamos.

Dominé se había levantado para consolarla, pero la mirada de Dante no indicaba precisamente que necesitara consuelo. Había oído cada palabra sobre el Athanate y sabía que tenía que convertir a Dominé en pariente.

—No he oído nada que me haya hecho cambiar de opinión —dijo desafiante.

—¡Porque no lo entiendes!

—Explícamelo, por favor, Amber. Explícame lo de los parientes. Sé clara.

Dominé nos hizo sentarnos en el sofá con Dante entre nosotras y su brazo alrededor de los hombros de la joven. Yelena se quedó de pie detrás de nosotras, apoyada en el respaldo del sofá.

—Para convertirte en mi pariente, tengo que morderte —dije.

—Genial —dijo Dante.

—No es el mordisco lo que te convierte en un pariente. —Apreté los dientes con frustración. No era así como quería explicarlo, de forma apresurada y desagradable—. Es un vínculo. Afecta a tu cerebro. Dejas de ser una amenaza para la seguridad de los Athanate porque te quitamos esa opción cambiando tu forma de pensar. Obligándote a formar parte de nosotros.

Dante pareció un poco menos segura de sí misma por primera vez.

Dominé frunció el ceño.

—Pero si no le he hablado a nadie sobre ti, ¿qué me quitas?

—Un poco de tu libre albedrío —dije.

Ya está. Lo dije.

—A cambio de eso, tenemos tu protección, que es lo que más me preocupa en este momento, además de salud y una vida más larga. —Dominé se recostó en el asiento—. No es tan malo, al menos no para mí.

Dante ladeó la cabeza.

—Apuesto a que también hay otros beneficios. Ya sabes, como amigos… —gesticuló comillas en el aire—, *con derecho a roce*. Orgías de vampiros y esas cosas.

—No hay… —empecé a decir, pero Yelena negó ligeramente con la cabeza.

¿Qué? ¿Orgías? Mierda, aún me quedaba mucho por aprender.

—Los vampiros también están buenos, ¿no? —Dante no se había dado cuenta de mi titubeo verbal.

—Las historias son exageradas —dije sin convicción.

El Athanate tenía que esforzarse por seguir siendo Athanate: ejercicio y entrenamiento constantes para mantener el cuerpo en plena forma. Las lesiones desfigurantes desaparecerían. Los rasgos tendían a volverse más regulares, más atractivos, y ser Athanate te proporcionaba feromonas y confianza y, sí, los Athanate «estaban buenos», pero no se lo iba a decir a Dante. Ya se estaba haciendo una idea equivocada. Le miré con ira.

—¿Hay alguna otra opción para Dante? —preguntó Dominé.

—Sí, Yelena podría borrarle la memoria para que no recordara nada de hoy. Demasiado difícil para ti: llevas demasiado tiempo

lidiando con seres paranormales, de demasiadas formas. Pero con ella funcionaría.

—¡No! —dijo Dante—. ¿Crees que no sé nada del trato en Nuevo México con la manada? Aunque eso no viene al caso. ¿No lo entiendes? Quiero lo que me estás ofreciendo. Es genial. Quiero decir, ¿para qué estoy en este tipo de club si no me mola lo extremo? Y lo siento, Dominé, el club es genial, pero es como un juego de fantasía. Estos tíos son de verdad.

Dejé de insistirle a Dante y me concentré en Dominé.

—No creo que ninguna de las dos aprecie lo que...

Levantó una mano para detenerme.

—Cuando nos conocimos… —Dominé se detuvo y cerró los ojos. Nos habíamos conocido cuando yo aún estaba en la policía y ella regentaba sólo un club en Denver. Su personal había sido atacado por un Athanate Basilikos. Yo había matado al Basilikos, pero fue demasiado tarde para algunos de sus empleados.

Cuando volvió a hablar, su voz tenía un ligero temblor.

—Mi pobre Valerie. Y mi pobre y dulce Marcus. —Suspiró, luciendo mucho más envejecida de lo que estaba entonces. —Los Athanate que los atacaron… no dialogaron. Les obligaron. Dañaron la memoria de Marcus antes de matarlo. Y tú dices que podrías hacer eso. Podrías hacernos olvidar o simplemente obligarnos a obedecer, ¿no es así? Y, en cambio, elegiste no hacerlo. —Exhaló un suspiro—. *Eso* es lo que marca la diferencia para mí. No hago esto porque me vea obligada a ello, aunque mis opciones parezcan escasas.

—Podrías huir y esconderte —dije—. Podría decir que te habías ido cuando llegué aquí.

Yelena se removió, descontenta.

—¿Y qué hay de mi equipo? —No esperó mi respuesta—. No puedo abandonarlos. De ninguna manera. Eso es impensable. Ser pariente no me obligaría a eso, ¿verdad?

—No —dije. Se animaba a los parientes de nuestra especie a permanecer dentro de las comunidades humanas.

—Entonces sigamos adelante. Tengo miedo, *naturellement*. ¿Quién no lo tendría? —Su voz se endureció—. Pero, *bon*, hay grandes

beneficios y parece que todos estamos en este camino por las decisiones que tomamos. Debemos respetar las decisiones de todos.

Tras mirarme para asegurarse primero, Yelena posó las manos ligeramente sobre los hombros de Dominé, lo que le hizo estremecerse.

—No dolerá, ¿verdad? —Dominé soltó una breve risa nerviosa—. Una pregunta extraña viniendo de una mujer como yo.

Yelena se inclinó sobre el respaldo del sofá y rodeó a Dominé con los brazos, como una amiga le habría abrazado.

—No te dolerá. Te lo prometo —dijo y le besó el cuello.

Dominé cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y le dio una palmadita en el brazo a Yelena.

Yelena me hizo un gesto con la cabeza. Ella mordería a Dominé. Yo me encargaría de Dante. Me desconcertó, pero entendí por qué. Dominé y yo ya teníamos una conexión. Dante era una incógnita; para ella era importante sentir un fuerte vínculo conmigo. Pero me había mentalizado pensando en hacer a Dominé parte de mi Casa. Me gustaba. Me encantaba su rechazo instintivo a huir y abandonar a su personal, y su dolor por Marcus y Valerie.

¿Dante?

Guapa, descarada. De alguna manera, sin definir o a medio terminar.

¿Iba a ser capaz de hacer esto?

¡Mierda!

Había mordido a Jen y a Alex. Los había convertido, de alguna manera. Nunca había salido a hacerlo a propósito, y mucho menos con alguien que era casi un completo desconocido.

—Despacio. Tranquila —dijo Yelena—. Confía en ti misma.

Más fácil decirlo que hacerlo.

Lo estaba echando todo a perder. Estaba nerviosa, irradiaba ansiedad y Dante lo percibía. Pude ver que tenía los ojos muy abiertos. Un escalofrío le recorrió los brazos, que rápidamente ocultó. ¿Dónde se había metido toda esa arrogancia descarada?

Dominé retiró el brazo de los hombros de Dante, y Dante me demostró que era más valiente de lo que yo creía: se deslizó hacia mí y me rodeó con el brazo.

—Es tu primera vez, ¿eh? —susurró.

Sí. No sólo más valiente, sino también más observadora.

—Sí.

—Vaya. La mía también.

Las dos nos reímos, el sonido se cortó, una especie de ladrido avergonzado.

La atraje hacia mí en un abrazo Athanate, esforzándome por que resultara suave y natural. La teoría era que ella inhalaría mis feromonas pacificadoras Athanate y se tranquilizaría cuando la mordiera.

El problema era que *yo* necesitaba estar tranquila para que las glándulas Athanate empezaran a funcionar.

Apretada contra su cuello, pensando en cómo iba a vincularla, lo último que sentía era calma. En cambio, el Athanate que había en mí percibía el pulso en su cuello, el miedo que emanaba de ella como una bruma perfumada.

Muerde ahora. Aliméntate.

No. Respiré hondo. No iba a seguir el camino de los Basilikos.

Tenía un suave aroma a limón. Agradable, pero no era mi marca. Me latía la mandíbula con la necesidad de cambiarlo.

Concéntrate en la mecánica del acto.

Le lamí el cuello. Eso la hizo estremecerse y tuvo que reprimir otra risa avergonzada.

Eso estaba bien. Su ritmo cardíaco se estaba calmando y, mientras tanto, los bioagentes se hundirían en su piel, listos para convertir el dolor en placer y hacer que su cuerpo reparase rápidamente el daño que yo estaba a punto de causarle.

—Apóyate en mí y relájate —le dije—. Sin tensión.

Sentí el eukori de Yelena, como una suave brisa que me atravesaba y fluía hacia Dante.

—¡Oh! —dijo Dante.

—Relájate —murmuré de nuevo, y mis colmillos se manifestaron, inundando mi mandíbula de anticipación.

Mía. Mía.

Pude *sentir* que Dominé daba un pequeño grito ahogado a través del vínculo con Yelena, pero no podía prestarle atención.

Mis colmillos se hundieron en la garganta de Dante.

Se tensó de nuevo y yo me relajé, esperando a que la calma que intentaba proyectar surtiera efecto, pero entonces mis colmillos parecieron encontrar su carótida por sí solos, y el taryma —toda la red de canales de Athanate en mi mandíbula y garganta—, *tiró*. Gemí mientras su Sangre fluía hacia mí, iluminándome.

¡No debería estar disfrutando de esto!

Casi podía oír a Yelena riéndose de mí.

Y ahora, a través del canal del eukori de Yelena, el placer que sentía fluía de vuelta hacia Dante.

—Oh, dioses, *sí* —siseó.

Me agarró con fuerza del brazo, pero el resto de su cuerpo permaneció obedientemente flácido.

Oí suspirar a Dominé y sentí que yo también fluía a través de Yelena hacia ella.

Las cuatro estábamos conectadas a través del eukori. Las cuatro palpitábamos de placer.

La mano de Dante se extendió y, vacilante, me acarició la nuca, presionando ligeramente, ansiosa de que volviera a *extraer* su Sangre.

Pero la Sangre era una cuestión secundaria esta vez, poco más que una distracción.

En inglés, se llamaba «vínculo». En Athanate, la palabra era un compuesto: «trenzado de almas», había dicho Yelena. Cuanto más complejo era el tejido, más profundo y completo era el vínculo. Alex, Jen y yo estábamos completamente entrelazados, por muy mal que se comportaran el uno con el otro. Podía verlo cada vez con más claridad, mientras Yelena y yo enredábamos a Dominé y Dante en la misma red que era la Casa Farrell.

Otro sorbo de Sangre. Dante gimió y la última resistencia de su cuerpo se desvaneció.

No se trata de crear un vínculo de la nada, me lo había descrito Diana. *Se trata de encontrar algo bien fundado y hacer una copia. Una plantilla. Dejar que el vínculo crezca. Ganarse el vínculo.*

Esa era la teoría de Panethus.

Bastó con una simple indicación de Yelena a través del eukori, y mi inexperiencia parecía importar cada vez menos a medida que avanzábamos. Mis conocimientos sobre el eukori habían mejorado durante la terapia con Diana. Ella había llegado hasta mí *así* y había hecho *esto*.

Y, de repente, me encontré más adentro de la mente de Dante de lo que había pretendido.

No era inmadura en absoluto. Esa apariencia descarada y grosera ocultaba algo que se había roto y nunca se había reparado.

Y toda esa tontería sobre las orgías de vampiros y que el club era lo que ella buscaba… la verdad era que estaba allí para apoyar a Dominé. Vincularla era tan sencillo como añadirme a mí y a la Casa Farrell a una estructura ya existente entre ella y su jefa.

No era el momento adecuado para explorar nada de eso. Con un codazo de Yelena, me retiré. Ya habíamos hecho suficiente por el momento.

Lambí un poco más el cuello de Dante, mientras los bioagentes sellaban las heridas.

Ahora mis feromonas de Athanate estaban surtiendo efecto: las que Jen llamaba «*momento feliz*».

—Vaya —dijo Dante—. Simplemente, vaya.

La atraje hasta que quedó recostada sobre mí. No quería que se hiciera una idea equivocada; ella era katikia y no pariente, pero el abrazo parecía encajar con las sensaciones que se desvanecían lentamente del mordisco y el vínculo. Su corazón latía plácidamente contra mis costillas.

Era hora de pensar en lo que acababa de pasar. Por supuesto, sabía que el vínculo era un proceso recíproco: yo estaba vinculada a mis parientes tanto como ellos lo estaban a mí. No esperaba sentir algo similar con una katikia.

Y mientras lo pensaba, pude ver, a pesar de toda mi ansiedad y vacilación, que inconscientemente me había preparado para vincularme con Dominé en el momento en que entré en la habitación. Mis necesidades de Athanate se habían infiltrado en toda mi mente, por muy inseguro que estuviera mi lado humano.

Reconocerme *eso* a mí misma fue un extraño eco de algo que Diana también había dicho durante mi terapia. Ella había dicho que no podía volver a un estado de inocencia antes de que me hubiera pasado nada malo sin destruir eso en lo que me había convertido. Del mismo modo, no podía negar mi necesidad de vincularme sin negar todo lo demás que me hacía Athanate.

Por mucho que pudiera visualizarlo, no podía volver al río que era yo antes de que me mordieran.

Incluso si pudiera retroceder en el tiempo y no hubiera sido mordida, ¿qué me habría pasado? Algo más habría provocado que mi caja fuerte fallara, y entonces no habría tenido a nadie capaz de ayudarme.

El río fluía.

Así era yo ahora. Y empezaba a gustarme.

Capítulo 16

—Entonces, ¿se supone que debo sentirme totalmente diferente?

Estaba claro que Dante no había cambiado por fuera.

Yelena le provocó acariciándole la espalda con los dedos.

—¿No es así?

Dante le lanzó una mirada de reojo.

—Vosotros también hacéis ese tipo de cosas con el sexo, ¿no?

—Quizás.

—¿Ves? Lo sabía. Lo sabía. ¡Orgías!

Dominé sonrió ante la escena. Se había colocado un pañuelo de seda alrededor del cuello y estaba sentada allí con aire reflexivo, como si estuviera escudriñando sus propios pensamientos para ver qué había cambiado.

El vínculo no era como pulsar un interruptor. Habíamos iniciado el proceso, pero necesitaba tiempo para asentarse. Necesitábamos tiempo para ganarnos ese vínculo.

Sugerí que Dominé y Dante vinieran a vivir con nosotras y se desplazaran al club desde allí; además eso parecía ser la norma en Los Ángeles. Y con la casa que había elegido Jen, teníamos espacio de sobra.

—Me gustaría —dijo Dominé.

La parte final de los eukori fusionados compartió una sensación de placer y expectación ante eso.

Y, aunque Dante podía afirmar que no se sentía diferente, yo no podía.

No era únicamente el vínculo, sino el hecho de salir y volver a hacer cosas parecía haberme despejado la mente.

El club en sí, y el personal de Dominé, se habían convertido en parte de mi responsabilidad como miembro de la Casa Farrell. Y hasta que no aclaráramos el asunto con el Alfa de Pasadena, mi Casa corría peligro.

Llamé a los guardias de Altau que estaban de servicio en la casa. Tuve suerte y se puso Tom Sherman, el segundo al mando de Bian.

—Necesito que uno de vosotros venga aquí a hacer guardia en la puerta durante un día —le dije.

—¿Un día en la puerta de un club de sexo? Supongo que alguien tiene que hacerlo.

—No es broma, Tom. Una de las manadas locales está amenazando a mis parientes. Existe la posibilidad de que aparezcan hoy. Les enviaré un mensaje, pero si es demasiado tarde, quiero que huelan a Athanate en cuanto lleguen a la puerta. Eso debería disuadirlos.

—*¿Debería* disuadirlos?

—El Alfa parece tener muy mal genio. Ese tipo de actitud se contagia. Su manada podría actuar sin pararse a pensar.

Tom gruñó.

—Enviaré a dos. Llegarán en una hora. Y tú, Casa Farrell, tienes que volver aquí rápidamente con el mínimo riesgo.

—Sí. Oído, Tom.

Con eso, terminamos la llamada. Dominé estaba a punto de salir de la oficina, pero la detuve.

—Espera un momento.

—¿Sí, Señora? —dijo Dominé, mirándome con adoración, con un ligero atisbo de sonrisa en los ojos para indicarme que estaba exagerando.

Puse los ojos en blanco.

—Es Amber. Esto es serio. ¿Cuándo te advirtió el Alfa de Redondo sobre la manada de Pasadena?

—Esta mañana. Estaba a punto de llamar a Rita para preguntarle qué debía hacer cuando recibí tu llamada.

—De acuerdo —dije lentamente—. No podemos dar por sentado que Pasadena no haya puesto ya un plan en marcha. No vamos a salir a la calle sin hacer algunas comprobaciones básicas. Yelena, sal y compra algo en la tienda de enfrente, por favor. Fíjate a ver si ves a alguien que parezca sospechoso.

Asintió y se marchó, regresando apenas cinco minutos después, sacudiéndose las gotas de lluvia del pelo.

—Hay dos posibles grupos. Media docena de moteros de pie al otro lado de la calle y un todoterreno estacionado en el parking de enfrente con tres tipos dentro.

—¿Nueve hombres lobo contra uno?

No son buenas probabilidades.

Yelena negó con la cabeza.

—Los moteros no son licántropos. Me acerqué lo suficientemente cerca para comprobarlo. Aunque no puedo decirte nada de los tipos del coche. —Se encogió de hombros—. Puede que no haya ningún licántropo por ahí, pero el cuchillo que no ves es el que tienes clavado en la espalda.

Resoplé. Esa frase era digna de Ben-Haim, uno de mis antiguos instructores de Ops 4-10.

—Te das cuenta de que no podemos matarlos —dije.

—¿Qué demonios? —dijo Dante—. Si son esos tipos de Pasadena, han venido a matar a Dominé.

—Vas a tener que empezar a pensar de otra manera. Para empezar, no sabes si el Alfa de Pasadena realmente va a por ti; es sólo lo que te ha dicho otro licántropo. ¿Y si el Alfa de Redondo tiene algún tipo de cuenta pendiente? ¿Y si sólo quiere ahuyentarte de su territorio? En segundo lugar, si *hay* licántropos ahí fuera y son de Pasadena, ¿están aquí para matar a Dominé? No lo sabes, y tienes que averiguarlo. En tercer lugar, la cosa se complica mucho más si empiezo a matar licántropos. Formo parte de una manada, además de los Athanate, y mis acciones se interpretan como si las realizara en nombre de la manada, lo quiera o no. —Dante y Dominé parecían ligeramente atónitas ante esto, y ni siquiera había entrado en el tema de ser sindesmón—. Y, por último, ¿por qué demonios os estoy explicando todo esto?

—¿Y qué hacemos, jefa? —preguntó Yelena.

—Si son licántropos, están aquí como una amenaza, como mínimo. Podemos hacerles daño. Tenemos que asegurarnos de saber de qué manada son y por qué, y luego enviarles el mensaje de que el Club Vasana está bajo la protección de los Athanate.

Ella esperó.

—Tenemos que llevarlos a algún lugar tranquilo sin testigos —dije —. Tenemos que conducir y hacer que nos sigan.

—Hay un edificio en Long Beach que el agente inmobiliario intentó venderme cuando vine a Los Ángeles —dijo Dominé—. Cuando lo vi,

estaba rodeado de almacenes vacíos. Imagino que será lo suficientemente tranquilo, si conseguimos entrar.

—Comprueba que siga estando vacío —le dije, y volvió a su escritorio.

—Van a sospechar —dijo Yelena.

Tenía razón. Lo pensé un poco más mientras Dominé llamaba al agente inmobiliario.

Deja de complicarlo con la política de los licántropos y los Athanate. Es una simple operación encubierta, y necesito una solución sencilla.

—Tiene que ser una trampa —dije—. Y tengo una idea.

Era una idea arriesgada, pero necesitaba volver a la acción. Necesitaba ser yo quien protegiera a mi Casa y a mí misma.

—Sigue vacío —dijo Dominé, colgando el teléfono—. ¿Qué más necesitas?

Me gustó el tono de confianza en su voz.

—No mucho. Tu coche. Unas tenazas para entrar en el edificio de Long Beach. Bridas. Guantes para Yelena y para mí. Cinta adhesiva, por supuesto —dije, y miré a Dante con una sonrisa maliciosa—. Y una bolsa de tela.

Capítulo 17

La tarde se había vuelto oscura, fría y húmeda cuando salimos.

Los moteros se marcharon cuando la lluvia empezó a caer más fuerte.

Yelena trajo el coche de Dominé hasta la entrada y abrió la puerta trasera.

En cuanto se detuvo, salí arrastrando a Dante. Le habíamos atado las manos a la espalda y le habíamos cubierto la cabeza con la bolsa de tela. La empujé al interior del coche, echando un vistazo a mi alrededor como si comprobara si alguien nos observaba. Dominé estaba justo detrás de mí y se metió rápidamente en el asiento del copiloto. Con la luz interior encendida, no había forma de confundirla, aunque no hubieran sabido cuál era su coche.

Yelena arrancó a toda prisa.

El todoterreno nos siguió.

—Han mordido el anzuelo —dije, sin atreverme a mirar atrás.

Habían estado vigilando la entrada del edificio y habían visto nuestra farsa. La dueña de un club de sexo se sube a un coche con dos matones y alguien atado. Esperarían que la lleváramos a algún lugar para hacer nuestros negocios sin testigos.

—¿Puedo sentarme? —se oyó desde dentro de la bolsa.

—No. —Pero la giré hasta que su cabeza quedó sobre mi regazo y la bolsa quedó parcialmente abierta. Mis manos descansaban sobre su cuello. Podía sentir las marcas de los mordiscos que ya se estaban curando. Y su pulso, a un ritmo tranquilizador bajo mis dedos.

¿He hecho lo correcto para ella?

Sí, dijo mi Athanate con aire de suficiencia. No había discusión posible; dependía del resto de mí asegurarme de que fuera la elección correcta para Dante.

Yelena condujo hacia el este por la Pacific Coast Highway, y luego Dominé nos dirigió hacia Long Beach. El todoterreno se colocó dos o tres coches por detrás y nos siguió por las calles resbaladizas por la lluvia.

Eran tres contra nosotras dos. Teníamos la sorpresa de nuestro lado —una ventaja enorme—, pero había un par de espectadoras a las que proteger.

Eran probabilidades aceptables.

Dominé tenía razón en dos cosas: el edificio que habían intentado venderle no era en absoluto adecuado para su club, y parecía exactamente el tipo de lugar al que alguien acudiría para cerrar algún asunto delictivo.

Yelena utilizó las tenazas para romper el candado de una puerta corredera y entramos.

Nuestros perseguidores iban con cuidado. Aún no habían doblado la esquina, pero, cuando lo hicieran, verían el coche vacío de Dominé y sabrían que estábamos dentro.

Eché un vistazo al interior. Había sido una oficina y luego una empresa que también había quebrado había utilizado el local como almacén. Estábamos en una zona diáfana en medio del edificio. El lugar estaba lleno de viejo material de oficina y montones de cajas apoyadas unas contra otras como borrachos a la salida de un bar.

—Esconderos —dije, y subí corriendo las escaleras hasta el segundo piso, dejando a Yelena a cargo de ellas.

Las ventanas de la planta baja estaban tapiadas. Arriba no lo estaban, y me aplasté contra la pared para asomarme por una de ellas, aprovechando para comprobar la Sig Sauer de 9 mm que llevaba en una funda de hombro. El arma estaba bien, pero me daba mala espina. Echaba de menos mi vieja HK, perdida cuando me capturaron en el convento de Taos.

No había tiempo para eso.

El todoterreno dobló la esquina y avanzó lentamente hasta situarse detrás del coche de Dominé y justo debajo de mi ventana.

Dos tipos salieron del vehículo, con lo que parecían pistolas automáticas bajo las chaquetas: quizá Uzis con silenciadores. Corrieron hacia la puerta corredera que habíamos dejado abierta y desaparecieron en el interior, dejando al conductor sentado en el coche con el motor en marcha. Querían entrar y salir rápidamente de este trabajo. Eso no iba a suceder.

Conté hasta cinco y luego cogí un viejo archivador metálico.

Esto va a doler.

El armario y yo salimos por la ventana en medio de una lluvia de cristales. El armario atravesó el parabrisas del todoterreno y yo aterricé en el techo.

Tenía razón. Me dolió.

Cuando algo atraviesa el parabrisas así, tiene que asustar. El licántropo que estaba dentro no se detuvo a pensar en las posibilidades, ni se preguntó qué acababa de abollar su techo. Salió, gruñendo y escupiendo, mirando hacia arriba para ver qué idiota había lanzado un armario contra su coche. Ni siquiera tenía el arma en la mano.

Y cuando salió por la puerta, salté del techo, lo derribé y caí sobre él con la rodilla en sus entrañas.

Estábamos demasiado cerca para nada sutil. Le di un puñetazo en la cara, le rompí la nariz, y luego le golpeé la cabeza contra la carretera hasta que quedó medio inconsciente.

Era un licántropo, pero no tuve tiempo de comprobar de qué manada. Aún no se oían disparos desde el edificio, pero el cronómetro en mi cabeza no paraba de correr y tenía a dos parientes vulnerables de mi Casa allí dentro.

Me llevó un minuto precioso atarle las manos a la espalda con bridas. Le arranqué el cinturón y lo utilicé para atarlo a una de las llantas. Perdí más segundos quitándole el móvil y la pistola. Quería registrar el coche, pero no podía dejar a Yelena sola con dos personas a las que proteger.

Corrí hacia la puerta.

—Uno menos. ¿Estás bien? —dije por el móvil.

Yelena llevaba un auricular. No podía hablar por miedo a delatar su posición, pero pulsó su móvil.

Un clic. *Sí*.

Habían tenido demasiado tiempo. El suficiente para ponerse en alerta y sospechar. El suficiente para empezar a registrar el edificio.

No había tiempo para separarlos y acabar con ellos uno por uno.

—Prepárate —susurré.

Atravesé la puerta, agazapada y rápida como una anguila.

Mis ojos tardaron un momento en adaptarse. La buena noticia era que seguían en la zona abierta del centro del edificio.

—Distracción, *ahora* —susurré.

Los licántropos me oyeron y empezaron a darse la vuelta.

Una caja de madera podrida llena de piezas de repuesto metálicas salió disparada de la oscuridad y se estrelló contra el suelo, desintegrándose con el impacto. Unos trozos de metal salieron disparados y se oyó un grito como el de un espíritu torturado desde detrás de la pantalla de cajas.

Ambos licántropos se levantaron y dispararon una ráfaga corta en esa dirección. Rápido, instintivo, más o menos entrenado, pero esta vez *falló*.

Disparé en las piernas al que estaba más cerca. *Tap, tap, tap.* Dos de tres impactos. Tobillo y pantorrilla.

Mientras caía, disparé al otro licántropo. Fallé. Había tenido tiempo suficiente para girarse hacia lo que creía que era su amenaza más inmediata, y no me gustó ver el feo cañón del silenciador acechándome.

Una segunda caja, más pequeña, le dio de lleno en un lado de la cabeza.

Se tambaleó.

Fallé con el primero, pero mi segundo disparo le dio en la rodilla y su dedo índice se crispó, disparando su Uzi contra el suelo de hormigón; los rebotes chasqueaban y zumbaban como avispas enfurecidas en la penumbra. Esos rebotes eran más peligrosos que los disparos directos, pero entonces empezó a levantar el arma de nuevo, a pesar del dolor que sentía.

Entonces se le rompió la muñeca al ser derribado. Yelena fue rápida. Había recorrido el doble de distancia en el mismo tiempo que me había llevado a mí llegar hasta el licántropo más cercano y hacerme con su Uzi.

Los dos licántropos se retorcían de dolor y rabia en el suelo polvoriento.

Era extraño: estaban asustados, sin duda, pero podía sentir que la ira eclipsaba casi todo lo demás. Como si no hubieran estado

intentando matarnos, como si fuera injusto, como si no pudieran creer que las dos *chicas* los hubieran engañado y derribado.

Me volví, pero fue Yelena quien reaccionó.

Sus colmillos de Athanate salieron y *siseó*, algo a medio camino entre un escupitajo y el chillido de una olla de duendes enloquecida. Parecía venir de lo más profundo de su ser. Era feroz, casi primitivo.

Y no sé qué pensaron los dos licántropos, pero a mí me dio un susto de muerte. En el buen sentido, claro; al fin y al cabo, ella estaba de mi lado.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

—¿Así que los mandaste a casa, con el rabo entre las piernas, con un mensaje para su Alfa? —preguntó Tom Sherman—. Eso no suena nada divertido.

—Bueno, les destrocé el todoterreno con un archivador. Así que ahí está eso —respondí. Eso le arrancó una sonrisa.

Estaba de vuelta en la casa, informando a Tom. Al igual que todas las demás Casas de Los Ángeles, contaba con vigilancia de seguridad las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, contra los Basilikos y otros seres repugnantes. Tom estaba al mando de la mía. A pesar de bromear sobre el licántropo de Pasadena, a Tom no le gustó que hubiera ido con tan poco refuerzo. Tenía razón; si hubiera resultado herida, él habría tenido que responder a las preguntas difíciles de Skylur. No debería haberlo puesto en esa situación.

—La seguridad está cada vez más al límite —dije.

Tom parecía como si estuviera comiendo limones.

—Incluir al Imperio en nuestras tareas es un golpe tremendo —dijo—. Supongo que pedir ayuda a los licántropos se ha vuelto un poco más difícil.

La puerta se abrió y entró Alex.

Su oído de lobo había captado nuestra conversación, igual que yo había captado su olor de lobo al cruzar el pasillo.

Me dejé llevar por su abrazo.

—No es la mejor forma de empezar una conversación con el de Pasadena —murmuró entre mi cabello.

Froté mi cara contra su cuello, empapándome de su olor y su tacto. Estaba enfadado. No creía que fuera por mí o por Tom, pero Tom no sabía cómo interpretarlo.

Se dirigió hacia la puerta, deteniéndose sólo para decir con rigidez:

—A todos se nos pide que hagamos sacrificios.

Ay. Eso no era propio de Tom. Si tenía algo que decir, normalmente lo decía. Tendría que averiguar más tarde qué le estaba molestando.

Llevé a Alex a conocer a Dominé y a Dante.

Jen se había ido a Nueva York por un asunto urgente durante un par de días. Julie y Keith se habían ido con ella. Dominé estaba hablando por teléfono con el club, y Vera hablaba con Dante, quien inmediatamente se levantó de un salto del sofá.

—Justo iba a quejarme de que me habías vendido en exceso a los vampiros guapos —dijo ella—. Esto ya me gusta más.

Se acercó a Alex.

Él volvió a gruñir, uno de esos rugidos profundos que todo el mundo entiende.

—¡Oh!

Dante retrocedió rápidamente. Se hizo el silencio.

Alex me miró, con los ojos entrecerrados y el dorado del lobo desbordándose en ellos. Se dio la vuelta y subió a zancadas las escaleras hacia los dormitorios.

Mierda. Está más enfadado de lo que pensaba.

Dante miraba su espalda mientras se alejaba y a mí, tratando de entenderlo. No había nada malo con su cerebro, cuando lo ponía en marcha.

—Pensaba que tú… Es decir, les oí decirte que Jen estaba fuera. Es como un pariente tuyo, ¿no?

—*Es* mi pariente. Y Alex también. Y él es un hombre lobo, no un Athanate.

—Oh, vale. Culpa mía.

Los ojos de Dante volvieron a moverse de un lado a otro.

—Lo siento —dijo—. Ha sido una tontería. No quería crear problemas.

Bajó la mirada al suelo y, avergonzada, parecía todavía más joven.

—He venido aquí, a tu mundo —continuó—, y sé que tengo que entenderlo, que tengo que encajar.

Parecía que atraía a gente así. Había rescatado a Savannah en Nuevo México y habíamos tenido un problema similar, en el que ella parecía socialmente torpe y lo que yo había intentado hacer sólo empeoró las cosas.

Tenía que asumir la responsabilidad.

—No, *yo* lo siento, Dante. —Le abracé—. Debería darte información y orientación que nos lleve a todos a un lugar en el que nos sintamos cómodos con nosotros mismos y entre nosotros. Nadie te explicó las cosas. No tenías mala intención y no fue culpa tuya. —Le di una palmadita en la espalda—. Ahora, discúlpame, tengo que ir a hablar con Alex.

Dante estaba a punto de soltar otro comentario descarado, pero se mordió la lengua.

Sonreí.

Puedo manejar las pequeñas crisis, pensé. *Veamos si puedo manejar las grandes.*

Capítulo 18

Estaba en nuestro dormitorio, dando vueltas de un lado a otro.

—Ya no sé en quién podemos confiar.

Podemos. Una palabra pequeña. Importante para mí. Lo abracé.

—¿Qué demonios ha provocado esto?

Me devolvió el abrazo. Seguía haciendo ruidos de lobo, en lo más profundo, como si llevara mucho tiempo enjaulado. Quizá la distancia que parecía haber mantenido conmigo se debía a que no se sentía en casa aquí, en Los Ángeles. No tenía ningún lugar donde transformarse y correr.

Lo atraje hacia mí, empapándome de su olor a lobo. Habría sido tan fácil quedarme allí de pie y aspirar su aroma, pero tenía la misión de averiguar qué le pasaba.

¿Por qué siempre debía tener una maldita misión? Tuve que ignorar una punzada de irritación. Tenía una misión porque pertenecía a la Casa Farrell. Y era el Alfa de Alex. Al menos, mientras estuviéramos sobre dos piernas.

—¿Qué pasa? —le pregunté de nuevo.

—Me está afectando. —Hizo una pausa, como si se estuviera obligando a hablar con calma y claridad para mí—. Seguimos haciendo lo que Skylur y Diana dicen, sin cuestionar nada, y no hay vuelta atrás.

—¿Qué quieres decir?

Le acaricié el pecho con las manos. Mi loba quería unirse a sus gruñidos, y acariciarlo parecía la mejor manera de mantenerla callada por el momento.

—¿Has intentado hablar con Diana hoy? —preguntó.

—Bueno, no está disponible. El Imperio...

—Lo sé. Bian me puso al corriente de camino aquí —dijo—. Skylur tiene planes, pero en realidad no puede decirme nada, y todo es sobre lo que esto significa para los Athanate.

—Bueno, se supone que ahora soy el enlace entre los Athanate y los licántropos, así que puedo empezar a trabajar en ello.

—Sí, eso he oído. ¿Cómo te fue hoy?

Eso me arrancó una media sonrisa.

—No se trata sólo de la política Athanate —dijo—. Se trata de ti y de tu terapia.

Se soltó y volvió a dar vueltas.

—Hasta hoy, todos te hemos tratado como a una paciente en recuperación. Y ahora se espera que te encargues de Ibarre y Huang y del vínculo. Y de ser sindesmón. ¿Qué se supone que debo hacer?

—No te entiendo.

—¿De qué se supone que puedo hablar contigo? ¿Crees que el resto del mundo se ha olvidado de ti? —dijo enfadado—. ¿Félix? ¿Tu madre? ¿El FBI? Incluso esos locos de Nuevo México quieren hablar contigo. A todos les están dando largas.

Entendía lo que quería decir. La coacción de Diana que me protegía mientras me recuperaba no me impedía recordar el mundo exterior, pero hacía que todo pareciera menos importante, menos urgente. Sin embargo, todo parecía tan razonable. Cada vez que pensaba demasiado en algo, mi mente parecía alejarse de ello, como si fuera lo correcto.

Recordaba la sesión de terapia en la que lo había visualizado como salir de un pozo de hielo.

Diana había dicho que estaban hablando con todo el mundo. Pero eso fue hace tres semanas. *Tres semanas*.

Me estremecí. Odiaba la idea de no tener el control de mi propio cerebro.

Pero enfrentarme a la coacción, reconocerla, parecía haber cambiado sus cimientos. Mi mente no se escapaba.

—¿Y cómo va todo por ahí? —pregunté.

—No muy bien. Tu madre está preocupada. Ingram está cabreado. ¿Félix y Zane? Lo mismo. Todos entienden que estabas «lesionada», por lo que les hemos contado, pero se nos acaba el tiempo.

Mientras aún estaba en Nuevo México, el agente Ingram me había dicho que tenía un día o dos para cumplir mi promesa de hablarle con sinceridad. Mamá me había pedido que pasara a verla en cuanto volviera.

Hacía un mes.

Me imaginaba cómo se estaba tomando mi ausencia.

—Vale. —Apreté los ojos con fuerza e intenté pensar con serenidad—. Cuéntame qué está pasando en el mundo de los licántropos.

—La Confederación se ha recuperado bien —dijo, y dejó de dar vueltas—. Mira, hemos mejorado la situación. Nosotros, me refiero a las manadas de Denver y Cimarrón con la ayuda de Altau, nos enfrentamos a la manada de Wind River y matamos o capturamos a cientos de ellos. Todas las manadas de la frontera sur que la Confederación había tomado aprovecharon la oportunidad para liberarse: Cheyenne, Medicine Bow, Rock Springs, Black Hills. Y se retiraron de un enfrentamiento con Salt Lake. La Confederación se limita ahora a las Montañas Rocosas del norte.

—Así que se han retirado, bien. Pero has dicho que se han recuperado.

—La manada de Bozeman nos utilizó como chivos expiatorios para asustar a un montón de manadas nuevas del norte y provocar que se aliaran con la Confederación contra nuestra «agresión». Se han hecho con el control de las manadas de Montana e Idaho e incluso han avanzado hasta Oregón.

—¿*Nuestra* agresión? ¿Cómo se les ocurrió esa tontería?

—Porque estamos aliados con Altau, y Skylur siguió adelante con tu sugerencia. Todas las Casas de Norteamérica se han puesto en contacto con las manadas de su zona para ofrecerles alianzas. Bozeman fue capaz de darle la vuelta a todo el asunto y presentarlo como un intento del Athanate por controlar a los licántropos.

En la Confederación no eran unos pusilánimes, y esto era una guerra. Había tres manadas dominantes en la Confederación. Habíamos dañado a Wind River, demonios, Julie había matado a su Alfa, pero eso dejaba a Bozeman y Bighorn. Acabábamos de ganar la primera batalla y de trazar nuevas líneas en el mapa.

—¿Cómo se lo está tomando Félix? —pregunté.

—Al principio se tomó bien lo de Athanate, hasta que se dio cuenta de que no podía ponerse en contacto contigo. —Alex se frotó la cara con las manos. Parecía cansado. Como si llevara demasiado tiempo cargando con esto él solo—. Mira, la clave es la noticia del ritual: se ha vuelto viral. Félix ha empezado a recibir llamadas de

manadas de todo el mundo, por no hablar de Estados Unidos. Pero ha tenido que darles largas, y eso no está sentando bien. Esa es la única razón por la que no ha venido a Los Ángeles a exigir tu presencia: está intentando mantener en secreto dónde estamos.

—¡Oh, mierda! —dije, al darme cuenta de adónde iba a parar esto.

—Sí. Alguno de esos lobos de Pasadena a los que le diste una paliza tendrá suficientes neuronas para usar su olfato y sacar una conclusión. Sólo hay un híbrido. Ya se ha corrido la voz. Todos los que quieran acabar contigo sabrán que estás en Los Ángeles mañana a esta hora.

Enfrentarme a los licántropos de Pasadena había sido un gran error. Aunque no me hubieran contado cuál era la situación, debería haberlo deducido por mí misma.

Alex me conocía lo suficientemente bien como para leerme el pensamiento. Dejó de dar vueltas y me agarró.

—Es culpa de Diana, Amber. No tuya. Si ella hubiera aceptado que te contaran lo que estaba pasando, tú no te habrías arriesgado a tender una emboscada a los licántropos de Pasadena. Si al menos Diana hubiera informado a Tom, él podría haber dicho algo. Las intenciones eran buenas, pero salió mal. No es culpa tuya.

—Vale, vale. —No podía culparme de todo—. Bueno… sobre los escorchados. Supongo que ahora hay algunos más, ¿no?

—¿Algunos? *Todas* las manadas tienen ese maldito problema. Todas quieren enviar a alguien para que le apliques tu magia. —Parecía descontento—. Se ha convertido en una cuestión política. Félix quiere restringirlo a las manadas que están aliadas con él. Skylur quiere incluir a cualquier manada que esté aliada con Altau; afirma que es lo mismo.

—No —dije.

Alex esbozó una media sonrisa y volvió a rodearme con los brazos, meciéndonos de un lado a otro.

—Esa es mi loca —dijo—. Quieres que esté abierto a todo el mundo, ¿verdad? ¿Incluso a la Confederación?

Le di un codazo en las costillas. Sólo yo puedo llamarme loca.

Sí, loca.

Respiré hondo y aparté de mi mente todas las preocupaciones externas.

—No me cuentes nada más esta noche —dije.

Él se quedó desconcertado, y yo me preocupé por mí misma. ¿Era esto algún efecto secundario de la coacción? Mi decisión me parecía razonable, tal y como cabría esperar de una coacción sutil.

No. Me *volvería* loca pensando así.

—Están pasando demasiadas cosas —dije, hundiendo la cara en su cuello—, y para tomar cualquier decisión sensata, necesitamos más información.

Alex no lo entendía. Lo notaba en la tensión que se acumulaba en su interior. Mi Athanate estaba totalmente a favor de resolver esto. Su licántropo aullaba pidiendo acción.

—Escúchame, lobo. Mañana hablaré con Diana y me libraré de cualquier otra coacción. No podrá decir que no soy lo suficientemente fuerte si se espera que cumpla con la lista de responsabilidades que me han dado. Entonces podré empezar a arreglar las cosas. Félix. Ingram. Mamá. Mañana. —Volví a acurrucarme contra el cuello de Alex, tratando de convencerlo sin palabras ni discusiones de que lo dejara estar por ahora, tratando de hablar con su lobo de una forma que su lobo entendiera.

Intentando cambiar la conversación a una que sólo nosotros dos necesitábamos tener, sin interferencias externas. Una que podría salir muy mal.

—Estás triste, y no es sólo por los problemas con los Athanate y Félix, ¿verdad? —dije en voz baja.

Se apartó bruscamente.

—No es importante.

Bueno, había conseguido que dejara de pensar en otros problemas. Ahora tocaba resolver este.

Lo seguí con paso firme.

—Es muy importante. Necesito que mis parientes sean felices.

Me lanzó una mirada de reojo, llena de lobo salvaje.

—Ambos —dije—. Felices conmigo y felices el uno con el otro.

Su lobo estaba tan cerca de salir a la superficie que sus labios se retrajeron sobre los dientes. Era frustrante. Quería al lobo, pero no

el gruñido.

—Tengo razón, ¿verdad? ¿Tú y Jen seguís teniendo problemas?

No hizo falta que respondiera. Lo veía. Ahora sólo tenía que entenderlo.

No era un tipo inseguro, a Alex no le faltaba arrogancia; así que no podía pensar que iba a perderme por Jen. Del mismo modo, dudaba que le importara que le mordiera a ella más que a él; mi necesidad de Sangre humana, propia de los Athanate, era mayor que mi necesidad híbrida de Sangre licántropa. No lo entendíamos, pero vivíamos con ello.

Tampoco era el sexo. No habíamos tenido, y él sabía muy bien que tampoco había hecho el amor con Jen durante las semanas de terapia. Revivir esos acontecimientos no había dejado mucho espacio para el deseo, ni en mí ni en Jen. Ni en él. Alex estaba unido a las dos, y se preocupaba por nosotras. Independientemente de lo que mostrara al mundo, había compartido sin vacilar el horror de lo que había sucedido.

¿Era eso? Me estremecí al pensar que parte de la mancha de mi caja fuerte se le había impregnado, como si el horror y la locura fueran contagiosos.

—Te preocupas por ella —dije—. Lo vi cuando desenterramos los recuerdos de Longmont. Eso no desaparece porque ella te critique por alguna decisión empresarial con la que no está de acuerdo.

Gruñó. Lo había acorralado, al menos físicamente. Tendría que saltar por encima de la cama para escapar de mí y eso sería indigno para él.

Resultó ser la forma correcta de hacerle entrar en razón.

—¿Sabes lo que más me duele? —dijo, y había un pequeño destello de humor en sus ojos—. Que normalmente tiene razón.

Sonreí. ¡Oh, sí! Ahí estaba la clave para atravesar su coraza, pero necesitaba distraerlo mientras le hacía llegar mi mensaje. Me quité la camiseta y el sujetador.

Sentí un chirrido de nervios en mi interior y un torbellino de imágenes indeseadas. Las aparté a la fuerza. Ya había terminado con eso. Las había bloqueado antes y ahora, mejor aún, había roto su control sobre mi mente. Mi vida volvía a ser mía.

Intentar ocultar lo que se me había pasado por la cabeza era inútil con Alex. Podía oír los latidos de mi corazón. Podía oler la reacción que había tenido. Su rostro se suavizó.

No era lo que yo buscaba. Quería deseo, no lástima.

Apostaba a que la clave para desbloquear nuestra relación de tres era conseguir que ambos admitieran la atracción mutua que sentían. Quizá el hecho de que los dos se preocuparan por cómo me sentía era la raíz del problema.

El resto de mi ropa siguió al montón en el suelo.

Los ojos de Alex se tiñeron de dorado. Unos deliciosos escalofríos me recorrieron el vientre y disiparon cualquier duda que pudiera tener.

Pero ahora el hombre estaba reprimiendo a su lobo. Se echó hacia atrás, cruzando los brazos y creando una barrera.

El pobre chico sospechaba lo que estaba tramando. Menuda paranoia. ¿Dónde habría aprendido eso?

Me acerqué un poco a él, disfrutando del latido acelerado que podía oír en su corazón y del calor que emanaba su cuerpo. El espacio entre nosotros crepitaba de tensión.

Oh, sí. Ya era hora de volver a la carga.

—Te quiero —dije.

Aún no lo había tocado. Estaba a unos centímetros de distancia, empapándome del calor y el deseo, alimentándome de ellos como una buena Athanate.

Empecé con los botones de su camisa.

—Os quiero a los dos.

No me impidió abrir suavemente sus brazos cruzados y continuar. Cuatro pequeños botones. Cinco. Seis.

Abrí la camisa deslizando las manos arriba y abajo por su pecho.

Mmm. Estaba haciendo esto por una razón astuta, ¿no?

—Yo no… —Se detuvo cuando pasé la lengua por sus pectorales.

—¿No tienes ningún problema con Jen y conmigo? —le eché una mano.

—Uhhh —gruñó indistintamente.

—Lo tomaré como un no. —Le froté la mandíbula con la mejilla, al estilo de los lobos, y tracé líneas con la punta de la nariz a lo largo

del arco de su cuello.

Los colmillos palpitaban perezosamente en mi mandíbula, enviando un pequeño escalofrío por mi cuerpo.

Besar. Lamer. Morder.

Me contuve.

Más tarde.

—Así que yo no tendría ningún problema contigo y con Jen.

Su corazón dio un vuelco.

—No puedo… Jen y yo, no podemos…

—¿Porque tendría celos? Jen tiene que estar de acuerdo con lo nuestro. Tú tienes que estar de acuerdo con lo mío con Jen. ¿Cómo voy a tener celos de ti y Jen?

Maldita sea. Me *ponía* celosa sólo de pensarlo. Un poco. Pero el Athanate necesitaba que ellos fueran felices más de lo que necesitaba que lo fuera yo.

Los deseos de mis parientes son sagrados para mí.

—Dime que no piensas en ello —susurré—. Es la mujer más hermosa que conoces. Todos estamos vinculados. Tendrías que estar hecho de piedra para no desearla.

Ahora lo tenía acorralado contra la pared. Me agaché y agarré con fuerza el bulto de sus pantalones.

Jadeó y sus ojos se volvieron dorados como los de un lobo.

—Sabes, querido —dije, alargando deliberadamente las palabras y usando el apodo que Jen me ponía—, estoy harta de que otros Alfas me restrieguen su dominio en la cara. Y el único Alfa con el que realmente quiero hacerlo… no lo ha intentado.

Los Alfas desprendían dominio. Supuse que era como la versión licántropa del eukori, pero de una sola forma y con un único mensaje: *yo soy el jefe*. Lo había recibido a raudales de Félix, de Zane, de Cameron. Lo usaban cuando algo les enfurecía, cuando querían salirse con la suya o cuando se encontraban con otro Alfa. Pero Alex nunca lo había usado deliberadamente conmigo.

Yo era la Alfa sobre dos piernas. Él era el Alfa sobre cuatro. Pero era más complejo que eso: como pareja Alfa, nuestro dominio conjunto aumentaba; nos dábamos más el uno al otro. Nos habíamos sometido a Félix y eso había potenciado *su* dominio.

¿Y qué pasaría —me susurró al oído un pequeño diablillo de Athanate— *si me sometiera a Alex? Sólo un rato…*

¿Reforzaría lo que le había dicho sobre Jen? ¿Superaría su vacilación?

Que le den, susurró mi pequeño diablillo lobo. *¿Cómo será el sexo?*

Solté su bulto y le desabroché los botones de sus vaqueros. Los botones son mucho más sexys que una cremallera; cada botón es una pequeña batalla, un pequeño aflojamiento, un pasito más cerca. Todo el tiempo, nuestros corazones latían cada vez más rápido y mis entrañas se estaban convirtiendo en papilla caliente.

Me arrodillé lentamente, depositando besos en cada centímetro de su abdomen duro y bronceado mientras le bajaba los vaqueros y los calzoncillos, liberándolo.

Oh, sí.

El olor a lobo y a hombre que emanaba de él me acariciaba.

Alex y yo habíamos disfrutado jugando y provocándonos antes, empezando y parando, fingiendo dudar. Ahora no pensaba en eso. No parecía tener tiempo.

Sin embargo, lo había conseguido… *¿sólo con pensarlo? ¿Al arrodillarme?* Me había sometido a él y él no podía contener su creciente dominio. Era como si una presa se rompiera sobre mí, el agua cayera sobre mí, me robara el aliento, golpeara mi cabeza, empujándome hacia abajo.

No podía resistirme. Haría cualquier cosa para darle placer. Le mostré cómo, atrayéndolo hacia mí.

Gimió, agarrándome la cabeza con fuerza. Su cuerpo parecía vibrar con urgencia, como si hubiera un profundo zumbido en sus músculos. Todo ello cantaba su necesidad.

Tuve el primer parpadeo de duda. No podía controlarlo, pero no era el momento para tener dudas, con los ojos llorosos y la garganta empezando a rebelarse.

Un miedo repentino e irracional me atravesó.

Alex lo percibió.

Gritó; un sonido de deseo sin palabras. De amor.

Me levantó de un tirón y me tiró sobre la cama, y de repente tenía noventa kilos de macho Alfa ardiente encima de mí, presionándome contra el colchón y ahogándome con besos, mordiéndome, lamiéndome, explorándome; dedos, manos, lengua, labios y dientes por todos lados, reclamando completamente mi cuerpo.

Podía sentir cómo la lujuria hervía en su interior. No deseaba nada más que hundirse en mí en ese mismo instante, y se habría corrido un momento después. Pero no lo hizo; la frustración llevó sus caricias hasta el punto del dolor, hasta que contuvo todo excepto su implacable lengua.

Yo seguía temblando por dentro debido a los miedos difusos de mis recuerdos, y él, de alguna manera, lo percibió y lo utilizó para excitarme más rápido de lo que nunca lo había hecho antes. Sentí las primeras sacudidas previas a un orgasmo poderoso y entonces, *entonces*, él estaba dentro de mí, empujando con ferocidad mientras yo me aferraba como un náufrago en un tifón, gritando en el corazón de la tormenta.

Oh, Dios mío.

Esa fue la respuesta para el licántropo: el sexo fue alucinante.

Después, me quedé tumbada en una satisfacción absoluta. No había estado del todo preparada para el pequeño juego de dominación que había intentado, pero no importaba. Con este hombre, no importaría. Estábamos unidos. Nos sentíamos seguros el uno con el otro.

Y si no se había perdido por completo el mensaje implícito, tal vez incluso había dado un paso adelante para lograr la paz entre él y Jen.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Desierto. Noche.

Dos enormes alas correosas caen del cielo y me envuelven en un abrazo.

¿Realidad o sueño?

¿La frontera entre ambos?

Pero estoy en la cama, alguien me abraza. No es Alex ni Jen. Es Diana. Sé que es ella. Reconozco su marca: el aroma, la sensación de su presencia.

Y su voz:

—¿Con qué soñabas?

Habla en voz baja. Es como el roce del viento del desierto contra las paredes de una tienda.

—Con el desierto —susurro—. El Sáhara por la noche, y luego algo más. ¿Alas? ¿Kaothos?

—El desierto es el sueño de una canción que solía cantar un mar desaparecido hace mucho tiempo —dice—. Cuéntame sobre el Sáhara de tu sueño.

—Es un recuerdo. Misión Ops 4-10. Una tormenta de arena nos alcanzó desde el sur. Tuvimos que montar las tiendas y esperar a que pasara. Tardó una eternidad.

—Ah, el viento khamsin —dice, con palabras que no son más que su aliento contra mi oído—. Caliente y polvoriento. Los tuaregs dicen que el khamsin trae sueños y fiebres. Que los espíritus hablan a través del velo de la muerte cuando el khamsin canta.

Si estuvieras dentro de una tienda escuchándolo durante un par de días, tú también lo creerías.

No lo digo en voz alta, pero parece saberlo. Puedo sentir su sonrisa.

Estoy tumbada en sus brazos con la cabeza echada hacia atrás. Mi cuello está al descubierto ante ella. Lo noto relajado y me estremezco de expectación. Quiero que me muerda. Quiero el regalo de la Sangre entre nosotras.

Pero lo que roza mi garganta son sus labios, no colmillos.

—Nadie te morderá hasta que estés segura de ti misma y de que no te están obligando. —Ahora está hablando en Athanate.

Estoy segura. Y creía que había roto las coacciones un poco antes. ¿O fue eso un sueño?

Pero noto cómo retira los restos de la coacción.

¿Significa eso que ya he terminado con la terapia?

Sigue sin morderme.

—Tantos problemas —dice Diana—. Y tan poco tiempo. Skylur puede hacer tropezar a Ibarre y convertir ese ataque en su ventaja. Huang es diferente. Mientras nos busca a Tullah y a mí para localizar a Kaothos, no te buscará a ti, pero al final tendrás que enfrentarte a él. Como en una partida de Dominion, no confiará en el primer movimiento, pero quizá se crea el segundo. Tienes que prepararte para eso. Sólo una vez más, Amber, tienes que ser la jugadora ciega en la gran contienda de Dominion, y liberarme de mi juramento, que no puedo cumplir.

No lo entiendo.

Habla y sigo sin estar segura de entenderlo, pero lo haré por ella.

Hay un momento de claridad en el que lo veo todo, luego parece que me quedo dormida porque entonces está hablando de mi terapia, y de Bian, y de lo que tengo que hacer a continuación por mí misma. Debo decidir qué hacer con Forsythe. Haga lo que haga, Skylur me apoyará. Mi terapia, mi resolución.

Determinación. Podría matarlo, simplemente. O pasar el caso a la justicia humana. O alejarme. Pero debo decidir cómo me liberaré de esto. Nadie más puede hacerlo.

—Skylur y Tarez hablarán contigo mañana —dice—, pero tú debes ser el sindesmón y escuchar a tu corazón.

—No tendré más guía que a mí misma —susurro.

—Sí. —Se le quiebra la voz.

—El desierto está en todos nosotros —dice, de nuevo en inglés—. Un lugar de fe y verdad que perdura cuando la canción se ha convertido en el sonido de la arena en la noche. Amada, tú eres la flor de mi desierto y la promesa de lluvia, tan largamente esperada.

Me mece suavemente; sus labios besan mis ojos cerrados.

—No puedo quedarme contigo —dice—. Son tiempos difíciles y tengo miedo, tanto por ti como por mí. Seguiré adelante y te esperaré, sin importar cuánto tardes en llegar.

No lo entiendo, pero digo:

—Iré.

—Confía en ti misma… —comienza ella.

Esto ya lo sé. Me lo dijo antes.

—… y otro no te traicionará —susurro.

La habitación se vuelve más oscura y difusa.

Estoy en el desierto.

El khamsin suspira con la canción de un mar olvidado y siento la lluvia del desierto caer sobre mi rostro. Es cálida y salada.

Capítulo 19

Me desperté tarde, en una cama tan vacía como el desierto, y encontré una nota garabateada sobre la mesa.

Alguna emergencia. Posible oleada de agentes de Basilikos en el este de Los Ángeles. Alex estaría fuera hasta que los hubieran atrapado.

Debía de estar profundamente dormida para no haberme dado cuenta de que se había levantado. Recordaba vagamente haberme despertado a medias… algo relacionado con el sonido del bolígrafo rayando sobre el papel. No, no era exactamente un rayar… ¿un silbido? Qué raro. Quizá eso se había colado en mis sueños. Como Diana.

No.

Había soñado con el desierto, pero Diana estuvo aquí anoche. Eso *no fue* un sueño. Dijo que Bian estaría aquí hoy y que Skylur necesitaría hablar conmigo más tarde.

¿Estoy lista para irme? ¿O primero una sesión con Bian?

Sin coacciones. Eso tampoco fue un sueño.

Indagué dónde habían estado. Mamá. Tullah. Félix. Ingram.

¡Oh, Dios mío!

Tuve que volver a sentarme en la cama, con el corazón a mil. No había forma de escapar mentalmente de todas las presiones externas de las que las coacciones de Diana me habían estado protegiendo. Las coacciones se habían ido, sin duda.

Calma. Calma.

Necesitaría que me pusieran al corriente. Jen, Alex, Bian y Skylur. Lo que se había dicho, cómo había quedado todo, qué se esperaba de mí ahora.

Cerré los ojos y me concentré en respirar.

La cama olía a sexo ardiente y lobuno y, al menos eso, me alejó mentalmente de todo lo que tenía que hacer.

No había nada que hacer hasta después de comer algo, o de la visita de Bian, o lo que fuera.

Me puse unos pantalones de chándal, me recogí el pelo, me eché agua en la cara y bajé las escaleras.

Los ojos de Yelena lo captaron todo.

—Mucho mejor —dijo, impasible—. Bien hecho, Alex. Mi abuela siempre decía que una buena noche de sexo duro...

Le tapé la boca con la mano.

Sí, el concepto de privacidad en una Casa Athanate era, en el mejor de los casos, débil.

Dominé y Dante se habían levantado temprano y estaban a punto de volver al club. Les di un abrazo a cada una, hundiendo la cara en sus cuellos. El rastro de mi marca entrelazándose con sus aromas individuales tranquilizó a mi Athanate.

Para mi diversión, Vera se ofreció a ir con ellas. Ayer se había encargado de hacer que se sintieran bienvenidas, y sospechaba que esto era más de lo mismo. Me preguntaba si Vera se daba cuenta de en qué se estaba metiendo al visitar el Club Vasana.

Todavía quedaban un par de guardias de Altau en el club, pero le pedí a Yelena que llevara a las tres hasta allí. Yo no iba a salir, y era necesario que alguien las protegiera durante el trayecto.

No había ni rastro de Bian, así que, después de picar algo, bajé al gimnasio que habíamos montado en la planta de abajo y me lancé contra el saco de boxeo.

Casi podía oír al maestro Liu: *Este no es el camino*.

Pero dependía de lo que intentaras hacer. Habla-con-Lobos me había dicho que la ira era mi herramienta. Era lógico que practicara controlándola, moldeándola, enfocándola.

El saco de boxeo se convirtió en Tanner Forsythe, o en cualquiera de sus amigos enfermos.

Concentración. Golpe. Golpe. Golpe.

Pero, de alguna manera, no había forma, ni propósito en ello.

Redención.

Esa palabra alimentaba la ira. Golpeé hasta que el sudor me corría por la cara y me escocía en los ojos. ¿Por qué seguía volviendo esa palabra?

Determinación. Eso era lo que Diana me había dicho que necesitaba. Simplemente decidir qué hacer y seguir adelante. Enfrentarme a Forsythe y dejar todo eso atrás para siempre.

Estoy lista. Si lo repetía lo suficiente, se haría realidad.

Los sonidos de mi ataque al saco de boxeo casi ocultaban el hecho de que tenía una visita. No me preocupaba: todavía tenía un equipo de Altau haciendo guardia.

Y cuando se acercó, capté su marca: puede que mi eukori fallara, pero eso lo recibía bien.

Bian entró con paso firme, vestida con su uniforme de combate y cargando una bolsa larga.

—Bien. Estás lista. No tenemos mucho tiempo —dijo.

—No hay nadie más aquí —dije.

Diana dijo que las sesiones de terapia necesitaban a *xenagia*, la guía, y a *stirythes*, los ayudantes.

—Sólo estamos tú y yo, Ojos Redondos. —Abrió la cremallera de su bolsa y sacó el equipo de entrenamiento de kendo. Armaduras de entrenamiento, máscaras y bokken: las espadas de madera a dos manos. Los bokken estaban hechos de varas de ratán bien atadas. De esas que duelen como el infierno cuando golpean. Y la armadura era una mierda: no eran más que chalecos acolchados. Las máscaras eran diferentes; en lugar de las habituales máscaras de malla, tenía unas ligeras de madera talladas y pintadas para representar a demonios sintoístas japoneses, una de color rojo sangre y la otra de un blanco mortífero.

Gruñí. Odiaba los bokken. Sabía lo básico, pero el combate con espadas no era lo mío. Bian era más rápida y fuerte que yo, y su destreza con las armas blancas daba auténtico miedo. Esto iba a ser doloroso.

¿Y cómo demonios iba a ser esto una terapia?

Me lanzó mi equipo y calentó con una sucesión vertiginosa de golpes y giros, mientras su espada de madera tejía una jaula impenetrable a su alrededor.

Muy, muy doloroso.

—¿Lista? —dijo cuando me puse el chaleco acolchado.

Me coloqué la máscara blanca sobre la cara y gruñí torpemente mientras intentaba centrar mi postura alrededor del peso desconocido que tenía en las manos.

Se deslizó como una cobra engrasada y nuestros bokken se rozaron ligeramente en una ráfaga de golpes.

—Deja de *sujetar* la espada —dijo—. Es parte de ti.

Rap. Rap. Rap.

La mantuve a raya, pero no me engañaba. Bian sólo estaba calentando.

Había un brillo furioso en los ojos detrás de su máscara de colmillos rojos.

¿Qué había dicho Dominé sobre las máscaras? Que permiten que salga a la luz nuestro verdadero yo. ¿Era este demonio rojo algún aspecto de Bian que yo no había visto antes?

Golpe. Golpe. Golpe seco.

Hizo rebotar su espada contra la mía y aprovechó la posición para lanzarla y golpearme en las costillas.

Sí, dolía tal y como recordaba. También recordaba que se suponía que debías recibir los golpes y aprovechar que tu oponente se había excedido para contraatacar.

Mi bokken se abatió y logré alcanzarla en el costado del muslo mientras retrocedía bailando.

—Mejor —gruñó, y se abalanzó con un complejo ataque por encima de la cabeza que me hizo tambalearme hacia atrás mientras me defendía desesperadamente.

El sudor empezó a picarme en los ojos de nuevo.

—Me estás ocultando algo —dijo.

—¿Eh?

Rap. Rap. Rap.

—Te hemos desmontado y vuelto a montar.

Se abalanzó y me aparté a un lado, haciendo que mi espada barriera el espacio vacío donde antes estaban sus brazos.

Maldita sea. Creía que la tenía.

—He borrado el daño que Petersen y su equipo Obs te causaron. Pero todavía hay algo que estás ocultando. Hay un veneno del que no quieres deshacerte.

Su espada parpadeó hacia mi cara. La paré y me acerqué, intentando sorprenderle golpeándole en las costillas con la empuñadura de mi bokken.

—¡Qué astuta! —Se apartó de un salto y me empujó—. Me gusta cuando intentas pillarme desprevenida.

Su bokken se inclinó tentadoramente, como si hubiera bajado la guardia. No me dejé engañar, pero estaba dispuesta a intentar cualquier cosa para que dejara de hacerme preguntas.

Salté y lancé una estocada, pero ella no estaba allí.

Su espada me pinchó en las costillas y tuve que girarme para esquivarla.

Me persiguió con una compleja ráfaga de golpes, alternando altos y bajos.

—Falta algo —dijo, con tanta calma como si estuviéramos hablando de recetas.

Palabras y espadas. Como si me estuviera acorralando.

—Cállate —dije y lancé una zancada baja para golpearle las rodillas.

Saltó por encima de mi espada.

—A veces, cuando guardas veneno en tu interior, se convierte en parte de ti —dijo. Su espada de madera me rozó la cara mientras me apartaba a trompicones—. A nadie le gusta perder algo que forma parte de sí mismo.

Redoblé mi ataque para hacerla callar. No funcionó.

—Para algunas personas, es el dolor —dijo.

Tap. Tap. Se deslizó más allá de mi bokken. La suya se inclinó, se levantó y apuñaló. La punta me golpeó en el estómago, haciéndome gruñir.

—Para algunos, es el odio.

Mi ataque se desvanecía ante el suyo. Se había convertido en un borrón de movimiento. Mis paradas llegaban cada vez más tarde. Detenía su espada cada vez más cerca de mi carne dolorida.

—O la vergüenza. O el miedo —dijo—. Y para algunos, es una mezcla, todo reprimido, a la espera de explotar.

Dividió su ataque, apartó mi bokken de un golpe y me dio una patada en el estómago.

Aproveché para rodar y alejarme, poniendo algo de distancia entre nosotras.

—No queda nada —logré jadear, retrocediendo en círculo mientras ella me acechaba.

—¿No? —Atravesó mi defensa con naturalidad y me golpeó en la máscara—. Cuéntame cómo escapaste de la casa de Forsythe.

—Ya te lo he contado. —Lancé un golpe con cansancio. Me sorprendió rozarle el pecho—. Lo has visto en mi mente. Docenas de veces.

Me golpeó las costillas de nuevo mientras estaba fuera de posición y di un paso atrás.

—Cuéntamelo otra vez —dijo, sin apenas jadear a pesar de la embestida que me había asestado—. Te has vestido. Estás saliendo del sótano. ¿Cuántos escalones hay hasta el pasillo?

—Quince —dije sin pensar. No me había dado cuenta de que lo sabía. Quizá los conté en su momento.

—Así que ahora estás en el pasillo —me indicó.

—Sí. —Se me escapó. No quería hablar. No quería volver allí. No podía.

—No hay nadie allí. ¿Dónde están?

Cuando dudé, su bokken me barrió las costillas, un golpe punzante.

—¡Arriba! —grité—. Ya te lo he dicho. Lo *has visto*.

—¿Por qué? ¿Por qué están arriba?

—¡No lo sé!

—Mientes. —Su bokken atravesó mis defensas y rebotó en mi máscara, dejándome la cabeza zumbando.

—Mierda. ¡Maldita seas! —Le lancé un golpe descontrolado, intentando que retrocediera. Desvió todos los golpes y siguió avanzando—. Maldita seas. Déjame en paz.

—¿Por qué están arriba?

—¡No lo sé! —Lágrimas y sudor. Me escocían los ojos. Apenas podía verla mientras se deslizaba alrededor de mi ineficaz guardia. De repente, estaba justo delante de mi cara. Me quitó el agarre de la espada. Su brazo atrapó el mío y me lanzó por encima de su cadera con un movimiento de judo.

Aterrizó con una rodilla en mi estómago. El aire se me escapó de golpe y su bokken se abatió sobre mi garganta.

—¡¿Cómo sabes que están arriba?! —gritó.

No puedo decírselo. No puedo. No puedo. De la misma forma que no se lo pude decir a Top y nunca lo hice.

—¿Cómo?

Era implacable. Su bokken presionaba con más fuerza mi garganta.

—Puedo oírlos —jadeé antes de que me aplastara la laringe.

La presión sobre mi garganta se alivió. Arrancó las dos máscaras y se cernió sobre mí, con la cara a pocos centímetros de la mía, los ojos duros como cuchillos.

Me soltó y me cubrí la cara con las manos. No podía mirarla. No podía sostener esa mirada.

Esta es mi vergüenza. Tiene razón. Este es el veneno en mi corazón.

—Puedes oírlos —susurró.

—¡Sí! —grité. Quería que esto acabara, pero no podía seguir adelante. Lo perdería todo. Me daría demasiada vergüenza volver a mirar a alguien a la cara.

Ella no paraba.

—¿Qué oyes, Amber? Tienes que decírmelo.

Algo se rompió dentro de mí. Algo horrible, algo vil y corrosivo que había guardado bajo llave. Lo último de lo último en mi caja fuerte. Aquello de lo que nunca podría deshacerme.

—¡Están violando a Fay! —le grité a Bian. Tenía los ojos cegados por las lágrimas—. Están todos ahí arriba. Todos los bastardos enfermos de toda la casa y se están turnando con ella. Puedo oírlos. Puedo oírlos reír y bromear como si fuera divertido. No puedo hacer nada. —La presión se me quitó de encima y arremetí a ciegas, pero Bian no estaba allí—. No puedo hacer nada. No puedo sentir nada. Si siento algo, tendré que intentar detenerlos y me violarán de nuevo. O me matarán. O nos matarán a las dos. Así que no puedo sentir nada. Si no puedo sentir nada, puedo huir y salvarme.

La ira se desvaneció y me desplomé hacia atrás, sollozando.

—Así que huyo. Dejo de sentir nada para poder dejarla allí y huyo. ¡Oh, Dios mío! Oh, Dios mío, la dejé allí.

Bian se deslizó detrás de mí. Hizo un cojín con su regazo y me apoyó la cabeza en él.

—Shhh… —Sus dedos me acariciaron el pelo—. Por la vergüenza que sentías al huir, no se lo pudiste contar a nadie, no pudiste hacer nada. Ni siquiera pudiste soportar verlos después. Porque lo sabrían. Sabrían que la abandonaste. Aunque fuera una zorra a la que no le debías nada.

Deslizó un brazo por debajo de mí, me acunó y empezó a mecerme suavemente.

—Y de ahí viene lo que eres hoy. Oh, hermana mía —susurró—. Mi maravillosa y loca hermana.

Capítulo 20

Redención. Redención. Redención.

Le fallé a Fay. La dejé en esa casa. No hice nada. ¿Y si Forsythe...

—Shhh… —Bian me besó en la frente—. Ya has terminado con la terapia.

Por un momento, no quise que se acabara. Quería que Diana y Bian me borraran la memoria.

Pero yo soy todo lo que he hecho, todo lo que me han hecho.

Ahora tenía gente que dependía de mí. Tenía que seguir adelante.

—Tienes que contarles a los demás lo de esta sesión —dijo—. Se lo debes.

Negué con la cabeza, pero no me hizo caso.

—Cuando se lo cuentes, romperás con la idea errónea de que pensarían algo diferente de ti.

Tendría que contárselo cara a cara. La idea de mirarlos a los ojos y hablarles, en lugar de saber que estaban allí en una sesión en la que revivía todo de nuevo, me parecía más difícil.

El eukori de Bian rozó el mío.

—Tienes que seguir adelante.

Me estaba administrando pacificadores; las feromonas flotaban a mi alrededor. No eran tan efectivas como las de Diana, pero sí lo suficiente como para ayudarme a relajarme.

—Cada vez es más complicado —dije—. No es sólo Forsythe, también tengo que hacer algo con Fay.

Mi subconsciente llevaba semanas diciéndomelo.

Redención. Redención. Redención.

¿Más importante que Forsythe?

Lo que Forsythe me había hecho ya era historia. Pero le había fallado a Fay y eso seguía presente. Le había fallado al no hacer nada, al sentirme demasiado avergonzada para hacer algo, demasiado aturdida para considerar por lo que ella había pasado.

—Tranquilízate —murmuró Bian mientras mi corazón luchaba contra el control de los tranquilizantes para volver a acelerarse.

—¿Y si Fay sigue sufriendo? Yo tenía la caja fuerte y a todos vosotros. Pero ¿y si ella no ha tenido nada todo este tiempo?

—Tranquilízate —repitió, con el rostro impasible—. Esta es la parte difícil: he localizado a todos los que he podido de tu promoción en el instituto para intentar comprender mejor lo que pasó. Hay un par a los que no he podido encontrar.

—¿Fay?

Asintió.

—No hay rastro de Fay Daniels después de que dejara South High.

Fruncí el ceño. *¿Nada?*

—La gente no desaparece —dije—, excepto en mi caso. ¿Familia? ¿Universidad? ¿Carné de conducir? ¿Tarjetas bancarias? —Me humedecí los labios. —¿Informes policiales?

—No he podido comprobar todas las posibilidades —dijo Bian—. No soy una experta en Internet.

—¿Muerta? —La palabra se me escapó de la boca.

Ruego que no se haya suicidado.

—Tampoco hay informes de eso. Las muertes o las desapariciones suelen dar lugar a un informe. Mi instinto me dice que Forsythe es la clave para encontrar a Fay. Y ya sabes…

—Sí —dije—. Está en Los Ángeles.

Miró la hora.

—Tenemos una reunión con Skylur. Podemos seguir hablando después; hacer algunos planes. Decidir qué es lo que vas a hacer.

Se me ocurrían varias cosas que no requerirían mucha planificación y que se acabarían rápidamente. Si Forsythe hubiera estado en la habitación, no estaba segura de si me transformaría y le arrancaría la cara, o le inyectaría venenos insoportables en el torrente sanguíneo.

No hacía falta que se lo dijera a Bian. Ella detestaba a Forsythe con ese tipo de odio que empieza en lo más bajo y te quema el cuerpo de abajo arriba.

Había mantenido un tono neutro al hablar de él, pero para mí era obvio lo que le haría. Para ella, esto también era algo personal. No sabía por qué. Esperaba que algún día pudiera contármelo.

Pero mientras, lo que tenía que hacer con Forsythe acababa de complicarse todavía más.

Bian fruncía el ceño. Su auricular, tirado sobre su bolso, chirrió y pude oír la voz de Tom Sherman, fuerte en la escalera. Junto con el sonido de las botas; guardias de Altau, todos con prisa.

Irrumpieron en la habitación unos instantes después. Los tres tenían sus horribles Herstal P90 en la mano y Tom llevaba un equipo de comunicaciones de Altau.

—Las dos están aquí —dijo por el micrófono—. Controladas.

Nos pusimos en pie.

—Tom, ¿qué demonios? —dijo Bian.

—Tenemos un problema —respondió—. Ha habido varios ataques. Lo peor confirmado hasta ahora: un grupo formado por miembros de diferentes partidos estaba reunido fuera del recinto para discutir una queja de los licántropos en Los Ángeles y un equipo de Basilikos los atacó.

Alex estaba allí. Y Yelena. Dominé y Dante.

Tom no lo sabría todo. Sería confuso.

—¿Hay víctimas? —pregunté, manteniendo la voz firme.

Tom sabía por qué lo preguntaba.

—Nada que yo sepa de tu Casa. Hubo dos muertos en esa reunión. Cuatro, si cuentas a los asesinos. Me han dicho que hay una docena más de heridos en otros lugares.

—¿Quién ha muerto? —preguntó Bian.

—La Casa Lindberg y el Diakon de la Casa Karamazin.

Lindberg: el líder del Athanate sueco. Karamazin: un Diakon de una antigua Casa Basilikos, ahora parte del Camino Oculto. ¿Por qué habían sido el objetivo? ¿Violencia aleatoria y sin sentido? ¿Un accidente? ¿O acaso Karamazin había estado contemplando votar a favor de la Revelación?

Tom no había terminado.

—Aquí está lo más importante: los miembros del Camino Oculto afirman que los licántropos de Los Ángeles estaban implicados. La reunión con Karamazin sólo se celebró porque los licántropos presentaron la denuncia, y el lugar de la reunión lo eligieron ellos. Todo el mundo se ha callado alegando cuestiones de seguridad hasta que se solucione esto. —Tom miró su reloj—. He enviado a un

par de chicos a recoger a los miembros de tu Casa que estaban en el club.

Jen estaba en Nueva York y, por el momento, al margen de todo. Julie y Keith estaban con ella y se enterarían de la noticia. Sabrían qué hacer.

—¿Alex? —pregunté.

—Está fuera con las patrullas. —Tom se encogió de hombros—. Un equipo de Basilikos sería más tonto de lo que parece si intentara enfrentarse a uno de esos.

Independientemente de cuántos hubieran muerto en el ataque, esto era exactamente lo que Basilikos quería: interrumpir la conferencia y detener el avance hacia una nueva Asamblea. Skylur entendería eso, así que, ¿qué haría al respecto?

Tom levantó una mano y se dio la vuelta, apretándose con más fuerza el auricular de su comunicador contra la oreja.

—Sí, señor —dijo, y se volvió hacia nosotras—. Skylur quiere veros a las dos, ahora mismo. Vamos.

Capítulo 21

Tom tenía una furgoneta fuera. Por su sencillo color blanco, cualquiera habría pensado que se trataba de un utilitario normal de un obrero. Sólo el ligero hundimiento de la suspensión habría dado una pista de que estaba tan blindada como un camión del SWAT.

Cruzamos hasta la furgoneta y nos metimos dentro rápidamente, Bian y yo todavía con nuestra ropa de entrenamiento. Había conseguido coger ropa para cambiarme y un par de Sig Sauer en fundas de hombro.

Un coche con el resto de los guardias de Altau nos esperaba fuera y ambos nos dirigimos al centro, con Tom todavía preguntando por nuestro destino exacto por el comunicador. Alguien en la base estaba paranoico y lo mantenía en vilo. Me pareció bien.

Bian y yo nos cambiamos de ropa en la parte trasera de la furgoneta, para diversión de todos.

Al acercarnos al centro, Tom recibió una llamada para ir hacia Santa Mónica, en dirección oeste.

Acabábamos de llegar al cruce cuando hubo una interrupción: una frase rápida en Athanate. Alguien hablando a toda prisa en una situación tensa. Capté las palabras «Albuquerque» y «Vasana».

Mierda.

—Los licántropos de Albuquerque están en el club —confirmó Bian, levantando una mano para que me callara—. Están a la espera.

—Tom, que los guardias se retiren —dije rápidamente, estirándome para agarrarle del brazo—. No hay ninguna amenaza. Déjame hablar con ellos.

Por un momento, pensé que se negaría. Estaba montando un numerito en medio de su operación. En el peor de los casos, alguien moriría por mi culpa. Su operación, su responsabilidad.

Tom miró a Bian y ella asintió.

Habló en Athanate y me pasó el comunicador.

—Aquí Casa Farrell —dije—. Es urgente que hable con quienquiera que esté ahí de la manada de Albuquerque.

No reconocí la voz Altau al otro lado.

—De acuerdo. Espera un momento.

Se oían ruidos de fondo, como de una discusión, y luego una nueva voz, enfadada y mordaz:

—¿Sí?

Recé una plegaria silenciosa. Conocía esa voz. Podía visualizarla: nos parecíamos tanto físicamente que me había prestado unos pantalones de cuero. Una mujer con largo cabello negro y un rostro tan feroz como el de un halcón. Aunque no era precisamente una amiga, sobre todo después de que Zane, su Alfa, dejara claro que quería quitarme esos pantalones que ella me había prestado.

—Jaz, soy Amber. Da un paso atrás y espera a que llegue.

—Snake —dijo a modo de saludo—. ¿Por qué coño haríamos eso?

Al menos sabía quién era: me había llamado «Snake» en Albuquerque. Entre otras cosas.

—Porque todos estamos asociados. Tu manada está asociada a la mía. Altau está asociado a mí. Dominé es mi Casa, así que ella también forma parte de mi manada. Podemos resolver esto. No sé qué es lo que quieres, pero es muy importante que no te enfrentes a Altau. Muy importante.

Hubo un largo momento de silencio, pero ella volvió más tranquila y con más control.

—¿Por qué?

—Ha habido un ataque contra los Athanate en Los Ángeles hace apenas una hora. Algunas facciones culpan a los licántropos locales. No importa que estés fuera de tu territorio; si apareces y luchas contra nosotros, te meterán en el mismo saco que a ellos.

Otro silencio. Contuve la respiración.

—¿Estás cerca?

—No. —No quería mentir, y me preguntaba cómo saldría la siguiente parte—. Primero tengo que ver a la Casa Altau. Iré tan pronto como pueda.

Podía oír a Jaz hablando con los demás, respirando con dificultad, y voces enfadadas de fondo.

—Hay un problema —dijo Jaz.

—¿Qué?

—Rita está conmigo. Se está enfrentando a la extranjera de pelo plateado. No me hacen caso.

Yelena.

—¿Está Zane allí?

—No.

—¡Mierda! Pásame con Rita. —Se oyó un gruñido de fondo—. Por favor —añadí desesperadamente.

Silencio, y luego un crispado «¿Qué?» que parecía casi de puma.

No era gran cosa, pero Rita estaba hablando.

Independientemente de lo que la manada de Albuquerque quisiera pensar de Rita, la mujer puma cuando se enfadaba rozaba el estado de renegada, sólo mantenido a raya por la dominación de su Alfa, Zane. Él no la habría enviado al club si hubiera sabido que habría una complicación como esta, no sin que él también estuviera allí. Pensé que podría calmarle cara a cara, pero ¿por teléfono?

Y si dejaba de hablar, sus ojos se volverían de ese verde que parecía iluminarse desde dentro, su cuerpo empezaría a encogerse y nadie podría llegar a ella.

—Rita, por favor, háblame. No hace falta que haya una pelea.

Silencio.

—Estaré allí en un par de horas —dije, y esperaba tener razón—. De verdad, te lo pido. Sea lo que sea lo que necesites de Los Ángeles, podemos resolverlo juntas, pero esta es mi gente, mi manada. Por favor.

—Dos horas —dijo Rita. El tono de puma de su voz se había atenuado.

—Te debo una —dije—. De verdad. Lo que sea.

—Muérdeme. —No estaba segura de si era una petición o una broma, pero Rita ya le había lanzado el comunicador a Yelena.

—¿Jefa? —La voz de Yelena sonaba tensa, con un marcado acento ucraniano. Estaba tan nerviosa como Rita.

—Haced lo que podáis, Dominé y tú, para calmar las cosas y mantener la calma durante un par de horas.

—Entendido.

Oí a Jaz sugerir que esperaran fuera en su camioneta, y luego la voz de Vera. Me pareció que sonaba como una invitación.

Sentía el corazón latiéndome en la garganta. A pesar de su sabiduría práctica y su sólido sentido común, Vera seguía siendo

propensa a decir alguna tontería de vez en cuando. Sería típico de mi suerte que Jaz o Rita se ofendieran.

Pero antes de que pudiera comprobarlo, Tom me quitó el comunicador de las manos y empezó a informar de lo que había pasado al cuartel general.

Tenía que confiar en mi Casa.

Miré hacia delante, a través de la ventana de la furgoneta, tratando de calmarme. Cada encuentro con Skylur entrañaba el riesgo de sorpresas horribles y peligro. Tenía que mantener un control total sobre mí misma. Dejar la situación en el Club Vasana en manos de Yelena y Dominé. Centrarme en lo que se le ocurriría a Skylur.

¿Mis propias necesidades? Tendrían que esperar. Resolución. Redención. Ahora no.

Concentración.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Diez minutos más tarde, habíamos salido de Santa Mónica y tomado Venice hacia Culver City. La carretera estaba flanqueada por fachadas anónimas de empresas, y los camiones de producción aparcados a lo largo de ella daban a entender que todo esto era la industria de Los Ángeles.

Pensé que el conductor estaba tomando un atajo, pero los estudios anónimos se acabaron de repente y nuestro pequeño convoy giró a la derecha para atravesar un par de elegantes puertas de hierro forjado.

El edificio ante el que nos detuvimos estaba retirado, detrás de una amplia extensión de césped. Era de un blanco frío, con la fachada salpicada por hileras ordenadas de ventanas idénticas con contraventanas grises. Subimos por una doble escalera de piedra clara hasta el grandioso pórtico que se alzaba sobre la entrada principal.

Tom y los guardias habían colocado sus armas en modernas bolsas deportivas. Uno de los guardias llevaba colgada al hombro una impresionante cámara de cine profesional; otro transportaba equipo

de audio y cables. El resto cargaba portapapeles, kits de maquillaje y ese desorden de objetos diversos y desconocidos que caracteriza a un equipo de rodaje.

No había ningún letrero sobre la entrada del edificio, ni indicación alguna del tipo de negocio hasta que se acercó el portero.

—Bienvenidos a Bembridge Studios —dijo con amabilidad—. Por desgracia, todas las instalaciones están...

Tom le mostró un pase.

—... ocupadas. Sí, somos nosotros. Altau Group Media. Lo siento, no hemos tenido tiempo de organizar los pases de todos ni de avisar con antelación.

—Por supuesto, señor. —El hombre hizo una reverencia y, al mismo tiempo, Elizabetta apareció tras unas puertas dobles, haciéndonos señas para que nos diéramos prisa.

Respiré hondo por la nariz. La base de canela y cobre de la marca Altau era evidente ahora que estábamos dentro. Me tranquilizaba. Fuera cual fuera el nombre de la «productora cinematográfica» que había alquilado estas instalaciones, se trataba de la sede de Altau. Supuse que, si se buscaba una excusa para que un montón de jóvenes en forma con voluminoso equipo entraran y salieran a todas horas, exigiendo privacidad y seguridad, rodar una película era una tapadera tan buena como cualquier otra.

Caminamos hacia el ala izquierda de los estudios, con la seguridad endureciéndose discretamente en cada puerta.

Skylur estaba en una sala de planificación sin ventanas, de pie frente a una serie de pantallas que mostraban el mapa de la zona desde San Fernando, en el norte, hasta Mission Viejo, en el sur.

No conocía los símbolos, pero suponiendo que los rojos representasen ataques de Basilikos, me tranquilizó ver que sólo había unos pocos. Por todo el mapa había docenas de símbolos verdes y algunos azules dispersos.

Skylur se giró y me vio mirando.

—Los ataques mortales están en rojo. Todos los atacantes muertos y tres víctimas mortales entre los delegados y sus equipos de seguridad —dijo con solemnidad, señalando las pantallas—. Los ataques en azul han sido repelidos con bajas. El verde es bueno.

Cada círculo verde es una Casa bajo confinamiento con su propia seguridad, lo que demuestra que lo que he estado diciendo sobre nuestra vulnerabilidad no era exagerado.

Tarez estaba de pie a su lado, escuchando a medias una conversación por un comunicador; su cabello negro salpicado de canas peinado hacia atrás me recordaba de nuevo a las alas de un cuervo. Su marca era un contraste seco y afilado como una cuchilla frente al rico tono cobrizo y canela de Altau.

—El ataque parece haber remitido. Puede que hayamos reaccionado de forma exagerada —dijo, haciendo un gesto con la mano para indicar que no lo creía así—, pero ha puesto de manifiesto ante todo el mundo las capacidades de las Casas que permanecen con Basilikos.

Skylur entrecerró los ojos.

No creía en la separación entre el Camino Oculto y Basilikos. Sospechaba que Correia, al frente del Camino Oculto, era la cara política aceptable y que Matlal, o quienquiera que dirigiera Basilikos ahora, era el brazo armado de la misma organización.

Lo que había oído sobre la tibia condena de Correia hacia Basilikos, su constante mención de su «comprensión de la alienación muy real de esas Casas» y su «deseo de tenderles la mano», me situaba firmemente en el bando de Skylur.

Pero, según Elizabetta, demasiados de nuestros aliados en Panethus parecían dispuestos a creer a Correia a pies juntillas.

En ese momento, Naryn entró en la sala. Como siempre, caminaba con una economía de movimientos sin esfuerzo, con un cuerpo compacto y poderoso.

Sus cejas arqueadas se fruncieron al verme. Una vez más, como siempre.

Skylur nos hizo un gesto para que lo siguiéramos. Tom, Elizabetta y los guardias se quedaron atrás. Sólo Tarez y Naryn nos acompañaron a Bian y a mí a la habitación contigua, una pequeña oficina.

El mobiliario consistía en una única silla de respaldo alto, una elegante mesa negra y una alfombra gris que combinaba con el color de las contraventanas del exterior. Justo en el centro de la mesa

yacían dos rollos idénticos de papel color canela, atados con una cinta azul y sellados con cera roja como la sangre, a la antigua usanza.

A mi lado, Bian inspiró bruscamente.

¿Y ahora qué?

Skylur cogió uno de los rollos.

—Casa Farrell, Casa Tarez, preséntense —dijo Skylur.

Me quedé tensa. La palabra «*preséntense*», con esa voz. Fuera lo que fuera, se me exigía presenciar formalmente lo que estaba a punto de suceder.

—Ykos Bazhir —dijo Skylur.

La Casa Bazhir en Athanate. El apellido de Naryn.

Lo que significaba que Naryn ahora pertenecía a la Casa Bazhir. ¿Significaba eso que ya no era Diakon de la Casa Altau?

Si eso me libraba de él, no me importaba que lo nombraran Gran Poobah, siempre y cuando se fuera al otro extremo del país. Fairbanks, en Alaska, era bonito, según había oído. Quizá no en esta época del año, pero bueno.

—Ykos Altau —respondió Naryn, con voz tranquila y grave, ocultando cualquier emoción. Sus manos callosas se cerraron en puños por un segundo, y luego se relajaron cuando Skylur le pasó el pergamino.

¿Cuál es el otro rollo? ¿Bian? Tiene que serlo.

—Ykos Trang —dijo Skylur. Las palabras parecieron retumbar como piedras sobre un suelo de madera.

—Ykos Altau —respondió Bian, con una voz tranquila que ocultaba una agitación interior que luchaba por contener. Él le puso el rollo en las manos.

—Por respeto a los testigos, deberíamos continuar en inglés —prosiguió Skylur.

Asintió a Bian, y ella rompió el sello de su rollo. El pergamino susurró al desenrollarlo.

Estaba en Athanate, por supuesto. Ni siquiera podía leer todas las letras, y mucho menos las palabras.

Bian recorrió el documento con la vista, con un conflicto de emociones reflejándose en su rostro.

Skylur esperó en silencio. La sala parecía contener la respiración.

Bian habló lentamente, traduciendo a medida que avanzaba.

—Bajo la égida de la autoridad que se te ha conferido como Señor de la Casa Altau, por la presente me nombras Señora de la Casa Trang, una Casa plenamente leal y sometida al dominio de Altau. Se me exige establecer de inmediato el dominio de la Casa Trang en Nuevo México, fijando mi dominio en el lugar que considere más adecuado para esta tarea. Se me encomienda actuar con la debida diligencia y pleno conocimiento de las leyes y mandatos Athanate, para establecer una Casa obediente, leal y próspera dentro de los términos y límites de mi encargo. Este escrito será mi garantía ante la Casa y la Asamblea —hizo una pausa—, o cualquier otro órgano Athanate que más adelante pueda ser designado legalmente para ejercer autoridad.

Lo enrolló con cuidado y lo miró a los ojos.

—Acepto —dijo formalmente—. Juro por mi Sangre, honrar este encargo y devolver juramento por juramento, fe por fe, Sangre por Sangre, vida por vida.

—Te concedo el cargo, los derechos y los privilegios que están en mi poder y que figuran en esta escritura.

—Mi Sangre es tuya —susurró Bian.

—Está hecho —dijeron ambos.

Ante un gesto de asentimiento de Tarez, me uní a él para decir:

—Así lo atestiguo.

El ascenso de Bian me desgarró en dos.

Alegría por Bian. No tenía ninguna duda de que Bian lo haría bien como Señora de la Casa Trang: por ella misma, por su Casa y por todo Altau.

Y tristeza. Mi amiga acababa de ser destinada a Nuevo México, con efecto inmediato.

Me di cuenta de que Bian quería preguntarme por asuntos pendientes aquí en Los Ángeles, pero empezó con cuestiones prácticas.

—¿A quién puedo llevarme? —preguntó.

—Un Diakon y a tus parientes.

Apretó los labios. Tendría que empezar casi desde cero y tomar inmediatamente el control del quinto estado más grande del país. Todo ello mientras el Camino Oculto y Panethus luchaban en la nueva Asamblea y Basilikos intentaba matar a todo el mundo.

Quizá quedaran algunos restos de la Casa Romero a los que pudiera acoger, si era capaz de confiar en ellos.

Pero incluso así, todos sabíamos que era una tarea imposible.

Enderezó los hombros.

—Nombraré a Tom Sherman como mi Diakon —dijo.

Skylur asintió.

—Pero no puedes llevarte a Elizabetta hasta que concluyan sus obligaciones aquí.

Eso significaba separar a Tom de sus parientes, lo cual era una demanda muy seria. Lo único que sabía era que Elizabetta me estaba enseñando los procedimientos Athanate. Eso no era justificación suficiente para retenerle en Los Ángeles; otros podían hacerlo. ¿Qué obligaciones tenía que le obligaban a quedarse?

Me moví y abrí la boca para asegurarme de que no la estuvieran reteniendo por mi culpa, pero Skylur aún no había terminado.

—Tu primera tarea requerirá la ayuda de la Casa Farrell.

Otra vez, ¿y ahora qué?

Bian lo interrumpió.

—¿Quién ayudará a completar el tratamiento de Amber?

Skylur negó con la cabeza lentamente.

—Nadie. ¿Has llegado a la fase de resolución?

Mi corazón dio un vuelco y una oleada de ira y emociones confusas me invadió, pero Bian se limitó a asentir.

—Entonces quizá puedas dedicarte a ello mientras trabajáis juntas, siempre que no entre en conflicto con vuestras tareas principales.

Se volvió hacia mí.

—Tu lista como sindesmón se alarga. Los ataques de hoy ponen de relieve que necesitamos una alianza entre la Casa Tarez y las manadas de Los Ángeles. Necesitamos su ayuda para sacar a Basilikos. Pero también tienes que negociar una alianza entre la Casa Trang y los licántropos de Nuevo México, tanto para ayudar en la

seguridad de la Casa Trang como para servir de introducción a las coaliciones emergentes entre las manadas del sur.

¿Las coaliciones emergentes? Félix había formado una alianza temporal con la manada Cimarrón para frustrar el intento de la Confederación de colarse a través de Nuevo México, pero Félix sería mi introducción a eso. Algo más debía de haber ocurrido. Necesitaba volver a estar al tanto de todo.

—Y tienes que volver a confirmar la asociación entre Altau y la manada de Denver, que hemos descuidado.

Esa era una forma de verlo. Diría que cabreaba a Félix a la menor ocasión.

—Considera esas tareas como urgentes. A continuación, negociarás los términos entre la Confederación y Altau. Quiero que todo esto esté terminado como mucho en tres meses.

¿Qué?

—Eso es totalmente imposible.

Logré evitar decir que no lo haría, pero por poco.

Era mi pesadilla: una orden de la Casa Altau que no podía rechazar, pero que tampoco podía aceptar porque también formaba parte de la manada de Félix y, por lo tanto, me oponía totalmente a la Confederación.

—Entonces tendrás que ser excepcionalmente inteligente y tener mucha suerte. Amber, sé que quieres que los licántropos estén representados en la nueva Asamblea. Sé que Félix también lo quiere. Así que te preguntaré lo mismo que le pregunté a él: ¿qué necesitan los licántropos para estar presentes en la Asamblea?

—La invitación de los Athanate.

Se le crispó la comisura del labio.

—Algo más trascendental.

Mi mandíbula se movió un poco antes de que entendiera a qué se refería.

—¿Una estructura política?

—Exactamente. Para *todos* los licántropos. La Confederación tiene una estructura, te guste o no. Estas nuevas coaliciones la están desarrollando. Tenemos una oportunidad, una oportunidad *muy breve*, de reunir a todos los licántropos en una u otra y luego llevar

a ambas partes a un espacio de debate. Esa parece la única forma de evitar una guerra. *Tenemos* que llevarlos a todos.

—Es un buen argumento. Pero puede que la Confederación tampoco me acepte.

—Si hoy entraras en el territorio de la Confederación, sí, podrían matarte sin pensárselo dos veces, independientemente de si quieren que sigas realizando el ritual para aquellos que no logran transformarse. Pero no son estúpidos. En cuanto se enteren de que hemos incorporado a otros licántropos a la Asamblea, exigirán tu presencia y se quejarán de que no fuiste allí primero.

Eso sonaba factible y casi tranquilizador, si no fuera porque era mi pellejo el que estaba en juego.

Skylur tenía una estrategia y un objetivo válido. Era un gran plan, hacer que los licántropos participaran en el proceso de decisión, y algo que había que hacer. Lo que me preocupaba era la rapidez con la que quería que se hiciera. Y…

—Ni siquiera estoy segura de poder llevar a cabo el ritual —dije—. Pareció funcionar la última vez, pero yo no tenía el control de nada. Y sigo estando… —No sabía cómo describirlo: un eukori vacilante, sin Tara, sin Hana, sin haber resuelto mi terapia—, …afectada.

Skylur no respondió.

—Y supongo que estas coaliciones del sur no querrán formar parte de la misma institución que la Confederación —argumenté—. Todas las manadas que no están en la Confederación la odian y desconfían de ella.

—Excelente —dijo Skylur—. Dos o más partes opuestas; es la base mínima del proceso político. Depende de ti hacer que Félix y las otras coaliciones lo entiendan.

Y eso le proporcionaría una ventaja, permitiéndole manipularlos a través de sus diferencias. Por supuesto que lo había pensado bien. Todo formaba parte de su plan.

Tarez dio un golpecito a su reloj de pulsera.

—Tendrás que recibir instrucciones más específicas de la Casa Tarez y la Casa Bazhir —dijo Skylur—. Debo dar por concluida esta reunión rápidamente para poder aprovechar el confinamiento y contactar con las otras Casas de forma individual y privada. —

Suspiró—. Como defensor de la Revelación, me temo que este tipo de intrigas políticas serán mi papel en el futuro inmediato. —Algo pasó por sus ojos, *¿arrepentimiento? ¿culpa?* y luego dirigió su atención hacia Naryn—. Tu encargo, Casa Bazhir.

Asintió a Naryn, quien rompió el sello de su pergamino, lo sacó y leyó su contenido.

—Bajo la égida de la autoridad que se te ha conferido como Señor de la Casa Altau, por la presente me nombras Señor de la Casa Bazhir, una Casa plenamente leal y bajo el dominio de Altau, y ante la cual responderán subcasas, asociados y aliados de Altau. Se me exige establecer inmediatamente el dominio de la Casa Bazhir en Colorado, fijando mi dominio en la posesión actual de Altau en Haven y abarcando la ciudad de Denver…

Capítulo 22

Llegó al final y logré murmurar «Así lo atestiguo», junto con Tarez.

Dejé que Bian me acompañara a la salida, a contracorriente de los asistentes de Skylur, todos ellos cargados con equipos de comunicación y libretas.

Maldita sea. No sólo se había confirmado a Naryn como el Athanate superior residente en mi ciudad natal, sino que Skylur había reforzado su rango. Naryn estaba, en la práctica, al mando de Altau, mientras que él se concentraba en la política. No es que no lo estuviera ya como Diakon, pero el débil argumento de que yo le superaba en rango había sido barrido de un plumazo.

No perdió ni un segundo. Apenas habíamos salido por la puerta cuando empezó.

—Casa Farrell, los esfuerzos de tus parientes por mantener a raya al FBI están a punto de fracasar. Le diste al agente Ingram demasiada información sobre nosotros cuando involucraste al FBI en el cierre de Ops 4-10, y él no es un hombre estúpido. Sabe o sospecha mucho más sobre nosotros. Tienes que...

Bian y Tarez empezaron a protestar ante la versión de los hechos de Naryn, pero los interrumpí a ambos. Si Naryn pensaba que iba a pisotearme, se equivocaba.

—Si Jen no lo hubiera entretenido mientras yo estaba en tratamiento, se le habría agotado la paciencia hace un mes, cuando estabas tan ocupado organizando esta convención Athanate que no podías hacer nada al respecto. Hemos ganado tiempo. No lo considero un fracaso. Y no tenía otra opción que involucrar al FBI. Tú, desde luego, no ibas a ayudarme cuando lo necesitaba.

Naryn y yo nos miramos con ira.

No podía enfrentarme a él. Aparte del hecho obvio de que era mi superior en Altau, Naryn era un Athanate *veterano*, con todas las ventajas físicas que eso conllevaba. Lo había visto plantar cara él solo a todo un escuadrón de seguridad de Correia. No tendría ninguna posibilidad.

Pero no íbamos a pelear. Solamente quería manipularme para que actuara según sus planes. Y Skylur me había encomendado tareas

que tenía la intención de cumplir, por imposibles que parecieran. Arreglaría la situación con el agente Ingram, pero no con Naryn presionándome y dirigiendo las cosas.

—Casa Bazhir, Casa Farrell —dijo Tarez—. Tenemos que avanzar rápidamente. Este antagonismo no es productivo, amigos míos.

Si había un Athanate aquí capaz de plantarle cara a Naryn, ese era Tarez. No sólo era mayor, sino que llevaba más tiempo trabajando con Skylur. Si las circunstancias hubieran sido ligeramente diferentes, sabía que Tarez habría estado al mando de Altau en lugar de Naryn, y Naryn también lo sabía.

Tarez continuó, haciendo un gesto con la mano para que me callara por el momento.

—Naryn, ¿cuál es el quid de este conflicto? Dímelo.

—Me han encomendado una función crucial y Farrell tiene un papel en ello, desproporcionado en relación con su experiencia y capacidad —respondió con formalidad—. Hay antecedentes en esto, y tengo que empezar de cero, ya que debemos seguir adelante. No puedo permitir que desobedezca las instrucciones. No puedo permitir que socave mi autoridad ante el resto de Altau, tal y como hizo con la Casa Trang.

—Ya veo —dijo Tarez—. Amber, desde tu punto de vista, ¿por qué tienes este problema continuo con Naryn?

No iba a hablar a través de Tarez, por mucho que agradeciera su oferta; así que me dirigí directamente a Naryn.

—La última vez que discutimos, me acusaste de tomar decisiones tácticas en situaciones estratégicas. Ese es el mismo problema que tengo contigo. Eres un gran Diakon. No tengo ningún problema con tu capacidad táctica, ni ninguna queja sobre tu papel de Diakon, pero no creo que seas la persona adecuada para tomar decisiones estratégicas para Altau. —Naryn entrecerró los ojos, pero Tarez le puso una mano en el brazo para instarle a que me dejara terminar —. Sí, tenemos *antecedentes*. Tus decisiones habrían dejado a Diana bajo el control de Amaral. Nunca habrías intentado las alianzas con los licántropos que yo propuse, alianzas que ahora son política de Altau y que son mi tarea principal como sindesmón. No, en lugar de acuerdos con los licántropos, me *ordenaste*, maldita sea, que

intentara forzar a Larimer a unirse a la Confederación. Félix se habría vuelto loco. Si no te hubiera desobedecido, ahora estaríamos jodidos. Diana estaría muerta. Skylur habría perdido su puesto. Los licántropos de Denver estarían en conflicto abierto con Altau y la Confederación.

Quizá tenía que revisar esa idea de que Naryn y yo no íbamos a pelear. Bian estaba a mi lado, inclinándose para mostrarme su apoyo.

Tarez mantenía un agarre de hierro en el brazo de Naryn. Nos dio un minuto y, cuando habló, sus palabras nos golpearon.

—¿Nos sentimos todos mejor ahora?

Di un paso atrás y aparté la mirada, avergonzada. Naryn sacaba lo peor de mí. Parecía que no podía comportarme con racionalidad cuando él estaba cerca. No era una excusa que fuera algo recíproco.

Ojalá Tarez se pusiera al frente de Altau. Pero entonces probablemente tendría que mudarme a Los Ángeles. Ante ese pensamiento, mi licántropo, que ya gruñía por el conflicto con Naryn, dejó claro su descontento: noté cómo mi rostro se transformaba en el de un lobo y volvía a la normalidad. No mucho. Lo justo para advertir a todos.

No era lo que necesitaba.

Tarez me observaba con atención.

—¿Estás bien?

Cuando asentí, continuó:

—El tiempo es esencial para todos nosotros, y tú, Amber, eres el cuello de botella. ¿Qué sugieres? ¿Qué puedes hacer y en qué orden?

Naryn empezó a protestar, pero Tarez lo interrumpió.

—Danos unos minutos más, viejo amigo.

Respiré hondo un par de veces y me sumergí en el enredado meandro de lo que me habían pedido que hiciera.

—Como sindesmón, tengo que rendir cuentas a ambas partes, representar verdaderamente a ambas partes; de lo contrario, todo fracasará —dije—. Tengo que mirar hacia adelante y anticipar los problemas, ocuparme de ellos para que ya no sean problemas cuando lleguen. —Eso último no era más que repetir uno de los

mantras de Top, pero decirlo me ayudó a concentrarme, a calmarme y a pensar—. Tengo que estar en tres o cuatro sitios diferentes. Aquí...

Elizabetta irrumpió por la puerta y corrió hacia nosotros.

—Tenemos otro problema. Los licántropos locales han atacado a la patrulla de Alex.

Capítulo 23

Mi primera preocupación se disipó cuando Elizabetta conactó con Alex por un comunicador seguro.

—Por ahora estamos todos bien —dijo—. No hay heridos graves.

Todos los que estaban disponibles se habían amontonado en una furgoneta, con Tom al volante. Naryn había tenido que marcharse; lo necesitaban en Denver de inmediato. Tarez había conseguido que, a toda prisa, accediera a enviarnos por correo electrónico una lista de sus requisitos y plazos. Acepté responderle con mi calendario y mis argumentos. Todo muy profesional.

El hecho de que Tarez tuviera que negociar un acuerdo minaba la autoridad de Naryn, pero él lo había aceptado. Eso me presionaba aún más. Por extraño que parezca, me afectaba más que si se hubiera plantado frente a mí y me hubiera gritado.

Quizá él lo sabe. *Quizá por eso accedió.*

No necesitaba más presión, especialmente ahora, y menos aún con los licántropos de Los Ángeles.

Tendría problemas con la manada de Pasadena tras haber herido a su escuadrón de asalto. El hecho de que mi respuesta a su ataque contra mi Casa fuera justificada y moderada —lo que podría evitar que se desatara una guerra total— tampoco era un buen comienzo.

Tarez necesitaba que yo respondiera ante cualquier queja y detuviera cualquier agresión de las manadas de Los Ángeles, y que luego diera un giro a la situación y negociara un acuerdo entre la Casa Tarez y ellos. Pero tan pronto como hubiéramos luchado contra los licántropos de Pasadena, habríamos desencadenado una reacción en cadena. Sabrían que yo era híbrida y que estaba reclamando un territorio en Los Ángeles. Por relativamente pequeño que fuera el Club Vasana, era un territorio y, al parecer, se encontraba dentro del área de la manada de Redondo. Decir que lo reclamaba para una Casa Athanate no funcionaría a largo plazo. En lo que a los licántropos respectaba, lo estaría reclamando para la manada Deauville.

Pasadena y Redondo podrían superar sus diferencias temporalmente para deshacerse del intruso.

Incluso podrían unirse a todas las demás manadas.

Quizá eso era lo que estaba pasando en ese momento.

Así que tenía que detener esta pelea y llegar a un acuerdo con todas las manadas de Los Ángeles. Y si no lo conseguía de inmediato, Alex y yo tendríamos que retirarnos de aquí.

La seguridad de Altau se quedaría sin la ayuda de los licántropos justo cuando Basilikos parecía estar intensificando sus esfuerzos.

Y no podría trabajar para que Forsythe se enfrentara a la justicia si ni siquiera podía poner un pie en Los Ángeles.

Mierda.

Tom sacó la furgoneta por las puertas del estudio y pisó a fondo el acelerador, en dirección a la autopista.

—No están organizados ni entrenados —dijo Alex, que seguía hablando conmigo por el comunicador de Elizabetta—. Los acorralamos fácilmente, pero...

—Ahora mismo se están coordinando y te van a rodear —dije.

—Así es.

Me dio detalles de cómo habían logrado darle la vuelta a la situación y atrapar a los licántropos atacantes en la maraña de patios ferroviarios y parques de contenedores entre Commerce y Vernon, justo al sur del centro.

Al escucharlo, sentí una oleada de alivio. Alex lo entendía. Con su mejor entrenamiento y armamento, él y la patrulla de Altau podrían haber matado a los licántropos que los habían atacado. Alex no sabía que Tarez me estaba pidiendo que reclutara a los licántropos de Los Ángeles como asociados, pero entendía en su instinto de lobo que nosotros, como la manada Deauville, necesitábamos mantener esto en secreto. Dejar que Altau matara a los licántropos no serviría a ese objetivo.

Pero no podían quedarse ahí sentados y verse desbordados cuando llegaran los refuerzos de las manadas de Los Ángeles, o si algún transeúnte llamaba a los equipos SWAT.

Sin saber nada del confinamiento, Alex había estado esperando que llegaran fuerzas adicionales Athanate para convencer a los licántropos de que no podían defenderse por sí mismos y así poder calmar cuidadosamente los ánimos y llegar a un acuerdo. Eso no iba

a suceder, pero al menos la llamada de Tarez había garantizado que la patrulla de Altau seguiría al pie de la letra mis instrucciones y las de Alex.

Esta furgoneta incluía a todos los que estaban disponibles para ayudar: Bian, Tom, Elizabetta, otros dos guardias de la casa de Hollywood Hills y yo.

—Alex, ¿alguna idea de cómo capturarlos sin poner en riesgo a ninguna de las partes?

—No. Están dentro de un viejo almacén, pero no tenemos ni idea de dónde. Sólo tengo a nueve personas. Es demasiado arriesgado abrirnos paso a la fuerza.

Los refuerzos de la manada estarían de camino. No sabía cuánto tardarían en llegar. Supuse que las manadas no tenían un equipo especializado a la espera de una llamada. Si esa suposición era cierta, tendrían que reunirse en algún lugar, conseguir vehículos, armas, equipo y recibir instrucciones, y luego atravesar la ciudad.

Era razonable suponer que les llevábamos ventaja, quizá una hora.

Reduce tu estimación a la mitad e incluso así nos pillarán en bragas.

Esas habían sido las palabras del instructor Ben-Haim, un hombre para quien un vaso medio vacío representaba un optimismo desenfrenado.

Así que media hora de ventaja. Quizá menos. No había tiempo para ir a por un equipo adicional. No había tiempo para explorar la distribución de los edificios.

Todo era una chapuza.

Me froté las manos contra los vaqueros, deseando en silencio que el tráfico nocturno de Los Ángeles se evaporara por arte de magia para que Tom pudiera ir más rápido.

La manada de Los Ángeles también eran aficionados. Los aficionados *deberían* ser más fáciles de capturar.

Por otro lado, los aficionados son impredecibles, y estos eran licántropos. Lo cual los hacía aún más impredecibles.

No era una línea de pensamiento productiva.

Para cambiarme las ideas, revisé lo que llevaba consigo la patrulla de Alex. Tenían dos furgonetas discretas como la nuestra y un

camión de la basura; un vehículo de chatarra que apenas estaba en condiciones de circular y que todavía conservaba la distintiva señalización amarilla de la Oficina de Servicios Públicos. Era increíble lo útil que resultaba poder cerrar una carretera cuando era necesario.

¿Qué más? Tenían dispositivos para suprimir las señales de los teléfonos móviles, pero no los suficientes como para ocultar toda la escena.

Y tenían un suministro limitado de munición, adaptado a la naturaleza encubierta de su misión. Silenciadores acoplados a sus pistolas FN90. Unas cuantas bombas de luz y granadas de humo. Chalecos antibalas ocultos bajo voluminosas chaquetas de trabajo Carhartt. Ópticas de infrarrojos. Oh, y gafas de sol: al fin y al cabo, esto era Los Ángeles, incluso de noche.

Genial.

—Muy bien, equipo —dije por el comunicador—, esto es lo que vamos a hacer.

Capítulo 24

El camión de la basura de la patrulla tenía, sin duda, una larga y distinguida carrera en la incesante guerra de Los Ángeles contra los baches en su territorio de quinientos kilómetros cuadrados. Todo eso quedó en el olvido mientras le insultaba. Tenía una última misión que cumplir, pero este trasto había decidido que también tenía que hacer una última jugarreta.

No conseguía meter la marcha atrás, y el tiempo se agotaba.

El equipo de Alex estaba casi en posición.

La voz de Tom por el intercomunicador:

—Equipo Norte, verde.

Elizabetta:

—Equipo Este, verde.

Maldita sea. Maldita sea.

Otro crujido al tirar de la palanca de cambios. Tenía que ponerme en marcha. ¡Ya!

Alex:

—Equipo Sur, listo. —En posición. El equipo principal, incluida Bian.

Silencio en la radio. Todos esperándome.

Desesperada, volví a pisar el embrague, agarré la palanca de cambios con ambas manos y la metí a fondo en todas las marchas adelante, una tras otra. Cada vez que entraba, soltaba un poco el embrague, intentando mover las marchas para que lo que se estuviera atascando se moviera lo justo.

Luego puse marcha atrás con todo mi peso.

Con un chirrido espantoso, la marcha se enganchó y el camión dio un tirón hacia atrás.

No quedaba tiempo para sutilezas.

Pisé el acelerador a fondo y grité por el intercomunicador:

—¡En marcha!

Cinco.

La visibilidad trasera era mala. Tuve mucha suerte de que nadie hubiera aparcado en esa calle mientras la recorría a toda velocidad, con el motor aullando en señal de protesta y el camión

zigzagueando como un borracho de un lado a otro, dando sacudidas al pasar por los baches. Las luces de emergencia parpadeaban y la alarma de marcha atrás chirriaba.

Era un poco tarde para descubrir que el diferencial de la dirección del camión también estaba destrozado.

Cuatro.

Un chirrido al dar un volantazo y un golpe al rozar una farola y perder un retrovisor lateral.

Tres.

Tiré de la cuerda que llevaba a la parte trasera y esperé que las anillas de seguridad de las granadas salieran limpiamente. No había forma de saberlo.

Dos.

Tuve que dar otro volantazo para alinearla.

¡No le des a Tom!

Uno.

Crucé los dedos.

Cero.

La parte trasera del camión se estrelló contra la pared norte del almacén. La pared se derrumbó hacia dentro. La parte trasera del camión quedó destrozada. Las bombas de luz y las granadas de humo estallaron.

Las alarmas sonaban a todo volumen.

Tom y su equipo arrancaron los tableros que sellaban las ventanas y vaciaron sus armas en modo automático hacia el techo. Sin silenciadores.

Elizabetta rompió las ventanas de los edificios vecinos.

Toda la calle se vio sumergida en una cacofonía de alarmas, iluminada por luces intermitentes.

Los licántropos del interior se creían en un refugio seguro y cómodo donde lo único que tenían que hacer era aguantar hasta que llegaran los refuerzos. De repente, se vieron sometidos a un asalto a gran escala. La pared fue derribada. Las bombas estallaban y salía humo de ese camión que había aparecido justo en su zona segura. Alguien les estaba disparando. Además, probablemente estaban medio ciegos y sordos por las bombas de luz.

Y eran aficionados. Hicieron lo que harían unos aficionados sensatos: se largaron.

Todos menos uno.

Me abrí paso a duras penas entre los escombros, oculta tras las nubes provocadas por las granadas de humo.

Alguien disparó desde dentro.

Estaban disparando al camión, como si eso fuera a servir de algo. Una bala pasó sobre mi cabeza, haciendo ese horrible chirrido.

Un recordatorio oportuno. Estás igual de muerta si te matan por casualidad. Me agaché.

No queríamos matar a ninguno, pero tampoco quería que muriera ninguno de los nuestros. Y dejar aquí a un licántropo con el dedo en el gatillo cuando los servicios de emergencia estarían de camino tampoco era una buena idea.

Por suerte, me quedaba una última bomba de luz.

Se oyó el ruido de las furgonetas de la patrulla frenando en seco cerca de la entrada sur. En cuanto salieran, el licántropo sería capturado, atado y metido en las furgonetas.

—Equipo Sur, cuatro neutralizados. —La voz de Alex, tensa y firme.

Hecho.

Tenía que ocuparme del último.

—Equipo Sur, uno más al caer. ¡Cuidado! —dije, y lancé la bomba de luz en la dirección de donde venían los disparos.

Boom.

Me tapé los oídos y los ojos, así que salí mucho mejor parada que el desafortunado que se resistía.

De todos modos, Tom llegó antes que yo.

Saltó por la ventana rota, rodó y se incorporó con un movimiento fluido, apuntando con su arma recargada al último licántropo, que había soltado su arma y se tambaleaba hacia atrás, completamente ciego y sordo.

Se recuperaría.

—Cógelo, Tom. Es hora de irse.

Recogí el arma que había soltado, le agarramos por los brazos y corrimos hacia la salida sur.

—¡Salimos con el prisionero! —grité. Sonaba como si estuviera gritando desde el fondo de un pozo. A pesar de taparme los oídos, seguían zumbándome.

Tom lo repitió por el intercomunicador y luego salimos.

Bian agarró a nuestro prisionero y lo metió en la parte trasera de la última de las furgonetas, siguiéndolo al interior.

Nuestra furgoneta se detuvo. Elizabetta ya estaba dentro.

—¡Vamos, vamos, vamos! —Salté a bordo mientras el conductor pisaba el acelerador.

Y nos fuimos.

Capítulo 25

—Hola, chicos —dije alegremente.

Estábamos en un refugio, a unos ochocientos metros del lugar de los hechos y al otro lado del río. Todos estaban dentro, Tom estaba llamando al cuartel general para informar y yo hablaba con los licántropos de Los Ángeles, que estaban atados como pavos listos para el horno.

La patrulla de Altau seguía mirando con ira a los licántropos. Que te disparen provoca eso. El hecho de que los hubiéramos capturado no parecía ser suficiente venganza. Y los licántropos lo sabían, aunque todavía estuvieran en shock. Apenas lograron lanzarme un gruñido entre todos.

Todos eran hombres. Si no lo supiera, me habría costado mucho distinguirlos de entre la multitud de Los Ángeles como licántropos. Pantalones negros, chaquetas voluminosas y coloridas, bufandas, camisas lisas y botas de trabajo.

Olfateé, dejé que su aroma tomara su forma única en mi nariz, saboreé su Llamada.

—No sois de Pasadena, así que supongo que ¿quizá de Redondo?

Uno de ellos escupió. Lo ignoré. Observé sus ojos. Quién miraba hacia dónde. Quién bajaba la mirada.

Los ojos me dijeron que el tipo que se había quedado atrás en el edificio era su líder. Por ahora estaba fuera de combate, tirado en el suelo semiconsciente. Si estuviera despierto, estaría recuperando la vista y el oído en este momento, pero también había recibido un buen golpe en la cabeza. Le habíamos dado una sobredosis de analgésicos humanos estándar y confiábamos en que sus defensas licántropas se encargarían del resto.

Supuse que su número dos era un latino larguirucho con el pelo corto y recto, y un bigote en forma de herradura.

Se produjeron sutiles movimientos de cabeza en la manada. Bigote de Herradura miró fijamente a cada uno de los demás hasta que bajaron la vista, y luego volvió a mirarme, con su autoridad confirmada. Era una mirada enfadada.

No estaba contento. Supongo que no iba a ser mi mejor amigo.

—Long Beach —dijo.

—Así que ya son tres manadas de las que tengo constancia. ¿Quiénes son los demás?

Bigote de Herradura le dio vueltas a la pregunta. No le estaba pidiendo exactamente que revelara ningún secreto, pero no quería responderme.

Esperé a que se decidiera.

Finalmente, gruñó:

—Los Heights. Desde Whittier hasta Chino.

—¿Esas son todas las manadas? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

Cuatro, no las cinco que pensaba Dominé.

—Estás vivo porque no queremos pelear con los licántropos locales.

—Deberías haberlo pensado antes de venir aquí. —Quien hablaba era uno de los licántropos subordinados, y se calló cuando Bigote de Herradura le gruñó.

—Habéis invadido nuestro territorio... —comenzó a decir.

—Nada que no se pudiera haber resuelto con una conversación —dije—. Pero, en lugar de eso, empezasteis a dispararnos.

Bigote de Herradura miró a Alex.

—Bueno, sólo le disparaste a mi compañera. Entonces no pasa nada.

Volvió la vista y pude ver cómo se le dilataban las fosas nasales mientras olfateaba la marca en la habitación.

Al final lo conseguiría. Separaría al Altau Athanate y se quedaría sólo con Alex y conmigo.

Tres. Dos. Uno.

Frunció el ceño, justo en el momento justo.

—¿Qué coño?

—Sí. ¿Qué coño haces disparando a gente que está aquí por asuntos Athanate? Nosotros somos tanto Athanate como licántropos. ¿*Quieres* empezar una guerra?

Abrió mucho los ojos.

—Tú eres la híbrida… —dijo.

Más le valía haber seguido y llamarme «zorra». Notaba que quería hacerlo.

Sí. Ni de coña voy a ser amiga tuya.

Para mi sorpresa, se tragó el orgullo, más o menos.

—Mis disculpas. De verdad —balbuceó mientras Alex resoplaba—. ¿Por qué no nos contactasteis?

Pero no me estaba hablando a mí. Se había fijado en Alex y se estaba disculpando con él como si yo no estuviera allí.

—No pude encontrar vuestra página web, y mucho menos vuestros datos de contacto —dijo Alex.

El sarcasmo rebotó en Bigote de Herradura.

Alex se estaba irritando y dejando que su dominio se desbordara.

Quizá ese fuera el camino a seguir. Juntos éramos una pareja alfa y, a menos que hubiera alfas excepcionales en Los Ángeles de los que yo no hubiera oído hablar, seríamos dominantes sobre todo el grupo.

Ojalá fuera tan rápido y fácil.

Alex me miró y yo giré la cabeza bruscamente para indicarle que nos alejáramos de donde pudieran oírnos.

En la oscuridad fuera de la casa nos abrazamos. Cerré los ojos y simplemente disfruté de la sensación de sus brazos durante un minuto, del aroma de mi propio lobo grande y malo.

—Tengo que dejar estos chicos a tu cargo —dije finalmente, y le conté que los licántropos de Nuevo México habían aparecido en el club y le hice un resumen de la reunión con Skylur.

Bian salió.

—Ha llamado Tarez. Nos aconseja que los soltemos —dijo—. Le preocupa que retenerlos ponga en peligro cualquier acuerdo que pueda llegar a hacer con las manadas locales.

—No. Él solo no va a llegar a ningún acuerdo en un plazo razonable —dijo Alex—. ¿Cuatro manadas que probablemente no se soportan entre sí? ¿Qué les va a ofrecer?

—Sí. Tenemos que averiguar qué les atraerá —dije—. Parecen preferirte a ti antes que a mí. Eso al menos nos dice algo. Pero primero tengo que ir al club para asegurarme de que los licántropos de Nuevo México no vayan a sumarse a nuestros problemas.

—Me gustaría conocer a los licántropos de Nuevo México —dijo Bian—. Espero que pronto sean mis vecinos y socios. Y, si son un problema, necesitarás refuerzos.

—Trato hecho. ¿Alex? ¿Te parece bien quedarte y sondear a estos tipos con tacto?

—De acuerdo —dijo él—. ¿Qué hago si aparece Tarez y da órdenes de liberarlos?

—Yo soy el sindesmón. Skylur me dijo que pusiera *a todos* los licántropos en condiciones para que podamos incorporarlos a la nueva Asamblea. —Suspiré. Tarez me había apoyado frente a Naryn. Sentía que podía trabajar mejor con él, pero ninguno de los Athanate entendía realmente las manadas y cómo funcionaban. No a ese nivel visceral en el que lo hacíamos Alex o yo.

Endereché los hombros.

—Voy a seguir adelante partiendo de la base de que nadie nos dice cómo gestionar las negociaciones con los licántropos.

—Vale. ¿Qué necesitamos de ellos? —preguntó Alex, señalando con el pulgar a los licántropos que estaban dentro.

—Una reunión con todos los Alfas. A partir de ahí me encargo yo. Por supuesto, cualquier cosa que puedas averiguar sobre ellos nos será útil.

—¿Necesitas a Tom y a un par de los demás para ir al club?

—No, no quiero que la situación sea más tensa de lo que ya va a ser.

Sólo Yelena, Bian y yo.

Habían apagado sus comunicadores en el club y nadie respondía a sus móviles. Teníamos que irnos ya. A esa hora de la noche, habría menos tráfico.

Me preocupaba que incluso así tardáramos demasiado.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

El Club Vasana parecía sospechosamente tranquilo, pero el aparcamiento estaba lleno.

Los dos guardias de seguridad de Altau que Tom había enviado hacían de portero y portera. Llevaban el uniforme gris del club, con

sombrero de copa y frac, pero sus chaquetas estaban más holgadas de lo que Dominé solía permitir. Vi el ligero bulto que me indicó que ambos llevaban sus fundas de hombro.

—Señoras, bienvenidas al Club Vasana —dijeron riendo, quitándose los sombreros de copa y haciéndonos pasar por la puerta con una reverencia.

Bueno, parecían estar pasándolo bien.

—Supongo que entonces no ha muerto nadie —dije.

—La cosa se puso bastante tensa un rato —dijo el chico—. Pero todos volvieron a la oficina y desde entonces ha estado todo tranquilo.

—¿Dominé lo mantuvo en secreto?

Se miraron y volvieron a reírse.

—Sabes, a decir verdad —dijo la mujer—, fue más bien Vera.

Sentí una punzada de inquietud. Vera era buena para mantener a la gente tranquila. Había visto muchas pruebas de ello en Ops 4-10. Y era una de las favoritas en la Casa Altau: la gente hablaba con ella con una franqueza que rara vez mostraban con los demás.

Pero había llegado a Denver con una grave herida de bala, y el tratamiento de emergencia de Bian, con su sobredosis de euforizantes, parecía haberle dejado una tendencia a decir las cosas más extrañas. Por ejemplo, me había dicho que los Athanate eran ángeles, excepto los que eran demonios.

¿Y si soltaba un comentario inapropiado en el momento menos oportuno? ¿Y si Rita estaba al límite?

Dimos las gracias a los guardias y bajamos a toda prisa a la oficina, yo iba delante.

A nuestro alrededor, el Club Vasana hacía lo que mejor sabía hacer: sexo, real o de fantasía.

—¿Has visto eso? —dijo Bian, pero yo estaba demasiado concentrada en llegar a la oficina de Dominé.

A medida que nos acercábamos, mis peores temores parecían confirmarse. Podía oír gritos incluso a través de la gruesa barrera de la puerta.

Capítulo 26

Jaz estaba inclinada sobre la mesa de reuniones de Dominé, casi nariz con nariz con Rita. Ella era la que más ruido hacía. Rita hacía algún tipo de gesto con las manos. Dante se aferraba al brazo de Jaz y Yelena estaba tirada en una silla, llorando de risa.

¿Qué demonios pasaba?

Vera pedía calma, sin éxito.

Dominé se levantó de un salto, con aire culpable.

—¡Ah, Amber! Te pido disculpas.

—¿Por qué? ¿Qué demonios está pasando?

—Todo es culpa mía. Nunca debí haberlo permitido. —Ella carraspeó avergonzada mientras que Jaz y Rita por fin se dieron cuenta de que estábamos allí y se sentaron, con las caras enrojecidas—. Pensamos que, mientras os esperábamos, podríamos pasar el rato con champán y juegos de mesa.

¿Qué? ¿Había invitado a una licántropa medio loca a jugar a juegos de sociedad?

Dominé se dio cuenta de mi mirada de asombro y arqueó una ceja.

—No pensé que pudiera ser tan… competitivo.

Me fijé en los vasos sobre la mesa, en las botellas de color verde oscuro colocadas boca abajo en las cubiteras. Entonces intenté imaginarme a Jaz, Yelena y Rita representando títulos de películas y letras de canciones pop. *¿Crepúsculo? ¿Hombre lobo americano en París?*

Me dejé caer en la silla junto a Yelena y me eché a reír. Noté cómo parte de la tensión se desvanecía de mi cuerpo.

—¿De quién fue esta idea? —logré preguntar.

Todas las cabezas se giraron hacia Vera, que me dedicó una de sus sonrisas radiantes.

—Fantástico —dije, levantándome y levantando a Rita para darle un abrazo—. Me alegro mucho de veros, chicas.

Estaba tensa, pero me devolvió el abrazo y murmuró un saludo inaudible.

Casi tuve que levantar a Jaz de su silla para abrazarle y no dijo nada. No sabía si era por vergüenza o por recelo.

—Me gustaría presentaros a una amiga mía. —Me giré y sonreí—. Bian Hwa Trang, de la Casa Trang.

Yelena arqueó las cejas ante el nuevo título.

Bian dio un paso adelante y le ofreció a Rita un saludo Athanate, besándole el cuello. Me sorprendió. Los Athanate casi nunca besaban el cuello a personas que no fueran Athanate. Pero para la persona adecuada, era un honor. Bian lo había juzgado bien, y Rita parecía apreciarlo. Le devolvió el beso y tiró suavemente del cuello de Bian hacia un lado. Sus ojos recorrieron el tatuaje de piel de leopardo que cubría el cuello y los hombros de Bian.

Emitió un pequeño sonido con la garganta y dio un paso atrás, mirando a Bian a los ojos.

Ambas estaban tanteando el terreno, sopesando la presencia de la otra.

Los ojos verdes de Rita habían adquirido un tono puma.

Yelena se inclinó hacia delante, ahora sin reírse en absoluto. Una Rita sobria como una piedra era impredecible. Borracha de champán, ¿quién sabía lo que podría hacer?

Al final, nada. Tenía la sospecha de que el tanteo mutuo entre Rita y Bian estaba lejos de haber terminado, pero, por el momento, Rita volvió a sentarse mientras Bian se volvía hacia la otra licántropa de Albuquerque.

Jaz no iba a permitir que una Athanate se le acercara al cuello. Extendió la mano como una barrera.

Bian se la estrechó.

—Bienvenida a Los Ángeles —dijo. Mantuvo la mano de Jaz un momento más de lo necesario.

Jaz y Rita no podían ser más diferentes. Jaz tenía fobia a los colmillos. Rita había tenido un amante Athanate en algún momento antes de la traición de la Casa Romero. Jaz vestía de cuero y llevaba botas de motera raídas, con la chaqueta abierta para mostrar una camiseta con la imagen de una calavera en llamas superpuesta sobre una Harley. Su pelo azul-negro estaba recogido con un pañuelo escarlata. Rita llevaba unos pantalones elegantes y

ajustados y una camisa azul con una chaqueta entallada colgada del respaldo de su silla. Su pelo castaño rojizo tenía ese aspecto natural de «recién levantada» que los peluqueros cobran una fortuna por imitar.

—Así que me habías reservado la charla seria a mí. —Acerqué una silla y me senté a la mesa.

—Creo que sería buena idea que preparara café, si me lo permiten —le dijo Vera a Dominé—. ¿Para todos?

Todas asentimos.

—Te ayudaré —dijo Dante—. Hay una cafetera en la cocina, pero está al otro lado de la casa y podrías equivocarte de camino. Quién sabe lo que podrías encontrarte.

Vera se rio y se marcharon juntas. Me sentí bien al ver mi Casa así.

Dominé carraspeó y miró a su alrededor.

—Aunque no me avisaron de antemano, esta visita desde Albuquerque era esperada —dijo Dominé—. Ya sabes cuál es el propósito: establecer contactos con la manada local.

—De acuerdo —dije—. ¿Por qué no nos hablas de las manadas...?

—Espera. Explícale primero por qué la has traído a tu Casa —interrumpió Jaz.

Todo el humor de los juegos se había esfumado.

Le miré fijamente.

—No existía ninguna relación entre tú y Dominé, si es eso lo que estás insinuando. Le vendiste protección al club en Albuquerque, y parte del trato era que ella te presentara a la manada de Los Ángeles. Resulta que Los Ángeles no funciona como Albuquerque, y ahora ella forma parte de los Athanate.

—Ella aceptó un compromiso con nosotros —dijo Rita.

—Y la Casa Farrell lo cumplirá. Pero, sólo por curiosidad, ¿por qué quieres establecer contactos en Los Ángeles?

Rita y Jaz intercambiaron miradas.

—*Soy* tu socia —señalé.

Su alfa, Zane, había exigido una asociación entre la manada Deauville y la manada de Albuquerque. Quería poder visitar Denver. Reunirse con Altau.

Bueno, eso tenía sus pros y sus contras; se suponía que las manadas asociadas podían hablar con total libertad. La manada de Albuquerque me debía algunas respuestas.

No intentaron negarlo.

Rita habló en su nombre:

—Estamos formando alianzas contra la Confederación… y contra cualquier otro grupo lo suficientemente grande como para amenazarnos individualmente. Ya tenemos casi todo listo con las manadas de Arizona. —Se encogió de hombros—. Los Ángeles parecía el siguiente paso lógico.

—¿Y Oklahoma? ¿Texas?

Jaz me miró con el ceño fruncido, como si yo debiera saberlo.

—Vosotros estáis aliados con Cimarrón. No hay forma de sortear una manada de ese tamaño para que podamos entrar en Oklahoma o Kansas.

Con «vosotros», se refería a la manada de Denver, más que a Alex y a mí.

—¿Y Texas?

—Estamos al oeste de Texas —admitió Rita.

—Y si crees *que estamos locos*… —murmuró Jaz, pero se calló ante la mirada de Rita.

—¿Este grupo tiene algún nombre? —preguntó Yelena.

Rita se encogió de hombros.

—La Liga de las Manadas del Sur.

Vera y Dante regresaron con una bandeja de tazas de café. Entraron por la puerta con una sonrisa, pero percibieron la tensión renovada y se limitaron a repartir las tazas en silencio.

Asentí a Dominé.

—Adelante.

—*¡Hélas!* Las manadas son muy confusas en Los Ángeles —le dijo a la licántropa de Albuquerque—. Hay cuatro o cinco manadas en el condado. Cooperan por necesidad, pero no se caen bien entre ellas. —Dio un sorbo a su café—. Aquí abajo, en esta zona, estamos en el territorio de la manada Redondo. Hay una manada de Long Beach, y la más grande de todas en Los Ángeles es la manada de Pasadena. No conozco a las demás.

—Sólo con descubrir *eso* ya provocamos una reacción —interrumpí —. La manada de Pasadena decidió que Dominé era un riesgo para la seguridad y ayer envió un escuadrón de asalto.

Rita se inclinó hacia delante y se le escapó un gruñido.

—¿Qué pasó?

Supuse que parte del problema con este nuevo acuerdo era que Rita consideraba a Dominé, de alguna manera, parte de la manada de Albuquerque, y sentía la necesidad de defenderla.

Mía, dijo mi Athanate. En voz alta:

—Los mandamos de vuelta, heridos pero vivos, con un mensaje de que el Club Vasana forma parte de la Casa Altau.

Jaz asintió.

—Fue lo correcto. Sus lobos se curarán, pero las muertes habrían obligado a Pasadena a atacar de nuevo.

—Esa obligación... —sugirió Rita.

—Alex está intentando organizar una reunión con todos los Alfas ahora mismo. —Me encogí de hombros—. No veo por qué no puedes venir.

—Bueno, yo sí puedo —dijo Bian—. Parece que ya va a ser bastante tenso tal y como está.

Probablemente tenía razón.

Jaz y Rita parecían enfadadas.

—Pero… —Bian apartó su taza vacía y apoyó los codos en la mesa.

Tenía la atención de todos.

—Si vuestra manada está asociada con Altau, digamos que a través de un acuerdo alcanzado con la subcasa de Altau en Albuquerque…

Los labios de Rita se torcieron en un gruñido.

—De ninguna manera estamos asociados con la Casa Romero. Ni con la de Amaral.

—Ya no existen —dijo Bian—. La nueva Casa Athanate en Albuquerque es la Casa Trang.

—Desde…

—Desde hoy —dije. Tanto Rita como Jaz miraron a Bian con una nueva intensidad, pero intuí que no se dejarían presionar, y de todos modos Zane no estaba allí. —Dejemos eso por el momento.

Quitemos la presión y digamos que esto es sólo una reunión preparatoria con todas las partes interesadas, incluidos los licántropos y los Athanate.

Rita lo pensó y asintió.

—Tendré que llamar a Zane y ponerlo al corriente —dijo.

—De acuerdo. Quizá quieras volver conmigo y conocer a algunos de la manada de Long Beach que capturamos antes. Alex les está sacando información para organizar la reunión ahora mismo, y será útil ver cómo reaccionan ante ti.

Jaz y Rita estuvieron de acuerdo, y Dante las llevó a la oficina de al lado para que hicieran la llamada. Esperaba que a Zane no le importara que lo despertaran a esas horas.

Dominé felicitó a Bian por su nombramiento.

—Y debes usar el Club Vasana como base en Albuquerque hasta que te familiarices con el lugar —dijo.

Sonreí con aire burlón. Bian no dejaría que eso le distrajera de su tarea, pero sería interesante si decidieran celebrar una de sus noches de «Blood Orchid» en el club —el nombre de las fiestas temáticas de vampiros—. Me hizo gracia imaginarla bailando entre una horda de falsos vampiros de pacotilla, mostrándose colmillos de plástico unos a otros.

El tiempo apremiaba y nos pusimos en marcha en cuanto Rita y Jaz terminaron su llamada a Zane.

Dominé y Dante se quedarían en el club hasta que cerrase, justo antes de que el resto de Los Ángeles se despertara para desayunar. Los guardias de Altau que vigilaban la puerta las acompañarían de vuelta a la casa de Hollywood Hills, donde nos reuniríamos con ellas cuando hubiéramos terminado con los licántropos de Long Beach.

En poco tiempo, el resto nos reunimos delante de la furgoneta negra en la que habían llegado Rita y Jaz.

—Me alegro de verte, Amber —dijo Rita—. Siempre pasan cosas cuando estás por aquí.

—Gracias. Creo.

—Pero no puedo decir que te eche tanto de menos como Zane. —Rita se reía de Jaz, que fruncía el ceño—. Sí —continuó—, incluso te

ha enviado algunos regalos.

Abrió la puerta y metió la mano debajo del asiento del copiloto. Cogió una caja y sacó un paquete pequeño y pesado, que estaba envuelto en una tela gruesa y rígida.

Podía oler aceite de armas. ¿Zane me estaba regalando un arma?

Rita lo sujetó con una mano y con la otra apartó los pliegues de la tela. Excepto que no era tela, era mi viejo y gastado abrigo de vaquero. Y dentro…

—¡Oh, Dios mío! —dije—. Es Navidad antes de tiempo.

Rita sostenía mi vieja Heckler Koch MK23 en su funda de hombro. La que había perdido cuando me capturaron las monjas ninja de Vega Martine en el convento a las afueras de Taos. Pensaba que la había perdido para siempre.

Sentí el peso familiar en mi mano, sin saber muy bien qué decir. Incluso la habían limpiado y engrasado.

—La encontramos allí cuando fuimos a limpiar. No podíamos dejarla atrás.

Levanté la vista.

—¿Algo más en el convento? ¿Licántropos de Wind River? ¿Cuerpos? ¿Prisioneros?

—Nadie vivo salvo los prisioneros, y tampoco todos ellos. —Su voz se tornó en un gruñido—. Las mujeres de Ute Mountain.

Que habían sido torturadas como esclavas sexuales por la manada de Gold Hill cuando aniquilaron a la manada de Ute Mountain.

Hice lo que pude para impedirlo cuando me capturaron. Pero como manada, Ute Mountain era tan mala como Gold Hill. Todos los licántropos de allí, incluidas las mujeres, habían sido desterrados.

—¿Qué hicisteis con las supervivientes? —pregunté, sin estar segura de querer la respuesta.

—No las matamos —dijo ella—. Están en un rancho, en observación. Si no son renegadas, les ofreceremos un lugar en la manada.

Y si no, acabarán muertas. No podía pedirle más a la manada de Albuquerque.

Mientras Rita hablaba conmigo, Jaz había colocado una rampa contra la parte trasera de la furgoneta y estaba sacando una moto.

Era la moto de trail Kawasaki homologada para circular por carretera que Tullah y yo habíamos tomado prestada de Drake en Santa Fe.

Jaz bajó el caballete lateral de una patada, nada contenta con los regalos de Zane.

Por mucho que me gustara conducir la Kawasaki, yo tampoco estaba precisamente contenta.

—Esa no es mi moto —dije.

—Ahora sí lo es —dijo Rita—. Zane se la compró a Drake.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí.

—¿Qué quiere Zane? ¿Aparte de lo que intentaba conseguir la última vez?

Es decir, meterse en mis bragas.

La sonrisa de Rita se amplió y el ceño fruncido de Jaz se acentuó.

—Tendrás que preguntárselo a él —dijo Rita.

—¿Y qué hay de la Hill Bitch? —Tullah y yo habíamos dejado mi monstruosa camioneta con Drake en su taller para que la hiciera «menos llamativa», lo que significaba reparar las miles de abolladuras y repintarla.

Ella se encogió de hombros.

—Tu amiga bruja, Tullah, la recogió. Creo que la llevó de vuelta a Denver.

A pesar de mi reticencia inicial, tener la Kawasaki era una ventaja. Se tardaba demasiado en llegar a cualquier sitio en Los Ángeles en coche. La moto debería ser mucho mejor.

Y no iba a servir para que Zane se metiera en mis bragas, si es que esa era su intención.

—Deberíamos irnos —dije—. Me llevaré la moto.

—Tengo que quedarme contigo —dijo Yelena de inmediato.

—Iré contigo en tu camioneta, ¿si te parece bien? —preguntó Bian, levantando las cejas hacia Rita.

Sería inteligente por su parte empezar con buen pie con los licántropos de Albuquerque.

Jaz negaba con la cabeza, pero Rita se limitó a hacerle un gesto a Bian para que se subiera.

Lo que dejaba a Vera y la furgoneta patrulla de Altau en la que habíamos llegado.

Eso me preocupaba, pero Yelena se me había adelantado.

—¿Te sientes capaz de conducir esto? —le preguntó Yelena a Vera, señalando la furgoneta con la cabeza.

—Por supuesto. De verdad, Yelena, te preocupas demasiado.

—Sólo por ti. Es que...

—Ha pasado mucho tiempo. Estoy curada. Gracias a ti y a Bian.

—Y a Naryn.

—Bueno, mejor no hablemos de eso.

Yelena se rio, le dio a Vera un abrazo rápido y le besó.

Oh, Dios mío. Tenía que replantearme la imagen mental que tenía de Vera.

La vivaz esposa del coronel, de unos cincuenta y tantos años, había desaparecido, sustituida por una mujer cuyo rostro y cuerpo parecían más propios de alguien de unos cuarenta y pocos. Su cabello canoso dejaba ver raíces oscuras. Estaba llena de energía y alerta. Y cada día parecía más joven.

Era pariente de Yelena, con todo lo que eso implicaba.

Tenía que recuperar al coronel Laine y superar su fobia a que le mordieran.

Otra tarea más en la lista de cosas por hacer.

Comprobé que tenía el depósito lleno y arranqué la moto. Yelena se subió detrás de mí.

—Agárrate fuerte —le dije, y solté el embrague.

Capítulo 27

Cruzar la ciudad en moto era mucho, mucho mejor que hacerlo en coche, incluso a esa hora de la noche y con las carreteras resbaladizas por una leve lluvia.

Sería más divertido si hubiera llevado una chaqueta más gruesa. Así que ya estaba congelada para cuando cruzamos la ciudad, muy por delante de los demás.

Temblé y luego aparté el frío de mi mente. La tarea de conseguir que los licántropos se unieran individualmente a su Casa Athanate local y en grupo a la nueva Asamblea se parecía cada vez más a construir una pirámide estable con balones.

Albuquerque podría ser fácil. Al menos Zane era el único Alfa de la ciudad, y Bian sería más que capaz de… distraerlo. Eso debería servirme de buena introducción a esta liga de la que hablaba Rita. La dirigiría Cameron, ya que él estaba al mando de todos los licántropos de Nuevo México. Tendría que reunirme con él pronto, si era posible, sin poner a prueba los niveles de dominancia ni gruñir a través de las paredes de un confesionario como la última vez.

La asociación o alianza de Denver con las manadas de Oklahoma y Kansas podría ser sencilla, gracias a Félix.

Los Ángeles parecía mucho más difícil: cuatro Alfas que no trabajaban juntos, y ya estábamos al borde del conflicto con un par de ellos.

¿Las otras coaliciones de licántropos y la Confederación? Bueno, parecían tan lejanas como las estrellas del cielo.

Pero Skylur tenía razón; necesitábamos que hablaran en lugar de pelear. Los necesitábamos en la Asamblea. Necesitábamos un frente unido para la Revelación.

Lo primero es lo primero. Una reunión con los licántropos de Los Ángeles, para que se relajaran un poco. Después tenía que estar en Denver y Albuquerque, en poco tiempo. Y de alguna manera, en medio de todo eso, tenía que lidiar con Forsythe.

Giré por la carretera que bordea el río hacia el refugio y empecé a prestar más atención a mi entorno. Y sentí los primeros indicios de inquietud.

No podía señalar qué era. Reduje la velocidad de la moto al mínimo y giré la cabeza para mirar hacia atrás, por donde habíamos venido. Tenía esa extraña sensación de pesadilla en la que las cosas desaparecen cuando me giro para buscarlas.

Nada. Las farolas brillaban en las calles lluviosas, formando pequeños charcos en la noche. Las casas alejadas de la carretera, detrás de una estrecha acera. Frente a las casas, un muro coronado por barandillas de hierro recorría toda la calle por el lado del río, con el dique proyectando una sombra amenazante en la oscuridad por encima suyo. Al otro lado del río, el tráfico interestatal se silenciaba como un oleaje lejano.

Nadie se movía. Nadie parecía estar despierto.

—¿Por qué tan despacio? Ir rápido es divertido —dijo Yelena.

—No lo sé. Algo no me cuadra.

—¿Estás caminando sobre tu tumba?

—Creo que lo que intentas decir es que alguien más está caminando sobre mi tumba.

—Pero tú no estás en una tumba. —Ojeó la calle mientras hablaba —. Y si lo estuvieras, ¿cómo sabrías si alguien camina sobre ella? ¿Por qué importaría?

—Buenas preguntas.

Nos estábamos acercando al refugio.

Estaba pensando que sería buena idea seguir adelante, cuando sentí algo que reconocí.

Todas las manadas de licántropos tienen una Llamada. La mayoría de las veces es algo tenue. Apenas podía percibir a los licántropos de Long Beach que teníamos prisioneros. Alex y yo compartíamos una Llamada de la manada Deauville, y no había nada que percibir en ella.

Pero una manada que está cazando sí que emite una Llamada.

Un par de motos grandes, Harleys o similares, emergieron de la oscuridad que teníamos delante, girando perezosamente hacia la carretera.

Al mirar atrás, vi que otras tres habían aparecido detrás de nosotras.

Y pude sentir esa peculiar emoción de los hombres lobo al avistar a una presa, que se deslizaba a través de su Llamada.

Mierda.

Frené en seco y saltamos de la Kawasaki.

Sentí el peso reconfortante de la HK en la funda, pero no la saqué. Teníamos que hacer todo lo posible por no enzarzarnos en una guerra con las manadas locales.

Las motos, todas ellas grandes Harley, se detuvieron de forma coordinada a ambos lados de nosotras.

Todas conducidas por mujeres vestidas con trajes de cuero al estilo Mad Max.

Todas eran mujeres lobas.

Con paso decidido, pero sin prisas, formaron un semicírculo informal frente a nosotras y se quedaron allí.

Yo nos apoyaría a Yelena y a mí en un combate cuerpo a cuerpo contra ellas. Joder, apoyaría a Yelena sola contra ellos. Si tuvieran armas, podría ser un problema; sólo necesitarían una bala. Pero, aun así, nos apoyaría a los dos.

Se dieron cuenta de nuestra confianza.

—Te lo estás tomando con mucha calma. —Ella era la Alfa, una auténtica Alfa, de pie en medio de las cinco. Estaba demasiado oscuro para distinguir sus rasgos. Su voz parecía demasiado suave para su corpulencia, rica y suave como chocolate derretido.

—Podría decir lo mismo de ti —respondí.

—Bueno, puede que sea porque estamos en nuestro territorio y vosotras no. Sin mencionar que os superamos en número.

Fruncí el ceño y olfateé. Era otra marca que no conocía.

—No sois Long Beach ni Pasadena —dije—. No podéis ser Redondo tan lejos de aquí, pero me habría parecido una exageración llamar a esto Los Heights.

Se rio.

—Los de Heights no bajan hasta aquí —dijo—. Tienen mucho más sentido común.

—Bueno, si estamos invadiendo tu territorio, te pedimos disculpas —dije—. Aunque es curioso, Long Beach no mencionó a otra manada. ¿Quiénes sois?

—Somos las Belles.

Sonreí a pesar mío. Sí, este distrito se llamaba Bell. Supongo que tenía cierto sentido. Pero si Long Beach no las había mencionado en absoluto... ¿eran unas marginadas?

La líder dio un par de pasos hacia delante y olfateó el aire.

—No sois ninguna manada que yo conozca, pero tenéis a Long Beach en esa casa detrás de vosotras. ¿Qué hacéis aquí?

—Son nuestros invitados por el momento. No es que quieran serlo, pero nos atacaron. —Ella estaba atenta, así que me apresuré a continuar—. Actuamos en nombre de la Casa Athanate local, y lo único que intentamos hacer es contactar con todos los Alfas de Los Ángeles para una reunión.

—Ah, ¿sí?

La Alfa dio otro paso, intentando hacerme retroceder.

No iba a hacerlo. Era más grande que yo y se mostraba segura de sí misma, pero la seguridad sin habilidad ni entrenamiento es frágil. Se llevaría una sorpresa si atacaba.

Ese ataque parecía más probable cuando me negué a ceder. Había señales: sus hombros se tensaron y sus rodillas se doblaron ligeramente.

Mi intuición me decía que se abalanzaría sobre mi cara para intentar aturdirme y someterme.

¿Rendirme? Ni hablar.

Mi cuerpo estaba completamente relajado e inmóvil, atento a cada movimiento y cada sonido.

Incluido el sonido de la puerta abriéndose a mis espaldas.

Alex.

Emitió ese gruñido que sentí en el pecho más que oí: un sonido lleno de amenaza.

Eso no era lo más importante. Ni por asomo.

Alex y yo éramos Alfas. Supongo que cualquiera de los dos era más dominante que la Alfa de las Belle. Nuestra dominación había crecido desde que nos habíamos emparejado y, ante la amenaza, se trataba de animarnos mutuamente y encender la mecha.

No iba dirigida a mí, pero la ola de dominio de Alex me atravesó, arrebatándome el aliento y abatiéndose sobre las Belle.

—Oh, mierda —suspiró una de ellas, con las rodillas temblando.

Pero su Alfa se negó a dar un paso atrás. Con fuerza de voluntad, tensó las piernas y mantuvo la cabeza alta.

Una furgoneta apareció en la calle y aceleró al vernos. Esperaba que fuera Bian. No porque quisiera ganar una pelea, por mucho que mi loba estuviera deseándolo, sino porque quería que la Alfa de las Belle se diera cuenta de que no tenía sentido intentar luchar.

Long Beach ni siquiera había mencionado a esta manada. Sentí curiosidad, y no únicamente porque todas fueran mujeres.

La furgoneta frenó en seco y Bian, Rita y Jaz saltaron de ella.

—Los números han cambiado —dije, con voz ronca—, pero, de verdad, sinceramente, lo único que queremos es hablar con los Alfas locales.

La Alfa de Belles seguía sin moverse. Su manada se había recuperado un poco, replegándose en un círculo defensivo.

Avancé, a pesar del gruñido de Alex. Mantuve las manos abiertas y alejadas de mi cuerpo, lejos de la seguridad de la HK y de Yelena a mi lado.

Nuestras miradas se cruzaron y la Alfa intentó intimidarme. Tenía mucho más poder que los licántropos de Long Beach, pero no era suficiente. Después de todos mis duelos de miradas con Zane y Félix, ella no era más que una cachorra de ojos inocentes.

—Me llamo Amber Farrell —dije—. Casa Farrell, subcasa de Altau. Y coalfa con Alex, que está detrás de mí, de la manada Deauville de Denver. Te pido permiso para estar en tu territorio mientras hablamos.

—Es la maldita híbrida en persona —siseó una de su manada.

La Alfa levantó la mano para silenciarlas.

Nos quedamos de pie, inmóviles como piezas de ajedrez talladas, mientras el viento nocturno nos envolvía.

—Quizá —dijo la Alfa por fin. Entrecerró los ojos para mirar a Rita y a Jaz, con las fosas nasales dilatadas—. ¿A quién más tengo aquí?

—La manada de Albuquerque —dijo Rita.

—Ah, ¿sí? Y ni siquiera eres una loba, mujer. Joder, todas tenéis historias que quiero escuchar.

Dio un paso atrás, liberándose de la tensión. Su manada se relajó detrás de ella, no sin un par de suspiros de alivio, rápidamente ahogados.

—Me llamo Billie —dijo, y me tendió la mano—. Bienvenida a Bell.

Se la estreché.

Llevaba el pelo muy corto, los ojos hundidos bajo una frente ancha, pómulos marcados y una boca ancha. La luz lejana de la farola brillaba tenuemente sobre su piel oscura. No pude distinguir mucho más en la oscuridad.

—Entra —le dije.

—Lo haremos —respondió Billie—, si tu guaperas deja de mirarme así. No es así como una chica quiere que le miren.

Alex resopló y se relajó.

Le di un rápido abrazo mientras pasábamos. Y dentro descubrí por qué no estaba de muy buen humor.

Había hecho un trato con Bigote de Herradura, el líder temporal de los prisioneros de Long Beach. La seguridad de Altau había vendado los ojos a los demás y los había devuelto a la zona de Long Beach a cambio de que Bigote de Herradura cooperara con nosotros. Pero tan pronto como recibió una llamada del Alfa de su manada confirmando que los demás estaban a salvo, Bigote se había cerrado en banda.

Menuda idea, ser tan irritante y noble al mismo tiempo. No es que tuviéramos ninguna intención de interferir con las manadas locales.

Bigote de Herradura reconoció a la Alfa de Belles y su rostro se ensombreció de ira.

Se puso en pie de un salto, pero Alex lo derribó de un golpe.

—No puedes hablar... —comenzó a decir.

—Exacto. No podemos hablar con ella porque no existe, gilipollas —dije—. Cuatro manadas, has dicho.

—¡No son una manada! —gritó—. ¡Ella no es una Alfa de verdad!

—¿No? A mí me parece que lo es —dije—. Habla como una Alfa y actúa como tal.

Oh.

Una señal en la Llamada. Mi comentario me había valido un montón de puntos extra con las Belles. Teníamos ante nosotros un

auténtico punto delicado.

Billie estaba ignorando al licántropo de Long Beach y mirando lo que Alex estaba haciendo cuando llegamos. Había fijado un enorme mapa de calles a la pared y lo había marcado.

Los nombres de las manadas estaban escritos más o menos en los lugares correctos. Junto a ellos, teníamos la información de contacto de Pasadena de los móviles que había cogido. Alex había conseguido otro número cuando el Alfa de Long Beach había hablado con Bigote de Herradura.

Dominé nos había dado un número de móvil de Redondo. No había nada de Los Heights y, evidentemente, nada de las Belles.

Billie se plantó delante del mapa, desabrochándose lentamente la chaqueta de cuero.

Resopló y pareció tomar una decisión. Extendió una mano. Era una mano angulosa y fuerte, con los bordes de las uñas ennegrecidos por el aceite. Una mujer que se ensuciaba las manos, literalmente.

Alex le dio los rotuladores.

Ella eligió un color para cada banda y empezó a trazar los límites.

—Aproximados, ¿entiendes? —Resopló de nuevo—. Los Ángeles es un maldito caos.

—¿Por qué? —pregunté.

Me miró por encima del hombro.

—Somos muy pocos. Es demasiado grande. Hay demasiada gente. Demasiadas bandas. Demasiadas zonas turísticas. El lugar es demasiado jodidamente… complejo.

—¿Y la policía? —preguntó Elizabetta.

—¿Qué policía? Hay cuarenta y cinco departamentos. Eso sin contar la policía del aeropuerto ni la patrulla portuaria. En general, no, no se molestan con nosotros. Ya tienen demasiado entre manos.

Hizo una pausa en su dibujo para mirar con recelo a su alrededor.

—Nos gustaría que siguiera siendo así. Pasar desapercibidos. Ya sabes, nada de estrellar camiones cargados de explosivos contra las paredes de los edificios, ni ese tipo de cosas.

Ups.

Cogió el rotulador rosa y trazó el área desde Bell, cruzando el río Los Ángeles, hasta las estaciones de tren de Commerce y Vernon. La etiquetó como «Belle» con una carita sonriente y escribió un número de móvil debajo.

Eligió un nuevo color, el amarillo, y trazó los límites alrededor de los aeropuertos, el centro y otras zonas.

—Autopistas, estaciones, aeropuertos, zonas turísticas —dijo, señalando el mapa con el rotulador amarillo—. Todos ellos son puntos de encuentro para las cuatro manadas.

Su tono se había vuelto amargo.

—¿No para vosotras?

Billie lanzó una mirada letal a Herradura.

—No para las Belles —confirmó—. Nos quedamos aquí, sobre todo. —Se encogió de hombros—. No pueden hacer gran cosa respecto a que usemos las zonas comunes, pero no es *oficial*.

—¿Dónde corréis? —preguntó Alex.

Se refería a transformarse y correr como lobos.

—Fuera de la ciudad. Es todo lo que voy a decir con él aquí. —Señaló a Herradura con un movimiento brusco de la cabeza.

Trazó un límite con un rotulador verde para la manada de Heights y empezó a escribir los nombres y números de los Alfas desaparecidos de todas las manadas.

Cuando Bigote de Herradura intentó protestar, Alex se lo llevó a rastras. Se oyó el sonido de más bridas y cinta adhesiva. Luego, silencio.

Bien.

Mientras Billie terminaba el mapa, aproveché para echar un vistazo a nuestras nuevas aliadas.

Lo único que tenían en común era que eran mujeres vestidas de cuero. Y eran licántropos, obviamente.

Un par de rubias: una que podría haber sido escandinava y la otra, una surfera del sur de California marcando músculo. Una latina y dos afroamericanas altas, incluida Billie.

Las demás parecían más interesadas en Jaz que en mí, rodeándole como hacen los lobos y bombardeándole con preguntas: cosas sencillas sobre la manada de Albuquerque. Dónde salían a correr,

cómo se las arreglaban para trabajar en el mundo humano, y cosas por el estilo.

Jaz era más de su estilo. Con su ropa de motera y su pañuelo, encajaba perfectamente. Aunque se ponía un poco nerviosa con tanto alboroto, especialmente cuando le preguntaron si tenía pareja.

El golpe de los rotuladores al ser lanzados sobre la mesa volvió a llamar su atención.

—Y la razón por la que quizá queramos ser mejores amigas de *esta mujer*... —dijo a su manada y me señaló.

Las Belles se alejaron de Jaz y miraron obedientemente a Billie, cuyo rostro delataba un apetito inquietante.

—… es toda esta charla sobre un hechizo para ayudar a una escorchada a transformarse.

Mapa de las manadas de Los Ángeles



El mapa de Billie de las manadas de Los Ángeles

Capítulo 28

Levanté las manos para hacerles señas de que se detuvieran.

—Eh, poco a poco. Es una especie de ritual. Funcionó una vez, con alguien que conozco, alguien con quien tengo una conexión. Ni siquiera estoy segura de poder volver a hacerlo.

Eso frenó el entusiasmo, pero no mucho.

Era la verdad.

Ahora mi cabeza era un caos diferente. ¿Y si mi eukori fuera la clave? Estaba fallando. ¿Funcionaría que Yelena aportara el suyo?

Mi hermana y mi guía espiritual, Tara y Hana, guardaban silencio en mi cabeza. O se habían ido. ¿Y si de alguna manera formaban parte de ello?

Y el collar... el collar que yacía caliente y pesado sobre mi esternón tenía patrones de energía entretejidos por Chatima, la chamana-adepta.

Pasé los dedos por él, pero los sentía entumecidos. ¿Seguía percibiendo el mantra que decía «*dominaré mi camino*», o sólo recordaba la sensación que me había provocado?

Y si no podía sentirlo, ¿podría seguir realizando el ritual? ¿Era esencial sentir los patrones del collar? ¿O sentir la energía? Tenía que ser significativo que no pudiera sentir la energía fluyendo a través de mí. No desde aquel único e insoportable pulso de energía cuando Kaothos y yo rompimos el bloqueo que los Adeptos de Taos habían impuesto a Diana.

—Bueno, de una cosa estoy segura —dijo Billie, ajena a la confusión que reinaba en mi mente—. Todos los nuevos hombres lobo convertidos en Los Ángeles en los últimos cuatro o cinco años han muerto.

Eso fue como una bofetada.

Mucho, mucho peor que en Denver.

—¿Puedes celebrar un ritual aquí, en Los Ángeles? —preguntó una de las demás.

Así que tienen escorchados que me necesitan.

— Tiene que ser en algún lugar apartado —dijo Alex. Se estaba dando cuenta de mi preocupación e intentó ayudar a disuadirles.

—Podríais ir todas a Albuquerque —dijo Rita, acercándose un poco más—. Los asociados deberían ser prioritarios de todos modos. Tenemos escorchados...

De repente, Billie estaba justo delante de mí.

—¿Qué hace falta para ser asociado?

—¡Basta! —grité.

Se hizo el silencio.

Podía *sentir* su necesidad de ayudar a los escorchados. Era un peso sobre mi espalda.

—Es complicado. No se trata de si soy capaz de volver a hacerlo. Nosotros, la manada Deauville, tenemos que responder ante la manada de Denver. —Me moví incómoda—. Y ante Altau.

Y yo soy el sindesmón.

Olvidémonos por un momento de si funcionaría o no. Si no celebraba un ritual abierto para todos los licántropos, ¿cómo podría pretender representarlos?

Félix y Skylur querían que utilizara el ritual como una forma de atraer a las manadas a nuestro bando. Zane y Cameron posiblemente adoptarían la misma postura. Pero ¿y la Confederación? ¿Y los licántropos de Los Ángeles? ¿Y las manadas del resto del país?

Como sindesmón, tengo que conseguir que se unan a la nueva Asamblea. Todos.

Lo que significa que todos tienen que confiar en mí.

Mi instinto, ese maldito instinto que siempre me mete en líos, no quería excluir a ningún escorchado, y mi cerebro empezaba a pensar que sería imposible hablar con la Confederación si utilizábamos el acceso al ritual como un incentivo o una amenaza.

Lo siento, Skylur. Lo siento, Félix.

Parpadeé. Todos me miraban expectantes.

—Haré el ritual para todos los licántropos que lo necesiten —dije —. Pero… —Esperé a que se calmaran de nuevo—. Pero ni siquiera sé si la última vez fue una casualidad. ¿De acuerdo?

—¿Esto tiene algo que ver con tu motivo para hablar con los Alfas de Los Ángeles? —preguntó Billie.

—No directamente. Eso es asunto Athanate. A todas las Casas Altau, en toda América, se les ha ordenado asociarse con sus manadas locales. En Los Ángeles, concretamente, queremos permiso para que Alex y yo podamos estar aquí. Y nos gustaría algo de ayuda para localizar a los Athanate Basilikos que están intentando matar gente.

Mientras asimilaban eso, yo necesitaba obtener más información sobre las manadas de Los Ángeles.

Lo mejor sería hacerlo de forma sutil.

Pero el demonio que habita en mi garganta se apoderó de mi voz.

—Bueno, Billie, ¿deberíamos estar hablando contigo si no eres una Alfa de verdad?

Billie captó la broma, pero a su manada no le gustó la insinuación de que ella no fuera una Alfa.

Fue la chica escandinava quien habló, enfadada.

—Ellos no tienen nada que decir sobre a quién elegimos como nuestra Alfa.

—Vale, vale. Me parece bien —dije, para tranquilizarlas de nuevo —. Entonces, ¿por qué ni siquiera os ven como una manada?

La latina respondió:

—No somos sólo nosotras. Hay manadas por todas...

Sus amigas le interrumpieron.

—Vamos —dije—. Vuestra Alfa preguntó qué se necesita para ser asociado. Bueno, ser sinceras y decir la verdad es un buen comienzo.

Se mostraron inquietas, como cualquier manada nerviosa.

Billie miró fijamente a sus lobas. Ninguna de ellas se atrevió a mantener su mirada.

Oh. Entonces, debe de ser algo difícil de contar.

Se volvió hacia mí.

—La verdad es que… somos fugitivas.

—¿Marginadas? —dije antes de poder detenerme.

Billie entrecerró los ojos.

—Fugitivas —repitió, pronunciando la palabra con claridad y cuidado, como si se la estuviera enseñando a un niño—. Es cada vez

más común. San Diego, San Francisco, he oído que hasta en la Costa Norte. También en el interior, en Las Vegas y Flagstaff.

—¿Mujeres lobas que abandonan las manadas? —pregunté, para asegurarme de que entendía lo que decía.

—Sí, abandonamos las manadas. Y abandonamos a los Alfas que nos dicen lo que tenemos que hacer «por el bien de la manada». —Su voz rezumaba sarcasmo.

Iba a pedirle algunos ejemplos, pero su manada ya estaba allí.

—Como no tener voz ni voto en el funcionamiento de la manada. Como ser propiedad común. —Sus dedos me apuñalaron en el pecho como si fuera culpa mía.

—No poder salir por la puerta sin tres guardias masculinos —dijo la latina.

—Excepto cuando nos usan para atraer a más hombres a la manada —intervino la escandinava.

—Incluso cuando todos y cada uno de los que entran mueren sin haber completado la transformación —dijo Billie.

Parecía que podían seguir así durante un buen rato.

—No es así en todas partes. —Rita vino en mi ayuda, interrumpiéndolas.

—Aquí, en California y Nevada, sí.

—Y en parte de Arizona.

Jaz carraspeó.

—Oímos algo raro así sobre la manada de Flagstaff mientras estábamos en Phoenix.

—Sinceramente, Billie, más al este no es así. ¿Por qué no os vais de Los Ángeles? —pregunté.

—Este es *nuestro* territorio —dijo Billie. Hablaba con calma, pero bajo sus palabras se percibía orgullo y enfado.

Y no pude rebatir eso. Mis raíces estaban en Denver y la echaba de menos cada día que no estaba allí.

Rita esbozó una sonrisa sin alegría.

—Bueno, Zane tiene ahora la mirada puesta en Flagstaff. Si esos tipos son realmente así, no sabrán qué les ha golpeado. Y Los Ángeles podría ser el siguiente.

Jaz volvía a mirar a Rita con el ceño fruncido. Entre las mujeres de Albuquerque se estaba produciendo una comunicación que yo no lograba descifrar. Intuí que Jaz pensaba que Rita estaba hablando con demasiada franqueza, y no sólo sobre dónde estaba Zane en ese momento.

—Vale. —Billie se apoyó en la mesa y empezó a hacer mi trabajo de volver a centrar la conversación—. No sabéis lo feliz que me haría que entraseis aquí y cambiaseis de actitud. Mientras tanto… —Señaló con el pulgar el lugar al que se habían llevado a Bigote de Herradura— Lo que ese imbécil de Long Beach *no* os ha dicho es que esta noche tenéis la oportunidad perfecta para conocer a todos los Alfas.

Volvió a la pizarra y marcó con un círculo una pequeña zona junto al río Los Ángeles, dentro de la zona amarilla neutral del centro.

—Es un antiguo hospital que alquilan para rodar películas de terror. Un sitio espeluznante, pero esta noche es el escenario de Claws.

Aparte de su manada, que sonreía y asentía, todos le miramos con cara de desconcierto.

—¡Joder! ¿Nunca habéis oído hablar de ellos? Es la única banda de la Costa Oeste formada íntegramente por hombres lobo y de estilo *post grunge*.

—Son geniales —dijo la surfista rubia.

Esperaba que eso significara que eran buenos.

—¿Estás segura de que los Alfas estarán allí?

—¡Oh, sí! Llevamos mucho tiempo esperando esto.

—Genial, pero no podemos simplemente aparecer y hablar con ellos. Tendremos que avisarles —dije—. ¿Y tú qué? Si el acuerdo sobre el territorio común no se aplica a ti, ¿cómo vas a ir allí?

Billie esbozó una sonrisa de cocodrilo.

—Nosotras nos encargaremos de todo eso.

Alex aún no estaba convencido.

—¿Cómo podemos confiar en ti? —dijo.

—Pasad el día con nosotras. —Billie abrió los brazos para incluirnos a todos—. Ved quiénes somos y qué hacemos.

Bian negó con la cabeza.

—No puedo. Tom y yo tenemos que ir a Albuquerque —dijo—. Tenemos un vuelo reservado esta mañana. Tengo que estar allí para declarar oficialmente mi dominio hoy.

Miró su reloj. El cielo del este se estaba aclarando.

—Lo siento, Tom —dijo Bian, volviéndose y apoyando la mano en su brazo—. Tenemos que recoger nuestras cosas ahora y luego ir al aeropuerto de Los Ángeles.

Él asintió, con los ojos y la boca entrecerrados. Lo haría, pero parecía tremendamente descontento.

¿A qué venía eso?

Antes, Skylur había dicho que Elizabetta tenía que quedarse.

No era como si Tom y Elizabetta no pasaran tiempo separados. Y Tom tenía otros parientes además de Elizabetta. No, había algo en quedarse aquí, en Los Ángeles.

Y no era únicamente Tom; Elizabetta estaba pálida, con la mirada perdida, sin mirarlo.

—Volveré a Albuquerque contigo —le dijo Rita a Bian, interrumpiendo mis pensamientos.

Bian le miró con curiosidad.

—Va a ser mucho más fácil hablar con Zane si te presento yo. Tiene que volver de Flagstaff esta tarde.

—¿Y qué pasa con Los Ángeles? Has venido a...

—Era para hacer presentaciones, no para cerrar un trato. Jaz puede quedarse. —Rita se volvió hacia mí. —Ella y Amber pueden iniciar la conversación. Al fin y al cabo, como dijiste, Amber, somos manadas asociadas. Tú puedes ayudar a representarnos, además de presentar tu propia agenda de Altau.

Mierda. Las tornas han cambiado.

—No tengo ni idea de lo que necesitáis —dije.

—Jaz lo sabe. De momento son cosas básicas: derechos de visita, principios para una cooperación más estrecha, intenciones generales... Es fácil: somos licántropos; sin contratos legales, sin papeleo.

—Rita, no quiero estar aquí sola. —Jaz miró a su alrededor, no sólo a mí, sino también a las Belles.

Quizá temía que le mordiera, pero ¿por qué se preocupaba por las Belles?

Rita no estaba de acuerdo.

—Necesitamos vínculos fuertes con la manada de Billie. Si conseguimos que las otras manadas reconozcan a las Belles, eso será un gran avance. Sabes que eso representa el noventa por ciento del camino.

Había algo aquí que yo no acababa de entender.

Las Belles tampoco lo entendían. Parecían pensar que estaban incomodando a Jaz al mostrarse tan amables.

No dudaron en burlarse de ella por ello.

—No te pasará nada. No mordemos —ronroneó la Belle latina, recorriéndole de arriba abajo con una mirada que habría prendido fuego al amianto.

Sí.

Me mordí el labio para no reírme. Si Jaz se relajaba un poco, se cansarían y dejarían de hacerlo. Nadie iba a abalanzarse sobre ella cuando Rita saliera por la puerta.

Bian también ocultó una sonrisa burlona y luego volvió a ponerse seria.

—¿No necesito a Amber en Albuquerque para ayudar a cerrar el trato? —le preguntó a Rita.

Por favor. Si pudiera tachar Nuevo México de mi lista…

—Hoy no. —Rita negó con la cabeza—. Todavía no vas a conseguir ningún acuerdo. Te lo puedo decir ya: Zane te ofrecerá algo de cooperación, te ayudaremos con lo que necesites para montar tu Casa. Pero será informal. *Todos* los acuerdos pasan por Cameron.

Bian se encogió de hombros.

—Vale, entonces mañana iré a Santa Fe.

Rita volvió a negar con la cabeza.

—Para eso necesitarás a Amber, pero es Cameron quien decide cuándo y dónde tendrá lugar. Nadie se autoinvita a Santa Fe.

Adiós a la idea de acortar la lista. Volvía a tener que reunirme con el Alfa más raro y malhumorado de todos. Al menos no sería hoy. Tenía la oportunidad de entablar conversaciones primero con las

manadas de Los Ángeles. Quizá organizar algo con Félix y los escorchados.

Y tal vez fracasara tan estrepitosamente en una de esas tareas que Cameron ni siquiera quisiera verme.

Concéntrate en la tarea que tienes delante.

—Lo siento, hoy tampoco podemos quedar. Tenemos demasiado que hacer. Tendremos que vernos en el concierto —dijo Alex, volviendo a la invitación de Billie. Asintió con la cabeza hacia donde estaba atado Bigote de Herradura—. Para empezar, tenemos que llevarlo de vuelta a Long Beach.

—Déjalo ir —dijo Bian—. Muéstrale la puerta. De todas formas, este refugio ya está comprometido. Estará a la venta al final del día.

—Lo siento. —Billie mostró una falsa sonrisa.

—Sí. Vale. —Bian miró a su alrededor—. Tom, nos vamos ya.

Lo dejó para que se despidiera de Elizabetta y se acercó a mí.

—Acompáñame —me susurró al oído.

Jaz y Rita hablaban utilizando el lenguaje de señas que las había visto usar en Albuquerque. Tom y Elizabetta se abrazaban en silencio. Elizabetta tenía los ojos cerrados y las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

Bian me sacó por la puerta antes de que pudiera decir nada.

—¿Confías en este tal Zane? —preguntó.

—Sí, en cualquier aspecto, menos dentro de mis bragas.

Ella sonrió, pero no fue más que un apretón de labios.

—¿Qué pasa...? —Empecé a preguntar por Tom.

Bian me interrumpió. Rita ya había salido por la puerta detrás de nosotras.

—Escucha, Ojos Redondos, Elizabetta te llevará a desayunar cuando nos hayamos alejado. Ha podido investigar un poco sobre Forsythe.

Sentí una descarga de adrenalina en el estómago y noté cómo se me tensaba la mandíbula.

Nos interrumpió Tom, que salía de la casa con el rostro impasible.

Bian vio hacia dónde miraba y me abrazó.

—Elizabetta te lo explicará —susurró—. Cuídate.

—Sí. Nos vemos pronto.

—Le daré recuerdos a Zane de tu parte —dijo Rita, y me abrazó a su vez.

—Hazlo y bajaré a Albuquerque para echar tu peludo trasero al Río Grande.

Ella se rio.

Quería abrazar a Tom, que estaba detrás de ella, pero no estaba segura de que fuera lo correcto. Me sentí incómoda, y entonces ya era demasiado tarde; se estaban subiendo a su furgoneta, que ya estaba en marcha.

Las Belles salieron en tropel y Billie subió con su Harley a la parte trasera de la furgoneta de Jaz antes de reunirse con ella en la cabina.

Las chicas dieron la vuelta con el resto de las Harleys y se marcharon como cuervos siguiendo a la furgoneta negra.

La patrulla de Altau salió con Bigote y lo dejaron marcharse.

Se alejó, mirándonos a todos con ira, pero sin decir nada.

—¿Alguna reacción sobre nuestra misión de anoche? —le pregunté a uno de los patrulleros que estaba escuchando las radios de la policía.

—Nada especial. Esto es Los Ángeles. —Se encogió de hombros como si eso lo explicara todo—. No quiero que se convierta en una costumbre destruir edificios, pero lo hiciste bien, Casa. Además, fue divertido.

Me dio una palmada en el hombro y se marcharon.

Finalmente, Alex se llevó la última furgoneta, con Vera y Elizabetta. Iba a dejar a Elizabetta en una cafetería del centro y luego llevaría a Vera de vuelta a la casa de Hollywood Hills.

Ni de coña iba a dejar la Kawasaki en ese refugio inseguro, y no había forma rápida de meterla en la parte trasera de la furgoneta, así que Yelena se subió detrás de mí y nos dedicamos a seguir a la furgoneta entre el tráfico de primera hora de la mañana. Pasé el rato intentando ordenar mentalmente toda la política licántropa y dejando la mente despejada para lo que Elizabetta pudiera contarme sobre Forsythe.

Ya era hora de que le prestara atención de verdad.

Capítulo 29

Alex nos llevó al centro, al barrio del Old Bank, antes de detenerse y de que Elizabetta se bajara. Mi olfato de loba podía oler el café desde la calle.

Alex se marchó.

A pesar de sus protestas por querer protegerme, envié a Yelena al restaurante con Elizabetta.

—Pídeme algo con huevos revueltos, tostadas, café y esas cosas.

—*Cosas*. Vosotros, los yanquis. —Yelena caminó con rigidez hacia el restaurante, temblando. Por muy divertido que fuera, si íbamos a usar mucho la Kawasaki, tendríamos que abrigarnos más.

Encontré una plaza de aparcamiento libre para la moto a una manzana de distancia y volví trotando, con el estómago rugiendo.

Estaban sentadas en una mesa con buenas vistas de la gente que pasaba por la calle.

—¿Quieres Bitches' Brew o Black Gold? —preguntó Yelena, señalando los dos cafés que tenía delante—. Están buenos.

—Zorra tramposa. Has estado bebiendo de los dos.

—Es una antigua costumbre de los cárpatos —dijo, mirando por encima del hombro como si fuera una tradición honorable que yo debiera conocer.

—Tonterías, ladrona.

Cogí el que tenía a su izquierda y le di un sorbo.

¡Oh, sí! Glorioso.

Elizabetta sonrió un poco ante nuestras bromas, pero parecía pálida y cansada. Supongo que todas teníamos ese aspecto después de haber estado despiertas toda la noche.

La comida llegó antes de que pudiera entablar conversación, y durante unos minutos Yelena y yo estuvimos ocupadas comiendo. Elizabetta picoteaba y empujaba su tortilla por el plato.

Las ganas de tener más información sobre Forsythe eran como un picor que no podía rascarme, pero pensaba cómo podría preguntarle con tacto qué le pasaba con Tom.

Ella se adelantó, dejando el tenedor antes incluso de haberse comido la mitad de su plato.

—Tengo información sobre Forsythe —dijo, y me entregó una memoria USB.

—Liz, tú y Tom...

Me interrumpió.

—No pasa nada. Te contaré los antecedentes —dijo—. Supongo que eso cubrirá lo que quieres saber.

El actor en paro que nos atendía se acercó y nos rellenó las tazas de café.

Cuando se marchó, ella volvió a empezar.

—La Asamblea tiene procedimientos de seguridad que son obligatorios para las reuniones de más de media docena de Casas de Athanate. Me refiero a la antigua Asamblea, y sé que ya no existe, pero nunca habríamos conseguido que las Casas vinieran a Los Ángeles sin las garantías de que esos procedimientos estuvieran en vigor. No después de la última Asamblea en Denver.

Allí donde Matlal había intentado atacar la Asamblea, dispuesto a matar a sus propios asociados con tal de acabar con más Casas Panethus al mismo tiempo.

—Hay un requisito importante en todos esos procedimientos: que los Athanate o sus parientes se infiltren en los niveles superiores y operativos de la policía local. Normalmente es responsabilidad de la Casa local, pero Tarez no ha tenido tiempo de establecerse.

Volvió a pinchar su tortilla con el tenedor.

—Skylur consiguió colocar a alguien en la Oficina del director. Pero era más difícil meter a alguien en el lado operativo con tanta prisa. Así que estoy dentro.

—¿Cómo pudiste entrar más rápido que nadie?

—Hace siete años vivía en Los Ángeles. —Se le quebró la voz y se detuvo un segundo—. Tom estaba aquí abajo con Paul y Jason en una misión para Bian. Los conocí por pura casualidad. Ya sabes cómo se dice que a veces simplemente lo sabes. Bueno, vi a Tom Sherman y lo supe. No importó que tuviera que mudarme a Denver, ni cuando descubrí lo de los Athanate.

Dejó el tenedor y la tortilla a un lado para concentrarse en su café. No nos había mirado a la cara ni a Yelena ni a mí desde que nos sentamos.

—La cuestión es que el chico con el que salía por aquel entonces era policía, Jefferson Reed. Sigue por aquí. Sigue soltero y está en la División de Delitos Graves. —Señaló con la mano hacia el ayuntamiento, donde se alzaba el enorme edificio anguloso que era también la sede de la policía.

—No pueden pedirte que te lances a los brazos de tu antiguo novio, ¿verdad? Quiero decir...

—Revisa tu juramento. Skylur no tiene que pedírmelo; puede ordenármelo.

—Pero tú no eres Athanate, eres un pariente —dije—. Los parientes no prestan juramento.

—¿Y qué? El juramento de Tom le hace responsable de obligarme a obedecer, si es necesario. —Se frotó la cara con las manos—. De hecho, Skylur me lo pidió y yo acepté. *Es* importante.

Miré la pequeña memoria USB que había sobre la mesa frente a mí. Si la cogía, lo que Elizabetta tuviera que hacer sería en parte culpa mía.

Yelena se inclinó y se guardó la memoria USB en el bolsillo antes de que pudiera decir nada más.

—Jefferson llega temprano al trabajo y luego viene aquí a desayunar —dijo Elizabetta, mirando hacia la puerta principal—. La mayoría de los días desayuno con él.

Cambió de tono y se puso seria.

—Los datos del USB proceden de un micrófono oculto que he colocado en su portátil. Los técnicos lo llaman «vampirear». —Esbozó una media sonrisa—. Así que, básicamente, cada semana «vampireo» todo su disco duro, incluidas todas las consultas que ha realizado recientemente y las respuestas de la base de datos. Buenas noticias para Skylur: la Brigada de Delitos Graves no tiene ni idea de los Athanate ni de la reunión.

Hizo un gesto al camarero y nos pidió otra ronda de café.

—No deberíamos estar aquí cuando llegue Reed —dije—. Podríamos delatar tu tapadera.

—Lo sé —dijo ella—. Pero tengo que ponerte al tanto sobre Forsythe, para que sepas a qué te enfrentas.

Asentí a regañadientes.

—Vale. Bueno, estoy recopilando los datos de Delitos Graves y los memorandos internos de Jefferson, y Bian me pide que investigue a Forsythe. Pensé que sería mucho más complicado y arriesgado conseguir que el micrófono oculto realizara sus propias búsquedas en la base de datos. Pero no fue necesario.

Todas nos inclinamos hacia delante cuando bajó la voz.

—Jefferson ya tiene un directorio de datos sobre Forsythe. —Ladeó la cabeza—. No está del todo claro, pero esto es lo que creo que está pasando. Jefferson y su capitán, un tipo llamado Simpson que dirige la Unidad de Delitos Graves, creen que el crimen organizado tiene sus garras metidas en la policía y en la fiscalía. Han traído a una asistente del fiscal del distrito, una mujer llamada Bailey, y a nadie más. Se trata de una investigación extraoficial, de acceso restringido. Tienen datos sobre unas veinte personas, incluyendo gente de la fiscalía, de la alcaldía, jueces, la industria, lo que se te ocurra. Incluso policías de Delitos Graves. —Hizo una pausa—. En fin, una de las personas a las que están investigando es Forsythe.

Otra descarga de adrenalina. La visión de un lobo que divisa a su presa a través de una hilera de árboles.

Elizabetta lo vio y levantó la mano para frenarme.

—El tipo está limpio, según los datos de alto nivel. Es decir, ni siquiera tiene una multa de aparcamiento.

Dio un sorbo a su café.

—Su nombre aparece en algunos casos civiles. Eso no es ninguna sorpresa; no se pueden hacer negocios en esta ciudad sin que eso ocurra, pero aquí está el quid de la cuestión: siempre pasa algo. El demandante no se presenta, se echa atrás, muere en un accidente, lo que sea. O el caso se resuelve fuera de los tribunales. O el juez lo desestima. Siempre pasa algo. Y su nombre también aparece en los archivos policiales de casos penales sin resolver. Lo mismo de siempre: falta de pruebas, pruebas perdidas, testigos que se retractan, desaparecen o mueren. Lo que se te ocurra.

—¿Qué tipo de casos? —Me faltaba el aliento, como si hubiera estado corriendo.

—Asesinato, agresión, chantaje, soborno, blanqueo de capitales, prostitución… —Se detuvo de repente; sus ojos se alzaron hacia mí y volvieron a bajar—. Violación.

Se me hizo un nudo en el estómago, otra vez.

Continuó.

—Cuanto más atrás miro, más casos hay. Luego fue disminuyendo y en los últimos dos años no hay nada.

—¿Ya no lo hace? —Yelena claramente no se lo creía.

Elizabetta negó con la cabeza.

—Sólo se ha vuelto más astuto. Al menos eso es lo que sugieren los mensajes de Jefferson con el capitán Simpson.

Se hizo el silencio en la mesa.

Forsythe no era sólo un violador sádico. Según la policía de Los Ángeles, era un jefe del crimen organizado.

¿Qué significaba eso para mí?

Podría encontrar algo sobre todos esos encubrimientos y desentrañar algunos de los casos antiguos. Por lo que parece, eso lo mandaría a la cárcel de por vida.

O podría matarlo. Esa opción no había desaparecido todavía.

—He encontrado un caso —dijo Elizabetta—. El último en el que Forsythe fue acusado de violación. La víctima sigue viva. Está en el disco duro, en el archivo llamado TJ. Quizá…

—Quizá podamos sacarle algo que la policía no pudo.

Elizabetta me miró.

—Quizá tú podrías… o Yelena, o Bian. —Se estremeció al decirlo.

No.

Me sentí mal.

—No voy a obligar a alguien que ha pasado por eso —dije. Sería como si yo fuera tan mala como Forsythe.

Yelena también negó con la cabeza.

Ella asintió, aliviada, y bajó la cabeza.

—Deberíamos irnos —dijo Yelena.

Elizabetta miró su reloj.

—A Jefferson no le quedan más que quince minutos. Por favor, quédate. Sólo un par de minutos más.

—Por supuesto. —Me incliné y le apreté la mano—. Y gracias por hacer esto por nosotros. Sé que debe de ser un mal momento para ti.

Eso sonaba muy poco convincente, teniendo en cuenta por lo que estaba pasando.

—Para Tom es peor —dijo, pero no me convencía.

La puerta principal del restaurante se abrió de par en par y ella levantó la vista.

En un instante, cambió.

—Jefferson —llamó, y le hizo un gesto con la mano. Tenía la espalda recta y el rostro transformado por una gran sonrisa. Era como si una mujer diferente se hubiera levantado para saludar a su novio.

Excepto por los ojos: esos no cambiaron.

—Mierda —murmuró Yelena.

En cuanto al teniente de la policía de Los Ángeles Jefferson Reed… bueno, era extraño, sentía que lo conocía.

Era un hombre afroamericano alto, bien formado y apuesto, de sus treinta. Mientras se acercaba con paso seguro a nuestra mesa, se quitó las gafas de sol de rigor para dejar al descubierto unos ojos ágiles y perspicaces. Su traje gris claro le quedaba a la perfección, dándole a la vez un aire elegante y profesional.

Pensé que la razón por la que me resultaba tan familiar era que, salvo por algunas diferencias menores, este tipo era el doble del José Morales de hacía un par de años. El mismo aspecto elegante y a medida que quedaría bien en las noticias, la misma sensación de ambición ardiente y controlada, la misma sensación de ser un hombre realmente inteligente con un gran futuro por delante.

José había ascendido de teniente a capitán en la División de Delitos Graves de Denver. Jefferson estaba exactamente en la misma escalera. Y al igual que José, era un hombre que podía sernos de gran ayuda o que nos podía dejar en la estacada.

Nosotros, es decir, el Athanate, teníamos que tratarlo como si fuera nitroglicerina pura.

Y nosotras, es decir, Yelena y yo, teníamos que largarnos de allí como si fuéramos pescado podrido.

—Liz —murmuró mientras se abrazaban, pero sus ojos estaban fijos en Yelena y en mí.

—Mis amigas de Denver, Yelena y Amber —nos presentó Elizabetta —. Mi novio, Jefferson.

—Señoras —dijo con cautela, con toda la formalidad de la vieja escuela.

Esto pintaba muy mal. Para empezar, no teníamos ni idea de qué historias le había contado ella sobre por qué se había ido y por qué había vuelto a Los Ángeles. Justo el tipo de cosas que podrían salir en una conversación informal para conocerse.

Me levanté cuando Jefferson se fijó en los ojos enrojecidos de Elizabetta y comentó:

—Oh, no es nada —explicó Elizabetta—. Es que anoche estuvimos de fiesta hasta muy tarde.

Había algo de verdad en eso.

—Sí, pero, por favor, seguid. Mira, Liz, no puedo quedarme —dijo él, echando un vistazo a su reloj de pulsera—. Mi reunión se ha adelantado una hora. He venido a disculparme y a prometerte que te llevaré a cenar esta noche. Si no estás demasiado cansada.

Un golpe de suerte para nosotras.

Me reí.

—Todas necesitamos dormir un poco. Os dejaremos solos y cogeremos un taxi —dije—. Nos vemos fuera, Liz.

Yelena se levantó.

—Encantada de conocerte. —Le tendí la mano a Jefferson.

—Igualmente. —Me la estrechó—. Espero que la próxima vez sea algo más relajado. Quizá podamos ir a cenar. Así me contarás todo sobre Denver.

—Suena genial —mentí.

Yelena y yo le dedicamos una gran sonrisa y nos retiramos.

—Mierda, qué mala suerte —dijo Yelena fuera.

—Llegó antes de lo previsto —dije, pero Yelena tenía razón. Nunca deberíamos haber corrido el riesgo de encontrarnos con su «novio» sin una preparación minuciosa *y* una buena razón. Yelena había vivido como espía en Basilikos. Yo había estado de incógnito para

Ops 4-10. Ninguna de las dos estaríamos aquí si hubiéramos cometido ese tipo de errores por aquel entonces.

Lo que me preocupaba era que Elizabetta no tuviera el entrenamiento que nosotras habíamos recibido.

Yelena tenía el teléfono de una empresa de taxis, y el conductor llegó justo cuando Jefferson y Elizabetta salían del restaurante. Jefferson nos saludó con la mano y se dirigió hacia el norte, al edificio de la jefatura de policía. Elizabetta se unió a nosotras.

—Nos llevaremos la Kawasaki —dije—. El taxi es para ti.

—Espera —dijo ella—. Vas a investigar el caso de Forsythe, ¿verdad? ¿Puedo ir contigo?

—Pero estás agotada, Liz.

—¿Y qué? ¿Debería volver al apartamento de Tom? —dijo ella—. Todos estarán haciendo las maletas para ir a reunirse con él en Albuquerque.

—Vale —dije, y me mordí el labio—. Ven. Y qué tal si te quedas con nosotros después. Tenemos mucho espacio.

La invitación le hizo gracia, así que, en lugar de irnos a casa, nos fuimos de visita.

Capítulo 30

Tove Johansen. Veintidós años. Había nacido en la granja familiar a las afueras de Clearbrook, en la cuenca del Río Rojo, en Minnesota. Llegó en un vuelo desde Minneapolis hace cuatro años, ansiosa por demostrar a Los Ángeles que tenía lo que hacía falta para ser actriz.

Un año de audiciones y de servir mesas, de promesas vacías y esperanzas que se desvanecían.

Hace tres años denunció ante la policía que Forsythe le había violado.

El caso fue desestimado.

Nombre artístico: Celeste.

Cinco condenas por prostitución y drogas.

Actualmente vive en un edificio amarillo de apartamentos destartalados justo al lado de Sepúlveda, en Van Nuys, a un paso de las habitaciones por horas que hay a lo largo del bulevar. La desesperación se eleva de las calles calientes como un gas invisible y venenoso.

No esperaba visitas.

Una vez que Elizabetta la convenció de que nos dejara entrar, Tove hizo un débil esfuerzo por hacernos un hueco para sentarnos. Platos poco apetecibles y con restos de comida acabaron en el fregadero. La ropa estaba tirada sobre la cama. Brillante, llamativa, ajustada. Desesperada. Echó un abrigo por encima.

Sus movimientos eran lentos, sus ojos azules demasiado brillantes. Su cabello rubio estaba enmarañado y sin brillo; sus manos revoloteaban como mariposas.

Sólo estaba lo suficientemente concentrada para sacarle algo de dinero a Elizabetta.

Cuando se dio cuenta de que yo miraba el estado de las venas de sus brazos, se puso un jersey raído y se abrazó a sí misma.

—No sé por qué quieres hablar de eso —dijo encogiéndose de hombros—. Tu dinero, tu tiempo. Nunca lo publicarás.

—No somos periodistas —dijo Elizabetta.

—¿Policía? —Levantó la vista para mirarnos y una auténtica ira se apoderó de su rostro.

Negué con la cabeza.

Le costaba demasiado esfuerzo mantener la indignación. Se dejó caer en la cama e hizo un gesto con la mano.

—Pregunta lo que quieras.

Elizabetta me miró de reojo. Me había contado lo básico en el taxi mientras nos llevaban desde el centro, con Yelena siguiéndonos en la Kawasaki. Le hice un gesto con la cabeza para que continuara. Yelena y yo íbamos a intentar averiguar si Tove decía la verdad. Esperaba que su aturdimiento provocado por las drogas no lo hiciera imposible.

—Tove —comenzó Yelena—, has tenido condenas por drogas, incluidas drogas que podrían afectar a tu memoria. ¿Cómo podemos estar seguras de que lo que afirmas es cierto?

Tove resopló.

—No podéis. Ese es todo el puto problema, ¿no?

—¿Estabas drogada la noche que te violó?

—Sólo tomé las que él me dio —le espetó Tove—. Antes y después.

Era como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

Yelena me miró, preocupada por mi reacción.

Me tranquilicé. No servía de nada reaccionar así. Tenía que mantener el control; de lo contrario, distraería a Yelena. Pero Tove Johansen no había mentido.

—¿Rohypnol? —preguntó Elizabetta.

—No. Las pastillas de Roofies te confunden la mente, no te dejan recordar. Yo sabía exactamente lo que estaba haciendo. Él y sus amigos.

—¿Te sentías débil, apenas capaz de mantenerte en pie, pero consciente? —No pude evitar preguntarlo.

Tove asintió.

Elizabetta siguió presionando.

—Las condenas que tienes...

—Nunca toqué esa porquería —dijo Tove enfadada, y luego se desplomó hacia atrás—. No entonces. Las condenas que vinieron

después, las de cuando fui a la policía a denunciarlo. Me tendieron una trampa. —Suspiró y se frotó la cara con cansancio—. No espero que me creas.

—Te creo —dije.

Se rio. Un sonido áspero y amargo.

—¿Policía bueno, policía malo? Ahorrádmelo. Sí, tengo condenas. Tengo una adicción. Hago lo que hago para alimentarla. Eso es lo que el fiscal me dijo que era, ¿qué otra opción tenía?

—Podrías volver a casa.

—Que le den a mi casa. ¿Crees que no lo saben? ¿Crees que ese puto abogado suyo no se asegura de que el Clearbrook Gazette conozca todos los detalles jugosos cada vez que me pillan?

Se giró para coger un cigarrillo y se entretuvo encendiéndolo.

—No había trabajo. Nadie me quería para las audiciones. Ni siquiera los putos restaurantes me aceptaban. —Volvió a soltar esa risa, hizo una pausa para secarse un ojo—. Es como ser famosa, pero exactamente con el efecto contrario.

Yo tuve el ejército. Tuve opciones. Tuve amigos.

Tove no tenía nada ni a nadie.

Me acerqué y me arrodillé frente a ella.

Me miró, recelosa, con los ojos enrojecidos y enfadada.

—Tove, te creo.

Por un momento, pensé que iba a llorar, pero no.

—¡Joder, qué alegría! —dijo, torciendo el rostro para ocultar a la chica guapa de las llanuras.

Sin quererlo, la alcancé con el eukori.

Sentí una presión dolorosa y asfixiante sobre mí. Por un momento, pensé que mi eukori volvía a fallar, pero no era así. Era lo que Tove tenía que soportar por lo que Forsythe le había hecho.

Con los pulmones a punto de estallar, me levanté con dificultad. Ya había tenido suficiente.

—Vamos a… —Me detuve.

¿A hacer qué? ¿Arreglarlo? ¿Hacerle justicia? ¿Devolverle los últimos tres años?

Ella masculló algo y apartó la mirada.

Le puse mi tarjeta de investigadora privada en la mano. Era lo único que se me ocurría hacer.

—Te ayudaré si puedo.

Se negó a mirarme.

Nos levantamos y nos dirigimos a la puerta.

—Farrell —dijo.

Me volví. Estaba entrecerrando los ojos para mirar la tarjeta, con el humo del cigarrillo enroscándose alrededor de su cabeza.

Se quedó callada tanto tiempo que ya estaba a punto de irme.

—¿Sabes que ese bastardo está produciendo un nuevo programa? —dijo—. Se estrenará en primavera. Acaban de empezar a grabarlo.

—¿De verdad? —pregunté.

¿Cómo lo sabía? Yo no había visto nada en Internet.

Pudo ver la duda en mi rostro.

—Me llegan cosas —dijo a la defensiva—. Todavía tengo contactos en el sector.

Clientes, más bien.

Pero se merecía un mínimo de dignidad.

—¿Qué tipo de programa? —pregunté.

Forsythe hacía programas de *glamour* y ostentación. Concursos y *reality shows.* La vida en Los Ángeles.

—La misma basura, pero con un nuevo ángulo —dijo.

Contuve mi impaciencia.

—¿Qué ángulo?

—Algo así como *Las caras del mañana*. —Al ver que no respondía, me miró a los ojos por primera vez—. Modelos muy jóvenes. De trece, catorce, quince…

Sentí cómo me subía la bilis por la garganta. Pensé en un anuncio que había visto en una de sus páginas web.

¿Qué harías para ser modelo?

Oh, Dios. No. No.

Tragué saliva con dificultad.

—Llámame si te enteras de algo más.

Se encogió de hombros y se dio la vuelta.

Fuera, nos detuvimos; Elizabetta parecía mareada. Yelena parecía enfadada.

—¡Ese cabrón! —dije, todavía jadeando. Había evitado pensar en lo que Forsythe podría haber estado haciendo desde la última vez que lo vi. No tenía nada que ver con las coacciones de Diana. No quería enfrentarme a lo que podría haber sido mi responsabilidad.

—No fui un caso aislado —dije—. Mi instinto me dice que lleva años haciendo esto. Y ahora está empezando con niñas.

—Aquí en Los Ángeles no hay nada contra él, aparte de un par de casos que se archivaron —dijo Elizabetta—. Pero quizá no fue tan cuidadoso en Denver.

—Eso fue hace mucho tiempo —dije—. Habrá prescrito.

—Quizá no —dijo Elizabetta—. Los archivos de Jefferson muestran que Forsythe vuelve a Denver con regularidad, un par de veces al mes. Tiene una casa allí. Si ha estado llevando a chicas allí…

Entonces podría haber alguna prueba que haya dejado atrás.

—Mientras tanto —dijo Elizabetta—, voy a recabar algunos detalles sobre el nuevo programa.

—Puedes hacerlo desde casa —dije—. Vamos.

Nos separamos de nuevo. Convencí a Yelena para que fuera con Elizabetta en el taxi. Quería un rato para mí sola en la moto.

En casa, descubrí que Alex había llegado, se había duchado y había salido directamente a patrullar con la seguridad de Altau. Volvería para el concierto de esta noche. Jen seguía en Nueva York. Vera nos estaba esperando despierta en el salón; es decir, se había quedado dormida en el sofá, aunque se despertó en cuanto entramos. Dominé y Dante llegaron del club justo detrás de nosotras.

Debería haberme llevado la memoria USB con los archivos de Jefferson sobre Forsythe al estudio y revisarlos a solas. Pero me senté con mi portátil en el salón y los fui revisando, luchando contra el sueño.

Dominé, Dante y Vera se prepararon un desayuno.

Yelena metió a Elizabetta en una cama y me dijo que estaba durmiendo cuando volvió.

Eché un vistazo rápido a los archivos. A pesar de una creciente sensación de náuseas, era vagamente consciente de que los demás

se estaban reuniendo a mi alrededor, leyendo por encima de mi hombro.

Tanner Forsythe era incluso peor de lo que jamás había imaginado.

Y era culpa mía que pudiera serlo. Culpa mía.

Al final, Yelena se deslizó en el sofá a mi lado. Podía sentir cómo su eukori se colaba bajo mis defensas.

—Para —dijo—, eso no es algo que podrías haber evitado.

—Si yo hubiera...

—¿Qué? ¿Acudido a la policía? —dijo Vera—. ¿Llevarlo a los tribunales? ¿La palabra de una joven borracha contra todos ellos? Él venía de una familia rica y conocida que habría contratado a los mejores abogados. Habrían contratado a investigadores privados para poner tu vida patas arriba y demostrar que estabas desesperada por conseguir dinero. No habrías tenido ninguna oportunidad.

Por supuesto, todos en mi Casa lo sabían todo. Incluso Dominé y Dante, ahora.

—Fay... —empecé a decir.

—Dos chicas borrachas. Una de ellas con mala fama. No es que sea mejor. —Vera me quitó el portátil.

Yelena me abrazó con fuerza, acurrucando mi cara contra su cuello. Me estaba atiborrando de tranquilizantes y me sentía tan cansada.

—Ahora tienes una oportunidad. No sólo para ti. Para todas esas chicas —dijo Yelena—. Pero no será fácil.

—Y tienes que descansar —dijo Vera—. Todavía te estás recuperando.

—Estuve un mes recuperándome —murmuré, luchando contra el sueño.

—No. Estuviste un mes en tratamiento.

Intenté discutir, pero no conseguía articular las palabras.

Yelena me llevó arriba a la cama como a una niña, donde ella y Vera me abrazaron mientras me quedaba dormida, desesperada por dormir y asustada de lo que pudiera esperarme allí.

Por mucho frío que hubiera hecho la noche anterior, los vientos de Santa Ana habían vuelto esta mañana. Notaba cómo la casa se calentaba. El aire estaba más seco, cargado de una extraña electricidad.

Pero todo me parecía lejano, como si le estuviera pasando a otra persona.

Busqué en mi interior, en ese inquietante vacío. Ni hermana gemela. Ni guía espiritual. De la misma forma en que los pensamientos se entremezclan y se retuercen al borde del sueño, me pregunté si perder a Tara y a Hana era un castigo pospuesto por no haberme enfrentado a Forsythe. ¿Las recuperaría si lo compensara? Si encontraba a Fay y le ayudaba, sin importar lo que hubiera pasado, sin importar en qué se hubiera convertido, ¿eso sustituiría a todas las demás chicas a las que no había ayudado? ¿Chicas como Tove?

No. No es culpa mía. No es culpa mía.

Entremezclándose con mis pensamientos, Yelena y Vera mantenían una conversación en voz baja sobre cosas como la fe y la redención, con pausas de silencio cada vez más largas, hasta que cada frase era como una piedrecita arrojada a un lago profundo y tranquilo.

—Dios es bueno, el bien es Dios —dijo Vera.

Finalmente me quedé dormida tratando de desentrañar eso.

Dormí todo el día, sin sueños.

Capítulo 31

Habían construido un escenario para conciertos en el patio interior del antiguo hospital, convirtiéndolo en un anfiteatro al aire libre.

Tres de sus lados estaban rodeados por altos muros blancos, construidos en un estilo brutal y monolítico, en el que las ventanas vacías parecían pequeños puntos que rompían la extensión de hormigón. Había manchas por todos lados y la parte inferior de los muros era una jungla de grafitis espeluznantes.

El escenario de madera estaba adosado al bloque principal. Parecía como si un cargamento de altavoces gigantes se hubiera estrellado allí. Amontonados sin sentido, los altavoces eclipsaban a la propia banda. Los proyectores convertían la pared detrás del escenario en una pantalla llena de manchas del tamaño de un edificio de siete pisos.

La banda estaba en pleno concierto cuando llegamos. Tenía que admitir que tenían canciones potentes y enérgicas y que habían cautivado al público. El patio parecía un mar en plena tormenta, lleno de cuerpos que saltaban y agitaban los brazos. Todos y cada uno de ellos eran hombres lobo, según había dicho Billie.

Todos ellos hombres, podría haber añadido Billie, pero ella sabía que yo lo estaba viendo. Las mujeres licántropas eran *demasiado valiosas* como para permitirles venir a este evento *tan peligroso*. Mierda. No me extraña que huyeran.

Las Belles habían cerrado filas, pero la multitud estaba demasiado concentrada en divertirse como para darse cuenta de que las mujeres lobo se escabullían a sus espaldas.

—¡Siempre hay algunos tipos que se escapan y se transforman! —me gritó Billie al oído mientras nos abríamos paso por la parte de atrás.

Debía de estar leyéndome la mente.

—¡¿Causan problemas?!

—¡Un poco, pero siempre lo limitan! Siempre hay suficientes tipos que se mantienen cuerdos y sobrios para controlar a sus amigos. ¡Y la banda es una gran manada que los controla bien!

Nuestro grupo pasó por detrás de un largo puesto en la parte trasera donde servían cerveza.

Los licántropos la bebían rápidamente, así que estaban muy ocupados.

No parecía haber animosidad entre las manadas. Teniendo en cuenta que se trataba de un recinto neutral, con música y cerveza, su instinto natural de reclamar territorio parecía haberse tomado la noche libre.

Cada manada tenía una Llamada distinta, y juntar a las manadas así solía crear discordia, reflejando la tensión entre ellas. Pero meterlas entre el público de un concierto funcionaba de verdad. Percibí todas las Llamadas y, a falta de una frase mejor, se podía decir que estaban en armonía.

Fuimos a una de las entradas laterales del antiguo hospital y allí la seguridad de la banda era más estricta: un grupo de tipos monstruosamente grandes estaba en la puerta, mostrando sus caras de mal humor.

La aparición de las Belles fue como una crema mágica para hacer desaparecer las arrugas, y los ceños fruncidos se desvanecieron mientras chocaban los cinco con las chicas y saltaban de un pie a otro como escolares en el recreo.

Llegó una escolta de tipos un poco más pequeños y entramos, mientras recibíamos palmadas en la espalda por parte de los guardias. Su puntería era pésima: Jaz, Yelena y yo también recibimos varias palmadas en el trasero.

Alex gruñó.

—¿Te molesta que nadie te haya dado una palmada en el trasero? —le pregunté. Gruñó un poco más.

Billie intentó poner los ojos en blanco ante el comportamiento de los guardias, pero independientemente de lo que pudieran pensar los otros Alfas de Los Ángeles al respecto, Billie y las Belles eran populares entre la manada itinerante de la banda. Las Belles lo disfrutaban y lo devolvieron con creces.

A medida que nos adentrábamos en el edificio, me preguntaba cómo sería para la banda ser licántropos y no tener territorio; ser siempre los invitados de otra manada. Eran más amables de lo que

imaginaba que serían la mayoría de las manadas. Teníamos muchos más *groupies* de los necesarios para guiarnos a Billie y al resto. Nuestro pequeño grupo parecía ir sumando más miembros a medida que avanzábamos, ralentizando todo. Era como caminar por el barro hasta que ya no puedes levantar los pies.

Todos se detuvieron en lo que una vez había sido el vestíbulo principal: una amplia y lúgubre extensión, con escaleras que subían y bajaban desde ese nivel. Lo que había sido la puerta principal estaba completamente bloqueada por hileras de generadores eléctricos alimentados con gasoil, que rugían y apestaban todo el lugar.

Un licántropo subió trotando las escaleras y realizó con Billie el saludo clásico de agarrarle el antebrazo y darle un empujón en el hombro. Había algo en él: no era la agresiva demostración de dominio de un Alfa normal, sino algo seguro, tranquilo y duro. Tenía que ser el Alfa de la banda.

—Me llamo Cane —nos dijo con voz ronca—. Vuestros hombres están esperando abajo.

Se volvió hacia nosotros.

—¿Deauville? —le preguntó a Alex, quien asintió—. Sólo tú y tu mujer.

Cuando Alex empezó a discutir, él le cortó la palabra.

—Ahí abajo: un Alfa, un lugarteniente, sin excepciones. La sala está cerrada, así que no va a colarse ningún otro tío. Vosotros dos, como co-alfas, seguís contando como dos.

Cane miró a Jaz.

—¿Eres la de Albuquerque? Estás sola, ¿no? Puedes llevarte a alguien.

Las Belles estaban más que dispuestas a proporcionar a alguien, pero Jaz, a pesar de sus celos y su fobia a los colmillos, era más lista de lo que yo creía.

Miró a su alrededor.

—Billie, no puedo pediros nada más a las Belles. Pero la Casa Farrell ya está asociada con la manada de Albuquerque. —Señaló a Yelena como su segunda.

Mirándome para confirmar, Yelena cambió sutilmente de posición para estar más cerca de Jaz, murmurando para sí misma.

Gracias a mis lecciones de Athanate y al hecho de que el idioma contenía préstamos lingüísticos como «granada», tenía una idea bastante clara de lo que Yelena pensaba que debíamos hacer con una sala llena de Alfas impredecibles de Los Ángeles.

Cane no se dio cuenta de eso. Sus fosas nasales se dilataron, buscando más información sobre esta Athanate en la que Jaz había depositado su confianza.

Billie le habría dicho que yo era la famosa híbrida. La marca de Yelena coincidía con la mía, hasta en la mezcla de licántropo que había en ella. Podía ver cómo se preguntaba si había dos híbridas delante de él.

No me importaba lo que pensara. Esto había salido mejor de lo que esperaba. Con Alex y Yelena a mi lado, me sentía segura.

—Me llevo a Vig conmigo —dijo Billie, señalando a la rubia escandinava.

Cane frunció el ceño.

—Esta no es tu fiesta, Billie.

Me aclaré la garganta.

—Sí, nos has traído aquí. Has hecho lo que dijiste...

—No me lo perdería ni por un camión lleno de cerveza y un camión cisterna de gasolina. —Billie hizo un gesto de indiferencia.

Cane se encogió de hombros y nos condujo al subsuelo, donde una puerta doble estaba custodiada por otro grupo de su enorme manada.

Se detuvo frente a ellas y levantó las manos.

—Vale, tíos, se acabó el tiempo. Os retiráis o explotáis. —Dio un golpecito en el suelo con el pie—. Esto es territorio neutral, todo tranquilo. Ahí dentro… —Señaló con el dedo por encima del hombro hacia la puerta—, estáis por vuestra cuenta. Lo único que hacemos es limpiar después.

—Explotamos —dijo Alex.

Cane sonrió levemente mientras se hacía a un lado y los guardias abrían las puertas. Entramos.

El sótano era una sala alargada que se extendía bajo el escenario y el patio donde el resto de los licántropos de Los Ángeles estaban de fiesta.

Los cables serpenteaban hacia dentro, conectando con cuatro potentes focos de luz en las esquinas.

La sala había sido despejada, en el sentido de que toda la basura estaba amontonada en un lado. Eso dejaba el centro libre, excepto por unas extrañas columnas abombadas que sostenían el techo y por las que bajaban misteriosos tubos a lo largo de sus lados. Parecía como si se hubieran encajado enormes trombones de hormigón entre el suelo y el techo.

Aunque el sonido del concierto se amortiguaba aquí abajo, se podía sentir cómo los graves hacían temblar todo el edificio. El polvo y las escamas de pintura caían del techo como una lluvia suave, brillando bajo la intensa luz lateral.

Los Alfas y sus lugartenientes nos esperaban, formados en un arco con un par de metros de distancia entre cada manada.

Al entrar, una tormenta de dominación furiosa nos azotó.

Si se hubieran coordinado, sospecho que no habría sido capaz de soportarlo. Pero cuatro Alfas diferentes intentando dominar no eran cuatro veces más dominantes.

Siguiendo el ejemplo de Alex, dejé que me arrollara. No me resistí. No incliné la cabeza. No dejé de caminar hasta que Alex se detuvo y formamos un círculo aproximado con los Alfas que nos esperaban.

Mantuve la mirada fija en ellos, pero por el rabillo del ojo vi que Billie no se había alejado de nosotros. Estaba a un palmo de Jaz, que estaba cerca, a mi derecha.

Podía sentir a Yelena detrás de nosotros como una espada desenvainada.

Billie y Vig tampoco habían bajado la cabeza ante la demostración de dominio. Tenía la impresión de que morirían antes de inclinarse ante esos tipos.

Todos los Alfas que nos estaban esperando eran grandes, y ninguno de ellos estaba contento de estar allí.

—Bueno, gracias a todos por venir —dijo Billie con tono arrastrado.

—¡Al grano! —espetó el tipo del medio.

Billie sonrió, imperturbable.

—Por orden, entonces. Esta de aquí es Jaseya, de la manada de Albuquerque. Está aquí para deciros que están creando asociaciones en el sur y que quieren hablar con vosotros. A su lado, Amber y Alex, co-alfas de la manada Deauville, de Colorado. También quieren hablar de asociaciones, pero hablan tanto en nombre de la Casa Altau como en el suyo propio.

—¿Y tú? ¿Las Belles quieren unirse a estas manadas y al Athanate? —preguntó el tipo que estaba a mi derecha, el más cercano de los Alfas de Los Ángeles.

—Tenemos la intención de asociarnos —dijo Billie, y la satisfacción en su voz hizo que los Alfas parpadearan. Ella medía sus palabras con cuidado. Sólo una manada con un Alfa reconocido podía asociarse con otra. Un grupo de hombres lobo sin líder, digamos uno que hubiera perdido a su Alfa y no tuviera a nadie que diera un paso al frente, sólo podía unirse a una manada.

Billie giró su cara ligeramente hacia nosotros, pero sin apartar la mirada de los demás.

—Es Redondo quien hace la pregunta. En Los Ángeles se suele llamar al Alfa por el nombre de la manada. —Su boca se torció—. Pero vosotros seguís llamándome Billie.

Señaló a los Alfa restantes que rodeaban el círculo.

—Long Beach, Pasadena, Heights.

No había moteros en su bando. Los tres primeros, Redondo, Long Beach y Pasadena, eran unos tipos fornidos: hombres que complementaban la musculatura que les proporcionaba ser lobos con duras sesiones de gimnasio. Todos iban vestidos de manera informal, pero lo suficientemente similar como para parecer un uniforme: cinturones anchos con hebillas de sobre vaqueros azules, botas de trabajo para pisotear la tierra y chalecos oscuros y ajustados. Su única nota distintiva eran las chaquetas, todas claras y de colores vivos.

El último, Heights… bueno, no lo habría identificado como licántropo a menos que me hubiera acercado lo suficientemente cerca para percibir su marca. Su ropa era completamente diferente.

Llevaba unos vaqueros negros a la moda y zapatillas grises. Su camisa amarilla de manga larga quedaba por fuera bajo una chaqueta de lino. Un sombrero fedora de tweed le ocultaba unos ojos azul oscuro y su pelo negro ondulado. Por lo que pude distinguir, su marca era como su ropa: elegante.

Lo etiqueté como «desconocido». Y tal vez «peligroso».

Los demás: a primera vista, no creía que fuéramos a tener problemas con Redondo. Como era de esperar, Long Beach y Pasadena *nunca* iban a ser mis amigos. Esto se parecía cada vez más a empujar agua cuesta arriba con cada minuto que pasaba.

Sabía que al menor error que cometiera, lo aprovecharían.

Con suerte, Alex y Jaz se encargarían de hablar. Evitarían que metiera la pata. Y, de hecho, todos miraban hacia Alex. Por mí estaba bien. No estaba allí para ganarme su reconocimiento.

Pero fue Jaz quien nos dio el pistoletazo de salida, y esa fue la segunda vez en toda la noche que me di cuenta de que la había subestimado. La indumentaria de motera y la voz ronca, los celos y las fobias, todo ello ocultaba a una mujer que pensaba y hablaba con claridad cuando era necesario.

Su Alfa, Zane, la había enviado específicamente para que se encargara de hablar, y eso reforzó mi opinión de que él también era más inteligente de lo que aparentaba.

Gran idea. Enviar a alguien menos extravagante y amenazador para iniciar las conversaciones con los Alfas de Los Ángeles.

¿Cómo podría equivocarme tanto?

—Hoy buscamos un acuerdo preliminar —dijo Jaz con claridad—. Lo justo para permitirnos seguir hablando. Así que, para empezar, necesitaríamos el permiso para que un par de nosotros, no más, vengamos de visita para mantener una conversación más detallada. El lugar y la hora los elegís vosotros, por supuesto.

Hizo una pausa. Redondo y Long Beach le miraban. Pasadena miraba a Alex. Ninguno de ellos parecía contento. Heights miraba a los otros tres Alfas de Los Ángeles, con el rostro indescifrable.

—El propósito de nuestra conversación no tendría nada que ver con la adquisición de territorio, sino con su defensa. Los detalles los iríamos concretando juntos con el tiempo, pero en el nivel más

básico de la asociación, nuestra propuesta es que nos comprometamos a apoyar a cada una de las otras manadas de nuestra asociación contra cualquier intento de...

—Cállate la boca —dijo Pasadena.

Era una provocación deliberada. Incluso dentro de la misma manada, que un licántropo le dijera eso a otro probablemente acabaría en una pelea, a menos que la diferencia de dominación fuera enorme.

Noté que Jaz luchaba contra el impulso de acudir a su loba. Como humana y representante de su manada, tenía que sopesar cosas que a la loba no le importaban.

Pero la atención de Pasadena no estaba puesta en ella.

Con un ligero escalofrío, vi que estaba obsesionado con Alex, lo miraba fijamente a los ojos.

En forma de lobo, Alex se lo comería vivo. Puede que literalmente. Un desafío formal entre Alfas significaría que se convertirían en lobos y Alex ganaría. Pero esto no era un desafío formal.

Pasadena también podría ser más inteligente de lo que parecía. El tipo de desafío que intentaba provocar se resolvía en forma humana, por la sencilla y práctica razón de que, si un licántropo intentaba desnudarse, o se transformaba en lobo sin desnudarse primero, durante uno o dos segundos fatales, sería vulnerable.

Y en forma humana, Pasadena podría tener ventaja. Alex y yo entrenamos juntos. Era bueno y aprendía rápido, pero no tenía los años de lucha sucia que yo llevaba grabados en mis reflejos.

Y si yo los tenía, Pasadena también podría tenerlos.

La mejor estrategia de Alex era hacerlo de manera formal.

El problema con eso era el efecto a largo plazo. Si ganaba un desafío formal, Alex tendría que hacerse cargo de la manada de Pasadena y pasar días, si no semanas, enfrentándose a nuevos desafíos.

Pasadena estaba apostando a que nosotros no queríamos eso.

La estrategia que elegí fue aplastarlo con nuestra dominación. Ni él ni los demás habían sido capaces de intimidarnos. Tanto Alex como yo por separado éramos más dominantes que él, y juntos,

gracias a que nuestra dominación se amplificaba mutuamente, seríamos lo suficientemente fuertes como para ponerlo de rodillas.

Sentí cómo mi dominación crecía, impulsándose de Alex y devolviéndole ese impulso.

Pasadena también lo sintió.

—¿Te vas a esconder detrás de tu mujer, Deauville?

Alex se limitó a sonreír.

—¡Alex! Eso es un desafío —murmuró Billie, como si no él entendiera de qué iba el asunto—. Tienes que responder.

—No —dijo Alex con desdén—. No tengo por qué.

Se produjo un silencio atónito entre los licántropos. Yo era una novata y hasta yo sabía que un Alfa no podía ignorar un insulto como ese.

El polvo levantado por los altavoces del bajo de la banda seguía cayendo, proyectando un brillo surrealista sobre la escena.

Pasadena abrió la boca, pero Alex no había terminado.

—Parece que alguien ha intentado insultar a la manada, compañera —me dijo—. Es algo que está por debajo de mi nivel. ¿Quieres encargarte tú?

Oh, Alex. ¡Tan brillante!

—Sí. Tienes razón. En realidad, no merece la pena para ninguno de los dos, pero esta tarde me apetece hacer un poco de ejercicio. —Me estiré los brazos, mirando fijamente a Pasadena.

—¿Qué coño intentas hacer, Deauville? —espetó Pasadena—. ¿Crees que no le haré daño porque es una mujer?

—No le harás daño porque no podrás, gilipollas. —Alex le lanzó esa puñalada, y Billie se echó a reír de repente, con una risa brillante en medio de la tensión.

Eso lo decidió todo; Pasadena dio una sacudida hacia delante. Rugió, parecía incapaz de hablar, y eso me indicó que era un luchador impulsivo, un *berserker*. El tipo que resultaba peligroso si lograba romper mis defensas. Si lo hacía, sólo se centraría en infligir daño y dolor hasta que yo ya no pudiera sentir nada más.

Su rabia le daría cierta inmunidad física: sería difícil hacerle daño con golpes en el cuerpo. Había visto a un hombre como él seguir

luchando con una hoja de cuchillo clavada en el brazo, atrapada entre los huesos.

Aun así, habría formas de llegar a él, de romper esa coraza de *berserker*.

Debería tener cuidado. Era más fuerte y pesado que yo. Imprevisible. Rápido.

Dolores fantasmas de viejas peleas recorrían mi cuerpo, advirtiéndome.

Por su estilo, se parecía más a un boxeador o a un luchador; bajaba la cabeza como un toro y levantaba los hombros mientras sus manos se alzaban frente a él.

Ya se estaba abalanzando sobre mí, tratando de abrumarme. Una buena táctica, teniendo en cuenta que era más pesado, y cualquier golpe que acertara iba a causar daño.

Me acerqué bailando y dejé que lanzara un par de golpes. Falló. De momento, él seguía teniendo el control; intentaba golpear con su fuerza, pero sin poner todo su peso detrás de ningún golpe en concreto.

La verdadera furia *berserker*, la pérdida de control, los golpes salvajes, llegarían una vez que consiguiera asestar los primeros golpes incapacitantes.

No iba a dejarlo. Mientras tanto, yo estaba aprendiendo sobre él, y él no estaba aprendiendo nada sobre mí. No me quejaba.

Pero era más rápido de lo que pensaba. Un puñetazo me alcanzó. Lo aguanté, mantuve el equilibrio y me desvié como un fantasma cuando se acercó para rematar.

¡Despierta! Su obsesión por el culturismo no lo convierte en estúpido, ni en un mal luchador.

Presionó, logró golpearme con otro movimiento. Los golpes dolían. Iba a acabar llena de moratones y aún no había intentado golpearlo. Estaba esperando; quería que mi primer golpe fuera el último.

El tipo tenía algo de habilidad. Sin previo aviso, cambió de táctica. Cambió de postura y lanzó un golpe directo con la izquierda. Pero esa era la oportunidad que había estado esperando.

Era un jab recto; sólo tenía que esquivarlo para que fallara.

Se adelantó y lanzó ese potente puñetazo de derecha contra mi cuerpo. Un golpe así dolería, pero lo más importante era que, con su ventaja de peso, me haría perder el equilibrio. Eso era lo que buscaba.

Su problema fue que me había movido. Hacia delante. Me había deslizado por dentro de su guardia, con el brazo izquierdo levantado. Eso dejó que su golpe pasara, pero estaba demasiado cerca. Me golpeó en las costillas con la muñeca y el antebrazo. Era fuerte y me dolió, pero nada comparado con lo que yo le iba a hacer a él.

Tenía la boca abierta por la sorpresa. Hice dos cosas a la vez: bajé el brazo de golpe, atrapando el suyo contra mis costillas, y le di un cabezazo en la nariz.

El hueso de la frente es como el hormigón, especialmente el mío. La nariz es una florecita delicada, y le aplasté la suya como si hubiera aplastado un bicho.

Incluso para un luchador capaz de absorber docenas de golpes dolorosos en el cuerpo es difícil ignorar algo que tiene, literalmente, en la cara.

Y mientras él descubría lo increíblemente doloroso que podía ser romperse la nariz, le retorcí el brazo, forzando su codo atrapado a través del cuerpo. Y luego hacia arriba. Su cuerpo reaccionó por reflejo y se puso de puntillas. Su equilibrio se vio completamente alterado cuando le empujé desde mi base más firme.

Se cayó.

No era un mal luchador; ningún Alfa podría serlo. Intentó amortiguar la caída con el brazo libre, pero lo único que tuve que hacer fue darle un empujón en la cadera y una patada en las piernas. Su cuerpo giró y aterrizó con toda la fuerza del impacto sobre los hombros y la nuca. Por si eso no fuera suficiente, me tiré encima de él con las rodillas por delante.

Entonces, con la fuerza de los músculos de mis piernas, me levanté, sin soltar su brazo doblado sobre su cuerpo. El suave crujido de su hombro al dislocarse no fue ninguna sorpresa, excepto para él. Un giro salvaje y los músculos y tendones indefensos se desgarraron, dejando su brazo inutilizado y causándole un dolor insoportable.

No se iba a levantar. Mi loba se había portado bien durante la pelea, así que le dejé levantarse y gruñí a su lugarteniente, con mi rostro parpadeando entre humano y licántropo. Ese era un truco que normalmente sólo los licántropos más viejos podían controlar. Les di un momento para pensar.

No fue necesario para este lugarteniente. El tipo no podía mirarme a los ojos; tenía la mirada fija en el desastre gimiente que era su Alfa. Cabeza gacha, hombros caídos. No había color.

—¿Estamos bien aquí? —dijo Alex con calma, poniéndome una mano en el hombro.

El lugarteniente levantó las manos y retrocedió.

—No hay desafío formal —continuó Alex—. No nos interesa la manada de Pasadena.

El resto de los Alfas de Los Ángeles y sus tenientes se quedaron boquiabiertos, en shock. La pelea me había parecido más larga, pero no había durado más de un minuto.

—A pesar de eso —Alex señaló al Alfa de Pasadena—, estamos aquí para hablar.

—Impresionante —dijo el Alfa de Heights—. Hablemos, entonces.

Demasiado tranquilo. Este es peligroso.

Me las arreglé para no gruñirle.

Pasadena siempre sería un problema si este Alfa mantenía su posición, pero sería un problema obvio. Long Beach no era mucho mejor. Mi instinto me decía que ambos se sentirían engañados más que derrotados. Y, tras haber dejado salir a mi loba, quería matarlos.

Tranquila, chica.

Redondo podría estar bien y Billie era de oro.

Eso dejaba a Heights con más poder del que le correspondía.

Por supuesto que podíamos desafiarlos a todos, pero, al igual que con Pasadena, eso no nos garantizaría una cooperación a largo plazo, y no podíamos seguir así. Si se corría la voz de que estábamos haciendo eso, sería mucho más difícil acercarnos a la siguiente manada.

Alex lo entendió.

—Bien. Como decía Jaz, esta reunión no tiene por objetivo establecer alianzas definitivas. Lo que quiero es que estéis de

acuerdo en un par de puntos.

Contó con los dedos.

—La manada Deauville puede quedarse en Los Ángeles. Os damos nuestra palabra de que lo que estamos haciendo aquí es un asunto de los Athanate, y nos marcharemos tan pronto como podamos, una vez que hayamos terminado.

Esperó hasta obtener unos asentimientos renuentes de los Alfas y del teniente de Pasadena.

—Aceptaréis, sin condiciones previas, discutir una asociación con la Casa Tarez, la Casa Altau de Los Ángeles, en las próximas dos semanas. Lo mismo con la manada de Albuquerque.

—¿Qué obtenemos a cambio? —preguntó Redondo. Sus ojos se desviaron. No podía mantener la mirada fija en mí.

—La asociación *es* la recompensa —dijo Alex—. Si estáis amenazados, podéis recurrir a las manadas asociadas.

—Por supuesto, eso significa paz entre los asociados —añadí—. Ya no habrá necesidad de ocultar a los miembros vulnerables.

Billie resopló.

—Tenemos otro objetivo importante —dije—. Si los licántropos forman un órgano representativo, entonces estarán en la Asamblea. Si lo hacemos con suficiente rapidez, podríamos tener voz y voto en la propia formación de la Asamblea.

Ahora tenía la atención de Heights. Sabían todo sobre la Asamblea Athanate, por supuesto. Este asunto del sindesmón podría ser útil de formas que no había previsto.

—¿Y qué hay de la ayuda con los escorchados? —preguntó Long Beach—. Eso es lo que las Belles usaron para traernos aquí. ¿Vas a hacer este ritual para nosotros, o sólo era una treta?

—No en Los Ángeles —dije—. Aseguraos de que los escorchados estén listos para viajar y esperen una llamada.

—Si aceptamos esas asociaciones, quieres decir —dijo Heights.

Mi maldito instinto. Podía sentir que Alex, Yelena y Jaz se resistían. Billie también, por cierto.

—No —dije—. Todavía no sé cómo lo gestionaré, pero no voy a dejar que esto se utilice para manipular a las manadas. Si puedo

hacerlo, mientras pueda hacerlo, estará abierto a todos los escorchados.

Era la segunda vez que los sorprendía esa noche.

Nos separamos después de eso.

La manada de Pasadena vino a recoger a su Alfa. Me pregunté si mantendría ese puesto.

Los demás Alfas y sus lugartenientes desaparecieron entre la multitud que observaba a la banda. Pude ver cómo la noticia de lo que había pasado se extendía entre los licántropos. Los grupos dejaron de bailar y empezaron a hablar entre ellos.

Incluso la banda se dio cuenta. Redoblaron sus esfuerzos. El bar tomó una decisión y regaló cerveza. Funcionó. La multitud volvió a arremolinarse.

Escuchamos a la banda, bebimos un poco de cerveza. Las Belles arrastraron a Alex y a Jaz a la pista.

—¿No te apetece un bailoteo, bailarina? —bromeé con Yelena.

—Te estoy vigilando —dijo ella.

—¿Lo necesito?

—Sí. Te descuidaste con ese lobo, dejaste que te golpeara. Creo que necesitas pasar más tiempo en el gimnasio conmigo.

Hice una mueca de dolor. Era una excelente profesora de artes marciales, pero las clases solían ser dolorosas.

—No me fío de los otros Alfas —dijo, tratando de distinguirlos entre la multitud que bailaba.

—Yo tampoco, aparte de Billie. Pero eso va a ser tarea de Alex.

—Entre las patrullas. —Frunció el ceño. Era una decisión difícil para Alex—. ¿Qué hacemos tú y yo?

—Nos vamos a Denver. —Me pasé las manos por el pelo—. Mi intención es seguir haciendo lo que necesitan que haga, pero no como ellos quieren que lo haga. Eso significa que nos vamos mañana, antes de que puedan detenernos. Antes incluso de que se levanten.

Denver.

Donde Forsythe pasaba un par de fines de semana al mes.

Yelena asintió y miró su reloj.

—Ya es mañana —dijo.

No íbamos a utilizar vuelos regulares. Eso dejaría demasiadas huellas.

Por suerte, entre los activos del Grupo Kingslund había un turbohélice Pilatus, y Yelena lo pilotaba.

Capítulo 32

Pensaba que estaría sentada en el avión sin nada que hacer, pero en cuanto Yelena salió del complejo espacio aéreo de Los Ángeles, me explicó cómo conectar mi portátil a Internet a través del sistema del avión.

Al software de comunicaciones indetectable de Matt no le gustaba nada funcionar a través de una conexión dedicada. El pulpo animado del programa se enfurruñaba en una esquina de la pantalla, agitando un tentáculo rosa en mi dirección.

Qué le vamos a hacer. Había investigado cómo lo había hecho Matt, en términos generales, y la parte indestructible estaba en el otro extremo del enlace. Me las arreglaría.

Ben-Haim se horrorizaría.

Por supuesto, los lujosos auriculares con cancelación de ruido que llevaba puestos no se conectaban al portátil, pero había un adaptador. Tras otros quince minutos de trastear, tenía el sistema listo.

¿Quién va primero?

A pesar del retraso en prepararlo todo, aún me quedaban un par de horas antes de aterrizar en Denver. ¿A quién tenía que llamar?

A Félix. No había sido posible evitar que se filtrara la historia del ritual en Nuevo México. La manada de Denver estaba sentada sobre una bomba sin detonar por las expectativas de que yo pudiera cambiar de bando. Tenía que hablar con Félix.

Naryn. El protocolo Athanate dictaba que tenía que avisarle de que estaba entrando en su territorio, aunque también fuera el mío. Pero hablar con él sólo le daría la oportunidad de darme órdenes que no podría rechazar, y significaría que acabaría haciendo únicamente lo que él quisiera que hiciera.

El agente Ingram. El FBI era otra bomba sin detonar. Cuando estaba en Nuevo México, le había prometido a Ingram que hablaría con él nada más volver. De eso hacía un mes. Mientras tanto, había sido una renegada y había pasado por un proceso de sanación, pero Ingram no sabría nada de eso. Me había dado margen de maniobra,

y lo único que había visto era que no había cumplido mi parte del trato.

Era el agente al mando del Proyecto Anthracite, una misión del FBI con un amplio mandato para descubrir organizaciones ocultas en Estados Unidos. El Athanate sin duda encajaba en esa descripción. Había logrado distraerlo con el grupo Ops del ejército, que también encajaba en esa descripción, pero al final eso sólo sirvió para darle más pistas sobre el Athanate.

La única forma viable de seguir adelante era controlar el flujo de información y a las personas que la recibían, explicando sobre la marcha el peligro de dejar que esa información saliera a la luz demasiado rápido. Modelos sociales y económicos complejos habían demostrado que era un peligro no sólo para los paranormales, sino para la sociedad en su conjunto.

Cuando conocí a Diana, ella quería utilizar mis contactos con el coronel Laine para crear ese flujo controlado de información, pasando por el Departamento de Defensa. Dado que parte de la desarticulación del grupo Ops había echado por tierra ese plan, parecía apropiado que recurriéramos al FBI, sobre todo porque ya estaban siguiendo el rastro.

Pero todo eso dependía de mantener la confianza de las personas con las que nos relacionábamos. Empezando por el agente Ingram.

No era como si pudiera pasárselo a Diana. ¿Estaría dispuesto a esperar hasta que ella se recuperase? Ni siquiera podía imaginar cuánto tiempo llevaría.

¿Por qué parece que nadie sabe qué le ocurre a Diana?

Concéntrate. Ingram.

La única forma de saber si aún podía contar con su confianza era hablar con él.

Todas las demás personas con las que quería hablar: Jen, Alex, Bian, David, Pia, Tullah, mamá... todas ellas... tendría que organizarme cuando pudiera.

Y que le den al protocolo Athanate. Le enviaría un mensaje a Naryn en el último momento.

Primero Ingram. Luego Félix.

Ambos requerían un cuidado extremo.

El móvil del agente Ingram sonó tres veces antes de que contestara.

—Vaya, había una persona que solía llamarme a este número desde un teléfono que nunca pude rastrear, igual que este, pero desapareció. Así que no te importará que te pregunte quién eres.

Intenté escuchar más allá del acento tejano holgazán y la introducción medio humorística, ninguno de los cuales era indicativo de lo que pensaba Ingram. ¿Hasta qué punto había dañado su confianza? ¿Y qué peligro suponía eso para el Athanate?

—Soy yo —dije.

—Me alegro de saber que estás viva, supongo.

Claro. Estaba cabreado.

—Mira, admito que rompí mi palabra, y te lo explicaré todo, pero sólo necesito un poco más de tiempo...

—Ese sabueso ya no va a cazar más, Sra. Farrell.

Mierda.

—Verás, me prometiste que nos veríamos después de nuestra última conversación, y me quedé con la impresión de que eras de las que cumplen su palabra. Así que, convencido de que íbamos a seguir adelante con esto, presenté varios informes a mis superiores.

La cosa se estaba poniendo peor. Tenía una idea bastante clara de a quién rendía cuentas Ingram. Sólo al subdirector del FBI.

—Como soy de los que andan con cautela, me di un margen de maniobra, pero lo hemos echado todo por la borda. Y lo que es peor, enfadé tanto a mi jefe que se lo contó a su jefe. —Se hizo el silencio al otro lado de la línea, dándome tiempo para asimilarlo—. No se puede tener esperando a esta gente, Sra. Farrell. Basta con decir que mi jefe está más cabreado que un oso al que han despertado en Navidad.

—¿Qué puedo hacer? —Se trataba de controlar los daños.

—Puedes venir y entonces te vigilaremos de cerca, más de cerca que la corteza de un árbol. Eso es lo que puedes hacer.

Me encerraría. No podía dejar que lo hiciera. Peor aún, tenía que sospechar que no se lo permitiría. Y aun así lo dijo.

¿Por qué?

—Es hora de que hagas tu jugada. Estoy en el CBI. Tienes hasta que salga del trabajo a las cuatro —dijo—. En ese momento, Sra. Farrell, me iré de forma segura a mi casa doblemente protegido, con mi línea de comunicación triplemente protegida con Washington, y entregaré todo lo que tengo.

¡Mierda!

—¿Me oyes, Sra. Farrell?

—Te oigo.

—Bien.

La línea se cortó.

—¿Mal? —Yelena había oído mi parte de la conversación, lo cual no le habría dicho gran cosa. Aunque podía verme la cara.

—Un giro grave —dije, mirando el reloj del salpicadero y haciendo cálculos—. Un cambio de planes bastante grave.

Me callé y le dejé pilotar el avión. Si nos estrellábamos, Ingram hablaría con su jefe esa misma noche, y no podía permitir que eso ocurriera, no todavía, no hasta que Ingram estuviera de acuerdo con los Athanate y con la necesidad de controlar la Revelación. Y no hasta que él estuviera seguro de poder prometer que su jefe también lo estaría.

Ingram tenía suficiente información, entre las pistas, los rumores y lo que hubiera deducido de las entrevistas con Ops 4-10. Sabría que existía una comunidad paranormal. No era de los que abandonaban el rastro, y los Athanate, a pesar de todo nuestro secretismo, no podríamos escondernos si los focos del FBI se centraran en nosotros.

Tenía hasta que llegara a su refugio «doblemente seguro» para ponerlo de nuestro lado, sin importar cómo lo hiciera.

O eliminarlo como amenaza.

¿Había algo en lo que dijo, o en la forma en que lo dijo, que pudiera haber insinuado lo que quería que hiciera? ¿Y si elegía mal?

¿Cuánto podría empeorarlo?

Un puñado de escenarios se sucedían en mi cabeza.

Todos ellos requerían ayuda. Naryn estaba descartado. Eso dejaba a Félix.

¿Permitiría que su manada se enfrentara al FBI?

Tenía que convencerlo de que era eso o quedar al descubierto.

Llamé a su teléfono fijo en Coykuti, rezando para que estuviera allí.

Capítulo 33

—¡Amber! ¿Estás… estás bien?

Ni siquiera un Alfa sabía muy bien cómo formular la pregunta.

¿Ya no estás loca?

Alex le habría mantenido más o menos al corriente de ese tema, y yo tenía que hablarle primero de cosas más personales.

—Siento mucho lo de Martha y Silas —dije—. Y lo de todos los demás.

Una imagen del pequeño cementerio detrás de Coykuti apareció en mi mente. Su hermana Martha lo mantenía. ¿Quién lo haría ahora?

Y Silas, su enorme lugarteniente, que nunca había sido de muchas palabras, ahora en silencio para siempre.

Soy la suma de todas las cosas que he hecho...

Se me nublaron los ojos.

—Fue culpa mía —concluí.

Si no me hubiera convertido en renegada y hubiera perseguido a Amaral colina abajo, llamando a la manada de Denver para que viniera a mí… Amaral ya estaba derrotado. No había necesidad de que la manada le atacara a él y a su seguridad, que iba bien armada.

—Sí, fue culpa tuya —dijo Félix—. También fue culpa tuya que la Confederación se viera obligada a retroceder cuando estaba en posición de arrollarnos. Culpa tuya que Diana fuera rescatada y que Altau mantuviera su liderazgo sobre Panethus y la Revelación. Culpa tuya que Amaral y los Adeptos de Taos murieran. Culpa tuya que mi manada ahora incluya una submanada, y que tengamos miembros que no saben en qué manada están y, mucho menos, qué piel prefieren llevar cuando se transforman. —Hizo una pausa y, cuando continuó, su voz era más baja—. También es culpa tuya que Olivia esté viva. Martha y Silas dieron sus vidas para que todo eso pudiera suceder, y decir que fue culpa tuya es una falta de respeto hacia ellos.

—Félix, ni siquiera estoy segura de poder volver a hacer el ritual.

—Lo conseguirás —dijo, sin un atisbo de duda—. En el fondo, lo sabes. Lo volverás a sentir en cuanto los veas. Tenemos un par de docenas de escorchados aquí, en Coykuti, viviendo en tiendas de campaña en la antigua pradera. —Resopló—. Cada uno con un amigo de su manada. Nunca habíamos tenido tantos visitantes a la vez. Todas esas marcas… Están volviendo loco a Duane.

Me aclaré la garganta.

—¿De qué manadas son?

—Las que ya conoces: Cimarrón y sus dos aliados, Clayton y Mills. Glen Canyon, nuestros vecinos de Utah. Nuestros nuevos amigos de Cheyenne, Medicine Bow y Rock Springs. Luego hay otros: unos cuantos de la Alianza de las Llanuras de Kansas y Crescent Lake, de Nebraska.

No todos ellos se habían mostrado amistosos últimamente. Recordé que las manadas de Kansas y Nebraska habían intentado expandirse hacia Colorado.

—¿Todos han cerrado algún tipo de acuerdo contigo?

A pesar de ser mi Alfa supremo, Félix se puso a la defensiva.

—No soy la Confederación, Amber, no los estoy subordinando. No quiero su territorio. Sólo un entendimiento sobre problemas comunes, como la Confederación, acuerdos sobre territorios concretos, derechos de paso. Cosas sencillas y sensatas como esas.

—He hecho una oferta a las manadas de Los Ángeles para que empiecen a negociar algún tipo de acuerdo.

—Lo sé, Alex me envió un correo. Cinco manadas. Menudo lío hay allí —dijo—. Está bien.

Bien. Lo que significaba que me daba permiso. Lo que significaba que él controlaba quién acudía al ritual.

Me llevaba mejor con Félix que con Skylur, y no quería estropear eso, pero sabía que, si lo dejaba pasar esta vez, cada vez sería más difícil plantarle cara.

—Este ritual, el que ni siquiera estoy segura de poder volver a hacer —dije—, sé algunas cosas sobre él por intuición. Una de ellas es que no funcionará si elijo a quién se lo ofrezco.

—Pero…

—Tengo que ofrecérselo a cualquiera que lo pida. De lo contrario, dejará de funcionar.

En realidad, no lo sabía; igual que no sabía si funcionaría, pero me parecía lo correcto.

—No podemos. La manada ya está lo suficientemente nerviosa tal y como están las cosas —dijo Félix—, con todas las marcas diferentes aquí presentes. No podemos permitir que los escorchados de la Confederación entren en nuestro territorio.

—Lo entiendo. Tendría que visitarlos allí. Supongo que te pido que entiendas mi posición; no es culpa de los escorchados que las manadas se estén peleando.

Él gruñó.

—Lo entiendo, pero no vayas allí, Amber. No vayas a Montana. Haz que ellos vengan a verte a algún lugar neutral.

Un buen consejo.

—De acuerdo. Ya veré. Y empezaré más cerca de casa. Quizá Cameron me permita volver a Carson Park para ver a los escorchados de Nuevo México.

Mencionar a Cameron ante Félix no fue una buena idea.

—¡Ese loco! ¿Sabes que está intentando reunir a las manadas del sur?

—Sí, claro que lo sé. La manada Deauville está asociada con las manadas de Nuevo México.

—Sobre eso… —comenzó Félix.

—Cameron sólo quería venir aquí para hablar con Altau. La verdad es que no tuve otra opción.

—Bueno, ahora ya no tiene que venir aquí para eso. Bian está en Nuevo México. Puede hablarlo con ella. —Era evidente que Alex le había puesto al corriente de todo, y Félix parecía mucho más contento al respecto.

—Ven a Coykuti esta vez y podemos empezar a prepararnos —dijo.

La última vez, habíamos realizado el ritual en el Parque Carson, justo en la frontera entre Colorado y Nuevo México, en un lugar que Martha llamaba «una zona sagrada». Un lugar donde el propio viento parecía ser el aliento de los espíritus. Coykuti tenía algo de

eso. Podía imaginar la línea fresca y oscura de pinos sobre el rancho, la vigilancia de la montaña detrás de ellos. Pero había un sitio que era todavía mejor. Donde los árboles se alzaban altos y uno se arrastraba bajo ellos en un silencio de catedral. Donde me había parado sobre una roca y sentí que el lobo se filtraba en mí por primera vez.

—No. Llévalos a todos a Bitter Hooks esta noche. ¿Conoces Falcon's Bluff?

—Sí —dijo él—. En el extremo superior de la finca.

—Llévalos allí antes de medianoche. Prepara hogueras como las que hicimos en Carson. Necesito a Nick y a Úrsula, a Ben de la manada de Cimarrón y a cualquiera de los otros cachorros que nos ayudaron en el ritual. A Olivia, por supuesto.

—Entendido —dijo él—. También me pondré en contacto con los Alfas de Los Ángeles. Les daré los detalles y les ofreceré una escolta desde el aeropuerto.

—Gracias, Félix.

—¿Algo más?

Él se había sumado enseguida a la idea. Yo estaba en racha.

—Eh… sí. Necesito que me prestes algunos de la manada esta tarde…

Capítulo 34

A las cuatro en punto de la tarde, vi cómo el agente Ingram salía por las puertas del edificio de la CBI en Lakewood y se subía a su Chevy Impala negro de alquiler.

Al salir, dos agentes lo siguieron en un todoterreno Honda azul oscuro con cristales tintados.

Bien. Un coche fácil de localizar incluso en medio del tráfico.

El seguimiento era a lo que se refería cuando había hecho hincapié en «seguro» durante nuestra conversación telefónica. Como agente superior del equipo Anthracite, había tenido que contratar guardias permanentes una vez que la operación se había puesto en marcha y había desmantelado Ops.

Genial.

Tenía que separarlo de su equipo de seguridad. Meterse con el FBI tenía un gran potencial de salirse de madre, así que había que hacerlo con cuidado. Por desgracia, no contaba con un escuadrón de mis compañeros de Ops 4-10, que habían sido entrenados para este tipo de operaciones. Tenía cuatro equipos de licántropos ruidosos y sin entrenamiento cedidos por Félix, a quien había jurado devolverlos ilesos y sin mancha de actividad delictiva. O, al menos, sin que los capturaran. Tenía a Víctor y un helicóptero alquilado. Tenía a Yelena. Y me tenía a mí. Debería ser suficiente.

Ingram giró hacia el oeste por la Sexta, saliendo de la urbe de Denver en dirección a Golden. El tráfico avanzaba lentamente.

Bien, otra vez.

—Lo tenemos a la vista a él y a su escolta —se oyó por el comunicador—. Ah… Pájaro Uno. Quiero decir, Whiskey Uno a Pájaro Uno. Cambio.

Puse los ojos en blanco. Víctor resopló. Aun así, los aficionados eran mejor que nada.

El FBI no había confiado en la seguridad de Denver, ni siquiera en el edificio del CBI. Matt, mi hombre de confianza para encontrar información en Internet, no estaba disponible, pero los datos que me había proporcionado anteriormente me habían dado una lista de posibles refugios del FBI en el área de Denver.

La dirección oeste que tomó Ingram apuntaba a una casa de cuatro dormitorios en Eagle Ridge, escondida en las colinas de Lakota y con buen acceso al CBI. Se había comprado al mismo tiempo que el Proyecto Anthracite establecía una oficina en el CBI de Denver, y poco después se le instalaron antenas parabólicas de gran tamaño, todas ocultas de la vista de los vecinos por setos de arbustos de rápido crecimiento.

No era la más fácil de la lista de posibles refugios para lo que tenía en mente, pero tampoco la más difícil.

—Equipos November, Echo y Sierra, gracias y adiós —dije. Los equipos destinados a las otras direcciones que Ingram podría haber tomado se fueron a casa. Ahora sólo me quedaba un equipo, Whiskey, todos ellos en la autopista cerca de Ingram.

El convoy se acercó al cruce con Colfax.

Volví a hablar por mi comunicador.

—Whiskey Uno, Whiskey Dos, rodead al todoterreno.

Una furgoneta se interpuso entre Ingram y el todoterreno azul, y una segunda le impidió salir del carril lento.

No era nada raro dado el nivel de tráfico; posiblemente ocurría bastante a menudo en esa ruta y a esta hora. El conductor del todoterreno no intentó salir del punto ciego en el que lo habíamos colocado.

El tráfico se aceleró al dejar atrás el atasco de Colfax y al girar la Sexta hacia el norte, y luego volvió a ralentizarse al propagarse el efecto de los semáforos que se avecinaban.

Ingram tomó el carril izquierdo para girar hacia el sur por la County Parkway.

En cualquier momento, el todoterreno tendría que salir de la trampa para cruzar y volver a situarse detrás de Ingram. O tal vez pensaran que estaría bien girar a la derecha en la Parkway y dar media vuelta.

En cualquier caso, había que provocar un pequeño retraso.

Allá vamos.

—Whiskey Uno, Whiskey Dos, parada brusca.

Las furgonetas pisaron el freno con fuerza. El agente que conducía el todoterreno azul logró frenar derrapando, tal y como esperábamos. El viejo Plymouth que le seguía, no.

Perfecto.

No había contado con el choque, pero ayudó.

—Whiskey Uno y Dos, gracias y adiós —dije—. Whiskey Tres, cierra ese cruce.

Las furgonetas se dirigieron hacia Golden, aparentemente ajenas al accidente que se había producido detrás de ellas. Desde Golden, tomarían la autopista de vuelta a la I-70 y, al final de la tarde, sus matrículas y colores habrían cambiado.

Mientras tanto, un camión de plataforma larga giró pesadamente hacia County Parkway detrás de Ingram, pero tardó tanto que el semáforo cambió antes de que el siguiente coche pudiera girar.

Al final, los agentes del todoterreno azul decidieron quedarse en el lugar del accidente. Lo que significaba que uno de ellos llamaría por adelantado para que un equipo de refuerzo en el piso franco saliera al encuentro de Ingram.

—Whiskey Tres —dije—, gracias y adiós.

Observé cómo el camión se dirigía hacia el sur. Sufriría la misma transformación que las furgonetas. Por si acaso.

Una operación cara, en definitiva.

Ingram siguió avanzando hacia el piso franco a la misma velocidad.

Bien. Existía la posibilidad de que se detuviera a esperar a su seguimiento, y eso habría complicado mucho las cosas.

—Yankee, confirma la situación.

—Punto de recogida, llegada prevista en dos minutos —dijo Yelena. Se había quejado de que le llamara «Yankee», pero esta era mi operación.

—Es hora de que me eches, Vic.

Murmuró algo que, conociéndolo, probablemente sería «zorra loca», pero no discutió y el helicóptero descendió en picado hacia un tramo vacío de la carretera delante de Ingram.

A unos quince metros, salí por la puerta con una cuerda de rapel. En el instante en que toqué el suelo, solté la cuerda y Víctor se fue.

Era mucho más difícil ocultar el uso de un helicóptero a las fuerzas del orden, pero lo habíamos alquilado con una identificación falsa. Y, con suerte, nadie iba a establecer ninguna conexión entre las furgonetas, el camión y el helicóptero.

A menos que el FBI investigara a fondo, cosa que harían si un agente desapareciese sin explicación.

Dependía de mí ver si podía convencer a Ingram de que detuviera cualquier investigación.

Predecir las acciones de los agentes, el tráfico e incluso los equipos de licántropos había sido difícil. Pero aquí es donde se ponía realmente difícil.

Mi recompensa por hacer esto: Naryn probablemente me mataría, sin importar cómo acabara todo. Especialmente después de que le entregara la factura.

Me planté en la carretera delante del Impala de Ingram. A partir de ese momento, todo era incierto.

Se detuvo. No estaba segura de que lo hiciera.

La ventanilla se bajó.

—Puedes quedarte en ese coche y no volver a verme nunca más, agente Ingram.

—¿O qué?

—Corre conmigo por ese sendero de allí y descubre cosas que te dejarán los ojos como platos.

—Correr ya me dejará con los ojos como platos —refunfuñó, pero salió del coche.

Corrimos por el sendero, que daba una vuelta por debajo de la autopista y subía hasta un pequeño barranco llamado Deadman Gulch. Yelena nos estaba esperando al final.

El equipo de refuerzo de Ingram, que venía desde el piso franco, todavía no había llegado. En cuanto vieran su coche, no tardarían en iniciar una búsqueda, ni haría falta ser un genio para averiguar por dónde lo había llevado. Quizá incluso alguien nos hubiera visto. Pero para entonces ya estaríamos muy lejos y, con suerte, podríamos convencer a Ingram de que suspendiera cualquier búsqueda antes de que todo el engranaje del FBI se pusiera en funcionamiento.

Nos subimos al coche de Yelena, un Ford Fusion blanco. Decidí que no quería saber de dónde había salido. Lo único que le había pedido a Yelena era que se asegurara de que pasara desapercibido y fuera imposible de rastrear. Quizá debería haberle preguntado cómo iba a devolverlo al lugar de donde había desaparecido.

—Espero sinceramente que te des cuenta de lo mucho que me estoy jugando con tu decisión —jadeó Ingram mientras Yelena arrancaba y se alejaba por la carretera.

—Lo sé, y eso me hace sentir muy mal por hacer esto. —Tenía una venda para él.

—Me estás dejando ciego además de mudo —resopló, pero esbozaba una media sonrisa mientras se la ponía. El agente Ingram era un hombre con una profunda adicción a descubrir cosas.

Bueno, esta noche iba a satisfacer esa adicción. Aunque no gracias a mí. Todo eso, todo el maldito asunto, estaba a punto de pasar a instancias superiores.

Naryn me va a matar.

Las palabras resonaban en mi cabeza como una melodía de la que no podía deshacerme.

Haven había recuperado su fuerza a medida que los requisitos de seguridad en Los Ángeles se iban reduciendo, ahora sólo había un único guardia en la puerta, que me saludó y avisó de mi llegada.

Llegó la respuesta: una planta y un número de oficina para encontrar a Naryn.

Dentro, Yelena y yo guiamos a Ingram, que seguía con los ojos vendados, hasta el ascensor y por los pasillos hasta que nos encontramos frente a la oficina de Naryn.

—Tomad asiento —les dije. Respiré hondo, llamé a la puerta y entré.

Naryn estaba sentado ante una mesa llena de informes. Tenía mucho entre manos y sentí una punzada de remordimiento por añadirle más trabajo. Sólo una punzada; no podía permitirme más.

—¿Quién está ahí fuera? —preguntó, sin intentar entablar una charla trivial.

—Posiblemente el hombre más peligroso del mundo para nosotros —respondí, y continué rápidamente mientras Naryn fruncía el ceño —. Se llama Harold Ingram. Es el agente al mando del proyecto del FBI llamado Anthracite, sobre el que ya habrás leído en los informes.

Eso llamó su atención.

—¿Ha dado con algo? Te dije que tu Casa le había dado al FBI demasiado...

—No exactamente, no.

Me senté sin que me lo pidiera.

—Sabes, Naryn, lo peor de formar parte de la Casa Altau no son los secretos, sino mantener todos los secretos en los compartimentos adecuados.

Se inclinó hacia delante sobre la mesa, entrelazó los dedos y me miró fijamente.

—¿Sabes que Diana tiene proyectos que no se pueden comunicar a Skylur? —dije.

—Sí. —Parecía que iba a dejarlo ahí, pero esperé a que continuara —. En la antigua Asamblea, Skylur tenía que poder negar su participación en proyectos importantes que no hubieran sido aprobados por la Asamblea o sus comités. Así que… —Se encogió de hombros.

—Sí, porque los sensores de la verdad lo delatarían si mintiera. Bien. —Miré a mi alrededor y vi la cafetera—. Va a ser una noche larga, ¿puedo prepararnos un café?

Me indicó que me acercara.

—Eso era la antigua Asamblea —dije—. ¿La nueva Asamblea va a tener la misma estructura?

—Es probable —dijo él—. ¿Qué tiene esto que ver con...?

—Ya voy a eso. Diana me reclutó para un plan, y no sé si te reclutó a ti, ni si alguna vez pensó que yo tendría que reclutar a alguien más.

Su cafetera preparó un café muy fuerte. Salió negro y espeso, como el que se toma en Turquía.

Preparé dos de sus tazas pequeñas y le di una.

—Como ella no está disponible y la situación se ha vuelto crítica, te estoy reclutando a ti.

—No sabes si ella aprobaría que me reclutaras. Seguramente, si lo hiciera, ya lo habría hecho.

—Bueno, si consigues que Diana llame y me dé instrucciones…

Justo en el centro.

Se estremeció. Fuera lo que fuera lo que había pasado para que Diana estuviera ilocalizable, Naryn estaba metido en ello. Y él tenía órdenes de mantenerme al margen. Genial.

Intentó recuperarse.

—Me sueltas esto sin previo aviso y dices que la situación se ha vuelto crítica. ¿Cómo de crítica?

—Si no lo hubiera secuestrado de camino a su refugio del FBI, a estas alturas ya le habría entregado todo lo que ha recopilado sobre los paranormales a su jefe, que resulta ser el subdirector. Tengo entendido que el director también estaba esperando su informe.

Naryn tenía una tez mediterránea que no solía palidecer fácilmente, pero lo consiguió.

—Matarlo no habría servido de nada. Tendría sus archivos en algún lugar donde su jefe pudiera acceder a ellos en caso de emergencia.

Naryn me observó fijamente con su mirada de acero.

—Atarlo o secuestrarlo no habría sido más que un respiro temporal.

Asentí.

—Entonces… —Alargué la palabra—. La última opción parece ser lo que le habría sugerido a Diana de todos modos: reclutarlo. Hacerle consciente del peligro que supone una Revelación para todos si no estamos preparados. Conseguir que trabaje con nosotros.

—¿Esto tiene que ver con tu proyecto con Diana?

—Así es. Diana me reclutó para abrir una línea de comunicación que llegara hasta el presidente de los Estados Unidos. Quería que utilizara al coronel Laine y al ejército. Cuando el FBI desmanteló al grupo de operaciones, me pareció que el agente al mando de esa operación sería un punto de partida mucho mejor. Ese es Ingram.

Naryn guardó silencio. Se recostó en su silla y se quedó mirando al techo.

Tenía que pasarle esto a él y él lo sabía. Yo era demasiado novata, estaba demasiado insegura de mis capacidades, como para que se me confiara esta tarea. Por muy ocupado que estuviera, no podía eludirlo. Bajó la mirada.

—Ya veo —dijo finalmente, a regañadientes—. Establecemos una relación con él, para que nos presente a su jefe, y luego al jefe de este, y así sucesivamente. Tienes que pasarme esto a mí, y yo tengo que aceptar las restricciones de no informar a Skylur por el momento. Así que, hasta que Diana esté… disponible de nuevo, tengo que gestionar su proyecto secreto.

¡Sí!

Intenté no saltar de alegría en la silla.

Naryn no estaba dispuesto a eximirme de todo lo demás.

—¿Y tus tareas? ¿Las negociaciones con los licántropos? —preguntó.

—Las manadas de Los Ángeles han acordado discutir la posibilidad de formar una alianza con la Casa Tarez. He tenido que dejar a Alex como enlace principal en eso porque responderán mejor a él que a mí.

En mi imaginación, una leve sonrisa se dibujó en los labios de Naryn y desapareció.

—He hecho las presentaciones entre la Casa Trang y los licántropos de Albuquerque —continué. —Ha ido tan bien que se han ofrecido a ayudar a Bian a establecer su Casa. Eso no ha terminado; las alianzas formales deben negociarse de forma centralizada en Santa Fe, donde se encuentra el Alfa principal. Espero que me llamen para asistir a eso y, cuando lo haga, podré iniciar la conversación sobre conseguir representación en la Asamblea para lo que ellos llaman la Liga de Manadas del Sur.

—Bien. —Naryn se terminó su diminuta taza de café—. ¿Larimer?

—Tengo previsto intentar otro ritual esta noche. Eso debería consolidar las alianzas de la manada de Denver con una docena de manadas, algunas de las cuales ya mantienen una asociación informal. —Se me revolvió el estómago. Siempre y cuando el ritual funcionara. Que yo pueda quedar en ridículo no es tan grave, pero también afectaría a Félix y, por eso, podría ser peligroso para la

manada. —Félix ha aceptado que la manada Deauville es una submanada y no ha dado indicios de que le suponga un problema asociarse con Altau. Pero nadie en una posición de autoridad aquí se ha molestado en confirmárselo. Y cuando tenga lugar esa conversación, sería una buena oportunidad para introducir la idea de la representación en la Asamblea.

—Le llamaré mañana —dijo Naryn. Recogió los informes de su escritorio y los apiló ordenadamente a un lado, empujándolos hasta dejarlos perfectamente alineados—. Sabes, si sigues haciendo lo imposible, la gente seguirá encargándote tareas imposibles.

Necesitaba limpiarme los oídos. No podía haber oído lo que creía haber oído, pero, por si acaso lo había hecho, era el mejor momento para mi última tarea de la lista de cosas por hacer en esta reunión. Saqué un trozo de papel del bolsillo, lo desdoblé y lo coloqué cuidadosamente encima de su pila.

Él levantó una tupida ceja.

—Los... ahh... gastos de traer aquí al agente Ingram.

Lo miró sin decir nada, luego suspiró y se frotó la cara con las manos.

—Que entre.

Capítulo 35

Ingram entró tranquilamente por la puerta, con su expresión de inocente chico de campo y los ojos agudos como los de una serpiente.

—El agente Harold Ingram, jefe del proyecto ultra clandestino Anthracite del FBI —dije, disfrutando del tic que le provocó mi burla —. Y este es Naryn Bazhir, de la Casa Bazhir, segundo al mando de los Athanate en Norteamérica.

Naryn se puso de pie y se dieron la mano.

—Debo decir, señor, que esperaba que tuviera un aspecto diferente. —Ingram entrecerró los ojos y giró la cabeza.

Entendí lo que quería decir.

Gracias al trabajo del proyecto Anthracite, que incluía la disolución de Ops 4-10, Ingram conocía a grandes rasgos al Athanate. Sabía que se trataba de *Athanate*, no de vampiros. Sabía que era un grupo antiguo y poderoso. Una raza de seres paranormales.

Y ahí estaba uno de los Athanate de mayor rango de Norteamérica, vestido con ropa corriente y sentado en una oficina sencilla detrás de un escritorio normal. Un hombre al que te cruzarías por la calle sin mirarlo dos veces.

Naryn sonrió, y había un humor genuino detrás de esa sonrisa.

—Pido disculpas por no cumplir con las expectativas. Rara vez llevo mi capa a la oficina.

—Sí. —Ingram siguió el juego mientras se sentaban—. Y los dientes.

—Eso se puede arreglar. —Naryn me miró, sin dejar de sonreír, y se vengó por la factura que le había dejado en el escritorio—. Casa Farrell.

Cabrón.

Tenía todo el derecho a saber cómo estaba. Era mi responsable último y sólo hacía unos días que había salido de un tratamiento que nunca se había intentado antes. Un tratamiento para revertir el proceso de convertirme en renegada.

¿Podría manifestar mis colmillos sin dejarme llevar por la necesidad de morder?

Necesitaba saberlo. Y, al igual que Skylur, su petición tenía varias capas.

Necesitaba que Ingram *supiera* en lo más profundo de su ser qué eran los Athanate. Era mejor que se lo dijera yo que él.

Y además de esas razones de peso, se estaba burlando de mí. El hombre tenía un cierto sentido del humor.

Cerré los ojos y me concentré.

Al cabo de un momento, sentí que mis colmillos se manifestaban y abrí los ojos para ver a Ingram palidecer.

Su ritmo cardíaco también se había duplicado.

Sí. Una cosa es saberlo como información, y otra muy distinta es *saberlo y verlo* justo delante de ti.

La pequeña Sra. Farrell bebe sangre, agente Ingram. Y le gusta.

Sentí un cosquilleo de hambre, pero guardé los colmillos sin volverme loca por la sangre, y Naryn asintió, satisfecho.

Ingram intentó disimular su inquietud carraspeando ruidosamente y moviéndose en su asiento.

—Tengo que dejarlo claro, señor Bazhir; vengo a esta reunión sin hacer promesas.

Naryn podría haber respondido fácilmente *«yo tampoco»*, pero se limitó a decir:

—Lo entiendo.

Si Naryn no lograba convencer a Ingram, ¿qué haría?

Mejor no pensar en eso.

—Me doy cuenta de que han permanecido fuera del foco público durante mucho tiempo —dijo Ingram—, y que invitarme aquí supone alejarse de esos principios.

—No es sólo alejarse, es un riesgo enorme para nosotros —dijo Naryn.

Ingram resopló.

—Supongo que yo también podría estar arriesgándome aquí.

Genial, un concurso de *«mi riesgo es mayor que el tuyo»*. La cara de buen chico no le había durado mucho.

Intervine antes de que empezaran a dar vueltas en círculo. Puse mi mejor cara de diplomática.

—¿Podemos estar de acuerdo en que el riesgo no recae ni en unos ni en otros? Si nos equivocamos, *todos* estamos perdidos.

Los dos se recostaron en sus asientos. Ingram se acarició la barbilla, pensativo. Su ritmo cardíaco se había ralentizado.

Mientras reflexionaban sobre ello, preparé más café.

—¿Deberíamos empezar por exponer los objetivos de esta reunión? —me preguntó Naryn mientras repartía las tazas diminutas. No había forma de saber si estaba siendo sarcástico. Muy sarcástico.

—Prefiero empezar por el objetivo final —dije.

—El mío es más fácil de explicar —dijo Ingram—. Seré breve, ya que parece que más o menos ya lo saben. El Proyecto Anthracite se creó para informar directamente al subdirector de la Oficina. Su misión es acabar con las organizaciones clandestinas ilegales que operan en el territorio nacional.

Me contuve una sonrisa. El Proyecto Anthracite no figuraba en el organigrama estándar del FBI. Así que habían creado una operación encubierta para perseguir operaciones encubiertas.

—Un mandato muy amplio —comentó Naryn—. Siendo tan breve, diré que represento al Athanate de Norteamérica y a algunos de los licántropos y los Adeptos. Nuestro objetivo, tal y como lo ha expresado la Casa Farrell, es revelarnos de tal manera que cause el menor daño posible.

Ingram gruñó.

—¿Eso son vampiros, hombres lobo y brujas en lenguaje antiguo?

—La cultura popular tiene mucho de lo que responder, pero eso servirá como punto de partida.

—¿Y usted, señor, pretende darse a conocer a través del FBI?

—Antes de que nos encuentren, en cualquier caso. Ya no es posible eludir nuestra detección, aunque no todos los Athanate fuera de Norteamérica lo crean así.

Ingram ignoró el cumplido al FBI. Entrecerró los ojos.

—¿Eso también se aplica a sus hombres lobo y brujas? ¿No están todos de acuerdo?

Naryn asintió.

—Eso parece ser un problema, entre muchos otros. De hecho, nos estamos encontrando con más problemas que un pulpo en un

garaje.

Naryn casi sonrió.

—Si nos centramos en los problemas...

—Sí. No perdamos el hilo. Dice que el descubrimiento les haría daño... ¿qué quiere decir con eso?

Me adelanté a Naryn.

—Nos haría daño a los dos, agente Ingram. No estoy hablando de tiroteos. —¿Cómo lo habían expresado David y Pia cuando hicieron su presentación ante la Asamblea?

Naryn lo expresó mejor.

—Estamos hablando de un daño irrevocable a escala mundial en las estructuras de la sociedad moderna. El colapso de sectores clave como la banca y la sanidad. La ruptura de la confianza y la seguridad. No es que esa sea nuestra intención; sin embargo, contamos con una considerable investigación socioeconómica que respalda estas conclusiones, que estaremos encantados de compartir con ustedes. Toda esa destrucción nos perjudicaría tanto a nosotros como a ustedes.

—Estamos juntos en esto —dije juntando los dedos—. Así. En este país dependemos unos de otros. —Hacía falta algo más—. Nosotros somos vosotros. —Sonó estúpido al decirlo, pero pareció calar en Ingram.

Hubo un largo silencio, luego el crujido de su peso acomodándose más en la silla. Teníamos su atención y él esperaba una larga sesión. Su ritmo cardíaco había vuelto a su nivel normal.

—¿Tienes que enviar algún tipo de señal a tu equipo? —pregunté.

—Ya lo he hecho, Sra. Farrell. Tenemos tiempo. No mucho, pero tenemos tiempo.

Tenía que haberlo preparado antes. No hizo nada una vez que lo saqué de su coche.

—Tenía cierto margen de maniobra cuando empecé este proyecto —continuó—. Últimamente lo he malgastado. Espero recuperar mi antiguo nivel de crédito con mi organización. —Juntó los dedos imitándome y los estudió, girándolos de un lado a otro antes de colocarlos sobre su estómago—. Sería una negligencia por mi parte no establecer mis límites y explicar mi situación. Estoy aquí en parte

porque creo en la gente, ¿sabes? Es extraño, ¿no? Toda esta charla grandilocuente se reduce a mi creencia de que te conozco y confío en ti. Si se espera que mantenga esa confianza, tendré que estar en contacto continuo con personas en las que confío. —Me miró fijamente—. Sin lagunas inexplicables. Si no tengo ese acceso, o si no puedo reincorporarme a mi equipo, debes saber que mis archivos y análisis estarán a disposición de mis superiores, y que esos documentos serán suficientes para reconstruir todo mi conocimiento.

Un protocolo de seguridad automática, tal y como había supuesto.

—No te doy ninguna garantía, y tengo juramentos y un código penal que cumplir. Además, desconfío de cualquier organización que no sea estatal o federal pero que reclame jurisdicción sobre personas dentro de los Estados Unidos. Y añadiré que mi desconfianza se extiende a cualquier organización que cuente con fuerzas militares que no estén bajo la competencia del Gobierno.

Se detuvo y esperó una respuesta.

Era una oportunidad para que Naryn se mostrara firme. Quizá para revelar de pasada los poderes de telergía del Athanate, que en teoría podrían haberse utilizado para anular las protecciones que Ingram creía tener. Lo que habría sido un error, en mi opinión.

Pero Naryn no siguió por ahí.

—Me tranquiliza enormemente que haya venido a hablar —dijo—. Demuestra que al menos uno de nosotros se ha ganado su confianza.

—Y así es como tenemos que ir construyéndola —dije—. Hablamos hasta que confíes en nosotros lo suficiente como para presentarnos a tu jefe y luego volvemos a hacerlo. Lo único que te pedimos es que no tomes decisiones hasta que hayamos tenido la oportunidad de explicártelo.

Ingram refunfuñó.

—El director, el jefe de personal y así sucesivamente, hasta llegar a lo más alto —dijo.

Naryn asintió.

—Hasta el presidente.

—Sin duda tenemos trabajo por delante, señor Bazhir.

Naryn se rio.

Capítulo 36

Me despedí de Naryn e Ingram mucho más tarde, mientras seguían hablando de detalles y se ganaban un respeto mutuo a regañadientes.

Ingram se llevaba mejor con Naryn que yo. También tenía que admitir que Naryn era una persona mucho más adecuada que yo para esto.

Yelena estaba esperando. Mientras yo estaba con ellos, ella había devuelto nuestro coche «prestado» y había recogido el Hill Bitch en Manassah, donde Tullah lo había dejado tras conducir desde Nuevo México.

Llegamos a Bitter Hooks sólo unos minutos más tarde de lo que había dicho.

No importaba. Félix había cambiado de opinión y había difundido una oferta a todas las manadas cerca de Denver, excepto a la Confederación. Eso había trastocado sus preparativos, y la gente seguiría llegando aquí hasta cerca de la una y media de la madrugada. Muchas de las manadas que habían recibido la transmisión se mostraban demasiado recelosas, pero Félix creía que llegarían el doble de escorchados que había previsto durante nuestra primera conversación.

Yelena estaba inquieta.

—Esto se va a alargar hasta tarde. Se supone que debo recordarte que duermas lo suficiente. Todavía te estás recuperando.

—Mmm… Sí, enfermera. —Me recosté contra ella. Hacía frío. Yo iba envuelta en mi raído abrigo de obrero y ella había tomado prestada una chaqueta de esquí.

Estábamos sentadas en las rocas de Falcon's Bluff.

Se había despejado un espacio a nuestro alrededor. Mi zona personal de reverencia.

Más allá se arremolinaban los escorchados y sus compañeros de manada.

Tuve que recordarme a mí misma que eran los casos críticos de todas las manadas de todos los estados limítrofes. *Sólo* los casos

críticos, *sólo* las manadas más cercanas. Una sensación desesperanzadora se apoderó de mí.

A pesar de su inquietud por la presencia de otras manadas en su territorio, la manada de Denver se había esforzado mucho por atender a sus invitados. Había barbacoas hechas de bidones metálicos a un lado. Pude confirmar que las costillas, los filetes y las patatas que salían de ellas estaban excelentes. Había neveras portátiles con cerveza, que también probé, ya que la hidratación es importante.

Siguiendo mis instrucciones, la manada había encendido tres hogueras. A mi señal, arrojarían las brasas de la barbacoa a las hogueras y el ritual comenzaría.

Félix y Ricky se movían entre la multitud, asegurándose de saludar y dar la bienvenida a cada uno de ellos. Nick, Úrsula, Olivia, Ben y todos los demás cachorros que habían estado en el último ritual estaban allí repitiendo sus historias para que todos las oyeran.

Sí, soy la escorchada que se transformó.

Ocurrió, lo vi.

Estaba justo a su lado.

Estarás bien.

Apenas funcionaba. No sólo por la duda arraigada en las mentes de las otras manadas. Los licántropos no se mezclaban así, una manada rozándose con otra, nadie fuera de su propio territorio con la sensación de inseguridad que eso aportaba. Si juntabas a cualquier grupo de licántropos de tantas manadas diferentes en el territorio de otra manada, se pondrían tensos y nerviosos. Si a eso le sumamos los sentimientos de los escorchados, que iban desde el nerviosismo hasta el terror absoluto, el resultado era una masa agitada de cambia-formas nerviosos.

El resplandor siniestro de las barbacoas tampoco ayudaba; iluminaba la escena de perfil como un artista que sólo tenía pintura roja y papel negro.

La tensión era palpable. No tanto por parte de los escorchados. Estaban más distraídos, más centrados en sí mismos, como era de esperar. Pero sus compañeros se apretujaban contra otros miembros

de la manada, llenos de dudas, preguntándose si todo era una trampa. La ira hervía a fuego lento en la noche.

Sólo media hora más.

Bajo todo eso, incluso sin la tensión superficial, la cacofonía de las Llamadas de tantas manadas diferentes era como uñas en una pizarra. No me ayudaba en absoluto a encontrar esa zona de confianza y equilibrio que necesitaba para el ritual de esta noche.

Y no estaba segura de que esa zona existiera.

—Distráeme, Yelena.

Sin volverme, sentí sus colmillos manifestarse a centímetros de mi garganta, y logré soltar una risa entrecortada mientras todo mi cuerpo se convertía en una necesidad dolorosa.

—Sí, eso funcionará —dije con voz ronca—. Aunque puede que los escorchados se asusten.

No era sólo Yelena. Ni las órdenes de Skylur sobre mi Casa. Durante la última semana había percibido la creciente impaciencia de mi Athanate. Yo era la Casa Farrell. Tenía que ser todo lo que eso implicaba. Necesitaba intercambiar Sangre con mi Casa. Necesitaba volver a Manassah con David, Pia y Yelena para una pequeña fiesta de mordiscos. Las prohibiciones reiteradas de Skylur dejaban explícitamente a mi Casa fuera del alcance de otros Athanate, pero había eliminado las restricciones internas.

—Tendremos que hacerlo en algún momento, jefa. Pronto. —Ella guardó los colmillos, pero yo sabía que su necesidad era tan grande como la mía.

No era únicamente el imperativo Athanate de compartir Sangre con tu Casa.

Otros Athanate percibían su marca y pensaban que ya estábamos compartiendo Sangre, porque su marca era idéntica a la mía. Era nuestro secreto, oculto a todos los que nos rodeaban: los Athanate cárpatos más antiguos podían imitar una marca. Con unos años de entrenamiento, quizá yo también pudiera cambiar mi marca. Para todos los demás grupos Athanate, esto era una pesadilla. La marca era uno de los pilares de la sociedad Athanate. Establecía distinciones entre las Casas; definía e identificaba a las Casas. Saber que podíamos falsificarla nos convertiría en abominaciones a los ojos

de todos excepto de los Cárpatos, y yo no tenía ningún deseo de convertirme en refugiada en Europa del Este en ese momento.

No ayudaba el hecho de que, posiblemente, la mayoría de los Athanate ya me consideraba una abominación porque era híbrida.

Había evitado morder a Yelena porque no quería tener favoritos entre los miembros Athanate de mi Casa en lo que respecta a la Sangre. O al conocimiento. Esta noche, les contaría a David y a Pia los efectos de ser cárpatos. Todos nos morderíamos unos a otros. Mi corazón dio un vuelco ante esa idea.

Y tendría que confirmar mi elección de Diakon.

—Lo haremos. Esta noche —prometí, sintiendo otra punzada de expectación—. Siempre y cuando no insistas en que tengo que irme a la cama a dormir para mantener mi belleza.

Ella se reía entre dientes.

—Bien. Entonces, ¿cómo quieres que te distraiga?

—Cuéntame de qué hablabas con Vera anoche.

—Le interesan las creencias de los Cárpatos.

—¿Dios es bueno?

Yelena resopló.

—Entonces todavía estabas despierta. Ella… ¿cómo se dice?… ¿condensa? Condensa miles de años de pensamiento en una frase. No es una que usemos nosotros, pero se acerca a la filosofía de los Cárpatos.

—¿Te refieres a la religión de los Cárpatos?

—No nos gusta la palabra religión. —Se movió ligeramente—. Tiene un regusto a política y estructuras humanas.

—Entonces, ¿qué palabra utilizáis?

—Fe se acerca. Me refiero al acto de creer, no a otro sinónimo de religión. Vera dice que lo que quiero decir es el ejercicio de la fe.

—¿Entonces el ejercicio de la fe es Dios?

—No. —Se movió de nuevo, probablemente luchando por comunicar algo que era difícil de expresar, incluso en Athanate—. El poder de creer, la fuerza de ello, eso quizá sea parte de Dios. No lo que crees exactamente, sino con qué fuerza lo crees.

—Pero si lo que crees no es importante, podrías tener fe en cualquier cosa. Incluso en Basilikos.

—Ahí es donde Vera dice que Dios es bueno. Y tú entiendes lo que es bueno a través del eukori. Si compartimos eukori, no puedo mentirte, no puedo… ah… evitar saber lo que sería bueno para ambas. Al eukori entre dos lo llamamos la Comunión Menor.

—Aun así, eso no significa que lo que dos personas creen que es bueno, sea realmente bueno.

—Sí. Pero una Casa que comparte eukori sabe lo que es bueno para la Casa. Y una comunidad sabrá lo que es bueno para la comunidad. A ese eukori lo llamamos Gran Comunión.

—Entonces, si todo el mundo…

Ella se rio.

—Y aquí, en cinco minutos, llegamos a la pregunta que los Cárpatos debaten desde hace siglos. Si el mundo entero comparte eukori, ¿somos Dios?, ¿conocemos la mente de Dios?, ¿o sólo sabemos lo que podemos saber de la mente de Dios?

—¡Dios! —Bueno, había pedido una distracción—. Entonces, esta noche, cuando usemos el eukori para intentar centrar el ritual, ¿servirá para conocer un poco la mente de Dios?

—Te estás pasando, diríamos. Piensa en ello más bien como una oración.

Un grupo de nuevos escorchados emergió de la oscura línea de árboles y avanzó con cautela.

—Parece que son los últimos en llegar —dijo Yelena—. Deberíamos bajar.

—Sí —dije a regañadientes—. Ya sabes, no estoy preparada para esto. No tengo ni idea de lo que va a pasar. Me falta confianza en mí misma, por decirlo de alguna manera.

—Lo hiciste bien la última vez.

Resoplé.

—Sí, pero entonces estaba loca.

¿Y si la locura fuera esencial? Los Adeptos me dijeron que la creencia permitía el uso de la energía. A la energía no le importaba el bien y el mal, la locura y la cordura. Sólo hacía falta fijarse en psicópatas como Noble para darse cuenta de eso. ¿Y si hubiera creído que podía cambiar a los escorchados en el último ritual porque ya me estaba volviendo loca?

¿Y si una comunidad de Cárpatos compartía eukori en su Gran Comunión? ¿Y si lo que ellos definían como bueno era lo que todos los demás sabían que era malo?

¡Basta! ¡Para esto!

Concéntrate.

Bajamos. La multitud se apartó, manteniendo el espacio a mi alrededor. Las miradas me recorrían de arriba abajo, sin fijarse nunca en las mías. Ojos llenos de curiosidad, miedo y un hambre desesperada.

Los recién llegados pasaron por el comité de bienvenida y algunos pudieron picar algo de comer.

Entonces Félix se giró y me miró a los ojos. Nos hicimos un gesto de asentimiento.

Era hora de ponerse en marcha.

Ya habíamos hablado antes y él había aceptado cómo quería llevar a cabo este ritual. Él y la manada de Denver comenzaron a separar a los compañeros de los escorchados. Incluso después de todo el trabajo preparatorio que había hecho Félix, resultaba difícil. Las manadas habían confiado a los compañeros el cuidado de los escorchados. Su instinto les hacía querer quedarse, pero el mío me decía que eran parte del problema. Sus dudas eran parte de lo que frenaba a los escorchados. Necesitaba que se alejaran de nosotros.

Mientras la manada de Denver se ocupaba de eso, fui saludando a cada uno de los escorchados, intentando parecer y sentirme segura, aunque no lo estaba.

Yelena era como una sombra a mi espalda, alimentando a su eukori a través de mí, lo que me permitía evaluar el estado de cada escorchado.

A cada uno de ellos les estreché la mano o les di un abrazo, según lo que les parecía más cómodo. Miré a cada par de ojos, y las medias esperanzas de cada uno de ellos añadía una piedra a la pila que ya cargaba.

Había de todo tipo: una mezcla de razas y tamaños, en su mayoría jóvenes de entre dieciocho y veinticinco años. Sólo alrededor de un tercio de ellos eran mujeres.

Estaban asustados. Más asustados que yo. Se cernía como una niebla que se arrastraba alrededor de sus cuellos; tan insustancial y, sin embargo, tan fuerte y pesada.

La multitud se agitaba.

Manada. Piensa en ellos como una manada.

El lobo que había en mí los *quería* como manada. Tuve que reprimir ese impulso. Félix ya tenía suficientes problemas como para que me acusaran de robar hombres lobo de otras manadas.

Mientras los que le rodeaban retrocedían ligeramente, una chica se tambaleó hacia delante. Joven, quizá veinte años. Baja. Frágil. El estrés le había llevado a un estado crítico. A medida que partes de su cuerpo se esforzaban por transformarse en loba y fracasaban, le *dolía*. Se arañaba, se hacía sangre, se caía.

Mi nariz se estremeció.

¡Pasadena!

Me sorprendió que le hubieran dejado salir. Pero, pensándolo bien, tal vez fuera una prueba despiadada por parte de los licántropos de Los Ángeles, dejar salir a una hembra escorchada para comprobar si este ritual era seguro.

—Sostenedle —dije.

Los escorchados a ambos lados le agarraron por los brazos.

Lamí la herida de su frente. Sentí el sabor amargo de los aniatrópicos inundarme la boca. Mi mandíbula temblaba ansiosa.

Tenía que distraerme de eso. Morder no era una buena idea esta noche.

Ella necesitaba algo. Algo visual.

Le pasé el pulgar por la sangre y la saliva, y me lo unté por los párpados y el puente de la nariz, una raya roja, oscura y reluciente. Hice lo mismo en los suyos. Parpadeé ante la marca que cruzaba nuestros rostros y que me parecía *acertada*. Sentí que formaba parte del ritual, parte de este lugar.

—Ya está —dije en voz baja—. ¿Ves? Hermanas. ¿Cómo te llamas?

—Paige —dijo ella, con la voz quebrada.

—Acompáñame, Paige.

Algo parecía flotar en el aire, como una llama en la pólvora, extendiéndose a partir de nosotras. Los escorchados suspiraron.

La chica apretó los dientes y se tambaleó detrás de mí, apoyándose en mí con una mano. Confiando en mí.

Y mientras los últimos miembros de la manada de Denver y los compañeros desaparecían de nuevo entre los árboles, me dirigí hacia el último escrchado, que estaba encorvado y con la cabeza gacha al final del grupo.

Y olí la culpa que emanaba de él. *Esa* sí *que* era una emoción diferente.

El chico era un palmo más bajo que yo. Su cabello revuelto era rubio o castaño claro. Parecía tener unos veinte años. Su cuerpo tenía una solidez, una tensión. Me recordaba a alguien.

Me quedé paralizada, a punto de darle un abrazo, y él lo notó. Me empapé de su aroma, incliné la cabeza para mirarlo mejor.

—¿Estás bien?

Bajó la cabeza y murmuró algo.

Le levanté la barbilla.

Cuando se dio cuenta de que tenía toda mi atención y de que no me iba a marchar, se enderezó. Una sensación de resignación sustituyó a la culpa. Pero este chico era capaz de mirarme a los ojos, algo que la mayoría de los escorchados no podían hacer.

—¿De dónde eres? —le pregunté.

—Las Vegas. —Su voz era baja, la palabra salió como si sólo fuera a decir lo estrictamente necesario.

Lo miré de arriba abajo. Su ropa parecía como si hubiera escalado Falcon’s Bluff por la ladera empinada. Dadas sus emociones, probablemente eso era lo que había pasado. Alguien se me había colado.

Y sabía a quién me recordaba.

—Estás en el lugar correcto por pura casualidad, ¿sabes? —dije.

—¿Eh?

—¿Por qué has subido?

—Soy un escorchado.

—No, me refiero a que todos los demás entraron por la puerta principal. ¿Por qué has entrado por detrás?

Sus hombros querían encogerse, pero no se lo permitió. Nuestra conversación era privada, pero sus ojos se fijaron en Yelena, que

estaba a mi lado, y el miedo se impuso a todo lo demás.

—No tengo manada.

—Ah. Entonces, no te ha invitado Félix. ¿Cómo te llamas?

—Lynch.

—Bueno, Lynch, la cuestión es que no eres medio lobo.

Frunció el ceño.

El pobre chico parecía tan confundido que no pude evitar compadecerme de él. Aunque eso no me impidió reírme.

—Tenemos que encontrar a Nick —dije por encima del hombro—. Tenemos a otro diferente.

—Estoy aquí mismo —dijo Nick detrás de mí.

Maldita sea, se me había acercado sigilosamente.

Me di la vuelta.

Las hogueras ya estaban encendidas. El resplandor iluminaba la mitad del rostro de Nick y dejaba la otra mitad en la oscuridad. El único ojo iluminado brillaba. Nick se inclinó por encima de mí y atrajo a Lynch hacia sí. Sus fosas nasales se dilataron y su rostro se contrajo. Alcancé a ver un destello de ojo de gato. Su piel parecía volverse leonada, pero tal vez fuera un efecto de la luz.

Su risa retumbó en lo más profundo de su pecho.

—Sí, más te vale quedarte cerca de mí, gatito —dijo.

Mientras se llevaba al aturdido licántropo escorchado, gruñó:

—Gracias, jefa.

¿Por qué me daba las gracias? ¿Por no haber tirado el flaco trasero de Lynch cuesta abajo? ¿Pensaba que me lo plantearía?

¿Y desde cuándo me llamaba jefa?

Quizá Nick había decidido que se unía a nosotros. Cuando se lo pregunté hace un mes, no estaba seguro de si encajaba en la manada Deauville y la Casa Farrell. Llamarme *Jefa* parecía indicar que se había comprometido.

Hablando en serio, tenía que investigar más sobre Lynch. Que no supiera qué le había mordido y que lo hubieran abandonado para que se las arreglara solo sonaba a que había un renegado operando por allí. Rita podría darme algún consejo, ya que parecía que ella había tenido un inicio similar. Quizá esa fuera la forma de actuar de los licántropos puma, pero si lo era, no me gustaba.

Mientras tanto, tenía un ritual que intentar.

Sentí un escalofrío en el estómago.

La última vez me había sentido igual. Antes del ritual en Carson Park, no sabía qué se suponía que debía hacer ni si sería capaz de hacerlo. Se suponía que todo era una trampa para retrasar a Amaral, hasta que, de repente, Olivia se había acercado al punto crítico.

Esta vez tenía un gran grupo de escorchados, y no era como Olivia, que confiaba en mí ciegamente. Yo era su última esperanza antes de morir. Este grupo —*esta manada*— eran desconocidos que no me habían visto nunca antes de esta noche, que estaban todos asustados y que se encontraban en diferentes etapas.

¿Y si el ritual sólo funcionaba con quien se encontraba en el punto crítico?

Incluso si funcionara para ellos, ¿tendría que seguir repitiendo el ritual para los demás?

No hay tiempo para pensar en cosas así.

—Formad un círculo a mi alrededor. Acercaos más —dije, alzando la voz y usando la broma de las Belles—. No muerdo. Mucho.

Eso provocó algunas risitas en la parte de atrás por parte de mi equipo.

El eukori de Yelena seguía fluyendo a través de mí, conectándome con todos los que estaban allí. Había un núcleo sólido de fe: Úrsula y Olivia, Nick y Yelena, Ben y la mezcla de los lobeznos de Cimarrón, Denver y Cheyenne que me habían ayudado en el último ritual. Era como un faro en la fría noche, ahuyentando el miedo, la duda y la desesperación que se agitaban en los escorchados.

Echaba de menos a alguien: a Martha. No su fe, ni su pasión, sino su tranquilidad y espiritualidad en medio de la tormenta. ¿Cuánto necesitaba eso? ¿Era ella la roca que había anclado el ritual?

No lo sabía, pero supuse que estaba a punto de descubrirlo.

Los escorchados se movían inquietos. Las cabezas no dejaban de agacharse. Los ojos se negaban a encontrarse con los míos. Respiraban con dificultad, con un sonido armónico casi como un gemido. Señales de manada que significaban «*ayúdame*».

No creían en sí mismos. Sus manadas no creían en ellos.

Detrás de mí, mi media hermana adoptiva Paige se mantenía en pie agarrándose a mí, presionando su rostro contra el mío, como una loba. Probablemente me estaba manchando la camisa de sangre, pero lo aceptaba. Ella creía. Algo había surgido entre nosotras.

Supuse que primero tenía que canalizar algo de Top, antes de que llegáramos al ritual. El sargento mayor Gabriel Luther Wells había tomado a un grupo de nosotros, soldados a medio entrenar y llenos de dudas, y nos había transformado. Y había empezado con un discurso sobre creer en nosotros mismos.

—No puedo cambiaros —dije—. Y no puedo obligaros a cambiar.

Levantaron la cabeza. El miedo florecía en la noche. Eso no era lo que querían oír.

—No soy yo. No es mi voz. No es esta colina rocosa.

Recorrí el pequeño círculo que me habían dejado, una y otra vez. Saqué el collar para que pudieran verlo, para que se fijaran en él.

—Tampoco es el collar.

Un suspiro los atravesó.

—Vuestra capacidad para cambiar proviene de vuestro interior. Todo lo que podéis lograr proviene de vuestro interior. Lo único que hacemos esta noche es ayudaros a encontrar esa capacidad. Y el primer paso en ese camino es dejar a un lado las dudas y los miedos.

Mejor.

No había disipado mágicamente sus miedos, pero estaban escuchando, estaban concentrados. La Llamada discordante perdió un poco de su estridencia.

—Todos estáis aquí para ayudar. Eso incluye a cada uno de vosotros y a la persona que tenéis al lado. Todos os ayudáis los unos a los otros —dije, mirando a los ojos a algunos de los presentes—. Tomaros un momento. Mirad a las personas que os rodean.

Las cabezas se giraron e incluso se vislumbraron algunas sonrisas tímidas.

—Las personas que os rodean son vuestros compañeros. Son tan importantes para vosotros como vosotros lo sois para ellos. Porque si tropezáis, ellos os volverán a levantar; y si ellos tropiezan, vosotros los volveréis a levantar.

La luz del fuego brillaba en sus ojos. Ahora tenía su atención.

—Preguntadles sus nombres. Decidles que los volveréis a poner en pie, como haríais con cualquiera de vuestra manada. Juradlo. Porque esta noche somos una sola manada.

Ups. Mi boca me estaba sacando del guion.

Pero, *maldita* sea, estaba funcionando. La Llamada no se volvió precisamente suave y armoniosa, pero la tensión de fondo entre las manadas desapareció, mientras todos murmuraban entre sí, cohibidos.

Menuda preparación les estaba dando.

Ahora tenía que recordar cómo lo había hecho. Recordar cómo me había sentido.

Sí. Cómo me sentía al punto de volverme renegada.

Eso sonaba tan parecido a Tara burlándose en mi mente.

Me habría venido bien un poco de su sarcasmo ahora. ¿Dónde estaba?

Tengo que hacerlo.

Intenté concentrarme.

Piensa en objetivos alcanzables.

Si tan sólo pudiera alcanzar a una docena de ellos. Una docena salvados. Quizás podría intentarlo de nuevo mañana.

Me abrí, buscando la energía.

Pero no había magia. No sentí esa sensación de arena o llamas deslizándose a través de mí que había aprendido en las lecciones de Tullah sobre cómo canalizar la energía.

¿Qué había dicho Tara?

No somos la llama. Somos la mecha.

¿Significaba eso que no necesitaba sentir la energía para usarla?

El collar bajo mis dedos. ¿Estaba percibiendo los patrones grabados en él, o era sólo el recuerdo de las sensaciones?

¿Necesitaba la energía? ¿Necesitaba el collar?

El intercambio de nombres se había apagado.

Se acabó el tiempo.

—Bailad, cambiaformas —dije.

Nick se quitó la ropa. Sin dudarlo un instante, Yelena se unió a él. La onda se extendió por mi equipo. Los escorchados comenzaron a

desvestirse con incertidumbre. Uno o dos, ahora que nos movíamos, parecían perder la coordinación. A través del eukori de Yelena, podía sentir cómo crecía el pánico a medida que algunos de los que estaban más perdidos se acercaban al punto crítico.

—Ayudad a vuestros compañeros —dije en voz baja.

Las hogueras parecieron succionar mis palabras y lanzarlas como humo a través de las filas.

Mi equipo recogió la ropa y la arrojó a la oscuridad que nos rodeaba.

Va a ser un infierno vestirse después de esto.

Paige se desnudó y, con torpeza, me ayudó con mi ropa.

Nick había permanecido en silencio hasta entonces, salvo por el sonido de sus pies pisando el suelo. Empezó a dar vueltas, en un círculo aún demasiado estrecho para que nadie más se uniera, pero que se ampliaba con cada vuelta.

Los escorchados se agolparon a su alrededor, estirándose para verlo. Lo habían oído todo. El cambiaformas, el baile. Incluso aquellos que se acercaban a su crisis perdieron su aislamiento y se convirtieron en parte de la manada.

Nick extendió los brazos, giró en una dirección, volvió atrás, ampliando aún más el círculo de su baile.

Era un águila. No había cambiado, pero todos los que lo miraban lo veían como un águila. Sus movimientos captaban la esencia de ser un águila y la lanzaban como una red sobre los escorchados.

Me estremecí. *Ahora* sentía la fuerza de la energía, como un viento que azotaba el claro.

Nick comenzó su canto, muy bajo.

Yelena instó a Lynch a intentar imitar el baile de Nick y lo siguió.

—Ve —susurré, y empujé suavemente a Paige para que los siguiera.

Echó una mirada temerosa hacia atrás y se fue.

Los cachorros se unieron al canto y comenzaron a guiar a los escorchados hacia el círculo que se iba ampliando.

Al siguiente segundo, Nick era un puma, luego un oso, luego un búfalo. No cambiaba físicamente, llevaba la misma piel, pero todos vimos la esencia de los animales en él.

El círculo creció, cobrando vida propia. Pasó más allá de las tres hogueras, donde las llamas saltaban y lanzaban chispas hacia arriba, al cielo negro.

Los demás no podían bailar como Nick, pero no importaba. Él los guiaba. Ellos lo imitaban. Un poco de la magia del baile fluía a través de todos.

El olor a pino quemado me invadió la nariz. El rugido de las hogueras se mezclaba con los cánticos. Hacía calor. El humo de las hogueras se enroscaba a lo largo de la fila, envolviendo a algún bailarín aquí o allá en sus brazos turbios, para luego liberarlos de nuevo. La danza amenazaba con perder cohesión.

Pero la Llamada comenzó a latir dentro del canto. Todos escuchaban la Llamada, que los empujaba hacia delante, manteniéndolos al compás.

Y en la Llamada no había manadas, ni divisiones. Nada más que la danza y el dolor, el miedo y el valor, la esperanza y la desesperación, todo entrelazado.

«Esta noche somos una sola manada», había dicho. No lo había dicho tan literalmente.

Me quedé en el centro, sintiendo cómo la presión de las expectativas que pesaban sobre mí se sacudía y se disipaba con el redoble de los tambores y el vaivén del canto.

Mi eukori prestado me mostró a mi equipo, incluso cuando el humo los ocultaba. Nick y Úrsula, Yelena y Olivia, Ben y todos los demás, girando a mi alrededor como estrellas.

Y la presencia del lugar. La oscuridad que esperaba más allá del alcance de la luz que parpadea.

Zonas sagradas, las había llamado Martha.

En algún lugar de aquí arriba, la manada de Denver había matado y enterrado a la novia de Alex, Hope. Ella no había podido transformarse. Lo había *visto* a través de Alex. La había visto gritando de dolor, desgarrándose la propia carne, suplicándoles que la mataran. ¿Cuántas más? Félix había estado aquí desde que se fundó Denver. Y antes que él, los pueblos Arapaho. Su clan de lobos.

Toda esta ladera estaba cubierta de tumbas.

Podía oír sus voces en el viento, sentir su tacto.

Baila para expulsar a los espíritus del aire.

Eso fue lo que le pedí a Nick que hiciera la última vez. Pero no estaban en el aire. Estaban en la tierra. Toda la colina estaba viva con ellos. Se deslizaban entre los árboles del bosque, cintas azules entrando y saliendo, como si el propio bosque estuviera respirando. Fluyendo como olas, como una marea cada vez más alta, elevándose a través de la extensión rocosa para unirse a nosotros.

El humo se arremolinaba alrededor del baile, agitado por el paso de los cuerpos, en espirales, tomando formas propias que se elevaban bailando en el aire frío de la noche. Cada pisada lanzaba una bocanada de humo que se estremecía con el baile y se retorcía formando figuras. Las figuras giraban en la luz parpadeante de las hogueras, figuras de humo y cenizas, figuras con cuerpos de humanos y cabezas de animales. Búfalos, alces, caballos, osos, lobos y pumas. Con cuernos y colmillos. Bailarines de las nubes, pasando a través, alrededor y entre los humanos.

Nadie más parecía verlos.

Y con cada pisada, las rocas afiladas cortaban unos pies demasiado acostumbrados a las botas y los zapatos.

Untamos el suelo con nuestra sangre.

El dolor era el corazón del ritual. Pero no ese dolor.

Olivia había sufrido por los intentos de su cuerpo de transformarse. Yo había sufrido por la tortura que había soportado.

Algunos de los escorchados sentían los mismos dolores que Olivia, pero no era suficiente.

La última vez, había evocado imágenes de mi primer cambio y se las había lanzado a Olivia. Esta vez no era suficiente. Se las lancé a los escorchados y parecieron deslizarse a su lado y perder su forma, como los bailarines de las nubes.

Agarré el collar, pero ya no guardaba más secretos. Ya me había dicho que encontraría mi camino.

¿Cómo?

¿Cómo sanarlos?

Las mismas palabras parecían brotar del collar, en un idioma que yo no conocía.

Dominaré mi camino.

¿Sanar? ¿Como intenté sanar a Jen?

Desesperada, dejé de intentar transmitir imágenes a los escorchados.

Atravesé a todos ellos, justo a través de ellos, hasta llegar a Olivia.

Encontré sus recuerdos del ritual. El dolor, la desesperación, el shock que le entumeció la mente mientras caía, y mientras caía, cambió.

Con más destreza que cuando le había arrancado los recuerdos a Jen, *tiré*. Tiré hacia atrás a través del grupo. Y sus sensaciones y recuerdos se extendieron como la pólvora por la yesca de las mentes de los escorchados.

Ben y los cachorros lo sintieron.

Nick lo sintió y cambió. Puma.

Úrsula. Oso.

Olivia. Loba.

Los escorchados luchaban por mantenerse en pie con las piernas doblándose de repente en la dirección equivocada, intentaban atrapar a sus amigos que caían con manos que no tenían dedos, intentaban gritar con voces que, en cambio, se elevaban hacia el cielo.

Mi percepción cambió. De repente, los aromas se volvieron más complejos y matizados. La oscuridad estaba salpicada de un calor que podía ver.

Aullé y un gran grito estalló desde la línea de árboles.

Los licántropos surgieron, despojándose de sus ropas y transformándose. Unas siluetas borrosas subieron corriendo la colina para unirse al tumulto de nuevos licántropos que emergían del humo.

Y, frente a mí, se encontraba mi propio bailarín de las nubes.

Me deshice de mi lobo.

En las profundidades de la noche, a la luz parpadeante de las hogueras, la vi tal y como la había visto en la foto de Alex, la imagen que guardaba en mi corazón para que ella nunca muriera. Tenía la piel bronceada y el pelo azabache, envuelta en sol y risas.

—Hope —dije.

Ella se quedó de pie frente a mí y yo ansiaba abrazarla, con un recuerdo de dolor y un deseo de consuelo que era de Alex.

—Hermana —susurré—. Hermana-esposa.

Pareció lanzarse hacia mí. Abrí los brazos, pero no pude abrazarla. Un viento helado me atravesó, más frío aún en mis labios, en mis mejillas. En las lágrimas que brotaban de las comisuras de mis ojos.

—¿Amber? ¿Amber? ¿Estás bien?

Capítulo 37

Bitter Hooks era un caos tras el ritual. Incluso la manada de Denver, que había presenciado el ritual original en el Parque Nacional Carson, había tenido dudas.

Quizá había sido una coincidencia.

Quizá Olivia se había transformado por su cuenta.

Quizá esto sería un desastre para la manada de Denver.

Pero había ocurrido, y aunque nadie me preguntó qué pensaba, el ritual de esta noche había sido un éxito rotundo. Incluso nuestro puma licántropo intruso, Lynch, se había transformado, aunque sin duda le atribuía el mérito a Nick más que a mí.

Bitter Hooks se estremeció al oír a los hombres lobo corriendo de un lado a otro por el bosque por el simple placer de hacerlo. Los hombres lobo no suelen aullar, pero esta noche era una excepción.

Logré encontrar a Ben, el líder de los cachorros, y, al igual que el resto de mi equipo, un creyente total desde el principio. Tenían más fe en mí que yo misma. Conseguí que volviera a transformarse en humano y que prometiera conseguir todos los nombres y números de contacto de los antiguos escorchados y asegurarse de que cada uno de ellos tuviera la información de los demás. Algo así como una ceremonia de graduación. Puede que a sus Alfas no les gustara, pero mientras yo fuera la noticia de portada, nadie iba a cuestionar mis peticiones. Al fin y al cabo, no estaba debilitando sus lazos con sus manadas. Sólo me aseguraba de que tuvieran conexiones con otras manadas.

Pequeños comienzos. No tenía más que una vaga idea de dónde podría acabar todo esto. ¿Una asociación informal de licántropos? Los Alfas no me darían las gracias por involucrarlos en la política y obligarlos a asistir a la nueva Asamblea, pero la Revelación tenía que actuar en nombre de todas las razas sobrenaturales. Como sindesmón, era mi deber.

Sólo tenía que decirles a Félix y a los demás Alfas que lo estaba haciendo. Quizás no esta noche.

Una vez terminado mi trabajo, Yelena y yo nos vestimos y nos fuimos. Aguafiestas.

Había previsto que habría problemas con la ropa. Yelena acabó descalza y con un chaleco verde brillante de alguien que le quedaba una talla grande. Mi ropa, que me había quitado más tarde que los demás, estaba en un único lugar. Fue una suerte, porque apenas era consciente de que me estaba vistiendo. Se había desencadenado una reacción y estaba tan cansada que no podía caminar bien.

—Diana me va a matar —siseó Yelena mientras me llevaba a rastras montaña abajo.

Los lobos nos escoltaban, saltando y brincando a nuestro alrededor, monstruos amistosos de metro y medio de altura, frotándose contra nosotros, con suavidad… o eso creían ellos. Las dos nos tambaleábamos cuando por fin salimos del bosque y llegamos al coche.

Dormí de camino a casa; un sueño intranquilo, atormentada por hermosas bailarinas de las nubes a las que no podía retener.

Todavía había guardias en la puerta de Manassah, pero a las cuatro de la madrugada, dentro reinaba el silencio.

—Los demás llegarán pronto —dijo Yelena mientras me dejaba en el salón.

—No. No los despiertes —dije—. Sólo quiero dormir.

No estaba segura de si eso seguía siendo cierto. Estaba agotada en Bitter Hooks, y ahora, de repente, sentía inquietud. Inquietud. Quería merodear.

Ella se rio.

—No hace falta despertarlos. Has estado lejos de tu Casa durante un mes, no podrán seguir durmiendo. Y tú tampoco. Aunque después dormirás mejor.

Su voz sonaba extrañamente lejana.

Temblé.

Ven.

Parpadeé. ¿Había dicho algo?

Manassah yacía a mi alrededor. No en silencio, sino latiendo como un corazón. La noche era el susurro de la seda deslizándose por mi piel y el sabor de mi marca en mis labios.

Recordé la primera vez que sentí esto, de camino al baile benéfico, empapándome de la sensación. La euforia del depredador que sale de caza y el miedo a lo que me estaba convirtiendo.

Ya no hay miedo.

Ven.

Pia y David entraron tambaleándose en la habitación, con los ojos muy abiertos y brillantes.

Mi Casa se cerró a mi alrededor y ya no importaba lo cansada que estuviera. Su cercanía era como fuego en mis venas. Los últimos pensamientos de sueño se desvanecieron.

—Señora —susurró Pia, hundiendo el rostro en el hueco de mi cuello. Detrás de la presión de sus labios, pude sentir cómo se manifestaban sus colmillos. Y los de David también, mientras se apretaba contra mí. Y los de Yelena.

Síii.

Los abracé con fuerza; David y Pia aún estaban calientes por haber salido de la cama. Yelena estaba tan helada por el frío de la noche como yo.

Temblé y me empapé de su calor, de su cercanía.

Y, sin embargo, las marcas de David y Pia eran erróneas. Ya lo sabía, pero ahora me dolía como si estuviera agarrando espinas de rosa. Necesitaba que coincidieran exactamente conmigo. Lo *necesitaba*. Como necesitaba el aire.

Mi Casa.

Sentía el cuello flojo, la cabeza ladeada hacia atrás contra Yelena. Agarré a David y a Pia por el pelo, sosteniendo sus rostros contra mi garganta.

—Alimentaos —les insté.

Sus lenguas contra mi piel. Calientes. Suaves. Pequeñas oleadas de placer serpenteaban por mi cuerpo.

Los colmillos rozaron mi cuello. La anticipación ardía, explotando hacia arriba.

—¡Ahora*! ¡Ahora!* —jadeé, incapaz de respirar con la tormenta que se precipitaba a través de mí.

Dos pares de colmillos se hundieron en mi cuello.

Yelena me mordió el brazo, con largos colmillos que buscaban la profunda arteria radial. Su placer se transmitió a través de su eukori hasta mí y avivó mi propia necesidad.

—*Sí*.

Chuparon, y sentí mi Sangre abrasándolos, escaldándolos.

Todos sus eukori se fusionaron y se superpusieron, fluyendo a través de mí mientras mi Sangre fluía a través de su taryma, bajando hasta los órganos Athanate en la base del cuello.

Mi propio eukori dañado se mezcló con el de ellos. Podía sentir la diferencia, percibiéndolos directamente en lugar de a través de Yelena. Ellos también lo notaban. Capas de placer se duplicaban, una sobre otra.

No me extraña que Yelena dijera que los Athanate tienen orgías.

Y bajo todo eso, la punzante sensación de que algo iba mal comenzó a desvanecerse. Las marcas de David y Pia comenzaron a alinearse lentamente con la mía mientras mi Sangre latía en sus venas.

El momento en que sus marcas se unieron definitivamente a la mía envió una pulsación de placer nítida y sorprendente a través de todos nosotros.

David echó la cabeza hacia atrás. Sus ojos se pusieron en blanco y sus colmillos se deslizaron hacia fuera. Se habría caído de no ser por el agarre de Yelena. Pia gimió, pero dejó de morder y me lamió el cuello por ambos lados, sus aniatrópicos me escocían mientras sellaban las heridas que ella y David habían abierto.

Nos tambaleamos y caímos sobre el sofá.

—¿David? —pregunté con voz ronca. Le agarré el rostro febril y él murmuró algo ininteligible.

Yelena lo acunó con cuidado.

—Es demasiado, demasiado rápido —dijo con seguridad—. Estaré bien.

Nos deslizamos del sofá al suelo. No quería soltarlos, a ninguno de ellos. Si lo hacía, pensaba que tal vez la sensación de ese éxtasis de la Sangre, esa satisfacción que llegaba hasta los huesos, también se me escaparía de entre los dedos y desaparecería.

Y no eran Jen y Alex, o me habría arrancado la ropa y habría pasado mucho más que un simple abrazo.

Ellos lo sabían. Yelena sonreía mientras me provocaba con besos en el hombro.

Pia era peor, si cabe. La camiseta de seda con la que dormía era lo suficientemente larga como para ser un vestido, pero de alguna manera se le había subido por el cuerpo. Y ocultaba tanto como el vaho del aliento en un cristal.

—Descarada —dije.

Nos reímos, pero no se me escapó el rápido intercambio de miradas entre Yelena y Pia.

¿Ah, sí?

Algo serio en medio de toda la diversión.

A Pia le había tocado la pajita más corta. Habló con solemnidad mientras me peinaba las puntas del pelo con los dedos.

—Tienes que elegir a tu Diakon. Las otras Casas ya piensan que es extraño que lo hayas retrasado tanto. Que quizá eso demuestre que sigues estando herida.

Nuestros eukori seguían entrelazados. Tenía miedo de que la eligiera a ella. Me avergonzaba saber que tenía miedo.

Me lo esperaba. No esta noche, pero sin duda mientras estuviera en Denver. Le besé la frente.

—He aprendido que, a veces, las obligaciones del Diakon se reparten entre varias personas.

—En las Casas grandes —dijo Pia.

—O en circunstancias especiales —repliqué—. Necesito que seas mentora de los aspirantes, Pia.

—*Zamenik*, lo llamamos así en Carpathia —dijo Yelena.

Pia seguía asustada, pero ser mentora era para lo que se había entrenado. Como mentora, le había fallado estrepitosamente a David, pero yo confiaba más en las personas que aprendían de sus fracasos que en aquellas que nunca habían conocido el fracaso.

—Sí, Señora. —Con el rostro serio, se inclinó hacia mí para besar a Yelena, aceptando mi decisión implícita.

Lo confirmé.

—Necesito que tú, Yelena, seas mi Diakon. ¿Se llama de otra manera en Carpathia?

—Igual.

—Y la bella durmiente de aquí. —Besé los ojos cerrados de David. Se le movían como si estuviera soñando—. Supongo que tendrá que encargarse de la tecnología y cosas por el estilo. ¿También tenéis un nombre cárpato para ellos?

—Sí. Los llamamos responsables de TI —dijo Yelena.

Nos reímos de nuevo y David se movió. Apretó la mandíbula de repente, pero luego se relajó de nuevo.

—¿A nadie le apetece transformarse en lobo ahora? —pregunté. Una punzada de preocupación me oprimió el estómago. Los Athanate creaban nuevos Athanate mordiendo a los humanos con la intención de transformarlos. Esa simple intención activaba las glándulas de los Athanate para producir la compleja mezcla de priones que se impregnaba en el humano y que iniciaba la transformación. Los licántropos carecían de los colmillos necesarios para realizar la infusión. Iniciaban la transformación en los humanos a través de… ¿cómo lo había dicho Alex? *El contacto íntimo repetido*.

Que David me mordiera sin duda se consideraba íntimo. Un lento latido de placer resonó en mi garganta.

Pia frunció los labios.

—Nunca hemos tenido un híbrido antes, pero supongo que Yelena y yo somos demasiado mayores como Athanate para responder, incluso si nos has impregnado con sangre híbrida. Vigilaré a David, por supuesto, pero si se convierte en híbrido, que así sea. —Se encogió de hombros—. Lo mismo para todos nosotros. Me encantaría estar más cerca de ti. Y lo que es más importante, como Athanate, no puedes negar tu Sangre a tu Casa, sean cuales sean las consecuencias.

Yelena se deslizó a mi lado.

—O tu mordedura —dijo, y se quitó el chaleco verde.

—Yo tengo prioridad —dijo Pia, empujándola—. Llevo más tiempo con ella.

—¡Yo soy Diakon!

—¿Y qué?

Se enzarzaron en una pelea juguetona, despertando a David.

—Adelante, entonces. —Yelena puso morritos y envolvió a un aturdido David en su abrazo—. Yo cuidaré de él. —Se besaron. Un beso apasionado.

A Pia no le importó. Se retorció debajo de mí y me empujó la cara hacia su cuello.

—Es la hora. Aliméntate, Señora —susurró.

Mis colmillos se manifestaron con un impulso.

Síii.

Capítulo 38

Soñé que era un lago, en lo alto de las montañas, fresco, claro y resplandeciente bajo el sol. El cielo azul se reflejaba en mis aguas tranquilas y una brisa fresca me acariciaba el rostro. Me desperté sola en la cama, saliendo suavemente del sueño, sintiéndome completamente renovada y en calma.

Mi eukori se removió, se estiró como un gato y luego se desvaneció lentamente como la niebla de la montaña.

Era una mejora enorme. Y sin dolor.

Me estaba curando, y el fuerte aroma de mi marca flotaba en el aire, resonando con fuerza en lo más profundo de mi ser. Eso era profundamente reconfortante. Sentía que hoy podría enfrentarme a cualquier cosa.

¿Hoy?

Era pleno día. Ya había pasado la mitad de la mañana.

Salté de la cama presa del pánico, cogí un albornoz y corrí a ver qué estaba pasando.

Yelena estaba en la cocina.

—Buenos días, jefa —dijo.

—Buenos días. Son… ahhh. ¿Qué hora es? —Mi reloj interno había fallado.

—Las diez y veinte.

Yelena ya estaba vestida, sentada en la barra de la cocina, comiendo tortilla y beicon con pan tostado, sorbiendo café y leyendo el Denver Post.

Hay cosas que simplemente no se pueden controlar; alcancé una loncha de beicon crujiente.

Me lo impidió.

—Haz ejercicio primero. Empezaré a prepararte el brunch dentro de media hora.

Tenía razón. Como todos los Athanate, necesitaba hacer ejercicio. Si me esforzaba, la Sangre Athanate me lo devolvía triplicado en forma de salud, fuerza y velocidad. Si paraba, el efecto negativo sería igual de drástico; mi cuerpo empezaría a fallar rápidamente.

Y los estatutos de la Casa que había estado redactando con Pia insistían en que además de hacer ejercicio, todos debían ser expertos en artes marciales. Tenía que seguir dando ejemplo.

—De acuerdo. ¿Dónde están los demás?

—David y Pia se fueron a la oficina a las seis, como suelen hacer casi todos los días. Los demás se fueron a trabajar sobre las ocho. Claude se ha ido a la universidad. Savannah está buscando trabajo. Di el día libre al personal. —Masticó el penúltimo trozo de beicon. Quedaba uno—. Creo que Jo está en el estudio; está esperando para hacer ejercicio contigo.

Me di cuenta de que, junto al periódico que había sobre la mesa, tenía nuestros móviles.

—Ese es mi móvil.

—Sí. —Yelena lo levantó para mostrar que estaba apagado.

—¡Yelena! Félix estará intentando localizarme. Posiblemente Naryn también.

—Naryn no ha llamado. Félix ha llamado tres veces esta mañana. Muy insistente. Por eso está apagado.

—No puedes...

—Si respondes cada vez que te llaman, seguirán llamándote y tendrás que seguir respondiendo. Tienes un trabajo que hacer, y lo estás haciendo. Yo soy tu Diakon. Que me llamen a mí. Necesitas descansar bien cuando duermes, y tiempo suficiente para completar la última tarea imposible que te han encargado antes de la siguiente.

—Pero… —Había algo en su mirada. Una sospecha se formó en mi mente—. ¿Qué le dijiste a Félix?

—Le dije que se fuera a tomar viento.

Llegué al lavabo antes de que todo el café saliera por mi nariz.

—¿Qué? —tosí.

—Soy una ucraniana estúpida —dijo, exagerando—. No hablo bien inglés. Además, no soy mujer lobo. Soy una Athanate estúpida. No entiendo. No tenía ni idea de que era el gran jefe al que debía besar los pies.

No pude evitar reírme, pero tuve que protestar.

—Podría haber sido importante.

—Oh, claro —dijo con total naturalidad—. Todo lo que dice una persona importante es importante; esa es la definición, ¿no? Pero míralo de esta manera. Acabas de hacer algo imposible en Bitter Hooks que lo convierte en el lobo número uno de Estados Unidos. ¿Qué más quiere hoy?

Negué con la cabeza. Había una lógica cárpata de locos en eso, pero me iba a costar un ojo de la cara cuando llamara a Félix.

No iba a convencer a Yelena.

—Vale. Me ocuparé de eso después del entrenamiento.

Yelena asintió.

—Creo que hoy deberíamos cazar a Fay Daniels. Quizá encontrar algo sobre Forsythe.

—Y visitar a mamá —dije.

La observé mientras levantaba la última loncha crujiente de beicon y empezaba a mordisquearla. Le puse ojos de cachorro.

Ella se rio como la zorra malvada que era.

Hacía frío abajo, en el gimnasio del sótano de Jen.

No pasaba nada; entré en calor bastante rápido, pero apenas había empezado mi rutina abreviada cuando entró Jofranka.

Conocía a la sobrina de mi mecánico desde que era una novata en la policía, más o menos el mismo tiempo que hacía que conocía a Tullah. Ambas mostraban demasiada energía como para que cualquier persona en su sano juicio pudiera soportarlas; las había presentado con la esperanza de que se agotaran mutuamente. Pero no había salido según lo planeado.

Ahora Jofranka era la única empleada de mi empresa de detectives privados en apuros que seguía trabajando, ya que ni Tullah ni yo estábamos por allí.

Y ella formaba parte de mi Casa. ¿Cuál era la palabra que Yelena usaba en lugar de «parientes»? *Katikia.* Parientes de la Casa.

Sin morder.

Me latía la mandíbula. Después de cumplir con mi necesidad de ejercicio como Athanate, había una necesidad de Sangre que debía satisfacer.

Si ella accedía.

Pia y yo estábamos trabajando en una carta para la Casa Farrell, y aún no habíamos encontrado la solución a este único problema. Según mi norma, los Athanate de mi Casa nunca deben tomar Sangre que no se ofrezca libremente; no se permite la fuerza ni la coacción. Las normas para todos los Athanate, sin embargo, establecían que cualquier humano en una Casa Athanate tenía que ser pariente o aspirante. A los humanos que no querían estar vinculados a la Casa se les borraban los recuerdos y no se les permitía ningún contacto posterior.

Y Skylur exigió que yo siguiera las reglas de los Athanate.

Lo dejé de lado por el momento mientras ella se detenía en la puerta y se inclinaba.

Bien.

Cuando la sala estaba vacía, quizá fuera un gimnasio. Cuando alguien venía a usarla como lo hacíamos nosotras, se convertía en un Kwan o un dojo. Se mostraba respeto por el esfuerzo de todos los que la utilizaban. No es que esperara otra cosa de Jofranka, pero me alegró que lo reconociera.

Llevaba puesto su *gi* de entrenamiento negro y el pelo revuelto recogido hacia atrás.

Hice una pausa en mi ejecución de la forma del Dragón de Liu Leung. Liu había modificado la forma estándar para incluir patadas de mariposa totalmente encadenadas. Eso sería lo que Tullah le había enseñado a Jofranka, y quería ver cómo las ejecutaba.

Le hice un gesto para que se acercara y ella vino a ponerse a mi lado, sin mirarme a los ojos.

—¿Forma del Dragón, Shi Fu? —preguntó en voz baja.

Parecía más nerviosa de lo que el ejercicio justificaba.

—Sí —dije—. Ve tú primero. Yo iré justo detrás de ti.

Tragó saliva y comenzó.

Le hice repetirlo dos veces antes de guiarla en una forma más sencilla.

Tullah había hecho un buen trabajo enseñándole durante los últimos dos años. Todo necesitaba un poco más de trabajo, pero siempre sería así.

Le enseñé las patadas de mariposa una vez más.

—Estas son sólo para practicar y para exhibiciones —le advertí—. O si llegas a salir en las películas.

Eso le arrancó una sonrisa.

Al final, nos inclinamos y nos arrodillamos una frente a la otra, dejando que nuestros cuerpos se relajaran tras los ejercicios.

Mis colmillos volvieron a palpitar. Ahora que había empezado a morder, la urgencia de morder a toda mi Casa iba en aumento. Y tenía las órdenes de Skylur. Cerré los ojos e intenté razonar, mientras mi mandíbula seguía palpitando.

—¿Jefa?

Parpadeé.

—¿Eh? Lo siento.

—Es la hora.

—Oh. Sí, Yelena dijo que me prepararía el brunch.

—No. —Puso los ojos en blanco, fingiendo exasperación cuando en realidad estaba muy nerviosa—. No de comer, de morder. Es hora de que me muerdas.

Me sorprendí; no me lo esperaba. Sabía que tarde o temprano tendría que hablar con Jofranka y averiguar qué sería lo mejor para ella. No esperaba que viniera a mí.

A los colmillos no les importaba. Querían salir *ya*.

Respiré hondo, obligando a mi Athanate a calmarse.

—Es una decisión importante, Jo. Y tienes que pensar en tus hermanos. No pueden formar parte de la Casa hasta que tengan la edad suficiente para tomar sus propias decisiones.

Cuando Jofranka se fue de la casa de su padre maltratador, se llevó a sus dos hermanos pequeños.

—Puedo ser pariente y seguir cuidando de ellos, ¿no?

—Sí, siempre y cuando te asegures de que no sepan nada del Athanate.

Tragó saliva y asintió.

—De acuerdo.

Empecé a explicarle más sobre lo que significaba el vínculo, pero ella me interrumpió.

—Sé que una vez que entre, se acabó, que el vínculo me trastornará la mente, pero supongo que lo que quiero decir es que

mi mente ya está trastornada. Pia me ha contado todo sobre los derechos y las responsabilidades. Me lo ha explicado todo. Sé lo que quiero.

—¿Estás completamente segura? ¿Nadie te ha incitado a esto? ¿Te han dicho que tienes que hacerlo?

—Nadie me ha presionado en absoluto. —Esbozó una sonrisa—. La idea me aterrorizó al principio, y se nota, ¿verdad?, que sigo teniendo miedo.

Asentí con la cabeza. Podía oír su corazón, saborear la adrenalina en su aliento.

—Lo que da miedo es sólo el mordisco, no, ya sabes, el vínculo —dijo ella—. Como has estado en Los Ángeles este último mes me ha dado tiempo para pensar, y he hablado mucho con Pia. Y con sus parientes. Quiero formar parte de la Casa. Lo deseo de verdad. Ya sabes que mi familia siempre ha sido un asco, excepto Rom. Esta es mi familia ahora: tú y Tullah, Jen y Alex, Pia y David, y los demás. Quiero quedarme y quiero seguir trabajando como investigadora privada en tu empresa. Para aprender de ti. No podría soportar perder todo eso, y sé que tendría que hacerlo si no estuviera vinculada.

Estaba siendo completamente honesta y sincera, y a mi Athanate le *encantaba* eso.

Había mordido a Jen y a Alex; eso era diferente, eran parientes. Había mordido a Dante y a Dominé por orden de Skylur. Por mucho que me gustara en ese momento, no se me habría ocurrido hacerlo si no me lo hubieran ordenado. Pero ahora que había empezado a vincular a mi Casa, había dado un giro. *Quería* morder a Jofranka y vincularla. Temblaba de impaciencia. Las preocupaciones de que mi eukori no funcionara quedaron relegadas a un segundo plano.

— Vale. —Mi voz sonaba ronca. No pude evitar que se me manifestaran los colmillos, y apenas contuve un gemido de anticipación cuando lo hicieron.

Qué vergüenza. Me aclaré la garganta.

—Ven, siéntate aquí. —Le indiqué que se diera la vuelta y se recostara contra mí.

Lo hizo. Su cuerpo estaba tenso y le costaba respirar con normalidad.

—Relájate —le dije, aunque yo no lo estaba.

Lo había hecho con Dante y con Dominé. El acto físico no tenía nada de diferente. Tenía que recordar el consejo para morder a alguien por primera vez. Era una disyuntiva entre asustarlos al sujetarlos con demasiada fuerza o sujetarlos demasiado flojo y permitir que se hicieran daño si se resistían al sentir los colmillos en el cuello.

Su corazón latía a toda velocidad.

—Piensa en ello como un ejercicio de entrenamiento —le dije—. Respira profunda y uniformemente.

La rodeé con mi brazo izquierdo, sujetándole contra mí, y le acaricié la cabeza con la mano libre hasta que parte de esa tensión abandonó su cuerpo.

Ella dio un respingo, igual que Dante, cuando le lamí el cuello, y luego soltó una risita.

Los bioagentes se pusieron a trabajar, ayudando a que sus músculos se relajaran y haciendo de las suyas en sus terminaciones nerviosas.

Yelena me había ayudado con el vínculo antes. ¿Estaba funcionando mi eukori lo suficientemente bien?

Intenté llegar a ella, y mi eukori pareció titubear un poco. De todos modos, ya era demasiado tarde; no podía contenerme. Tenía que morder. Mis colmillos le perforaron la garganta.

Se estremeció, pero, aparte de temblar, permaneció inmóvil.

Podía sentir su Sangre contra mis colmillos. Por reflejo, *tiré de ellos* y su Sangre fluyó hacia mí. La sensación no había perdido nada de su intensidad. La habitación se desvaneció a mi alrededor; mi mundo se redujo hasta que no quedó nada más que su sabor y el dulce fuego en mi garganta.

Durante unos segundos, mi eukori regresó y se extendió a través de ella. Jofranka jadeó mientras compartíamos cada sensación. Su cuerpo se amoldó al mío y su mano se alzó para acariciar mi rostro tímidamente.

—Oh, Dios mío —susurró.

Nuestros eukori se entrelazaron y se retorcieron juntos.

Mía. Mía. Mía.

Empezó a martillearme en la cabeza, como un pulso enloquecido. Entonces me detuve, aunque aún quería más. Más Sangre, más unión, más sensación.

Se trataba de llevarle a mi Casa, y mi eukori me decía que ella ya estaba allí. No había hecho más que formalizarlo y darle una pista de la marca. Lo suficiente para satisfacer las exigencias de Skylur.

Mi Athanate parecía satisfecho y mi cuerpo obedeció. Los colmillos desaparecieron. Saboreé los amargos aniatrópicos en mi boca y lamí el cuello de Jofranka hasta que la sangre se detuvo y las heridas se cerraron.

Mía.

Una sensación de paz se apoderó de mí, una auténtica satisfacción. Un orgullo.

Esto estaba *bien*. Mi Casa iba tomando forma, ladrillo a ladrillo, cada pieza conectada con las demás, una estructura sólida.

—Gracias —le susurré al oído—. Bienvenida a la Casa Farrell.

Se abrió la puerta.

—¡Se te va a enfriar el brunch! —gritó Yelena—. He intentado hacer unos huevos fritos, pero creo que tú lo llamarías tortilla. El beicon y el café ya están listos.

Capítulo 39

—Te quiero.

No era como oírlo susurrarlo directamente en mi oído, preferiblemente mientras estábamos en la cama, pero incluso por teléfono, las palabras de Alex me ponían la piel de gallina.

—Yo también te quiero. Ojalá estuvieras aquí.

Yelena sonrió con aire burlón, pero se mantuvo concentrada en la carretera. Más o menos.

—Nunca se sabe —bromeó él—. Un par de días más y quizá...

—¿Qué? Skylur nunca te dejará ir mientras haya tantos Athanate en Los Ángeles.

—Puede que no me necesiten.

Me reí. *Ni de coña.*

—No, en serio —dijo él—. El Alfa de Heights está dirigiendo a los otros tres en las negociaciones. Ya viste cómo se le iluminaron los ojos cuando mencionaste la posibilidad de que los licántropos tuvieran representación en la nueva Asamblea. Lo desea tanto que se le cae la baba sobre la mesa.

—Así que Tarez está contento.

—Sí. Y las Belles están de acuerdo. Ya están ayudando con las patrullas, así que incluso pude dormir anoche mientras tú hacías el ritual.

—Ah. Entonces has hablado con Félix. *Y sin duda se dijeron otras cosas.*

—Sí. —Pude oír cómo cambiaba de tema—. ¿Va todo bien? Félix dijo que no conseguía ponerse en contacto contigo.

Me reí de nuevo.

—Y una mierda. Félix te dio la tabarra porque Yelena le mandó a la mierda.

—Algo así.

Yelena sonrió aún más.

—Le llamaré y le pediré perdón en cuanto tenga ocasión —dije.

—Vale. ¿Qué estás haciendo?

—Hemos estado buscando a Fay. Hemos localizado a sus padres, pero no tienen ninguna información. O ninguna que quieran

compartir.

Fingí que estaba organizando una reunión de antiguos alumnos y me presenté en su puerta intentando parecer una de las antiguas amigas animadoras de Fay. No fueron precisamente groseros, pero no fue una conversación productiva. Se había graduado en el instituto South High y había desaparecido de sus vidas. No figuraba como persona desaparecida, así que sospechaba que habían sabido algo de ella, pero no querían decirlo, y yo no quería presionarlos con algo que claramente les resultaba doloroso.

—¿Matt? —preguntó Alex.

El novio de Tullah era nuestro hombre de confianza en Internet. Pocas personas podían ocultar por completo su existencia una vez que él empezaba a buscar. Pero Matt no estaba disponible; se había escondido con Tullah.

—Tengo que irme —dije. Estaba haciendo malabarismos con dos móviles. Había dejado un mensaje en el móvil de mamá antes y me estaba devolviendo la llamada.

—Una última cosa —dijo Alex.

Le pasé el otro móvil a Yelena para que se pusiera con mamá y la mantuviera en línea.

—¿Cuál fue el encargo que le diste a Dante? —preguntó Alex.

—¿Eh? ¿Qué?

—Dante no ha ido hoy al club con Dominé. Se ha largado diciendo algo sobre un encargo que estaba haciendo para ti.

Empecé a sentir una punzada de inquietud en el estómago.

—No sé de qué se trata. No le dije nada concreto.

Otro móvil empezó a pitar, mientras Yelena intentaba calmar a mamá. Estaban pasando demasiadas cosas. Se detuvo a un lado de la carretera.

—¿Es esto un asunto de Athanate? —dijo Alex—. ¿Debería decírselo a Altau?

Lo que estaba preguntando era si ella suponía un problema de seguridad. Si pensábamos que sí, entonces estábamos obligados a decírselo a Altau, y el asunto podría quedar fuera de nuestro control.

No. Mía.

Morder a alguien una vez no impedía que esa persona te traicionara. El vínculo se fortalecía con el tiempo.

Dante tenía un carácter independiente. Quizá quisiera demostrarse a sí misma que no estaba bajo mi siniestro control. Además, era joven. Quizá simplemente hubiera ido de compras y se hubiera inventado una historia sobre hacer algo para mí.

—No. Alex, mantenme informada, pero esto se queda entre nosotros. Lo siento, tengo que colgar.

Colgué y cogí el siguiente móvil.

—Hola, mamá.

La conversación no fue bien. ¿Qué podía decir? No fui capaz de explicar la lesión, ni el tratamiento, ni siquiera dónde había ocurrido, y mamá se enfadó muchísimo al oírme decir otra vez «no puedo hablar de eso».

Tanto Jen como Alex le habían llamado durante el último mes. Incluso Ingram le había llamado. Mamá había intentado llamar a Ingram esta mañana y él no contestaba.

No me sorprende. Tampoco puedo hablar de eso.

—Pasaré más tarde —dije—. Así podrás ver que estoy bien. Perfectamente bien.

Yelena hacía gestos urgentes con la mano, como de «corta», y me mostraba otro móvil. Alguien había logrado traspasar sus defensas.

—Tengo que colgar —le dije a mi madre—. Iré pronto. Te llamaré cuando esté de camino.

Espero.

Me sentía fatal y enfadada. Fatal por no haber podido hablar con mamá sobre lo que había pasado, y enfadada con Diana por haberme metido esa sutil coacción en la cabeza para que no me preguntara cuánto tiempo hacía que no hablaba con mamá. Seguro que hubo un momento durante mi tratamiento en el que habría podido hablar con mamá, ¿no?

Yelena me puso el móvil en la mano. Estaba en silencio.

—Creo que tienes que contestar esto —dijo Yelena—. Es el Alfa de Albuquerque, y dice que el Alfa de Santa Fe ha venido de visita. ¿Es un problema?

—¡Mierda! ¡Sí!

¿Cameron en Denver? ¿Sin previo aviso? Félix se volvería loco. O lobo. Da igual.

Desactivé el silencio.

—¿Zane? —dije—. ¿Qué mierda es esta?

—No es ninguna tontería, Amber. Estamos en Denver.

—¿Estamos? —le espeté.

—Rita y yo acompañamos a Cameron. Nadie más. Sólo estamos aquí para hablar.

—¡Joder, Zane! —grité—. ¿Dos Alfas y un teniente superior aparecen sin avisar en Denver y se supone que tengo que daros la bienvenida? ¿En qué coño estabas pensando?

—Estaba pensando que, en este caso, soy el lugarteniente de Cameron. Eso es aceptable, dado que Albuquerque es una submanada de Santa Fe. Así que somos el Alfa de Nuevo México y dos lugartenientes que hemos venido a presentar nuestros respetos a nuestros vecinos. Estamos asociados con vosotros; se nos permite visitaros.

No pude rebatirlo. No había tenido tiempo de discutir esto con Félix: el hecho de que, como Alfa de pleno derecho de la manada Deauville, tenía autoridad para establecer asociaciones y recibir visitas en nuestro nombre, y sin embargo, como submanada de la manada de Denver, no podía hacerlo por él. Esa era precisamente la razón por la que dos o más manadas no compartían territorio.

Zane no me dejó darle vueltas al asunto.

—No llames a Félix todavía. Cameron necesita verte primero. A solas.

—¿Qué? Es urgente.

—Claro que es urgente. Los tres estáis aquí sin la invitación de Félix ni siquiera me habéis enviado un mensaje de texto.

Ya era bastante malo que Zane estuviera aquí. Yo había argumentado que su reputación de locura violenta, cultivada deliberadamente, era una máscara para ocultar a un Alfa inteligente y reflexivo. Puede que Félix lo hubiera aceptado. ¿Pero la misma historia sobre el jefe de Zane? *«Media-Cabeza» era como* las manadas vecinas llamaban a Cameron, aunque ninguna de ellas tenía ni idea de dónde venía ese apodo. Evocaba imágenes de un

hombre lobo demente a punto de volverse renegado. Sólo había «conocido» a Cameron a través del panel de madera de un confesionario en la Misión El Sagrado Corazón de Santa Fe. ¿Volátil y excéntrico? Sin duda. ¿Loco? No lo creía, pero ese mensaje no había calado en nadie más.

—Entonces, vendrás ahora mismo —dijo Zane. No era una pregunta.

Maldita sea. Maldita sea. Maldita sea.

Tenía que hacerlo. Si alguien más de la manada se topaba con ellos, ¿quién sabía cómo acabaría todo? Si Félix se ofendía y declaraba la guerra a las manadas de Nuevo México, no podría haber ningún acuerdo entre Bian y Cameron; de hecho, la expondría a un ataque, ya que Félix y Altau estaban asociados.

Menudo lío.

Tenía que arreglar esto. De alguna manera.

—Sí. —No me molesté en ocultar lo que pensaba de que me obligaran a esto.

—¿Conoces Sedalia, en la 85?

Sedalia era uno de esos lugares que surgen de la nada cuando una carretera cruza otra, pero al menos no era el centro de Denver, donde un miembro de la manada de Denver podría captar un rastro en cualquier momento.

—Sí.

—Hay un bar de carretera, justo al lado de la autopista. Maisey's Pit Stop. Estamos allí.

Se cortó la línea.

—¡Mierda! —grité y me di un puñetazo en el muslo—. Da la vuelta. Hacia el sur. Tomaremos la 85 en Alameda. Rápido.

Que Dios me ayude si esto sale mal. Que Dios nos ayude a todos.

Tal y como había dicho Zane, Maisey's era fácil de ver desde la autopista. El nombre estaba pintado en grandes letras mayúsculas de pintura roja descolorida y parcialmente oculto por el cartel de «Se vende».

Nos desviamos a un aparcamiento de camiones vacío y aparcamos junto a una Dodge azul medianoche que me resultaba familiar. Había

pertenecido a Evans, el hombre lobo de Denver al que Félix había expulsado de la manada. Tullah lo había matado, la noche del ritual en aquella fría ladera del parque Carson. Al parecer, la manada de Albuquerque había heredado su camioneta.

Zane y Rita estaban apoyados contra el Dodge. No se veía a nadie más.

Rita estaba quieta y atenta. Zane también estaba tenso, a pesar de que se apoyaba con aire despreocupado en el capó de la camioneta. Sus ojos, uno verde y otro marrón, me escrutaron y se detuvieron en Yelena.

Llevaba unos pantalones cargo de color tostado muy elegantes, con una camisa turquesa abotonada bajo un abrigo moteado de tres cuartos. Llevaba una bufanda negra enrollada alrededor del cuello.

Su dominio estaba bien controlado.

¿Intentaba ser amable conmigo?

No tenía tiempo para eso.

—No llamas, no escribes... —comenzó a decir.

—Déjate de tonterías —dije—. ¿Dónde está Cameron?

—Dentro. —Asintió hacia Maisey's—. Solo. Esta es una reunión privada contigo. —Miró a Yelena.

Yelena frunció el ceño.

—Está bien —dije.

—No. No está bien. —Como una maga, giró la mano izquierda para mostrar una granada compacta. *¿Qué demonios?* Con calma, tiró de la anilla, sin soltar la palanca de seguridad—. El resto de nosotros nos quedamos dentro del coche. El temporizador de esta granada se ha puesto a cero. Si pasa algo, la suelto, y ¡bum! Un desastre.

Los ojos de Rita se volvieron feroces. Aparte de eso, no reaccionó de forma visible.

Zane se humedeció los labios. No supe interpretarlo. ¿Nervios o lujuria? Quizá no pudiera evitar su reacción ante las mujeres dominantes y agresivas. Casi sonreí.

Me di cuenta de que no había ninguna posibilidad de que Yelena cambiara de opinión, y eso les *mantendría* concentrados.

—No me toques, Zane —dije mientras me daba la vuelta para entrar—. No querría que hubiera ningún accidente.

Rita resopló mientras caminaba hacia el bar, deteniéndome frente a él.

Reconocí el dominio de Cameron que se desprendía del edificio.

Irritable, pero no tan enfadado como la última vez que nos vimos. Tenso, tal vez.

Su marca olfativa me hizo cosquillas en la nariz. Había estado medio oculta cuando nos vimos en la iglesia; en ese momento había una vela aromática encendida. Sin ese enmascaramiento, su marca me recordaba a la lluvia sobre los arbustos de creosota: limpia y penetrante.

Un viento se coló serpenteando desde la amplia pradera, frío y seco, con esa sensación eléctrica de que se estaba gestando una tormenta. Traía arena fina que frotaba contra las puertas dobles frente a mí. Las habían pintado de rojo a juego con el letrero de Maisey's. Y, al igual que el letrero, el rojo se había desvanecido; los bordes marcados estaban erosionados. Empujé y las puertas se abrieron chirriando sobre bisagras secas.

No estaba completamente oscuro dentro, pero me quedé quieta un segundo para dejar que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad.

La poca luz que había entraba por las rendijas de las ventanas tapiadas, trazando líneas brillantes a través del bar abandonado. El viento de fuera empujaba arena a través de esos mismos huecos y susurraba por las paredes.

El centro del bar estaba vacío, salvo por una vieja mesa y un par de sillas arrastradas hasta el medio del áspero suelo de madera.

«Solo», había dicho Zane, pero supuse que habría un guardia más al que tendría que esquivar o echar a patadas antes de sentarme con Cameron.

Ella —estaba bastante segura de que *era ella*— estaba sentada encogida dentro de su abrigo, uno de esos abrigos de lana voluminosos que no sabía si era una chaqueta o un jersey, con motivos navajos claros y oscuros. Los colores me hacían pensar en montañas en el desierto, bañadas por la luz del atardecer. Llevaba

unos pantalones ajustados negros mate metidos por dentro de unas botas de ante con cordones.

Su cabello brillaba en la oscuridad, con un peinado extravagante: una enorme ola de rizos negros y lustrosos que se elevaban desde su cabeza y caían como un ramillete de flores hasta su hombro derecho.

Se oyó el chasquido de un mechero al encender una vieja lámpara de minero de latón que había sobre la mesa. El olor del aceite de la lámpara se mezclaba con el aroma de la manada de Santa Fe.

La luz reveló un orgulloso rostro africano, de perfil hacia mí, frunciendo el ceño mientras ajustaba la mecha de la lámpara con sus largos dedos. Llevaba las uñas pintadas de dorado. Llevaba anillos de oro en los dedos anulares, y finas cadenas de oro partían de los anillos para enrollarse alrededor de sus muñecas. La pintura corporal dorada tejía intrincados diseños en el dorso de sus manos y trazaba un fino motivo celta, como cuernos de ciervo, a lo largo de la línea de su mandíbula, subiendo por los lados de sus mejillas para bordear sus ojos con espinas de rosa silvestre.

Todo maravillosamente decorativo, pero yo estaba allí para hablar con Cameron, no con su pareja.

—Disculpa —dije.

Se giró y me miró. En el lado izquierdo de la cabeza, a unos cinco centímetros por encima de la oreja, el pelo estaba rapado al cero.

Mierda. Media-Cabeza.

Una broma sobre su maldito peinado. Y la broma me ha salido mal.

—Hola, Amber —dijo, con una voz apenas más alta que el susurro de la arena contra las lamas de la ventana.

Capítulo 40

—Cameron. —Me senté frente a ella—. Estoy decepcionada. Nada de confesionarios oscuros en iglesias antiguas, sin voces susurrantes ni incienso ardiendo. No hay drama.

Mentía sobre la última parte.

—Todo eso tenía un propósito. —Su voz real sonaba como la de un programa de radio nocturno, cálida y suave como el chocolate.

—¿Y ese propósito ya ha terminado?

Ella asintió con un movimiento casi imperceptible.

Su rostro no tenía la estructura típica de África occidental, de rasgos fuertes y anchos. Su cara reflejaba ángulos y aristas, de África Oriental, quizá de ascendencia somalí o etíope. Los ojos tenían un contorno oscuro, rápidos y brillantes; la nariz, afilada; la boca, carnosa, pero con un atisbo de impaciencia.

Una impresionante mezcla del intenso negro del Nilo y la astuta altivez egipcia.

Podría haberme dicho que uno de sus antepasados había sido faraón, y yo lo habría creído sin ningún problema.

Y daba miedo. Mucho. Independientemente de si mi cerebro creía que estaba tan loca como decían las historias, una parte de mi instinto la consideraba inestable.

—Bueno, no lo entiendo —dije—. ¿Cuál era el propósito, exactamente? ¿Por qué te esforzaste tanto en disfrazarte la última vez?

—Porque no estoy loca.

Eso era eludir la pregunta, pero no pude evitar reírme.

Todo el plan de Nuevo México estaba diseñado para mantener alejados a otros licántropos. La reputación de los licántropos de Albuquerque y Santa Fe era que eran casi unos renegados, unas bestias brutas. Incluso Félix, a sólo seiscientos kilómetros de distancia, se había creído los mitos que habían construido a su alrededor. Nadie venía a meterse con las manadas de Nuevo México si podía evitarlo.

Todo el disfraz y el engaño funcionaban con ese objetivo.

¿Por qué?

Cameron se sentó, quería que yo entendiera el puzle, sin que ella tuviera que explicármelo.

¿Qué sabía yo de ellos?

Las manadas de Nuevo México hacían cosas que ninguna otra manada parecía hacer. Aceptaban a otros licántropos en sus filas sin discriminación. Rita era una mujer puma y era teniente en la manada de Albuquerque. No conocía ninguna otra manada que hiciera eso, aunque quizá la de Las Vegas lo haría, cuando Lynch regresara a casa. Ni siquiera Félix, que era de mente abierta para ser un viejo Alfa, había querido hacerlo. Ni siquiera estaba segura de hasta dónde había llegado en sus decisiones sobre tener una teniente, Úrsula, que era o bien una cambiaformas o simplemente capaz de manifestarse como osa y loba.

Y las manadas de Nuevo México *se* habían *asociado* y buscaban ampliar esa asociación. Una asociación; no una simple alianza, sino algo más profundo, lo suficientemente profundo como para que Zane, el Alfa de Albuquerque, estuviera encantado de venir a Denver y presentarse como teniente de Cameron.

Que era una mujer. Una Alfa femenina.

La única otra Alfa que conocía era Billie, en Los Ángeles, y ni siquiera sus vecinos la aceptaban.

Las manadas de Nuevo México eran *radicalmente* diferentes. Y estaban intentando formar una asociación para contrarrestar a la Confederación.

—Si se supiera que no estás loca… —dije, y Cameron asintió ligeramente con la cabeza en señal de ánimo—. Si eso se supiera, por no hablar de la noticia de que eres una mujer…

—Estaría hasta el cuello de desafíos antes de que se pusiera el sol. Los rivales se pelearían entre ellos por tener la oportunidad de enfrentarse a mí. La Confederación, mientras tanto, se estaría riendo.

Me recosté y lo pensé detenidamente. A pesar de todos los indicios de una personalidad impaciente, Cameron se mantuvo tranquila y atenta, contenta de dejarme resolverlo por mí misma.

¿De verdad le desafiarían sólo por ser diferente? ¿O por ser una Alfa mujer?

No conocía a suficientes Alfas. No sabía lo suficiente sobre lo que ocurría en un desafío. Los licántropos de Los Ángeles no desafiaron a Billie. Las Belles dejaron claro que no estaban interesadas en ser conquistadas, y su territorio no era nada por lo que valiera la pena luchar. ¿Pero Nuevo México? El estado era enorme y una tierra ideal para los licántropos. Si alfas relativamente cuerdos como Stillman, de la manada Cimarrón, pensaban que tenían una oportunidad de conquistar todo el estado de Nuevo México con la derrota de una pequeña Alfa…

Y tanto si lo conseguían como si no, Nuevo México se vería sumido en el caos. No habría oportunidad para ninguna expansión mientras durara.

Si Cameron ganaba…

Le observé de arriba abajo. No había nada que pudiera deducir de su cuerpo, medio oculto como estaba bajo su abrigo, pero se comportaba con una enorme confianza. Y el dominio jugaba un papel importante en lo temible que un Alfa podía llegar a ser. Incluso si no hubiera sabido que era Alfa de un territorio enorme y de varias manadas, habría adivinado que era una loba significativamente peligrosa.

Así que… Si ganaba, ¿se unirían a ella las manadas de los Alfas derrotados? ¿A una mujer? ¿O se rebelarían y se convertirían en presa fácil para la Confederación?

—O podría empezar poco a poco —dijo ella—. Ganaría a los primeros. Quizá incluso me hiciera con sus manadas. Pero entonces todo el mundo se enteraría. Con cada manada que conquistara, el premio no haría más que crecer. No hay nada que impida que una docena de Alfas aparezcan y me desafíen, uno tras otro. Pero, incluso ganando, no habría forma de que pudiéramos asimilar tantas manadas.

—Así que tienes que expandirte poco a poco. Haces que Zane, o alguno de los otros Alfas machos de tus submanadas, se ponga al frente —dije—. Te asocias, cambias la forma de pensar de las nuevas manadas asociadas, y sólo cuando creas que lo aceptarán, les revelas que hay una Alfa hembra al mando.

Ella asintió de nuevo.

—Pero ahora no puedes hacer eso —continué—. No tienes tiempo. La Confederación está presionando. Y al mismo tiempo que tienes que darte prisa, te encuentras con Alfas aún más intolerantes, como en Los Ángeles.

—Y en San Francisco. Y en San Diego, San José, Russian River, Sacramento, Las Vegas, Reno y Flagstaff. Manadas desde Houston hasta Miami, a lo largo de toda la costa, y esas son sólo las que conocemos. —Una ira oscura se encendió en sus ojos antes de que continuara—. Toda la Confederación es igual, por supuesto, hasta Canadá. Pero… la urgencia no aumenta sólo por culpa de la Confederación.

Entrecerré los ojos y deseé no haber estado tan desconectada durante el último mes.

¿Qué está cambiando?

La Nueva Asamblea. Las estructuras políticas que se están formando en las manadas. Y…

Sentí un nudo en el estómago.

Félix.

Justo al otro lado de la frontera, se estaba formando una nueva super manada en torno a la manada de Denver. Y lo peor era que se debía principalmente a mí. El submundo de los hombres lobo estaría difundiendo la noticia de que Félix quería que el ritual fuera sólo para aliados.

¿Qué le habría parecido a Cameron?

No había hecho todo el camino hasta Denver sin una razón. Estaba aquí por la amenaza que representaba Félix, lo quisiera él o no.

Aunque ella y Félix nunca se hubieran enfrentado, tener dos alianzas contra la Confederación dividiría sus esfuerzos y debilitaría la defensa.

Y Félix pensaría exactamente lo mismo: que Cameron era una amenaza.

—Tú y Félix os amenazáis mutuamente —dije—. Tenéis que hablar. No es a propósito, sólo es un malentendido.

Inclinó la cabeza, con los ojos brillando a la luz de la lámpara.

Si la estaba interpretando bien, eso significaba que sólo había captado parte de la verdad. Y no me lo iba a decir sin rodeos. Esto era una especie de prueba.

¿Por qué me había llamado a Santa Fe cuando yo estaba en Nuevo México?

Quería preguntarme sobre las intenciones de Félix. Me había hecho aceptar una asociación limitada con la manada Deauville para poder visitar Denver.

Sí, pero mi instinto me decía que había más. Quería verme. Quería ponerme a prueba frente a su propio dominio.

¿Era para hacerse una idea de lo dominante que podría ser Félix?

¿Qué había aprendido al ponerme a prueba?

Ella era dominante, pero no tan poderosa...

Alcé la vista y seguía mirándome, esperando a ver si había llegado a ese punto.

Sus ojos parecían agrandarse. Su dominio se desbordaba. Sin el matiz de ira que había tenido la última vez.

¡Fuerte!

Había olvidado lo fuerte que era.

La habitación se desvaneció. Mis pulmones luchaban por obtener oxígeno.

No se movió y, sin embargo, parecía cernirse sobre mí.

¡Joder, qué fuerte es!

Ya era impresionante cuando tuvimos nuestro duelo de dominación en Santa Fe, pero o bien no se había esforzado tanto, o bien había crecido en el último mes.

Mi ritmo cardíaco se disparó y una sensación de debilidad sacudió mis músculos.

La rechacé. Era como estar en una competición de fuerza con la Hill Bitch.

Y en cuanto me di cuenta de eso, todo se detuvo.

Estaba jadeando. Cameron tenía un brillo de sudor en la frente. A pesar de todo su esfuerzo por aparentar que no era nada, le había afectado. De hecho, su ritmo cardíaco se había acelerado, su respiración era más profunda y sus ojos tenían una mirada fija.

Saqué el consuelo que pude de aquello. No era la «top bitch». Tendría que vivir con ello.

—No —dijo ella, esforzándose por mantener la voz firme—. Por si acaso lo estabas pensando, no me estaba poniendo a prueba frente a ti, ni aquí ni en Santa Fe, con algún plan astuto para averiguar si podría enfrentarme a Félix.

—¿Entonces por qué?

Se encogió de hombros con elegancia.

—Necesitaba asegurarme de que la dirección que pensaba tomar valía la pena. Que tu Alfa valía la pena. Mejor que precipitarme y meterme en una pelea de poder directamente con él.

Así que había estado evaluando a Félix poniendo a prueba su dominio frente a mí, ¿pero no para enfrentarse a él? ¿Entonces por qué?

—¿Qué dirección es esa?

Se rio y se mostró evasiva.

—Necesito que hagas algo por mí. Algo que desequilibre un poco a Félix. Algo que me dé ventaja.

—¿Por qué iba a hacer eso? Es mi Alfa superior. Y yo soy un licántropo de Denver; me someto a Félix porque es lo mejor para todo Colorado, por no hablar de Denver. No voy a ir en contra de eso. Y eso significa que no voy a ir en contra de Félix.

—¿Ah, sí? —Sonrió, un gesto rápido, una sonrisa afilada como la de un lobo, llena de dientes—. ¿Por nada?

Le miré con ira.

—Digamos que me ayudas —dijo ella—. Si mi plan funciona, a cambio, aceptaré asociarme con la Casa Trang, y con Altau también, si quieres. —Hizo un gesto con la mano—. Hecho, así de fácil.

Así de fácil.

Sus ojos brillaban con intensidad, observando mi reacción.

—No voy a actuar en contra de la manada de Denver —dije. Seguramente, sólo estaba poniendo a prueba mi lealtad. La recompensa que me estaba ofreciendo (todas las exigencias imposibles de Skylur sobre Nuevo México cumplidas sin siquiera tener que ir allí) era muy tentadora para mi lado Athanate, pero no significaba nada para mi lado licántropo.

—Bien —dijo ella—. Porque lo que voy a pedirte que hagas beneficiará directamente a la manada de Denver, a todos sus aliados y submanadas, más de lo que podrías lograr por tu cuenta.

¿No te parece un poco arrogante?

Y…

¿Acaso parezco tan estúpida?

Acababa de decir que quería una ventaja sobre Félix. ¿Cómo podía afirmar que eso sería un beneficio para Denver?

¿Engañarlo para que se asocie con ella, tal vez?

—Si quieres asociarte con Félix, ¿por qué no se lo pides a él? ¿Por qué me metes a mí en esto?

Se rió, una risa breve y enfadada.

—No leería una carta, ni me contestaría al teléfono. En cuanto alguno de mis lobos se acerca a menos de un kilómetro de Coykuti, ese paleto, el sobrino de Félix, empieza a disparar a diestro y siniestro con su escopeta.

Tenía razón. Duane se tomaba su trabajo en serio, como debía; había habido intentos de asesinato por parte de Alfas demasiado cobardes para enfrentarse a él.

Así que mi trabajo consistía en llevarle a Coykuti sin que nos dispararan.

¿Por qué pensaba ella que eso desestabilizaría a Félix?

¿Y por qué se estaba alterando tanto? Era como una atleta preparándose mentalmente antes de una gran carrera. Su ritmo cardíaco se aceleró de nuevo. Respiraba más profundamente. Se movía nerviosamente.

No, no como una atleta de pista, más bien como una boxeadora. Como si fuera a desafiarlo.

Se dio cuenta de que lo había notado y se detuvo, sentándose tan quieta como una escultura egipcia, mirándome fijamente.

—Además —dijo—, no es una *asociación* lo que quiero.

—¿Eh?

—¡Por los dioses! Zane dijo que tenías cerebro. ¡Úsalo! —Dio una palmada en la mesa, haciéndome sobresaltar—. Eres una Alfa. ¿Qué tuviste que hacer para hablar con las manadas de Los Ángeles? Pon

ese cerebro tuyo a trabajar, mujer —espetó—. Une los malditos puntos.

Fruncí el ceño.

¡Oh, Dios mío!

—¡No! —balbuceé al darme cuenta de adónde quería llegar. Me levanté, tirando la silla—. ¡No! ¡Ni de coña! No vas a conseguir que haga eso.

Capítulo 41

Una hora más tarde, estaba de pie en el patio frente al rancho Coykuti. Nunca me había sentido tan sola. Tan expuesta.

Preferiría realizar otro ritual en pleno centro de Denver, completamente desnuda y sin Nick para dirigir la danza, antes que estar aquí.

Había llamado antes. Había insistido en eso, y Cameron me lo había permitido. Félix sabía que iba a traer a Cameron aquí. Sabía que era algo formal: asistirían dos tenientes de cada bando. Pero en cuanto Félix empezó a preguntar de qué se trataba todo aquello, Cameron se acercó y colgó el teléfono.

—Sé lo que hago —dijo.

Puede que ella lo supiera, pero yo estaba completamente perdida en las complejidades del comportamiento de los licántropos. ¿De verdad pensaba que saldría mejor si le daba una sorpresa? ¿Cómo demonios me había convencido para que le ayudara?

Habíamos venido en el Hill Bitch. Tuve que dejar a Yelena con la camioneta de Cameron. Las reuniones formales de licántropos de este tipo eran restrictivas en cuanto a quién podía asistir. Los dos Alfas, cada uno con dos lugartenientes. Y un intermediario, sólo uno, «en buenos términos con ambas partes». No estaba segura de si seguiría en buenos términos con Félix después de esto. De hecho, creía que hoy había agotado toda mi buena relación con él, entre que Yelena le mandara a la mierda y que Cameron me obligara a colgar antes de poder advertirle de lo que estaba pasando.

Cerré la puerta de la camioneta con un golpe, y se quedó tan cerrada como la puerta del rancho.

Me quedé a medio camino entre la camioneta y el rancho, tal y como me habían dicho.

Sentí miradas clavadas en mí desde ambos lados.

Un viento frío bajaba deslizándose por la montaña, susurrando bajo las sombras oscuras de los pinos, deslizándose sobre el tejado granate de la casa del rancho y enfriando el sudor de mi frente mientras esperaba.

Había un protocolo de hombres lobo para estas reuniones. El primer movimiento tenía que venir del invitado. La demora era principalmente para demostrar que se tenía agallas.

Resoplé.

Al menos, eso es lo que Félix pensaría hasta que viera a Cameron. Como todos los demás, pensaría que Cameron era un macho Alfa hasta que ella saliera de la camioneta.

Oí cómo se abrían las puertas de la camioneta a mis espaldas y, más que oírlo, sentí cómo los lugartenientes de Cameron salían en tropel al patio.

Rita, en forma de puma. Zane, en forma de lobo.

Se abrió la puerta principal de Coykuti.

Por un segundo, Úrsula se quedó allí, mirándome fijamente. No estaba contenta.

Ella no va a transformarse. Félix no va a aceptar una reunión. Sólo nos va a decir que nos larguemos de aquí.

Pero Úrsula sólo estaba dejando claro su punto de vista, haciéndoles esperar. Se quitó la ropa con unos pocos movimientos ensayados y se transformó.

¡Oso!

Los Alfas suelen tener dos lugartenientes en forma de lobo para reunirse con otro Alfa.

Cameron había dejado clara su diferencia. *Tengo una lugarteniente puma.*

Félix estaba jugando esto como si fuera una partida de póker. *Veo tu puma y subo con un oso.*

Un punto para Félix.

Me mordí el labio.

Ricky siguió a Úrsula hasta el porche, me miró con el ceño fruncido, se quitó la ropa y se transformó.

Los cuatro tenientes se colocaron en las esquinas de un cuadrado, de unos diez pasos de lado a lado, conmigo en el centro. Esto era algo muy formal para los licántropos.

A continuación, tras otra pausa, Cameron saldría de la camioneta. Los invitados primero.

Pero no tuvo oportunidad.

Félix salió al porche, bajó los escalones y entró en el jardín, deteniéndose en el límite invisible de la plaza.

Eres poco convencional, decía él*. ¿Y qué? Puedo dejar de lado las convenciones.*

Oí que se abría la puerta de la camioneta detrás de mí y, al instante, Félix contuvo el aliento al ver a Cameron.

Lo siento, Félix, pero te han superado con creces en lo que respecta a lo poco convencional.

Un punto para Cameron, sólo por ser la hembra Alfa de un grupo de manadas.

Si no fuera un asunto tan serio, me arriesgaría a parecer una histérica y me echaría a reír.

Aún no podía darme la vuelta. Tuve que aguzar el oído para oír el suave sonido de sus botas en el camino de entrada.

Una vez que llegara a la plaza, podría comenzar la presentación formal.

Y a partir de ahí...

El ruido a mis espaldas cesó, dándome la señal.

—Soy Amber Farrell, de la Casa Farrell, subcasa de la Casa Altau y coalfa de la manada Deauville, submanada de la manada de Denver y asociada al grupo de manadas de Nuevo México.

Me avergoncé al decir la última parte, pero Félix ni se inmutó.

—Estoy aquí para presentar a mis asociados de buena fe ante mi Alfa.

Yo era la Alfa de una submanada. Eso me daba derecho a estar aquí y dar mi pequeño discurso. El derecho a hacer que él saliera y se quedara ahí. Hasta ahí y no más allá. Ahí era donde podía mandarme a la mierda.

No nos mandó a la mierda a ninguna de las dos, pero su dominio comenzó a intensificarse. Era como el viento que baja de la montaña: fresco, seguro, sin fondo.

Me habían advertido que esperara una demostración.

—Félix Larimer —continué, cuando quedó claro que él aún no iba a hablar—. Alfa de la manada de Denver, territorio de Colorado, mi Alfa. Te pido que des la bienvenida a mi socia, Cameron Zerenegus,

Alfa de Santa Fe y del grupo de manadas de Nuevo México, territorio de Nuevo México y tierras adyacentes.

Había hecho lo que Cameron me había pedido y los había presentado como iguales: fui breve y no enumeré los territorios «adyacentes». No le llamé líder de la Liga del Sur ni nada por el estilo.

Félix seguía sin reaccionar, salvo por la constante imposición de su dominio.

Según tenía entendido, si había permitido que la reunión llegara hasta este punto, se aplicaban las reglas de los licántropos sobre el intercambio civilizado y la seguridad, pero no tenía ninguna obligación de considerar una propuesta. De ningún tipo.

Seguía sin poder creer que Cameron me hubiera metido en esto. Iba a salir muy, muy mal.

El objetivo de toda esta farsa era esa maldita propuesta.

Mientras tanto, como Félix había empezado, a Cameron se le permitía dar rienda suelta a su dominio, y así lo hizo. Parecía más oscuro y profundo que el dominio de Félix, pero ambos se igualaban en fuerza.

Ninguno de los dos se estaba esforzando realmente en ese momento, pero yo estaba justo en medio, zarandeada de un lado a otro.

Félix finalmente habló.

—Bienvenida.

Sonaba como si estuviera masticando tierra.

A continuación, tenía que obtener el permiso de Cameron para iniciar la conversación en presencia de Félix, así que me di la vuelta, con las piernas torpes ante el doble golpe de dominación.

Tragué saliva.

Cameron había dejado el abrigo voluminoso en el coche. Ahora llevaba una especie de top corto de cota de malla que parecía estar hecho de oro aceitado. Brillaba y se movía con su cuerpo. Su piel oscura estaba seductoramente cubierta, y a la vez descubierta bajo el top.

¡Demonios!

Realmente se había esforzado al máximo para causar impresión.

Dos puntos para Cameron, por el estilo.

¿Estaba surtiendo efecto en Félix? Él era el único que importaba aquí.

—Cameron —logré articular con formalidad—, ¿puedo presentar el asunto que solicitaste?

Maldita sea, se suponía que debía usar su nombre completo y el título de la manada.

Se me daba fatal todo este rollo de la diplomacia formal.

Ella no se dio cuenta. Estaba mirando más allá de mí, fijándose en Félix, con el pecho agitado por el esfuerzo de resistirse al dominio de Félix, que volvía a intensificarse.

—Sí. —Parecía que tenía la boca tan llena de tierra como él.

Volvamos a Félix. Ahora me sentía mareada por los flujos de dominación que competían entre sí. Sentía un peso en el pecho y me costaba mantenerme en pie.

Él no se había movido. Tenía las piernas bloqueadas y devolvía la mirada a Cameron.

Maravilloso. Pon a un par de Alfas uno al lado del otro y lo único que les interesa es poner a prueba su dominación, sin importar para qué hayan venido. Quería gritarles *que había cosas más importantes aquí*, pero incluso el demonio de mi garganta se había quedado sin aire.

Que el Cielo me ayude.

Todo dependía de esto: de la reacción de Félix ante la propuesta de Cameron. Todo. Las exigencias de Skylur hacia mí por la asociación de Altau con las manadas de licántropos de Nuevo México. Un único grupo de licántropos que se opusiera a la Confederación. Un grupo capaz de tener una representación significativa en la Asamblea.

Félix nunca va a aceptarlo.

A ver qué pasa.

Respiro hondo.

—En nombre del Alfa de Santa Fe, te pido que consideres...

—¿Qué territorios adyacentes? —me interrumpió Félix, dirigiéndose directamente a Cameron—. ¿Estás reclamando territorio en estados adyacentes?

—Así es —respondió Cameron—. Tucson, Mesa y Holbrook en Arizona. Amarillo y San Antonio en Texas.

—¿Por asociación?

—No, esas son submanadas completas —dijo ella—. ¿Quieres asociaciones? Phoenix, Austin y Dallas. ¿Alianzas? Dieciséis más en Arizona y Texas.

—Menudo imperio estás construyendo ahí, Zerenegus. ¿Será Phoenix la próxima submanada? ¿Austin? ¿Empezarás a colocar a tus propios Alfas?

—No somos la Confederación. Somos una liga. No pido a los Alfas que se sometan a mí. ¿Y tu imperio, Larimer?

—No tengo...

—Los Alfas se te están echando encima —dijo ella.

Félix resopló. Le costó esfuerzo. El sudor le brotaba en la frente y había bajado la cabeza, no de forma sumisa, sino más bien como un toro listo para embestir.

—Quieres decir que las manadas se están aliando conmigo por interés mutuo.

—Oh, sí. Y eso es lo que Stillman, allá en Cimarrón, se dirá a sí mismo cada día frente al espejo. Es sólo para proteger a su manada. Eres un buen vecino. No dirá nunca que eres más dominante que él. Oh, no, nunca diría eso.

—Nunca nos hemos enfrentado…

—Porque en el fondo lo sabe —dijo Cameron, alzando la voz—. Sabía que tú eras más fuerte antes. Ahora que todas las manadas de Wyoming, Utah y Kansas se están acercando a ti, reforzando tu dominio, estás tan por encima de su nivel que más le vale rendirse.

Mierda. Ese último comentario era uno de esos insultos ambiguos, con un toque sexual, que hacían que los licántropos se pelearan.

Intenté frenar la conversación antes de que se precipitara por un acantilado.

—Creo que lo que la Alfa de Santa Fe quería decir...

—Ya he oído lo que ha dicho —me interrumpió Félix—. ¿Qué otra cosa podría esperar de ella? No tiene ni idea del concepto de comportamiento civilizado entre vecinos.

—Entiendo perfectamente lo que es la buena vecindad. No soy yo quien tiene un sobrino que habla a través de su escopeta a cualquiera que se presente en Coykuti para conversar.

—No, tú simplemente matas a cualquiera que se presente en tu territorio. —Félix empezó a dar vueltas por el borde invisible de la plaza.

Su dominio adquirió un tono más duro. Menos para aparentar. El poder real se estaba manifestando ahora.

Mal asunto.

—¿Y tú les das la bienvenida? Mantenemos el mismo territorio... —comenzó Cameron.

—Y no es como si tú administrases bien tu propio territorio —siguió arrollando Félix—. Tú animaste a los renegados a formar manadas en nuestras fronteras.

—Yo no fijé esa frontera. Mi territorio solía terminar en Taos. Gold Hill y Ute Mountain eran *tu* problema hasta que lo solucionaste decidiendo que *tu* territorio terminaba en la frontera estatal —replicó Cameron—. Así que *entonces* tuvimos que enfrentarnos a ellos. Tuvimos que arreglarlo.

—¿Lo solucionasteis? —preguntó Félix incrédulo.

—Lo estábamos gestionando. Conseguimos que se enfrentaran entre ellos...

—¡Lo que empujó a Gold Hill a asociarse con la Confederación!

—¡La Confederación hizo eso para ir tras vosotros! —gritó Cameron— No por nada que nosotros…

—Y si ahora dices que ese es tu territorio, ¡¿dónde demonios estabas mientras luchábamos contra la Confederación allí?! —le respondió Félix, igualando su tono.

—Impidiendo que el resto de ellos te dieran una paliza y te mandaran de vuelta a Denver. La mayor parte de la manada de Wind River nunca llegó a las montañas, gracias a nosotros. ¿Y dónde estabas tú cuando llegó el momento de limpiar? ¡Armas, cadáveres y camiones por todo Carson Park, abandonados para que los humanos los encontraran!

Cameron no cedía ni un ápice. Su dominación se intensificó para contrarrestar la de Félix. Ninguno de los dos daba señales de estar

cerca de sus límites. El tumulto de dominación no hacía más que crecer y crecer, suave e implacable como la gravedad.

Por mucho que creyera que podía plantar cara a uno de ellos, en un buen día, con Alex apoyándome, el poder desatado por los dos me estaba derribando. Me temblaban las rodillas. A los cuatro lugartenientes no les iba mejor; tenían la cabeza casi en el suelo.

Último intento. Aspiré aire y grité:

—¡Creo que deberíamos retomar la conversación!

—¡Basta! —tronó la voz de Félix. Mi mundo pareció tambalearse e inclinarse. Me encontré de rodillas, mirando al suelo e intentando sostenerme con un brazo—. ¡Vete!

La lucha por la dominación se apagó, rápida y limpia como una cuchilla. Por ambas partes.

¡Mierda! Fallé. Ni siquiera llegué a decir lo que tenía que decir. La propuesta de Cameron. Nada.

Por lo que parecía, había arruinado mi reputación ante Félix. Y no había cumplido con Cameron. ¿Se negaría ahora a hacer un trato con Bian o Skylur? ¿Había dañado también la asociación de la manada de Denver con Altau?

Mierda, otra vez.

Me levanté tambaleándome. Lo mejor que podía hacer era sacar a Cameron y a los demás de la vista de Félix antes de que perdiera los estribos.

Cameron ya se dirigía con paso de modelo hacia la camioneta, contoneando las caderas y dando la impresión de que todo iba bien.

Rita y Zane habían vuelto a su aspecto normal y parecían tan frágiles como yo me sentía. Por otro lado, ellos estaban desnudos y yo, al menos, vestida.

Estaba demasiado aturdida para darme cuenta de lo… impresionante que estaba Zane, desnudo. Demasiado aturdida.

Nos desplomamos en el Hill Bitch, Cameron y yo delante, los demás detrás.

—Quince segundos —dijo Zane, con la voz ronca por el esfuerzo, como si hubiera corrido una maratón.

¿Eh?

Lo aparté de mi mente. El mundo entero me parecía extraño, como si *estuviera al revés*, después de haber sido golpeada y atropellada por las demostraciones de dominación. Quizás Zane también estaba desconectado de la realidad.

Quizá todos lo estábamos... Los labios de Cameron se estiraron en una sonrisa. O en una mueca. La imagen me impactó.

¿Qué demonios?

Arranqué el motor y ella me puso una mano en el brazo.

—No. No. *No* te vayas todavía —dijo.

¿Más postureo? ¿Para demostrar que no estamos huyendo?

Félix, Úrsula y Ricky habían entrado en el rancho. Rita y Zane se estaban vistiendo en la parte de atrás. El motor de la camioneta seguía en marcha. Negué con la cabeza, tratando de despejar la mente.

—Treinta segundos —dijo Zane.

Él sonreía. Todos sonreían.

¿De verdad están completamente locos?

Y lo que es más importante, ¿podría arreglar la situación con Cameron y conseguir que aceptara asociarse con Bian?

—Ah, lo siento —dije con voz ronca—. Lo he fastidiado. La diplomacia no es mi fuerte.

Rita me tendió una petaca abierta de la que acababa de dar un trago. El picor del alcohol casero de la manada de Albuquerque me hizo cosquillear la nariz. Di un trago, tosí e intenté concentrarme en respirar.

—¿Lo sientes? ¿En serio? ¿Por qué? —decía Cameron mientras me recuperaba.

Agité la petaca hacia el patio donde habíamos estado, sacando las palabras a la fuerza de mi maltrecha garganta.

—Eso. Ese desastre. Debería haber hablado antes. Lo he fastidiado todo. He fallado.

Ella se rio.

—Amber, ese viejo peludo plateado casi me derrite el tanga, y le he puesto tanta leña en los pantalones que se le ha roto la cremallera.

—¿Eh?

—Oh, vamos. ¿No lo viste? No respondió a mi agresividad. Aceptó nuestros límites. Pequeños regalos, gran significado.

Parpadeé. No lo entendía. Quizá estaba más aturdida de lo que pensaba.

—Discutió cada una de las cosas que le propusiste. ¡Os estabais gritando el uno al otro!

—Sí. Mmm… Es tan jodidamente Alfa. Tan seguro de sí mismo, tan... helado doble de café, plátano y gofre con sirope. —Se retorció en su asiento.

—Cuarenta y cinco segundos —dijo Zane—. No llegará a los sesenta.

—¿Qué? Eso es... —dije, completamente confundida.

—Eso fue el manual básico de cortejo y seducción Alfa —dijo Rita.

—Dios, ¿has visto sus ojos? —Cameron me quitó la petaca de Rita y la vació.

—No. No exactamente —dije—. Te estaba mirando a ti.

—Exacto —jadeó. Ni siquiera ella podía hablar con claridad después de beber el licor—. Ni pestañeó. Firmado, sellado y entregado.

Rita recuperó su petaca y miró con tristeza a las profundidades vacías.

Yo intentaba asimilarlo todo.

—Entonces, aunque al final no llegué a hacerle tu propuesta de matrimonio, ¿funcionó?

Cameron se rio de nuevo, demasiado fuerte y alegre, con los ojos ardientes.

—Joder, sí. No hacía falta que dijeras nada. Él supo por qué estábamos allí en cuanto me vio. ¿Crees que me maquillo así para ir a la tienda?

—Acaba de mirar por la ventana —dijo Zane—. Fueron cincuenta y cinco segundos. Te lo dije.

—No pudo evitarlo —se jactó Rita—. Trato hecho.

Cameron se movió bruscamente para abrir la puerta, pero Rita le había estado observando. Se lanzó por encima del respaldo del asiento y le agarró las manos.

—Alfa, no —dijo.

Cameron gruñía. Sus ojos se habían vuelto completamente de loba.

Rita no retrocedió. Frotó la cabeza contra el cuello y el pecho de Cameron, manteniendo la mirada baja y sus movimientos lentos y suaves.

—Vamos, Amber —dijo Zane—. Rápido.

Pisé a fondo el acelerador.

La tierra salpicó detrás de la Hill Bitch mientras avanzaba derrapando y me alejaba.

Habíamos recorrido un kilómetro y medio cuando Rita soltó a Cameron y se recostó lentamente, con cautela. La distancia parecía haber calmado a Cameron, que estaba sentada quieta, mirando al horizonte y respirando profundamente. Sus ojos seguían siendo de loba. Levantó la mano y chasqueó los dedos.

Rita se inclinó inmediatamente hacia delante sobre los asientos otra vez. No para sujetar a Cameron, sino para ofrecerle su cuello.

El rostro de Cameron *se transformó;* unas mandíbulas de lobo de pelaje negro se extendieron y se cerraron sobre el cuello de Rita. El licántropo no se movió, ni parpadeó.

La mano de Zane descansaba sobre mi hombro. *Déjalo estar.*

Lo entendí, más o menos. Fuera cual fuera la razón, Rita había puesto las manos sobre Cameron.

Era necesario que hubiera alguna comunicación dentro de la manada para asegurarse de que todos supieran cuál era su lugar.

Cameron abrió la boca y su rostro se desvaneció, sin la pintura dorada.

Volví a respirar y reduje la velocidad del camión.

Cameron le dio una palmadita en el hombro a Rita y miró hacia delante. Sus ojos seguían pareciendo más de loba que de mujer.

—¿Qué demonios iba a hacer otra vez en el rancho? —pregunté en voz baja.

Rita sonrió mientras se recostaba en su asiento.

—Oh, mear en los postes de la verja, probablemente. Marcar su territorio. Quizá desnudarse e invitarlo a echarse un polvo en el granero. No es una mala idea de por sí, pero por seguridad, ambos

tienen que acostumbrarse un poco a la idea antes de que sus lobos tomen el control.

Resoplé.

—¿Acostumbrarse a qué idea? ¿Alguien puede decirme qué demonios acaba de pasar?

Durante diez largos segundos no se oyó nada más que el rugido del motor y el ruido de la carretera bajo las ruedas. Rita y Zane intercambiaron miradas.

—Creemos que Félix aceptó la propuesta, obviamente —dijo Zane por fin—. Pero es mucho más. Han ido más allá del matrimonio por estrategia. Mucho más allá. Creo que estamos a punto de ver cómo es una verdadera supermanada, con una pareja de Alfas emparejados más fuertes que cualquier otra cosa en el país. Una fusión total de manadas.

—¿Emparejados? ¿Eso fue todo? —dije. *¡Mierda! ¿Manadas fusionadas?*— ¿Eso fue lo que hizo falta? ¿Una discusión a gritos en el patio?

—No exactamente. —La voz de Cameron había vuelto a ser esa voz rica y aterciopelada. Siguió mirando al frente mientras hablaba —. Me llamará. Pronto. Y como somos Alfas grandes y malos, nos gritaremos, nos lanzaremos miradas fulminantes y nos gruñiremos unas cuantas veces más. Justo hasta el momento en que nos lancemos el uno sobre el otro. Pero ya lo sabemos. Tenemos, como se suele decir, el paquete completo con beneficios añadidos. Grandes y ardientes trozos de beneficios calientes y humeantes. ¡Oh, oh!

—Alex y yo somos Alfas, y nunca...

—¿Tuvisteis que esperar mucho para tener sexo? —Rita arqueó una ceja—. ¿Con ese bombón de Los Ángeles?

—Bueno, no...

—¿Le lanzaste miradas seductoras? ¿Estabas de acuerdo con todo lo que decía? ¿Se presentó en traje y corbata y se presentó educadamente a tu madre?

Me callé. A la semana de conocer a Alex, me había echado por encima de su hombro desnudo y me había llevado a su dormitorio. Había chillado y me había quejado, y me había encantado cada palpitante segundo.

Pero no habíamos discutido. No exactamente.

—Los Alfas son así cuando se emparejan —dijo Zane. Se había inclinado hacia delante y me hablaba en voz baja directamente al oído—. Cuanto mayor y más ruidoso es el conflicto al principio, cuanto más profundas son las negativas iniciales, más rápido y apasionado es el progreso.

Su aliento me acariciaba el cuello.

El aire de la camioneta estaba cargado de feromonas. No era sólo culpa de Zane. Él y Rita estaban respondiendo a su Alfa.

—Los Alfas lo saben, en el fondo, casi de inmediato —murmuró—. En el momento en que llegan a confiar en su decisión instintiva, el vínculo de apareamiento se completa. Es bastante… hermoso.

Me reí entre dientes, en parte para disimular el escalofrío de deseo que me recorrió el cuerpo. Tenía que volver a Los Ángeles, o necesitaba que Alex y Jen volvieran a Denver.

Pero Alex se *había* contenido, desde el principio, antes de lo de la mirada por encima del hombro. No porque le faltara algo como lobo Alfa. Sino porque era Alex, mi compañero Alfa, que me percibía a la perfección. Mi compañero, con toda la locura que eso significaba.

Zane podía seguir con sus intentos de seducción —de hecho, los estaba disfrutando—, pero no iba a llegar a ninguna parte. No con Alex esperándome. Los licántropos podían emparejarse con dos parejas, pero yo ya tenía eso; que Jen no fuera loba me daba igual.

Los labios de Zane me rozaron el cuello con un beso.

Rita le dio un puñetazo y lo empujó de vuelta a su asiento.

—Está conduciendo, idiota. Déjale en paz.

Él gruñó y luego se rio. Lo volvería a intentar, te lo garantizo.

Parecía haber aceptado bien su reprimenda, pero estaba segura de que Rita tendría que someterse a él más tarde, igual que había tenido que someterse a Cameron por rebelarse contra la autoridad.

No quería que tuviera que hacer eso por mí, pero ella no parecía preocupada.

—Entonces, ¿Larimer es clásico? —preguntó ella.

—No lo sé. ¿Acaso importa?

Ella resopló.

—Quizá quiera que la ceremonia de apareamiento termine a cuatro patas delante de toda la manada. Algunos de los viejos son así de pervertidos.

Cameron sonrió ante eso, pero se quedó en silencio.

Salimos de la sinuosa carretera que bajaba desde Coykuti y nos metimos en el asfalto. Apreté un poco más el acelerador y la Hill Bitch se lanzó hacia delante.

—¿Qué hace ese hombre para tener sexo? —preguntó Zane sin rodeos.

—No lo sé. No fisgoneo.

—Pero te haces una idea.

¿Era un secreto de la manada? No lo creía.

¿Era algo aceptable que supiera la manada de su prometida? Probablemente. Lo que estaba bien y lo que estaba mal para los licántropos me estaba volviendo loca.

—Creo que su lugarteniente, Úrsula, puede que haya compartido su cama —dije con cautela.

Los Alfas variaban. Algunos consideraban a la manada como su propiedad, y a los miembros de la manada no se les permitía elegir, ni siquiera si estaban emparejados. Otros, como Zane, no se arrogaban ese derecho, pero seducían a cualquiera que pudieran.

Vaya, qué bonitos vínculos de pareja, y una mierda.

Sospechaba que Félix partía de la base de que liarse con cualquier miembro de rango inferior de la manada sólo causaría problemas. Todas las hembras sin rango de la manada de Denver estaban emparejadas, muchas de ellas con dos machos, dadas las proporciones de la manada. Meterse en eso era una forma segura de causar problemas.

Úrsula nunca se había apareado, jamás. Y la forma en que Félix había hablado de ella me hacía sospechar que habían tenido una relación íntima. Ahora había metido a Nick en la ecuación, y aún no estaba segura de cómo había acabado esa relación. Lo cual era algo muy difícil de admitir, teniendo en cuenta que Úrsula y Nick formaban parte, en cierto modo, de mi manada y yo era, en cierto modo, su Alfa.

A pesar de todo eso, tenía que admitir que Félix podría estar más abierto a una propuesta de lo que había pensado antes.

Joder, quizá la aceptaría de buen grado. Quizá volvería a caerle bien.

—¿Ya había tenido pareja antes? —Rita interrumpió mis cavilaciones.

Para un licántropo, emparejarse era diferente a casarse; tenía que hacer esa distinción.

—Su primera esposa, Candace. Era una Alfa. Donna, su segunda esposa, no logró la transformación.

El horror de aquello los dejó en silencio durante un rato: perder a una pareja ya era bastante malo, y encima a una segunda esposa de esa manera. Ningún licántropo desconocía la muerte que les esperaba a aquellos que no podían transformarse. Era inimaginable lo que Félix había pasado.

¿Habíamos pisoteado esos duelos enterrados, o le habíamos ofrecido un nuevo comienzo?

Al final, fue Cameron quien habló.

—¿Cómo murió Candace?

—En una pelea con Basilikos, allá por 1918. Hay un pequeño cementerio detrás del rancho, tras un seto de tejos. Es tan bonito, tan tranquilo. —Parpadeé—. Su hermana, Martha, solía mantenerlo. Murió en Carson Park.

Cameron volvió a hablar, muy en voz baja.

—Viven en la manada, Martha y Candace. Incluso Donna.

Recordé las palabras que Martha me había dicho en el cementerio. Me parecieron acertadas, así que las repetí ahora, más o menos tal y como las recordaba:

—La manada se renueva a partir de todo lo que ha sido, de todo lo que ha hecho; de todos sus amores y odios, sus deseos y miedos, sus triunfos y fracasos. Estás integrada en esa canción, y la manada te guarda en su corazón, así que nunca mueres.

Cameron dilató las fosas nasales.

—Sí. —Asintió lentamente—. Ese cementerio será ahora mi labor, mi regalo de amor para mi pareja, para mis hermanas-esposas y para mi cuñada. —No había duda en su voz: en lo que a ella

respectaba, Félix era su pareja; Candy, Donna y Martha seguían vivas para ella.

—Creo que a Félix le gustaría eso —dije.

La sensación del frío beso de Hope en Bitter Hooks pareció tocarme las mejillas de nuevo. *Hermana-esposa.* La manada es ahora. Es todo lo que siempre ha sido, igual que ella es parte de mí porque la guardo en mi corazón.

Nos quedamos en silencio hasta que llegamos al aparcamiento vacío cerca de la 470, donde Yelena esperaba impaciente.

Capítulo 42

Cameron seguía pareciendo distraída. Rita y Zane querían que volviera a casa. Nos abrazamos todos y se marcharon.

—Ha llamado Elizabetta —dijo Yelena mientras se alejaban.

Le pedí a Yelena que informara brevemente a Skylur de dónde estábamos y qué había pasado. Esperaba alguna reacción, y ahí estaba.

—Skylur te felicita por el ritual. Sin embargo, algunos de los adeptos de Huang han reservado un vuelo a Denver para mañana.

Eso me hizo reflexionar.

—¿Buscan a Tullah? ¿O me buscan a mí?

Yelena se encogió de hombros.

—No lo han dicho. El hecho de que viajen con la seguridad de Altau no significa que les cuenten nada. Pero Skylur no quiere correr el riesgo de que se metan en tu cabeza. Quiere que vuelvas a Los Ángeles. Hay una sesión en la que te quieren como sindesmón.

Suspiré. Todavía quedaba mucho por hacer aquí, pero Skylur me había hecho tomar conciencia, de forma incómoda, de las posibles consecuencias de que se viera que le desobedecía.

—¿Cuándo nos espera? —pregunté.

—He llamado al aeródromo y el Pilatus estará listo esta noche. Podríamos organizarlo para estar de vuelta en Van Nuys sobre las 5 de la mañana. —Sonrió—. Eso nos dejaría algo de tiempo para echar un vistazo a la casa de Forsythe.

—Es demasiado temprano para entrar a la fuerza —dije, y reuní todo mi valor—. Será mejor que vaya a ver a mamá.

El pequeño Honda azul de mamá estaba en la entrada, bajo las ramas desnudas del olmo siberiano, así que aparqué el Hill Bitch en la carretera.

A la luz de la farola, pude ver que mi padrastro, John, había podado el olmo con cuidado en otoño. Cuando llegara la primavera, daría buena sombra al camino de entrada sin colgar lo suficiente como para golpearte la cabeza al caminar hacia la puerta. Los bordes de los parterres estaban arreglados con líneas limpias. Las

malas hierbas habían desaparecido hacía tiempo, y las flores de mamá se habían podado para el invierno. Una o dos de las más débiles estaban bajo pequeñas campanas de plástico transparente. Todo estaba ordenado y bien cuidado.

Mamá podía confiar en John. No como en mí. Ni en mi hermana Kath, por cierto.

Suspiré.

Por mucho que le echara de menos y le quisiera, me resistía a entrar.

¿Qué le digo?

Sabía que Jen y Alex, e incluso el agente Ingram, habían hablado con ella mientras yo estaba en terapia. Pero eso no era lo mismo. La sutil coacción de Diana para evitar que me preocupara por todo lo demás mientras me recuperaba me había quitado las ganas de llamar a mamá.

¿O acaso no era así? ¿Y si eso no era más que una excusa que me estaba dando a mí misma?

Eso era lo peor de que alguien te liara la cabeza: perdías la seguridad en ti misma.

La visita a mi ciudad natal había sido agridulce. Ninguna pista útil sobre Fay, Dante se había ausentado sin permiso, un buen resultado en Coykuti. Buenas noticias desde Los Ángeles sobre las negociaciones y las Belles. Un buen comienzo con Ingram. Una euforia enorme por todos los mordiscos en Manassah y la sensación de que mi Casa se estaba formando a mi alrededor.

Y ahora, mamá.

¿De qué lado estará esto? ¿Positivo o negativo?

—Ve —dijo Yelena, robándome el móvil con mano experta—. Me quedaré aquí fuera y contestaré las llamadas.

Mamá debía de estar observando y esperando. Abrió la puerta antes de que llamara y salió corriendo a abrazarme.

No pude decir nada, no pude hablar, ni siquiera después de que entrásemos.

No fue hasta que me sentó en el salón, con una taza del café recién hecho de John y un plato de sus propias galletas de chocolate

y canela, que me dejó hablar.

Tenía arrugas de preocupación en la cara que antes no tenía. Me partieron el corazón.

—¿Cómo estás? —me preguntó—. Nadie ha podido decirme exactamente qué te pasa.

Suspiré.

—Eso es porque todo es secreto —le dije—. Pero estoy bien, mamá. ¿Ves? —Me levanté y di una vuelta sobre mí misma.

—Bueno… —No estaba convencida, pero al final pasamos a hablar de sus amigos, los Quinn. Les ayudé con una reclamación al seguro por un robo en otoño y por fin les habían dado la indemnización. Habían pasado para darle la noticia.

John resopló.

—Y para que Ruth sacara a relucir cualquier chisme sobre ti —dijo. Olfateó y ocultó una sonrisa—. Tengo que escribir unas cartas. Os dejo con ello.

Había pensado que a mamá y a mí nos resultaría más fácil hablar sin él.

No me merecía a mi madre, ni a mi padrastro.

Cuando la puerta se cerró silenciosamente tras él, mamá se miró las manos.

—Ruth no vino realmente a cotillear. Es sólo que ella… es normal, se interesa por lo que está pasando.

Es normal.

—Fue muy considerado por parte de Alex y Jen llamarme —dijo mamá—. Los dos han sido muy amables.

Sus manos se deslizaron una sobre otra como si se las estuviera lavando. Se dio cuenta y se detuvo, entrelazando los dedos.

—Supongo, por el hecho de que ambos me llamaran, varias veces de hecho, que, bueno, ¿no se ha llegado a ninguna resolución? —dijo.

Por mucho que mamá intentara entender mi vida amorosa, no acababa de aceptar que pudiera querer a dos personas por igual al mismo tiempo.

—Es lo que era —dije.

—¿Y los dos forman parte de alguna manera de todo este caso del FBI en el que estás metida?

—Sí. —Nos estábamos acercando a cosas que no podía explicar.

—Hmm... —Separó los dedos para dar un sorbo de café—. ¿Te ha contactado el agente Ingram?

Sentí una punzada de preocupación. ¿Por qué preguntaba por él?

—Hemos hablado hace poco —dije con sinceridad.

—Es curioso. La última vez que hablé con él, estaba segura de que en realidad no sabía dónde estabas, pero claro, tenía que saberlo, si todos formáis parte de la misma investigación, ¿no?

¿Quién necesita Adeptos sensores de la verdad?

—Bueno, no necesariamente. —Tenía que sacar a mamá de este tema, y sabía que también debía preguntarle por mi hermana—. ¿Cómo está Kath?

A mamá se le cayó el alma a los pies. La mano con la que iba a coger el café temblaba.

—Ha dejado el trabajo.

—¿Qué?

A Kath le encantaba su trabajo como abogada. Entendía que no le hubieran nombrado socia, algo de lo que me culpaba a mí, pero ella vivía para ese trabajo.

Mamá se recostó en la silla y no me miraba.

—Tenía problemas.

Sí. De los que se beben.

No podía decírselo a mamá, pero no hacía falta. Ella sabía lo que estaba pensando.

—No es el alcohol, Amber. —Hizo un gesto con la mano—. Oh, se emborracha, pero ese no es el verdadero problema.

—Entonces, ¿qué es?

—No lo *sé*. No quiere hablar conmigo.

Me reí, sin humor.

—Entonces no hay ninguna posibilidad de que hable conmigo.

Mamá negó con la cabeza.

—Es sólo que… hay algo ahí. Un presentimiento. Ya te lo conté antes…

—Sí. Se descarriló un tiempo, después de que me fuera al ejército.

Mamá frunció el ceño y volvió a negar con la cabeza.

—No te estoy echando la culpa. Es sólo que tengo la sensación de que tú podrías ayudarla. Estabais muy unidas antes de que te fueras. De alguna manera, todo forma parte de lo mismo: tu marcha, sus problemas. Es que no lo sé. No habla con nadie más. Ni siquiera con Taylor.

—¿Sigue por ahí? —pregunté, sorprendida.

El prometido de Kath, Taylor, era un abogado astuto y superinteligente del mismo bufete en el que había trabajado Kath. Era un tipo bastante agradable, pero no me caía bien. Para ser sincera, esperaba que le dejara en cuanto se diera cuenta del desastre en que se había convertido.

—Sí. Y no sólo cuando puede. Se ha tomado un año sabático para cuidar de ella —dijo mamá.

Abrí la boca, pero no me salió nada. En el ambiente tan competitivo de los grandes bufetes de abogados, eso era sorprendente. Era como si hubiera dimitido.

Había subestimado mucho a Taylor.

—Ahora lo sé —comenzó mamá, y se detuvo para llevarse la mano a los labios brevemente—. Sé que algunas de las cosas que hizo Kathleen estuvieron muy mal...

—Mamá. —Levanté las manos para detenerla. Nunca perdonaría a Kath. Lo que había hecho no era tanto incorrecto como inexcusable. Pero haría cualquier cosa para aliviar la carga de mi madre—. Pronto es Navidad. Me aseguraré de poder volver y entonces haré lo que pueda con Kath.

—Esperaba que, ahora que has vuelto, pudieras ir a verla —dijo—. Quizá hoy. Te necesita de verdad, Amber.

—No puedo, mamá. Lo siento. Me acaban de avisar antes de llegar de que me necesitan de vuelta en Los Ángeles lo antes posible.

Apretó los labios.

—Claro. Seguro que eso es más importante.

Odiaba que me hiciera sentir culpable, aunque probablemente me lo mereciera. Había incumplido mi palabra demasiadas veces. Había desaparecido demasiadas veces, sin dar explicaciones adecuadas.

—Tengo que irme ya, mamá —dije—. Te prometo que volveré para Navidad.

Ya está, lo he dicho. Ahora tengo que cumplirlo.

Me sorprendió que no armara más jaleo por mi marcha. Parecía resignada, lo que, en cierto modo, me molestaba más que las quejas o la culpa. Como si hubiera perdido la esperanza de que estuviera ahí para ellos.

Nos abrazamos en el pasillo. John se acercó y me puso una mano torpe en el hombro.

—Ten cuidado, Amber —susurró mamá—. No podría soportar perderte.

Salí a la noche, y el aire frío me hizo brotar lágrimas de los ojos.

Capítulo 43

Forsythe tenía una casa aquí en Denver a la que acudía con frecuencia. Estaba cerca de Crestmoor Park, la zona de lujo de Hilltop, y a unos seis kilómetros al este del centro.

No hacía falta decirlo: que me pillaran entrando en su casa sería un desastre. Incluso dejar rastros de un allanamiento podría ser un problema.

¿Por qué vale la pena correr el riesgo?

Mi cabeza y mi instinto seguían debatiéndose sobre qué hacer con Forsythe, cuál sería *la solución* para mí. No me importaba qué amigos tuviera en las altas esferas ni lo inexpugnable que fuera en los tribunales, sabía que podía llegar hasta él y acabar con todo de un tiro. Eso no me parecía precisamente mal, pero, de alguna manera, no me parecía *suficiente*. Empezaba a pensar en derribar primero todo aquello en lo que estaba involucrado, sacando a la luz todos los oscuros secretos de su vida.

¿Era realmente un violador en serie? ¿Lo había sido todo este tiempo? ¿Cómo había podido salirse con la suya?

Estaba absolutamente convencida de que Tove creía lo que me había contado: que Denver era donde llevaba a las mujeres —*a las chicas*— y, si tenía razón, tenía que haber alguna pista por aquí.

¿Y qué hay de la actividad delictiva?

Quizá hubiera pistas al respecto. Algo que nos permitiera desmantelar el grupo criminal del que Elizabetta creía que formaba parte. Algo que pudiéramos pasarle al teniente Reed.

Pasamos junto a las lujosas casas de los vecinos de Forsythe. Todas se levantaban en parcelas de mil metros cuadrados con jardines cuidados que llegaban hasta el borde de la carretera. Arces ornamentales y setos esculpidos ocultaban parcialmente las ventanas de los salones, iluminadas con luz cálida, los porches y las puertas con brillantes adornos navideños, las escaleras de entrada de estilo colonial y los balcones franceses al estilo de Nueva Orleans. Alcancé a ver garajes para varios coches con luces con sensor de movimiento que iluminaban los caminos de entrada.

Y todo eso me inquietaba. Podía ver demasiado de las casas. El barrio era abierto, lleno de casas bien cuidadas a la vista unas de otras y de la carretera. Bueno para la gente que vivía allí.

No tan bueno para gente como yo que quería entrar a robar.

Y no era donde esperaba que Forsythe pasara sus fines de semana. Demasiado… *idílico*.

Incluso el rugido del motor de la Hill Bitch parecía fuerte y fuera de lugar en esta calle.

Al menos la Hill Bitch no tenía mal aspecto. Drake había hecho un trabajo increíble con ella. Todas las abolladuras habían desaparecido y la había pintado con un verde precioso tan oscuro que era casi negro. Oficialmente, la camioneta pertenecía a Altau, pero iban a tener que pelear conmigo por ella.

No queríamos llamar la atención, así que pasamos de largo por delante de la casa de Forsythe sin parar. Estaba a oscuras: una bonita casa de dos plantas con la fachada revestida de piedra, elegantes ventanas en arco y frontones de gran inclinación bajo un tejado de pizarra. Su garaje se extendía a la izquierda: largo y bajo, con espacio suficiente para tres coches. A ambos extremos del garaje había lámparas con forma de antiguas linternas de carruaje, que iluminaban el camino de entrada y la puerta principal.

Y en el lado derecho de la casa, justo debajo del alero, una gran caja de alarma amarilla con una luz roja parpadeante anunciaba su sistema de seguridad.

Resoplé. Era demasiado esperar que su casa estuviera oculta a la vista tras un muro y que no estuviera protegida por una alarma. Más valía esperar que hubiera dejado las llaves en la puerta principal.

Reduje la velocidad y giré un par de veces a la derecha, para que pudiéramos ver la casa que daba a la de Forsythe.

Muchas de las casas a ambos lados estaban a oscuras. Quizá las familias se habían ido por Navidad, o los propietarios estaban ausentes, como Forsythe. Todas con sistemas de alarma que parpadeaban silenciosamente su advertencia en la noche.

Yelena sonreía.

—Muchas alarmas, ¿verdad?

—Y sólo una fuerza policial. —Sabía adónde quería llegar—. No, Yelena. No voy a activar una docena de alarmas para crear una distracción mientras entramos en su casa.

—Vale. —No le importó que le quitara la diversión—. ¿Puedo usar tu ordenador portátil?

—Claro.

Conduje por todas las calles del barrio hasta que llegamos al parque que daba nombre a la zona.

Yelena estaba mirando la página web del fabricante de la alarma de Forsythe.

—Es un sistema celular —dijo—. Puedo hacer que entremos. Quizá manipular el sistema para que la alarma no se active.

—¿Qué probabilidades hay de que se active la alarma?

Frunció los labios.

—Un diez por ciento de posibilidades.

Le di vueltas al asunto. Un lugar al que él acudía con tanta regularidad debía de ser importante.

Las alarmas de los sistemas de seguridad domésticos casi siempre eran falsas. La policía no acudiría a menos que fuera una noche muy tranquila. Pasaría un guardia de la empresa de seguridad, y eso probablemente tardaría unos quince minutos. Si veía algo sospechoso, llamaría a la policía. Aun así, su llegada dependería del volumen de trabajo.

Tendríamos mucho tiempo para estar en otro sitio, si nada salía mal.

Merecía la pena el riesgo.

—Lo haremos —dije.

Una hora más tarde, habíamos dejado el Hill Bitch junto a una iglesia al otro lado del parque y estábamos agachadas en la oscuridad en la parte trasera de la casa de Forsythe.

Me había sentido avergonzada en Nuevo México cuando Tullah había demostrado su habilidad para forzar cerraduras, ya que yo no sabía hacerlo, así que durante mi tiempo libre en Los Ángeles había aprendido el arte. Estaba lista y esperando la señal de Yelena, con los guantes de látex que me dejaría puestos dentro de la casa.

Yelena tenía el escáner de radiofrecuencia que le había pedido prestado Matt hacía mucho tiempo y que había dejado en la camioneta. Había reconectado los controles y estaba pasando pacientemente por los canales y observando la lectura de la pantalla.

—Su alarma utiliza sólo un canal para comunicarse con la empresa de seguridad y otro para comunicarse con los dispositivos de detección —murmuró—. Mientras no los bloquee durante más de cinco minutos, no pasa nada por la pérdida de señal.

—Entonces, una vez que la cerradura esté abierta, ¿tenemos cinco minutos para desactivar el sistema?

Ella asintió.

—De acuerdo.

Me puse a trabajar en la cerradura. Al cabo de un par de minutos sentí el último y sutil clic que me indicó que todos los pestillos estaban en la altura correcta y listos para girar.

—¿Lista? —pregunté.

Yelena pulsó un botón del escáner y observó la pantalla.

—Adelante —dijo.

Giré la cerradura y la puerta se abrió.

Yelena se escabulló a mi lado como un gato.

Se detuvo un segundo para echar un vistazo rápido al detector que había sobre la puerta y luego corrió hacia el pasillo. Tal y como habíamos acordado, me quedé junto a la puerta, con el corazón en un puño y lista para salir corriendo.

Tardó menos de un minuto.

—No hay nadie —dijo, volviendo a entrar.

—Suenas casi decepcionada.

Me di cuenta de que estaba sonriendo en la oscuridad.

—Es un sistema básico. Este hombre puede permitirse algo espectacular. Sensores de movimiento, ultrasonidos, rayos láser. Pero no hay nada.

Se acercó a una ventana y la examinó con atención antes de encogerse de hombros.

—No rompas ninguna ventana. No abras ninguna ventana. No abras ninguna puerta exterior.

—¿Y cuando nos vayamos?

—Haré otro reinicio. Tendremos veinte segundos para salir. Fácil.

—Genial.

Miré a mi alrededor. Habíamos entrado por una sala de estar con amplios ventanales.

Era un barrio tranquilo. Se oía algún que otro coche al pasar, pero todo lo demás parecía estar en silencio. La casa en sí estaba completamente en silencio.

Cubrí la linterna con la mano, dejando que sólo saliera un haz muy fino. Mi visión nocturna era lo suficientemente buena como para captar los detalles.

Había sillones y un sofá: muebles grandes, redondeados y tapizados en cuero. Algo no cuadraba. Al inspeccionarlo más de cerca, no se apreciaban signos de desgaste, ni manchas en la alfombra frente a la chimenea sin usar, ni polvo en las esquinas. Podría haber sido una casa piloto.

Me adentré en el pasillo principal, pisando con cuidado sobre el suelo de madera de nogal americano. De nuevo, nada de desorden. No había abrigos en el perchero junto a la puerta principal. Nada. Me arrodillé. El suelo pulido no mostraba abolladuras, arañazos ni marcas que pudiera ver con esta luz.

Me levanté.

Una escalera curva con barandillas metálicas subía hacia los dormitorios, y unos peldaños a juego bajaban al sótano. Una puerta a un lado del vestíbulo revelaba una cocina de exposición con superficies de losas de granito brillante, una despensa y todos los utensilios de cocina e ingredientes guardados en armarios de madera de aliso. Sólo la barra de desayuno parecía haber sido utilizada alguna vez. La nevera y el congelador estaban vacíos; apagados y con las puertas entreabiertas. La despensa sólo contenía unos pocos productos enlatados y cajas de plástico selladas de cereales y pasta seca. La lavadora estaba vacía y las encimeras pulidas.

Empecé a pensar que aquello era una pérdida de tiempo.

Se encendieron las luces del patio.

Mierda.

Los haces de luz inundaron las ventanas laterales a ambos lados de la puerta principal.

Nos apretujamos en un rincón en penumbra justo al entrar en la cocina.

—¿Estás segura de lo de la alarma? —pregunté.

Ella asintió con la cabeza.

Si no era la policía respondiendo a una alarma, ¿qué era?

Había tapado la linterna; era imposible que alguien pudiera verla. Pero ¿nos habían visto entrar por la parte de atrás?

Un perro ladró.

—Nos han pillado —dijo Yelena.

—Quizá.

Me deslicé de vuelta al pasillo. Todavía nadie miraba por las ventanas. Corrí hacia la puerta principal y escuché.

—¿Qué pasa, amigo? ¿Qué es eso?

Más ladridos emocionados. No era la policía. Era alguien paseando a un perro. Y un perro que había olido algo que no esperaba oler allí.

No nos hacía falta esto. Queríamos entrar y salir de este lugar.

Bueno… lo que había funcionado en Albuquerque quizá funcionara aquí.

Me imaginé a Cameron al otro lado de la puerta. Su dominación punzante y poderosa hinchándose, empujándome a través de la puerta. Mi propia reacción ante ello.

Los ladridos cesaron, se interrumpieron de repente.

Me imaginé al perro diciendo: *«Oh, mierda»*.

—¿Qué pasa, amigo? —La voz del tipo ahora sonaba desconcertada.

Un gemido. Un sonido de arañazos. Y la sensación de que el pobre perro se escabullía.

Me sentí fatal.

—Ha sido divertido. —Yelena echó un vistazo rápido por las ventanas—. Se han ido.

—Vamos al estudio —dije.

Estaba decorado al antiguo estilo colonial. Un pesado escritorio de madera con la tapa de cuero verde incrustado se encontraba frente

a una biblioteca de libros de referencia de lujosa encuadernación.

Empecé a revisar los libros, comprobando si había algo escondido detrás de ellos.

Todo estaba limpio y sin polvo. Eso no me indicaba que Forsythe fuera un ávido lector. Lo más probable es que despidiera a cualquier limpiadora que no dejara la casa impecable para sus visitas.

Sus visitas. Era imposible que esta casa se utilizara un par de veces al mes.

Yelena revisó el escritorio.

—No parece que se haya usado en absoluto —dije—. Todo esto es para aparentar.

Ella asintió.

—No hay nada en los cajones salvo material de papelería —dijo—. Ni siquiera están cerrados con llave. No hay compartimentos secretos.

Le dejé seguir con su trabajo, pasando mis dedos cubiertos de látex por los adornos colocados en una de las estanterías sin usar de la biblioteca. Había un antiguo globo terráqueo giratorio, un cuenco de oración tibetano de bronce, algunas tallas africanas de esteatita y un Buda de jade liso.

—¡Ah! Hay un portátil —dijo Yelena.

Mis dedos se deslizaron dentro del cuenco tibetano. Algo se movió en el fondo y lo saqué. Dejé que el fino haz de luz de la linterna lo iluminara. Una ficha de casino. En el arco exterior estaba impreso *Bellagio* y en el centro*, 25 000 dólares*.

Yelena se acercó a mi hombro y lo miró con atención.

—Es una ficha muy grande para dejarla tirada por ahí.

Me encogí de hombros. Era lo suficientemente rico, quizá no significara nada para él.

—¿Qué puedes hacer con el portátil?

—Aquí nada, pero dame quince minutos —dijo Yelena—. Podría sacar el disco duro y clonarlo. Podemos ver qué hay en él más tarde.

—Hazlo —dije—. Yo terminaré de registrar el resto de la casa.

Subí las escaleras. La distribución era sencilla: tres dormitorios y un baño principal. Era como si hubiera entrado en una suite de hotel. Los armarios estaban vacíos, salvo por unas perchas y

ambientadores. Las camas estaban hechas e incluso tenían colchas de estilo hotelero. En las mesitas de noche había radiosdespertadores desconectados. El baño estaba bien surtido de artículos de aseo sin usar en cajas de marcas de lujo.

El dormitorio principal era similar. Cama hecha, cuarto de baño con artículos de aseo y medicamentos genéricos: analgésicos y jarabes para la tos. Los armarios contenían ropa y zapatos caros de hombre, calcetines, camisas y ropa interior aún en su embalaje, un albornoz blanco y toallas mullidas.

Revisé los cajones, medio esperando encontrar la Biblia de Gedeón.

Nada. Ni siquiera había polvo debajo de la cama.

Suponiendo que la información de que Forsythe se marchaba de Los Ángeles cada dos semanas era cierta, ¿adónde iba? A Denver no... o, al menos, no a este lugar.

Todo en ese lugar me parecía un poco extraño. No encajaba con su imagen. No era una casa, sino más bien una habitación de hotel privada permanente que necesitaba de vez en cuando. Quizá un lugar que había usado antes, hasta que apareciera algo mejor.

Volví a la planta baja.

Yelena seguía trabajando. Se había metido en la despensa para que la luz de la pantalla no se viera desde fuera.

Me quedaba un lugar por registrar. El sótano.

Me quedé en el vestíbulo y escuché. Nada, ni siquiera para mis oídos de lobo, salvo el zumbido casi inaudible de mi portátil.

¿Por qué ese temor?

Había una pequeña rampa de escaleras que bajaba hasta un pequeño rellano y una puerta sencilla. Bajé los escalones y me detuve de nuevo.

La pequeña escalera era el tipo de lugar donde se acumularían los trastos de una familia en una casa habitada. Abrigos, bufandas, gorros de esquí, trineos de niños, zapatos de exterior. Incluso un soltero que se alojara aquí de vez en cuando la utilizaría. Quizá guardaría aquí una bicicleta. Material deportivo. *Algo*.

Estaba vacío y olía a ambientador.

La puerta estaba cerrada con llave. Una puerta interior que daba a un sótano sin otro acceso. Cerrada con llave.

¿Por qué? ¿Qué hay dentro?

Revisé los bordes de la puerta en busca de cables evidentes que pudieran indicar otras alarmas de seguridad, pero si los había, no los vi. La cerradura no era nada sofisticada: una cerradura de palanca estándar.

Fácil.

Cinco clics y un giro. El pestillo se deslizó hacia atrás con un suave chasquido.

Guardé mis ganzúas en el bolsillo y agarré el pomo.

Sótano. Forsythe.

No ese sótano. No esa chica. Yo tengo el control.

La inquietud parecía crecer a medida que empujaba la puerta para abrirla, con mis instintos de lobo en alerta.

Silencio. Aire viciado. Polvo. Olores antiguos. Rastros de cerveza y comida para llevar. Sudor. *¿Excitación?*

El sótano no tenía ventanas al exterior, así que, incluso con la vista de licántropo, me enfrentaba a una oscuridad sin fondo.

Dejé que se filtrara un rayo de luz de mi linterna.

Jadeé.

Unas figuras envueltas en capas se encontraban de pie por toda la habitación.

—¿Amber? —siseó alguien desde la cocina.

—Me he asustado, lo siento. No es nada —mentí—. Nada.

Me dejé caer pesadamente en el último escalón.

No era una reunión secreta del Ku Klux Klan.

El chiste no tuvo gracia.

No necesitaba la luz, no necesitaba explorar, y seguía allí sentada, abrazándome las piernas, cuando Yelena bajó.

—Ya lo he copiado. Hay algo que deberías... —Se detuvo—. ¿Qué pasa?

—Cierra la puerta y enciende la luz —dije.

Era un sótano enorme, casi tan ancho y largo como la casa que había encima. Eso es lo que había intuido sentada en la oscuridad, escuchando los latidos de mi corazón.

Se encendió la luz y Yelena soltó un gruñido de sorpresa sin decir nada.

Me levanté y levanté una de las sábanas de polvo que me habían dado un susto.

—Luces de colores de discoteca sobre trípodes —dije—. También sirven como luces de estudio fotográfico.

Me giré y señalé hacia el fondo, donde había una amplia mesa oculta bajo más sábanas de polvo.

—Puesto de DJ. Probablemente ahora sea un sistema informático en lugar de tocadiscos. Altavoces. Cámaras de vídeo.

Una mesa de trabajo recorría toda la pared del fondo.

—Para la cerveza y las pizzas.

Yelena se acercó a la pared lateral y corrió las cortinas que había allí.

—Una pared de pantallas de plasma.

Y en la parte delantera, la única diferencia con respecto al sótano de la casa de sus padres de hacía tantos años: un sofá enorme. De esos que se despliegan y se convierten en cama.

—Esto es una locura —dijo ella—. Una auténtica locura.

Yelena había estado allí en mis sesiones. Había *visto*, a través de mis ojos, este sótano.

—No usa esta casa a menudo —dije.

Mi voz era tranquila, pero sentía frío en todo el cuerpo.

—Está obsesionado. —Señalé la distribución—. Esto no es una casualidad. Esto es lo que hace, cómo lo hace. Una fiesta con sus amigos. Luego droga a una mujer y la viola. Lo hace una y otra vez. Quizás, después de todo este tiempo, ya no pueda hacerlo de otra manera.

Estaba haciendo conjeturas, pero era como forzar una cerradura en mi mente. Girabas y sondeabas, incapaz de ver lo que estaba pasando, y de repente llegaba un punto en el que sentías que los pestillos se alineaban y sabías que la cerradura estaba abierta.

—Y si no lo está haciendo aquí, lo está haciendo en otro sitio —dije—. Un lugar que tenga un sótano igual que este.

Dondequiera que fuera en todos esos viajes cuando la gente pensaba que venía aquí.

—Deberías ver esto. —Yelena se sentó en el suelo y abrió el portátil—. No he tenido tiempo de revisarlo todo, aunque supongo que no dejaría nada realmente incriminatorio en esta casa. Pero hay esto… los borradores de los anuncios publicitarios de ese nuevo espectáculo del que nos habló Tove.

Las caras del mañana. Tal y como había dicho Tove.

En la pantalla se veía un dossier de prensa de aspecto lujoso. El tipo de imágenes y textos con los que la industria televisiva bombardea a periódicos y revistas para promocionar un programa antes de su estreno.

Era un concurso de talentos, dirigido específicamente a chicas adolescentes de entornos con bajos ingresos o zonas económicamente deprimidas. Chicas jóvenes, de entre trece y quince años. Prometiendo fama y fortuna a unas pocas elegidas: una historia al estilo de Cenicienta, de la pobreza a la riqueza.

Chicas en la pobreza. Desesperadas por salir de ella. Chicas que quizá carecieran de un apoyo familiar sólido. O de acceso a abogados si las cosas salían mal. Quizá incluso chicas a las que nadie echaría de menos si desaparecieran.

Había una certeza enfermiza en lo más profundo de mi estómago.

No habíamos sacado nada de esta casa sobre sus otras actividades delictivas, pero ahora estaba segura de que Forsythe no era un violador oportunista. Era un violador sádico y organizado.

Y lo había sido desde que me violó. Quizás incluso antes.

Ahora tenía un programa que le iba a proporcionar chicas jóvenes desesperadas por triunfar en Los Ángeles.

Llevaba doce años comportándose así porque yo se lo había permitido. Porque había huido.

—No es culpa tuya —susurró Yelena, intuyendo lo que pasaba por mi mente.

No podía estar de acuerdo.

—Tenemos que irnos —dije—. O voy a vomitar.

Capítulo 44

Yelena me llevó volando a Van Nuys a primera hora de la mañana.

La envidiaba por tener algo en lo que concentrarse. Dormité inquieta, incapaz de relajarme por completo, volviendo a culparme una y otra vez por lo que Forsythe había sido capaz de hacer a lo largo de los años. Por lo que todavía podría hacer, si no lo detenía.

Aún estaba oscuro y Elizabetta nos esperaba con una de las furgonetas de patrulla de Altau y un equipo de seguridad. Un claro recordatorio de que en Los Ángeles estaban pasando más cosas a parte de mi intención de hacer algo con Forsythe. Tenía responsabilidades con los Athanate y los licántropos, pero tenía la intención de dedicar cada minuto que pudiera a conseguir algo contra Forsythe que lo dejara en evidencia. O, en su defecto, encontrar una forma de hacer que desapareciera sin que eso se volviera en mi contra ni contra los Athanate. Ahora que Ingram estaba involucrado en la Revelación, empezaba a darme cuenta de que teníamos que ir con cuidado en lo que respecta a actuar al margen de la ley. Lo último que necesitábamos era que él le dijera al gobierno que éramos un puñado de renegados sin ley.

Fue Yelena quien rompió el silencio mientras nos acomodábamos en la parte trasera de la furgoneta.

—¿Qué necesitamos saber esta vez?

Elizabetta se pasó los dedos por su larga melena rubia y cerró los ojos un momento.

—Empecemos por lo fácil. La estrategia de Ibarre de intentar socavar a Skylur desacreditándote no le ha servido de nada. Pero lo que sí ha conseguido es centrar la atención de la reunión en los detalles de los posibles planes para la Revelación.

—Poner el carro delante del caballo —dije, y ella asintió.

—En concreto, en la reunión se han analizado los sistemas jurídicos, debido a Ibarre —prosiguió—. Correia se ha sumado a esto, señalando que Skylur está pidiendo apoyo para la Revelación sin ningún plan detallado sobre cómo podrían interactuar los sistemas jurídicos del Athanate con los sistemas jurídicos humanos.

—Eso es una locura —dije—. Depende de los gobiernos de los países en ese momento. ¿Qué se supone que debe hacer Skylur? ¿Planificar cada detalle, cada salvedad y cada plan alternativo antes de que acepten que realmente pueda poner en marcha el proyecto?

Por supuesto, la Revelación había comenzado en Denver con el agente Ingram, pero dependía de Naryn decidir a quién más se le permitiría saberlo.

—Y no es únicamente el gobierno, también depende del credo de los Athanate en cada país —dijo Yelena.

Elizabetta levantó las manos.

—Ahí tienes el último día y medio de debate. Pero ahora todo puede cambiar.

—¿Por qué?

Salimos con cuidado a la 405. El tráfico aún era escaso, pero se iba intensificando por momentos.

—Panethus y el Camino Oculto están empatados —dijo Elizabetta —. Discuten los argumentos, pierden algunos, ganan otros. Aunque Diakon Huang ha indicado que hoy nos honrará con su presencia oficial y se unirá al debate. Sea cual sea el peso que le den a su voto, él representa un gran bloque, así que el bando que Huang respalde ganará.

—Se supone que debo mantenerme alejada de él —dije—. ¿Dijo Skylur claramente que debía asistir a la reunión de hoy?

—Huang solicitó tu presencia como enlace de los licántropos. — Hizo una mueca—. Así que no dejes que te pille sin Skylur o Tarez cerca.

Mierda.

—¿Ha dado Huang alguna pista sobre de qué lado se va a decantar? —pregunté.

Elizabetta negó con la cabeza.

Eso me inquietó.

Puede que Huang y el Imperio tuvieran interés en la Asamblea, pero Kaothos seguía siendo lo que realmente buscaba.

¿Lo suficiente como para que Huang se pusiera del lado de Panethus, si existía la posibilidad de que pudiéramos encontrar a Kaothos?

¿Qué había dicho Skylur? *Nada es tan importante como la Revelación*. ¿Y si Huang lo convencía de que la única forma de que Kaothos pudiera trabajar para la Revelación era si se infiltraba en una comunidad de Adeptos del Imperio?

Salimos de Ventura y giramos hacia el sur por Hollywood. La furgoneta redujo velocidad por el tráfico.

—No hay nada más que pueda añadir al respecto por el momento —dijo Elizabetta. Su ritmo cardíaco se aceleró y una mirada evasiva se reflejó en sus ojos—. Pero tengo noticias sobre Forsythe.

Inmediatamente sentí una punzada de culpa. Yo no era responsable de que Elizabetta espiara de la forma en que lo hacía; eso era culpa de Skylur. Pero al utilizarla para averiguar cosas sobre Forsythe, tenía que compartir esa responsabilidad.

—No te he dicho lo mucho que aprecio lo que estás haciendo —le dije a Elizabetta—. No sólo por mí, sino por todos nosotros.

Su sonrisa era pálida.

—He recibido mucho apoyo de ti y de tu Casa. —Suspiró y miró hacia el techo de la furgoneta—. Es… difícil. Pero sabes, lo peor no es lo que la gente cree que es. Para mí, lo peor es que Jefferson Reed es en realidad un buen hombre. Un *buen* hombre. No se merece lo que está pasando. Lo que le estoy haciendo.

No sabía muy bien qué hacer, pero me sentía incómoda sin hacer nada, así que le cogí la mano y se la estreché. Esa charla sobre Reed era una distracción; ella se resistía a decir algo. Esperaría; teníamos tiempo.

—No sé cuánto tiempo más podré seguir así con Jefferson —dijo —. No por ningún problema mío. No, fue una estupidez por mi parte dejar que me viera con vosotras dos en el restaurante.

—Lo entiendo —dije—. Nadie puede culparte.

Volvió a sonreír, un movimiento fugaz de sus labios. Estaba claro que pensaba que alguien le culparía.

—Jefferson pasó de estar un poco desconcertado por lo que me había pasado desde que me fui de Los Ángeles a estar francamente receloso después de conoceros. Encontré nuevas búsquedas de información sobre vosotras dos en su portátil y, por supuesto, eso abre una nueva caja de Pandora. En cuanto descubra lo poco que

puede averiguar sobre cualquiera de vosotras, empezará a preguntarse qué estamos tramando. Mi posición se verá comprometida y todos vosotros estaréis en el punto de mira de la policía de Los Ángeles. —Bajó la cabeza—. Bueno, lo que tenga que pasar, pasará. Tendré que decírselo a Skylur hoy mismo.

—Se lo diremos juntas.

—Hay otra cosa —dijo ella.

—¿Hmm? —Sentía que se trataba de otra distracción. Estaba deseando que volviera a hablar de Forsythe.

—Dante.

Sentí una oleada de irritación hacia Dante. ¿Iba a meterme en problemas con Skylur?

—¿Qué? —dije—. Se ausentó sin permiso. ¿Ha vuelto?

—No, pero llamó a Dominé. —Elizabetta se pasó la mano por el pelo otra vez—. Posiblemente esté a salvo.

Un escalofrío me recorrió el estómago: el castigo por mi irritación egocéntrica con Dante.

Mi Casa. Mía. Posiblemente no era suficiente.

—¿Dónde?

—Tiene un trabajo no remunerado como recadera en el nuevo programa de Forsythe. La gente lo hace todo el tiempo en la industria. Ya sabes, conocer a las estrellas, ganar experiencia, tener una oportunidad.

Ahora me sentía como si me hubieran dado una patada en el estómago.

—¿Qué demonios cree que está haciendo?

Elizabetta me dedicó una sonrisa sincera.

—Está intentando impresionarte, Amber —dijo Elizabetta—. Intentando demostrar que es digna de tu Casa. No un lastre, sino tu intrépida espía. Estará lo suficientemente a salvo si mantiene un perfil bajo. Y, aunque él supiera quién es, Forsythe no podría hacer nada en esos platós. Están llenos de testigos.

—Yo… —Me callé. ¿Cómo podía decirle que mi Casa no debía arriesgarse de ninguna manera para obtener información sobre Forsythe, cuando comparaba eso con lo que la propia Elizabetta estaba haciendo?

Elizabetta no pareció darse cuenta de lo mucho que me había afectado, tenía toda su atención en lo que había estado evitando mencionar.

Empezó a hablar, y las palabras salieron de forma abrupta.

—¿Los datos que he estado sacando del ordenador de Jefferson? He tenido tiempo de revisar los subdirectorios. Es información de todas partes, desde bases de datos federales hasta expedientes de sus informantes confidenciales. Parecía material de fondo que Jefferson estaba recopilando por si alguna vez llegaban a arrestarlo. Lo leí y pensé que era exagerado hasta que leí el informe federal. No estoy segura de que Jefferson creyera lo que hay en esos archivos hasta que tuvo en sus manos ese informe del FBI.

—Vas a decirnos que es un violador en serie que utiliza su programa de televisión para encontrar chicas —dije—. Ya lo sabemos.

Ella negó con la cabeza, negándose a mirarme.

—Eso es... —Tragó saliva—. Eso es su actividad secundaria.

—*¿Qué?*

—No estoy restando importancia a lo que hace con esas chicas… a lo que os hizo a ti y a Tove. Pero el informe del FBI dice que hay alguien en el sur de California que es un pez gordo en una red internacional de tráfico.

—Trata de blancas —dijo Yelena—. ¿Mujeres y niños para la industria del sexo?

Elizabetta asintió.

—¿Y los informantes dicen que es Forsythe? —pregunté.

—Nadie lo nombra de forma creíble, pero la descripción encaja: alguien afincado en Los Ángeles, importante en el sector y que tiene contactos en la fiscalía y en la policía. Y hay detalles sobre asesinatos que apuntan a Forsythe. Jefferson y su jefe están seguros de que es él y de que es una especie de jefe regional para el suroeste. Esta red trafica con personas hacia Estados Unidos desde todo el tercer mundo y muchas de ellas entran a través de la organización de Forsythe.

Como un negocio. Camiones que entran, camiones que salen. Almacenes. Inventarios. Cuentas. Desperdicio.

El horror de todo aquello se me metió en la cabeza.

—Jefferson no cree que los programas sean algo completamente independiente —dijo Elizabetta—. Se presentan jóvenes de todo el país. Los equipos de producción organizan «castings masivos» en todas las grandes ciudades, y las colas para entrar se extienden a lo largo de varias manzanas. Estamos hablando de miles.

—No sería difícil —dije—. Seleccionan a unas pocas.

Chicas crédulas. Chicas desesperadas por la fama y la fortuna, o simplemente desesperadas. Chicas que se lanzarían a la primera oportunidad de una «segunda prueba especial». Chicas sin nadie que las cuide.

—Esa es su especialidad, eso es lo que le valió su puesto en la cadena. Suministra chicas secuestradas aquí para venderlas como esclavas sexuales en otros lugares. Hay una prima… una prima en algunos sitios por chicas jóvenes estadounidenses o canadienses con carácter. Especialmente chicas fuertes o privilegiadas. Los compradores valoran eso. Lo valoran porque disfrutan destruyéndolo.

Yelena murmuró algo en Athanate y luego añadió:

—Está *enfermo*. Todos están enfermos.

La furgoneta se detuvo.

Habíamos llegado al centro de conferencias.

Salí tambaleándome de la furgoneta en silencio, estaba aturdida.

Los primeros sonidos de la ciudad se filtraron: coches, sirenas, voces, todo flotaba en la fresca brisa matutina. Y contra el cielo del este, cada vez más claro, se recortaba la silueta de un helicóptero, alejándose con un ruido sordo en algún lugar, ocupado en sus asuntos. ¿Tráfico? ¿Noticias? ¿Hospital?

Ninguno de ellos se daba cuenta.

Las tres nos abrazamos, buscando algún hilo de consuelo que nos protegiera contra los horrores de las palabras de Elizabetta.

Todo parecía irreal, lejano.

Habíamos conducido hasta allí por amplias autopistas que atravesaban la cuenca de Los Ángeles. Habíamos pasado por calles luminosas decoradas para los compradores navideños, cuya felicidad de neón se difundía en la noche que observaba.

Y habíamos pasado de largo por todo ello, aisladas de este mundo despierto, con sus colores deslizándose por el interior de la furgoneta como un mensaje que no podíamos leer.

Un millón de personas se agitaban a nuestro alrededor, preparándose para unirse al pulso de la vida, para inundar las calles de Los Ángeles, obedientes a la llamada, siguiendo las reglas.

Y entre esa multitud pasaban otros, invisibles o apenas vislumbrados. Verdaderos monstruos, que tomaban la forma de hombres y permanecían invisibles. Criaturas que no hacían caso a la llamada ni seguían las reglas, formadas como si surgieran de la sombra proyectada por el mundo. La gente podía pasar sus vidas enteras sin ver a los monstruos, pero los monstruos creaban una marea, una corriente de retorno, arrastrando el brillo de la vida hacia la oscuridad, donde se volvía invisible junto a ellos.

Capítulo 45

—Id vosotras por delante —dije mientras pasábamos por el control de seguridad de Altau y entrábamos en el centro de conferencias.

Pequeños grupos de representantes se arremolinaban en el vestíbulo de entrada. El sonido de las conversaciones en voz baja era como el de las abejas en una colmena.

Empujé a Yelena hacia el auditorio principal.

Sólo necesitaba un momento para recuperar el equilibrio. Lo de Forsythe era culpa mía. Ya había dejado atrás la idea de buscar una solución y la fase de «si hubiera hecho algo». Ahora me centraba en encontrar la forma más rápida y efectiva de detenerlo a él y a su red criminal. Pero todo se complicaba por las tareas que tenía para Skylur y la nueva Asamblea.

Si conseguía que los licántropos me ayudaran, ¿sería eso actuar como sindesmón?

Di una vuelta por el vestíbulo, tratando de dejar a un lado lo que había descubierto sobre Forsythe para poder pensar con más claridad.

Estaba absorta en mis pensamientos, a salvo dentro de un centro de conferencias protegido por la seguridad de Altau. Pero no todos los enemigos estaban fuera; lo recordé demasiado tarde cuando me encontré el paso bloqueado.

—Diakon Huang —logré decir. Se había acercado en silencio, con paso sigiloso. Estaba flanqueado por sus Adeptos de mirada aguda.

—Casa Farrell. Perdóname, pero pareces preocupada.

—Lo estoy. Es algo privado. —Ni de coña iba a hablar con él de eso.

Iba vestido con sencillez: zapatos de cuero marrón con cordones, pantalones oscuros y una camisa blanca recién planchada, abierta en el cuello. Bien afeitado. Cabello negro y espeso, peinado. Rostro solemne, serio y preocupado.

El Diakon del Emperador del Cielo tenía un aspecto completamente normal y corriente; aunque su poder parecía irradiar de él como una lámpara.

Y compartía una cualidad con Skylur: en una foto de grupo, no lo verías en absoluto.

¿Mirarle a los ojos? Era completamente diferente.

Un hombre peligroso, tal y como me habían advertido, y que me miraba como una serpiente mira a un conejo.

Pero yo podía mirar fijamente a una pared de ladrillos; él no iba a hacerme parpadear.

Percibí su eukori. Como una bandera ondeando al viento, a cámara lenta. Un péndulo silencioso en un reloj de pie.

Retrocedí mentalmente. *No* lo quería en mi cabeza.

Con qué facilidad se había acercado sigilosamente. Y lo que es más importante, ¿cómo lo detuve?

—Te pido disculpas —dijo—. No es propio de mí entrometerme, pero hay momentos en que los acontecimientos se confabulan para eclipsar la comodidad de los buenos modales y el beneficio de la armonía, y este es uno de esos momentos.

Tiene razón en eso.

—Mi tarea aquí es de la mayor importancia —dijo—. No para mí. Ni siquiera para el Emperador. Para todos, para el mundo entero, pero sobre todo para tu amiga y su dragón.

Lo creo.

—Es vital que mi comunidad de Adeptos pueda ofrecer su ayuda lo antes posible. Retrasarlo es fomentar un peligro con consecuencias inimaginables.

Sí. Sí. Entiendo perfectamente su punto de vista.

—El conocimiento y el aprecio por los dragones son el corazón del Imperio. Una tragedia para un dragón sería una tragedia para el Imperio y para el mundo. Sabemos que un dragón inmaduro no puede canalizar la cantidad de poder que percibimos sin sufrir daños.

Yo había canalizado ese poder, una fracción de él, antes de que Kaothos tomara el control. Me había empujado al límite, convirtiéndome en una renegada. Fragmentos de los recuerdos de aquella noche flotaban ante mis ojos. *Sus alas ocultando las estrellas. Fuego en mis venas. El dolor atroz.*

—Sí. El dragón está herido. —Su voz se deslizó silenciosamente sobre mí—. En peligro. Eso necesita ayuda.

El «eso» resultaba chocante. Kaothos no era «eso». Kaothos era «ella». De repente, sus palabras me enfurecieron.

Tu ira es la gran fuerza que te impulsa.

Lo había dicho Habla-con-Lobos.

Sí. La ira era una vieja amiga a la que podía recurrir. Una amiga a la que estaba acostumbrada. Me despejó la mente, que sentía desenfocada y, de alguna manera, blanda.

Parpadeé. *Despierta. ¡Despierta!*

¿Cuánto tiempo llevo aquí de pie?

—Te pido ayuda para encontrar a Tullah y a su dragón, Casa Farrell —dijo Huang con suavidad—. Por su bien, y por el de todos los demás.

—No sé dónde está —dije. Las palabras se me escaparon. Mi voz sonaba oxidada.

Yo quería ayudarle.

¡No! Yo quería ayudar a Kaothos.

Es lo mismo, ¿no?

—Y, sin embargo… —sus ojos perdieron intensidad, mientras uno de sus adeptos le susurraba al oído.

Sentí que me temblaban las rodillas.

¿Qué había hecho? ¿Qué había visto?

—No tenemos tiempo —dijo Huang—. Nuestras conversaciones siempre han sido de lo más interesantes, Casa Farrell. Intuyo que podrías ayudarnos. Al igual que nosotros, sin duda, podríamos ayudarte. Quizás con apoyo para Altau. O incluso con una invitación para acompañar a Tullah y a su dragón al Imperio. Allí, te honraríamos por lo que te hace diferente y única, a diferencia de tantos de los Athanate aquí presentes, incluso Panethus, que no son tus amigos.

Skylur y Tarez aparecieron, con sonrisas fijas en los rostros.

Huang dio un paso atrás.

—O tal vez —dijo—, la ayuda que necesitas sería algo muy sencillo para nosotros. Algo relacionado con el asunto que tanto te inquietaba al llegar a esta reunión. —Se volvió hacia Skylur—. Por lo

que ahora se nos convoca a la sala de conferencias, creo. Casa Altau, Casa Tarez.

Skylur inclinó la cabeza formalmente y Huang se alejó, rodeado de sus Adeptos.

—¿Acaba de meterse en mi cabeza? —pregunté, con el corazón a mil.

Skylur resopló.

—No del todo. Tenemos que estar más alerta, Tarez.

Él también se dirigió a la sala de conferencias mientras Yelena regresaba trotando, con aire preocupado.

Tarez, normalmente tan alegre, parecía enfadado.

—Ten cuidado, Amber —susurró mientras nos dirigíamos hacia la entrada—. No debes dejar que te acorrale. No puedes defenderte de sus habilidades telérgicas.

Temblé. En medio del centro de conferencias, Huang había logrado escapar de la vigilancia de Altau y encontrarme. Tarde o temprano, lo volvería a hacer. Sólo necesitaría unos minutos.

Dentro del auditorio principal, Skylur ya estaba sentado y relajado en primera fila. Tenía los brazos apoyados en los reposabrazos de la silla y las yemas de los dedos entrelazadas. Parecía completamente a gusto, un hombre sin ninguna preocupación en el mundo.

Así que la cosa estaba mal.

A su lado estaba Imiso Correia, líder del Camino Oculto.

Yelena, Elizabetta y yo nos sentamos en los asientos que nos habían reservado en la primera fila.

Eché un vistazo a mi alrededor.

Durante la última semana, las Casas Athanate habían comenzado a agruparse en áreas geográficas y alianzas que otorgaban votos a un jefe nominal del grupo, por lo que el número de asistentes en Los Ángeles se había reducido drásticamente. Dos semanas atrás, el auditorio habría estado lleno. Ahora sólo quedaban los principales actores, unos cincuenta. Con sus equipos de seguridad. La hora temprana, obviamente, no había sido un impedimento para acudir a este debate.

Eugenie, de la Casa Passau, estaba sentada tres filas más atrás y me sonrió. Ella representaba a una gran parte de las Casas europeas. Así que todavía tenía algunos amigos aquí.

La otra persona que vi a unos asientos de distancia era Amelie Prowser. Skylur parecía pensar que no era una enemiga, pero yo no estaba segura de confiar en ella.

A muchos de los demás sólo los reconocí vagamente. El trazado de las líneas de batalla entre Panethus y el recién formado Camino Oculto parecía haber alterado la composición de los representantes.

Skylur se inclinó hacia delante casi tan pronto como nos acomodamos.

—Gracias —dijo simplemente, y la sala quedó en silencio—. Esta es una sesión informativa. Se ha solicitado la presencia de la Casa Farrell en calidad de sindesmón, por lo que hablaré en inglés. El tema de debate es la implicación de los códigos legales en la interfaz entre las razas humanas y las paranormales.

Correia se movió, pero no interrumpió.

—También quiero destacar que se trata de una sesión informativa, no de una votación —continuó—. Dada su independencia respecto a ambas partes, he pedido a la Casa Stanbrigge del Imperio de la Medianoche que resuma las posiciones como declaración inicial. —Skylur hizo un gesto a Stanbrigge.

—Gracias, Casa Altau —dijo Stanbrigge mientras se ponía de pie —. Seré breve, y sé que no podré captar todos los matices de las posiciones de todos los grupos y subgrupos. Perdónenme, pero el tiempo apremia.

Hubo sonrisas forzadas entre el público. Me habían dicho que este era el periodo más largo en el que un grupo tan numeroso de Athanate se había reunido en un mismo lugar desde la fatídica reunión de Orleans, a orillas del Loira, a finales del siglo XVII, cuando la mitad de los asistentes murió de forma violenta.

—Todos aceptan que, en algún momento, es posible que la humanidad descubra el mundo paranormal. Todos aceptan que un descubrimiento que nos pille desprevenidos podría ser fatal para

nosotros. Los Panethus creen que el descubrimiento es inevitable e inminente. Lo que nos divide no es sólo lo que hagamos en el momento del descubrimiento, sino también lo que hagamos para prepararnos.

Correia intentó interrumpir con un comentario, y Stanbrigge levantó una mano.

—O lo que podríamos hacer de manera útil para retrasarlo.

No sabían que la Revelación ya había comenzado, pero no podía compartir eso con ellos.

Correia se calló y Stanbrigge continuó.

—El Camino Oculto sostiene que los Athanate podrían impedir el descubrimiento, o retrasar activamente la Revelación hasta que estemos plenamente preparados y seamos capaces de tomar el control efectivo de una parte suficiente del mundo para garantizar nuestra supervivencia. El Camino Oculto no cree que sean necesarios cambios internos, por lo que el sistema legal consagrado en la filosofía del Camino Oculto debería permanecer inalterado e imponerse al resto del mundo.

Se oyó un murmullo entre los Athanate, que se movían y susurraban. Stanbrigge lo había resumido con justicia, pero al partido del Camino Oculto no le gustaba que se expresara de forma tan directa.

—Panethus es el partido que promueve la Revelación —dijo Stanbrigge—. Abogan por cambios en nuestra forma de vivir y actuar para minimizar el impacto del descubrimiento, para minimizar la apariencia de diferencias. En resumen, para posicionarnos de tal manera que la humanidad nos perciba como simbióticos y no parasitarios ni amenazantes. —Hizo una pausa deliberada—. La línea oficial de Panethus es que la preparación debe incluir la mejora de nuestras leyes, en particular restringiendo la vigencia de nuestras leyes y tradiciones exclusivamente a quienes pertenecen a nuestras comunidades y reconociendo las leyes humanas que rigen a quienes están fuera de ellas.

Podía sentir la inquietud de los Panethus a mi alrededor, pero el resumen era justo. En todo caso, nos favorecía ligeramente.

Y, sin que ellos lo supieran, ya estábamos hablando con el FBI a través del agente Ingram. Dudaba que esperara demasiado antes de dar el siguiente paso e involucrar a su jefe. Suponiendo que todo saliera bien. Cómo se gestionase eso con la nueva Asamblea dependía de Skylur. Estaba muy por encima de mi nivel. Eso esperaba.

Mientras tanto, los partidarios de Correia gesticulaban y gritaban que era una injusticia.

Stanbrigge esperó hasta que se le oyó.

—Todavía no estamos debatiendo el asunto. Sólo responderé a preguntas sobre la validez de mis resúmenes —dijo, y miró significativamente su reloj. Señaló a una mujer del grupo del Camino Oculto y pronunció un nombre que no pude oír.

—Por mucho que se ande con rodeos, no se puede ocultar —dijo la mujer—. Panethus permitiría que la ley humana se extendiera a nuestras comunidades y, a través de acontecimientos que quizá no se puedan prevenir, los humanos tendrían por tanto jurisdicción sobre Athanate. Esto es inacep...

—Gracias, ha dejado claro su punto de vista. Tomamos nota. ¿Casa Singh?

No había visto a Arvinder hasta que Stanbrigge pronunció su nombre.

¿Estaría Arvinder de nuestro lado? Estaba allí como único representante de Theokos, el credo de Athanate que abarcaba el subcontinente indio y que aportaría un gran bloque de votos en la nueva Asamblea. Los Theokos eran nominalmente Panethus, pero no tenían parientes como el resto de los Panethus, tenían devotos. Skylur había sobrevivido al voto de confianza de la última Asamblea sólo porque los Theokos se habían unido a Panethus. ¿Qué le habría susurrado Correia al oído a Arvinder para tentarlo a volver a su bando?

Y lo único que sabía de verdad sobre su postura era que Arvinder discrepaba de Skylur en cuanto a la gestión de la Revelación.

Su aspecto apuesto y desenfadado me hacía pensar en los bandidos de las colinas de Peshawar. Sin duda, sentía debilidad por los bandidos de las colinas, porque seguía sintiendo simpatía por él,

a pesar de sus intentos por convencerme de que me uniera a la Casa Singh.

—Tu resumen de las posiciones está lejos de ser completo —dijo.

¿Qué?

—El Imperio de la Medianoche se niega a debatir y aceptará la decisión de la nueva Asamblea sin protestar —respondió Stanbrigge —. Los Basilikos no tienen voz aquí. Han indicado que no participarán en la nueva Asamblea.

Hubo algunos comentarios en voz alta sobre la presencia de Basilikos, que ahora simplemente se hacían llamar Camino Oculto.

Arvinder esperó a que se calmaran los ánimos.

—Dado que esto excede el alcance de la reunión de hoy, sólo diré una cosa: puede que Basilikos no tenga interés en la Asamblea, pero la Asamblea *no* puede carecer de interés en Basilikos. Sin embargo, ese no era mi punto. Habéis expuesto las posiciones del Camino Oculto y de Panethus, y habéis declarado que el Imperio de la Medianoche queda fuera del debate por el momento. Pero entre las otras partes cuyas posiciones debemos conocer, está el Imperio del Cielo, que están muy presentes.

Mierda.

Percibí un movimiento entre los presentes y alcancé a ver a Huang a lo lejos, a mi derecha.

Al desafiar a Huang, ¿había echado todo a perder para Skylur? No veía qué podría haber hecho diferente. Skylur sabía que yo no sabía dónde estaba Tullah, así que no habría podido decírselo a Huang incluso si Skylur me lo hubiera ordenado para conseguir el voto de Huang. De hecho, me había dicho que evitara a Huang siempre que fuera posible. Sólo esperaba que Huang no se volviera contra nosotros por mi negativa a ayudarle.

Recordé lo que me había dicho la Adepta Emerson, hacía ya varias semanas, después de que hubiéramos hablado con Huang por videoconferencia en Haven. *Habíamos despertado al dragón dormido.*

¡Ojalá Alice Emerson estuviera en Los Ángeles! Bian no estaba de acuerdo, pero a mí me interesaba lo que ella tenía que decir sobre muchas cosas, especialmente sobre el Imperio del Cielo.

Mientras tanto, Stanbrigge asintió y volvió a sentarse, ya había cumplido con su tarea.

—Diakon Huang. —El gesto de Skylur le invitó a tomar la palabra.

Allá va.

Capítulo 46

Huang caminó hasta el centro de la sala y se quedó quieto, esperando a que se hiciera el silencio.

Cuando habló, su voz era tan baja que todos tuvieron que inclinarse hacia delante para oírlo.

No sabía qué me esperaba, pero desde luego no era lo que vino a continuación.

—Soy viejo, incluso un Athanate —dijo.

Sus palabras eran lentas y formales, con un ritmo que parecía arrastrarme.

—Hace muchos, muchos años, enterré a mi padre en una tumba sin nombre, bajo un solitario tilo en la ladera de una colina orientada al sur, cerca de un río tranquilo. En pleno verano, las hojas del tilo son densas, oscuras y verdes. Tienen forma de corazón, y bajo su sombra, el suelo siempre está fresco; el aire siempre huele a lima. Al acercarse el invierno, esas hojas cambian de color y caen como una cosecha del oro más puro, y forman una corona que descansa sobre la cabeza de mi padre. Entre las diversas guerras que desgarraron nuestra tierra, solía volver allí y tumbarme en esa ladera. Me aliviaba el alma y me devolvía las fuerzas en tiempos de gran agitación.

»Más tarde, junto a mi padre, enterré a mis hijos e hijas, con sus rostros juveniles aún a medio formar, sin las marcas del paso del tiempo.

Huang hizo una pausa y miró de arriba abajo a las filas de Athanate. Guardamos silencio. Todo el auditorio había sincronizado inconscientemente sus latidos con los de sus vecinos, hasta que nos convertimos en una criatura con un único pulso: esperando, escuchando.

—Ningún hombre debería soportar ese dolor —continuó Huang—. Ninguna mujer tampoco, y mi esposa se unió a ellos antes de que volvieran a caer las hojas. Planté los árboles que eran sus únicos marcadores. Desde ese momento, sólo dormía cuando el agotamiento me vencía, porque al despertar, por un instante era como si pudiera girarme y ver a mi esposa de nuevo, sólo para que

ese sueño se desvaneciera y la pesadilla de la vida comenzara de nuevo.

»Cuando el Emperador me encontró, buscaba la muerte cada día frente al enemigo. ¿Qué premio podría ofrecerme, en mi desesperación, que me hiciera desear convertirme en inmortal? ¿Qué recompensa por convertirme en Athanate y conocer ese dolor por toda la eternidad? Me habló con palabras sencillas, palabras que, según me dijo, había oído por primera vez de los labios de la propia Kumemnon, sus propias palabras, de la Lamentación de Arunne: *Este es el don y el dolor de los Athanate; ver pasar ante ti a tus amados como los días de verano, mientras tu corazón sigue latiendo. Mantener tu vigilia en las sombras y resurgir con cada sol*.

»Esa parte ya la conocéis todos. Muchos la tallan sobre las puertas de sus santuarios ocultos, para recordarles que, así como hay luz, debe haber oscuridad, y que el mundo sigue girando sin importar nada. Pero el Lamento continúa: *Estar atado a la rueda del cielo; trabajar y trabajar sin descanso. Amar sin reservas para siempre, y resurgir con cada amanecer*.

Hizo una pausa y, en las profundidades del auditorio, los Athanate se estremecieron al sentir cómo las palabras nos tocaban.

Huang continuó.

—Eso es lo que me dijo, y yo le ofrecí mi cuello. En esa ladera ahora, junto al río tranquilo, crece un bosque tal que no puedo encontrar los árboles de mi familia entre los que marcan a mis parientes. Vuelvo allí a veces para pasar una noche. Para dormir, soñar y levantarme de nuevo con el sol.

»La guerra me arrebató a mi familia, y mi Emperador la sustituyó por el deber. No me ofreció ningún consuelo suave, ninguna mentira reconfortante. Así como quien deja atrás la infancia debe apartar los refugios fáciles de la juventud, convertirse en Athanate es asumir un destino mayor. Y para lograrlo, uno no puede vivir como vive un humano, bajo las restricciones de su sociedad. El pueblo Athanate debe conservar sus propias leyes y costumbres.

Como un único cuerpo, el suspiro se extendió por cien gargantas.

El Diakon Huang inclinó la cabeza y regresó a su asiento.

¡Mierda! El suelo acaba de moverse bajo nuestros traseros.

La primera contribución de Huang a la reunión, y ya se había puesto del lado del Camino Oculto. Si eso era una señal de que favorecía al partido, significaría que ellos dirigirían la nueva Asamblea.

Un desastre.

No puede hablar en serio.

El rostro de Skylur era indescifrable.

Stanbrigge fue quien pareció recuperarse primero.

—Casa Singh —dijo—. ¿Te parece que has recibido un resumen suficiente?

—No —respondió Arvinder—. Pero tenemos que seguir adelante de todos modos, o nos quedaremos aquí para siempre.

En un auditorio aturdido, con todos tratando de asimilar lo que acababa de suceder, Skylur y Correia se turnaron para dar la palabra a las Casas.

Tras las dos o tres primeras, quedó claro. Yo lo notaba. Todos lo notábamos; todos intuían que el peso del discurso de Huang había inclinado la balanza de la reunión en contra de Panethus.

Esto era un debate, pero si votáramos ahora, el resultado iría contra Skylur.

Correia parecía cada vez más satisfecha con cada orador.

Quería gritarle a Skylur: *¡Haz algo!* Si el Camino Oculto tenía el control cuando la humanidad descubriera el mundo paranormal, sería la peor de todas las combinaciones posibles, y ese momento podría no estar muy lejos. Naryn estaba iniciando el proceso de la Revelación con el agente Ingram, y aún no podía contárselo a Skylur.

Curiosamente, al pensar en una situación en la que el mundo se desmoronara, lo único que podía visualizar era a mamá diciéndome *«y tú eres uno de **ellos***» y llorando.

Entonces, Diakon Huang indicó que quería volver a hablar.

Silencio absoluto. ¿Se había dado cuenta de cómo se había interpretado su discurso? ¿Iba a modificar su postura?

—Soy nuevo aquí y siento un gran respeto por esta institución. No tengo ningún deseo de alterar el equilibrio existente.

¿Qué significaba eso?

—Hemos llegado a un punto en el que las posturas de Panethus y Camino Oculto son bien conocidas. —Abrió las manos, invitando a que se expresaran otras opiniones. Nadie dijo nada—. Quizá sea hora de ampliar la conversación para incluir a los licántropos y a los Adeptos. Como entidad no alineada y con cierta experiencia en la cooperación entre estos grupos, sugiero que las discusiones iniciales tengan lugar entre los enlaces disponibles de esos organismos y yo mismo.

Sentí como si se hubiera abierto un abismo ante mí. Yo no era una política, pero estaba segura de que Huang acababa de establecer un vínculo deliberado entre su voto, que podría alterar el equilibrio de poder en la Asamblea, y el hecho de poder hablar conmigo como sindesmón.

Y aunque no existía un sindesmón equivalente para los Adeptos, ¿qué pasaba si conseguía contactar con un líder de la comunidad de Adeptos y lo reclutaba para que le ayudara a buscar a Tullah y a Kaothos? ¿Cuánto tiempo podrían esconderse si todo el mundo los buscaba?

En cuanto a mi reunión con Huang, el hombre me daba miedo. Si pensaba que había alguna pista sobre su paradero en mis recuerdos de cuando Kaothos rompió el bloqueo de Diana, ¿qué más vería? ¿Que me había convertido en renegada?

Pero Skylur y yo no podíamos ignorar la petición de Huang, no sin levantar sospechas sobre mi idoneidad como sindesmón.

Huang me miraba. Yo miraba a Skylur.

La puerta se abrió y una voz familiar habló.

—Eso no va a pasar.

Todas las cabezas se giraron para ver quién era. Yo reconocí la voz, por supuesto.

Alex bajó las escaleras, con los ojos del color oro de un lobo. Lo vi por un segundo tal y como lo veían los demás Athanate: alto, indómito, con un aire de lobo a su alrededor como si fuera un manto.

Detrás de él estaban Billie y Jaz, ambas amenazadoras con su atuendo de rudas moteras.

—Tienes que explicar tu comentario y tu interrupción en esta reunión Athanate, Alexander pariente-Farrell —dijo Skylur.

Fue la seguridad de Altau la que los había dejado entrar, por supuesto, y Skylur se estaba asegurando de que todos supieran que Alex formaba parte de la comunidad Athanate como mi pariente.

—¡No tiene derecho a hablar aquí! —gritó alguien.

—En esta reunión ya se ha acordado que la nueva Asamblea incluirá a los licántropos y a los adeptos —respondió Alex al mismo volumen—. Tengo derecho, y esa es la razón por la que estamos aquí.

Alex había llegado al frente.

No podía quedarme sentada. Yelena y yo nos unimos a él.

—Diakon Huang habla de su respeto por esta reunión —dijo Alex —. Yo no le tengo ningún respeto.

Un siseo conmocionado recorrió las filas de Athanate. A mí también me llegó.

—La arrogancia de la Asamblea y del Athanate sigue exactamente igual que antes —prosiguió, antes de que nadie le interrumpiera—. Creéis que hablaréis con nosotros cuando hayáis decidido qué papel se nos permitirá desempeñar en vuestros grandiosos planes. Si no veis el problema que eso plantea, entonces la nueva Asamblea no funcionará. *Ninguna* Asamblea tendrá derecho a decidir asuntos que afecten a la comunidad paranormal sin la participación activa de toda esa comunidad desde el principio. Y ninguna Asamblea contará con nuestra participación activa, a menos que se nos incluya en su formación como socios de pleno derecho e iguales, elegidos mediante los mismos métodos que vosotros utilizáis para reclamar representación.

»Los debates sobre la adopción o adaptación de nuestras leyes y tradiciones tendrán que esperar hasta que exista un órgano con suficiente representación para tomar esas decisiones en nombre del mundo paranormal.

Fue como si hubiera detonado una bomba. En el silencio atónito que siguió, los Athanate se preguntaron si la audición se había anulado. Nos habíamos sacudido de nuestra preocupación por la

política Athanate para darnos cuenta de que ya no existía la política Athanate, sólo existía la política paranormal.

Incluso yo había estado manteniendo las cosas aisladas en sus propios compartimentos. Pero Alex tenía razón; esos compartimentos ya no podían existir.

Y otra onda de consternación recorrió a los Athanate: la misma revelación que acababa de pasar por mi cabeza. Incluso las Casas del Camino Oculto asintieron a regañadientes.

La voz de Correia acabó rompiendo el murmullo silencioso.

—¿Qué autoridad tienes para hacer estas declaraciones? —preguntó.

—Hablo en nombre de la manada de Denver y sus asociados —respondió Alex—. Y, de manera informal, de sus aliados. Eso abarca la mayoría de las manadas del corazón del país, desde Nevada hasta Misuri. Hemos establecido comunicación con las manadas de la Costa Este, y te garantizo que estarán de acuerdo.

—Y yo estoy aquí en representación de la Liga de Manadas del Sur, que se extiende desde Arizona hasta Texas —dijo Jaz.

—Y una liga que se está formando en estos momentos con las manadas de la Costa Oeste —concluyó Billie, y miró de reojo a sus compañeros—. Probablemente pronto seremos todos una sola liga o asociación, si se confirma lo que estoy oyendo desde Nuevo México.

—Estamos muy lejos de representar a todos los licántropos —dijo Alex—, pero os aseguro que ni siquiera aquellos a quienes no representamos aceptarán que el Athanate les imponga sus decisiones.

—Estás socavando la posición de tu propia Casa Athanate como sindesmón entre nosotros y los licántropos —dijo Huang.

—No —dije. El sonido de mi propia voz me sobresaltó—. Mis tareas como sindesmón han incluido acuerdos con la manada de Denver, la Liga del Sur y los licántropos de Los Ángeles. Esos están bajo control, y tengo otras tareas en las que estaría avanzando si no me hubieran reclamado aquí. En ningún momento se ha sugerido que yo fuera el representante de los licántropos en una Asamblea.

Por el rabillo del ojo, pude ver que me había ganado una de las sonrisas gélidas de Skylur.

Seguía sin tener ni idea de dónde había salido todo esto, pero empezaba a sospechar que la aparición de Alex había sido planeada con Skylur.

En cualquier caso, yo apoyaba a Alex y me defendía a mí misma. Skylur difícilmente podía reprocharme ninguna de esas dos cosas.

Alex no había terminado.

—También estamos en contra de la representación cruzada. Los licántropos y los Adeptos del Imperio deberían estar presentes en la Asamblea, representándose a sí mismos.

Intuí que eso quizá no formaba parte del guion aprobado por Skylur.

No te pases de la raya.

Huang era, sin duda, un político hábil.

—A cambio, esperaríamos ver presentes a los Adeptos de los Estados Unidos.

Skylur se puso de pie. Un simple gesto que volvió a centrar la atención en él.

—La discusión de hoy ha concluido —dijo—. Cada uno de ustedes aquí representa a muchas Casas y tenemos el inicio de una conclusión al debate sobre nuestros planes legales. Eso es un logro en sí mismo, pero los licántropos han puesto en duda la validez de cualquier avance en las decisiones relativas a la nueva Asamblea sin la cooperación de los demás: licántropos y Adeptos. Tenéis que dedicar el próximo día a evaluar las reacciones de las Casas a las que representáis, así como a planificar las comunicaciones con otros paranormales en vuestros territorios. Podemos volver a reunirnos para compartir esa experiencia. Lo que no podemos hacer es llamar a todos a Los Ángeles. Tampoco podemos prolongar el tiempo que pasamos aquí.

Alex me empujó hacia una salida y nos marchamos mientras los delegados salían en tropel, ya organizando conferencias telefónicas. El equilibrio de poder no se había olvidado exactamente, sino que había quedado relegado por la urgencia de replantearse la nueva Asamblea con sus aliados.

Capítulo 47

—Excelente. Gracias, Alexander.

Las primeras palabras de Skylur confirmaron mis sospechas de que todo había sido un montaje.

—Jaseya. Billie. —Skylur hizo una reverencia a la antigua usanza ante sus manos, una tras otra. Funcionó mejor con Billie.

—Lo siento —me susurró Alex mientras Billie miraba a Skylur—. No he tenido tiempo de ponerte al corriente.

Resoplé. Tendría que esforzarse más que eso para ganarse mi perdón, y él lo sabía.

Estábamos en la oficina de Tarez.

La puerta se abrió y los guardias de seguridad de Altau hicieron entrar a Casa Prowser.

Me sorprendió que se uniera a nosotros, pero lo tomé como otra señal de que Skylur estaba forjando alianzas entre bastidores.

—Dime que Huang no acaba de intentar hacerse con el control de la Asamblea —dije cuando terminaron las presentaciones.

—Si el control de la Asamblea hubiera sido su objetivo principal —dijo Tarez—, Diakon Huang no habría retrasado tanto su aparición. Y no, antes de que lo preguntes, no decidió hacer esto porque te negaras a responder a sus preguntas, independientemente de lo que te haya insinuado.

—Fue un discurso inteligente el que pronunció —dijo Skylur—. Lo más parecido a una coacción sin usar telergía. Habló a sus corazones y no a sus mentes. Un discurso lleno de emoción, pero vacío de detalles.

—¿Por qué hizo ese discurso, entonces? —pregunté.

Skylur no respondió directamente.

—¿Te fijaste en su elección de palabras? Habló de sus *parientes*, pero el Imperio no tiene un credo como el de Panethus. No hay ninguna norma sobre cómo debe tratar cada Casa a sus compañeros humanos. Eligió la palabra pariente para conectar más profundamente con las Casas de Panethus.

—Está atacando tu posición como líder de Panethus —dijo Prowser.

Skylur negó con la cabeza.

—No creo que ese sea su objetivo. Estoy de acuerdo en que ha debilitado mi apoyo y ha atacado mi papel como presidente. Nos está enviando un mensaje, pero aún no lo hemos entendido.

¿Entregadme a Kaothos u os destruiré?

No, no podía ser tan directo. Y por muy importante que fuera Kaothos, ¿cómo se podía comparar a un dragón con la estabilidad de la comunidad Athanate?

Si ella era tan importante, ¿hasta dónde llegaría Huang para encontrarla?

No quería hablar de Kaothos con Prowser presente. No tenía ni idea de cuánto confiaba Skylur en ella.

En su lugar, dije:

—No puede querer que Basilikos se convierta en el partido gobernante.

—El Camino Oculto de Correia no es, por supuesto, Basilikos —dijo Prowser con una mueca—. Como ella nos ha dicho tantas veces.

Alex dio un golpecito a su reloj.

—Reunión con el resto de los Alfas de Los Ángeles y las primeras delegaciones de San Francisco y San Diego. Tenemos que irnos.

—Id, amigos. Mi Casa está en deuda con todos vosotros. —Skylur utilizó una de las antiguas frases Athanate que reconocí.

—Asociación —dijo Jaz en voz baja, recorriéndonos con la mirada —. No hay deudas.

Vaya.

Se marcharon.

—No te dejes llevar por eso —le dije a Skylur—. Ahora las cosas no van precisamente sobre ruedas con los licántropos. A ellos no les gusta la idea de la Revelación tanto como a los Athanate.

—Lo sé. Esta asociación con ellos puede que, de hecho, debilite mi posición en la Asamblea, pero, al igual que la Revelación, hay que hacerlo.

Una vez más, me di cuenta de lo delicado que era el terreno por el que se movía. Y, de nuevo, me pregunté cuántos siglos llevaba haciendo esto. *Esforzarse y esforzarse, sin llegar nunca al final.*

—Jugando por el destino de los ángeles —dije.

Skylur arqueó una ceja.

—En Ops 4-10 jugábamos a las cartas. Desde apuestas bajas hasta altas, pasando por todas las cantidades intermedias. Eso estaba bien: sabías cuánto te jugabas, conocías a la gente de la mesa y sabías cuáles eran tus posibilidades. Si eras sensato, podías permitirte lo que apostabas. Pero de vez en cuando te volvías loco; te encontrabas en una mesa donde no conocías el juego, no conocías a los jugadores, no podías calcular el riesgo y no podías permitírtelo. —Resoplé—. Sólo podías ganar si había un ángel de tu lado, mirando desde arriba. Apuestas de ángel.

Prowser se rio.

No sabían lo que estaba en juego, pensaran lo que pensaran, ni siquiera Skylur. La Revelación seguía adelante con Ingram y yo no podía decírselo. Tenía que hablar con Diana. Si no era ella, tendría que hablar con Naryn y ver qué debíamos hacer.

El «juego» se les había escapado a todos de las manos. La incorporación del Imperio del Cielo, los licántropos y los Adeptos a la nueva Asamblea significaba que nadie sabía qué iba a pasar.

—El Emperador no es tonto —dijo Skylur, casi para sí mismo—. Tampoco lo es su Diakon.

Por supuesto, todavía había un grupo considerable de Athanate que no estaban directamente involucrados en la Asamblea.

—¿Y qué hay de los Cárpatos? —Prowser se volvió de repente hacia Yelena.

—Hace mucho tiempo que no estoy por allí, Casa Prowser. Y está muy por encima de mi nivel.

—Eres un camaleón, ¿verdad, cárpata? —Prowser se acercó y se plantó frente a Yelena—. Empiezas a imitar incluso el modo de hablar de tu Casa adoptiva. ¿Es esto parte de lo que te enseñaron? ¿Convertirte en invisible en el tejido, hasta que todos olviden el tiempo en que no estabas allí?

Levanté la mano para impedir que Yelena respondiera.

—Yelena es mi Casa. Yo soy responsable de ella. Si quieres saber más, tendrás que pasar por mí.

—Qué… Camino Oculto —dijo Prowser, en Athanate.

No estaba segura de si estaba bromeando sobre el partido del Camino Oculto. Las reglas del Camino Oculto eran claras. Yo, como líder de la Casa, era responsable de todo lo que hacía mi Casa. Asumía esa responsabilidad ante cualquier grupo del que formara parte y ante la comunidad Athanate en su conjunto. A cambio, en lo que respecta a los Athanate, tenía poder absoluto sobre los miembros de mi Casa.

—¿Y qué hay del Imperio de la Medianoche? —repliqué. El antiguo grupo Athanate se había asemejado al antiguo Imperio Británico. Habían perdido el subcontinente indio, Australasia y, más recientemente, Canadá, todo a manos de Panethus. ¿Significaba eso que había un sesgo a favor de Panethus en lo que quedaba del imperio?— ¿Por qué no se declaran a favor de un bando?

Tarez frunció los labios.

—Están en una posición difícil. Sospechamos que están a punto de perder otra porción de su antiguo imperio.

—¿Irlanda? —adivinó Prowser, y Tarez asintió.

—Una vez que hayan terminado con eso —dijo—, se unirán a Panethus. Pero no es suficiente, no contra el peso del Imperio del Cielo. Sin embargo, si Huang se mantuviera neutral…

Pero nadie sabía lo que Huang podría hacer. Las apuestas de los ángeles.

Skylur puso fin a las especulaciones.

—Basta ya de política intratable por ahora. Elizabetta, creo que tienes un informe para mí.

Capítulo 48

Elizabetta miró a Prowser, pero Skylur hizo un gesto para que no dudara. Podían tener diferencias de opinión en algunos asuntos, pero cada vez estaba más claro que Skylur confiaba en Prowser.

Con esa validación, Elizabetta no aplazó la peor parte de la noticia.

—Puede que no pueda seguir operando con eficacia para recabar información del departamento de Delitos Graves.

Tarez arqueó las cejas.

—Somos conscientes de que esta tarea es desagradable…

—No es eso —dijo ella.

—En parte es culpa mía —intervine—. Le pedí a Elizabetta que buscara información adicional. Le presioné.

Ella me dedicó una sonrisa de agradecimiento antes de volverse hacia Skylur.

—Eso contribuyó al problema, pero no es el motivo principal.

—¿Entonces qué pasa? —preguntó Skylur.

—Es una combinación de factores. El punto de inflexión fue hace un par de días. Estaba informando a Amber y a Yelena justo antes de reunirme con Jefferson. Él llegó antes de lo previsto, las pilló cuando estaban a punto de marcharse y sintió curiosidad por ellas. Tanta curiosidad que accedió a los archivos de datos del Gobierno...

—Y los archivos están sospechosamente vacíos en lo que respecta a Amber y Yelena, y son muy vagos en cuanto a ti —concluyó Tarez —. Torpe, pariente Sherman, muy torpe.

Elizabetta asintió.

—Por otro lado, por lo que sé, él y su departamento aún no sospechan nada sobre el Athanate ni sobre las reuniones que estamos celebrando aquí.

—Esta información que Amber solicitaba —continuó Tarez—, ¿tenía que ver con ese animal de Forsythe?

Naturalmente, Skylur y Tarez conocían todos los detalles gracias a mi tratamiento con Diana.

Repasamos entre todos lo que habíamos descubierto hasta el momento, mientras el resto de ellos se mostraba cada vez más sombrío.

Elizabetta también añadió algo que no había mencionado en la furgoneta. El nuevo programa de Forsythe, *Las caras del mañana*, estaba en producción, y Elizabetta había oído un rumor según el cual la favorita era una chica llamada Tamanny Harper. Ella y su madre estaban haciendo promociones y negociando contratos de modelo.

Elizabetta tenía el presentimiento de que hablar con ellas nos daría alguna pista.

Durante nuestra conversación, Prowser parecía sorprendida, pero luego frunció el ceño, pensativa. Bajó la cabeza sobre su tableta y tecleó rápidamente, aunque pude observar que seguía escuchando.

Cuando Elizabetta terminó, Prowser levantó la vista.

—¿Te das cuenta de dónde encaja este caso en la discusión de esta mañana sobre estructuras legales? —me dijo.

—No estoy segura de a qué te refieres.

Skylur se movió, pero no interrumpió.

—La Casa Altau propone que modifiquemos algunas de nuestras leyes para que se asemejen a las leyes humanas, con el fin de ayudar a la Revelación. La Casa Correia sostiene que no debemos cambiar nada, porque si la humanidad alguna vez nos descubre, será demasiado tarde para ellos y nosotros tendremos el control. Me encuentro en la extraña posición de apoyar la Revelación, pero manteniendo nuestras leyes intactas. Estoy de acuerdo con el discurso de Huang de esta mañana, lleno de emoción o no.

Se puso de pie y se acercó a mí como un gato al acecho.

—Ahora bien, no conozco los antecedentes de esto, ni por qué lo estás investigando. Pero parece que este animal, Forsythe, ha tenido algo que ver con tu Casa de alguna manera.

Entrecerró los ojos.

—O contigo.

Despejé mi mente y asentí.

—La postura oficial de Skylur sería que tu investigación debería encontrar pruebas y entregarlas a las autoridades humanas.

No. Entendía su argumento, pero no podía evitar mi contraria reacción instintiva.

—Mi opinión sería que tú deberías tener la opción y poder ocuparte de él de la forma que elijas. —Se detuvo justo delante de

mí—. ¿Qué me dices?

—Mi… situación no debería influir en una decisión que podría afectar a la Revelación. —Sentí un regusto amargo al decirlo. Quería matar a Forsythe, matarlo lentamente. *No* sólo por mí, pensé en silencio. Por todas aquellas cuyas vidas había arruinado. Tragué saliva y continué con la mayor calma posible—. Por muy malvado que sea, Forsythe no es tan importante como el futuro de todos los paranormales en la sociedad humana.

—¿Ni siquiera para ti, personalmente?

Prowser no se dejaba engañar. Podía sentir la ira que había en mi interior, el conflicto. Porque, por muchas mentiras que me contara a mí misma, matarlo lentamente era pura venganza. Disfrutar con la idea de su muerte no tenía nada que ver con salvar a otros, ni con el castigo por otros daños.

—Veo que esto es algo personal —dijo ella—. ¿Tiene algo que ver con la terapia que te mantuvo alejada de nosotros durante un mes? Y, sin embargo, dices que eliges la ley humana. ¿Con su plazo de prescripción? ¿La credibilidad de los testigos? ¿Es eso lo que *quieres*? ¿Apelaciones, tecnicismos, dudas sobre las pruebas? ¿Evaluaciones psiquiátricas? ¿Liberación anticipada*? ¿Eso*?

Sus ojos brillaban como los de una serpiente.

Sentía todo mi cuerpo como si estuviera vibrando. Podía sentir que el eukori de Yelena intentaba calmarme desesperadamente, pero Prowser era más vieja, más fuerte. No atacó; simplemente desvió a Yelena.

—*Eso*, en lugar de la ley de Athanate —siseó—. Donde, si los eukori no pueden decírnoslo, podemos recurrir a Adeptos que sí puedan. Los humanos necesitan garantías legales porque nunca pueden *saberlo* con certeza. Pero *nosotros,* sí. Y si conocemos la verdad absoluta, el castigo puede ajustarse al delito. O prevenirlo. Una sola muerte que podría salvar a docenas. Justicia total e incuestionable. E incluso así, ¿elegirías la ley humana?

Tenía la lengua y los labios entumecidos, y me temblaba la mandíbula.

Mátalo. Mátalo. Mátalo.

—Yo. Apoyo. El liderazgo. De Skylur. —Cada palabra me costaba un esfuerzo.

Skylur le puso una mano en el hombro. La barrera que rodeaba mi mente se disipó y el eukori de Yelena se precipitó en mi interior.

—Te felicito por la inquebrantable lealtad de tu Casa —le dijo Prowser a Skylur mientras ella regresaba a su asiento y a su tableta —. Te advierto que, si conviertes esta cuestión de las leyes en un pilar de la Revelación, perderás el apoyo del partido. Y ahora tienes que pensar todavía más en cómo zanjar esto antes de Navidad.

Skylur también volvió a su asiento.

—Sí, resultaría sospechoso que nos quedáramos aquí durante las fiestas. ¿Crees que tenemos tiempo suficiente?

—Tendremos que esperar a ver qué respuesta reciben los representantes —dijo Tarez.

Prowser volvió a teclear mensajes en su tableta.

Skylur volvía a entrelazar los dedos.

—Bueno, ya que te tengo aquí, Amber, ¿qué tal va lo de llenar tu Casa con parientes en lugar de con una colección de humanos?

Respiré hondo.

—Hemos avanzado. Tu preocupación específica con Dominé, por ejemplo. En eso también se vio involucrado su asistenta del club, Dante.

Sí, Dante, mi Casa. En peligro.

Además de eso, estaba evitando pensar en la lista completa de aquellos a los que aún no había mordido.

¡No hay tiempo!

Era importante. No podía crear una cadena de montaje. *Julie, Keith, el coronel Laine, sólo para empezar.*

Tarez arqueó una ceja, intuyendo mi agitación, pero confundiendo su origen.

—¿De qué linaje son Dominé y Dante? —preguntó.

—Katikia —dijo Yelena.

Eso llamó la atención de Prowser. Levantó la vista de su tableta.

—Parientes de la Casa. Qué típico de los Cárpatos. Fascinante.

—El Imperio de la Medianoche tiene un sistema similar —dijo Yelena.

Prowser le dedicó una mirada de acero.

—Conozco muy bien cómo están estructuradas las Casas británicas, Diakon Vylkove. Creo que estás exagerando un poco.

Volvió a centrar su atención en la tableta.

—Hay más, por supuesto —dije, buscando información—. Tullah, por ejemplo. Pero no está disponible.

Skylur no quería hablar de ella.

—Adepta. —Sacudió la cabeza—. Es un tema totalmente aparte.

Miró a Prowser.

—Amelie, creo que, si quieres dar énfasis, se usan mayúsculas. No me parece que golpear la pantalla con más fuerza tenga ningún efecto en las comunicaciones electrónicas.

Prowser deslizó el dedo por la pantalla para borrarla y respiró hondo.

—Esta información sobre el tráfico de personas me ha dado una idea —dijo—. Recientemente ha habido un caso judicial sobre esto que ha involucrado mi dominio.

La expresión me desconcertó por un segundo. Su dominio era Míchigan. El término «dominio» se usaba generalmente para referirse a la parte del dominio donde ella vivía y sus alrededores, pero había oído que su mansión estaba lo más lejos posible de todo el mundo, en algún lugar donde la península de Keweenaw se adentraba en el lago Superior. Dudaba que hubiera allí ningún caso judicial relevante. Pero «dominio» a veces se refería a su Casa en un sentido más amplio, a todos los Athanate y sus parientes y aspirantes y subcasas, y también a donde vivían.

Ella lo confirmó.

—Una subcasa se ha visto involucrada en un caso en Detroit. Se ha encarcelado a un criminal. Sin embargo, considero que mi Diakon no lo ha gestionado a mi completa satisfacción. —Se encogió de hombros—. No obstante, puede que hoy reciba alguna información que te resulte útil. —Parecía pensativa—. Mientras tanto, esas chicas que traen al país… hay muchas que vienen del Lejano Oriente. Todo esto es inaceptable, también para el Imperio. Hablaré con Huang.

Eso podría distraerlo un rato.

Supuse que este esfuerzo por parte de Prowser era su forma de disculparse por haber sido engañada para participar en el golpe bajo de Ibarre en el nomicane. En cualquier caso, agradecería cualquier dato que pudiera ser de ayuda.

Skylur nos hizo un gesto para que nos fuéramos.

—Id. Hablad con vuestra joven estrella de la tele e informadme mañana.

Salimos a la fría y luminosa mañana. Nos rodeaban los mismos ruidos de la ciudad, más fuertes y más insistentes. Coches, gente, bocinas y sirenas.

—Esto va a tardar una eternidad —dijo uno de los miembros del equipo de seguridad—. El tráfico es un infierno. Las compras navideñas.

Alcé la vista al cielo. Otro helicóptero pasó no muy lejos. Teníamos que estar en algún tipo de ruta por aquí.

—Quizá pueda convencer a Jen para que envíe a Víctor aquí abajo con el helicóptero del Grupo Kingslund —dije. Mi propio ángel para que me cuidara mientras todos jugábamos por algo que no entendíamos.

—Buena idea. Quién sabe cuándo podríamos necesitarlo —asintió Yelena. Sacó su móvil y empezó a escribir.

—Sí. Bueno, tú, coge un taxi. A casa, a dormir. —Le di un empujón —. Anoche pilotaste y te necesito alerta. Creo que la seguridad de Altau podrá encargarse de escoltarnos al centro para interrogar a una adolescente.

Capítulo 49

Las caras del mañana había reservado una habitación para Tamanny y su madre en un lujoso hotel del centro. Los rumores de que Tamanny iba a ser la ganadora parecían tener fundamento.

Hubo un pequeño retraso en la recepción, pero Elizabetta había creado unas credenciales de periodista falsas que engañaron al personal del hotel.

Además, tuvimos suerte: la señora Harper había salido. Tamanny estaba sola en la suite y abrió la puerta cuando llamamos.

—Hola, Tamanny. —Elizabetta esbozó una sonrisa radiante—. Soy Liz y ella es Amber. Somos de LA Scene News.

—¡Oh, hola! —dijo ella—. Eh... ¡genial!

—¿Te ha avisado el agente de esto? —preguntó Elizabetta, dando *por hecho, por supuesto,* que así era y que todo iba según lo previsto.

—Ah, no estoy segura. —Tamanny abrió mucho los ojos y miró a su alrededor como si alguien pudiera oírnos—. ¿Esto es, como, una entrevista?

—No es tan formal. De hecho, sólo estamos recopilando información de fondo, lo que significa que cuando hagas las entrevistas de verdad, podrán centrarse en las partes esenciales y nosotros sólo añadiremos contexto cuando sea necesario.

—Vale, imagino. Pero se supone que no debo hablar contigo sin mamá o alguien del programa. Mamá no está.

Para entonces, ya estábamos dentro de la suite.

—No hay problema. —Elizabetta hizo un gesto con la mano para restarle importancia—. Hablaremos de negocios cuando ella llegue. Déjame decirte que será muy rápido y fácil. Sin preguntas delicadas. Sin grabaciones. —A Elizabetta se le daba bien esto. La ansiedad de Tamanny ya estaba remitiendo—. Así que, relajémonos por ahora.

—¡Genial! Sí. ¿Sabes? ¡Este sitio es increíble! ¿Quieres ver la piscina? ¿Arriba, en la planta 26? Podríamos sentarnos ahí fuera. Tiene unas vistas fantásticas de la ciudad. Anoche había un DJ fantástico allí arriba. ¡Fue increíble!

—Hoy puede que haga un poco de frío —dijo Elizabetta.

—Oh, sí, no había pensado en eso. —La cara de Tamanny se ensombreció dramáticamente—. La gente no deja de decirme que no pienso las cosas lo suficiente.

No seas tan dura contigo misma, chica, quería decirle. La chica se estaba fijando metas imposibles: intentar vivir la vida a cien por hora, ser guay, no esforzarse demasiado y no decir nunca ninguna tontería.

Elizabetta se dio cuenta.

—¡No, qué diablos! —dijo—. Es una idea genial. Hagámoslo. Tenemos abrigos. Cógete algo de abrigo. Vamos a ver los lugares de interés mientras esperamos.

Eso también significaría que tendríamos un par de minutos más mientras la señora Harper nos localizaba. Buena idea.

Tamanny cogió una chaqueta gruesa y subimos en el ascensor.

Estaba preciosa. No era por el maquillaje, la ropa o el peinado —aparte de unos zapatos elegantes, iba vestida de forma sencilla y llevaba el pelo castaño claro recogido en una simple coleta—. No, era su estructura ósea y su piel fresca, sus enormes ojos con esa intensidad inocente y su alegría sencilla y sin complicaciones.

¡Catorce años! Menuda belleza sería dentro de unos años.

Siempre y cuando pudiera mantener a Forsythe alejado de ella.

Había venido aquí con la intención de que me cayera mal. Quería verla como una mocosa mimada y ávida de fama, pero descubrí que no podía; no era en absoluto lo que esperaba. Me gustaba.

Aun así, dejé que Elizabetta llevara la iniciativa; ella tenía un don para esto y Tamanny se había relajado en su presencia. Yo, por mi parte, me limité a observar e intenté avivar mi errático eukori. Incluso sin ayuda de la telergía, percibía lo suficiente como para sentirme preocupada.

Tamanny no era estúpida, sólo estaba un poco mimada. La señora Harper había criado a una persona maravillosa que iba a convertirse en una joven increíble. De hecho, tenía muchas ganas de conocer a su madre.

Pero Tamanny tenía tantas capas como una cebolla.

Esa superficie fría, inculcada en ella. La armadura de «cuál es mi mejor perfil», «cómo debo parecer» que se les pegaba a los actores.

Debajo de eso, la niña que sólo quería saltar y gritar: *«¡Oh, Dios mío, todo esto es tan genial*!».

Y más allá, oculto bajo todo eso: miedo.

Casi cualquier persona, joven o mayor, que se ve catapultada al centro de atención tiene dudas e inseguridades.

¿Me lo merezco?

¿Y si realmente me conocieran?

¿Y si sólo me están diciendo que soy buena?

Tamanny tenía todo eso; me habría sorprendido que no fuera así, pero no era lo único que percibía en ella.

¿Por qué me llegaba una vibración tan negativa de Tamanny?

Mi lobo estaba inhalando su olor. No era un olor a miedo o terror lo que me llegaba. Era el olor de una ansiedad prolongada. Como si su instinto le estuviera advirtiendo de que estaba en una mala situación. De que no tenía salida. Una sensación fría e implacable, como el final de una pesadilla, enroscándose alrededor de su cuerpo. La sensación de que esas espirales podrían aplastarle en cualquier momento.

¿Qué me diría su eukori si pudiera sonsacárselo?

Pero, aparte de un parpadeo que confirmaba lo que me decía mi olfato de lobo, parecía que no podía controlar mi eukori. No podía dirigirlo.

Y sin él, todas mis sospechas podían ser sólo mis propias ilusiones o problemas reales.

Sin desearle nada malo a Tamanny, quería que estuviera pasando algo que pudiera usar para atrapar a Forsythe.

No era la actitud adecuada.

—¡Fuimos al Cicada anoche! Ya sabes, allí rodaron esa escena de *Pretty Woman* —dijo Tamanny con entusiasmo—. ¿Qué te parece Julia? ¿No es increíble?

Preocuparme por mi mentalidad no me facilitaba en absoluto activar mi eukori.

Cuando salimos en la planta 26, Elizabetta estaba dirigiendo la conversación hacia los peligros de la industria para las chicas jóvenes.

—¡Oh, Dios, sí! Algunos son *tan* asquerosos —dijo Tamanny. Se rio y puso los ojos en blanco—. Les digo a mis amigas que los chicos tienen una mirada muy lasciva.

Cuando hablaba de sus amigas, se le iluminaba la cara.

—¿En qué sentido? —preguntó Elizabetta.

—Como si tuvieran los ojos tan pesados que no pudieran levantarlos lo suficiente para mirar a las chicas a la cara.

Nos reímos, pero mi presentimiento se volvía más desagradable por momentos.

Hacía frío en la terraza. Aun así, los vientos de la noche anterior habían despejado el aire y las vistas eran espectaculares. Y las vistas del centro eran geniales.

—Y todos son tan sobones —continuó Tamanny mientras contemplábamos el paisaje—. Me acarician la cabeza, me acarician el hombro. Caricia, caricia, caricia, como si fuera una put..., ahh, quiero decir, como si fuera un perro. Ya sabes, algunos de los más repulsivos incluso me tocan el trasero.

—¿Qué dice tu madre al respecto?

Tamanny se detuvo de repente, y perdimos unos minutos valiosos mientras Elizabetta le aseguraba que sólo estábamos charlando y que no tenía nada que ver con la entrevista; que nunca se nos ocurriría publicar algo que nos hubiera contado en confianza.

La estábamos perdiendo.

Me acerqué un poco más e intenté concentrarme en pensamientos tranquilizadores. Alguien como Diana tenía tal control sobre sus glándulas Athanate que podía producir feromonas calmantes a voluntad. Yo no tenía eso. Solía emitir lo que Jen llamaba «feromonas de momentos felices» cuando estaba con mis parientes y mi Casa. Hacerlo ahora era mucho más difícil.

Mi eukori también chisporroteaba y burbujeaba. Era tan útil como los pezones de un hombre.

—Pero el señor Forsythe no es así, ¿verdad? —dije—. ¿No hace esas cosas espeluznantes con los ojos y las manos?

—No —dijo Tamanny—. Es guay y es amable. Siempre está haciendo cosas que no tiene por qué hacer. Me compra cosas.

Se recostó contra la barandilla del borde de la cubierta y levantó un pie.

—Como estos —dijo.

—Blahniks. —Hace un par de meses, no habría pasado de pensar: *Zapatos de tacón alto, bonitos, totalmente poco prácticos, parecen carísimos*. Jen había insistido en que aprendiera a apreciarlos mejor, pero yo seguía teniendo razón: eran poco prácticos y caros. De hecho, gracias a Jen, ahora sabía más o menos lo increíblemente caros que eran. Los Blahniks de Tamanny eran de color rojo carmín, se ceñían a sus talones y tenían una especie de entrecruzado entrelazado que sujetaba la parte delantera del pie, dejando el empeine al descubierto.

—¡Sí! —Tamanny estaba claramente impresionada conmigo y encantada de poder presumir sin tener que dar explicaciones—. ¿No son sencillamente increíbles?

—Son preciosos —dije con sinceridad.

—Puedes quitártelos de vez en cuando —dijo Elizabetta. Los zapatos no pegaban con la ropa informal que llevaba puesta.

Tamanny fingió dar una patada al suelo enfadada.

—¡No! ¡No! ¡No! Tendrán que arrancármelos de mis fríos pies muertos.

Todas nos reímos de nuevo. Era fácil estar con Tamanny. Tenía la sensación de que quería estar riéndose todo el tiempo.

Ya me esperaba su respuesta sobre Tanner Forsythe. Él no haría nada espeluznante. Sería encantador como el demonio. El rompecorazones de todas las chicas. No, era un depredador invisible. Y enfermo. Apostaría a que cuanto más sorprendente fuera su ataque, más emoción obtendría de ello.

—¿Tu madre también cree que es un buen chico?

—¡Oh, sí! —Se había relajado de nuevo.

Elizabetta volvió a intervenir en la conversación.

—Has mencionado a unas amigas. ¿Viven en Los Ángeles?

—No. —Tamanny suspiró—. Son mis viejas amigas de mi ciudad natal. —Se puso nerviosa de nuevo—. Tienes que prometerme que no dirás nada. Mamá no sabe que sigo en contacto con ellas.

—¿No le parece bien?

—Dice que me van a retener.

—Más bien que te mantendrán con los pies en la tierra. —*Vaya*. El demonio de mi garganta se me escapó antes de que pudiera evitarlo, pero Tamanny sólo asintió con la cabeza.

—Sé que sólo quiere lo mejor para mí —dijo.

Yo no estaba de acuerdo, pero logré mantener callado al demonio. Había pasado de querer conocer a la madre de Tamanny a querer tener una charla seria con ella.

—Quiero decir, mira todo esto: no es tan malo tener que aguantar a los cretinos —continuó—. A veces hay que, ya sabes, pagar por adelantado. Pasar un poco de apuro al principio para tener una vida tranquila después.

Mi eukori burbujeó y sentí un escalofrío de profundo miedo en Tamanny mientras repetía como un loro las cosas que su madre le había estado inculcando.

Antes de que pudiera decir nada más, llegó la mujer en cuestión. A toda prisa, descontenta y haciéndonoslo saber a todos.

—¡¿Quién os ha dicho que podáis entrevistarla?! —fue su primera frase, pronunciada a voz en grito.

—Hola, señora Harper —dijo Elizabetta—. No le estamos haciendo una entrevista. Sólo estábamos charlando y disfrutando de las vistas mientras le esperábamos a usted.

Eso sólo le satisfizo en parte.

—Nadie me lo dijo. ¿Qué demonios está pasando? —No esperó una respuesta y se abalanzó sobre Tamanny—. ¿Qué les has dicho?

Logré contenerme y no romperle el brazo a la señora Harper, pero al demonio se le ocurrió decir:

—Que hay unas vistas estupendas y que lleva unos zapatos bonitos.

Elizabetta se interpuso entre la mujer y yo.

—Queremos hacer algo un poco diferente aquí, señora Harper. De hecho, queríamos hablar con usted tanto como con Tamanny. El enfoque que buscamos es, bueno, de dónde viene Tamanny. Se trata de la familia, y eso le incluye a usted.

—Oh. No soy sólo su madre, ¿sabe?

Dio un paso atrás, soltando a su hija. Tamanny se frotó el brazo discretamente.

—Estoy a punto de relanzar mi carrera —dijo la señora Harper.

Me mordí el labio para callarme. Elizabetta iba a ser mucho mejor que yo hablando con ambas.

Tenía que admitirlo, la señora Harper saldría bien en las fotos. Se notaba que Tamanny había heredado la buena estructura ósea de su madre. La mujer habría seguido siendo atractiva de no ser por la quietud antinatural de su rostro y el maquillaje excesivamente recargado.

Pero ¿relanzar una carrera aquí, en Los Ángeles, donde la juventud era un dios?

—Buenos genes —dijo Elizabetta—. La estructura ósea, el porte. Usted también debía de estar en el mundo del espectáculo. Es decir, ¿no leí algo sobre su trabajo con el Bailarín Dance Group?

La señora Harper casi esbozó una sonrisa. Me pregunté si aún le quedaban músculos que funcionaran en la cara.

—Sí. Yo era la directora. Llevamos el espectáculo a Las Vegas, ¿sabe? Compartimos escenario con todos ellos. Dean y Sammy, Joey y Peter, el dulce Lolo y Danny, por supuesto. Danny Gans. Qué trágico.

Me mordí el labio. No creía que estrellas como Dean Martin y Sammy Davis Jr., si es a ellos a quienes se refería, «compartieran» jamás su escenario. No con una pequeña compañía de baile californiana.

—Lo di todo por el Bailarín, ya sabe —dijo—. Fue mi pasión la que nos impulsó. Le dediqué mi corazón y mi alma. Fueron los demás los que se rindieron, todos ellos, uno tras otro. Pero yo sigo aquí y no me he rendido. Todavía tengo lo que hace falta.

La habíamos distraído, pero estaba lejos de estar convencida de nosotras.

—Tenemos que dejar esto muy claro —dijo—. Soy su agente y, o bien acatáis mis decisiones sobre lo que podéis publicar, o nunca volveréis a tener otra oportunidad de hablar con Tamanny. Ella es la próxima gran estrella. *Es* el rostro del mañana, y no dejaré que nada se interponga en eso. Tengo que dar mi visto bueno a todo antes de

que entréis en la fase de impresión. Necesitaré copias completas con antelación, incluidas las fotografías y la ubicación en las revistas. Oh, y querré la información de contacto de cualquier anunciante cuyos productos aparezcan junto al artículo. Lo mismo se aplicará cuando me entrevisten.

La cosa estaba a punto de salirse de madre.

No sabía prácticamente nada sobre el sector, pero sabía que nadie podía exigir ese tipo de garantías a ninguna revista de prestigio. Si es que aún existía alguna. Y, además, éramos unas completas farsantas.

Tamanny se había apartado a un lado y le estaba dando la espalda a la discusión. Le seguí. No me quedaba mucho tiempo.

—Escúchame —le dije.

Volvió sus ojos hacia mí, a la vez jóvenes y viejos, y sentí un sabor amargo en la boca, imaginando lo peor que la industria podría hacerle. Lo peor que *Forsythe* podría hacerle. No deseaba nada más que secuestrarle en ese mismo instante; llevármela y devolverle su infancia.

—Yo… eh… —Miró a su madre. Elizabetta estaba haciendo un trabajo excelente, distrayéndola y ganándome unos momentos más con Tamanny.

—No tienes que responder a nada. Déjame decir sólo unas palabras. No es nada malo, ¿verdad?

Se mordió el labio.

—Tienes miedo. No confías en la gente que te rodea.

El miedo que había percibido se reflejó en sus ojos. Movió los labios, pero no salió ningún sonido.

Extendí la mano. Esta vez no fue mi intención; simplemente sucedió. Mi eukori funcionó. Fluyó y se entrelazó con el suyo.

No había forma de describir con precisión ninguno de los eukori que percibía. Me basaba en extrañas asociaciones que los sentimientos creaban en mi mente. El eukori de Tamanny era como pétalos de rosa cayendo. Un suave tirón y pude sentir el miedo arremolinándose debajo. Bajo el escudo de reírse de los «raros» y burlarse de ellos, tenía auténtico miedo a algunas de las personas con las que se encontraba. Y entretejido con el miedo había otro

sentimiento, como quedar atrapada por las espinas de una rosa, ser incapaz de escapar. Un sentimiento que yo conocía. Podía recordar el beso de acero del *angoisse* que se aferraba a mi garganta, las espinas afiladas presionando contra mi carne.

Parpadeé para contener unas lágrimas inesperadas. *¡Catorce!*

A mis espaldas, oí la pregunta que iba a hacer que nos echaran.

—¿Qué revista? ¿Quién es tu editor? Tengo que hablar con él. —La señora Harper tenía el móvil en la mano.

—Bueno, somos freelances. Nuestro trabajo se enviará a las agencias...

—*¿Freelances?* ¡Jodidas freelances! Esto es una estafa. Aléjate de ella, joder.

Su voz se había convertido en un chillido y estaba empujando a Elizabetta para pasar. Tenía un par de segundos, nada más.

—Escúchame —le dije, con las palabras saliendo a borbotones—. Soy alguien en quien puedes confiar tu vida. Cuando necesites ayuda, llámame y vendré a por ti.

Le di mi tarjeta con mi número.

Parpadeó.

Por un segundo pensé que iba a levantarla y mirarla. Su madre se la arrebataría de la mano y me la tiraría de vuelta.

Me moví para interponerme entre ella y su madre. Sólo un segundo más. Sólo…

La mano de Tamanny se retorció como la de un mago haciendo un truco. Mi tarjeta había desaparecido.

Adelante, chica. Sobrevive, maldita sea.

La mano de su madre me agarró del hombro y me tiró hacia atrás.

—¡Lárgate de aquí! —me gritó a la cara—. Voy a llamar a seguridad.

Levanté las manos y retrocedí. Tamanny tenía la cabeza gacha y su madre le empujó hacia los ascensores.

Las dejamos ir y bajamos por nuestra cuenta después.

Al personal del hotel no le importábamos mientras nos fuéramos, y un minuto después ya estábamos en la calle.

—¿Tienes la misma sensación con esto? —preguntó Elizabetta.

Asentí con la cabeza.

—Su madre le está haciendo sentir culpable. Algo así como que lo sacrificó todo para criarla y ahora es el momento de devolverle el favor.

—¿Lo has percibido? ¿Tu eukori?

Asentí con la cabeza.

—Creo que sí. Funcionó, más o menos.

—Esa mujer es una farsanta —espetó Elizabetta—. ¡Menuda tipa!

—Sí, pero eso no prueba nada sobre Forsythe —dije, yendo en contra de mis instintos—. Tamanny no cree que él sea el problema.

—No, supongo que le compra los zapatos por pura bondad.

—Oye, estoy de tu lado —dije—. Es un depredador enfermo, pero eso no cambia los hechos. No nos ha dado nada que podamos usar contra Forsythe.

—Y su madre no sirve de nada. No le importará lo que pase mientras el dinero sea bueno y su nombre aparezca en las luces de neón.

—Eso no lo sabemos.

Pero mientras lo decía, volví a levantar la vista hacia la altura impersonal del hotel. Los ojos vacíos de las ventanas que daban al centro de Los Ángeles me hicieron pensar en los ojos de la señora Harper. Desalmados. Mi instinto me decía que Elizabetta tenía razón.

Mi instinto sabía que había un montón de víctimas suyas para las que ya era demasiado tarde. Incluso en los casos en los que no era demasiado tarde, eran demasiadas, estaban demasiado dispersas. No podía salvar a todo el mundo, pero si podía salvar a Tamanny, quizá así podría saldar mi deuda con Fay. Quizá eso aliviaría ese sentimiento.

¿Dónde demonios está nuestro coche?

Un guardia de Altau estaba a unos diez metros de nosotras, escudriñando la calle.

Estaba a punto de llevarnos a un lugar más protegido cuando vi al otro guardia doblar la esquina en el coche.

—¡Mierda! —dijo Elizabetta detrás de mí—. Justo lo que nos faltaba.

Me volví bruscamente al oír su tono.

Me atrajo hacia ella y levantó el móvil como para mostrarme algo. La pantalla estaba en negro.

—No es el móvil. Mira al otro lado de la calle. En la mesa junto a la ventana de la cafetería —dijo.

Un tipo estaba sentado tomando algo. Había una cámara sobre la mesa frente a él, apuntando, como por casualidad, hacia las puertas del hotel.

—Es uno de los detectives de la división de Delitos Graves de Jefferson.

Había dos problemas.

Uno, tendría una foto de nosotras. Dos, si se estaban involucrando más detectives, esto ya no era un proyecto extraoficial de Delitos Graves, era un caso, y nos estaríamos entrometiendo en su camino.

Capítulo 50

—Mierda. Sólo son un par de kilómetros —me quejé—. Y ni siquiera hemos llegado a casa.

—Es el tráfico de Los Ángeles —dijo el conductor—. Y las compras navideñas. Nos dirigimos hacia un atasco.

Adiós a la escapada rápida. Si el detective había llamado a Jefferson Reed y le habían ordenado que nos llevara para interrogarnos, había tenido tiempo de sobra para almorzar, terminar el periódico y adelantarnos rápidamente a paso de tortuga.

Quizá el policía no había reconocido a Elizabetta. Quizá Reed no estaba disponible. Quizá simplemente esperaría a ver adónde íbamos.

—Vamos a ir andando —dije—. ¿Quieres deshacerte del coche o nos separamos?

Los dos guardias de seguridad se miraron entre sí.

—Deshazte de él. Lo recogeremos esta noche.

Uno de ellos nos entregó unos disfraces improvisados: bufandas y gafas de sol al estilo Jackie O.

—Los Basilikos estarán tan atascados como este coche —refunfuñé, pero me cubrí de todos modos.

Conseguimos dejar el vehículo en un lavadero de coches por más dinero del que ganaban en un día normal de trabajo.

La temperatura era perfecta para caminar, pero nos habríamos asfixiado con los gases de los coches en el bulevar. Nos pusimos en marcha en línea recta hacia casa, más o menos, con los guardias de seguridad a unos pasos detrás de nosotras.

Tenía un mensaje pendiente. Jen había vuelto.

Llamé, pero el móvil de Jen estaba ocupado. El de Dante estaba apagado, maldita sea, al igual que los de Julie, Keith y Alex.

No quería molestar a Yelena. En cambio, conseguí contactar con Bian y ponerle al corriente de todo lo que había pasado en Denver.

Acababa de recibir una invitación para visitar a Cameron en Santa Fe y una oferta para utilizar los edificios de la manada como base.

—¿Así que eso es todo, Ojos Redondos? ¿Has resuelto todos mis problemas peludos? —dijo ella.

—Sólo soy yo y mis ganas de ayudar.

Resopló.

—A decir verdad, me alegro de que hayas llamado. Han sido tan cooperativos que no dejo de esperar que pase algo malo.

—Es de verdad. ¿Te han ayudado a encontrar a alguien?

—Las manadas reunieron a algunos aspirantes perdidos y a siete Romero que rompieron con sus parientes para pasar a la clandestinidad cuando vieron lo que estaba pasando.

Casa Rota: logró superar el impulso Athanate de seguir al jefe de su Casa sin importar nada más. No es necesariamente algo que juegue a su favor, visto desde la perspectiva Athanate. Pero Bian sabría lo que hacía.

—Y gracias a tus amigos peludos de Los Ángeles que ayudan con la seguridad —dijo Bian—, Skylur ha permitido que se unan a mí algunos más de allí. También espero poder recoger a algunos de tus antiguos colegas de Ops 4-10 cuando Skylur decida que pueden salir. En general, nos va muy bien aquí abajo. Ah, y Rita te manda un saludo.

Me reí.

—¿Se llevan bien mis dos gatitas favoritas?

—Miau. Tengo que colgar.

Dimos un par de vueltas por las calles y volvimos sobre nuestros pasos para despistar a cualquiera que nos estuviera siguiendo.

Nada.

Lo más probable es que el detective de Reed no hubiera reconocido a Elizabetta, pero el propio Reed lo haría en cuanto viera las fotos. El enfrentamiento era inevitable; de ninguna manera creería que habíamos estado allí por casualidad. No después de las preguntas que ya debía de hacerse sobre nosotras.

Al menos se vislumbraba el final del engaño de Elizabetta, pero me guardé ese pensamiento para mí.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Más o menos una hora después, llegamos a la casa, dimos las gracias a nuestro escolta y entramos.

Dominé nos recibió en el vestíbulo.

—Tengo instrucciones de Yelena —dijo, exigiéndonos nuestros teléfonos móviles.

De acuerdo.

Una vez que le entregué el mío y me dejaron pasar, señaló con la cabeza hacia la planta superior, donde estaban los dormitorios y el despacho.

—Ya he tenido el placer de conocer a Jennifer. Está en el despacho —dijo, sin sonreír en absoluto. O casi.

Subí las escaleras de tres en tres.

Jen estaba sentada en su escritorio, hablando por el teléfono fijo. Me dedicó una gran sonrisa, me lanzó un beso y me indicó que me sentara en una silla mientras terminaba su llamada de trabajo.

Me senté y dejé escapar un suspiro de satisfacción. El simple hecho de tenerla de vuelta en casa me hacía sentir mejor.

Parecía que no se había tomado el tiempo de cambiarse al llegar al aeropuerto: seguía con su traje de negocios, todavía maquillada. Esta era Jen en su elemento, la directora ejecutiva de la empresa. A veces lo olvidaba, porque normalmente la veía relajándose en casa.

Terminó la llamada y rodeó el escritorio, deslizándose entre mis brazos como la pieza que faltaba en el rompecabezas encontrando su lugar.

Nos besamos, larga y profundamente. Me dejó sin aliento. Y con la mandíbula palpitando, con colmillos que prometían manifestarse al menor estímulo.

—Te quiero —dijimos al unísono, al separarnos del beso.

Jen acarició mi cuello con la nariz.

—Lo siento, querida, tengo llamadas acumulándose como buitres sobre una vaca muerta.

Me reí.

—¿Puedo ayudarte?

—Claro que sí. Sólo me quedan un par que no puedo posponer. Me gustaría hacer la segunda justo después de la primera y no la he preparado. —Señaló una pila de hojas impresas y escritas a mano—. ¿Podrías echar un vistazo a las notas y darme una lista de puntos

clave por orden de prioridad, por favor? Con tu opinión. Deberías tardar unos veinte o treinta minutos.

¿Qué demonios sabía yo de sus negocios? Abrí la boca para quejarme y sonó el teléfono.

—Mi conferencia telefónica —dijo y se metió de nuevo detrás del escritorio.

Me reí de nuevo, barajé la pila de papeles y los ojeé, esperando encontrar algo sobre cuentas. Sabía que se me daban bien los números.

Pero el montón de documentos no trataba sobre las finanzas del Grupo Kingslund ni sobre ningún oscuro acuerdo comercial. Se trataba de las deficiencias en el tratamiento de los veteranos con lesiones.

¡Oh, sí, tenía una opinión al respecto!

El problema sería contener mi opinión y hacer una evaluación racional de los documentos.

Empecé a escribir frenéticamente y me sumergí tan profundamente en los argumentos que ni siquiera me di cuenta de que su llamada había terminado. Fue una auténtica sorpresa cuando me interrumpió arrodillándose a mi lado.

—Me encanta cuando te lanzas a algo como si no hubiera nada más en el mundo. —Su voz sonó ronca y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Hay *alguien* a quien quiero dedicarme en cuerpo y alma ahora mismo —dije, inclinándome hacia ella.

Sus labios rozaron los míos y se apartaron.

Gemí.

—Una última llamada. Sólo esta, lo prometo.

Se recostó en su sillón ejecutivo y se detuvo con una mano suspendida sobre el teclado numérico del teléfono.

—Excelente —murmuró, con la mirada fija en las notas que había escrito—. ¡Oh! ¡Qué interesante! Esto es lo que realmente hay que saber.

Sus dedos teclearon un número.

—Gracias, querida —me dijo con los labios—, y te quiero.

Mis colmillos palpitaban de placer, manifestándose por un segundo y luego desapareciendo. Eso le hizo reír justo cuando contestaron su llamada.

Se puso seria y tuve que dejar de bromear con ella.

Dejé de prestar atención a la conversación y, en su lugar, me limité a observarla.

Había algo de leona en ella cuando trabajaba. Me la imaginaba entrando con paso firme en una sala de juntas y haciendo que la conversación se detuviera en seco en cuanto la gente se daba cuenta de que la cosa se había puesto seria.

Allí estaba, echando la silla hacia atrás, la imagen de la confianza, con la voz tranquila, segura y muy en control.

En definitiva, increíblemente sexy.

Mientras no la distrajera, supuse que no había ninguna razón por la que no pudiera disfrutar de la vista.

Mis ojos se deslizaron por su cuerpo, desde su ondulado cabello rubio hasta el impecable traje azul de poder con la chaqueta de líneas angulosas y la falda de paneles. De ahí, bajaron hasta la piel tonificada de sus piernas.

Sabía que había estado haciendo ejercicio en el gimnasio con Julie y Yelena. No era la primera vez que me daba cuenta, pero era una gran oportunidad para estudiar los cambios.

Oooh. Me gusta.

¿Era mi imaginación o hacía calor en la oficina?

Me abaniqué y bajé la mirada hacia la alfombra.

Compórtate, me regañé a mí misma. *No soy una colegiala enamorada*.

Eché otro vistazo.

Había cruzado las piernas, una elegantemente apoyada sobre la otra. Y se había quitado el zapato del talón. Su pie tenía un arco elegante, y el Louboutin color canela se balanceaba de un lado a otro, sujeto sólo por los dedos.

Volví a cerrar los ojos.

Entonces me di cuenta de que todo se había quedado en silencio.

Había terminado la llamada y me había estado observando, observándole a ella.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios, como si supiera cada imagen erótica que había parpadeado en mi mente en los últimos minutos.

Mierda. Me había pillado.

—Esas notas estaban muy bien —dijo—. Sería… muy interesante tenerte trabajando a mis órdenes.

Me aclaré la garganta. No creía que ese comentario se refiriera a mis habilidades como secretaria. Seguí el juego.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudarla, Sra. Kingslund? ¿Cualquier cosa?

No tuve que fingir; mi voz salió ronca.

Mantuve la mirada baja. Era una señal muy «lupina», pero quizá Jen captara la idea. Hoy me encantaba el papel de sumisa.

—Bueno… —La forma en que pronunció esa palabra me hizo pensar en un gato estirándose antes de salir a cazar.

Se acercó y se plantó justo delante de mí. Su mano me rozó la mejilla. Me giré y le besé el interior de la muñeca. Un pequeño jadeo fue mi recompensa.

—Es usted una mujer realmente atractiva, Sra. Farrell —dijo.

—No, supongo que soy aceptable, pero tú eres la mujer más hermosa que he conocido jamás.

—¿Aceptable? Esto dice que te equivocas. —Me rodeó la cara con las manos y me besó.

Un Athanate necesita Sangre, pero casi tanto como eso, un Athanate necesita Rahaimon: el sustento de la emoción. No tenía por qué ser amor; Basilikos lo demostró. Pero ¿cómo podían soportar privarse de esto?

A pesar de cualquier problema con los eukori, el amor y el deseo de Jen me encendían como una hoguera.

Sí. Sí. Más. Más.

Me levantó. Unidas por los labios y las caderas, nos balanceamos y giramos hasta que sentí el apoyo del escritorio contra la parte posterior de mis piernas.

Tuvimos que interrumpir el beso cuando Jen me quitó la camiseta y el sujetador deportivo por la cabeza. Su chaqueta había

desaparecido y yo reduje el ritmo, provocándola, desabrochándole los botones de la camisa con un cuidado exagerado.

—Y dicen que tienes fama de ser dura con la ropa —dijo Jen, desabrochándome los vaqueros.

—Me la he ganado. —Le tiré la camisa a la silla y el sujetador a continuación.

—¡Oh! —Sus manos se detuvieron cuando me abrieron los vaqueros y luego se deslizaron por mi vientre, haciéndome jadear—. Bonito, bonito.

Me dio la vuelta y me empujó hacia abajo para que quedara inclinada sobre el escritorio. Eso le permitía sujetar mejor los vaqueros. Supongo.

No me importaba. Estaba en una nube y me derretía por dentro.

Si hubiera sido Alex, ya estaríamos jugando a dar golpecitos en la mesa. Jen se fue tomando su tiempo cada vez más, bajándome los vaqueros centímetro a centímetro.

—Menudo espectáculo.

Un susurro ronco y su falda se unió al resto de su ropa. Se apretó contra mi trasero, inmovilizándome contra el escritorio. Como si fuera a ir a ninguna parte.

—Ese tanga, ese precioso, *precioso* tanga, le queda de maravilla, Sra. Farrell —murmuró mientras sus uñas trazaban líneas de fuego a lo largo de mi espalda.

—Gracias, señora. —Sonreí mirando la fría superficie marrón del escritorio—. No hay nada más en mis cajones. La persona que me hizo la maleta debe de haberse olvidado de todas mis otras braguitas.

—Oh, no creo que se haya olvidado nada.

Me mordí el labio. Sabía exactamente quién había elegido y hecho la maleta. La misma persona que me había comprado todos esos tangas ridículos. Ridículos.

Jen se frotó contra mí y yo jadeé.

Se inclinó y su cabello me acarició la espalda mientras sus dientes me mordisqueaban la columna vertebral.

—Dijiste que siempre me dirías la verdad —dijo.

—Lo hice —dije—. Lo haré.

—¿Siempre? —Otro giro mesurado de sus caderas y una presión exquisita sobre mí.

—¡Sí, sí! —gemí—. Vas a tener que aflojar un poco si quieres que diga algo más.

Se reía entre dientes, pero la presión se suavizó un poco.

—¿Me quieres? —preguntó.

—Sí. Por supuesto.

Una pregunta estúpida. Pero yo seguía sonriendo.

—Mmm.

Dio un pequeño paso atrás. Su mano se agarró a mi cadera y tiró suavemente.

Me giré sobre el escritorio. Se deslizó entre mis piernas. Las rodeé con las mías y crucé los tobillos.

¡Te pillé! Ahora no se iba a escapar por un rato.

Tampoco lo intentaba. Volvió a presionar con fuerza contra mí.

Me mordí el labio mientras se me escapaba un pequeño gemido.

Sus ojos se habían vuelto somnolientos y ahumados por el deseo. Quería que me besara y me tomara allí mismo, pero se contuvo.

¿Me estaba provocando?

No.

—¿También quieres a Alex?

Una pequeña sacudida me recorrió el cuerpo, pero no pude mentir.

—Sí.

No me soltó, no dejó de abrazarme con fuerza. Sus labios recorrieron mi hombro, y su cabello me hacía cosquillas.

—¿Y qué hay de Alex y yo? ¿Qué hay de nosotros dos juntos?

Mi corazón ya latía a toda velocidad. Ahora lo hacía en mi garganta.

No podía soportar la idea de perderlos. A ninguno de los dos.

—Estamos todos unidos. Todos lo sabemos.

—No es eso lo que quería decir.

—Creo que vosotros también os queréis.

Espero que sí. Quiero que sea así. Lo necesito.

—Eso es lo que has dicho. Nos *has* visto, ¿verdad? No hacemos más que discutir.

—Conozco a una pareja de hombres lobo Alfa cuya conversación hasta ahora no ha sido más que insultos gritados a pleno pulmón. —Contuve el aliento mientras Jen se movía sensualmente contra mí. Tuve que cerrar los ojos y contar hacia atrás; de lo contrario, podría haberme corrido en ese mismo instante—. Se van a emparejar pronto —logré terminar.

—Mmmm. Interesante. Alfas. —Me acarició el cuello con la nariz, y su aliento me puso la piel de gallina por todas partes—. *Quieres* que nos amemos, Alex y yo.

—Sí. Quiero. Lo necesito.

Una mano me acarició el pecho y besó un pezón que pedía a gritos que lo mordieran y lo chuparan.

Gemí de nuevo.

—¿Con todo lo que eso conlleva? —dijo—. ¿Amor y sexo?

Otro estremecimiento me sacudió.

Alex y Jen. Haciendo el amor. Todo muy bien en teoría. ¿Cómo me sentiría cuando realmente sucediera justo delante de mí? Si iba a poder hacer el amor con los dos, y todos nos queríamos, entonces tendría que aceptar que ellos hicieran el amor entre ellos, ¿no?

—Sí —dije, tragando saliva—. Todo.

—¿Por qué has cerrado los ojos?

—Porque si te miro, me voy a correr.

—Ya veo —ronroneó ella—. Qué insensible por mi parte, querida. —Me besó en la oreja—. ¿Crees que puedes llevarme primero a la cama? Para eso necesitarás tener los ojos abiertos.

—Lo intentaré. No estoy segura de que mis rodillas aguanten.

Me deslicé del escritorio y la levanté, con un brazo bajo sus rodillas y el otro detrás de su espalda. Mis rodillas aguantaron.

—¿Ves? No hay problema —dijo. Echó la cabeza hacia atrás y me miró a través de los párpados entrecerrados—. Me encanta cuando te pones tan machista conmigo.

—Lo dice la mujer que acaba de dominarme sobre su escritorio.

—¿Lo hice? —preguntó, pestañeando—. Creo que te acabas de inventar esa palabra.

—*Es* una palabra de verdad. Las chicas a las que les gusta el cuero la usan todo el tiempo. Podemos dominarnos la una a la otra —dije

—. Una y otra y otra vez.

En la puerta, reduje el paso.

Afuera, el desnivel formaba una especie de pasillo-balcón que se curvaba a lo largo del amplio salón. Los dormitorios estaban a un lado.

Iba a caminar casi desnuda, llevando a mi pariente igualmente desnuda, a la vista de cualquiera que estuviera en el salón. También verían exactamente adónde nos dirigíamos.

Bueno, no es que no lo sepan.

No iba a morir de vergüenza, pero tenía la sensación de que podría fallecer si no hacía el amor con Jen pronto.

Y resultó que el salón estaba vacío. Quizás todos estaban aprovechando para descansar.

Tumbé a Jen en la cama de nuestra habitación y ella decidió que ya había tenido suficiente de ser sumisa.

Mientras nos quitábamos los tangas —*a juego, ¿eh? ¿Quién lo hubiera pensado?*—, me inmovilizó, sujetándome las muñecas por encima de la cabeza.

Luché y luché, *por supuesto*. Pero me dominó.

Para un observador, podría haber parecido que sólo me retorcía para causar efecto.

Y, como se vio después, tuvimos un espectador.

La puerta se abrió de golpe y Alex irrumpió en la habitación, cargando con su ropa y todavía chorreando agua por haberse bañado desnudo en la piscina.

—¡Oh! Oye, seguid —dijo sonriendo. —No querría que paraseis por mi culpa.

—Pervertido. —Jen se deslizó fuera de mí, hacia el lado más alejado de Alex.

—Reina de hielo —replicó Alex.

—¡Niños! Por favor.

Se me volvió a subir el corazón a la boca. Adiós a la discusión teórica con Jen, adiós al plan de ir avanzando poco a poco. Me sentía como si estuviera en la cuerda floja sin red de seguridad. Y sin eukori que me permitiera hacer trampa.

Confía y salta.

—Alex. —Extendí un brazo hacia él, invitándolo.

No se había molestado en ponerse una toalla, al igual que no se había molestado en ponerse el bañador, así que estaba frío y mojado cuando se deslizó en la cama a mi lado.

Los dos estaban tan relajados como dos serpientes de cascabel evaluándose mutuamente.

Tan relajados como lo habían estado Félix y Cameron en Coykuti.

Eso me daba una pizca de esperanza.

Jen *era* una Alfa. No era una licántropa, pero claramente era tan Alfa entre los humanos como lo eran Alex, Félix o Cameron entre los licántropos.

¿Y si ella y Alex sólo estaban reaccionando como Alfas de hombre lobo?

¿Y si las miradas fulminantes y los insultos fueran una especie de provocación loca?

Ahora me encontrada acorralada de verdad. Alex estaba tumbado sobre mi brazo derecho, Jen sobre el izquierdo. Aparte de apretarlos contra mí y esperar que no explotaran, ¿qué más podía hacer?

El agua de la piscina goteaba del pelo de Alex y le resbalaba por el pecho.

La piscina era de agua salada. Por suerte, sin cloro.

Lamí algunas gotas de su piel, subiendo hasta su garganta.

Alex respiró hondo.

Y lo que le hice a uno…

Pasé la lengua por Jen, desde el pezón hasta la línea de la mandíbula.

Ahora ambos parecían haber olvidado cómo respirar. Tiré de Alex hacia abajo para hacerle el boca a boca que le salvaría la vida.

Luego a Jen. *Todo es cuestión de equilibrio.*

Funcionó, y ahora estábamos en racha.

Tenía una mirada de interés firme por parte de Alex, que en ese momento se apretaba con fuerza contra mi cadera. Los ojos de Jen habían vuelto a su mejor aspecto ahumado y se clavaban en los de Alex.

Silencio, salvo por tres respiraciones entrecortadas.

Los ojos de Alex parpadearon hacia los labios de Jen. Como si respondieran, estos se separaron.

Con los ojos muy abiertos, los dos se inclinaron hacia delante sobre mí.

Sus labios se tocaron y se apartaron de golpe como si se hubieran quemado.

Qué incómodo.

Mi amiga del colegio, Cassie, lo había hecho mejor con su primo cuando les reté a que se besaran en el cobertizo del jardín. Tenían apenas doce años.

—Vaya, eso fue difícil —dijo el demonio en mi garganta—. Ahora, una vez más, con pasión.

Jen cerró los ojos e inclinó la cara.

Alex se acercó a ella.

Sus labios se tocaron, se separaron, se tocaron.

Volví a olvidarme de respirar.

¿Cómo se sentiría?

Están enamorados. Están enamorados. Quieren hacer el amor.

Sus deseos son sagrados para mí.

Lo cual hacía que pareciera una especie de obligación: permitirles que se quisieran el uno al otro como me querían a mí.

Ahora se estaban besando, un beso de verdad. Podía sentir el calor, la urgencia, la necesidad.

Eso despertó una necesidad en mí también. Verlos besarse era un nivel de erotismo que me hacía agua la boca, me hacía temblar las piernas y me quemaba por dentro.

Esto no era ningún deber. Se trataba únicamente de placer. De deseo.

Lo necesitábamos. Necesitábamos que nuestro amor fuera igualitario y compartido entre nosotros.

No era una verdad que descubrí con eukori, sino una verdad que simplemente sentí cuando el fuego comenzó a arder en los tres, cada uno alimentando las llamas del otro.

Y mientras se besaban más profundamente, Jen deslizó las yemas de los dedos por el pecho de Alex, dejando un rastro de piel de gallina. Arriba y abajo, entre Alex y yo. Rozando mi pezón. Su

vientre. Mi vientre. Mi cadera. La unión de piel donde su vientre presionaba mi costado.

Los tres temblábamos.

Sus dedos se detuvieron.

Una pregunta.

Mi corazón latía como si intentara salir de mi caja torácica.

El cuerpo de Alex se estremeció y se movió. Una cantidad minúscula. Apenas lo suficiente para dejar espacio para que una mano se deslizara entre nosotros, hasta donde su expresión de interés palpitaba ardiente contra mi cadera.

Una respuesta. Una invitación.

Esto iba a funcionar. Una oleada de placer y expectación increíble sacudió mi cuerpo.

En un instante, todo se esfumó. Un segundo antes de que sucediera, tanto Alex como yo lo sabíamos. Alex ya estaba agachado entre nosotras y la puerta cuando esta se abrió de golpe.

Yelena. Obviamente recién salida de la cama. Magníficamente desnuda, con el pelo plateado peor que el de Medusa.

Elizabetta y Dominé justo detrás de ella.

—Lo siento, jefa —dijo Yelena, tendiéndome el móvil—. Es urgente.

Me deslicé de la cama.

—¿Dante?

Negó con la cabeza.

—Tamanny.

Capítulo 51

Puse el altavoz, con los dedos helados por la aprensión agarrándome las tripas mientras me vestía.

—¿Tamanny? Tamanny, ¿estás bien? —le pregunté.

—¿Es usted, Sra. Farrell? —Su voz sonaba tan débil y asustada. Intentaba no llorar. Sus palabras eran confusas, como si tuviera la boca entumecida.

—Sí, soy yo. Llámame Amber. ¿Qué está pasando?

—Yo… tú dijiste que te llamara si… —Se detuvo y, bajo sus sollozos ahogados, pude oír el ruido del tráfico.

—¿Dónde estás?

—No lo sé —dijo, con pánico en la voz—. Simplemente corrí. No recuerdo cómo llegué aquí. No sé qué hacer.

—Lo estás haciendo bien, Tamanny. Bien. Ahora oigo coches. —Hablé con toda la calma que pude—. Estás en una carretera. ¿Recuerdas algo de cómo has llegado hasta allí?

Hubo una pausa.

—Sólo corrí. Me llevaron a un club. Se suponía que era un desfile de moda o algo así. Me siento muy mal.

Su voz se fue apagando.

—¿Tamanny?

—Había un puente sobre la carretera. Un puente grande. Había una especie de valla de alambre con autobuses escolares. Debajo del puente. Y gente con harapos. Y ya sabes, grafitis. Como caras y cosas así.

Elizabetta frunció el ceño e hizo un gesto con la mano: *necesitaba más información*.

—¿Hay nombres de calles? —pregunté—. ¿Qué ves?

Tamanny dio un grito.

—¡¿Qué está pasando?! —grité.

—Lo siento. Lo siento —murmuró—. Había un tipo durmiendo en la acera. Pensé que era basura, pero se despertó. Me asustó. Todo el mundo me está mirando.

—¿Nombres de calles?

—Oh. No veo nada. ¿Hay algún tipo de mercadillo? Los puestos lo tapan todo. Espera.

Sonó el claxon de un coche y pude oírle disculparse de nuevo.

Se oía música y gritos de fondo.

—San Pedro —dijo ella.

—Oh, Dios —susurró Elizabetta—. Se está dirigiendo a South Central.

—¿Hay algún restaurante al que puedas entrar? —le pregunté.

—No tengo dinero —dijo ella—. Me dejé el bolso. Tuve que hacerlo. Sólo tengo mi móvil secreto. Es un secreto. Prométeme que no se lo dirás a nadie. —Empezó a llorar—. Se me rasgó un poco el vestido al pasar por la ventana. Era un vestido bonito.

¿Qué demonios le había pasado?

—Tamanny, si ves algún restaurante que te parezca bien, entra —le dije—. Dale el móvil al encargado y yo hablaré con él. Sólo quiero que salgas de la calle.

—Sí. Me estarán buscando —dijo ella—. Han pagado. Tengo que salir de la calle. Hay uno aquí. Un restaurante. Alcan… Alcántara.

Se oyó el ruido de una puerta y algo de música de ascensor.

—¡Oye! Tú. ¡Fuera! —Pude oír a alguien gritándole, y luego a Tamanny intentando desesperadamente explicarse y pasarle el móvil.

—Sí, ya he visto este tipo de estafa antes. Lárgate de aquí, puta borracha.

El sonido del restaurante se cortó y volvió el ruido de los coches y la gente.

Tamanny lloraba ahora desconsoladamente.

Terminé de vestirme y me dirigí al garaje.

—Sigue hablando con ella. —Le pasé el móvil a Elizabetta.

—El coche va demasiado lento —les dije a los demás—. Me voy en la Kawasaki.

—Iré contigo —dijo Alex—. Puedo volver por mi cuenta.

—Os seguiremos en el coche y nos reuniremos con vosotros —dijo Yelena. Julie y Keith se habían unido a ella.

¿Cómo nos encontraríamos? ¿Dónde?

Aún no pensaba con claridad. Corrí de vuelta a la oficina y cogí el equipo de comunicaciones Ops 4-10 del coronel.

Me llevó unos frustrantes minutos conectar las señales a un equipo de comunicaciones principal, que me unía con Yelena y Elizabetta.

No había tiempo para conectar también el móvil. Podría oírle a través del equipo de Elizabetta, pero no podría hablar con ella.

Le quité el móvil a Elizabetta.

—Tamanny, escúchame —dije—. Voy para allá. No tardaré mucho. Sólo veinticinco minutos, ¿vale? Necesito que entres en una tienda y me esperes.

—Hay una tienda Urban River —susurró.

—Bien. Es una buena elección. Entra y espérame.

—¿Y una comisaría? —dijo Julie.

Elizabetta negó con la cabeza.

—Está lejos. No es una buena...

Pero Tamanny también lo había oído.

—¡No! —dijo, con la voz distorsionada por la urgencia—. Había un juez. Vering. Veringham. ¡Algo así! No se puede confiar en la policía.

Oh, Dios.

Elizabetta apretó los ojos con fuerza y negó con la cabeza. Temía que no pudiera soportarlo más, pero se recompuso y, cuando volvió a hablar con Tamanny, su voz era alegre y tranquilizadora.

—No hace falta ir a la comisaría. Entra en la tienda. Amber irá a buscarte. Sigue hablándome, cariño.

Yo ya estaba corriendo hacia el garaje.

Oí por mi comunicador que Tamanny estaba dentro de la tienda mientras arrancaba la Kawasaki y Alex se acomodaba detrás de mí.

Dejamos marcas de neumáticos en el camino de entrada y salimos a la avenida que nos llevaría a Santa Mónica, la autopista del gran puente por debajo del cual había pasado Tamanny.

Como cualquier otra carretera principal, estaba atascada de coches, pero me abrí paso entre ellos. La moto era alta, estrecha y potente, diseñada para circular por tierra, pero eso también la hacía excelente para esquivar coches.

Quizá pudiera llegar en quince minutos.

—Cuéntame sobre tu vestido —dijo Elizabetta por el intercomunicador.

—Es precioso. Rojo. Con un estampado negro. Orquídeas. Parecen pájaros creciendo en enredaderas.

—Suena precioso. ¿Lo has roto? ¿Podremos arreglarlo?

—No lo sé. Me dio mucho miedo salir trepando. Me mareé.

Elizabetta murmuró algo que no pude oír mientras pasaba a toda velocidad junto a un par de idiotas que discutían a través de las ventanillas de su coche.

—No quería bebérmelo —dijo Tamanny—. Pensaba que tenía que estar en la pasarela. No quería caerme. De todos modos, me sentó mal.

Quizá eso fue lo que te salvó: vomitar las drogas.

Me abrí paso entre un camión y la autopista.

Diez minutos. ¡Vamos! Podría llegar en diez minutos desde aquí.

Se habrían dado cuenta de que había desaparecido al cabo de cinco o diez minutos. No estarían seguros de por dónde se había ido al principio. Quizá otros diez minutos organizando la búsqueda. Era mucho tiempo para escapar, pero era una chica preciosa de catorce años tambaleándose por la carretera con un vestido rojo rasgado y llorando. La gente se daría cuenta. Sus perseguidores podrían estar justo detrás de ella.

—Los oía hablar —decía ella. Se había calmado una vez que entró en la tienda, pero ahora volvía a llorar—. No creían que pudiera, pero pude. —Tenía hipo—. Mamá dice que no pasa nada. Todo el mundo en el sector lo hace. Pero no es así, ¿verdad?

—No, Tamanny, no es verdad —dijo Elizabetta—. Estoy segura... Estoy segura de que tu madre no lo decía en serio. Debe de ser un malentendido. Pero primero vamos a llevarte a un lugar seguro y luego lo hablamos.

El viento me secó las lágrimas de los ojos.

—Amber, he contactado con Billie —la voz de Yelena por el intercomunicador me sobresaltó—. La mayoría de las Belles están de patrulla, pero ella y un par más se dirigen a South Central desde el otro lado.

—Bien —dije.

—No tan bien. Me dice que hay un mercadillo. Es ilegal, pero por allí la policía no interviene a menos que pase algo grave.

—¿Cómo de grave? —En los disturbios pasan cosas malas, y South Central era la zona más peligrosa de Los Ángeles, llena de bandas.

—Dice que normalmente no pasa nada.

Normalmente.

—¿Han cortado las carreteras? —pregunté.

—No, pero el tráfico irá lento por ahí. Retrasará a todo el mundo por igual. Nosotros estamos ahora mismo atascados; ni siquiera podemos entrar en Santa Mónica. ¿A qué distancia estás de Tamanny?

—A seis minutos. Menos, creo.

Yelena se quedó en silencio.

—¿Tamanny? ¿Tamanny? —llamaba Elizabetta.

—¡¿Qué ha pasado?! —grité.

—No lo sé. Estábamos hablando de su madre. La línea se ha cortado.

—Llama a la tienda Urban River por el teléfono fijo —dije—. Informa al gerente del problema. Consígueme también la ubicación exacta.

—Vale.

Alex me dio una palmada en el brazo para llamar mi atención.

—Cámbiate a la autopista Harbor —dijo—. Toma la primera salida hacia Adams. Cruza San Pedro por la zona correcta.

Maniobré la Kawasaki por un par de huecos y bajé por la rampa de salida.

Estábamos muy cerca; a menos de cuatro minutos.

¿Y si la han encontrado?

No podrían escapar tan rápido. Los encontraría.

Elizabetta no obtenía respuesta de la tienda, pero entonces Tamanny volvió a llamar.

—¡Gracias a Dios! ¿Estás bien? —dijo Elizabetta.

—Sí. Lo siento. —Estaba llorando de nuevo.

—¿Qué ha pasado?

Volví a oír los ruidos de la calle. Había vuelto a salir.

—Llamé a mamá. Dijiste que ella… Tenía que…

La voz de Elizabetta era tan baja que apenas podía oírla.

—¿Qué te ha dicho?

—Que debería volver.

No tuve tiempo de maldecir ni gritar. Me había topado con las afueras del mercadillo. Unos cuantos puestos se extendían por la calle y un accidente con un camión más adelante bloqueaba completamente el paso. Había demasiada gente en las aceras.

Me detuve junto a un puesto y bajé el caballete lateral.

—Aquí tienes cincuenta. —Le dejé un billete en la mano al sorprendido vendedor—. Te daré otro si la moto sigue aquí cuando vuelva. Media hora.

Alex y yo corrimos, zigzagueando entre la gente.

—Liz —dije por el intercomunicador mientras corríamos—, llévala de vuelta dentro, pero primero tiene que deshacerse de ese móvil. Regálalo o tíralo a un coche si puede. Lo que sea.

—¿Qué? Oh, podrán rastrearlo, por supuesto.

Le oí hablar con Tamanny.

No podía volver a la misma tienda. El gerente había cerrado el local. No le gustaba el aspecto de las multitudes.

Elizabetta le pidió que buscara otra tienda y un vehículo que estuviera cerca para dejar el móvil.

Podía entender las preocupaciones del gerente de la tienda.

Al bajar a esta zona desde el Fashion District, por San Pedro, parecía que estuviéramos en otro país. Al norte de Santa Mónica, había palmeras a los lados de la carretera y espacios abiertos, fábricas de ropa. Más adelante, los rascacielos del centro, los paraísos de las compras de Hollywood, Rodeo, Melrose: las calles resplandecientes de la abundancia. Al sur de la autopista, tiendas sueltas de productos básicos, precarias y de descuento, carteles escritos a mano y pintura descascarillada, rejas en las ventanas y muchos sitios donde comprar alcohol.

Y tal vez, más temprano ese mismo día, sólo habían sido los puestos del mercado aprovechándose de la avalancha navideña de compradores, esperando en cualquier momento que la policía los desalojara. Luego, cuando eso no sucedió, se había convertido en una fiesta callejera. Habían sacado bidones de cien litros y los

estaban utilizando para asar carne, entre el olor a carbón y a encendedores. Vendedores astutos ofrecían alcohol barato desde carritos de la compra robados. Se estaba celebrando un concurso para ver quién tenía el radiocasete más potente.

Pero a medida que el día se desvanecía y la multitud empezaba a moverse en lugar de holgazanear, el ambiente festivo atraía a otros personajes con la misma seguridad con la que la sangre en el agua atrae a los tiburones.

El humo de las hogueras se mezclaba con la contaminación de la ciudad y se cernía sobre las calles mientras las luces comenzaban a encenderse. Las caras que surgían de él parecían más extrañas cuanto más nos adentrábamos.

Más comerciantes bajaban sus persianas. De todos modos, no era un buen negocio con el mercadillo allí, y no había ningún interés en quedarse abiertos hasta tarde.

Los vendedores ambulantes empezaban a mirarse entre sí para ver quién daría el primer paso, quién tomaría esa decisión sobre el equilibrio entre perder el último negocio y arriesgarlo todo.

Los coches empezaron a circular con más fluidez, avanzando lentamente, con las luces brillando en sus ventanas en penumbra.

Y ahora la gente nos miraba fijamente, a un par de gringos corriendo por South Central como si nos persiguieran.

Yelena se comunicó por radio, confirmó que las Belles habían llegado cerca del extremo superior de Avalon y habían tenido que dejar las motos.

—Billie dice que está preocupada, jefa. Ha visto a los Vagos y a los Mongols, a los Five-deuce y a los Conejo. Esos hombres no se llevan bien en espacios reducidos.

Mierda. Estábamos a punto de vernos envueltos en una guerra territorial entre las bandas del sur de Los Ángeles y los clubes de moteros.

—Hay un sitio que todavía está abierto —dijo Tamanny en voz baja—. Se llama *«Trabajo»*. Tienen un cartel que dice «ropa a cinco dólares». Está entre una licorería y un local que pone… eh… *«Reparación de secadoras y lavadoras»*.

—Dile que iré allí, que me espere.

—Por favor, date prisa —dijo cuando Elizabetta le transmitió el mensaje—. Vale. El móvil va en la parte trasera de una furgoneta que acaba de arrancar.

Tamanny se había ido y, con un poco de suerte, Forsythe *estaría* rastreando su móvil y tardaría una o dos horas en dar con él en Harbor.

Sólo necesitábamos un par de minutos más.

Pero la multitud que teníamos delante no se dispersaba ni se alejaba. Se estaba volviendo más joven y más exaltada con cada paso que dábamos. Alex y yo redujimos el paso. No hay nada como empezar una pelea por empujar a alguien.

Y estábamos fuera de lugar y teníamos prisa. Mala combinación.

¡Sólo un minuto más!

Pero lo que teníamos delante no eran compradores. Eran bandas de pandilleros enfrentándose entre sí.

A nuestro lado, los Five-deuce: afroamericanos, con sombreros de ala ancha y barbas, anillos de oro macizos y haciendo gestos con las manos.

En el otro lado, los Conejos: hispanos, cabezas rapadas y bigotes afilados, tatuajes que cubrían todo el brazo y camisetas anchas con mucho espacio para armas.

La mayoría de los puestos del mercado habían desaparecido. Tres habían sido abandonados. Lo que fuera que estuvieran vendiendo había sido saqueado por completo.

No circulaba ningún coche por esta manzana. Un par estaban aparcados a un lado, con las puertas abiertas y música a todo volumen, y la calle en sí era como dos ríos que se tocaban sin mezclarse.

En la línea divisoria del medio, un par de jóvenes se pavoneaban, deseosos de demostrar lo duros que eran insultándose mutuamente.

Lo bueno era que la mayoría de las miradas estaban puestas en ellos.

Redujimos el paso, con cuidado de dónde pisábamos. Teníamos que ir en fila india. Alex lo pensó y me hizo un gesto con la cabeza para que yo fuera delante, así él podría cuidarme. Se mantuvo pegado a mí.

Las pandillas se arremolinaban y hervían como un caldo en un caldero. Delante de nosotros, un grupo de matones se alzaba en la acera, y no podíamos esquivarlos; más allá de ellos, vislumbré chaquetas de moteros.

Mierda.

Todo empezó con un codazo. Uno de los tipos nos vio y le dio un codazo a su amigo, que se dio la vuelta con la boca llena de palabrotas que se callaron de golpe al verme.

—¡Oooh, eeeh! Mira, mira. Ahora sí que hablas, tío.

Él y su amigo se acercaron pavoneándose hacia nosotros, bloqueando toda la acera. Deuce Uno y Deuce Dos.

Ese par no eran nada. Pero tenían otros veinte miembros de la banda que encontrarían más interesante divertirse conmigo que con su amigo en la calle, si se daban la vuelta.

No teníamos tiempo para esta mierda.

—Mirad, chicos. —Levanté las manos abiertas. Más valía intentar hablar—. Sólo tenemos que pasar.

—¿Qué? ¿Pasar por delante de nosotros? Eso no es muy amable —dijo Deuce Uno. Miró por encima de mi hombro a Alex—. Mejor vete a dar una vuelta, tío. Esto no te va a afectar a menos que te quedes por aquí. Si te quedas, lo vas a pasar muy mal.

Deuce Dos se acercó, me agarró del brazo, me atrajo hacia él y me echó el aliento a cerveza. Era muy fuerte. Y estúpidamente arrogante.

—Me quedo —dijo Alex con calma.

—¿Te preocupas por tu chica? —dijo Deuce Uno—. Deberías, porque no va a querer volver contigo cuando hayamos acabado.

Alex no malgastó energía en responder. Notaba cómo calculaba el ataque adecuado, esperando a que yo diera el primer paso.

Me giré. Deuce Dos no me soltó, pero mi movimiento alejó su brazo de su cuerpo. Le di un puñetazo, poniendo toda mi fuerza en él, golpeándole en el centro nervioso de la parte interior de su brazo.

Su brazo quedó paralizado y ni siquiera tuvo tiempo de gritar.

Alex lo levantó y lo lanzó a la calle, lo suficientemente lejos como para que se estrellara contra la espalda del joven que maldecía y gritaba a los Conejos.

Todas las chicas deberían tener un hombre lobo de un metro noventa y una fuerza sobrehumana para sacar la basura fuera del camino.

La boca de Deuce Uno se abría y se cerraba en silencio.

Le di un puñetazo en la garganta para asegurarme de que se quedara callado durante un buen rato.

Por suerte para nosotros, en la calle, el joven Conejo vio que no podía dejar pasar la oportunidad de darle una patada cuando su oponente cayó a sus pies.

El Deuce se abalanzó hacia delante y nos abrió paso.

Excepto por un tipo.

Supuse que tenía que ser Deuce Tres.

«Grande» se quedaba corto para describirlo. Había un entrenador defensivo de la NFL en algún lugar del país llorando porque no tenía a este gigante en su línea de *scrimmage*.

Tampoco era ningún tonto al que se le cayera la baba.

Todos los demás estaban distraídos con la refriega en la calle, pero no Deuce Tres.

De verdad, no tenía tiempo para esto. Llevaba la HK en la funda del hombro, pero en cuanto la sacara, alguien me apuntaría con otra. Quería alejarme de allí antes de que salieran los AK-47.

Deuce Tres se alzaba sobre mí como un acantilado.

Entonces parpadeó.

Se arrodilló como una grúa que se derrumba, y sus rodillas hicieron dos golpes *secos* al golpear el suelo. La expresión de total desconcierto de su rostro se desvaneció hasta quedar en blanco. Sus ojos se voltearon lentamente hacia arriba y cayó de bruces sobre la acera.

De pie detrás de él, Billie hizo girar una gran llave inglesa ajustable como si fuera una porra y la guardó de nuevo en su bota.

—Vamos. La tienda está justo ahí atrás.

Corrimos mientras pudimos y llegamos justo a tiempo; las persianas de acero se estaban bajando, tiradas por un tipo que estaba dentro.

Agarré la parte inferior y la levanté de un tirón, casi tirando al dependiente al suelo.

Gritó al ver todo el equipo de cuero y a un Alex enorme y todavía cabreado irrumpiendo en su tienda.

La tienda vendía ropa de trabajo, reciclada de la otra mitad de la ciudad, donde los ejecutivos compraban ropa para hacer cualquier trabajo en casa el fin de semana y la tiraban en lugar de lavarla. Era estrecha, y los percheros de ropa se amontonaban en el pasillo del medio.

No había ningún sitio donde Tamanny pudiera esconderse.

—No hemos venido a meternos con tu tienda —dije—. Hace unos minutos había aquí una chica con un vestido rojo. ¿Dónde está?

—Esa putilla estaba tramando algo. —Se había vuelto más valiente ahora que le había dicho que no estábamos interesados en dar un golpe a la tienda—. Intentaba robarme la mercancía. Sabía que no tenía ni un centavo, así que eché a esa zorra de aquí.

Lo agarré por la chaqueta y lo levanté del suelo.

—Intentaba esconderse hasta que llegáramos, no robarte tus cosas. ¿Adónde se ha ido?

—Por la puerta —dijo.

Lo tiré contra el perchero y salimos corriendo.

Las persianas se cerraron de golpe detrás de nosotros.

¿Dónde está?

Tenía la creciente sensación de que habíamos llegado demasiado tarde. ¿Qué habíamos hecho mal? ¿Qué se nos había pasado por alto?

La pelea al final de la manzana aún no había estallado del todo. Seguía siendo más empujones y forcejeos que puñetazos y patadas. Tamanny no era una chica de la calle, pero era lo suficientemente lista. No habría ido por ahí.

Giré hacia el sur. Ese camino se adentraba más en la zona peligrosa, pero ¿qué otra opción tenía ella?

¿Cómo había conseguido pasar a Billie?

¿Una gringa con un vestido rojo? Billie se habría dado cuenta.

Y entonces vi el vestido a lo lejos, saliendo de otra tienda que estaba cerrando.

Eché a correr, esprintando por la calle.

Los demás me siguieron sin dudarlo.

No es Tamanny.

Lo vi a cincuenta metros de distancia.

Era una chica, mayor que Tamanny, pero más o menos de su misma talla. Estaba presumiendo del vestido ante un público imaginario, sosteniéndolo a un lado y balanceándolo de un lado a otro, dando pasos de bailarina.

Se dio la vuelta justo cuando llegué, se cayó y gritó al vernos acercarnos corriendo.

—Lo siento. —Levanté la mano para tranquilizarla—. No te haré daño.

Se arrastró hacia atrás.

—¿El vestido? —le dije, con ganas de sacudirla—. ¿De dónde has sacado el vestido?

Billie estaba a mi lado. Un torrente de español y la niña se encogió de hombros.

—No hace falta que me grites. Me lo dio la loca. —Señaló con la barbilla hacia *el final de la calle*.

—¿Qué loca?

¿Qué había pasado? ¿Algún vagabundo había atacado a Tamanny?

—Una loca. La loca quería mi ropa de traposa. Me dio su vestido. ¡Mierda! Arregla ese desgarro, este vestido vale al menos cincuenta pavos.

No, Tamanny no está loca. Es una chica lista. Se está escondiendo.

—¿Cómo era tu ropa?

—Pantalones grises y una camiseta negra de Cali.

—¿Se fue por ahí? —Señalé hacia el sur.

La chica asintió.

—Tenemos que darnos prisa —le dije a Billie. Mi instinto me gritaba.

—Tienes tiempo. No va a llegar muy lejos.

Miré a la chica.

—Quería sus zapatos —dijo ella—. Unos tacones preciosos, tía. Le ofrecí pagárselos. No hubo trato. No va a llegar muy lejos con ellos.

Seguimos corriendo, y Billie paraba a los transeúntes para preguntarles si habían visto a una chica joven con ropa de calle y zapatos rojos.

Todos afirmaban que acababa de pasar hacía unos minutos. Se dirigía hacia el sur. Hasta que:

—Por ahí abajo.

Un callejón, junto a un taller de coches cerrado. La basura se desbordaba de los contenedores y ninguna luz de la calle llegaba hasta el fondo.

Corrimos a lo largo de él, confiando en nuestros ojos de lobo. Era corto, encajonado entre paredes de bloques de hormigón lisos cubiertos de grafitis. El único ocupante del callejón era un viejo vagabundo, que estaba sentado abrazándose las piernas contra el pecho, acurrucado junto a su carrito de la compra.

Llevaba la capucha calada hasta la cara y todo su cuerpo temblaba.

Llevé a Billie por si había algún problema con el idioma, pero hice un gesto a los demás para que se alejaran.

Me arrodillé frente a él.

En el pequeño hueco entre su capucha y sus rodillas pude ver sus ojos mirándome con miedo.

—Hola. No estamos aquí para hacer daño a nadie. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Su voz sonaba como hojas al viento, susurrando desde detrás de sus rodillas—. Gracias. La gente ya no me pregunta eso tan a menudo.

—¿Has visto a una chica joven venir aquí abajo? Pantalones grises, camiseta negra. Una chica guapa.

—Oh, sí. Ángel. Sí, también la vi en la ciudad. —Se rio y sus hombros se relajaron un poco. Su rostro emergió de la barrera que había creado—. La vi muchas veces. Muchísimas. ¡Tantas! En los escaparates de la ciudad. Me alegro de que las dejaran salir. Aunque solo vino una aquí. ¿Por qué querrían venir aquí? Aquí no hay nada. Excepto yo.

Parecía triste.

—No se trata de una chica llamada Ángel, ¿verdad?

—No sé cómo se llama. Es guapa como un ángel. Pero no debes decir eso, porque al cura no le gusta.

Vale. Una chica guapa. Quizá Tamanny. *¿En los escaparates?* ¿Quería decir que había visto su cara en las pantallas de televisión

de los escaparates? Ojalá.

—¿Adónde se fue?

—Al cielo.

Billie ya había tenido suficiente. Gruñó y se dio la vuelta.

Pero el vagabundo podría haber visto algo, y eso era más de lo que teníamos de cualquier otra parte. Yo seguía teniendo esperanzas.

—¿Por qué dices el cielo?

—Llegó un coche grande y negro. Cuando los ves, sabes que alguien se va al cielo.

—¿Un coche fúnebre?

Frunció el ceño.

—No. No es eso. Pasa un coche negro grande. Te ves a ti mismo en las ventanas. Bang, bang, bang. Alguien se va al cielo. —Levantó una mano temblorosa y señaló al otro lado del callejón—. Ella estaba allí. Junto al contenedor de basura. Sentada, pequeña como yo. Llegó un coche negro grande. Entonces ya no estaba allí. Se había ido al cielo.

Corrí al otro lado de la calle, hacia donde había señalado.

Alguien había construido un escondite con bolsas de basura apestosas, pero estaba vacío.

Billie se acercó por detrás.

—Sí, quizá la vio, y quizá vio la luz reflejándose en un charco. Tengo que decirte que no está del todo bien de la cabeza, Amber.

—Tienes razón. No está bien de la cabeza —dije, mirando al suelo y sintiendo cómo el mundo se desmoronaba bajo mis pies—. Pero Tamanny estuvo aquí.

Me arrodillé y Billie miró por encima de mi hombro.

En la cuneta había un zapato. Un zapato rojo de tacón alto: bonito, poco práctico y caro.

De ninguna manera lo habría dejado allí, si hubiera tenido otra opción.

—No sé cómo, pero la encontraron —dije.

Capítulo 52

Hacía calor en la sala de interrogatorios de la policía. Había pedido que bajaran la temperatura, pero sus promesas de hacerlo no sirvieron de nada. Todo formaba parte del procedimiento.

Había fracasado. Le había dicho a Tamanny que podía confiarme su vida, y ahora…

Forsythe la tenía. Fuera lo que fuera lo que hubiera pasado o estuviera a punto de pasar en el club, no podía permitir que Tamanny contara su historia. Por muy difícil que fuera de demostrar, su programa de televisión y su reputación no sobrevivirían a las acusaciones de Tamanny contra él. Por otro lado, si ella desapareciera, eso probablemente aumentaría su audiencia.

¿La vendería como esclava sexual a sus contactos fuera del país?

¿O la mataría?

¿Cuánto tiempo teníamos para salvarla?

Billie y las Belles estaban fuera buscándola, por si servía de algo. La sorpresa fue que Billie había conseguido que el resto de las manadas de Los Ángeles se unieran a ella. Incluso la de Pasadena.

Y el Alfa de Heights se había colado en el hotel con su labia y había robado algo de ropa de Tamanny, así que ahora todos los hombres lobo de Los Ángeles conocían su olor.

Yelena y Elizabetta intentaban acotar la búsqueda haciendo una lista de los inmuebles que tuvieran alguna relación con Forsythe y su espectáculo. Pero había demasiados datos y ninguna información.

Por eso estaba yo aquí, a primera hora de la mañana. Quizá la policía tuviera alguna pista que nosotros desconocíamos.

Empezaba a dudar de mi decisión de venir.

Había olvidado el nombre del detective. Era corpulento. Por su aspecto, le gustaban los donuts. El ejercicio… no tanto. Tenía la cara al rojo vivo por el calor. El sudor le brillaba en la frente y le manchaba la camisa.

Había repasado con él los acontecimientos del día. El encuentro con Tamanny. La llamada telefónica. La carrera hacia South Central. El hallazgo del zapato.

Lo había repasado cuatro veces.

—A ver si lo entiendo bien —dijo—. Afirmas que le pediste que tirara su móvil para que no pudieran rastrearla.

—Eso es lo que ya te he dicho cuatro veces.

Gruñó e hizo un gran alarde de hojear metódicamente su libreta. Lo había anotado todo. Cuatro veces.

Lo ignoré.

Había pedido ver a Jefferson Reed y me habían dicho que mi solicitud sería transmitida.

Reed ya sospechaba de Forsythe y, como teniente de la Brigada de Delitos Graves, tenía autoridad para actuar en base a nuestra información. Elizabetta había intentado llamarlo directamente, pero no había conseguido localizarlo. Por lo que yo sabía, quizá seguía intentándolo, pero no había ni rastro del hombre.

Odiaba estar allí.

Tenía que encontrar a Tamanny. Por ella, pero también por mí misma. Desde que Bian me había obligado a darme cuenta de lo que había pasado la noche de mi violación, las cosas que había reprimido, Fay Daniels se había convertido en una especie de símbolo para mí, de todas las chicas que debían de haber sufrido a manos de Forsythe. Si pudiera encontrarla y ayudarla, tal vez eso sería un paso hacia la redención por mi silencio de hace doce años. Pero Fay se había esfumado. Tamanny estaba aquí. En algún lugar.

Quizá salvar a Tamanny sería mi redención.

—Sí. Eso es lo que dijiste —dijo el detective al fin—. Pero el problema es que no podemos rastrearlo. El número existe, pero no tenemos ni idea de quién es el titular ni de dónde está. No hay pruebas de que pertenezca a la señorita Harper.

—Probablemente la batería esté agotada. Pueden encontrar las llamadas realizadas desde el móvil. Habrá un par a mi número y una a su madre. ¿Qué dice su madre sobre esa llamada?

Él ignoró la pregunta.

—Ni siquiera sabes si lo tiró a la basura. De todos modos, ¿qué te hizo pensar que otra persona podría localizarlo? A nosotros ya nos cuesta bastante localizarlo.

Me limité a mirarlo fijamente.

Levantó las manos.

—Vienes aquí con esta lista de afirmaciones descabelladas y acusaciones contra el señor Forsythe y el juez Veringen, sin ninguna prueba ni razonamiento, y te sientas ahí negándote a responder preguntas...

—He respondido a todas las preguntas al menos cuatro veces. ¿Cuántas necesitas?

Veringen, no Veringham, como lo había oído Tamanny. Por fin tenía algo útil.

—Sra. Farrell, no parece que se lo esté tomando en serio.

—¿Que no me lo estoy tomando en serio? Cuando secuestran a una niña, las primeras veinticuatro horas son cruciales. Usted lo sabe. Ha malgastado cuatro de ellas hablando conmigo. Yo diría que es usted quien no se lo está tomando en serio, detective.

Basta ya de intentar la vía legal. Era hora de largarse. Quizá el juez Veringen me diera la clave de todo esto.

Me levanté.

—No hemos estado de brazos cruzados —dijo él—. Estamos llevando a cabo investigaciones...

Reed entró con una carpeta de color verde pálido.

—Gracias, Bob —dijo—. Yo me encargo a partir de aquí.

Bob se marchó sin decir palabra. Reed dejó la carpeta sobre el escritorio, echó la silla hacia atrás y se sentó. Se ajustó la tela de los pantalones, cruzó las piernas y se recostó en el asiento.

Me volví a sentar y él me miró en silencio.

La temperatura del aire empezó a bajar. El aire acondicionado, más que la expresión del teniente.

¿Un paso adelante y dos atrás?

Esperé a que se le pasara. Me había graduado en el entrenamiento de miradas fijas con gente que él ni se podía imaginar.

—¿Qué haces en Los Ángeles? —dijo por fin.

—Soy la jefa de seguridad del Grupo Kingslund y actualmente estamos...

Levantó la mano.

—Ya sé toda esa mierda. —Abrió la carpeta de un tirón—. Ejército. Policía. Investigadora privada. Jefa de Seguridad en Kingslund.

Joder. ¿Quién eres en realidad, Farrell? ¿Seguridad Nacional? ¿Agencia de Inteligencia de Defensa? ¿CIA? ¿FBI?

—Jefa de seguridad de Kingslund.

Dio un golpe con la mano sobre la mesa.

—Expedientes del ejército sellados. Expedientes policiales sellados. Este año están pasando cosas de locos en Denver y ¿adivina qué he descubierto? El FBI también ha intentado taparlo todo. Me pongo a rebuscar en las bases de datos federales y, diez minutos después, recibo una llamada muy educada desde Washington preguntándome cuál es la jodida naturaleza de mi interés. —Descruzó las piernas y se apoyó en la mesa—. ¿Qué coño hace una empresa como Kingslund con una jefa de seguridad de las Fuerzas Especiales? ¡Oh, espera! No me lo digas. Eso también está sellado.

Me miró con ira, respirando con dificultad.

—Me estás tomando el pelo, Farrell. Tú y tus amigos. Ya estoy harto. Vienes aquí y me dices que no trabajas para ninguna agencia federal. Vienes como si fueras la puta caballería y echas por tierra una operación encubierta que llevo dos años dirigiendo. ¡Dos años! —gritó. —Déjame decirte algo. —Empezó a dar golpes con el dedo sobre la mesa para dar énfasis—. Más te vale tener una línea de seguridad que llegue hasta Washington, porque si no la tienes, lo que quede de ti cuando termine contigo va a ser destrozado en los tribunales por Forsythe.

Yo también me incliné sobre la mesa, de modo que nuestras caras quedaron a pocos centímetros de distancia.

—Pero sabes que tengo razón, ¿verdad, teniente? —dije en voz baja—. *Sabes* que ese bastardo enfermo ha secuestrado a la chica. *Sabes* lo que probablemente le vaya a pasar.

—Sí. Eso es un verdadero problema, y lo has causado tú.

—Si crees que darle mi número a Tamanny a la hora del almuerzo es lo que llevó a Forsythe a preparar el asqueroso abuso que tenía planeado para esa noche...

—No...

—Entonces, ¿qué prefieres? ¿Que Tamanny se dé cuenta de que no hay esperanza y se deje llevar, o que salga del edificio porque cree que podría haber una persona que...?

—Una persona que no consigue absolutamente nada, salvo echar por tierra toda mi operación.

—¡Es culpable! Los dos lo sabemos.

—¿Y qué? No sé cómo te dejan operar en Denver, pero aquí tenemos algo que se llama Estado de derecho. Y por eso, tú eres quien tiene problemas.

Nos detuvimos.

Los dos teníamos razón, y eso no nos llevaba a ninguna parte.

Me desplomé hacia atrás. Estaba claro que la policía no iba a ayudar. De hecho, todo lo contrario.

—¿Quieres saber qué pensará todo el mundo en este edificio? —dijo—. ¿Quieres saber qué está diciendo en este preciso instante ahí fuera esa puta zorra de la abogada de Forsythe?

No quería saberlo, pero tenía que hacerlo. Me lo iba a contar de todos modos.

—Formas parte de una especie de secta que secuestra niños. Te cuelas en su hotel haciéndote pasar por periodista. Consigues convencerle de que se fugue. Le atraes a South Central, que convenientemente conviertes en una zona libre de policía instigando un posible disturbio y, al amparo de eso, la secuestras. Luego tienes las pelotas de salir y culpar a su madre y a su empleador.

Su voz se calmó. Se había desahogado. Casi por completo.

—Pero tú no crees eso —dije.

Sus labios se entrecerraron, pero ahora había algo más en su mirada.

—No. Joder, creo todo lo que has dicho sobre la chica, pero estoy comprometido.

—¿Qué significa eso?

—Tuve que hacer lo que pude. Te defendí. Ahora nos pueden joder por llevar a cabo una operación no autorizada contra ciudadanos prominentes. Uno de ellos, para tu información, juega al golf con el alcalde, y el otro, por el amor de Dios, es juez.

Como había dicho Elizabetta, Reed era un buen hombre.

—Pero ¿no importa si iniciaste una investigación personal? Es un caso legítimo.

—No, a menos que tengamos pruebas, y no las tenemos. Y en cuanto a *lo personal*, Farrell, lo único que el FBI no ha ocultado es dónde estudiaste y quién estaba allí contigo.

No dijo nada más. No hizo preguntas que sería justo que hiciera, en su posición.

Un *buen* hombre.

Nos habíamos dicho todo lo que podíamos decirnos.

—¿Estoy detenida? —pregunté.

—No. Todavía no.

Me levanté.

—Ahora tendrás que dejarlo en nuestras manos, Farrell, o mostrar tus credenciales federales.

Asentí con la cabeza.

—Lo digo en serio —dijo—. Esa zorra de la abogada, Spiegler, te despellejará viva y suspenderá *toda* actividad policial en esta investigación si le das la más mínima sospecha de que estás actuando sin autorización oficial.

—Te entiendo.

Pero había métodos de actuación que escapaban a la comprensión de los tribunales.

Si era eso o dejar a Tamanny en manos de Forsythe, no había duda.

Skylur… bueno, tendría que ocuparme de eso.

Con Reed detrás de mí, caminé por el pasillo y llegué a la oficina general.

—Mierda —murmuró Reed al ver a un grupo discutiendo en medio de la sala. No había forma de esquivarlos.

Por la conversación, deduje que el hombre de rostro impasible que tenía delante era el capitán de Delitos Graves. Estaba siendo reprendido por una mujer que me daba la espalda. Tenía el pelo corto y negro, llevaba carpetas de abogada y un traje de chaqueta gris entallado que no habría desentonado en un desfile de moda. Deduje que era la abogada de Forsythe, Spiegler, y que estaba intentando poner al capitán en su sitio.

Él no se echaba atrás.

—Repito, no hemos hecho nada que no sea el procedimiento habitual en estos casos —dijo. Sus ojos se desviaron para fijarse en Reed y en mí. Por su expresión, parecía ansioso por pasarnos el marrón.

Y Forsythe. Allí de pie, con las manos en los bolsillos, irradiando inocencia agraviada.

Mis pasos vacilaron.

No lo había visto desde aquella noche. Su pelo seguía cayéndole descuidadamente, la pose seguía siendo elegante, la ropa tan a la moda, pero ahora podía ver más allá de la fachada. La laca, las poses ensayadas ante el espejo, el sastre caro.

Y los ojos. ¿Cómo es posible que mi yo de diecisiete años no viera más allá de esos ojos?

La conmoción de todo aquello me hizo tropezar y detenerme en seco.

Odiaba que pudiera tener ese efecto en mí. Se me revolvieron las tripas. Mi visión se redujo. El lobo se concentró. El lobo huele. El lobo oye.

No puedo perder el control aquí. No puedo.

No me atrevía a moverme. Si me movía, me transformaría, y le arrancaría la garganta.

¡Primer plano! ¡Primer plano! Están gritando y el frío ojo de la cámara me mira fijamente, y Tanner gruñe, grita y embiste.

Sentí que el lobo empezaba a despertar.

No. No.

Spiegler se giró.

Conmoción tras conmoción.

Con una sonrisa burlona en el rostro, me lanzó un sobre contra el pecho y lo atrapé instintivamente.

Requerimiento judicial… demanda… difamación… acoso… Las palabras se me escapaban.

Mi loba se retorcía, confundida. Quería salir. Quería matar. No lo entendía. *Yo* tampoco lo entendía.

No. No.

Movimiento. El grupo de Forsythe se había ido. Me guiaban a través de las puertas. Más gente. Mi casa.

Afuera.

Alex me susurraba palabras de ánimo tranquilizadoras en un oído mientras Julie hablaba en el otro.

Las Belles seguirían a Forsythe y Spiegler. Al menos dos moteras por objetivo, trabajando por turnos, con otro equipo de reserva. Julie había informado a los licántropos sobre cómo llevar a cabo un seguimiento utilizando equipos y relevos.

Los Heights se encargarían de la vigilancia del juez tan pronto como fuera identificado.

—Veringen —dije aturdida—. Se llama Veringen. —Lo deletreé.

Keith se apartó para llamar a los Heights.

Todos los demás licántropos que no estaban en vigilancia peinaban la ciudad en busca de alguna pista sobre el paradero de Tamanny.

—Es sólo cuestión de tiempo, jefa.

Hubo un silencio. Habíamos llegado al coche.

—¿Jefa?

Asentí con la cabeza.

—Sí. Buen trabajo. Haremos todo eso —dije.

—¿Estás bien?

—No.

—¿Qué pasa? —Alex me rodeó con un brazo.

—Esa mujer… —De repente, toda mi vida parecía estar patas arriba.

—¿Cuál? ¿La madre o esa zorra de la abogada? —preguntó Julie.

—La abogada, claro. Así que te ha sacado de quicio. —Alex me dio un apretón—. Ya estás bien.

Se rieron, pero luego se hizo el silencio.

—Esa mujer —repetí. Mi boca no quería cooperar, como si al no decirlo, no fuera verdad. No podía ser verdad.

—¿Spiegler?

Asentí con la cabeza.

—No es su nombre real. Esa es Fay —dije, parpadeando—. Esa es Fay Daniels.

Capítulo 53

La conversación durante el trayecto de vuelta a Hollywood Hills fue acalorada, pero yo apenas participé.

Elizabetta sostenía que Fay era víctima del síndrome de Estocolmo. Yelena pensaba que había sido malvada desde el principio. Alex no había venido con nosotras.

No conseguía concentrarme. Diana me había advertido que necesitaría dormir mucho durante mi periodo de recuperación, que resistirme y mantenerme despierta tendría un efecto negativo. Tenía razón; me sentía como si tuviera una conmoción cerebral. Intenté volver a centrarme, pero no lo conseguí. Y a pesar de todos los argumentos que mi mente cansada pudo esgrimir, mi Casa me mandó a la cama cuando llegamos a casa.

—Alex está ahí fuera. Puedo ayudar —dije.

—Sí, querida. —Jen no se molestó en discutir conmigo. Me rodeó con sus brazos y acercó mi cara a su cuello.

Su aroma era relajante, como la hiedra iluminada por el sol que se enreda alrededor de un edificio hasta que todo se queda en silencio. Respiré lenta y profundamente; el aroma era una maravillosa mezcla de su propia fragancia, que me hacía pensar en jazmín y sal marina, y mi marca.

Mis colmillos hicieron un intento a medias por asomar, y ella se rió.

Sentí sus labios presionarse contra mi frente y me dejé llevar por el sueño.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Esta vez no es un tipi. Es un castillo. Un maldito castillo francés.

Las habitaciones son magníficas. Suelos de madera. Alfombras carmesíes. Cortinas doradas. Lámparas de araña de cristal. Pinturas al óleo. Vacías.

Habla-con-Lobos está aquí, lo sé, pero no la veo.

¿Dónde está mi bisabuela? ¿Por qué la gente se esconde de mí?

Una puerta al otro lado de la habitación se acaba de cerrar.

Sigo, y entro corriendo en la habitación contigua. Es exactamente igual que la anterior.

Habla-con-Lobos está de pie junto a una ventana, y alguien acaba de salir de la habitación por otra puerta al otro lado.

¿Quién se está escondiendo de mí?

Corro a la habitación de al lado, la misma habitación. Y alguien sale por otra puerta.

Habla-con-Lobos está allí, pero tiene el rostro de Cassie, mi amiga del colegio, que ahora es psiquiatra en Nueva York.

—Tu complejo de Juana de Arco se está descontrolando —dice Cassie—. Que te impulse salvar el mundo no significa que tengas que hacerlo todos los días. Tienes que confiar en que las figuras de autoridad no siempre están en tu contra. —Empieza a desvanecerse como la niebla—. Aunque pueda parecerlo.

La habitación de al lado. La puerta cerrándose. Sé quién está huyendo de mí. ¿O no?

Esta vez, Habla-con-Lobos tiene el rostro de Chatima. Chatima, la chamana-adepta que me dio el collar con mensajes entretejidos en las cuentas.

Elegí mi camino. Muerte y dolor.

—Incluso un gran río puede mezclarse con muchos otros. Tu elección no lo es todo —dice Chatima—. Los demás también eligen.

Se convierte en humo.

Más rápido. La habitación de al lado.

Y aquí, tiene el rostro de Diana. Diana se recuperó. Rostro joven. Pelo corto, pero negro como un cuervo de medianoche.

Me curó, pero sólo estaré completa si doy el último paso y sigo adelante.

Redimirme. Salvar a Fay como símbolo de todas las chicas a las que no salvé.

Pero Fay no está ahí para ser salvada. Está metida en esto con Forsythe.

—¿De verdad? Aunque eso no significa que no puedas redimirte —dice Diana.

No todo gira en torno a mí. Siento vergüenza cuando eso se me escapa de la mente. Tengo que hacer lo que sea necesario para detener a Forsythe primero. Después podré pensar en mis propias necesidades, en redimirme.

Si es que puedo redimirme.

¿Y si no es Fay? Reprimí mis recuerdos de lo que le pasó, y sin embargo mi culpa por lo que no hice me convirtió en lo que soy hoy. Soy todo lo que he hecho.

¿Y si hay algo más que estoy reprimiendo?

No. No. No.

Otra…

—Amber —dice Diana—. Concéntrate. Lo primero es lo primero.

Me estoy convirtiendo en humo.

—Amber.

—Amber.

Jen me sacudía suavemente.

—¿Pesadillas? —dijo en voz baja.

—Uugh —logré decir. Me froté la cara. Llevaba cinco horas dormida, posiblemente cuatro más que Jen. —¿Qué está pasando?

—Daniels... quiero decir, Spiegler... está conduciendo hacia algún sitio. No se dirige a la ciudad. Pensé que querrías...

—Tienes razón. —Le besé y me estiré, tratando de sacarme los fantasmas de la cabeza.

Concéntrate.

Parecía que había dormido vestida. Bueno, era verdad. Lo que necesitaba era un baño, cepillarme el pelo y quizá una hora de masaje y mimos en cualquier spa que Jen pudiera recomendarme en la ciudad.

Me pasé los dedos por el pelo. Era parecido

Capítulo 54

El equipo de mando estaba sentado a la mesa del comedor. Yelena, Julie y Keith. Portátiles y teléfonos móviles. Mapas de Los Ángeles con la casa de Forsythe y las instalaciones de su productora de televisión marcadas, repartidas por el noroeste del condado. La casa de Fay Daniels (la casa de Spiegler). Un segundo mapa mostraba la distribución de los equipos de hombres lobo y las zonas por las que habían pasado sin detectar ningún rastro.

No era lo mismo que estar seguros de que no la retuvieran en la zona. Las manadas no podían derribar puertas y registrar casas.

—Alex sigue fuera cazando con los equipos —dijo Jen—. Elizabetta ha vuelto al centro de conferencias.

Mi equipo no era lo que requería la magnitud de la tarea. Necesitaba un puesto de mando Ops 4-10 completo y comunicaciones tácticas en directo con todos los equipos sobre el terreno. Suficientes equipos de hombres lobo para inundar la ciudad. Flujo de datos sobre todos los recursos que Forsythe pudiera tener.

Y un ángel velando por mí.

—Parece que Spiegler se dirige a la casa de Forsythe —dijo Julie, levantando la vista del mapa y moviendo un marcador.

—¿Quién le está siguiendo?

—Cinco equipos de Long Beach —dijo Julie—. Reglas de luz diurna. Uno detrás, dos flanqueando y dos en reserva. Tres motocicletas, dos coches. El perseguidor se alterna con uno de los de reserva cada kilómetro y medio más o menos. Motocicletas con pasajeros para encargarse de las comunicaciones.

Asentí con la cabeza. Una configuración tipo Ops 4-10, aunque los equipos no estuvieran entrenados y los teléfonos móviles no fueran el equipo adecuado. Spiegler podría estar alerta, pero tendría que estar bien entrenada para detectar un rastro como el que Julie estaba proponiendo. Entrenada *y* con suerte.

—¿Quién está con Forsythe?

—Billie y Vig siguen allí, en sus Harleys, con un par de Belles más para encargarse de las comunicaciones cuando sea necesario. Además de tres equipos: dos coches de Redondo; una furgoneta de

Pasadena. Los equipos de coches acaban de relevarse con otros frescos.

Gruñí.

—Las Harley llaman bastante la atención.

—No hay problema. Resulta que la casa al final de la calle pertenece a una banda que conoce Billie. Ella y Vig han estado fuera de la vista todo el tiempo.

Un respiro. Ya era hora de que tuviéramos uno.

—¿Algún problema entre las manadas?

Julie negó con la cabeza.

Yelena miraba fijamente el mapa con expresión severa.

—Spiegler está sola. Está claro que actúa por voluntad propia. Nadie le obliga —dijo Yelena.

—Eso no significa que no sea una víctima —argumentó Jen—. No es prueba de libre albedrío.

La discusión sobre el síndrome de Estocolmo seguía en pie.

Dejé de prestarles atención y miré el mapa.

Julie escuchó un comentario en su móvil y movió el marcador de Spiegler una manzana más cerca de la casa de Forsythe.

¿Qué estaba pasando?

Quizá no fuera nada. Una reunión de negocios. Una sesión informativa legal.

Pero mi instinto me decía lo contrario.

A pesar de la fanfarronería de las demandas y las denuncias oficiales de la noche anterior, Forsythe *tenía* que estar nervioso.

Su plan, fuera cual fuera, que había involucrado a Tamanny, había salido mal. Algo había pasado en ese club. Había testigos de que ella había caminado tambaleándose, angustiada, desde el Distrito de la Moda hasta South Central. Yo había aparecido, como el fantasma de alguien a quien él creía haber enterrado. Se enteró de que había hablado con Tamanny. La policía lo había invitado a su sede para discutir el secuestro de la estrella de su último espectáculo.

Puede que pareciera indiferente. Demonios, estaría pensando que podría capear el temporal mediático y salir airoso. Pero en ese preciso momento, estaría sudando.

¿Qué iba a hacer?

—¿Alguna noticia sobre el juez? —pregunté.

—Se quedó en su casa —dijo Keith—. No hay señales de movimiento.

Fruncí el ceño.

—¿Ninguna? ¿Seguro? ¿Y las salidas por la parte de atrás?

Keith negó con la cabeza.

—Es una calle sin salida, así que la vigilancia es más difícil que con Forsythe. Tengo un equipo de Heights en cada una de las calles que salen de su casa. Estamos moviendo continuamente a gente que finge ser ciclistas, paseadores de perros, corredores, personal de mantenimiento de calles, reparadores de cables, ese tipo de cosas. Están cien por cien seguros de que el juez se ha quedado donde está.

Eso no cuadraba.

Forsythe podría tener hielo en las venas, si llevaba años haciendo esto. Tendría los procesos controlados. Gente en la que sabía que podía confiar. Por muy nervioso que se sintiera, sería el tipo de persona que pensaría que podía recuperar el control. Y tendría planes si no pudiera.

El juez no. Él era un actor secundario. Alguien en la periferia. Se sentiría más expuesto que Forsythe.

A menos que él también hubiera estado involucrado todo el tiempo. Uno de los organizadores que se sentía en control.

Pero incluso así, algo no cuadraba.

Spiegler estaba a punto de llegar a casa de Forsythe. Tendría que volver a hablar del juez más tarde.

Jen me trajo café y tostadas, y me besó en la oreja.

—Víctor está de camino y está organizando un par de helicópteros que podremos usar si tenemos que movernos por la ciudad con prisa —dijo—. Y por fin he conseguido localizar a Matt. Está trabajando en línea, averiguando más cosas sobre Forsythe.

Qué alivio.

Por ambas cosas. Víctor y un helicóptero serían un as en la manga, permitiéndonos estar en lugares donde la gente no esperaría encontrarnos. Y Matt… Puede que Forsythe hubiera ocultado bien su actividad delictiva, pero no tenía forma de controlar todas las vías de

información en la red. Si estaba ahí, Matt era la persona indicada para encontrarlo.

Julie puso a uno de los miembros del equipo de vigilancia en altavoz.

—Acabo de pasar por la *madriguera* —dijo, exagerando los códigos de comunicación táctica—. *Zorro Uno* y Zorro *Dos* están cargando maletas en el coche de Zorro Dos.

—¿Cuántas maletas? —preguntó Julie.

—Dos, de tamaño normal, rígidas. Más o menos de noventa por sesenta.

Julie le pidió que aparcara una manzana más abajo y mirara hacia atrás.

—*Los dos* están en el coche y se alejan de nosotros por la calle —dijo unos minutos más tarde.

Keith alertó a los demás equipos de vigilancia asignados a Forsythe. Los equipos de vigilancia unieron fuerzas, moviéndose como una nube invisible alrededor del coche en el que viajaban Forsythe y Spiegler.

Dos minutos más y los teníamos dirigiéndose hacia el oeste por la autopista de Santa Mónica.

—¿Está huyendo? —dijo Jen.

Me mordí el labio un momento y luego negué con la cabeza. Una corazonada.

—Pruebas —dije—. Está vaciando su casa.

—Tendría sentido —dijo Keith—. Le preocupa que Jefferson consiga una orden de registro. No puede sobornar a todos los jueces de Los Ángeles. Alguien la firmará.

—¿Dos maletas enteras de pruebas? —preguntó Jen.

—No sabemos qué hay dentro.

—Lo siento, jefa —dijo Yelena—. Tengo que decirlo. Se puede meter un cadáver en una maleta.

Todas las miradas se posaron en mí.

Silencio hasta que Jen, con aspecto de estar mal, levantó la vista de su portátil.

—Matt dice que no encuentra ninguna compra de billetes de avión a nombre de Forsythe ni de Spiegler.

—Podría estar dirigiéndose a las montañas de Santa Mónica en busca de un lugar donde tirar las maletas —dijo Keith.

—¿Lo detenemos? —Julie sostenía su móvil, lista para hacer la llamada.

Mi decisión.

—No —dije—. Es demasiado listo. No la habría tenido en su casa, y las maletas se pueden rastrear. Tiene que sospechar que lo están vigilando, aunque no sepa quién es. —Hice una pausa—. Incluso podría ser una trampa para sacarnos de nuestro escondite.

Una jugada inteligente. Si lo detuviéramos y resultara que las maletas estaban vacías, tendría munición suficiente para detener toda la investigación policial y probablemente conseguir que nos arrestaran.

Pero ¿y si las maletas no estaban vacías?

Me apoyé en la mesa y estudié el mapa.

Julie desplazó el marcador que indicaba a Forsythe y Spiegler más abajo por Santa Monica Boulevard. Seguí su recorrido, hacia la propia Santa Mónica, bajando por la costa. Hacia el norte, hasta los parques y las montañas. Hacia el sur, hasta el puerto deportivo. Y…

—Jen, dile a Matt que compruebe si Forsythe tiene un avión privado, quizá en un hangar del aeropuerto de Santa Mónica, o un yate en Marina Del Rey.

«No hay billetes de avión», había dicho Matt, pero Forsythe no necesitaba aerolíneas si tenía su propio avión.

Un minuto después, Spiegler salió de la autopista para tomar el Olympic Boulevard.

Podría ser el puerto deportivo o el aeropuerto.

—Matt dice que Forsythe tiene un yate —informó Jen—. Y Spiegler dirige una empresa que posee un jet privado.

Un jet.

¿Está huyendo?

Una capa de sudor se me secó en la frente.

¿Un doble engaño?

¿Se nos está escapando justo delante de nuestras narices porque teníamos demasiado miedo de actuar hasta que fue demasiado tarde?

Me mostré evasiva.

—Pregúntale a Billie si puede llegar al aeropuerto antes que ellos y hacerles fotos subiendo al avión con esas maletas. *Si* es ahí a donde van.

Julie transmitió el mensaje.

—Y pregúntale a Matt qué tipo de avión es. Qué capacidad tiene.

—Cessna Citation Mustang —leyó Jen en su pantalla—. Cuatro pasajeros. Alcance de dos mil kilómetros, vuela a unos seiscientos cincuenta kilómetros por hora.

Mierda. ¡A dos mil kilómetros de Los Ángeles! Dallas. Kansas City. Seattle. Más de la mitad de Estados Unidos en tres horas. Casi hasta Ciudad de México.

¿Está huyendo?

—Pregúntale a Matt si puede piratear la base de datos de planes de vuelo y decirnos adónde van.

¿Detenerlos ahora?

¿Llamar a Reed?

Ni siquiera sabía si Reed le había dicho a Forsythe que se mantuviera disponible para la investigación. Y llamarlo ahora, después de que me hubiera dicho que no me metiera en esto, sólo causaría más problemas. Necesitábamos pruebas irrefutables.

—Matt dice que no hay nada en los planes de vuelo internacionales —dijo Jen, y un minuto después—: Tampoco hay nada en los planes de vuelo nacionales.

—No es necesario presentar planes de vuelo para los vuelos nacionales —dijo Yelena.

Jen hizo clic en otro mensaje de Matt.

—La empresa de Spiegler alquila el jet a gente de negocios, principalmente para viajes dentro de Estados Unidos. Ellos proporcionan la tripulación, y no encuentra ninguna prueba de que Forsythe o Spiegler estén cualificados para pilotarlo, así que probablemente haya un piloto a bordo si es ahí donde van.

—Buena información —dije.

Si estaban volando a algún sitio, habría otro testigo. Y si estábamos en lo cierto, Reed podría hacer los arreglos necesarios

para que el avión fuera recibido dondequiera que aterrizara en el tiempo que tardáramos en llegar allí.

—Ha girado hacia Ocean Park —dijo Julie—. Parece que es el aeropuerto, efectivamente. Billie está dentro y dice que cualquier multa por exceso de velocidad te la enviará a ti.

Sonreí, aunque me preguntaba si Tamanny ya estaría en el avión. No, a menos que el piloto formara parte del plan. En un pequeño jet de cuatro plazas, el piloto podría ver todos los asientos. Demasiado arriesgado para Forsythe. A mí me seguía pareciendo que estaban ocultando pruebas.

Y si se hubiera arriesgado y hubiera subido a Tamanny a bordo, habría más riesgos. El avión estaría guardado en un hangar en medio del aeropuerto; sería difícil subir a alguien a bordo sin que nadie se diera cuenta. Los problemas de seguridad se descontrolarían.

No era su estilo.

No. Era hora de tomar una decisión instintiva. Tamanny no estaba a bordo. Forsythe no estaba huyendo. Eso le dejaba con la tarea de llevarse dos maletas de pruebas a algún lugar del oeste de Estados Unidos.

No necesitaba presentar un plan de vuelo, pero sabríamos dónde aterrizaría. El jet no era del tipo que se pudiera posar en una pista de aterrizaje rural. Necesitaba asfalto, y mucho. Cualquier aeropuerto registraría su llegada.

¿Qué hay en esas maletas?

Si supiéramos adónde se dirigía, habría una posibilidad de que pudiéramos tener a alguien listo para seguirlo cuando aterrizara. Al menos sabríamos adónde iban las maletas. Entonces tal vez…

—Están cargando —dijo Julie—. Los dos han entrado.

—¿Qué...?

Keith levantó la mano. Había tomado el relevo para hablar con Billie.

—Billie ha robado una radio portátil de un camión de carga. ¿Cuál es la frecuencia de radio que utiliza el avión para comunicarse con la torre?

Yelena tecleó algo en el teclado.

—Uno dos cero punto uno cero.

—Forsythe está saliendo de nuevo —dijo Julie—. Se están cerrando las puertas.

Exhalé un suspiro que llevaba tiempo conteniendo.

Yelena tomó el control del móvil desde el que llamaba Billie y empezó a darle instrucciones, poniendo el altavoz para que todos pudiéramos seguir la conversación.

Podíamos oír la voz de Billie con un fondo de silbidos y crujidos.

—¿Por qué no pueden hablar en puto inglés? —se quejó.

—Una vez que esté en el aire, el piloto pasará a identificarse como Cessna Zero Charlie Mike, ¿de acuerdo? —dijo Yelena—. Y probablemente se referirá a su destino utilizando cuatro letras fonéticas que empiezan por Kilo.

—Sí, sí, entendido —dijo Billie—. Esperad. Está hablando. —Se oía más zumbido de fondo.

—¡Por Dios! Escuchar esto me está dando dolor de cabeza. Vale, ha dicho algo sobre *sobrevolar Kilo Bravo Uniform Romeo* y *en ruta Kilo Alfa Papa Alfa*.

—Está diciendo que sobrevolará Burbank y que se dirige a Centennial, en Denver —tradujo Yelena.

Ella y yo nos miramos. Tuvimos uno de esos momentos de silencio en los que todo se entendía y estábamos de acuerdo. Dijera lo que dijera el piloto, Spiegler no se dirigía a la casa de Forsythe en Denver. Era demasiado obvio, demasiado a la vista, demasiado inseguro. Si las pruebas de aquellas maletas eran lo suficientemente importantes como para sacarlas de Los Ángeles, de ninguna manera iba a intentar esconderlas en su casa de Denver.

—No va a la casa que él tiene en Denver —dije—. Entonces, ¿adónde?

Jen hizo que Matt buscara otros lugares seguros a los que Forsythe pudiera tener acceso en Denver.

Eché un vistazo a los mapas. No servían de nada; se detenían en los límites del condado de Los Ángeles.

—Si le ha dicho a control de tráfico que se dirige a Centennial, ¿eso es como un plan de vuelo? —le pregunté a Yelena—. ¿Lo esperan allí?

Negó con la cabeza.

—Es sólo para darles una referencia de que va a salir de su zona.

Le pidió a Jen que le pasara los datos que Matt había descargado sobre las operaciones anteriores del jet de Spiegler.

Cogí el portátil de Keith y miré un mapa del oeste de EE. UU.

Yelena fruncía el ceño y copiaba números en una hoja de cálculo.

—Sí. Estos costes de combustible no cuadran. Es imposible que este avión vuele a Denver con Forsythe a bordo. Denver está a mil quinientos kilómetros de Los Ángeles. Tendría que repostar allí.

—¿Nunca ha volado a Denver?

—No, según estos datos, vuela a Centennial una o dos veces al año. El resto del tiempo va a otro sitio, no registra dónde, y vuelve con… eh… digamos, medio depósito.

Miré el mapa.

Algo me picó en un rincón de la memoria. La casa de Forsythe en Denver. El estudio.

—Bellagio —dije.

Todos me miraron.

—Hay menos de quinientos kilómetros hasta Las Vegas. Digamos mil ida y vuelta. Medio depósito. Las Vegas está prácticamente de camino, así que cualquier patrón de radar de Los Ángeles lo mostraría yendo en la dirección correcta. ¿Encajaría eso con los patrones de combustible que ves?

Yelena asintió.

—Bellagio es uno de los grandes casinos de Las Vegas —dijo Jen —. ¿Por qué ese?

—Encontramos una ficha del Bellagio en la casa de Forsythe en Denver.

Las Vegas.

Forsythe estaba metido en el tráfico.

El dinero y los clientes pasaban por Las Vegas. Prostitución infantil. Blanqueo de dinero. Grandes espacios vacíos.

¿Dividió su operación? ¿La mitad en Los Ángeles, la otra mitad en Las Vegas?

Pero si Los Ángeles era su fachada pública, Las Vegas sería donde se desarrollaban sus negocios delictivos. Y en algún lugar de Las

Vegas tendría un local. Con un sótano. Las Vegas sería donde trasladaría a Tamanny.

Todo el mundo estaba esperando. Era hora de dar otro salto a ciegas. Otra oportunidad de equivocarse por completo y pasar por alto alguna pista vital.

—Tiene algo en Las Vegas —dije—. Ahí es donde se dirige Spiegler.

—Ese jet vuela a 350 nudos —dijo Yelena—. Tenemos menos de una hora.

—Quizá tengamos suerte.

Debíamos tenerla.

Y la tuve. Llamé a Nick Grey. Lynch, el licántropo que necesitó nuestra ayuda para transformarse en el ritual, había regresado a Las Vegas, y Nick tenía su número.

Cinco minutos más tarde, tenía a un Lynch sorprendido y ansioso al teléfono.

—Por supuesto, Sra. Farrell. No hace falta que me lo pida. Me subo al camión y me dirijo al aeropuerto más cercano ahora mismo.

—Me llamo Amber, y sí que tengo que pedírtelo. No formas parte de mi manada y no me debes nada.

—Excepto mi vida.

Resoplé.

—¿Y qué hay de la manada local? —dije—. No formabas parte de ella cuando viniste a Denver.

Oí de fondo el ruido de su camioneta arrancando.

—El Alfa de Las Vegas está caminando por la cuerda floja —dijo Lynch—. La manada grande de por aquí no es la de Las Vegas, es la de Toiyabe. Reivindican todo el condado de Nye, desde la cordillera de Toiyabe hasta el límite de Las Vegas.

—¿Tienen algún problema contigo?

—Puede que sí. No pertenecen a la Confederación, pero están vinculados por lazos familiares con Wind River.

La manada de Wind River, una de las tres manadas fundadoras de la Confederación. La manada que había bajado a Nuevo México para intentar disputarle Colorado a Félix. Julie había matado al Alfa la

misma noche en que esa manada fue atacada por una coalición de los licántropos de Denver, Cimarrón y Cheyenne.

El Alfa de Las Vegas no querría hacer alarde de su adopción de un hombre puma ante eso. No tendrían prisa por ayudarnos.

Por dondequiera que miráramos, había complicaciones.

—Hablaremos de las manadas en otro momento —dije—. Dijiste el aeropuerto más cercano. ¿Cuántos hay?

—Tres. El principal internacional...

—Olvida ese. Los otros dos.

—Henderson Executive. Ahí es donde me dirijo. Creo que es el más probable. A unos quince kilómetros al sur de la ciudad, y yo estoy a quince minutos. El otro es North Las Vegas.

—De acuerdo. Gracias, Lynch, y llama cuando llegues, por favor. Sólo hay que observar desde la distancia, ¿entendido?

—Claro.

Colgué el teléfono.

—Matt dice que no hay información que vincule directamente a Spiegler o Forsythe con propiedades en Las Vegas —dijo Jen—. Sigue buscando.

—Podría tenerla oculta a través de varios niveles de propiedad —dije.

—¿Quizá ni siquiera le pertenezca?

—Supongo, pero no me cuadra.

Hice algunos cálculos mentales.

—Hay tiempo de sobra. —Esperaba que quince minutos fueran tiempo de sobra—. Ahora, esperamos.

—Y cruzamos los dedos.

Keith estaba escuchando por el móvil que utilizaba para hablar con los equipos de vigilancia que observaban al juez Veringen. Levantó la mano para llamar mi atención.

—Tenemos un problema aquí.

Capítulo 55

Puso el móvil en modo manos libres.

—… ha vuelto a salir, está hablando por el móvil. Te lo digo, a ella no le gusta lo que hay ahí dentro.

—Espera —le dijo Keith y se volvió hacia mí—. Alguien que ha visitado al juez, quizá del servicio de limpieza, ha entrado, ha salido enseguida y ha vomitado sobre las flores.

Mierda.

Mi intuición me decía que el juez estaba muerto.

Veía dos posibilidades. O bien la conciencia del juez pudo más que él, o bien Forsythe decidió que era un cabo suelto.

—Retira a los equipos. Ahora mismo —dije—. Si alguno de los que están en la zona tiene un escáner de la banda de la policía, que escuche. Haz que se reúnan en algún lugar a al menos dos kilómetros de distancia y que llamen cuando estén todos juntos.

Keith y Julie hicieron las llamadas.

Un par de ellos tenían escáneres en los coches. No es mala idea para unos hombres lobo que quieren pasar desapercibidos.

Transmitieron las llamadas a través de sus móviles. *La señora de la limpieza informaba de que el propietario había fallecido. Al parecer, presentaba heridas de bala. La ambulancia estaba de camino.*

Se facilitó la dirección y una patrulla acudió al lugar.

Consulté el mapa. Vendrían desde Sunset. Nuestros equipos de vigilancia estarían bien apartados.

Escuchamos cómo se desarrollaba todo a cámara lenta.

El coche patrulla informó de que estaba en el lugar. Un minuto después, uno de los agentes llamó con el código 11-44.

Cadáver. Se requiere forense.

Me imaginaba la escena.

Los agentes acordonarían la casa.

Los detectives y el equipo de la escena del crimen de la División de Hollywood estarían de camino.

Los medios de comunicación también escuchaban las radios y sabían lo que significaba el código 11-44. La dirección ya se había

difundido. Alguien iba a atar cabos y darse cuenta de que el juez Veringen había muerto en circunstancias sospechosas, y cuando lo hicieran, un equipo de televisión estaría en el lugar minutos después.

No podíamos hacer nada más que escuchar.

Lynch llamó desde el aeropuerto de Henderson. Aún no había señales del jet de Spiegler. O llegaba tarde, o no habíamos acertado.

Matt seguía sin encontrar nada que indicara que Forsythe o Spiegler tuvieran propiedades en la zona de Las Vegas. Un par de personas que trabajaban para el programa de Forsythe sí que tenían.

Negué con la cabeza. Algo tan importante que tenía que salir volando de Los Ángeles, Forsythe no lo dejaría en manos de nadie más.

Un detective que llegaba a la casa del juez intercambió algunas bromas en clave por la radio con un colega que se encontraba en otra escena en otra parte de la división. Estaba seguro de que acababan de apostar sobre quién se quedaría con el caso de homicidio. Era el tipo de humor macabro que necesitaban para pasar el día, y podría darnos nuestra primera pista de lo que había sucedido.

Al mismo tiempo, los equipos de vigilancia del juez se reunieron en el aparcamiento de un centro comercial y Julie comenzó a repasar con ellos lo que habían visto, tratando de averiguar si había habido alguna actividad sospechosa.

Entonces Keith encontró las noticias. KLOX, KCBS y KNBC tenían equipos en la casa del juez. Los reporteros en el lugar de los hechos estaban haciendo declaraciones identificando a la víctima como el juez Veringen. Daban vueltas como buitres, ansiosos por ser los primeros en dar la primicia, reacios a ser los primeros en equivocarse.

Al fondo, un tipo cuyo aspecto gritaba «detective» salió de la casa y habló por su móvil, ignorando las preguntas que le gritaban los

periodistas.

No había tensión ni urgencia en sus movimientos.

Quizá ese fuera simplemente su estilo.

Entonces, el reportero de KLOX que había llegado el último se arriesgó y lo calificó *de aparente suicidio*.

Los demás le siguieron como patitos.

¿Había sido un suicidio? Los equipos de vigilancia, a pesar de todo su entusiasmo, no eran expertos. Podría haber pasado a su lado con todo un pelotón de Ops 4-10 y nunca se habrían dado cuenta. Si Forsythe quería deshacerse de un juez para atar cabos sueltos, habría recurrido a un profesional.

Lynch se rindió en Henderson y se dirigió a North Las Vegas. Nos habíamos equivocado.

Maldita sea.

—Amber. —Keith señaló la pantalla.

La mujer de KLOX estaba prácticamente hiperventilando, escuchando su auricular e intentando presentar al mismo tiempo.

—Y en noticias de última hora aquí en KLOX… —Asintió inconscientemente a su fuente invisible y luego centró toda su atención en la cámara. Su rostro se volvió muy serio—. Se están planteando preguntas sobre si el suicidio del juez Veringen esta mañana tiene alguna relación con las informaciones que están apareciendo y que lo vinculan con los sucesos del desfile de moda de StarBright de ayer. Un desfile de moda del que se supone que ha desaparecido una joven concursante del certamen *Las caras del mañana*, Tamanny Harper.

Por un segundo, su rostro reflejó que o bien se había adelantado demasiado a las noticias, o bien había destruido su contrato. Entonces, su profesionalidad tomó el control.

—Soy Jay Portillo, de KLOX, con las noticias de Los Ángeles en directo.

La pantalla volvió al estudio, donde el presentador parpadeaba inseguro ante la cámara.

—Era Jay Portillo, informando sobre la… eh… muerte del juez Veringen en West Hollywood esta mañana. Y tenemos… —Sus ojos se desviaron hacia un lado y su voz se volvió más firme, más segura —. Acabamos de recibir un extracto de una entrevista *exclusiva* concedida a KLOX por Tanner Forsythe, propietario del programa *Las caras del mañana* y organizador del evento de moda StarBright. Emitiremos la entrevista completa en breve y, evidentemente, analizaremos este tema y cualquier novedad en profundidad a lo largo del día.

De repente, el rostro de Forsythe apareció en pantalla.

La sorpresa fue como recibir un puñetazo en el estómago.

Su rostro sonriente está justo delante del mío. Sudor en su cara. Ojos brillantes y frenéticos.

Otros gritaban:

—¡Primer plano! ¡Primer plano!

—¡Joder, sí!

Dolor. Gritos. Nunca seré libre.

La mano de Jen estaba en mi brazo. Yo era libre. Elegí ser libre.

Él estaba muerto. Pero aún no lo sabía.

—Sí, el juez Veringen estaba allí, y por supuesto que lo conozco — decía Forsythe—. Nos hemos visto en muchas ocasiones sociales.

—¿Le sorprendió verlo en un desfile de moda para adolescentes? —le preguntaron.

—No me sorprendió verlo, no. A mis eventos acuden muchas personas famosas. Quizá estuviera eligiendo algunos vestidos para su hija. La verdad es que no quisiera especular sobre eso, ni sobre su muerte esta mañana. Especular no es constructivo. Aún no sabemos nada.

—Pero resultaría muy inusual que su estrella desapareciera y, un día después, un juez que estaba presente se suicidara.

—Aún no sabemos nada. Por lo que parece, el juez Veringen era un hombre de familia respetable. Mientras tanto, esto es obviamente una tragedia para la familia de Tamanny y un desastre para mi empresa. Anoche me esforcé al máximo para ayudar en la búsqueda de Tamanny. Seguiré haciéndolo. Mi única preocupación en este momento es su regreso sana y salva…

Ya habíamos oído suficiente. Keith bajó el volumen.

Todo había sido un montaje. A KLOX le habían dado su versión de los hechos.

Mi instinto me decía que Forsythe estaba dirigiendo todo el asunto, echándole toda la culpa al juez sin decirlo abiertamente. Un juez que ahora era, literalmente, un callejón sin salida.

Forsythe nos llevaba la delantera. Sin esfuerzo alguno.

¿Dónde estaba Tamanny?

¿Qué había en esas maletas y dónde estaban?

—Jefa —dijo Yelena, escuchando mi móvil y haciéndome señas para que me acercara—, hay un problema.

¿Otro más? ¿Y ahora qué?

—Espera un segundo, Dominé. —Yelena me miró—. Dominé dice que Dante acaba de ir a ver al teniente Reed y le ha dicho que puede conseguir pruebas de que Forsythe estuvo involucrado en el secuestro de Tamanny.

Mierda.

Capítulo 56

El tráfico no estaba tan mal como el día anterior, pero aun así tardamos una hora en recorrer los quince kilómetros hasta la oficina de Delitos Graves en el centro.

Durante el trayecto, reconstruimos lo que había pasado con Dante.

Ni siquiera se me había ocurrido que Dante pudiera haber averiguado algo útil trabajando en el estudio de *Las caras del mañana*. El «desfile de moda» del que escapó Tammany no había tenido lugar en los estudios, y si estaban utilizando a las chicas para sexo, Forsythe habría querido el menor número posible de testigos. Ninguna recadera novata en quien no se pudiera confiar para que mantuviera la boca cerrada.

Pero había subestimado a Dante. No sólo había estado atenta, sino que también había estado investigando discretamente.

Forsythe tenía un chófer, un tipo llamado Willard Bryant.

Había estado coqueteando con Dante. Cuanto más fingía rechazarlo, más se crecía él. Era el hombre de confianza de Forsythe. Su mano derecha. Su solucionador de problemas. El tipo al que se le había encargado arreglar el problema en South Central.

Todo eso no era pan comido. Algunos tipos podrían decir cualquier cosa con tal de meterse en sus bragas.

Dante había cambiado de táctica. Dijo que quería ascender en la industria y que pensaba que Forsythe sería el hombre que la ayudaría a conseguirlo. Seguramente, el compinche de confianza de Forsythe podría concertar una reunión con él. Sólo que ella no quería cometer ningún error. No como esa chica estúpida del StarBright. ¿Qué le aconsejaría él?

Parecía que su principal consejo era practicar con Willard antes de intentarlo con Forsythe, pero al parecer había revelado suficientes detalles como para que Dante estuviera segura de que él había sido uno de los que secuestraron a Tamanny, y que sólo había hecho lo que Forsythe le había dicho.

No había más detalles, y el móvil de Dante estaba apagado.

¿Por qué acudir a Reed? Dado su pasado trabajando en clubes de sexo, habría pensado que hablar con la policía no habría sido la

reacción instintiva de Dante.

Dominé pensó que todo formaba parte del mismo motivo por el que había tenido que probar esa idea descabellada; que creía que era lo que yo querría que hiciera. Tanto Dante como Dominé habían oído todo lo que se discutía en la casa, incluido lo que se debatía en el centro de conferencias. Dante había tenido la impresión de que estábamos a favor de que los Athanate trabajaran con las leyes humanas. Entonces Elizabetta había hablado del teniente Reed.

Dante había sacado conclusiones precipitadas.

Durante un rato temí que tuviéramos un verdadero problema de seguridad, pero Dominé me aseguró que Dante entendería que ella no podía contarle al teniente nada sobre los Athanate, ni por qué yo estaba involucrada. Todo giraría en torno a Forsythe.

No había más información. Ni llamadas.

Reed no se tomaría en serio a Dante. Sin duda.

¿Qué tipo de recepción me esperaba?

Haciendo malabarismos con los móviles para hablar con todo el mundo, recibí buenas noticias de Julie, que estaba de camino al centro, y luego, para equilibrar la balanza, Lynch llamó justo cuando llegábamos a la comisaría: el jet de Spiegler había aterrizado antes en el aeródromo de North Las Vegas, pero ella ya no estaba cuando él llegó allí. Nadie sabía dónde había ido.

Iba a quedarse para ver cuándo regresaba. Le pasé el móvil a Yelena al entrar en la comisaría.

El sargento de guardia me miró como si fuera un bicho en su taco del almuerzo.

—Te están esperando —dijo, y me indicó que fuera a la oficina de Reed—. El teniente llegará en breve.

Y así fue.

Imaginaba una larga espera para que me demostrara quién mandaba, pero no pasaron ni cinco minutos antes de que se sentara en su escritorio. Su traje estaba arrugado y parecía como si no hubiera dormido nada.

—Sé sincera conmigo, Farrell, por el amor de Dios: ¿quién demonios eres?

—Exactamente lo mismo que te dije ayer. Saltémonos eso y dime si has sacado algo de Dante con lo que puedas trabajar.

—Ya estoy metido en un buen lío. No parece que me vayas a echar una mano, y lo que pase con tu amiga es asunto de la policía. ¿Por qué debería hablar contigo?

Mi suerte no había sido muy buena hoy, hasta la llamada de Julie. Respiré hondo.

—Porque puede que tenga una foto de la persona que mató al juez Veringen.

Parpadeó. Sus pupilas se dilataron y su corazón se aceleró.

Su rostro permaneció completamente inexpresivo. Casi aburrido.

—El juez Veringen se suicidó —dijo.

—No te lo crees ni tú, igual que no te crees que Forsythe sea un *boyscout*.

Le dio un tic en el rabillo del ojo, que intentó disimular con un bostezo fingido.

—No me lo creo. ¿No habíamos acordado que no te meterías en esto?

—No, eso lo dijiste tú. Yo no estuve de acuerdo.

—Spiegler nos va a dar una buena a ti y a mí.

—Está fuera de la oficina. —Resoplé—. Spiegler, ¿eh? Su verdadero nombre es Fay Daniels, y se ha pasado toda la mañana llevando maletas a Las Vegas en su jet. Maletas que le dio Forsythe.

El ojo volvió a temblar.

—¿Pruebas?

—¿Su identidad? Mira el anuario del instituto Denver South. Justo al lado de Forsythe. ¿El jet? Fotos del aeropuerto de Santa Mónica de esta mañana, con maletas. Las Vegas North tres horas después.

Lo había sorprendido, pero él se defendió.

—Así que se cambió el nombre después del instituto y acaba de hacer un viaje a Las Vegas. Gran cosa.

—Los dos sabemos que es culpable y que esas maletas estaban llenas de pruebas que quería sacar de tu jurisdicción a toda prisa. ¿Ya tienes esa orden de registro?

Tic.

No.

Quizá problemas para que la firmen.

—Un juez asesinado podría conseguir esa firma en la orden.

—Pruebas. —Pronunció la palabra con rabia.

—Confío en tu equipo forense, si no les ordenan que lo dejen estar.

Fingir un suicidio era increíblemente difícil, sobre todo con prisas. Habría pruebas, si alguien buscaba lo suficiente.

—¿Y qué hay de esa foto del asesino de Veringen? —preguntó.

—Fotos de todas las personas que se encontraban cerca de la casa del juez esta madrugada.

Reed entrecerró los ojos.

Aunque la foto mostrara al principal sicario de la mafia mexicana paseando por la calle, eso no probaba que el juez hubiera sido asesinado. Pero podría desencadenar una reacción en cadena. Si el juez hubiera sido asesinado, ¿quién podría haberlo ordenado? ¿Estaba relacionado con el secuestro de Tamanny? Eso *podría* bastar para conseguir una orden de registro de las instalaciones de Forsythe. El alcance de la orden *podría* ser lo suficientemente amplio. Si Forsythe era tal y como creíamos que era, le resultaría imposible impedir que encontráramos algún rastro de pruebas de su actividad. Y un rastro sería todo lo que se necesitaba.

Pude ver que vacilaba.

La puerta se abrió y el capitán de Reed asomó la cabeza.

Mierda.

Estaba a punto de convencer a Reed.

El capitán entró, llamando por encima del hombro.

—Bailey. Venga aquí.

La mujer que entró detrás de él bien podría haber tenido tatuado «Fiscalía del Distrito» en la frente. Y la fiscal adjunta Bailey era una mujer furiosa, desde su elegante melena pelirroja hasta sus afilados tacones negros.

Me ignoró, centrándose en el capitán y el teniente con intensidad láser.

—Supongo que tengo que agradecerte este desastre, Reed —dijo, pálida de ira—. Estoy harta de vosotros, de los dos. Dirigís este departamento como si fuerais el último reducto del Salvaje Oeste.

¿Cuándo lo vais a entender? No podemos actuar contra figuras del establishment basándonos en vuestras corazonadas y en el testimonio de una prostituta con unas afirmaciones exageradas de un empleado subalterno, que, por si se os ha escapado, ella le sacó con promesas de favores sexuales.

—Ella no es una... —Reed se me adelantó, pero a Bailey no le interesaba.

—Así es como la vería un jurado. Así es como cualquier juez va a evaluar esto. ¿Qué credibilidad tiene esta testigo? Bueno, yo puedo responder a eso por ti. Tu testigo haría que perdieras el caso en el momento en que tuviera que revelar su profesión.

—Pero lo único que pedimos es una orden de registro. Es el resultado del registro lo que constituiría el caso: pruebas forenses sólidas y fiables.

—No tienes ninguna garantía de eso, aunque él sea culpable. El juez está poniendo en riesgo su credibilidad al firmar una orden judicial contra un amigo del alcalde, basándose en la declaración sin verificar de una mujer que trabaja en un club de alterne. Un amigo del alcalde que no tiene antecedentes penales. No va a suceder.

—Sin *condenas*, pero Forsythe es...

—Una serpiente. Además de una celebridad bien situada, con buenos contactos y muy conocida en una ciudad que considera a las celebridades como dioses. Tú sabes que es una serpiente. Yo también lo sé. Puede que me pase de la raya, pero chicos, en esto no.

Parecía que tenía algo más que decir, pero sus ojos me miraron con recelo.

Capté la indirecta, levanté las manos y salí.

Las orejas de lobo eran más que suficientes.

—Sabes que va a tomar represalias pronto —dijo ella—. He oído que el alcalde ha convocado al comisario.

—¿Una denuncia formal?

—Un paso por debajo. Piensa en ello como un ensayo general. Ya sabes cuál es tu situación con el comisario. Si te pasas de la raya, este departamento será historia. Te pasarás el resto de tu vida poniendo multas de aparcamiento en South Central. Incluso sin que

te pases de la raya, te garantizo que mañana recibirás una orden de cese de Spiegler.

A esto le siguió un silencio frustrado y sombrío.

Se inclinó un poco. Bajó la voz.

—Conseguidme un gancho. Un gancho de verdad, chicos. Sólido.

Salió con paso firme y se dirigió por el pasillo, con los tacones marcando un tac-tac-tac.

Me acerqué y me quedé en la puerta de la oficina, sin saber muy bien si era bienvenida.

Hay que reconocer que el capitán no estaba regañando a Reed.

—Esa —me dijo Reed, señalando a Bailey con un movimiento de cabeza—, es nuestra única esperanza en la fiscalía y nuestra mejor amiga.

—Nuestra *única* amiga —dijo el capitán.

Reed carraspeó.

—La Sra. Farrell dice que podría tener fotos de gente que estaba cerca de la casa del juez esta mañana.

—Encontramos a alguien que conocemos. ¿Y qué?

—Digamos que todo esto se debe a la huida de Tamanny por la ventana en el espectáculo de StarBright —dije, y volví a captar su atención—. El juez empezó a entrar en pánico y Forsythe quiso atar un cabo suelto peligroso. Bueno, eso le da menos de seis horas para organizar un asesinato. No se pueden ocultar todas las pruebas con tan poca preparación.

—Así que demostramos que el juez no se disparó con una 22 en la cabeza —dijo el capitán—. Sigue siendo una suposición implicar a Forsythe. Sigue sin ser suficiente para esa orden de arresto.

—A menos que atrapemos al propio culpable. —Reed se frotó la cara con las manos—. Nunca va a suceder lo suficientemente rápido. Esto es como caminar por el barro.

Reed y su capitán se miraron, con el descontento reflejado en sus rostros.

—El plan A acaba de fracasar estrepitosamente. Plan B, teniente. Yo daré el paso.

El capitán negó con la cabeza y suspiró mientras se marchaba, murmurando:

—Multas de aparcamiento. South Central.

Miré a Reed.

—¿Plan B?

Tuvo la decencia de parecer incómodo.

—Le ponemos un micrófono oculto a tu amiga y la volvemos a enviar allí.

Capítulo 57

—¡No! —Por mucho que lo repitiera, parecía que no se lo hacía entender—. Esto es una locura. Dante no tiene experiencia en trabajo policial. Y no se puede utilizar a una civil encubierta en una operación policial.

—Ella aceptó. —Reed se mantuvo firme—. Es una adulta independiente y no correrá ningún peligro.

—¿Me lo garantizas?

—Me juego la casa en ello. Si no nos consigue algo que Bailey acepte, Spiegler cerrará esta investigación mañana mismo, y olvídate de las bromas sobre la división de tráfico. Nos echarán del cuerpo, tanto al capitán como a mí.

—Tengo que hablar con Dante.

—Ni hablar. Desde hace cinco minutos, forma parte de una operación policial encubierta.

Me dispuse a actuar. Podría presentarme en el estudio y poner fin a esta operación.

Reed lo sabía.

—Tienes que pensar muy bien lo que vas a hacer a continuación, Sra. Farrell. —Se recostó en su silla—. No estás detenida. Puedes salir por esa puerta, y yo te mantendré informada sobre el progreso de la investigación a su debido tiempo y cuando pueda.

Lo que significaba nunca.

Por supuesto, si la investigación fracasaba, todo habría terminado de todos modos.

Un pequeño escalofrío me recorrió el cuerpo. Yo misma mataría a Forsythe. Sería mucho más fácil.

—O puedes quedarte —dijo—, y valoraría mucho tu aportación, tu aportación *sin intervenir*, a la operación. También hay un pequeño asunto relacionado con unas fotografías que quizá tengas en tu poder, cuya retención se consideraría obstrucción a la justicia. A menos que nos sentáramos y las revisáramos juntos.

Era la mayor muestra de buena voluntad que iba a recibir, y más de lo que esperaba.

Volví a sentarme y pedí un portátil para descargar los archivos de imagen.

Reed me lo trajo, junto con un café que amenazaba con arrancarme el revestimiento del estómago.

Me enseñó cómo almacenar las imágenes en la red del departamento para casos activos, y también las guardamos en una memoria USB, para que pudiéramos verlas. Luego, Reed me llevó a toda prisa al aparcamiento, donde se estaba montando un puesto de escucha en una furgoneta blanca. Todo en el último momento.

Dante ya estaba de camino al estudio, así que la furgoneta se puso en marcha en cuanto Reed y yo subimos a bordo. Un técnico vino con nosotros para completar las pruebas de la instalación. Tendría que volver en taxi, y entonces sólo quedaríamos: un detective para escuchar el micrófono oculto de Dante, Reed, yo y el conductor.

No era suficiente. Demasiado precipitado.

Eché un vistazo al equipo. No me interesaba tanto la calidad del audio como la solidez del sistema. Había tenido malas experiencias con señales que se cortaban en el momento menos oportuno. Ops 4-10 había perdido personal de esa manera.

El técnico me fue explicando el funcionamiento del sistema mientras trabajaba. Era su proyecto y estaba orgulloso de él como una madre de su cría. El hardware era el resultado de las pruebas más exhaustivas que se habían realizado jamás con nuevos equipos de vigilancia. Era una novedad absoluta para el departamento. Nadie más lo había visto siquiera. El micrófono oculto era plano, no más grueso que una moneda. Tenía el transmisor y un GPS integrados. Cambiaba de frecuencia y encriptaba la señal. Era indetectable.

Sí.

Dante lo llevaba oculto en el cinturón. Tenía un as en la manga: mientras ella dejara el móvil encendido, el micrófono oculto transmitiría a través de la red de telefonía móvil, por lo que su alcance abarcaba cualquier lugar con cobertura.

Eso era ingenioso.

—¿Qué alcance de transmisión tiene sin el móvil?

—Un kilómetro y medio —dijo el técnico.

—¿Al aire libre? —Ya había oído eso antes.

—Bueno, sí. —Se retorció—. Podría reducirse a una cuarta parte de eso dentro de un edificio o un vehículo.

Incluso así, no estaba mal.

La Unidad de Delitos Graves tenía un buen equipo.

—Bryant le ha enviado un mensaje —interrumpió Reed, escuchando un mensaje que llegaba a su móvil—. Quiere saber dónde está. —Esperó un segundo—. Le ha contestado que está de camino. Y… él ha respondido con «bien, nos vemos pronto». —Colgó el teléfono—. El tipo parece impaciente.

Murmuré. Algo que había dicho Bailey me inquietaba.

—¿De verdad le ofreció sexo a cambio de información?

—No tal y como ella lo cuenta. Bailey le estaba dando el giro que un abogado defensor podría darle al asunto.

Estaba eludiendo el tema. El teniente Reed se había formado una mala opinión de Dante.

El técnico terminó sus pruebas en el equipo receptor. Le dejamos salir y el detective se puso los auriculares.

Llamó a Dante y habló con ella, consiguió que colgara y siguiera hablando durante unos segundos. Nos hizo un gesto de aprobación con el pulgar. Le oía perfectamente, y una de las pantallas la mostraba en un mapa.

—Ahora está entrando en el estudio —dijo, señalando un marcador en la pantalla. Se recostó para esperar a que pasara algo.

Suspiré y me volví hacia Reed para que pudiéramos hablar en voz baja.

—Forsythe ha sobornado a un par de jueces —dije, y él asintió—. ¿Por qué detenerse ahí?

—¿A dónde quieres llegar?

—¿Cuándo apareció Daniels, o Spiegler, si lo prefieres, en la comisaría anoche?

—Justo después de que trajéramos a Forsythe. Literalmente, unos minutos más tarde. Él le llamó desde el coche.

—¿Y no volvió a salir?

—No. —Se encogió de hombros, sin entender aún a dónde quería llegar.

—Entonces, ¿cómo es que tenía un requerimiento firmado para entregarme?

Frunció el ceño.

—*Para mí.* No para Elizabetta. El tipo que vigilaba para ti en la cafetería de enfrente del hotel de Tamanny quizá supiera quién era Elizabetta, pero no habría sabido quién era yo. ¿Verdad?

Asintió a regañadientes, con los ojos muy abiertos.

—Así que Forsythe consiguió una copia de esas fotos a tiempo para reconocerme, hacer que Spiegler redactara una orden judicial *y* conseguir que uno de sus jueces a sueldo la firmara, incluso antes del StarBright.

—Te refieres a alguien del departamento.

—Eso parece. —Me incliné hacia él hasta que nuestras cabezas casi se tocaron, con mis sentidos de loba alerta a cada movimiento de su cuerpo—. ¿El capitán?

Reed negó con la cabeza. Tenía que creerle.

Y su cuerpo tampoco me daba ninguna señal de que fuera él. Una pena que no tuviera tiempo de revisar toda su división, persona por persona.

—¿Y si se ha filtrado esta operación?

—Entonces el tipo no va a aparecer. Va a huir, tan rápido y tan lejos como pueda.

—Quizá deberías avisar al capitán para que esté atento a quienquiera que esté mirando esas fotos —dije.

Reed no discutió, no dudó. Llamó con su móvil, habló brevemente y me hizo un gesto de asentimiento.

Quizá consiguiéramos alguna pequeña evidencia. Un agente sobornado. Pero en cualquier relación a largo plazo, Forsythe habría incorporado algún tipo de protección. Si pillábamos al agente, estaba seguro de que sólo podría decirnos que alguien a quien no conocía y con quien nunca se había reunido estaba interesado en cualquier cosa relacionada con Forsythe que hiciera el departamento. No habría ninguna conexión obvia aparte de eso.

Aparcamos una manzana al sur del estudio de Forsythe.

Reed abrió en su portátil las fotos que había tomado el equipo de vigilancia.

—Todas pasarán por el sistema de reconocimiento facial, pero primero echemos un vistazo —dijo Reed—. Intentaremos ver si alguien destaca por cualquier motivo.

No era precisamente el mayor admirador del teniente Reed, pero era un buen hombre y tenía algunas buenas ideas.

Nos sentamos juntos y empezamos a revisar las imágenes, con un oído atento a lo que ocurría en el estudio.

La primera imagen de su directorio no era de la casa del juez. Era la foto del Departamento de Tráfico de un tal Willard Bryant, el chófer de Forsythe, un hombre corpulento con una frente como un yunque y una mirada penetrante.

No necesitaba ver los antecedentes penales del tipo.

Dante, ¿qué demonios estás haciendo?

Pero la situación se me había ido de las manos. Estaba en un estudio rodeada de gente, y tenía palabras clave para avisarnos si se sentía amenazada. Teníamos una buena conexión de audio con ella. Llevaba un rastreador GPS.

No dejaba de mirar de reojo ese marcador parpadeante en la pantalla. No sabía cómo estaría Reed, pero yo podría atravesar las puertas de ese estudio en menos de un minuto desde donde estábamos aparcados.

Estaba tan a salvo como podía estarlo.

—Este. —Reed se detuvo en la foto de un corredor. Era alto y parecía estar en forma. Llevaba una mochila. Tenía el pelo cortado muy corto. Lo que parecía un tatuaje en el cuello asomaba por encima de la camiseta.

—Hmmm....

El tipo quedó marcado como sospechoso.

Demasiado obvio para mí. Reed podría tener razón, pero yo buscaba a alguien que no llamara la atención.

Seguimos pasando fotos hasta que una me llamó la atención.

Una mujer. De estatura media. Coleta pelirroja. Una camiseta muy holgada. Podría haber llevado un lanzagranadas bajo ella, por no hablar de una pistola del calibre 22.

Tenía la cara parcialmente oculta. Entrecerré los ojos para mirar la pantalla.

No.

Respiraba a través de un limitador para restringir su consumo de aire. Se estaba entrenando para una carrera de alta montaña.

Aun así, se nos estaban acabando las fotos, así que la pelirroja se unió al señor del tatuaje en el cuello en la lista de sospechosos.

Más fotos. Quedan las tres últimas.

Entonces, Reed y yo reaccionamos al unísono.

El señor Nadie. Llevaba una sudadera con capucha, pero la tenía bajada. Cabeza gacha. Puños cerrados. Todo normal, excepto su pelo. Lo llevaba largo y suelto. Le tapaba parcialmente la cara por cómo tenía la cabeza inclinada. Y su ropa de correr parecía tan malditamente corriente que daba la sensación de que algo fallaba, como si no hubiera habido ninguna personalidad a la hora de elegirla.

—Podría ser una peluca —dijo Reed. Golpeó la mesa con los dedos.

—O simplemente un tipo con el pelo largo —dije—. Aunque está un poco tenso para alguien que sale a correr.

—Quizá acaba de recibir un correo electrónico inesperado para una reunión no programada con su jefe. ¿Quién sabe? Podría ser cualquier motivo.

Ninguno de los dos podíamos precisar qué nos hacía sospechar, pero la foto pasó a ocupar un lugar destacado en la lista de sospechosos.

No había nadie más que despertara dudas evidentes.

Reed llamó a un colega en quien confiaba y le indicó que se centrara en esos tres.

No podíamos hacer nada más que esperar y hablar.

Reed y yo hicimos de abogados del diablo con respecto a las opiniones del otro sobre el caso.

Forsythe debía de saber desde muy temprano que el juez estaba muerto, para haber tenido tiempo de llamar a KLOX para que lo entrevistara. Pensaba que sólo podía ser porque él había contratado al asesino. Reed argumentó que era perfectamente posible que alguien hubiera estado escuchando la radio de la policía y llamara a Forsythe de inmediato.

Reed pensaba que a Tamanny le habían puesto un micrófono oculto, para que la gente de Forsythe pudiera localizarla a pesar de las medidas que había tomado: cambiarse de ropa y esconderse.

—Un rastreador en los zapatos. O en alguna joya que llevara puesta —dijo—. Forsythe es el tipo de hombre que quiere controlar su inversión.

Me estremecí.

—¿Y su madre? Debe de saber algo. ¿Le han pagado para que guarde silencio? —dije, con un nudo en el estómago.

Reed gruñó.

—Quizá tenga vicios que mantener. —Me di cuenta de que a él tampoco le cuadraba del todo—. Según Forsythe, estaba histérica y tuvieron que sedarla.

—Qué conveniente. Probablemente él mismo la drogó.

Reed se encogió de hombros en señal de asentimiento.

—Incluso así, eso no nos ayuda —dijo.

Volvimos a las líneas temporales, buscando algo que pudiera demostrar que Forsythe estaba involucrado en la muerte del juez.

No paraban de llamarme al móvil.

Yelena estaba cabreada porque me había ido sin ella, pero Matt le había dado mi posición GPS. Estaba en la Kawasaki, aparcada a media manzana de distancia, con línea de visión hacia nosotros.

Por la tarde, Lynch nos envió unas fotos de Daniels en Las Vegas subiendo a su jet, sin las maletas. Le di las gracias y lo mandé a casa.

Tendríamos que seguir investigando, pero no podía distraerme de Dante.

Llamé a Billie. Había vuelto a vigilar a Forsythe, que estaba de vuelta en casa.

—Daniels volará a Santa Mónica...

—Me estoy quedando sin personal —dijo ella—. Las bandas están pidiendo a algunos de sus hombres para que regresen. Parece ser que Tarez los ha pedido.

Había establecido los niveles para un seguimiento seguro y no quería comprometer eso.

—Forsythe es el importante —dije—. Mantén a los equipos con él, pero ¿hay alguien a quien puedas destinar para seguir a Daniels?

—No quiero hacerlo, Amber. Forsythe acaba de conseguir nuevos guardaespaldas. No son los típicos matones musculosos, y se nota a simple vista que no es su primera vez. Necesito más gente, no menos. —Se quedó pensativa un segundo—. Te diré una cosa. Hay un novato al que los Redondo quieren mantener alejado de los líos hasta que se endurezca. Ahora que he visto a los guardias de Forsythe, no lo quiero aquí. Se llama Jacob. Te lo enviaré y te mandaré su número de móvil por mensaje.

—Vamos a por ello. Dile a Jacob que sólo la vigile, ¿vale? Lo suficientemente cerca para ver adónde va.

—Entendido.

Colgué y llamé a Tarez.

Necesitaba a todos los licántropos que las manadas pudieran prestarle para acabar con los Basilikos en Los Ángeles de una vez por todas. En cuanto a Forsythe, Tarez quería que me mantuviera al margen. Naryn había incorporado a Tarez al proyecto Revelación de Diana, y Tarez ya estaba hablando con el agente Ingram.

—No tenemos los recursos para enfrentarnos a la red de tráfico de Forsythe —dijo Tarez—. El FBI sí los tiene.

En realidad, no me ordenó que parara y yo me negué a hacer ningún comentario al respecto. Forsythe era mi objetivo. El FBI podía encargarse del resto de la red.

Una hora más tarde, el avión de Daniels aterrizó en el aeropuerto de Santa Mónica. Hablé con Jacob mientras él la seguía de camino a casa. Encontró un lugar desde donde podía vigilar la entrada a su camino de acceso sin que lo vieran desde la casa. No era una buena vigilancia, pero era lo mejor que podíamos hacer. Al menos Forsythe no podía moverse sin que lo viéramos.

Durante todo ese tiempo, el teniente Jefferson Reed estuvo escuchando y acumulando más preguntas para hacerme más tarde.

El día transcurrió a paso de tortuga. Pedimos tamales al mediodía. Nos turnamos con los auriculares.

A las dos de la tarde, la foto del Sr. Nadie dio una coincidencia. Era un tipo de Arizona sospechoso de ser un sicario de una banda que operaba desde Tucson. Se emitió una orden de búsqueda y captura y el caso del juez pasó a ser un presunto homicidio.

Reed habló con el capitán. La fiscal adjunta Bailey seguía sin colaborar.

Aun así, empezó a relajarse. Se notaba que le daba vueltas a la cabeza. Las cosas iban encajando. Empezábamos a tener algo de suerte. Era cuestión de tiempo.

Capítulo 58

Eran las cuatro de la tarde y Reed estaba a cargo de los auriculares cuando me hizo un gesto urgente con la mano.

Dante estaba hablando con Willard Bryant en la escalera.

—Pensaba que te habías olvidado por completo de mí —dijo ella.

Él se rio.

—No te he olvidado en absoluto. De hecho, he estado pensando mucho en ti.

—¿Oh, sí? ¿Pensamientos buenos? ¿Malos? —preguntó Dante en voz baja—. ¿O más bien, *muy malos*?

—Eres lo más, ¿eh? Mira, ahora no puedo hablar. ¿Qué vas a hacer más tarde?

—He terminado por hoy, si vale la pena.

—Eh. ¿Sigues dispuesta a conocer al señor Forsythe?

—Por supuesto. ¿A qué tipo de reunión te refieres?

—¿Te gusta la fiesta, nena? ¿Quieres caerle bien al hombre? ¿De verdad?

—*Ese* tipo de fiesta. —Su risa era entrecortada, seductora.

—Exacto.

—Sí. —Lo alargó.

—Ahora no pareces tan segura. —Él se burló de ella—. Te estás echando atrás, ¿eh? Ya sabes, no pasa nada, no estás preparada para lo grande, chica, no estás preparada.

—No. No es eso

—¿Entonces qué?

—Mira, no voy a acabar como esa zorra estúpida que se lució en StarBright. Tienes que avisarme primero. Dime qué hizo mal. Qué tengo que hacer. Tú conoces esto desde dentro, ¿no? Es mi gran oportunidad. No puedo cometer errores. Entraré, pero lo haré con los ojos bien abiertos. Lo entiendes, ¿verdad?

Hubo silencio durante unos instantes. ¿Se había pasado de la raya?

—Claro, lo entiendo —dijo él, con la voz difusa y enmascarada por los ruidos de fondo. Gruñó, y se oyó un grito ahogado de Dante—.

Te diré la verdad, te diré lo que le gusta al hombre, lo que necesita. Iremos despacio.

Me sentí mal al imaginar lo que le estaba haciendo, con las piernas tensas para moverme, pero todo terminó tan rápido como había empezado.

—Genial —dijo él, con la voz más ronca—. Me vas a deber una. Esto es algo gordo lo que estoy haciendo por ti.

—Sí. Me metes ahí, me dices lo que necesito y tú... —Se rio de nuevo. Era una risa más aguda y me sonó forzada, pero su voz seguía firme—. Tendrás lo que quieras.

—Acabas de firmar un cheque, nena. Vale. Tengo un trabajo más que hacer. Una hora.

—¿Y luego?

—Bueno, aquí no puedo hablar. —Su voz empezó a rebosar confianza—. Tampoco sé si querría cobrar un cheque aquí. Saldremos, iremos a un bar. O algo así.

—¿Conoces algún bar donde se pueda cobrar un cheque? ¡Qué guay!

Se rió.

—Ya verás.

—Te escucharé, ¿no? Y luego ya veremos.

—Te diré lo que necesitas saber. Luego te enseñaré lo que tienes que hacer.

—Trato hecho.

—¿La salida de la parte trasera del edificio? ¿Por la que salen las chicas cuando no quieren que les hagan fotos? En una hora estás allí.

—Suena genial.

—Lo será.

—Perfecto —dijo Dante—. Hasta luego.

Hubo un segundo de silencio y luego pude oírle subir corriendo unas escaleras.

—¡No! —Se me escapó—. Ni de coña se va a ir a ningún sitio con ese tío.

—Tranquila —dijo Reed.

—*No* voy a calmarme. Tienes a una civil en una operación encubierta de la policía, en una situación que la supera por completo. No tienes recursos para este tipo de operación. Cancélala ahora mismo. Llámala, o lo haré yo.

Saqué mi móvil.

Reed me detuvo y me enseñó la pantalla de su móvil.

Dante le había enviado un mensaje a Reed mientras subía las escaleras. *Gran noche. Vale. No hay problema. Nos vemos luego.*

El código acordado para decir que quería seguir adelante.

—No —repetí—. ¿En qué demonios estás pensando? ¿Los seguimos en una gran furgoneta blanca?

—Conseguiré un coche camuflado.

—No puedes seguirles con un único coche. —No lo entendía—. ¿Qué harías si fuera tu hija?

Ignoró eso.

—Podemos...

—¡Chicos! —El otro detective dio un golpe con la mano sobre la mesa—. Os pueden oír desde la calle. Si seguís así, os oirán hasta dentro del estudio.

—Sabes, ya hemos hecho este tipo de cosas antes, en la policía —dijo Reed, hablando con los dientes apretados, pero bajando la voz —. Conseguiré un par de coches más.

—Sigue sin poder hacerse —dije—. Este tipo puede que sea un matón, pero es el chófer de Forsythe. Sabrá cómo tomar precauciones. Se necesitan como mínimo seis coches para seguirlo eficazmente sin que se dé cuenta.

—Hacemos seguimientos todo el tiempo. Y tenemos un rastreador puesto en él.

—Para lo cual se necesita una furgoneta grande que lo reciba. Una que destaque como una valla publicitaria andante.

—Puede que esta sea la única forma de recuperar a Tamanny Harper, y es una operación policial, Farrell. Yo la dirijo. Tú estás aquí como observadora.

Ya había tenido suficiente. Salí de la furgoneta y le llamé.

—Dante, esto es demasiado peligroso —le dije—. Voy a ir yo.

—¡No! —dijo ella—. No, por favor. *¿Por favor?* Escúchame.

Me detuve con esfuerzo.

—Vale. Te escucho.

Tuve que tragarme el miedo que sentía por ella, junto con mi frustración. Ella formaba parte de mi Casa. Le debía el derecho a exponer su caso.

—Tengo que hacerlo.

—No estoy de acuerdo, pero explícame.

—Tú no lo ves como… —Se detuvo y lo intentó de nuevo—. Tu Casa. Todos tienen un papel. Una habilidad. Yo sólo soy la chica estúpida que escuchaba a escondidas detrás de la puerta. La que pensaba que todo eran fiestas geniales y orgías. No es así. Es real y no es justo, y a veces hay cosas que hay que hacer. Y a veces tienen que ser hechas por alguien que no tiene todas las habilidades que debería tener.

—Sí, habilidades que hay que enseñar, y que se enseñarán. Es imposible que alguien de mi Casa te esté diciendo que tienes que hacer esto.

—Nadie excepto yo —dijo ella.

—Pero...

—Es algo que *puedo* hacer. No es sólo por ti, por Tamanny y por todas las demás chicas. También es por mí.

—No es sólo una situación peligrosa. Está el hombre en sí mismo: él es peligroso.

—Es tan peligroso como la mitad de la población cuando piensan con las pelotas.

—No es una pose que adopta para parecer atrevido, por el amor de Dios —dije—. Es violento.

Su voz pareció apagarse al otro lado de la línea.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué…?

—Porque es lo que hago por Dominé —dijo ella—. Es *mi* habilidad. Es lo que sé hacer. Soy una de las válvulas de seguridad del club. Puedo manejarlo. Estoy acostumbrada.

Esta era la cruda y dura realidad del mundo en el que vivían Dominé y Dante.

No todo era dulzura y luz, disfraces y juegos de rol.

A veces era feo. E incluso en un sector donde pocos conservaban sus ilusiones, había quienes lo llevaban mejor que otros.

—Conseguiré lo que el teniente quiere. Y si sabes a lo que me refiero... —Se quedó en silencio durante un largo rato—. No pienses mal de mí.

—*Nunca*. Dante, formas parte de mi Casa. Si por alguna razón sientes que aún no te lo has ganado, ten claro esto: lo harás. Sin hacer locuras. No tienes que hacer esto para demostrar que eres lo suficientemente valiente.

—No soy valiente, porque sé que tú estarás ahí.

—Siempre. Estaré ahí para ti.

Lo intenté una vez más, pero al final acordamos que lo detendría si oía que se ponía violento, independientemente de si ella usaba su palabra clave o no, y sin importar si teníamos la información que necesitábamos. Y que lo detendría si se producía una avería en el cable.

Lo que me obligó a volver a meterme en la furgoneta y limar asperezas con el teniente Reed.

El detective que quizá sabía más sobre un miembro de mi Casa de lo que yo me había molestado en averiguar.

De quien necesitaba permiso para seguir implicada y así poder cumplir mi palabra con Dante.

Y que había estado escuchando cada palabra de mi conversación telefónica.

Elizabetta pensaba que el detective Reed era un buen hombre.

Lo era.

No tuve oportunidad de abrir la boca.

—Dejemos todo lo demás a un lado por el momento —dijo—. He oído que tienes experiencia en este tipo de operaciones. Así que dime qué crees que debemos hacer.

Había dejado a un lado cualquier curiosidad sobre la conversación que había escuchado y se había centrado directamente en hacer el trabajo.

Aun así, yo dudé, y él continuó.

—He llamado al capitán. Va a volver a incorporar a Bailey, y vamos a retransmitir la escucha a la central. En cuanto oiga algo que pueda usar para una orden judicial, lo cerramos. Si no conseguimos esa orden, toda esta operación contra Forsythe habrá terminado mañana de todos modos.

—¿Bailey está dispuesta a hacerlo?

—Hemos tenido que prometerle de todo, incluido mi primogénito. —Resopló—. Nos tiene comiendo en su mano.

—Si yo lo ordeno, ¿lo cerramos?

Él murmuró.

—Dentro de lo razonable.

No iba a rendirse sin más.

Tenía un as en la manga llamado Yelena, que cerraría esta operación más rápido que un equipo SWAT. Tendría que implicarle y seguir adelante confiando en ella.

—Vale, ¿qué necesitamos? Seis coches camuflados. Dos personas por cada coche. Con walkie-talkies, *no con* la radio de la policía. Códigos acordados. La furgoneta se queda una manzana atrás y mi colega nos sigue en su moto para ayudar a coordinar.

—¿Otra *civil?*

—La moto te da una perspectiva que no tienes en un coche. Puede sortear los obstáculos. Pero, sí, es una *civil,* igual que yo.

Al oír eso, entrecerró los ojos, seguramente reflexionando sobre lo que había oído decir a Dante acerca de mi *Casa* y *mis habilidades*, pero al final suspiró y asintió con la cabeza.

Me llegó un mensaje de Billie: *Forsythe se está desplazando con guardaespaldas. Limusina*.

Parece que Forsythe no dependía de Bryant para que lo llevara de un lado a otro.

Capítulo 59

Una hora más tarde, teníamos cuatro de los seis coches camuflados prometidos, con dos en camino. Dante estaba detrás de los estudios, donde no podíamos verla. Habían llegado los walkie-talkies. Yelena tenía uno. Todos funcionaban. ¡Bien!

Reed me había dejado informar al equipo y asignar las posiciones de los coches. Uno como escolta, para seguir el todoterreno de Bryant a una manzana de distancia. Otro para seguirlo, a buena distancia. A ese lo llamaríamos nuestro hombre de punta, y cambiaríamos ese coche cada kilómetro y medio más o menos. Ninguno de nosotros se quedaría en su retrovisor por mucho tiempo. La furgoneta, con Reed y yo dentro, se quedaría todavía más atrás, con uno de los coches detrás de nosotros cubriéndonos las espaldas.

Sin llamadas por la radio policial. Sin códigos 10. Un puñado de códigos sencillos acordados de antemano para decir lo que estábamos haciendo.

Big Bob, el detective que había conocido en la comisaría, iba en el último coche. Era su propio Mazda, con muchos kilómetros a sus espaldas, y llevaba a un colega bajito y de aspecto nervioso en el asiento del copiloto. No me inspiraban mucha confianza. Esperaba que no tuviéramos que recurrir a ellos.

Un mensaje de Tarez: *«El FBI se hace cargo del caso de tráfico de personas. El agente Ingram y su equipo están de camino».*

¿Qué?

Mierda. Da igual, no podía dejar a Dante. Si Tarez insistía y forzaba la situación, pondría fin a la operación, aunque tuviera que sacar a Dante a rastras del coche de Bryant.

No confiaba lo suficiente en Reed, y era demasiado peligroso para Dante. Si Bryant era un intermediario de Forsythe y Dante cometía un sólo desliz, acabaría muerta. Y si tenía suerte, sería rápido.

Ella confiaba en mí.

Y, sin embargo, nuestro plan tenía tantos agujeros que todavía quería cancelarlo en ese mismo momento cuando vi un Chevy Tahoe

negro con cristales tintados girar en los estudios y rodear el edificio por la parte de atrás.

—Estamos en marcha —dijo Reed.

No lo cancelé.

Nos habíamos quitado los auriculares y la señal del micrófono oculto de Dante salía por un par de altavoces.

Lo único que necesitábamos era oírla decir la palabra *«nudo»*. En cuanto la oyéramos, entraríamos y detendríamos el Chevy.

—¿Dónde están los dos últimos coches? —le pregunté a Reed.

—Se han retrasado unos minutos. Accidente en la 110. —Me miró —. Lo tenemos, Farrell. A Bryant se le va a caer la cabeza.

Eso espero.

Escuchamos cómo Bryant empujaba a Dante contra la pared en la zona privada de la parte trasera del estudio y la manoseaba durante un par de minutos antes de entrar en el coche.

Aún no lo había cancelado.

Dante había fingido disfrutarlo. Se me revolvió el estómago. Su realidad.

Reed miró la pantalla de su smartphone y no dijo nada.

El Tahoe arrancó y comenzamos nuestra persecución, manteniéndonos a distancia detrás de ellos. Estaba oscureciendo y el vehículo que iba en cabeza estaba sólo un coche por detrás del Tahoe.

—¡Oh, asientos de cuero auténtico! Me encanta el tacto. Y está tan limpio. —La voz de Dante se oía claramente por los altavoces—. ¿Es nuevo?

—Lo limpian a fondo cada dos días. Al jefe no le gustan los coches que huelen mal.

O coches con pruebas forenses.

Dante empezó a hablar, entusiasmada con la industria, el programa y lo bien que le podría ir si tuviera una oportunidad con Forsythe. Hizo bien de cabeza hueca, mezclando el coqueteo justo necesario para mantener a Bryant interesado.

Pero después de hablar con grosería cuando él la estaba manoseando, Bryant se había quedado callado.

No me gustó eso. Empecé a jugar con el volumen, tratando de imaginar cómo sería el interior del Tahoe.

Quizá tenía la cabeza en sus calzoncillos. O quizá sospechaba de ella, y manosearle era una buena forma de comprobar si llevaba micrófonos ocultos.

El tráfico era lento y nos dirigíamos hacia el norte, hacia Hollywood. Que fuera lento y hubiera mucho tráfico era a la vez bueno y malo: tantos coches significaban que no era fácil vernos, pero los semáforos y los coches que se colaban podían dificultar seguir de vista al Tahoe.

—Si tuvieras que establecer procedimientos de seguridad para ese conductor —dijo Reed—, ¿cuáles serían?

Seguía esforzándose por mantenerme de su lado.

—Detener el vehículo durante un par de minutos. A ser posible, en una carretera secundaria, una tranquila. Luego dar media vuelta —dije—. Eso es el nivel uno: comprobaciones básicas.

—¿Nivel dos?

—Las mismas maniobras, pero con un coche de apoyo: un coche que le siga y le vigile desde cierta distancia. Nivel tres: todo lo anterior y, además, cambiar de coche en algún desvío donde no os puedan ver.

—¿Crees que haría eso si llevara a alguien a ver a Forsythe?

—Si Forsythe quisiera asegurarse de que nadie los viera, sí.

—Pero Bryant está en su tiempo libre esta noche, pensando que va a salir a ligar con una chica. No va a implicar a nadie más.

—Quizá.

—Bob —dijo Reed por la radio—. ¿Dónde estás?

—Tres atrás. No hemos recogido a ninguno de nuestros amigos.

Al menos se estaba ciñendo al plan con los códigos acordados. Tres coches detrás de nosotros y ningún indicio de que hubiera nadie más siguiendo al Tahoe o a nosotros. Me preguntaba si Bob sería capaz de detectar a un coche de retaguardia.

—¿Adónde vamos? —preguntó Dante.

—A Sunset —respondió Bryant.

—¿Al Strip?

—No. La vieja 66, en Echo Park.

—Genial.

Era la parte más tranquila de Sunset, lejos de la bulliciosa zona turística y de los bares de Hollywood.

También era más oscuro y había menos gente por allí.

—Bueno, tú conoces al jefe, ¿qué le gusta de una chica? —dijo Dante.

—Le gustan las actrices —dijo Bryant—. Actrices realmente buenas que no necesitan indicaciones y que dan la mejor actuación de su vida cuando él lo quiere. A las chicas así les va muy bien con él.

Su voz se perdió por un segundo ante otro sonido. Quizá Dante se movió y su cinturón rozó el asiento. Fruncí el ceño. Una escucha nunca era perfecta, pero no podíamos permitirnos perder nada.

—¿Te crees tan buena? —decía Bryant—. Porque no le voy a dar tu nombre a menos que lo seas, y vas a tener que convencerme.

—Dime lo que necesitas, Willard, y te lo daré.

—Tendrá que girar hacia el este para ir a Echo Park —dije en voz baja—. Cuando gire, haremos nuestro primer cambio.

Reed transmitió las instrucciones y, dos minutos después, el Tahoe giró hacia Melrose Avenue.

El coche de cabeza siguió las instrucciones y siguió recto. Por suerte, el escolta estaba una manzana más al este y se incorporó justo detrás del Tahoe.

—Genial —dije—. Dile al número uno que se dirija por su cuenta a Sunset.

Aún no teníamos recursos suficientes para reemplazar al escolta.

La furgoneta giró hacia Melrose. Aparte de haberla visto en un mapa, no conocía la calle. Era más tranquila que la carretera por la que habíamos venido. Había menos tráfico y se circulaba más rápido. Mi pulso se aceleró.

—¿Dónde están los dos últimos coches? ¿Pueden atajar?

Reed habló por el móvil durante un par de minutos.

—Se incorporarán a Sunset en Echo Park y esperarán. Llegarán allí antes que nosotros.

Eso podría venirnos bien. La gente nunca espera que quien les sigue esté delante de ellos.

—¡Se está deteniendo! —Era Randall, el nuevo hombre de vanguardia, el único que teníamos a la vista del Tahoe.

—Sigue adelante, Randall. El resto, no intervengáis.

Todos nos detuvimos, excepto Randall. Si seguía el plan, seguiría adelante, giraría por algún lado bastante por delante del Tahoe y se reuniría con nosotros como el último coche de nuestra cola.

—Esto no es Sunset —dijo Dante por la radio. El motor del todoterreno seguía en marcha.

—Tengo que hacer una llamada. —Bryant empezó a hablar por el móvil.

Lo que dijo no parecía sospechoso. Le estaba diciendo a un tipo que se iba a tomar un descanso, que se iba a tomar una copa y que volvería mañana.

—No me gusta —murmuré.

—Puede que simplemente se le haya olvidado hacerlo antes —dijo Reed—. Tiene la cabeza en sus calzoncillos, ¿recuerdas?

Quizá. Abrí el panel lateral de la furgoneta y miré en la oscuridad. Estábamos demasiado lejos, por supuesto.

—¿Yelena? —dije por el walkie-talkie.

—Te estoy viendo —respondió ella, y me sentí mejor. Las motos podían llegar a cualquier sitio en un santiamén.

Bryant terminó su llamada.

—Listo —dijo—. Móvil apagado. Tú también.

—Eh… ¿por qué?

—Primera lección. Cuando el jefe te dice algo así, no preguntas por qué. ¿Entendido? Yo soy un tipo majo, así que te lo diré. Hemos salido a pasarlo bien y no me gusta que me interrumpan.

—Lo siento. No hay problema.

Dante apagó el móvil.

Sin la amplificación del móvil, la señal del cable era pésima.

—Bien —dijo Bryant—. Tienes que acostumbrarte a hacer lo que te dice el jefe.

—Me encanta hacer lo que me dicen, Willard. Es lo mío. —Hubo una pausa, llena del siseo silencioso de la señal—. ¿Es eso lo que Tamanny entendió mal?

—Esa zorra se equivocó en muchas cosas —dijo él.

Reed y yo nos inclinamos hacia delante como si eso fuera a aclarar la señal.

—Toda provocación y nada de complacer, esa. Se salió con la suya porque estaba ganando la competición. Ni de coña te va a quitar eso el jefe.

—Oh, no tendrá que hacerlo —dijo ella, con voz sensual y prometedora.

—Ahora escúchame. No vas a disfrutar de todo lo que haga, y eso no importa una mierda, ¿vale? Si te hace daño, puedes gritar. No pasa nada, siempre y cuando él quiera volver a hacerlo, te entregues a él directamente y digas «sí, por favor», sin discutir, sin contestar. Nada de «pero me duele, Tanner». Él sabe que duele. ¿Lo pillas? ¿Vas a poder con eso?

—Mejor que eso. Me va a gustar. Soy muy mala en eso.

Bryant gruñó.

—Ya veremos.

Pude oír cómo el Tahoe se alejaba, y el número tres que nos seguía gritó:

—¡Voy yo!

Bob nos adelantó para ocupar la siguiente posición.

—No me gusta nada esto —dije. Todo el asunto me estaba dejando un mal sabor de boca.

—No era una carretera secundaria. Hizo una llamada. No ha dado media vuelta.

—Eso no significa que no fuera una comprobación para ver si le seguían, y esta carretera está demasiado tranquila. Puede que sospeche.

Reed se encogió de hombros.

—Si estuviera mirando, habría visto otros coches. No hay nada de lo que pueda sospechar. —Ladeó la cabeza hacia una de las pantallas de la furgoneta, que recibía la señal de una cámara apuntando hacia atrás—. No hay indicios de que nadie nos esté vigilando.

Pero la situación había cambiado en el Tahoe. Bryant sonaba diferente. Más agresivo y exigente. Estaba empezando a presionar a Dante, intentando meterse en su cabeza.

—Oh, sí, está bien —decía ella—. ¿Supongo que no pudo soportarlo?

—¿Esa zorra de Tamanny? No.

—Entonces dime, ¿cómo la castigó? —Su voz era entrecortada, excitada—. Quiero saberlo.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Me gusta. Ese tipo de cosas me ponen, ya sabes. Me excitan. Me calientan. Además, tengo que saber qué está en juego —dijo Dante—. Podría arruinarlo todo para mí, de modo que nunca pudiera trabajar en la industria.

—Ja. Es mucho peor que eso, lo que le tiene preparado a esa zorra estirada —dijo Bryant.

Inmediatamente miré a Reed, pero él negó con la cabeza. Ni de lejos.

Melrose se volvió más transitada. Pasaba por debajo de un paso elevado de la 101 y terminaba en un cruce en T con Hoover. Entre ese punto y la sección de Echo Park de Sunset había un laberinto de calles residenciales.

—Subirá por Hoover y entrará en Sunset desde Santa Mónica —dijo Reed.

Bryant no lo hizo. El Tahoe cruzó para atravesar la zona residencial.

—Cambiamos —dije.

El número tres giró por Hoover y Bob se colocó en la primera plaza de aparcamiento, treinta metros detrás del Tahoe.

El coche número uno ya estaba esperando en Sunset, donde habíamos previsto que se incorporaría el Tahoe. Randall iba detrás de nosotros. Teníamos dos coches nuevos esperando en Echo Park.

Debería ser suficiente.

El Tahoe giró hacia el sur por Sunset, con Bob demasiado cerca. Nuestra furgoneta se colocó a unos cien metros detrás de él.

Este extremo de Sunset era más tranquilo que el Strip. No había enormes vallas publicitarias que inundaran las calles de luz, menos neones. Calles más oscuras, restaurantes, bares y discotecas más pequeños. Moderno. Vanguardista.

—Solía conocer un bar chulo por aquí —dijo Dante—. Se llamaba… Joder, ahora no me acuerdo. ¿Cómo se llama el sitio al que nos dirigimos?

—Segunda lección. No le preguntes al jefe adónde va. Cuando necesites saberlo, él te lo dirá.

—¿Paranoico o qué?

—Los paparazzi le hacen la vida imposible.

—Bueno, algunas desearíamos que los paparazzi se fijaran en nosotras.

Él gruñó.

—Tercera lección. Deja esa actitud de listilla, y rápido, o lárgate ahora mismo.

Dante había dejado de lado su personaje de cabeza hueca.

—Lo siento. Lo siento —dijo Dante—. Sólo estoy bromeando.

—Ahora no estás bromeando.

—No. No estoy jugando —dijo Dante—. Estoy tomando una copa con un tío grande y guapo y me siento toda caliente y mojada.

—¿Sí?

—Oh, sí. Pero creo que quizá necesites relajarte un poco.

Ruido. Piel contra vaqueros.

Se me revolvió el estómago. *¡Dante, no!*

—Oooh, parece que tú también estás bastante caliente.

—¡Oh, nena! —dijo Bryant en voz baja.

—Sabes, toda esa charla dura, me pone de verdad —dijo Dante—. Me da un poco de miedo y me excita al mismo tiempo.

—¿Te gusta?

—Sí, tío. Me gusta imaginarme a esa muñeca estirada descubriendo cómo es realmente la vida para el resto de nosotras. Supongo que no puedo preguntarle al jefe, pero dijiste que me contarías cosas, ¿no? Dijiste que estuviste allí, ¿no? Así que dime...

—No pares...

Se oyó una ráfaga de música frenética.

—Creía que lo habías apagado —dijo Dante.

—Cállate —dijo Bryant—. Es el móvil del jefe. Ese no se apaga.

Mierda.

—Se está dando la vuelta —dijo Bob.

—¿Qué estás haciendo? —La voz de Dante se había agudizado. Podía sentir cómo el miedo crecía en ella.

Cancélalo, Dante. Tienes la palabra clave. Genial. Dilo. Dilo. Dilo.

—¿Querías ir de fiesta con el jefe? Puede que esta sea tu noche de suerte. Tengo que parar y llamar. A ver qué pasa.

El Tahoe pasó de nuevo junto a nosotros, sombrío y amenazador.

—Gira en la siguiente manzana —le dijo Reed al conductor—. Randall, gira si no te ve y espéralo.

Dante:

—Pero no me has dicho...

Bryant:

—Me aseguraré de que sepas todo lo que necesitas cuando te encuentres con él.

La señal se estaba debilitando. Luego no se oía más que estática en la línea.

—Fuera de cobertura. Gira ahora —le dijo Reed al conductor.

Ya había tenido suficiente.

—Mierda. Cierra...

—Lo veo. —La voz de Randall.

—Espera —dijo Reed—. Sólo un minuto o dos.

Dimos la vuelta en la carretera. Las bocinas de los coches no paraban de sonar.

—No podemos oír lo que está pasando —dije—. Esto no sirve de nada.

—El micrófono graba los últimos quince minutos más o menos —dijo Reed—, y pronto volveremos a estar dentro del alcance.

Los altavoces siseaban.

—Está girando hacia Angelino. —Era Yelena. Angelino Heights era la pequeña zona al oeste de Sunset, bordeada por la 101.

Una nueva voz se escuchó en la radio.

—Estamos en Bellvue. Envía a alguien a Glendale y lo tendremos acorralado.

Eran nuestros dos coches desaparecidos.

—Yo me encargo de Glendale —dijo el coche número uno.

—¡En Bellvue con los demás! —gritó Bob.

—Ahora en Echo Park Avenue. —Randall.

—Acercaos y capturadlo ya —dije—. Ni se le pasa por la cabeza a Forsythe salir de fiesta esta noche. No me fío de las llamadas que nos llegan y que no podemos oír. Se ha vuelto demasiado peligroso. Paradlo ya.

El lobo se agitaba dentro de mí. *Mal. Mal. Manada. Amenaza.*

—No. Un momento. —Reed levantó la mano. Subió el volumen de la radio. Seguía sin haber más que ruido.

—Lo tengo a la vista. —Era Randall—. Se ha detenido en una calle lateral cerca del aparcamiento. —Hizo una pausa—. Quizá se lo estén montando. Estoy dando la vuelta a la manzana.

—¡¿Dónde?! —grité—. Randall, ¿dónde está el Tahoe?

—En el aparcamiento de la avenida —respondió—. A media manzana al oeste de Sunset.

Abrí de un tirón la puerta de la furgoneta.

Uno de los edificios justo delante estaba cubierto de murales. Ese era el cruce con Echo Park Avenue.

El cruce estaba bloqueado por el tráfico.

Los semáforos nos eran adversos y los altavoces seguían siseando.

Estábamos al alcance. La comunicación se había cortado.

—¡Yelena! —grité por el walkie-talkie—. Acaba con esto ya.

—En ello.

Ignoré los gritos que venían de la furgoneta que tenía detrás mientras cruzaba la calle a toda velocidad.

Los coches derrapaban y las bocinas sonaban a todo volumen. Salté por encima de un sedán y aterricé en la acera con las piernas ya en marcha. La gente se dispersó ante mí y se unió a los gritos.

¿Cuánto tiempo llevaba el cable fuera de alcance?

¿Cuatro minutos? ¿Cinco? Demasiado tiempo.

Esa llamada que había recibido Bryant era mala noticia. Lo sentía en las tripas.

Le había dicho que estaría ahí para ella.

No lo había estado.

Le había fallado a Tamanny, y ahora le había fallado a Dante.

El callejón lateral y el aparcamiento casi vacío. El Tahoe a mitad de camino. Las luces apagadas. Sin movimiento.

La Kawasaki derrapó al entrar por el extremo más alejado, ignorando la señal de sentido único, y bajó a toda velocidad por la calle.

Llegamos al mismo tiempo.

Yelena soltó la moto y se lanzó contra la ventanilla del lado del copiloto, con su voluminosa bota aplastando el cristal.

Yo rompí la ventanilla del conductor con la HK.

Todo fue en vano.

Willard Bryant no iba a ir a ninguna parte. Estaba desplomado sobre el volante, con los ojos atónitos clavados en mí y un pequeño y limpio agujero con bordes oscuros en la frente. El tipo de agujero que te haría una .22 a quemarropa.

El asiento del copiloto estaba vacío.

Di un paso atrás.

Un cinturón en el suelo.

El cinturón de Dante. Roto por la mitad, y el micrófono, con la grabación de los últimos quince minutos, había sido arrancado.

Capítulo 60

—¡Yelena! ¿Qué coches te cruzaste al llegar?

Sólo un par de minutos. Es posible que nos hayan adelantado al salir.

—Un Honda sedán blanco —dijo ella, y cerró los ojos un segundo —. Un Ford compacto rojo.

—Y un sedán VW azul que giró a la izquierda. Ve.

Cogió la Kawasaki y se dirigió a toda velocidad hacia Sunset, pasando junto a un Reed sorprendido.

Él corrió y se quedó a mi lado, con la mirada fija en el Tahoe con las puertas abiertas de par en par, el cuerpo tendido contra el volante. Y el cinturón en el suelo.

—Mierda —dijo.

«Mierda» no bastaba. Habíamos fallado. Sabíamos cuáles eran los peligros y, aun así, seguimos adelante con el plan.

Señalé el cinturón, aquel del que nadie fuera de Delitos Graves sabía nada.

—Eso dice que alguien de tu departamento llamó hoy a Forsythe.

Mientras pronunciaba esas palabras, mis sentidos de loba se pusieron en alerta, buscando, buscando. Dante había estado allí, pero no había ningún rastro que se alejara, ni ningún indicio en el complejo y entremezclado aroma de que estuviera cerca.

La furgoneta del puesto de mando y los demás coches llegaron al mismo tiempo, con chirrido de neumáticos y portazos.

Corrí hacia la furgoneta. Tenía una cámara apuntando hacia atrás y se estaba grabando la señal. Pero no había ninguna cámara apuntando hacia delante, así que no tenía nada de esa intersección mientras nos acercábamos. Ningún registro de los coches que pudiera haber pasado por alto.

Mi loba gruñó, frustrada.

Reed estaba a mi lado. Tenía que mantenerlo bajo control. Le di un puñetazo al costado de la furgoneta, utilizando el dolor para distraerme.

—¿Qué? —dijo.

—Yelena y yo vimos tres coches que podrían estar involucrados —expliqué—. Esperaba obtener más información de las cintas.

La loba se retorcía por dentro. Quería salir disparada. Correr. Cazar. Perseguir entre el ruido y los olores brutales de la ciudad y encontrar ese fragmento de olor esquivo que me llevaría hasta Dante.

La respiración me gemía en la garganta.

Me desplomé contra la furgoneta, luchando contra mi loba, luchando contra mí misma.

Debería haber ido con Yelena a buscar el coche de los secuestradores.

No. Debería haberlo cancelado en el momento en que Bryant recibió esa llamada. Detenerlos en Sunset.

Mejor aún, nunca debería haber dejado que Dante me convenciera de esto en primer lugar.

La sucesión de malas decisiones pareció encender una luz en mi cabeza. Una luz dolorosamente brillante. Si ya era demasiado tarde para volver corriendo a Sunset en busca de coches que quizá ya estuvieran a un kilómetro y medio de distancia, ¿qué podía hacer?

Calma. Busca pistas.

El secuestro de Dante tuvo que haberse planeado a toda prisa. Reed y Simpson habían puesto en marcha la operación esa misma mañana. Seguramente los secuestradores habían cometido algunos errores.

Era vagamente consciente de que Reed había enviado a sus colegas a Sunset con la mínima información de la que disponíamos. Era un gesto inútil, y ambos lo sabíamos.

Volvimos al Tahoe. Empezaba a sentirme entumecida. Mis pasos parecían flotar.

—¿Cómo sabían dónde…? —Reed hablaba consigo mismo.

Asomé la cabeza al Tahoe, con cuidado de no tocar nada. En la consola central había una elegante ranura doble para cargar smartphones. Estaba vacía. Los dos móviles de Bryant habían desaparecido.

Reed se asomó desde el otro lado, mirando por encima del cuerpo de Bryant.

—Si tenía un móvil para hablar con Forsythe permanentemente encendido... —comencé a decir.

—Sí, puedes hackear el móvil. Probablemente Forsythe pudiera oír todo lo que se decía aquí, y seguramente también estuviera captando la señal del GPS.

Dimos un paso atrás y nos miramos por encima del capó del Tahoe.

—Así que sabe que tenemos un micrófono oculto en Dante y que estamos intentando que Bryant hable. Bryant se convierte en un lastre. Envía un equipo aquí abajo. Quizá el mismo sicario que mató al juez. Sabe que le seguimos de cerca. Tendría un coche. —Hizo una pausa y cerró los ojos un momento—. ¿Qué falla en esta escena, Farrell? ¿Por qué no hay dos cadáveres?

No respondí. Temía saberlo.

Para Forsythe, Bryant era un negocio. Trabajaba para él y se había pasado de la raya. Pagó el precio. Sólo era otra transacción.

Pero Dante era algo personal.

Por lo que Forsythe sabía, mi aparición había desencadenado esta investigación en su contra. Me culparía de todo. Y quienquiera que le estuviera pasando información de Delitos Graves habría relacionado a Dante conmigo.

Para Forsythe, llevarse a Dante era una forma de vengarse de mí por arruinar su enfermiza vida aquí abajo en Los Ángeles. En lugar de enviar a un sicario, había enviado un equipo. Probablemente dos tipos con el sicario: uno para conducir el coche y otro para secuestrar a Dante mientras el sicario mataba a Bryant.

Y era imposible que Forsythe se quedara por aquí ahora. Había demasiadas pistas que apuntaban hacia él. Este secuestro había sido tremendamente arriesgado. Habían escapado por los pelos. Si los hubiéramos atrapado, tendríamos una línea directa hacia Forsythe.

Ya había empezado a huir. Tenía que haberlo hecho.

Y atraparlo era la única forma de asegurarnos de recuperar a Tamanny y a Dante sanas y salvas.

El móvil otra vez. Billie. Otra vez. Pude ver que era la llamada que había ignorado unos minutos antes.

Mal presentimiento.

—Billie, ¿puedes encargarte de Forsythe? Dondequiera que esté.

—¡No! He estado intentando llamarte. Se ha ido. La limusina se detuvo frente a una tienda y él salió corriendo. Ya se había ido cuando dimos la vuelta. Debía de saber que lo seguían.

O lo adivinó. O era lo suficientemente paranoico como para tomar precauciones.

¡Piensa!

Tenía a Tamanny. Su equipo acababa de secuestrar a Dante. Si la quisiera muerta, ya estaría muerta aquí. Así que quería otra cosa.

Me estremecí.

Tenía algo planeado. Algo para lo que necesitaba a Dante. En algún lugar a su alcance inmediato. No se iba a marchar hasta que lo hubiera conseguido.

¿Qué? ¿Y dónde?

A mi alrededor, todo el mundo seguía moviéndose. Reed estaba ocupado dando el aviso. Se estaban reuniendo curiosos. Había aparecido un coche patrulla y un par de agentes de uniforme empezaron a colocar una cinta amarilla para acordonar la zona.

El rugido de la Kawasaki me indicó que Yelena había vuelto, pero un vistazo rápido me reveló que no tenía a Dante.

Los otros colegas de Reed regresaban, desanimados. Nadie había visto nada sospechoso en ningún coche que coincidiera con las descripciones de Yelena y mías.

El tiempo se agotaba.

Reed podría emitir una orden de búsqueda y captura contra Forsythe, pero yo no tenía nada que aportar al respecto. Y no podía dejar todo en manos de la policía. Se movían demasiado despacio. Tenían que respetar las normas.

Reed se llenaría de preguntas si me quedaba aquí mucho más tiempo. No podía permitirme responderlas y mi Casa no podía permitirse que él me retrasara.

Hay otra pista que puedo investigar.

Yelena sabía lo que estaba pensando.

Me subí detrás de ella en la Kawasaki.

El rugido del motor al acelerar ahogó los gritos de la policía.

Capítulo 61

—¡Jacob! Vamos hacia ti ahora mismo. ¿Hay algún movimiento?

Me había agachado detrás de Yelena para llamar a Jacob por el móvil, con un brazo agarrado a su cintura mientras ella conducía la Kawasaki a toda velocidad entre el tráfico.

—Nada, Sra. Farrell —dijo él—. Ha tenido algunas entregas, pero no ha salido...

No me gustó cómo sonaba eso.

—¿Qué entregas? —lo interrumpí.

—Ah… sólo algunos mensajeros y cosas así. Los tengo apuntados. Empresas y matrículas. Tuvieron que esperar a que se abriera la verja, así que fue fácil…

Estaba entusiasmado, y si se tratara de una vigilancia a largo plazo, ese tipo de detalles serían útiles.

—¿Coches? ¿Motocicletas? —pregunté.

—Motocicletas.

—¿Llevaban cascos integrales?

—Eh, sí, un par de ellos.

—Jacob, esto es importante. ¿Las personas que llevaban casco salieron de tu campo de visión? ¿Aunque fuera sólo un segundo? ¿Entraron dentro?

—No, Sra. Farrell —respondió rápidamente—. Desde aquí se ve la puerta principal, y ellos se quedaron ahí de pie entregando las cosas.

Suspiré aliviada. Quizá teníamos suerte.

No.

—Sí, el único momento en el que no pude ver la puerta con claridad fue cuando llegó la furgoneta de la tintorería.

¡Mierda!

Se había ido. De alguna manera lo sabía. Se había escapado en esa furgoneta.

Un minuto después, Yelena hacía humear los neumáticos al tomar la última curva.

La casa de Fay Daniels era de estilo colonial español. Estuco blanco. Ventanas y puertas en arco. Tejado de terracota de tejas gruesas. Balcones.

Las luces de la planta baja brillaban a través de las ventanas.

Jacob, alertado por mi llamada, salió corriendo de su escondite mientras frenábamos en seco fuera.

Salté la verja de hierro forjado y corrí por el camino de entrada de baldosas, con Yelena unos pasos detrás.

La casa *parecía* vacía.

La puerta estaba cerrada con llave, por supuesto, y yo no llevaba ganzúas. La golpeé con el hombro, frustrada.

—¡Despejado! —dijo Yelena.

Llevaba todo el día cargando con mi HK. Mientras yo me apartaba, Yelena disparó seis tiros contra la puerta de madera formando un círculo perfecto. En cuanto puso el seguro a la pistola, di una patada en el centro de la zona dañada y la rompí.

Metí la mano por el agujero y abrí las cerraduras.

La puerta se abrió de par en par.

No hubo reacción desde el interior de la casa. Ni voces, ni ruido. Nada.

Yelena me pasó la HK y sacó su propia Sig Sauer.

Nos colamos en el pasillo.

Lujoso. Suelos de madera pulida. Habitaciones amplias y diáfanas. Muebles de cuero blanco. Luces empotradas. Escaleras alfombradas.

Vacíos.

Registramos las habitaciones de la planta baja, saltando de esquina en esquina, mientras una creciente sensación de desesperación florecía en mi interior. Habíamos ido dos pasos por detrás de Forsythe todo el tiempo. Había tenido tiempo de secuestrar a Dante, avisar a su abogada y escapar de sus perseguidores.

Tenían que haber decidido marcharse en cuanto fue obvio que la policía estaba montando una operación. En cuanto el contacto de Forsythe en la división de Delitos Graves le había informado del micrófono oculto en Dante.

Y que huyeran significaba que Fay Daniels estaba involucrada de alguna manera. Fuera como fuera que hubiera empezado. Lo que estaba viendo era la prueba de una decisión planificada y calculada.

El escritorio del estudio estaba lleno de papeles desordenados, con un hueco evidente donde antes había estado el portátil. Eché un vistazo a un par de páginas. Contratos industriales. Documentos preparatorios para una demanda civil contra mí. Aquí no habría nada incriminatorio. El portátil —si es que alguna vez lográbamos localizarlo—, ya sería otra cosa.

Yelena y yo subimos las escaleras a paso ligero, girando para cubrir posibles ataques desde los pasillos que salían del rellano, pero no había nadie allí.

Sólo el dormitorio principal presentaba signos de haber sido utilizado. Ropa tirada sobre la cama. Armarios abiertos. Un mueble del baño medio vacío.

Se había ido. A toda prisa, pero sin pánico. Estaba segura de que nos llevaba suficiente ventaja.

Mi loba había vuelto, gruñendo.

Tranquila. Tranquila. Piensa con claridad.

—¿El aeropuerto? —dijo Yelena.

—Quizá —murmuré.

Bajamos las escaleras y Yelena empezó a rebuscar entre los papeles para ver si había algo que sugiriera una compra o un destino.

Llamé a Matt.

—¿Alguna alerta sobre billetes comprados a nombre de Forsythe o Daniels? —pregunté.

—Nada a su nombre —respondió—. La empresa de Forsythe siempre está comprando billetes de avión, pero hoy todos son para personas que ya han viajado por motivos de trabajo anteriormente.

¿Una identificación falsa?

No tenía nada en qué basarme salvo mi instinto, y este me decía que Forsythe no iba a intentar salir del país haciéndose pasar por otra persona. Y que tenía algún asunto pendiente en Los Ángeles; de lo contrario, ¿por qué mantener a Dante con vida?

Podía *esperar* que tuviera asuntos pendientes.

¿Y Daniels? ¿Se arriesgaría a usar una identidad falsa en el aeropuerto?

No. Tenía una opción mejor.

Corté la llamada con impaciencia. Ya le pediría perdón a Matt más tarde.

—Billie. ¿Dónde estás? —pregunté cuando conseguí contactar con ella.

—Sigo en el centro.

—Estoy en casa de Daniels. Se ha largado —dije—. Necesito que...

—Ahora sólo tengo a mis Belles, mujer, y algunas de nosotras estamos muertas de cansancio.

Le había encargado tareas para las que no estaba preparada, y habían salido mal. Sería una santa si no se enfadara por eso, y no lo estaba, ni mucho menos. Y era una Alfa a la que yo estaba dando órdenes.

Iba a tener que rebajar mis pretensiones y trabajar en el tacto.

—Lo siento. ¿Puedo pedirte un favor más?

—Pídelo —gruñó.

—Santa Mónica: ¿revisar el avión en el aeropuerto y el yate en el puerto deportivo?

—Vale.

Cortó la llamada igual que yo lo había hecho con Matt.

Era injusto soltarles esto a las manadas sin previo aviso. Los hombres lobo vivían en sus comunidades. Tenían trabajos, clientes, compañeros humanos y responsabilidades, y este tipo de tarea llegaba y lo estropeaba todo. Lo mejor que podía hacer era repartirlo entre todas las manadas.

¿Me obedecerán?

¿Qué poder de negociación tenía yo?

Paige. La escorchada del ritual. Venía de la manada de Pasadena. Había sido la única escorchada que habían enviado los licántropos de Los Ángeles. ¿El haberle ayudado a transformarse me había granjeado suficiente crédito con los de Pasadena como para compensar el hecho de haberle dislocado el hombro al Alfa?

Yelena interrumpió mis pensamientos y me entregó su móvil.

—Tarez —dijo, con aire preocupado—. Lleva un rato intentando llamarte al tuyo. Es urgente e importante.

Si Tarez confirma su relación con los licántropos de Los Ángeles, quizá pueda conseguir que les echen una mano.

—¿Sí? —dije bruscamente al teléfono.

—Amber, estás en altavoz. Tengo aquí a Casa Prowser.

¿Juntos? ¿Qué querían?

—Vale —dije—. Mira, antes de hablar, ¿puedes reasignar a algunos de los equipos de seguridad para que busquen a Forsythe? Ha desaparecido y es crítico...

—Sabemos lo de Forsythe. Las Belles me enviaron un mensaje cuando no pudieron localizarte. Pero lo siento, Amber, no podemos prescindir de nadie, ni de Athanate ni de los licántropos. —Podía oír un confuso murmullo de voces urgentes de fondo. —Tenemos un problema. Ha habido un intento de ataque de los Basilikos contra el centro de conferencias y, por desgracia, no hemos podido contenerlo del todo. Habrá una investigación policial. Así que, al mismo tiempo, estamos protegiendo a los delegados, trasladándolos a otro lugar seguro y localizando a los Basilikos que quedan antes de que intenten algo más.

—Gracias a Dios que conseguisteis que los licántropos se sentaran a la mesa de negociaciones cuando lo hicisteis —dijo Prowser—. Por lo que tengo entendido, no podríamos gestionar esto sin ellos.

¿Qué es tan importante como para que los dos me llamen en medio de todo esto?

—Sí, y gracias —dijo Tarez, y su voz se ralentizó—. Con Forsythe, puede que lo que la Casa Prowser tenga que decir ayude.

No parecía convencido. Todo lo contrario.

Ella intervino.

—Prometí investigar el tráfico de personas en mi territorio.

—Sí, lo recuerdo, tu Casa participó en el encarcelamiento de un delincuente similar.

—Exacto. Para resumir la historia, mi Casa ha conseguido los medios para descodificar el cifrado que estos criminales utilizan para llevar a cabo sus actividades. Hemos descubierto que los de Detroit forman parte de la misma red que Forsythe. —Se detuvo—. Lo

siento, Casa Farrell. Siento que no sé lo suficiente, pero sé lo que están planeando y tengo que enseñártelo.

Oh, Dios, ¿qué había descubierto?

—¿Qué?

—Forsythe ha estado dirigiendo lo que ellos llaman la División Suroeste. —Dudó—. Te voy a enviar a tu móvil una copia de la página web que estamos viendo.

Tanto Yelena como yo teníamos los nuevos teléfonos móviles encriptados de la Casa Altau. Además de la seguridad mejorada, tenían todas esas aplicaciones geniales que te permitían usar el móvil como una máquina de teleconferencias.

La puse en altavoz y activé la vista de pantalla.

Mostraba parte de una página web empresarial con un anuncio de última hora sobre el «evento de Navidad». Una subasta.

La gente, maldita sea. La gente.

La subasta se había pospuesto hasta esta noche para dar cabida a dos incorporaciones especiales de última hora.

Sentí un escalofrío en el estómago.

«Artículo uno: aparecido recientemente en las noticias del sur de California. Nota: este artículo es estrictamente para exportación». Maldita sea.

—Pero Forsythe está huyendo —dijo Yelena, mirando por encima de mi hombro—. Tiene que salir del país. ¿Qué hace organizando una subasta?

—En el lenguaje de estos animales —dijo Prowser—, esa etiqueta de «estrictamente para exportación» significa que sólo se permitirán pujas de personas con la capacidad para sacarla del país en secreto. Mis fuentes sospechan, Diakon Vylkove, que Forsythe acompañará al comprador fuera del país de cualquier forma clandestina que hayan ideado.

—¿Dante? —pregunté, con el estómago revuelto por la ira y el miedo.

—Nada. Suponemos que ella es la segunda incorporación.

Respira. Respira.

El lobo y el Athanate querían salir.

Os dejaré salir cuando llegue el momento. Lo prometo.

Primero tenía que recuperar a Dante y a Tamanny. Para ello, tenía que encontrar a Forsythe. El tiempo se agotaba. No podía permitirme perder los estribos.

La mano de Yelena estaba sobre mi hombro. El contacto de su eukori me recorrió todo el cuerpo.

—¿Cómo averiguamos dónde? —Mi voz sonaba extraña; distante. Casi tranquila.

—¿Y las fuentes de la Casa Prowser? —sugirió Yelena.

—No puedes encargarte de esto, Amber. —Tarez hablaba con cautela, como si fuera consciente del esfuerzo que me costaba mantener la calma—. No tienes los recursos para atacar una red de tráfico.

—Encontraré los recursos para acabar con la parte que quiero —dije—. *¿Dónde?*

—La ubicación nunca se revela en la página web —dijo Prowser—. Los interesados llegan a Los Ángeles, donde los recogen y los llevan al lugar. Uno diferente cada vez. Sólo se permite la entrada a los pujadores de confianza y a sus guardias. Mis fuentes no podrían encargarse de esto.

Probablemente eso significaba que las «fuentes» estaban muertas o gravemente heridas. Habían formado parte de esa red; no era capaz de sentir compasión por ellas, pasara lo que pasara.

Prowser seguía hablando:

—Pero, hablé con Diakon Huang, tal y como dije que haría. Ha actuado con rapidez. Afirma que lo sabrá en breve.

¿Cómo? ¿Cómo?

Huang podría saber de un cliente de Forsythe que era del Imperio. Podría ser capaz de rastrear a ese cliente y saber que estaban en Los Ángeles, y era una suposición razonable que el cliente estaría aquí para la subasta. Pero ¿cómo conseguiría Huang a alguien dentro de ese grupo? ¿O es que había tenido a alguien en el grupo desde el principio?

Eso no importaba por el momento. Lo que importaba era el tiempo. Aunque nos dijera ahora dónde estaba, ¿cuánto tardaríamos en llegar? ¿Y si llegaba demasiado tarde?

—¿Cuándo nos lo dirá?

Otro silencio antes de que Tarez hablara.

—No lo sabemos. Además, puede que haya un precio que pagar. No he podido contactar con Huang desde que hizo esta afirmación, pero sé que está muy frustrado por la falta de avances en su misión principal. Querrá algo a cambio.

¿Su misión principal? Encontrar a Kaothos.

—No podemos ayudar en eso —dije—. Seguramente, dado lo que está pasando, no está usando…

—De nuevo, no lo sé, Amber. —Tarez me interrumpió—. Lo que sí sé es que no puedes hacer esto sola. Mira, he estado hablando de la situación con Naryn, y esto le ha llevado a asumir la responsabilidad de revelar lo que sabemos de la red de tráfico al agente Ingram.

Prowser también debía de estar al tanto; estaba escuchando todo sin mostrar sorpresa.

La Revelación acababa de dar un paso adelante. Un paso de gigante.

—Ingram está a punto de llegar al aeropuerto de Los Ángeles —dijo Tarez—. Tienes que ver que tiene sentido involucrarlos: este equipo del FBI no se creó para dar caza a seres paranormales. Se creó para descubrir y detener a organizaciones criminales clandestinas. Esta red de tráfico es exactamente eso.

—Pero...

—Escúchame, Amber. Uno de nuestros problemas estratégicos en este momento es que Ingram y el FBI quieren avanzar demasiado rápido con la Revelación. Los frenamos con los problemas de tu antigua unidad del ejército, y Naryn ha estado buscando algo similar. Esta red de tráfico es la candidata ideal. El FBI lleva tiempo tras Forsythe. Es el jefe del suroeste. Han pospuesto su detención para intentar identificar quién es su jefe, pero obviamente eso ya se ha acabado.

Me callé. La ayuda de Huang y del FBI tendría un precio que no descubriríamos hasta que no pudiéramos rechazarla. Y uno de esos precios, si Huang preguntaba dónde estaba Kaothos, no lo teníamos de todos modos.

Estábamos jugando a ser ángeles.

Y ni Skylur ni Diana estaban al tanto si Naryn había tenido que asumir la responsabilidad.

Ya había ido demasiado lejos. No podía negarme: era mi Casa. Ningún precio era demasiado alto, si tenía lo que Huang quería.

Yelena me agarró de repente del brazo y me puso unos papeles delante.

¿Qué demonios?

Mis ojos luchaban por enfocar y mi cerebro luchaba por cambiar de marcha y entender lo que decían las palabras en el papel.

Era un contrato. Era a lo que la madre de Tamanny había estado insinuando cuando fuimos a visitarlas al hotel. Su carrera en Los Ángeles.

Cada nuevo giro hacía que todo este asunto resultara aún más repugnante.

Por supuesto, el contrato no lo decía explícitamente; estaba lleno de toda la palabrería legal que cabría esperar. Pero había cláusulas sobre que Forsythe se convertiría en el agente exclusivo de Tamanny mientras la señora Harper se concentraba en relanzar su carrera, financiada con un porcentaje de los beneficios de los ingresos de Tamanny procedentes de todas las fuentes.

¿Había vendido a su propia hija a cambio de otra oportunidad de ser una estrella? ¿Era consciente de lo que le iba a pasar a Tamanny en el espectáculo del StarBright?

Había intentado convencer a su hija de que volviera al StarBright cuando Tamanny la llamó.

Parecía haberlo dejado todo en manos de Forsythe después de que Tamanny desapareciera.

¿Acaso pensaba que Forsythe no estaba involucrado en el secuestro? ¿O le había prometido el contrato de todos modos a cambio de su silencio? ¿Sabía dónde estaba su hija en ese momento?

En el hotel, nos había dicho que lo había dado todo por su compañía de danza. Su pasión. Su corazón, su alma, su juventud.

Por muy mal que me sentara eso, mi instinto me decía que también había sacrificado a su propia hija.

¿Y en qué situación le dejaba eso ahora?

¿Otro cabo suelto para Forsythe?
¿O tal vez la última conexión posible con él?
—¿Amber? —La voz de Tarez por el altavoz—. ¿Sigues ahí?
—Tengo otra pista. Es urgente. Tengo que irme.
—Amber…
Corté la llamada y salimos corriendo.

Capítulo 62

—¡Reed! ¿Me oyes?

Iba de nuevo en el asiento trasero y gritaba para que me oyeran por encima del rugido del motor de la Kawasaki y de las bocinas de los conductores a los que Yelena acababa de adelantar.

—¿Farrell? Vuelve aquí ahora mismo o...

—No hay tiempo. Cállate y escucha —le dije—. ¿Sigues teniendo a un detective vigilando el hotel de la señora Harper?

Hubo un momento de vacilación, lo que me preocupó.

—Sí. ¿Qué...?

—Mándalo al hotel. Protección personal, *ya*. Su vida corre peligro.

La segunda vacilación, y esa preocupación se convirtió en un miedo en toda regla. ¿Y si el tipo que la vigilaba era uno de los que Forsythe había comprado?

—Mierda. —Reed estaba hablando con otra persona. Parecía que todavía estaba en Echo Park—. ¡Sigue intentándolo! —gritó—. Voy a coger ese coche patrulla.

Corté la llamada.

Parecía que Reed había estado intentando ponerse en contacto con su detective, sin éxito.

Ninguna de las razones más probables que se me ocurrían eran buenas.

Él estaba más cerca que nosotras, pero tendría que abrirse paso entre el tráfico con las luces y las sirenas. Yelena se deslizaba entre los coches como una navaja por el agua.

Llegaríamos más o menos a la misma hora.

Probablemente, ambos demasiado tarde.

El móvil volvió a sonar. Era Billie.

—¿Sí?

—No hay nada que hacer en Santa Mónica —dijo—. El avión despegó justo antes de que llegáramos. Daniels está a bordo, pero no hay rastro de Forsythe.

Llamaría a Lynch a Las Vegas. Pero, ¿qué le pediría que hiciera? ¿Y si Daniels tenía guardias esperándole en el aeropuerto? Incluso si no los tuviera y Lynch la capturase, a Yelena y a mí nos llevaría un par

de horas llegar hasta allí. Haría lo que fuera necesario para averiguar dónde era la subasta, *si* ella lo sabía, pero entonces estaría a un par de horas de distancia.

Demasiado tarde.

Por mucho que corriera, o en la dirección que fuera, seguiría sin moverme del sitio.

—¿Y el yate?

—Ha tenido un accidente. No hace falta vigilarlo —dijo ella.

Mierda. Conoce a tus tropas. Billie ya había tenido suficiente de vigilar cosas. No podía culparla.

¿Qué podía decir?

—Excelente. Gracias a ti y a todas las Belles. Tómate un descanso, Billie.

—¿Seguro? Cuidaos todos. —Se despidió.

Tarez intentó ponerse en contacto conmigo, pero lo ignoré mientras hacía una llamada urgente para pedirle a Lynch que fuera al aeropuerto y esperara instrucciones. A continuación, salimos de la autopista y nos dirigimos al hotel.

Reed había llegado rápido. Iba acompañado de un detective y un agente de uniforme. Corrían por el concurrido vestíbulo hacia los ascensores.

Más coches de policía se detuvieron fuera. Reed se lo había tomado en serio.

Mientras lo perseguíamos, uno de los hombres de la recepción gritó:

—¡Agentes!

Reed no lo oyó, pero yo frené en seco.

El recepcionista supuso que éramos agentes de paisano.

—Quería decirles que acabo de ver a la señora Harper por las cámaras de seguridad. Ha subido al helipuerto de la azotea.

—Gracias, señor —dije.

Pero ahora habíamos perdido el ascensor, que Reed había tomado.

Yelena me tiró del brazo y señaló.

—Planta intermedia. El ascensor se está abriendo ahí ahora mismo.

Subimos corriendo por la escalera mecánica y lo alcanzamos justo cuando se cerraban las puertas.

¿Qué hacía Harper en el helipuerto? ¿Iba a aterrizar algún helicóptero?

No había cobertura en el ascensor. No podía llamar a Reed.

Redacté un mensaje para él que se enviaría en cuanto saliéramos.

Al pulsar el botón del último piso, los demás pasajeros nos miraron y el trayecto pareció durar una eternidad. Me distraje preguntándome si Matt tendría algún truco para anular los pisos solicitados en el ascensor.

Esto está tardando demasiado.

En la planta del ático, tuvimos que cambiar a otro ascensor que subía hasta el helipuerto.

—No me gusta esto —murmuró Yelena, levantando la cabeza bruscamente para indicar adónde íbamos.

Asentí con la cabeza. El detective que de repente ya no estaba disponible. Harper decidía de pronto subir al helipuerto. La sensación de que íbamos un paso por detrás de Forsythe.

La sensación de amenaza.

Sacamos nuestras armas y las preparamos.

Las puertas se abrieron.

Unas escaleras cortas con luces tenues en el suelo conducían al helipuerto a oscuras. No se veía a nadie.

La sensación de amenaza se intensificó.

No sólo de amenaza; una sensación de desolación parecía calarme.

Sacudí la cabeza para despejarla.

Yelena y yo intercambiamos una mirada, nos asomamos con cuidado a los lados, manteniendo las puertas abiertas.

—Tú ve a la izquierda, yo voy a la derecha —dije.

Nos separamos y salimos corriendo del ascensor, agachándonos detrás de la sección elevada donde se encontraba el helipuerto.

—¡¿Señora Harper?! —grité—. ¡Está en peligro! Estamos aquí para ayudarla.

Algunos ruidos leves. El ascensor bajando de nuevo. Un ligero chirrido de la manga catavientos del helipuerto al girar. El propio

viento.

¿El roce de un zapato?

Agudicé mis sentidos de lobo. El viento volvió a cambiar de dirección. Inspiré. Había alguien aquí, pero…

Muerte.

Había un cadáver en el extremo más alejado de la azotea.

El ascensor volvió a pitar.

Maldita sea.

Reed nos había alcanzado. Salió directamente del ascensor.

Una sombra al otro lado de la plataforma de aterrizaje emergió de detrás de las rejillas del aire acondicionado. Se oyó un golpe sordo y el reducido destello del cañón de un arma con silenciador.

Me puse en cuclillas y disparé raso: dos tiros rápidos mientras Reed caía al suelo.

Se oyó un grito.

Yelena se levantó de un salto y corrió a toda velocidad por la pista de aterrizaje.

Me arrastré hacia Reed y me coloqué delante de él mientras vigilaba cualquier movimiento de quienquiera que nos estuviera disparando.

—¡Lo tengo! —gritó Yelena.

—Quiten los seguros, por favor, señores —les dije a los compañeros de Reed, que aún estaban dentro del ascensor—. ¿Estás bien, teniente?

Gruñó y se incorporó con cautela.

Tenía un desgarro en el chaleco. La bala lo había destrozado, y quizá también la chaqueta, pero no le había hecho ningún daño. El teniente Reed era un hombre afortunado, en algunos aspectos. Tenía la sospecha de que la bala era del calibre 22, pero incluso un calibre tan pequeño, en el lugar equivocado, podía ser mortal.

—Esposen a ese bastardo —gruñó, y el agente se apresuró hacia donde Yelena se agachaba junto al tirador.

—Llegamos demasiado tarde —dije.

Reed se giró de un salto.

—¿Qué? ¿Dónde?

—El cuerpo de la señora Harper estará allí.

Otra mirada de recelo. Otra pregunta acumulada. ¿Cómo sabía yo todas esas cosas?

Reed estaba perdiendo la paciencia conmigo, pero a mí se me acababa el tiempo para Dante y Tamanny.

La desolación se apoderaba de mí en ese momento.

Tenía que comprobar mis sospechas de que la señora Harper estaba muerta, pero luego Yelena y yo tendríamos que escabullirnos.

Pero ¿adónde?

Esa había sido mi última pista, aunque vaga, sobre Forsythe. El tirador no sabría nada de Forsythe, y mucho menos el lugar donde se celebraría la subasta. De eso podía estar segura. Era un mercenario, y Forsythe nunca habría tratado directamente con él.

Lo que me dejaba con Diakon Huang, quien tal vez tuviera la información que necesitaba.

A cambio de un precio.

Que quizá no pudiera pagar.

Arrastraron al sicario hasta el ascensor. Era el mismo hombre que habíamos captado en cámara cerca de la casa del juez Veringen, y su arma preferida, ya dentro de una bolsa de pruebas, era una CZ .22 Kadet checa con un silenciador a medida.

Le había destrozado la rodilla con uno de los disparos que había realizado con la HK, y estaba en shock. No me importaba; era mejor de lo que se merecía.

La señora Harper estaba detrás de las rejillas del aire acondicionado, con la mirada perdida en la noche, hacia las crestas de San Gabriel. Supuse que el cadáver a su lado era el detective que debía vigilarla.

La desolación rozaba la desesperación. ¿Qué demonios me estaba pasando? Tenía que sacudirme esa sensación y encontrar otra forma de seguir adelante.

Reed recibió una llamada de su capitán.

—¿Qué? ¿En serio?

Estaba cabreado.

Yelena y yo nos dirigimos hacia el ascensor.

Reed se dio la vuelta.

—¡Vosotras! Las dos. Quedaos ahí. No os mováis.

—¿Estamos detenidas?

—Si es necesario —dijo, pero estaba mirando hacia el cielo nocturno.

Un helicóptero negro azabache descendió con un estruendo desde la oscuridad, con las luces de aterrizaje iluminando la pista y la voz amplificada del piloto advirtiendo a la gente que se apartara.

Eurocopter, dijo una vocecita en mi cabeza. *Modelo militar ligero. Fennec AS500.* No es un helicóptero en el que me hubiera gustado viajar en mis días de Ops 4-10. Demasiado lento, demasiado vulnerable.

Pero era perfecto para el FBI.

Capítulo 63

—Teniente Reed —dijo Ingram—. Sra. Farrell, Sra. Vylkove. —Su mano se crispó como si quisiera tocarse el ala de un sombrero Stetson que no llevaba. En su lugar, se la tendió a Reed, quien se la estrechó a regañadientes.

—Ese soy yo —dijo Reed.

—Agente Ingram. —Le mostró su placa—. No me gusta tener que hacer esto, teniente, pero le relevo y me hago cargo de este caso bajo la jurisdicción del FBI. Creo que su capitán le ha llamado y que mis superiores han informado al comisario.

Ingram le entregó un papel doblado.

—¿Con qué motivos? —preguntó Reed con voz tensa.

—Bueno, teniente, el secuestro y la trata de personas son de nuestra competencia —dijo Ingram. Se giró y examinó la escena, incluidos los cadáveres—. Llevamos tiempo siguiendo al señor Forsythe y, según nueva información, tengo motivos para creer que esta investigación se ampliará a todo el país. Y también tengo motivos para creer que puede haber problemas internos en su departamento.

Reed quería rebatirlo, pero el comentario sobre los problemas internos le dejó sin palabras.

—No estoy sugiriendo en absoluto que todos sus hombres sean sospechosos —prosiguió Ingram, sacando otro grueso pliego de papel de su chaqueta—. Todo lo contrario. Estas son órdenes federales para registrar todas las propiedades enumeradas que estén directamente vinculadas al señor Forsythe, o a través de su relación con su abogada, la señora Spiegel. Le agradecería que usted, y aquellos miembros de su equipo por los que responda, acompañaran a mis colegas para comenzar a ejecutar esas órdenes.

Ingram asintió con la cabeza a un grupo de agentes del FBI que salían del helicóptero.

—Agente Ingram —dije—. Daniels… quiero decir, Spiegler; la hemos perdido. Salió de Santa Mónica hace media hora.

Puso cara de preocupación.

—¿Hacia dónde?

—Su piloto no presenta planes de vuelo, pero estoy casi segura de que se dirige a Las Vegas. Tengo un colega en el aeródromo de allí… —Vi cómo cambiaba el rostro de Ingram y me contuve antes de decir lo que quería decir—. Está esperando sus instrucciones.

Terreno peligroso. Tarez y Naryn habían puesto al corriente a Ingram y lo habían involucrado en la red de Forsythe. Pero Ingram no estaba precisamente de nuestro lado. Había desmantelado el grupo Ops 4 alegando que se trataba de una fuerza militar sin supervisión gubernamental legítima y autorizada. Probablemente no vería con mejores ojos que la seguridad Athanate, o Lynch en este caso, hiciera cosas como arrestar a Daniels e investigar casos federales.

Acababa de meterme en un campo minado.

Sin previo aviso, me invadió una abrumadora oleada de desesperanza. *Se acabó todo. Nada de esto tiene sentido.*

Me apoyé contra la pared. ¿Qué me pasaba? ¿Era algún efecto secundario de la terapia? Tenía que recomponerme; ni se me pasaba por la cabeza rendirme. Dante y Tammany me necesitaban.

Ingram se quedó callado.

—El señor Tarez me ha dicho que puedo usar sus… recursos.

—¿Forsythe está en Las Vegas? —interrumpió Reed.

—No lo creo —dije—. Pero hay algo allí tan importante que Spiegler está desviándose para recogerlo o destruirlo. Apuesto a que lo que sea que se encuentre allí desmantelará toda la División Suroeste de esta red. Llega demasiado tarde para poner a gente en posición, agente.

Ingram frunció el ceño.

—¿Un colega? —preguntó.

Saqué mi móvil.

—Puedo pedirle al Sr. Bazhir que asigne a otros.

Espero. ¿Hay tiempo?

Sabía poco sobre la Casa Athanate en Las Vegas, pero eran mi única esperanza. Por lo que había dicho Lynch, no podía esperar ayuda de la manada local de licántropos. Al menos la Casa Athanate era una subcasa de Altau. Naryn *podría* ordenarles que ayudaran.

Ingram se balanceó sobre las puntas de los pies.

—Hágalo, Sra. Farrell, pero *estrictamente* bajo estas condiciones: autorizaré a sus colegas para que detengan a la señora Spiegler hasta que mis agentes lleguen al lugar. Nada más. Sus colegas no harán nada más que detenerla discretamente y fuera de la vista del público. Obedecerán mis órdenes transmitidas por teléfono móvil y la entregarán inmediatamente a mis agentes, quienes se identificarán debidamente. No habrá ampliación de otros poderes.

—Entendido.

Me alejé y llamé a Naryn.

Tuvimos suerte. La Casa Athanate de Las Vegas tenía su sede no muy lejos del aeródromo, y Naryn estaba seguro de que seguirían las instrucciones. Les llamó mientras yo seguía al teléfono. Le pasé los datos de contacto de Lynch mientras Yelena le llamaba por su móvil para explicarle lo que estaba pasando.

Naryn habló con Ingram, que iba a volar directamente de vuelta al aeropuerto de Los Ángeles y coger el jet del FBI que le esperaba allí para ir a Las Vegas.

En cinco minutos lo teníamos todo organizado.

—Naryn… gracias. —Corté la llamada.

Una pequeña Víctoria. ¿Por qué no sentía ninguna sensación de logro?

Yelena estaba justo a mi lado. A lo largo del día, el simple hecho de saber que mi Diakon estaba allí me había animado, pero ahora no.

Otra oleada de desesperación me invadió, teñida de un profundo dolor. Como si hubiera perdido algo preciado e irremplazable.

Sacudí la cabeza, tratando de aclarar mis pensamientos.

El agente Ingram se detuvo antes de volver a su helicóptero.

—Señora Farrell, parece que el señor Tarez ha tenido dificultades para ponerse en contacto con usted. Tengo un mensaje que transmitirle. Le pide que regrese con él inmediatamente. Insiste mucho.

—Eh, sí.

Eso era una orden, no una petición.

Y, de todos modos, no tenía ningún otro sitio a donde ir. Supuse que todo se reducía a la última carta sobre la mesa. ¿Sabía Huang

dónde era la subasta y podríamos igualar su precio?

—Ha enviado al señor Gayle a recogerla. Supongo que ese de ahí debe de ser él. —Ingram señaló hacia arriba, donde las luces de otro helicóptero mostraban a Víctor dando vueltas, esperando a que se marchara el helicóptero del FBI.

Le había comentado a Jen que tener a Víctor Gayle aquí abajo con un helicóptero podría ser útil, y parecía que se lo había tomado en serio.

Ni siquiera la idea de ver a Víctor conseguía animarme. La grisácea niebla de la depresión se arremolinaba en mi cabeza, haciendo que todo lo demás pareciera lejano y sin importancia. No me había sentido así desde que perdí a todo mi equipo en Sudamérica.

O cuando murió mi padre.

Ingram no sabía qué me pasaba, igual que yo, pero lo intuía. Me tocó el brazo antes de agacharse y desaparecer de nuevo en su helicóptero, que despegó de inmediato.

Reed estaba hablando por el móvil, coordinando a los detectives de su departamento para que formaran equipo con los agentes del FBI mientras Víctor se disponía a aterrizar.

No era el helicóptero Bell 407 de Jen; Víctor había conseguido un Gazelle exmilitar, más rápido y maniobrable que el Bell. No apagó los motores; sólo nos hizo señas para que subiéramos.

Yelena y yo nos agachamos y nos pusimos en marcha.

Reed interrumpió su conversación por el móvil y me agarró del brazo.

—¿Quién demonios eres tú? —me espetó Reed.

—Algún día quizá te lo diga, teniente. Hoy no.

Esbozó una media sonrisa y me soltó.

Subimos a bordo y Víctor ya estaba despegando antes de que nos abrocháramos los cinturones.

—Volvemos a los estudios Bembridge. A toda prisa. —El gruñido de Víctor resonó en mis oídos mientras me ponía los auriculares.

—¿Qué pasa, grandullón? —Intenté sonar optimista, pero no lo conseguí.

—El señor Tarez está muy enfadado por algo, Amber.

—¿Yo?

—No lo creo.

Víctor no era pariente. Tarez no le habría explicado mucho y no tenía sentido preguntarle.

El Gazelle viró hacia el oeste. Las bonitas luces de los rascacielos y del centro de la ciudad quedaban atrás, y ya estábamos descendiendo hacia los estudios. Los Ángeles parecía mucho más pequeño a mil pies de altura.

Yelena negaba con la cabeza. Parecía tan sombría como yo me sentía, y tan inquieta por ello.

Me acerqué a ella con mi eukori y encontré la misma oscura desesperación que yo sentía. Algo iba muy mal, pero no lograba averiguar qué, ni con quién.

Los estudios Bembridge estaban iluminados como un aeródromo. De hecho, era un aeródromo. En los amplios jardines de la entrada había dos enormes helicópteros Sikorsky S-92, con espacio suficiente para nosotros. Las furgonetas de seguridad de Altau estaban aparcadas en filas a lo largo del camino de entrada.

¿Todo por el ataque al centro de conferencias? ¿Otro ataque?

No, eso no me cuadraba.

No éramos sólo Yelena y yo. Había algo más que no estaba bien. Algo que chirriaba como una bisagra sin aceite, como uñas arañando una pizarra. Peor aún. Algo que se enroscaba alrededor de mi cuerpo como un alambre de púas.

Yelena se inclinó y me quitó los auriculares para hablarme directamente al oído.

—Problema —dijo, recayendo profundamente en su acento ucraniano—. Gran problema. No es bueno.

—¿Qué pasa? —Me retorcí como un pez enredado en un anzuelo, incapaz de deshacerme de la sensación de desesperación.

—No lo sé. Esto es eukori. Mucho Athanate poderoso en un espacio pequeño. Como cuando trabajamos juntos: el eukori de cada persona se acumula en la siguiente, una y otra vez. Algo muy malo va a pasar. Todos los Athanate de por aquí lo sienten.

Nos dejamos caer hasta aterrizar en el césped.

Capítulo 64

Altau se había apoderado de todos los estudios. Había guardias de seguridad por todas partes, con cascos de comunicación en la cabeza y las armas preparadas.

—Recto por el pasillo. Sala principal. —Hablaban en voz baja. Nadie me miraba a los ojos.

Yelena y yo corrimos.

La reducción del número de representantes de Athanate en Los Ángeles había permitido que todos ellos, junto con su seguridad, cupieran en el salón principal, en el corazón del complejo.

La multitud bullía. Fuera lo que fuera lo que hubiera pasado, era allí donde se concentraba.

Busqué los puntos conflictivos, los grupos de Panethus o del Camino Oculto, las discusiones, pero no era así.

No era así en absoluto.

—Dejad paso. —Eugenie, de la Casa Passau, apareció de repente a mi lado, agarrándome del brazo, guiándome con suavidad y apartando a los Athanate de mi camino.

—Lo siento mucho, Amber —susurró.

—¿Qué?

Me costaba concentrarme. La presión de la emoción no dejaba de aumentar hasta que me enfadé y la rechacé.

Y entonces, por fin, la última parte de la multitud se apartó.

Un féretro cubierto con una tela dorada, como la que se usaría para que un famoso yaciera en una capilla ardiente. Alex de pie junto a él. Skylur. Tarez. Huang. Correia. Stanbrigge. Prowser.

Sobre el féretro. Un cuerpo. Las manos cruzadas sobre el vientre. Unos grandes ojos oscuros cerrados.

—¡No!

Diana Ionache parecía serena, en paz, el único centro de calma en este torbellino de Athanate conmocionados e incrédulos. La única que finalmente había traspasado nuestra contienda.

—¡No! —grité. Miré a mi alrededor, frenética—. Estaba bien, ella estaba bien.

Alex estaba a mi lado, con los brazos rodeándome para consolarme.

—Creen que el daño causado por los Adeptos de Taos —dijo—, fue demasiado para que se recuperara. Al intentar curarse a sí misma… algo salió mal.

—No.

Estaba bien. Se estaba recuperando.

Oh, Dios mío. ¿Qué fue lo que me dijo aquella noche cuando vino a verme?

Seguiré adelante y te esperaré, amada mía, por mucho tiempo que tardes.

Sabía que se estaba muriendo, que no podría cumplir su promesa de estar conmigo. No en carne y hueso.

Los tuaregs dicen que el khamsin trae sueños y fiebres, había dicho. *Que los espíritus hablan a través del velo de la muerte cuando el khamsin canta.*

Me estremecí. No. Ella había sido real. No había sido un sueño y ella no había sido un espíritu.

Caí de rodillas junto al féretro.

Mi mentora. La Kumemnon, como la había llamado Huang, un título que resonaba con reverencia.

Casi podía oír su voz. Cuando hablamos por primera vez de que ella fuera mi mentora, ¿qué había dicho? *El camino es oscuro y largo.*

Ahora era más oscuro. Mucho, mucho más oscuro.

A nuestro alrededor, el Athanate lloraba su pérdida, tanto Panethus como Camino Oculto. Nuestra propia palabra para referirnos a nosotros mismos significaba «inmortal», y cuando uno de los más ancianos moría, esa orgullosa jactancia se desvanecía. La noche verdaderamente eterna se cernía sobre nosotros. Nos tocaba a todos por igual, a cada uno de nosotros, y nos mermaba.

Me apoyé contra el féretro, con la mano sobre la de Diana. Me parecía imposible que se hubiera ido. Miré a Skylur, cuyo rostro parecía tallado en piedra. ¿Desde cuándo se conocían? ¿Siglos? ¿Milenios? Su pérdida debía de ser incalculable.

No me miró a los ojos.

Huang estaba hablando.

—Lo lamento profundamente, pero si queremos evitar una segunda calamidad para la Casa Farrell, debemos actuar con cierta urgencia.

Una segunda calamidad. Tamanny. Dante. Céntrate en los vivos.

Me levanté con dificultad.

—¿Sabes dónde es la subasta? —pregunté.

Skylur levantó una mano para pedir silencio y nos guio a algunos hacia una habitación aparte. Su rostro parecía vacío, como si le hubieran colocado una máscara sobre los rasgos. Una máscara de hierro.

Había quince personas en aquella sala: Skylur, Tarez, Alex, Yelena y yo, Huang y tres de sus Adeptos, Correia y tres miembros del Camino Oculto que no conocía, y las Casas Stanbrigge y Ó Ruairc en representación del Imperio de la Medianoche.

La puerta se cerró tras nosotros, ocultándonos la vista del féretro y la multitud de dolientes que lo rodeaba.

Afuera, alguien comenzó a hablar Athanate en voz baja. Reconocí los ritmos de la lamentación de Arunne. Otros se unieron, y mi visión se nubló al oír el sonido.

Huang miró a los demás y luego se volvió hacia Skylur, con las manos abiertas en señal de interrogación.

—La verdad, Diakon Huang —dijo Skylur—. Para que todos aquí la oigan. No nos queda tiempo para nada más.

Huang asintió.

—Hablaré abiertamente, entonces, pero os insto a todos a que no contéis a nadie lo que sabéis sobre los dragones.

Correia parpadeó.

—¿Es eso lo que te ha tenido tan distraído? ¿Este rumor sobre dragones iniciado por Altau?

—No es un rumor, Casa Correia. —Huang hizo un gesto con las manos—. Un espíritu de dragón estuvo presente y rompió el candado del Kumemnon. Desde entonces ha desaparecido. La pregunta es: ¿qué le ha pasado? Hemos registrado este continente de punta a punta y no hemos encontrado nada.

—¿Por qué, Diakon? —preguntó Correia—. ¿Por qué tanto esfuerzo?

—Para preservar la vida del dragón y la del huésped, evitar daños y lograr un beneficio inmenso para toda la comunidad paranormal.

Stanbrigge negó con la cabeza, impaciente.

—Dices que para toda la comunidad. ¿Entiendo que te refieres primero al Imperio?

—El dragón, por necesidad, residiría con nosotros —dijo Huang—. Por lo tanto, el beneficio comenzaría en nuestros dominios, pero se extendería rápidamente a todas las comunidades paranormales que desearan participar. El dragón proporciona un foco de habilidades de adeptos y paranormales que no se puede lograr de otra manera, y proporcionará una defensa contra aquellas partes de la humanidad que no nos aceptasen.

¿Cómo?

¿Verdad o medias verdades?

¿Defensa? ¿Foco? ¿Participar? ¿Qué quería decir? ¿Teníamos que someternos a un único gobierno y entonces podríamos obligar a la humanidad a hacer lo que dijéramos?

No lograba descifrar a Huang, pero Tarez ya había hablado con él sobre esto antes.

—Esto no nos lleva a ninguna parte —dijo—. Ya hemos pasado por todo esto y tu insinuación de que el Imperio utilizaría el poder para proteger la Revelación por la fuerza es preocupante. Los hechos importantes de esta noche siguen siendo los mismos: tú sabes dónde es la subasta de Forsythe; nosotros no sabemos dónde está el dragón. No puede haber ninguna conexión.

—Pero la hay, Casa Tarez. —Huang cerró los ojos por un momento y respiró hondo. Cuando los volvió a abrir, estaban llenos de pesar y fijos en mí.

—El Emperador ordena, y yo debo obedecer —murmuró para sí mismo.

Señaló al grupo que tenía detrás.

—Mis compañeros son los adeptos más hábiles de todo el Imperio, los que más saben sobre dragones. Nuestra búsqueda a lo largo y ancho de este continente no nos ha dado ningún resultado. Ningún

dragón inmaduro e ileso ni ningún huésped joven podrían esconderse de nuestra búsqueda. Esto nos lleva inevitablemente a la conclusión de que están heridos, posiblemente de gravedad. Por lo tanto, debemos retroceder en el tiempo para retomar el rastro. El tipo y la gravedad de la herida nos indicarán cómo buscar y, posiblemente, dónde buscar.

¿Qué?

—Sé claro, Diakon —dijo Tarez.

—Mi petición de hoy, tan inoportuna, era examinar los recuerdos de la Kumemnon en busca de alguna pista sobre el estado del dragón, alguna indicación sobre sus heridas e intenciones, en el momento en que se destruyó el bloqueo y el dragón entró en contacto con su mente. —Bajó la cabeza. —Inoportuna, como he dicho, y, de nuevo, te ofrezco mis condolencias y mis disculpas, las del Emperador y las de todo el Imperio. El mundo Athanate ha sufrido una pérdida incalculable.

Hizo una pausa y yo me inquieté. Sabía lo que vendría a continuación.

—Dadas las circunstancias, solicito ahora acceder a los recuerdos de la Casa Farrell —dijo—. Ella formó parte de este suceso, y posiblemente esté en mejor posición para revelar lo que ocurrió.

La ira me embargó, palpitando en mi pecho, casi ahogándome, expulsando la niebla del dolor de mi mente.

—¿Me estás ocultando la ubicación de la subasta para chantajearme y que te deje entrar en mi mente?

La opinión de Correia era clara. Si Huang decía que un dragón podía obligar a la humanidad a aceptarnos, ella estaba totalmente a favor.

—¿Qué tienes que ocultar? —dijo ella—. El Diakon ha dicho que esto redunda en interés de todos. Hay que hacerlo. Es nuestra obligación. Altau, ordénaselo.

—No le ordenaré que se someta a esto —dijo Skylur—. Pero le doy libertad para que tome su propia decisión.

Pero, ¿qué quería decir? ¿Que lo hiciera o que no? Me habían advertido para que Huang no me pillara desprevenida.

Si le permitía leer mis recuerdos, ¿qué pasaría si algo allí revelaba dónde estaban Tullah y Kaothos? Eso sería una traición. Pero, ¿y si estaban heridos, como decía Huang, y necesitaban ayuda? ¿Sabía Skylur realmente cómo estaban? ¿Y Diana?

¿Y si Huang descubría algo sobre la Liga del Sur? ¿Significaba eso que también los había traicionado?

¿Y si Huang veía que me había convertido en una renegada? Si esto se parecía en algo a una sesión de terapia, con él como *xenagia*, el guía, y los demás como *stirythes*, todos verían que me había convertido en renegada. Decidiera lo que decidiera Huang, sabía que Correia exigiría mi ejecución según la ley de Agiagraphos. Y la mayoría de los Athanate de fuera la apoyarían.

Pero al menos Skylur sabría dónde era la subasta. Alguien rescataría a Dante y a Tamanny.

—No hay tiempo para esto —le dijo Tarez a Huang—. Si te demoras más, Casa Farrell no tendrá ningún motivo para darte nada. La subasta habrá terminado. Una miembro de su Casa muerta, la otra vendida, todo gracias a ti. Y recuerda, Farrell es una subcasa de Altau. Estas jóvenes también pertenecen a la Casa Altau.

Gracias, Tarez.

Y aunque Tamanny no formaba parte oficialmente de mi Casa, bien podría haberlo hecho.

—Toda esta charla sobre beneficios y ventajas me repugna —le dijo Alex a Huang—. Tienes la obligación moral de ayudar.

—Personalmente, estaría de acuerdo, pariente Farrell —dijo Huang —. Pero estoy obligado por mi deber hacia el Imperio. Los imperios no pueden emitir juicios más que como imperios, y todas nuestras preocupaciones personales no cuentan para nada frente a las preocupaciones del Imperio. Ya oíste mis palabras ante la Asamblea; ser Athanate es asumir un destino mayor, y con ese destino pueden venir muchas cargas. Estoy atado a la rueda del cielo; debo sacrificar mis sentimientos personales por el bien mayor del Imperio en su conjunto.

Suspiró y se volvió hacia mí de nuevo.

—No obstante, dentro de esas limitaciones, haré todo lo que pueda. Haz esto por mí, Casa Farrell, te lo ruego. A cambio, te

ofrezco nuestros dos helicópteros que están fuera, con capacidad para transportar a veinte soldados de Altau cada uno, con las coordenadas programadas y los pilotos listos para volar de inmediato bajo tus órdenes. Una vez que hayamos terminado aquí, podrás estar en el lugar de la subasta en cuestión de minutos. Todo lo que sabemos sobre la distribución de ese lugar se ha cargado en una tableta que os estará esperando fuera. Aún queda algo de tiempo para que termine la subasta. No llegaréis demasiado tarde.

El rostro de Skylur era indescifrable mientras murmuraba algo a Tarez, quien dio un paso atrás para hacer una llamada.

¿Qué hago?

Si Huang encontrase a Kaothos por culpa de lo que hice y se la llevase, Panethus habría perdido una gran ventaja o moneda de cambio frente al Imperio. Puede que haya traicionado a Tullah y a Kaothos. O que les haya salvado la vida.

¿Hice bien en suponer que Kaothos *era* una ventaja y que no se autodestruiría sin las comunidades del Imperio?

Y si me negaba y Tamanny y Dante morían por eso…

Skylur y Tarez me habían advertido que me mantuviera alejada de Huang.

Pero Tarez había enviado a Víctor a buscarme hasta aquí. Sabía que Huang me presionaría de esta manera.

¿Qué querían Skylur y Tarez que hiciera en realidad? Sus rostros seguían siendo indescifrables. Fuera cual fuera su plan, no lo revelarían delante de Huang.

No tenía más guía que a mí misma.

Y no podía emitir juicios a la altura de sus imperios y los planes secretos de Altau. Sólo podía decidir basándome en lo que me importaba, como persona y como Casa Farrell.

Skylur tenía que saberlo. Sabía qué decisión tomaría libremente, y me había dicho que sería libre de tomarla.

—Lo haré —dije.

Capítulo 65

—La apertura del bloqueo —dijo Skylur—. Ni un momento más.

—No voy a entrometerme —dijo Huang.

—Lo sé —respondió Skylur, acercándose por detrás de mí.

Sus brazos me rodearon, sosteniendo mi peso, y una mano se alzó para atraer mi cabeza hacia su hombro.

Mi corazón se aceleró y me aferré a sus brazos.

¡Espera! ¡Demasiado rápido! ¿Y si todo salía mal? Tenía que decirle algo a Alex primero…

—Tranquila, Amber —me susurró al oído—. Confía en mí.

Huang se acercó y me pasó una mano por la cara, cerrándome los ojos. Me di cuenta de que no podía volver a abrirlos.

Y no había nada a mi alrededor. Estaba flotando, sola.

No.

De pie. De pie sobre una superficie firme.

Consciente de tal poder a mi alrededor. Sintiendo su calor ascendiendo desde las plantas de mis pies hasta la punta de mi cabeza.

Era una niña de diez años. De pie en la presa Hoover. Asustada. Todo parecía tan inmenso. Los brazos de papá rodeándome. A salvo. A salvo. Qué poder.

Skylur, no papá. Los Ángeles, no la presa Hoover. Pero estaba a salvo.

La mano de Huang estaba sobre mi frente. Sentí una suave presión. Su telergía no se parecía ni a la de Skylur ni a la de Diana.

De hecho, la sentía como... quizá el sol brillando en mi cara. Una sensación de suavidad se filtró en mi cabeza. Implacable. Aterradora. Pero entonces... hasta ahí, ni un paso más. Más allá de eso, percibí el poder absoluto y las puertas de acero de Skylur, y dividieron mi mente.

Huang obtendría lo que había negociado y ni un sólo pensamiento más.

Detrás de Huang, todos los Athanate de la sala observaban. Podía sentir el peso de sus miradas. Y podía sentir a los compañeros

adeptos de Huang como si cada uno de ellos me estuviera empujando y sondeando.

Caía.

Por un segundo, sentí que el pánico regresaba. Mis manos se crisparon y mi cuerpo se tensó.

Y entonces todo se volvió frío y oscuro, y la noche se llenó de gritos.

El hechizo creado por los Adeptos de Taos, el bloqueo que retiene a Diana, es una cosa viva y maligna. Está aullando. El sonido me penetra y me provoca dolor en los huesos.

¿Cómo se sentirá Diana, en el centro de esa masa de energía que se retuerce?

Cuatro Adeptos la rodean, el principal soporte del ritual. Todos los Adeptos de Taos, incluso los que están dispersos por la ladera, lo están alimentando. Y extraen energía de los niños. Los niños están muriendo. Diana está muriendo. Los Adeptos están muriendo. Todos estamos muriendo, joder.

El propio bloqueo nos está chupando la vida.

Lucho con los Adeptos. Libero un único hilo del ritual. Canalizo la energía a través de mí y grito. Es como ácido en mis venas.

Otro hilo. Otro.

No es suficiente.

Tanto dolor.

Cada vez más del hechizo se canaliza a través de mí, pero sigue sin ser suficiente. Me matará antes de que pueda romper el bloqueo.

Mis gritos llegan hasta Kaothos, y ella acude. Se manifiesta, ocultando las estrellas del cielo.

Y entonces Kaothos canaliza la energía a través de sí misma.

Kaothos está gritando. Toda la comunidad de Adeptos de Taos, dispersos por la ladera, todos ellos, están gritando. Todos estamos unidos en este único y espantoso dolor.

Entonces ya no hay bloqueo. Ni Diana. Ni Adeptos. Sólo una bola de fuego frente a mí, como un sol convirtiéndose en nova.

Flotando. Cayendo. Todo cayendo hacia el sol. Sin gritos. Sin sonido, salvo una sola nota, una nota tan profunda que no puedo

oírla, sólo sentirla.

Y luego silencio. Abrupto. Definitivo.

¿No hay Adeptos?

¿Kaothos?

¿Kaothos?

¿Kaothos?

Silencio.

Vacío.

Y en ese silencio...

Una sacudida como una espada que cae.

Pero los Adeptos seguían gritando.

Espera. Los Adeptos *del Imperio*, no los Adeptos de Taos. El ruido estaba aquí, a mi alrededor: chillidos que me atravesaban el cerebro.

Y la verdad comenzaba a calarme hondo.

Kaothos estaba muerta. Romper el bloqueo la había matado. Habían sentido cómo moría.

¡No!

Kaothos no, con sus enormes ojos dorados y su risa seseante como el vapor de una plancha caliente.

Kaothos. Diana. ¿Tullah?

Las lágrimas me corrían por la cara y un enorme dolor me desgarraba el pecho.

—¡¿Qué ha pasado! —gritaba Correia—. ¡Necesitamos un sanador!

Alcé la vista.

Uno de los Adeptos del Imperio se había acurrucado en posición fetal. Huang se arrodilló a su lado.

¿Qué demonios? ¿Era algo que yo había hecho? ¿O Skylur?

—¿Qué ha hecho Farrell? —preguntó Correia.

—Nada, Casa Correia —dijo Skylur.

—¿Diakon? —La pregunta, formulada con delicadeza por Ó Ruairc, pareció sorprender a Huang, quien levantó la mano y habló con un suspiro en Athanate.

—No te corresponde a ti curar esto, Casa Ó Ruairc —tradujo Yelena.

—La verdad, Diakon Huang —dijo Skylur en inglés, con voz dura y cortante como un látigo.

—Él era el Elegido —respondió Huang con cansancio—. Un Adepto, entrenado desde su nacimiento para una única tarea: albergar a un dragón, ante la posibilidad de que uno apareciera en su vida.

—Pero Kaothos no era su dragón —dije—. Ella es… era de Tullah.

Kaothos. ¡No!

¿Tullah? Oh, Dios mío. ¿Por qué estará pasando?

—No entiendes la naturaleza del dragón —dijo Huang, ajeno a mi dolor agudo—. Les atrae el poder. Un dragón inmaduro sería incapaz de resistirse al atractivo de un Adepto poderoso. El dragón habría cambiado de huésped.

¿Qué? ¿Habían planeado robarle Kaothos a Tullah? ¿Quién se creían que era?

Los Adeptos que le quedaban a Huang se recuperaron y empezaron a hablarle rápidamente en un dialecto chino.

Temblaba de ira. La voz de Yelena en mi oído parecía venir de muy lejos:

—Cuidado. Primero necesitamos que cumpla su parte del trato. Concéntrate, Señora.

Skylur lo oyó y miró hacia allí. La cola de ese horrible poder que había percibido parecía azotar la habitación. No creía que Huang tuviera otra opción.

Huang hizo callar a sus Adeptos y levantó las manos como para mantenernos a distancia.

—Tu amiga habría muerto si se hubiera quedado con el dragón —dijo—. Lo que pretendíamos era, de verdad, el bien de todos. Con el poder del dragón de nuestro lado, el camino hacia la Revelación estaba despejado. Sin el dragón, no está tan despejado, ni es seguro.

Correia se interpuso delante de Skylur.

—Otro desastre de tu cosecha, Altau. Tu presidencia se ha convertido en una letanía de catástrofes. Desprecias a la Asamblea y al Agiagraphos, provocas a la corriente dominante del Athanate con el nombramiento de una híbrida inestable como Casa, apenas te

molestas en ocultar tu ambición sin límites. Ahora, la inepta gestión de la situación en Nuevo México por parte de esa misma híbrida nos ha hecho perder a todos el uso de un dragón y del Kumemnon. Sin el Kumemnon para frenar tu ambición, el Camino Oculto cree que ya no eres apto para presidir la Asamblea. Exijo un voto de confianza y debes acatarlo.

—Esto no es la Asamblea —dijo Skylur.

—Todos los representantes Athanate que la integrarán están aquí. Si decimos que esto es una Asamblea, ¿quién nos lo niega?

Alex, de pie a mi lado, intervino.

—Esta Asamblea no funcionará sin el apoyo de los licántropos. Nosotros apoyamos a Altau.

—¿Todos los licántropos? —replicó Correia.

—El Imperio de la Medianoche también apoya a Altau. —La Casa Stanbrigge del Imperio de la Medianoche se abrió paso hasta la primera fila—. Ofrecemos nuestras condolencias por la pérdida del Kumemnon, causada no por ninguna acción de Altau, sino por las acciones de los Adeptos aliados con Basilikos y otros traidores. La alternativa para la presidencia parecería ser la Casa Correia, y consideramos que ella y el Camino Oculto están mancillados por sus vínculos con ese mismo Basilikos. Por lo tanto, aprovecharé esta oportunidad para informar a mis compañeros representantes de que el Imperio de la Medianoche ha decidido unirse a Panethus *en bloque*.

No me cabía duda de que se había acordado hace tiempo y se había mantenido en secreto para revelarlo en el momento justo.

¡Buena jugada, Skylur!

Parecía que Correia no contaría con suficiente apoyo. Y su jugada de esta noche había puesto en juego su posición como líder del Camino Oculto.

¿Quién tomará el relevo? ¿Será mejor o peor que Correia?

Me sorprendió sentir un ligero atisbo de pesar al pensarlo. Al menos Correia se había comprometido con el diálogo. ¿Quién sabía qué locura se impondría?

Entonces se oyó la voz de Ó Ruairc.

—Irlanda se separa del Imperio de la Medianoche. No nos uniremos a Panethus, pero tampoco al Camino Oculto. Sin embargo, estamos en el corazón del mundo Athanate. Cuidamos de vuestros enfermos y traumatizados, de aquellos a quienes vuestros sanadores ya no pueden ayudar. Eso debe continuar, sin importar el credo del que procedan. Nos mantendremos al margen de la política y ofrecemos un hogar permanente para la Asamblea. Irlanda se convertirá en el único lugar del mundo donde todo Athanate pacífico será bienvenido. —Inclinó la cabeza como en señal de oración—. Que eso conduzca a que todos los Athanate sean pacíficos.

Eso obtuvo una respuesta de todos. La sede de la Asamblea era uno de los grandes asuntos pendientes que se habían prolongado. Nadie se opondría a la propuesta de establecerla de forma permanente en Irlanda.

Algo bueno había salido de todo esto, y la eliminación de Irlanda del equilibrio político no bastaba para inclinar la balanza a favor de Correia.

—¿Qué dice el Imperio del Cielo sobre la presidencia? —le preguntó Correia a Huang, acallando el murmullo de las conversaciones.

Eso es un pase de desesperación, y adiós, Correia.

El rostro de Huang estaba sombrío.

Por mucho que se hubiera posicionado en contra de Skylur, otra cosa muy distinta era posicionarse *a favor de* Correia. El Imperio del Cielo era tan consciente como el resto de la Asamblea de que el Camino Oculto tenía demasiados vínculos con el antiguo Basilikos. La votación iría en su contra y Correia estaría acabada.

—El Imperio del Cielo no puede apoyar la presidencia de Altau en la nueva Asamblea en este momento —dijo Huang.

¡No!

Se produjo un silencio atónito. La propia Correia parecía sorprendida.

Simplemente esperó junto con todos los demás, con la mirada fija en Skylur.

Y él miraba a Huang, con los ojos entrecerrados.

—Muy bien —dijo finalmente. Luego, como si nada hubiera pasado, me señaló—. ¿Diakon Huang?

Huang asintió.

—Di mi palabra. Los helicópteros están esperando. El vuelo no durará más de quince minutos. Ataca, en memoria de tu mentora, la Kumemnon. Como ella dijo: «Al rápido, la carrera; al valiente, el premio».

Skylur entrecerró los ojos ante eso, pero me tomó del brazo y me empujó hacia la puerta.

—Tarez ha ordenado que cuarenta guardias de seguridad de Altau con equipo de asalto completo se reúnan afuera y los pongo por completo bajo tu mando. Toma los helicópteros y vete.

—Pero… —Miré hacia atrás, a los rostros, mientras nos empujaba a Alex, Yelena y a mí hacia la puerta.

¡Estás a punto de perder la presidencia de la Asamblea!

—Ocúpate de tu batalla —dijo—. Esta es mía.

Capítulo 66

Veinte minutos. A mitad de camino de elaborar un plan.

Dividir los cuarenta Altau en dos equipos. Elegir líderes para los equipos.

Revisar la información que proporcionó Huang. Acordar las tareas.

No es suficiente. Hay muchos postores, y todos ellos con guardaespaldas armados. Demasiados inocentes.

Llamar a los licántropos de Pasadena y suplicarles que nos ayuden. Esperar a que nos devuelvan la llamada.

Ignorar el dolor de la pérdida y el miedo a que toda la Revelación se desmorone bajo el mando de Correia.

Y entonces Prowser bajó corriendo las escaleras hacia nosotros.

—¡Farrell! Acaba de llegar un mensaje del espía de Huang. Tienes que irte ahora mismo.

—¿Qué ha pasado?

El rostro de Prowser se contrajo.

—Es la segunda chica. Dante. —Hizo una pausa antes de continuar apresuradamente—. Dice que Forsythe planea que la violen y la asesinen como… como entretenimiento en medio de la subasta.

Concéntrate. Respira. Volverse loca no servirá de nada.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—No lo sé. El espía dijo que depende de la puja.

No hay tiempo para Pasadena. No hay tiempo para revisiones y resúmenes de última hora.

—¡Cargad! —grité—. Vamos, vamos, vamos.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Mujer loca. Mujer loca. Víctor lo repetía como un mantra.

Estaba atada con el arnés a su Gazelle, a unos cuatrocientos cincuenta metros de altura, entre los aeródromos de Van Nuys y Burbank, volando a más de cien nudos por el cielo nocturno.

Salvo por una consola central repleta del suave resplandor LED de los instrumentos, la cabina era un ejemplo de lo minimalista que se

podía ser. Parecía que estuviéramos en una burbuja de cristal surcando la noche. Hacía frío y había mucho ruido.

Y mi instinto me decía que no íbamos lo suficientemente rápido. Cada segundo contaba y habíamos tardado demasiado en elaborar un plan, y los de Pasadena no me habían respondido.

Estábamos en su territorio. Billie estaba demasiado lejos. Todos los demás estaban demasiado lejos; la subasta se celebraba en un rancho junto a las montañas de San Gabriel.

Había hablado con el teniente de Pasadena que conocí en el concierto. No se comprometió a nada, pero me dio una dirección de correo electrónico a la que envié la información que teníamos sobre el rancho y un resumen de mi plan. Tal y como estaba en ese momento.

El Alfa no me había devuelto la llamada.

Ya era demasiado tarde.

Yelena y Alex, Julie y Keith estaban conmigo en el Gazelle. Los Altau nos habían conseguido chalecos antibalas para todos, cascos con sistemas de comunicación de especificaciones militares y las feas metralletas P90 que tanto les gustaban.

Víctor se acercó a la consola. Su dedo pulsó el GPS y la escala de la pantalla subió un nivel.

Ya estamos muy cerca.

—Empire Flight, punto de ruta Zulu, confirme —dijo por la radio.

—Empire Uno, recibido.

—Empire Dos, recibido.

Los dos helicópteros Sikorsky estaban a unos cien metros detrás de nosotros, avanzando a toda velocidad con las luces encendidas, iluminados como un par de naves espaciales de ciencia ficción. Los dos pilotos del Imperio del Cielo habían convencido a Víctor de que sabían lo que hacían, y eso me bastaba. Habían ideado su parte del plan en cuanto les dije lo que necesitaba.

Víctor se acomodó en su asiento y se tomó un momento para limpiarse rápidamente la mano con la tela del pantalón.

—Nos acercamos a Skyfall. A mi señal —dijo por el intercomunicador—. Tres, dos, uno, *ya*.

Víctor pulsó una fila de botones y las luces de la consola y de navegación se apagaron. Empujó el control colectivo hacia abajo y movió suavemente el cíclico hacia delante. El Gazelle comenzó a descender. El ruido del motor, que había sido un martilleo constante en mis oídos, se desvaneció rápidamente.

Debajo de nosotros, y *no* muy lejos, el suelo seguía pasando a toda velocidad. La autopista Foothill se vio salpicada por los faros de los vehículos. Las últimas curvas de las calles residenciales con casas, algunas iluminadas. Y luego la oscuridad amenazante de las montañas de San Gabriel, hacia las que nos dirigíamos a toda velocidad.

Y una última hilera de brillantes luces de arco.

Un rancho escondido bajo la protección del Cañón Milagro.

Un rancho que no era un rancho en absoluto.

Había un espacio en blanco bajo los focos. Un edificio rectangular de dos plantas del tamaño de un campo de fútbol: el centro de subastas de ganado. Contaba con un amplio aparcamiento, lo suficientemente grande como para que los camiones ganaderos pudieran dar la vuelta, con muelles de carga elevados para recoger el ganado en los remolques. Esa noche estaba repleto de enormes todoterrenos y elegantes limusinas para los postores y sus guardias.

Pero no sólo nos dirigíamos a toda prisa hacia el rancho; nos *precipitábamos* hacia él. Contuve el aliento.

Demasiado rápido. Demasiado rápido.

Me preparé.

—¡Que empiece el espectáculo! —gritó Víctor.

El primero de los Sikorsky pasó rugiendo a apenas quince metros por encima de nosotros, con todas las luces encendidas y el motor a toda potencia.

Justo cuando el centro de subastas parecía llenar por completo el campo de visión que tenía delante.

Víctor tiró hacia arriba de la palanca de control colectivo y el Gazelle dio una sacudida. Me sentí como si hubiera llegado al final de una cuerda elástica. Sentí que se me salía el estómago por las cuencas de los ojos. Pero no volvimos a subir. Al contrario, descendimos, suavemente, hasta el techo del edificio.

El segundo Sikorsky estaba sobre nuestras cabezas, aún más cerca. A esa distancia, hacía tanto ruido que mis oídos se rindieron y lo *sentí* más que lo oí. El ruido enmascaró por completo el sonido del aterrizaje de nuestro Gazelle. Eso era bueno. Por otro lado, el ruido del Sikorsky intentaba convertirme los huesos en papilla y empujarme el cerebro por la nariz.

Pero el viejo entrenamiento tomó el control y ya estaba fuera del Gazelle, arrastrándome hasta el borde del tejado.

La sala de subastas tenía forma de una enorme E. La sección de dos pisos y techo plano en la que habíamos aterrizado formaba la columna vertebral y los tres techos inclinados de los cobertizos de subastas se extendían entre nosotros y la zona de aparcamiento principal.

Tal y como se veía en los planos que nos había proporcionado Huang, todos los cobertizos tenían claraboyas. Sólo el del centro mostraba luces en su interior.

Los Sikorsky habían sobrevolado una cresta en el extremo más alejado del rancho y se habían alejado hacia las montañas. El estruendo de su paso se desvaneció y fue sustituido por gritos confusos desde abajo, alarmas de coches sonando, puertas abriéndose y cerrándose mientras los guardias estiraban el cuello mirando hacia donde se habían ido los Sikorsky. Bien: cuanto más alboroto, mejor.

Nadie miró hacia arriba, a la oscuridad de la azotea donde habíamos aterrizado, y nosotros no íbamos a encender ninguna luz.

El único problema era que no había trampillas para bajar, y sólo teníamos cinco minutos antes de que los Sikorsky regresaran, momento en el que teníamos previsto desatar el caos.

No había tiempo para nada espectacular. Alex y yo podíamos saltar desde esa altura, pero no podíamos garantizar que no nos hiciéramos daño.

Que sea sencillo.

Julie informó desde su puesto de vigilancia. Un grupo de nueve guardias había salido por la puerta principal para echar un vistazo y ver a qué se debía todo ese ruido. Todos estaban armados con rifles de asalto. Estaban deambulando por el lado sur del edificio para

mirar hacia el aparcamiento, en la dirección que habían tomado los Sikorsky.

Alex y yo corrimos hacia el extremo norte del tejado.

Él me sujetó por el borde y yo rompí una ventana.

Si saltaba la alarma, pensarían que la habían provocado los helicópteros.

Eso espero.

Abrí la ventana y me apoyé en el marco.

Julie, Yelena y Keith bajaron, utilizándonos a Alex y a mí como puente. Víctor tenía órdenes mías de quedarse con el Gazelle. Quizá tuviéramos que marcharnos rápidamente.

Mientras se subía a mí, Julie me dijo que había visto a los nueve guardias volviendo al interior por la parte delantera del edificio.

No podía ver la parte trasera de los cobertizos ni el aparcamiento, pero los guardias que hubiera allí tampoco podían vernos a nosotros.

Keith me tiró hacia dentro y luego ambos nos asomamos por la ventana y agarramos a Alex por los brazos. Se balanceó hacia abajo y rebotó ligeramente contra la pared con los pies antes de que lo arrastráramos dentro tras nosotros.

En el interior del edificio sonaba una alarma.

La oficina en la que habíamos entrado estaba vacía, era funcional. Una sola luz fluorescente. Mesas y sillas sencillas. Un par de viejos archivadores metálicos. Sin alfombras.

Se veía una luz por debajo de la puerta. Y oíamos el sonido de dos hombres que venían por el pasillo, con pasos perezosos y voces despreocupadas.

—…probablemente alguna mierda de búsqueda y rescate en las montañas. No es asunto nuestro.

Keith se pegó contra la pared junto a la puerta.

El resto de nosotros esperamos en la oscuridad.

El primer tipo entró y buscó el interruptor de la luz.

Keith lo empujó hacia nosotros y arrastró al tipo que iba detrás de él al interior.

El primero tropezó. Todavía llevaba el rifle de asalto colgado a la espalda y extendió las manos para amortiguar la caída. Julie le clavó

el cuchillo en la garganta y yo cogí el cuerpo, dejándolo caer en silencio al suelo y empapándome de su sangre.

El segundo tipo logró alcanzar su arma. Yelena se la arrebató antes de que tocara el gatillo.

Keith le rompió el cuello y dejó que su cuerpo se desplomara a un lado.

Dado lo que estaba pasando aquí, algo de lo que ellos tenían que estar al tanto, no sentí ninguna pena por sus muertes.

Esperamos, escuchando.

Otras voces flotaban por el pasillo. No había tensión alguna.

Yelena utilizó su linterna para examinar el sistema de alarma de la ventana y negó con la cabeza.

—Hay un sensor integrado en el cristal —murmuró—. No se puede arreglar.

El resto de los guardias pronto se darían cuenta de que algo había pasado cuando estos dos no regresaran.

Avanzamos con cautela por el pasillo.

El edificio era simétrico, dispuesto alrededor de una escalera central. El pasillo frente a nosotros estaba a oscuras. Abajo, todas las luces del vestíbulo parecían estar encendidas.

—¿Qué coño están haciendo? —dijo uno de los guardias que quedaban.

—Supongo que ese helicóptero ha roto una ventana. Melvin, apaga la alarma. Jed, ve a ver qué están intentando hacer. Si el cristal está roto, no tiene sentido hacer nada. El servicio de mantenimiento lo arreglará por la mañana.

Jed se quejó, pero se puso en marcha.

Julie me miró y asintió. El tipo que acababa de dar esas órdenes sería el primero en morir. Pero queríamos que apagaran la alarma antes de actuar.

Había dos puertas en el pasillo donde nos encontrábamos.

Una estaba cerrada con llave. La otra era una oficina vacía.

Keith volvió a la primera oficina. Queríamos que Jed muriera en silencio, lo más lejos posible de los demás.

El resto de nosotros nos apiñamos en la oficina vacía.

Jed pasó por delante.

La alarma se detuvo de repente.

Esperé mientras escuchaba los sonidos amortiguados de la agonía de Jed y, a continuación, le hice un gesto a Julie para que saliera por la puerta.

Llegué al otro lado de la escalera y comprobé mi P90. Silenciador colocado, modo de disparo único seleccionado, seguro quitado.

Melvin regresó del cuarto de servicio. Tenía un tiro claro desde la oscuridad, bajando por la escalera. Julie y yo nos hicimos un gesto con la cabeza. Disparamos. Melvin y el jefe murieron.

Eso dejaba a cuatro de ellos, si el recuento de Julie era correcto, y no quedaba tiempo.

Era un riesgo enorme, pero sólo nos quedaban dos minutos antes de que volvieran los Sikorsky. Este lugar era más complejo y estaba mejor vigilado de lo que había pensado cuando calculé los tiempos.

Julie volvió a disparar.

Quedaban tres.

Salté por encima de la barandilla y bajé al rellano.

Había un mostrador de recepción a un lado y un hombre que se apresuraba a ponerse detrás de él, gritando.

Le disparé, le alcancé en el hombro y eso le hizo girar. Volví a disparar, dos veces. Dejó de gritar.

Los demás se unieron a mí en el rellano.

Yelena y Julie dispararon.

Silencio.

Nos quedaba poco más de un minuto del tiempo máximo asignado.

Alex estaba intentando llamar al número de móvil de Pasadena. No contestaba.

¿Qué demonios? ¿Ni siquiera un «no»?

Iba a ser difícil sin ellos.

Activé las comunicaciones.

—Empire Flight, Sky Tres: objetivo Alfa completado. ¿Situación?

—Empire Uno y Dos en punto de encuentro Yankee, Sky Tres. —El piloto podría haber estado recitando su lista de la compra.

Los dos comandantes de Altau respondieron:

—Sky Uno, verde.

—Sky Dos, verde.

La voz del piloto de Empire One volvió a sonar, y sólo un ligero aumento de su acento chino delataba su emoción.

—Subiendo. Entrando en modo oculto y a toda velocidad, en… marca… cuarenta segundos y contando —dijo—. Seleccionando *La cabalgata de las valquirias* ahora.

En China veían las mismas malditas películas que en el resto del mundo.

Capítulo 67

La parte trasera del edificio tenía tres juegos de puertas dobles que conducían a las tres salas de subastas.

Las puertas del medio, las que daban a la sala en uso, estaban cerradas con llave desde el otro lado.

A través de una pequeña ventana en la puerta de la derecha pude ver la distribución, que transmití lo más rápido que pude a los equipos de Altau que se acercaban en los helicópteros.

Los postores a mi izquierda, sentados en cómodas sillas, bebiendo y fumando. Los camareros les atendían. Los guardaespaldas detrás, algunos apoyados contra la pared, la mayoría reunidos al fondo. Algunos de ellos con rifles de asalto. Eso era una mala noticia.

Todos los guardias y postores eran objetivos legítimos, aunque casi podía *sentir* a Ingram dándome una palmada en el hombro: él querría que se los entregaran vivos.

—Treinta segundos —me interrumpió la voz del piloto.

En el extremo más alejado de la sala de subastas, las enormes puertas metálicas se habían abierto unos metros. Un grupo se había reunido a su alrededor, con aire alerta. Algunos de ellos vigilaban el aparcamiento. Mal asunto.

Y a la derecha de la sala…

Tragué saliva.

Un corral de ganado: niños, niñas, mujeres jóvenes, acobardados, llorando. Todos ellos vestidos únicamente con cadenas y un gran disco morado con un número.

En medio de la sala, un escenario. El estrado de subastas.

Equipo de vídeo. Iluminación.

Sentí náuseas en lo más profundo de mi estómago.

—Veinte segundos.

Movimiento al fondo. Dos guardias arrastraban a Dante que gritaba hacia el estrado de subastas.

¡Aguanta! Veinte segundos más. Veinte segundos. Concéntrate.

Sudor en las palmas de las manos. Me temblaban las piernas.

Dante le dio una patada en la entrepierna a uno de los guardias y este se dobló por la mitad.

Eso le valió a Dante un puñetazo en el estómago y un momento de retraso.

Veinte segundos y vamos a por ti, escoria.

Yelena estaba a mi lado.

—Jefa, déjame sitio —dijo.

Me empujó hacia un lado.

Alex había decidido usar el único adorno del vestíbulo, un enorme jarrón de metal. Había sacado el árbol decorativo de dentro. La cosa todavía estaba llena de tierra. Debía de pesar media tonelada.

Lo había levantado.

¿Eh?

—Diez segundos. —La voz del piloto se había vuelto monótona de nuevo mientras se concentraba en pilotar con precisión.

Había más ruido y movimiento en el vestíbulo. Me giré de golpe para mirar por la ventana.

Los guardias al fondo podían oír los helicópteros que regresaban. Estaban abriendo más las puertas para ver qué estaba pasando.

¡Forsythe estaba allí!

Estaba rodeado por un grupo, y lo estaban sacando a rastras del edificio. Tenían que ser los guardaespaldas que Billie había identificado como profesionales.

¡Mierda! ¡Mierda!

—Cinco segundos.

Alex había caminado hasta las puertas principales y se había dado la vuelta.

Ahora entendía lo que estaba haciendo, pero dentro de la sala de subastas todavía había demasiado movimiento brusco. La mitad de la gente estaba distraída por la lucha de Dante, pero la otra mitad se estaba dando cuenta de que pasaba algo. No cundía el pánico, pero sí había urgencia. Habían visto la salida apresurada de Forsythe con sus guardaespaldas.

La gente se levantó de sus asientos, buscando ver cuál era el problema. Pistolas y rifles de asalto aparecieron en las manos de los guardaespaldas.

Mierda, otra vez.

—Cuatro.

Alex empezó a correr, con los pies golpeando el suelo como martillos, el jarrón de metal sostenido delante de él como la proa de un rompehielos.

Me aparté del camino.

—Sky Uno, Sky Dos, Fox Uno y los guardaespaldas salen del edificio —dije por el comunicador—. Los objetivos del interior están alertados.

—Tres. —La voz del piloto me interrumpió.

—Dos.

Alex se equivocó un poco. A toda velocidad, el jarrón de metal golpeó el centro de las puertas cerradas antes de que el piloto terminara su cuenta atrás. Las puertas se desprendieron de sus bisagras. La tierra suelta del interior del jarrón salió disparada hacia delante formando una nube.

Y los guardias de seguridad de Altau comenzaron a disparar hacia los todoterrenos y limusinas abarrotados mientras los Sikorsky regresaban rugiendo por encima de la cresta y se abalanzaban hacia el aparcamiento.

Corrí hacia el vestíbulo justo detrás de Alex.

Disparé a ciegas a través de la nube de polvo. Fue fácil. Todos a mi izquierda eran un objetivo.

Alex había dejado caer el jarrón abollado, pero no dejó de correr.

En el tiempo que tardaron los guardias en darse la vuelta, él ya había llegado al escenario.

Yelena y yo estábamos justo detrás. Lanzó todas nuestras granadas de humo contra los guardias.

Los que las vieron se apartaron a toda prisa de las granadas; no había nada en la carcasa que indicara que no eran del tipo letal.

Pero el grupo que estaba cerca de las puertas nos disparaba. Los estruendosos estallidos de los rifles de asalto. El silbido cruel de un rebote que pasó tan cerca que me rozó el pelo. Ese familiar olor a nitroglicerina de las balas. Y el olor a sangre.

Gritos por todas partes.

Alex apartó de un empujón los cadáveres de los guardias que habían estado sujetando a Dante, la cogió en brazos y se la pasó a Yelena.

Julie y Keith se encontraban de nuevo cerca de la puerta que Alex había derribado. Se arrodillaron y dispararon a lo largo del pasillo de la izquierda: disparos precisos y rápidos. Devastadores contra un adversario desprevenido y sin entrenamiento.

Pero alguien al fondo había recibido un buen entrenamiento y el sonido de aviso de los helicópteros que se acercaban les había dado un momento para prepararse.

Y lo que es peor, nos superaban en número dentro del pasillo: los guardias del fondo estaban cerrando las puertas principales y dándose la vuelta para concentrar el fuego sobre nosotros. No tenían ningún reparo en esconderse detrás de los cautivos o en alcanzarlos con disparos perdidos.

Yelena retrocedió junto a mí, protegiendo a Dante detrás de ella y disparando su P90. Alex los cubría a ambos con su cuerpo mientras caminaba hacia atrás y disparaba por el pasillo.

No quedaban granadas de humo. No había munición suficiente. No había cobertura. Los equipos de Altau estaban al otro lado de las grandes puertas enrollables. No había hombres lobo.

Mierda.

Los cautivos gritaban. Algunos estaban tan aterrorizados que se levantaban e intentaban huir, a pesar de estar encadenados; otros se acobardaban y se apartaban todo lo que podían.

Los guardaespaldas de los postores ya estaban utilizando la cobertura que les proporcionaban los cautivos, y alguien empezaría a pensar en utilizar a los rehenes en breve.

Mi plan había sido abrumar a los guardias rápidamente. Había fracasado.

Mal, mal, mal. Hay que arreglarlo. Sin los lobos de Pasadena. ¿Cómo?

Afortunadamente, alguien de los equipos de Altau había estado estudiando la forma aprobada por Amber Farrell de entrar en un lugar hostil: un camión atravesó las puertas de acero y embistió a uno de los grupos que nos disparaba.

Los Altau vestidos de negro se abalanzaron tras él.

Pero no era suficiente. Nos resultaba demasiado difícil conseguir disparos limpios. Demasiados cautivos. Demasiados enemigos entre

ellos.

Los gritos se acallaron. Bajas entre los cautivos.

Mierda.

—¡Utilizad a los niños como escudos! —gritó una voz al final. Me centré en uno de los guardaespaldas: un hombre alto, de complexión robusta, con el pelo rapado. Buzz Uno. Pude ver a los demás agrupándose a su alrededor.

—¡¿Las llaves?! —gritó alguien más.

El grupo que había arrastrado a Dante hacia el bloque de subastas debía tenerlas para poder abrir los grilletes.

Un par de guardias corrieron agachados hacia donde yacían sus cuerpos.

Entonces un caballo me dio una patada en el estómago y salí disparada hacia atrás.

Alex y Yelena aparecieron de repente delante de mí. Alex se arrodilló a mi lado.

Gracias, Stephanie Kwolek, inventora del chaleco antibalas Kevlar y salvadora de mi vida, una vez más.

¡Piensa, Farrell! ¡Haz algo! Aprovecha nuestras fortalezas.

Tumbada en el suelo, mirando hacia arriba, se me ocurrió una idea. Usé mi P90 para acribillar las luces del techo con balas.

Alex se unió a mí. Yelena derribó las luces de arco del bloque de subastas.

De repente, la sala quedó a oscuras, y en la oscuridad, los Altau podían ver mejor que los humanos.

Incluso así, iba a ser una masacre. El número de muertos iba a aumentar y muchos de ellos probablemente serían los cautivos. Los guardaespaldas, presas del pánico, disparaban por todas partes, y una lluvia de balas perforaba la estructura metálica del edificio.

¡Keith ha caído!

Julie le está ayudando.

¿Dante? *¡Mierda!* Yelena la había dejado en el suelo y ella corría en la dirección equivocada. De vuelta al centro de la sala.

Todo iba mal.

Y entonces, surgiendo de entre el frenesí y la confusión, como una trompeta ardiente que resuena en la noche, una llamada.

¡A cazar! ¡A matar!

Alex se me adelantó al dar la orden por el comunicador.

—Llegan hombres lobo. Equipos de Altau, alto el fuego. Alto el fuego.

Se oyó un chirrido de metal desgarrándose cuando arrancaron las claraboyas de sus bases en el techo, y entonces empezaron a llover licántropos de Pasadena.

Habían seguido mis instrucciones y no se habían transformado en lobos.

En la oscuridad, parecía como si los cuervos descendieran flotando desde las claraboyas abiertas. Cuervos que rebotaban y *se cernían* sobre los guardaespaldas, quienes se creían atrapados en una pesadilla. Se oían gritos mientras los hombres eran atacados por enemigos que ni siquiera podían ver.

Me retracté de todos los pensamientos desagradables que había dirigido hacia Pasadena tras conocer a su Alfa. Puede que siguiera siendo un imbécil misógino, pero era un imbécil que no había dudado en enviar a su manada al lugar correcto cuando llegó el momento.

Buzz Uno corría a ciegas por el centro del pasillo, con un grupo apresurándose a seguirlo.

Un hombre inteligente. La mejor salida era donde había menos enemigos, aunque no se viera el camino con claridad.

Sin embargo, su inteligente jugada los estaba llevando directamente hacia mí.

Los encontré a medio camino, mientras tropezaban y se empujaban para rodear el bloque de subastas. Los licántropos de Pasadena alcanzaron a los hombres que iban atrás y el pánico se extendió como una llama sobre un charco de gasolina.

Buzz Uno se topó con mi patada lateral. Puse toda mi fuerza en ella, sabiendo que su peso absorbería el impulso y me dejaría en equilibrio para el siguiente golpe.

Se había agachado más en el último momento, como si sospechase que algo se le venía encima. Como resultado, recibió toda la fuerza de la patada en el esternón y las costillas. Pude sentir cómo se rompían.

Cayó, y yo le di un puñetazo en la cara al siguiente tipo.

Alex pasó rugiendo a mi derecha, agarró a un guardaespaldas y lo utilizó como ariete para golpear a los demás.

A mi izquierda, Yelena golpeó a dos en la garganta y cayeron al suelo, ahogándose.

La pelea terminó rápidamente.

—¡Tirad las armas, estiraros en el suelo y no os haremos daño! —grité con voz ronca—. Si disparáis, os mataremos. ¡Al suelo! ¡Tiraros ahora! ¡Ahora! ¡Al suelo!

Obedecieron. Nuestra velocidad y la pérdida de luz destrozaron cualquier moral que tuvieran como grupo de guardaespaldas que trabajaban por dinero y ni siquiera se conocían entre sí. Sabían que estaban derrotados. Se tumbaron en la oscuridad, ciegos, temblando por el shock, medio esperando que la pesadilla los destrozara de todos modos, pero incapaces de hacer nada más.

En cuanto a los licántropos, ellos también entendieron las palabras, pero la moderación era otra historia para los más jóvenes. Los lugartenientes de la manada tuvieron que gruñir y tirarlos hacia atrás.

La disciplina se mantuvo, por los pelos. Nadie disparaba. Y sólo Altau y Pasadena seguían en pie.

Otro camión se adelantó y dirigió sus faros a través de las puertas destrozadas hacia el caos del vestíbulo.

Respiré temblorosamente y miré a mi alrededor.

Julie le estaba vendando la pierna a Keith con un trozo de tela arrancado de sus pantalones. Él parecía moverse sin problemas. Julie levantó la vista, vio que le miraba y me hizo un gesto de aprobación con el pulgar.

Yelena avanzó por el centro del vestíbulo, con la P90 todavía barriendo a los guardaespaldas supervivientes que yacían en el suelo.

—Yelena. ¿Dante? ¿Tamanny? —pregunté.

Yelena se detuvo e indicó con un movimiento de cabeza hacia un lado, con los ojos todavía buscando amenazas. Ignoró la sangre que le goteaba por el brazo.

Corrí hacia donde me había indicado.

Dante sabía dónde estaba Tamanny. Había vuelto corriendo al interior, atravesando el fuego cruzado, y se había lanzado sobre la niña, protegiéndole con su cuerpo. Había recibido una de esas balas por su esfuerzo. También sangraba, pero había tenido suerte: apenas le había rozado el hombro.

—Idiota —le susurré al oído mientras me arrodillaba junto a ellas y las abrazaba a ambas.

—Lo siento, Señora.

Resoplé, saboreando el gusto amargo de los bioagentes curativos en mi boca.

—No te preocupes por eso. Esto te ayudará —dije, y lamí su herida, administrándole los aniatrópicos y analgésicos. El aire silbó entre sus dientes.

Tamanny tenía los ojos bien cerrados, de los que brotaban lágrimas. Estaba temblando.

—Te dije que vendría. Te lo dije —le susurró Dante a Tamanny—. Ya estás bien. Estás a salvo.

Me quité el chaleco Kevlar y envolví a las dos con él.

—Las dos estáis a salvo. Voy a estar ocupada. Quedaos ahí —les dije—. Le quitaremos las esposas a Tamanny y os sacaremos... de aquí tan pronto como podamos.

Lejos. ¿Tendría que devolver a Tamanny? Su madre estaba muerta, no es que yo hubiera dejado que esa zorra recuperase a su hija. ¿Tenía Tamanny más familia?

No. Mía.

Mi Athanate había llevado a cabo otra adopción, definitiva e inquebrantable. No estaba segura de cómo se interpretaría eso en el sistema legal californiano. En ese momento, no me importaba.

A Yelena no le gustó que me quitase el chaleco antibalas, pero hizo lo mismo y envolvió a otras dos jóvenes.

Cuando terminó, le subí la manga y le lamí la herida del antebrazo para detener la hemorragia. Al diablo con lo que pensaran los guardaespaldas, si es que estaban mirando.

No era una herida grave. Mi Casa había salido casi ilesa.

Tamanny y Dante estaban a salvo.

Pero Forsythe había huido.

Necesitaba tanto encontrarlo que me empezaron a temblar las piernas.

Respiraciones profundas. Despacio. Despacio.

Concentración.

—Los jefes de equipo, acercaros, por favor. Equipo Sky Uno, mantened la guardia. Equipo Sky Dos, recoged las armas y buscad las llaves de estos grilletes —ordené—. Y algo de ropa, si podéis.

Las fuerzas de seguridad Altau se dividieron y se pusieron manos a la obra; no eran tan hábiles como Ops 4-10, pero lo harían bien.

Los dos jefes de equipo aparecieron ante mí, y se les unió un lobo de Pasadena: el teniente que había conocido en el concierto.

—¿Bajas? —pregunté.

—Un muerto, dieciséis heridos, ocho de gravedad, incluidos tres rehenes —dijo Sky Uno. Él también sabía a qué bajas me refería. Las nuestras. Las bajas entre los postores y sus guardaespaldas las podría averiguar más tarde—. Ya están bajo control, Gunny —concluyó.

Un apodo típico de los marines...

Si no hubiera sido por la muerte, habría sonreído. Habíamos tenido suerte. Eso y el soporte vital de emergencia Athanate, sin duda.

Me volví hacia el licántropo.

—¿Pasadena?

Él sonrió.

—Sólo un teniente, Sra. Farrell. Tenemos a uno con la pierna rota. Nada más.

Resoplé.

—Gracias por venir —dije—. De verdad, habéis marcado la diferencia, habéis salvado muchas vidas inocentes.

Sobre todo, teniendo en cuenta que le rompí el hombro a tu Alfa.

—Son nuevos tiempos. Ya sabes, es parte de que todos los paranormales nos mantengamos unidos. —Parecía casi avergonzado —. Este tipo de cosas hay que hacerlas de todos modos. Y, bueno, usted ayudó a Paige a transformarse. Hay que hacer mucho más de eso.

Ah. La joven escorchada de Denver.

—Ayudar a los escorchados no tiene precio —dije—. Tienes que llamar a Denver y acordar con ellos que tus otros escorchados se presenten en el próximo ritual. Ellos se encargan de toda la parte administrativa.

Asintió con la cabeza y bajó la mirada.

—Gracias, Sra. Farrell. De todos modos, nos alegramos de haber podido ayudar. No hemos podido traer a toda la manada, pero tenemos a un par de chicos más en el aparcamiento y en la parte delantera del edificio, algunos están registrando la casa del rancho y otros edificios. Probablemente haya algunos que lleguen tarde por el camino, por si necesita algo más.

Habían movilizado a gran parte de la manada en poco tiempo. Probablemente por eso no habíamos podido pasar.

—Hubo un grupo de hombres que se asustaron y huyeron antes de tiempo —dije—. ¿Los visteis al llegar?

Por favor. Dime que tienes a Forsythe.

—Oh, sí. Había un todoterreno intentando salir cuando llegamos. Cuando lo bloqueamos, cinco o seis tipos salieron corriendo hacia allí. —Señaló en dirección a la cordillera de San Gabriel, al norte del rancho.

Mi lobo se agitó.

A pie. Presa. Persecución.

—¿Deberíamos perseguirlos, Gunny? —preguntó Sky One.

—No. Ese es mío —dije. Me salió como un gruñido.

Sentí un lento ardor en las entrañas. Lo tenía. No me importaba lo buenos que fueran sus guardaespaldas. Estaban subiendo corriendo hacia San Gabriel en plena noche. Probablemente ni siquiera llevaban linterna. Los cazaría como conejos.

—Coge un par de todoterrenos y envía equipos para asegurarte de que no vuelven a la carretera —le dije a Sky Dos.

Necesitaba hacer algo. Estaba pálida de rabia, tan enfadada que apenas podía mirar a los postores y a sus guardaespaldas tirados en el suelo.

Se dio media vuelta y salió, llamando a algunos miembros de su equipo para que le acompañaran mientras se alejaba.

Casi todos los guardaespaldas habían resultado heridos: algunos por disparos, el resto golpeados por los licántropos. A los postores les había ido mejor, sobre todo porque se habían tirado al suelo pronto y se habían quedado allí.

Cualquiera de ellos que necesitara atención médica tendría que esperar.

—Una vez que hayáis liberado a los prisioneros, esposad a estos hombres, a todos y cada uno de ellos, estén heridos o no —dije—. Apilad a los muertos en un rincón.

—¿Vamos a entregarlos a la policía? —preguntó Sky Uno. Se lo había dicho mientras les informaba en los estudios, pero su tono no me dejaba ninguna duda sobre lo que quería hacer.

—Sí. —No quería hacerlo. Pero teníamos que mantener a Ingram de nuestro lado. Tenía que esperar que pasara por alto unos cuantos guardaespaldas muertos con tal de poder encarcelar a los postores y desmantelar esta red.

Entró otro licántropo y le susurró algo al teniente de Pasadena.

—Ahh… hemos encontrado material en el edificio de al lado —dijo, y miró hacia el tejado—. Hay cámaras escondidas ahí arriba en algún sitio. Todo esto ha sido grabado.

Ingram querría esa grabación.

Envié a un par de guardias de seguridad de Altau a desmontarlo y llevarse la grabación.

Para entonces, los prisioneros habían sido liberados, los guardaespaldas separados y esposados. El equipo de Sky Dos empezó a levantar a los postores y a cachearlos en busca de armas.

Estadounidenses. Mexicanos. Príncipes saudíes. Tres tipos que tenían que ser mafiosos italianos. Hombres centroafricanos con rostros duros, marcados por cicatrices y con trajes de cinco mil dólares. Un par de playboys multimillonarios de Brunei o Indonesia cuyos rostros me resultaban familiares, como si los hubiera visto en las noticias. Traficantes de armas rusos. Magnates petroleros del Golfo.

Los miré fijamente hasta que Sky Dos volvió a entrar. Podía sentir la furia que desprendía.

—Mátalos a todos —siseó. Hacerle salir fuera no le había calmado.

Levantó la mano, sosteniendo algo.

—En el suelo, ahí fuera —dijo.

Un osito diminuto. Sucio. Con una sonrisa torcida. Había perdido casi todo el pelaje y una oreja. Un peluche infantil. Quizá su última posesión, arrebatada de sus manos y tirada a la basura mientras los traían aquí a la fuerza.

Respiré hondo y retiré el dedo del gatillo.

—Intenta encontrar a su dueño.

Le vi caminar hacia donde se apiñaban las niñas y los niños.

Uno de ellos señaló en silencio.

Un niño pequeño, de no más de ocho años. Acurrucado y temblando.

Sky Dos se arrodilló y le tendió el oso.

Él extendió una mano incrédula. Lo tocó. Entonces brotaron las lágrimas.

Sky Dos lo acogió en sus brazos y lo meció.

Uno de los saudíes intentó zafarse mientras le ponían las esposas.

—¡Exijo acceso a mi embajada! —me gritó—. Soy diplomático. No pueden arrestarme.

—Si vuelve a hablar —le dije al equipo que observaba—, disparadle.

Sky Uno me dio una palmada en el hombro.

—Mensaje urgente de Tarez: que despejen esto y que todo el mundo vuelva a los estudios inmediatamente con los prisioneros y los cautivos. También ha llamado a los licántropos de Pasadena.

¡No!

—¿Todos? —logré decir.

—Excepto tú y tu Casa. Dice que buena caza.

Capítulo 68

El camino estaba seco y polvoriento bajo nuestros pies.

Nos llevaban cuarenta minutos de ventaja. La noche parecía interminable, y entre las montañas de San Gabriel y el Bosque Nacional Ángeles tenían más de medio millón de acres donde esconderse.

Había rutas de senderismo y un par de autopistas que atravesaban las montañas.

Por lo que había visto, Forsythe había elegido a unos hombres competentes: quizá alguno de ellos conocía la zona o, lo más probable, tenían teléfonos inteligentes con GPS.

Pensarían que sólo necesitarían tres o cuatro horas para llegar a una de las autopistas, incluso con Forsythe ralentizándolos.

Por la forma en que habíamos atacado la subasta, estarían seguros de que no éramos policías, así que lo único que tenían que hacer era llegar a esa autopista y parar un coche. No había controles de carretera de los que preocuparse.

Quizá pensaran que estaban a salvo.

De hecho, cada minuto que pasaba estaban menos a salvo.

Alex y yo íbamos delante, con Yelena siguiéndonos a poca distancia. Los sentidos de los Athanate son buenos, pero no son nada comparados con los de un licántropo.

Julie y Keith habían regresado a los estudios Bembridge con todos los demás, excepto Víctor. Él estaba de vuelta en el rancho, esperando una llamada, preguntándose cómo esa loca estaba tan segura de poder rastrear a hombres en la oscuridad de la noche.

Y, probablemente, cómo era posible que conociese a tipos capaces de saltar desde una altura de siete metros desde claraboyas, rebotar y acabar con hombres armados en la oscuridad.

Tendría que seguir preguntándoselo por el momento.

El grupo de Forsythe estaba formado por seis personas. Les habría llevado unos quince minutos encontrar una ruta de senderismo. A partir de ahí habrían avanzado más rápido. Uno de ellos, que no era Forsythe, sangraba ligeramente. Al principio había mucha adrenalina

en su olor, pero se había desvanecido. No sentían pánico. Eran profesionales.

No estaban preparados para esto, pero el ritmo que mantenían significaba que no iban a enfriarse. La mayoría llevaba calzado con el que podían correr fácilmente. No tenían comida ni agua, pero yo había hecho cientos de carreras nocturnas en Ops 4-10 sin nada que comer ni beber.

Sabía lo que les pasaba por la cabeza.

Se estarían preguntando si habían elegido bien a su empleador. Estarían pensando en escapar, en encontrar un lugar seguro donde comer, ducharse y dormir. Y luego, si querían seguir trabajando para un hombre que claramente tenía enemigos poderosos.

Forsythe lo sabría. Seguro que les había propuesto un aumento de sueldo.

—Llevadme a Palmdale —habría dicho.

Hacía frío y no había luna ni estrellas. Apenas hacíamos ruido, salvo por nuestra respiración jadeante y el golpeteo de nuestros pies en el sendero. No me importaba lo buenos que fueran los hombres de Forsythe; sólo eran tan rápidos como su corredor más lento, el hombre que les pagaba el sueldo, y ninguno de ellos podía igualar el ritmo que nosotros manteníamos.

Aunque mi cuerpo siguiera siendo humano, dejaría salir a mi loba, tal y como prometí. Ella parecía llenar mi mente y se concentraba con una intensidad letal en el rastro de Forsythe, que huía delante de nosotros. Un rastro que se hacía más fuerte con cada paso.

Caza. Mata.

La llamada de mi loba, repetida por Alex.

Me venían recuerdos de la última vez que había cazado de noche. Carson Park. Había acorralado a Amaral y lo había matado.

La vida se reduce a eso: matar.

Renegada. Renegada.

No.

No había matado indiscriminadamente. Tenía una razón para ir tras Amaral. Lo había atacado por esa razón. Ese no era el comportamiento de un renegado. Los renegados no razonan.

Me había convertido en renegada después de atraparlo. Y había vuelto. Alex y Jen me habían traído de vuelta, y Diana me había curado.

Pensar en ella hizo que el dolor de mis pérdidas volviera a empezar.

Fragmentos de lo que pasaba por mi mente debieron de filtrarse a Alex. Corrió hacia mí y su presencia me reconfortó.

Si me volvía renegada y mataba a Forsythe, nadie iba a culparme. Excepto yo.

Podíamos transformarnos en lobos, y yo podía confiar en el dominio de Alex para evitar volver a ser una renegada. Pero eso significaría perder el uso de las P90 que llevábamos a la espalda. Podríamos necesitarlas.

En lugar de eso, intenté perderme en las sensaciones: el olor, el ritmo de nuestra carrera, los sonidos que hacíamos. Era más fácil evitar pensar en lo que había pasado hoy y en todas las razones por las que perseguía a Forsythe. Todas las razones que tenía para matarlo.

Tenía que tratarlo como una misión de Ops 4-10. Acabar con su grupo. Capturarlos. Entregarlos a Ingram. Fin.

Caza, mata, dijo el lobo.

Cuarenta minutos más tarde, casi podía saborear a los hombres que tenía delante. Habían encontrado un camino secundario que podían seguir hasta la autopista.

Seguían corriendo, pero quizá empezaban a pensar que ya estaban a salvo.

Corrimos tras ellos y aceleramos el paso; en el silencio catedralicio de la noche, nuestro oído de lobo podía distinguir el sonido lejano de algún que otro coche en la autopista del Bosque de Ángeles.

Estábamos a unos cien metros por detrás cuando llegaron al cruce con la autopista.

Pude oírlos discutir sobre cómo asegurarse de que el próximo coche se detuviera. Arriba, en las colinas, a esa hora de la noche, no había muchos.

Redujimos la marcha. Alex y yo nos desviamos de la carretera y empezamos a rodearlos por la ladera, ocultos por la curva de la carretera secundaria y los matorrales de pinos. Yelena bajó la colina.

Pude oírlos jadear y discutir mucho antes de verlos.

—Espera aquí. Cuando llegue el próximo coche, nos ponemos en la carretera y lo paramos.

Nos acercamos sigilosamente hasta que pudimos verlos.

Uno de ellos miraba hacia atrás, por donde habían venido.

—Tenemos que seguir avanzando. Nos están siguiendo —dijo—. Lo sé.

—Necesitarían perros para seguirnos. No oigo nada.

—Deberíamos caminar, dejar más distancia atrás de nosotros.

—No puedo. —Era Forsythe, desplomado sobre el muro elevado de una alcantarilla, con la cabeza entre las manos.

—Tanto empeño en acabar con la subasta no nos va a permitir escapar tan fácilmente. ¿Quién coño son, por cierto?

Forsythe se limitó a negar con la cabeza.

—Alguna banda quiere el negocio —dijo, pero ni siquiera él parecía convencido.

—Tienen helicópteros, joder, tendrán visión nocturna. Podrían estar sobre nosotros en cualquier momento. Si nos quedamos aquí, podemos escondernos donde haya buena cobertura. Si caminamos, nos pueden pillar en campo abierto.

Alex y yo nos habíamos colocado justo encima de ellos, habíamos quitado los seguros de las P90 y comprobado que teníamos seleccionado un sólo cartucho.

Nuestros ojos de lobo podían verlos claramente, resplandecientes por el calor de su esfuerzo.

Apenas podían verse entre ellos. Y, desde luego, no podían vernos a nosotros.

También podía distinguir a Yelena. Se detuvo fuera de nuestra línea de fuego.

Asentí a Alex. Su voz les causaría más impacto. No es que esperara que eso sirviera de algo, pero los quería vivos para Ingram.

—¡Dejad las armas en la carretera y tumbaos! —gritó.

Para bien o para mal, por estupidez o por desesperación, reaccionaron.

Dos fueron a por sus pistolas, que llevaban en fundas al hombro. Otros dos echaron a correr a toda velocidad por la autopista en direcciones diferentes.

Alex y yo disparamos al mismo tiempo, y las balas derribaron a los tipos que habían ido a por sus armas.

Con un par de saltos, nos tiramos a la carretera.

El tipo que seguía en pie intentó darme un puñetazo. Lo único que me avisó fue el destello de una hoja.

Me agaché para esquivar su golpe. No se lo esperaba. Probablemente tampoco esperaba que le rompiera las costillas con el puño. Ni que le dislocara el hombro mientras le quitaba el cuchillo.

Lo estrellé boca abajo contra el asfalto.

Los dos a los que habíamos disparado no iban a ir a ninguna parte y se oyó un grito de sorpresa cuando Yelena derribó al que había corrido en su dirección.

Alex echó a correr por la carretera tras el último de los guardaespaldas. No le llevaría mucho tiempo.

¿Forsythe?

Había aprovechado la confusión para huir. ¿Adónde?

Por la pendiente. Podría haberlo seguido sólo con el ruido.

Primero recuperé las armas de los guardaespaldas. No era bueno volver y encontrarse con una desagradable sorpresa.

Salté por encima de la alcantarilla.

Mis ojos de lobo podían ver por dónde iba. Forsythe no tenía ninguna posibilidad, pero corría con toda la desesperación del miedo, incluso cuando había un precipicio justo delante de él.

Le agarré de la chaqueta para tirarle hacia atrás. Una roca se movió bajo mi pie. Los dos caímos.

Capítulo 69

Rodar colina abajo en la oscuridad no le hace bien a nadie.

Recibí dos golpes fuertes en la cabeza antes de que la pendiente se nivelara. Forsythe salió bien parado, y yo tuve que soltarlo para protegerme la cabeza.

Se levantó de un salto, dando golpes a diestro y siniestro a su alrededor.

Sus brazos en movimiento me ponían en tanto peligro como quemarme con el sol en plena noche.

Lo agarré por la camisa y lo estrellé contra una roca alta.

Pero algo cambió. De repente, ya no parecía tan asustado. Una sensación de alivio, como si de alguna manera sintiera que había hecho algo inteligente.

Lo cual podría haber tenido algo que ver con la jeringuilla hipodérmica que sobresalía de mi costado.

Agarré lo primero que tuve a mano. Resultó ser el cuchillo que le había quitado a su guardaespaldas. Se lo puse bajo la mandíbula y lo empujé hacia arriba hasta que se quedó de puntillas.

—¿Así que esto era una cosita que tenías para la subasta?

—¿Farrell? —dijo él, con voz chillona.

—¿Un relajante muscular? ¿Algo para quitarle las ganas de luchar, pero que dejara a la mujer capaz de percibir lo que le estaba pasando?

Apreté con más fuerza.

—Espera, espera.

—Oh, estoy esperando —dije—. La cuestión es que estas drogas ya no me afectan como antes. Así que pueden pasar dos cosas. Empiezo a sentirme débil, en cuyo caso te clavo esta hoja a través de la mandíbula hasta el cerebro. O no, y simplemente tenemos una charla, tú y yo, mientras se pasa el efecto.

El miedo había vuelto. Todo su cuerpo temblaba.

Saqué la jeringuilla. Había introducido el émbolo hasta el fondo.

Me sentía bien. Un poco mareada. Aturdida. Magullada por la caída. La adrenalina empezaba a hacer efecto.

La navaja se agitó en mi mano.

Miedo. Ese sabor tan dulce, tan dulce. Inundando mis sentidos.

Tenía que concentrarme. No iba a seguir el camino de Basilikos. No tenía nada que ver con lo que él se merecía, tenía todo que ver con las decisiones que yo había tomado por mí misma.

Concentración.

Dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—¿Qué le has hecho a Fay?

—¿Eh?

Retiré la hoja un poco.

Estaba sangrando. No era un corte profundo. Aun así, quería taparme la nariz para no olerlo. La sangre me llamaba.

—Fay —dije—. Fay Daniels. Tu abogada. ¿Qué le hiciste? ¿Cómo conseguiste que accediera a tus fantasías enfermizas?

—¡No! Ella… —Su voz se cortó.

No podía hablar. Aflojé un poco más.

—Te has equivocado. Es ella a quien buscas —dijo.

Volví a presionar, y la hoja sacó más sangre.

—¡Se le ocurrió a ella! —gritó, pataleando para intentar alejar la barbilla del cuchillo—. Tienes que creerme. Todo fue idea suya. Cuando te burlaste de ella no pudo soportarlo. Consiguió las drogas. Nos dijo que lo grabáramos.

¿Qué? ¿Está mintiendo?

No era una experta sensora de la verdad. Podía saber si una persona mentía por los cambios en su ritmo cardíaco y el olor del cuerpo.

El ritmo cardíaco de Forsythe estaba a un paso de que se desmayara y apestaba a miedo. Y a sangre.

Me acerqué más, mirándole fijamente a los ojos.

Si mi eukori funcionara, ¿sería capaz de saber si estaba mintiendo? ¿Cómo se sentiría su eukori? ¿Podría alguna vez quitarme ese hedor de la cabeza?

Las drogas me estaban haciendo alucinar. No podía lidiar con esta mierda ahora.

Su rostro. Brillando por el sudor. Ojos enloquecidos.

Gritos. ¡Primer plano! ¡Primer plano!

¡Es una puta! Que se joda. Que se joda.

Este es el hombre que me violó. El que hizo que sus amigos me violaran.

Y ahora apesta a miedo.

Igual que Amaral allá en Nuevo México cuando mis mandíbulas de lobo se cerraron sobre su garganta.

Parpadeé.

La cara de Forsythe se difuminó con la de Amaral.

Estaba sudando. La temperatura estaba bajando. Me entraron escalofríos. La droga me estaba afectando. Podía sentir cómo me succionaba lentamente.

No puedo dejarlo escapar. Prefiero matarlo. Pero Ingram lo quiere. Lo necesita vivo. ¿Dónde está Alex? ¿Yelena?

Forsythe balbuceaba.

—Quieres venganza. Tienes todo el derecho.

No se trata de venganza, ¿verdad? ¿Resolución? ¿Redención?

¿Qué quiero hacer?

Quería tumbarme.

Él seguía balbuceando.

—Yo también soy una víctima. Ella me ha trastornado, Farrell. Nunca he estado bien. Es a ella a quien quieres.

Mentiras. Medias verdades, tal vez. Los dos están enfermos, enfermos, enfermos. Los dos.

Sólo quería que todo acabara. Todo. Dejar que todo se fuera.

Sentía el cuchillo torpe en mi mano. Resbaladizo. Pesado.

Sus pies ya no se retorcían. Su voz se estaba ralentizando.

—No quieres esto en tu conciencia. No estoy armado. De todos modos, no soy a quien buscas.

Algo va mal.

Su olor estaba cambiando. O mis sentidos estaban cambiando. Estaba perdiendo al lobo.

No percibía toda la intensidad de la noche en mi nariz.

Su rostro parecía oscurecerse, perder definición. Sólo olía a humano y a sudor. Todo mi cuerpo temblaba.

Mátalo ahora.

Me sentía como si estuviera vadeando melaza. Todo iba lento.

Agarró una de las pistolas de los guardaespaldas que yo había recogido. Las había metido en el bolsillo de mi chaqueta, y una se había salido tras mi caída por la pendiente.

Se soltó fácilmente. Ni siquiera se apresuraba.

Sólo quería que todo acabara.

Sonrió. Una sonrisa amplia y despreocupada. Confiada. Justo como solía sonreír en South High.

La elethesina se disparó en mi organismo. El equivalente Athanate de la adrenalina, pero con turbo. Quemó las drogas.

Le inmovilicé el brazo, le di una patada en las piernas para derribarlo y le estrellé el cuerpo contra el suelo, utilizando su propio peso para romperle el codo.

Gritaba mientras lo levantaba y lo estrellaba contra la roca.

—¡Ha sido divertido, gilipollas! —le grité a la cara—. Ahora prueba el otro bolsillo.

El cuchillo estaba ahora contra su cara.

Lo moví de un lado a otro, balanceando la punta delante de sus ojos, deslizando el filo punzante por su mejilla. Y estaba muy afilado.

—Joder. Te he cortado —dije, mientras la sangre empezaba a gotear—. Tío, esa droga es fuerte. De verdad que no tengo el control.

No lo tenía.

Él estaba aterrorizado de nuevo.

La sensación de miedo era como una mala borrachera. Sólo un trago, sólo otro más. Me lo merezco. Un poco más no hará daño.

Deslicé la punta por su camisa. Se enganchó y la cortó. Más sangre.

—Ups —balbuceé.

La hoja se retorció, silbó sobre la tela de la camisa, bajó por su pecho, pasó por su cinturón. Hacia abajo.

Él gemía.

Miedo. Como Amaral. Como Amaral; el aliento y la sangre burbujeando por su garganta mientras yo mordía y mordía y sentía cómo sus fuerzas se desvanecían.

Tan dulce, ese miedo, ese miedo a que la larga noche cayera por fin. Tan dulce alimentarse de él.

Invertí el movimiento, llevé la hoja de vuelta hacia su entrepierna. La presioné con fuerza. Sentí cómo se rasgaba la tela de sus pantalones. Nada más que carne debajo. Sentí que la piel ya sangraba. Su intento desesperado por mantenerse quieto, por mantener la hoja alejada de él sólo un momento más.

Se meó encima.

Como Amaral, cuando lo supo.

Su rostro se difuminó con el de Amaral. El hombre cuyos planes habían matado a Diana. Y a Kaothos.

La cárcel era demasiado buena para ellos. Amaral y Forsythe.

Tenía su vida en mis manos. Él lo sabía. Me alimenté de su miedo.

Pero el mensaje que mi lobo intentaba transmitirme finalmente llegó.

Mi lobo le había cazado. Ahora le tocaba a mi Athanate.

Me negué a dejar que Forsythe tuviera poder sobre mí.

No tiene ningún poder. Ningún poder.

No puede obligarme a hacer nada.

Ni una sola cosa.

Ni siquiera obligarme a matarlo.

Yo elijo mi camino.

Mi eukori tartamudeó y fluyó. Tocó su mente. Sentí cómo se retorcía. Él intuyó algo. Demasiado tarde.

Así es como se siente, Forsythe.

Así es como se siente cuando te inyectan drogas para que no puedas luchar, pero que sigas sintiendo.

Aún puedes gritar.

El olor del sótano. El hedor de la lujuria.

El ruido. Los gritos.

El roce de las lenguas. Las manos.

Todas sus manos. Agarrando, desgarrando y empujando. Invadiendo.

Así es como se siente uno cuando no tiene poder. Débil. Indefenso.

El dolor no cesa.

Así es como se siente confiar y ser traicionado.

Lo que se siente al ser drogada y sujetada.

Lo que se siente al ser violada.

Esto es lo que se siente cuando les suplicas y gritas hasta que te duele la garganta, y ellos siguen adelante.

Esto es lo que se siente. Siéntelo ahora.

Y esto es lo que se siente cuando te persigue. Cuando crees que lo has superado y vuelve, una y otra vez, y no puedes detenerlo. Cuando no puedes dormir, porque te despiertas gritando por pesadillas que nunca podrás vencer.

Así será tu vida hasta que mueras.

Nunca volverás a dormir con normalidad.

Cooperarás con la ley, porque cualquier cosa, cualquier cosa es mejor que intentar dormir sin sedantes, y a menos que hagas lo que te piden, te los negarán.

Así será el resto de tu vida, Forsythe.

—¿Amber?

Alex. Silencioso como un zorro. Fuerte como un lobo. Su fuerza y su amor fluyeron hacia mí.

—Sí —dije.

Dejé que Forsythe se fuera, y él se deslizó por la roca y se desplomó en el suelo, con el rostro en blanco por el horror.

Lo arrastramos cuesta arriba y lo tiramos a la carretera junto a sus antiguos guardaespaldas.

Se quedó allí tumbado, sollozando.

—Eres patético —dije, sin importarme si me oía o no—. He terminado contigo. Me he liberado de ti.

La mano de Yelena se posó sobre mi hombro.

—Víctor viene —dijo—. Haremos dos cargas para el Gazelle y los llevaremos de vuelta a los estudios para que Altau se encargue de ellos. He llamado a Tarez y se lo he dicho.

Asentí con la cabeza.

—Hazle una foto así, por favor —dije. Mi voz sonaba extraña, ligera—. Envíasela a Tove Johansen. Dile que va a ayudar al FBI. Que la verdad saldrá a la luz. Ahora la gente la creerá. Dile que le llevaremos a casa, a Clearbrook. O que puede irse a donde quiera, y nosotros le pagaremos el billete de avión. O que puede venir a vivir

con nosotros. Lo que ella quiera. Dile que se ha acabado. Que por fin se ha acabado.

Capítulo 70

Me sentía atontada. Quizá fuera el efecto residual de la droga que Forsythe me había inyectado. O la acumulación de todo lo que había pasado durante el día.

La seguridad de Tarez se había llevado a Forsythe nada más aterrizar, para retenerlo junto con el resto de postores y guardias hasta que Ingram los viniera a buscar.

Los estudios parecían vacíos, salvo por los guardias en la puerta. Los Sikorsky se habían ido. Las furgonetas se habían ido. No había representantes. No había ajetreo en los pasillos.

Era inquietante.

—Hemos enviado a todos los representantes de vuelta a sus dominios, Casa Farrell. —Fue todo lo que el guardia pudo decirme—. A la mayoría los han escoltado al aeropuerto. Cualquiera que no estuviera de guardia, ya fuera Athanate o licántropo, participó en un barrido de toda la ciudad para eliminar a los últimos Basilikos.

—Excepto los que estaban de guardia, ¿eh?

Hizo una mueca y se rio.

Tarez nos había dejado un mensaje para que lo esperáramos. Nos instalamos en una de las salas laterales vacías que tenía cómodos sofás.

Alex encargó que nos trajeran hamburguesas del In-N-Out más cercano.

Y Tarez llegó justo a tiempo para compartirlas.

El hombre parecía como si hubiera pasado por una docena de asaltos en el ring de boxeo.

—El resto de tu Casa está bien —dijo de inmediato—. Hablé con ellos mientras volabas de vuelta hacia aquí. Vendrán a reunirse contigo en cuanto la policía haya terminado con ellos y podamos prescindir de una escolta.

Mientras nos sentábamos a comer, nos pidió que le informáramos de lo que había pasado en las montañas de San Gabriel después de la subasta.

—Bien —dijo cuando terminé—. Muy bien. La instrucción explícita de Skylur era que tenías carta blanca, pero tu moderación le gustará

a Ingram. Necesitamos que quede bien ante sus jefes mientras resolvemos cómo vamos a colaborar con el FBI en la Revelación.

—¿Cómo fue en...? —empecé a decir.

—Las Vegas fue todo un éxito. Tu corazonada resultó ser totalmente acertada. Encontraron una mina de oro de información en una granja aislada que Forsythe y Spiegler poseen a través de una red de empresas extranjeras. Una mina de oro. Forsythe lo graba *todo* y lo guarda todo.

Me estremecí, pero Tarez no se dio cuenta.

—El poder de Forsythe en esta red de tráfico se ha basado en su capacidad para chantajear a tanta gente. Ingram no me ha dicho nada, por supuesto, pero la Casa de Las Vegas estuvo implicada hasta el momento de la redada en la granja a la que se dirigía Spiegler. Ese lugar es una cueva de Aladino llena de grabaciones.

Masticó pensativo durante un momento, con la mirada perdida en el vacío, como si estuviera haciendo planes.

—Ingram y el Proyecto Anthracite estarán ocupados durante meses —dijo.

Volví a meter mi hamburguesa en la bolsa, sin apetito ya.

Elegí mi camino.

Forsythe no tiene poder sobre mí.

Ni siquiera si hay grabaciones de hace doce años en las que se le ve violándome.

—¿Qué ha pasado aquí? —le preguntó Alex a Tarez.

Suspiró.

—Skylur ha perdido el voto de confianza. Ya no es presidente de la Asamblea. La Casa Correia ha ocupado ese puesto.

—¿De verdad lo hizo Huang? ¿Votó en contra de Skylur?

Tarez asintió. Pude ver cómo se debatía consigo mismo sobre qué decir y cómo decirlo. Estaba claramente desconcertado por lo que había pasado.

Al final se encogió de hombros y dijo:

—Skylur echó a todo el mundo. Todas y cada una de las Casas del Camino Oculto o del Imperio del Cielo fueron, cómo decirlo, *escoltadas* al aeropuerto de Los Ángeles. —Miró su reloj—. Sólo

Altau, o las subcasas de Altau como la tuya, o las Casas que han jurado asociación explícita con Altau, permanecen en el país.

Se limpió la boca con una servilleta de papel mientras yo fruncía el ceño; eso sonaba como si Skylur estuviera montando una pataleta. ¿Qué demonios estaba pasando?

—La excusa de Skylur fue que ya no tenía ninguna obligación de acogerlos ni protegerlos y, por supuesto, tiene razón —dijo Tarez—. Ni el Agiagraphos ni las leyes de la Asamblea le obligan a permitir que haya Casas no asociadas en su dominio. Y la cuestión de protegerlos de los ataques de Basilikos era válida, aunque a estas alturas tampoco debería quedar ninguno de ellos.

Me di cuenta de que Tarez estaba de acuerdo con mi pensamiento tácito: había algo más de lo que parecía a simple vista.

—Al menos estarán en casa para Navidad —dijo Alex.

—Tú también —respondió él—. Pero creo que Skylur tiene un par de tareas más para ti antes de que te vayas.

Alex resopló en silencio.

—¿Cómo ha afectado esto a Panethus como partido? —preguntó Yelena.

Tarez esbozó una sonrisa cansada y cínica.

—Desde el punto de vista puramente de la política interna del partido, es lo mejor que nos podía haber pasado. Incluso mejor que pillar a Matlal intentando asesinar a las Casas en la Asamblea. Todas las Casas que tenían el privilegio de discutir temas secundarios para ganar puntos políticos se han dado cuenta de repente de que el juego ha cambiado. Se han dado cuenta de que ni siquiera la Revelación es un problema tan grande para ellos como el Camino Oculto al frente de la Asamblea. Panethus vuelve a apoyar firmemente a Skylur. Somos el partido más grande, una vez más. Aunque inútiles frente al peso combinado del Imperio y el Camino Oculto, por desgracia. —Se encogió de hombros de nuevo—. Veremos si la incorporación de los licántropos y los adeptos cambia eso, pero lo dudo.

Había un grupo Athanate que, al menos para mí, era significativo.

—¿Y la asociación de la Costa Este? —pregunté.

Tarez puso cara de preocupación.

—Ya no existe la asociación de la Costa Este —dijo—. Se han disuelto y han prestado juramentos de sangre a Skylur. Todos menos uno.

—¿Ibarre?

—Sí —dijo en voz baja—. Aunque ahora todas las Casas de Panethus le apoyan firmemente, Skylur tiene que dar una imagen de fortaleza. Ibarre se dio cuenta de que su revuelta había terminado, pero Skylur rechazó su oferta de juramento.

—¿Y qué hay de la oferta de abandonar el país? —preguntó Yelena.

—Skylur la revocó. —Tarez se frotó la cara—. Por muy diferente que pudiera parecer en el poco tiempo que lo has conocido, Ibarre tenía su propio sentido del honor y un profundo conocimiento de la antigua tradición Athanate.

Tragué saliva. Si Skylur juzgaba a Ibarre como un traidor, entonces las vidas de toda la Casa Ibarre estaban perdidas. Sin duda…

—Ibarre y toda la delegación Athanate de la Casa Ibarre aquí en la ciudad realizaron el *korheny*, el sacrificio de sangre en señal de pago, para suplicar por la vida del resto de su Casa.

—Oh, dioses —susurró Yelena.

—Sus parientes aquí en Los Ángeles decidieron unirse a ellos. Todos ellos.

Ibarre. Sus dos ayudantes de Athanate. Un par de guardias. Y unos veinte humanos. Muertos.

—¿Y su Casa en Maine? —preguntó Yelena.

—Skylur ha aceptado el korheny. Lo que haga con ellos ahora… — Levantó las manos.

Llamaron a Tarez para informarle sobre la caza de las últimas células de Basilikos. Nos sentamos y nos quedamos mirando al vacío, con los restos de la comida olvidados ante nosotros.

Alex me atrajo hacia él y me rodeó con sus brazos.

Era egoísta buscar consuelo en él sin poder devolverle nada. Pero las penas del día parecían eclipsar lo bueno que había sucedido y lo arrastraban todo a una cloaca de miserias.

Diana y Kaothos. Todavía no podía creerlo.

¿Cómo se sentiría Tullah? ¿Por qué esconderse de los Adeptos del Imperio si Kaothos estaba muerta? ¿Qué estaban haciendo los Adeptos?

Los demás. El guardia Altau que había muerto en el rancho, cuyo nombre ni siquiera sabía.

E Ibarre. Era extraño llorar su pérdida. Quizá no tanto por el hombre como por sus parientes, que habían preferido morir antes que sobrevivirle. ¿Cómo nos lo habíamos ganado los Athanate?

Como Casa, ¿cómo podía vivir con tal poder sobre la gente?

Mientras eso se agitaba en mi mente, la fatiga me abrumó.

Nada es lo que parece.

La larga espina dorsal de San Gabriel se extiende sobre la temblorosa falla de San Andrés y cuatro millones de personas se agolpan a su sombra.

En la ciudad, calles resplandecientes cortan los barrios como cuchillos. Monstruos —monstruos humanos— acechan el valle y nadie oye el sonido de grilletes interminables arrastrándose en la oscuridad de las alcantarillas. La gente pasa, ciega y sorda, a través de la bruma del calor y los gases de los coches que huelen a desesperación y últimas oportunidades. Pasan de largo, a través de una ciudad insomne, una ciudad marcada por carreteras blanqueadas por el sol y ungida con charcos azules.

Fresca y lenta llega la noche sin estrellas que lo cubre todo, en la ciudad que se alimenta de sueños; y nosotros somos de la misma materia de la que están hechos los sueños.

El dragón se agita.

Las arenas suspirantes brotan y se filtran en los centros comerciales de mármol blanco al son de mil serpientes, y la gente tiembla en la oscuridad de los neones.

El dragón se agita.

El dragón se agita, y el mundo entero tiembla.

—Amber, despierta.

Era Jen. Me rodeaba con sus brazos. Me había quedado dormida en el regazo de Alex. Sus brazos nos rodeaban a las dos. Fue una

buena forma de despertarse.

—¿Una pesadilla? —dijo ella.

—Uf. ¿Ha habido un terremoto? —murmuré.

—No. Nada. Pero Skylur quiere vernos ahora.

—¿A nosotros? ¿A todos?

—Sí.

Me pasé los dedos por el pelo. Tendría que valer.

—¿Dónde están los demás?

—Dejamos a Dominé y a Vera con Dante y Tamanny. Las chicas están agotadas y los guardias siguen allí.

Vale. Las veré más tarde.

Suponiendo que Skylur no tuviera algo que hiciera que me alejara de allí.

Caminamos por el pasillo y entramos en tropel en su oficina, con Keith cojeando al final.

Sólo Skylur. Tarez no estaba.

¿Qué está pasando?

Skylur estaba sentado en su escritorio. Estaba vacío, salvo por un reloj de bolsillo antiguo y un comunicador. Posiblemente, había estado despierto toda la noche, pero no parecía cansado en absoluto. De hecho, parecía rebosar energía.

Era sorprendente. Había perdido a su amiga de toda la vida, por no hablar de la presidencia de la Asamblea y de cualquier esperanza de controlar la Revelación. Sin embargo, parecía francamente feliz, tras su habitual máscara de dedos entrelazados.

Echó un vistazo al reloj, se levantó y fue directo al grano.

—Tened paciencia conmigo. Aquí, en el corazón de Hollywood, las cosas no siempre son lo que parecen.

Mi instinto no me había fallado en eso.

—No hay tiempo para explicaciones. Quiero daros las gracias a todos por el trabajo que habéis hecho. Habéis superado todas las expectativas. —Una leve sonrisa se dibujó en su rostro—. La recompensa por ello es, por supuesto, más trabajo. *Si* estáis de acuerdo.

Alex y Jen resoplaban. Intercambiamos miradas.

Asentí con la cabeza a Skylur. Le había hecho mi juramento de sangre. No hacía falta que preguntara.

—Excelente. —Se apoyó en el escritorio—. Situación política: pensad en Imiso Correia, en su avión de vuelta a Río. Tiene la presidencia. Sin embargo, antes de que pueda convocar a la Asamblea y hacer algo de verdad, tiene dos pequeños problemas. En primer lugar, el Camino Oculto tiene que romper por completo sus vínculos con Basilikos y los recuerdos de esos vínculos deben ser borrados.

—¿Eso es seguro? *Sabemos* que el Camino Oculto sigue conectado con Basilikos.

Skylur asintió.

—Más que conectado. Basilikos sigue controlando las facciones más poderosas del Camino Oculto.

—No lo entiendo —dijo Jen—. ¿Por qué eso le impide convocar a la Asamblea?

—Creo que lo sé —dije—. El presidente está sujeto a la evaluación de los sensores de la verdad para todo lo que diga en la Asamblea. Tu primera pregunta sería: «¿La política del Camino Oculto la determina Basilikos?».

—Exactamente —dijo Skylur.

—Eso fue lo primero que la frenó. ¿Cuál es lo segundo? —pregunté.

—Aunque intente gestionar las cosas a través de comités, necesita la aprobación del Imperio antes de cualquier decisión importante.

—Ese hombre acaba de votar en tu contra.

—Así es. Sin embargo, creo que tenemos un… acuerdo.

—¿*Crees*? ¿Has negociado con él?

—En cierto modo. No hay pruebas de connivencia entre nosotros, que es como debe ser. Correia creará comités e intentará dirigir la Asamblea a través de ellos. Se quejaba de la burocracia interminable, pero eso es precisamente lo que tendrá que soportar. Y con cada pequeño paso, tendrá que asegurarse de contar con el apoyo de Huang o de mí mismo. Esto es lo que el Imperio del Cielo ha estado buscando.

—Pero Kaothos…

—Oh, ellos hubieran preferido tener un dragón, o el dragón y la Asamblea. Pero no imagines jamás que la estrategia del Imperio es sólo lo que ves. El Emperador está tan preocupado como yo por la Revelación. Remaremos juntos en este barco, él y yo, por mucho que Correia agite su bandera.

—Y todo este tiempo, ¿el Camino Oculto no se atreve a perturbar la paz cuando son ellos los que se supone que están en el poder? —se rio Yelena.

Skylur se unió a ella y volvió a mirar su reloj.

Antes de venir a Los Ángeles, habría jurado que aquel hombre no tenía tics nerviosos.

Continuó antes de que pudiera preguntarle nada más.

—Situación interna: en estos momentos, Naryn se está preparando para trasladar la Casa Bazhir a Maine. Allí, se hará cargo de lo que queda de la Casa Ibarre y me ayudará a garantizar que no haya ninguna debilidad causada por las secuelas de la asociación de la Costa Este.

—¿Vas a volver a Denver?

—No. El dominio de la Casa Altau será el antiguo dominio de los Guardianes. Me voy a Nueva York.

—¿Dejando Denver vacía?

¿Excepto por nosotros?

—La Biblioteca Oscura no se puede trasladar fácilmente, así que Haven permanecerá allí. Bian regresará y la convertirá en su dominio. Su Diakon, Tom, ha sido ascendido a Casa Sherman y asumirá el dominio de Albuquerque.

Vaya. Pero ¿por qué?

El comunicador pitó y Skylur lo acercó a su oído.

Pude oír la voz al otro lado.

—El vuelo CP 800 acaba de superar los tres mil kilómetros en ruta hacia Pekín.

—Gracias. —Skylur cortó la conexión. Curiosamente, su voz había cambiado mientras hablaba por el comunicador. Sonaba tan cansado y apagado como cabía esperar.

Cambió de canal en el comunicador.

—Tarez. Me voy dentro de cinco minutos. Es todo tuyo —dijo sin dar más explicaciones. Luego se volvió hacia nosotros.

—Venid conmigo. Deprisa.

Con el rostro serio, nos condujo a toda prisa hacia la parte trasera del edificio.

Capítulo 71

Amanecía y los rayos de luz pálida que entraban por los ventanales dividían los pasillos en segmentos. Mis pasos parecían más ligeros. Más que ligeros; había tomado una decisión en mi vida personal, pero la situación en el mundo paranormal era preocupante.

Todo estaba en silencio y vacío hasta que salimos por la parte trasera de los estudios.

Cuatro Athanate con equipo de combate completo estaban fuera. Estos tipos *no* habían estado despiertos toda la noche. Estaban frescos y alertas. Vigilaban una furgoneta sin distintivos aparcada cerca de la puerta, similar a las que Altau había estado utilizando para la seguridad, pero más grande.

—Gracias —dijo Skylur a los guardias—. Por favor, id a la entrada de los estudios y esperad instrucciones de la Casa Tarez en el canal 8.

Cuando se hubieron marchado, Skylur levantó un panel en la parte trasera. La puerta de la furgoneta se controlaba mediante un lector de huellas palmares y un escáner de retina. Y un código de acceso de seis dígitos.

A Ben-Haim le habría gustado.

Skylur abrió la puerta y nos subimos tras él.

La puerta se cerró detrás de nosotros y las luces se encendieron.

Delante de nosotros había una lámina ondulante. Parecía una lámina de agua que caía del techo para ser recogida y bombeada de nuevo hacia arriba. Incluso sonaba así. Pero el agua no se doblaría así, y el poco sentido que tenía de la energía me decía que se trataba de un adepto trabajando. Uno poderoso.

Estaba a punto de pedir una explicación cuando la lámina se hinchó y se partió de forma inquietante para dejar pasar a Alice Emerson, la Adepta de la Casa Altau.

—Casa Altau, Casa Farrell. —Sus labios esbozaron lo que podría llamarse una sonrisa, pero por dentro estaba tan tensa como la cuerda de un arco.

—Tal y como recomendaste, hemos esperado hasta que Huang estuviera a más de tres mil kilómetros de distancia —dijo Skylur, y

señaló el hechizo—. ¿Estás segura de que esto impedirá que sus Adeptos perciban lo que ocurre?

—El hechizo se parece tanto como he podido a tu escudo protector de las Lyssae en Haven. Si están tan lejos, *deberían* estar fuera de alcance.

—¿De qué? —pregunté.

—Fuera del alcance para percibir a Kaothos —dijo Alice.

Mi mundo se tambaleó.

¿Qué?

—¡¿No está muerta?! —grité—. ¿Dónde está? ¿Dónde está Tullah?

Incluso miré a mi alrededor, como si Kaothos hubiera envuelto a Tullah en una capa de invisibilidad para gastarme una broma.

—El avión que lleva a Elizabetta a Albuquerque volverá con Tullah y sus padres, pero no podemos permitirnos esperar —dijo Skylur—. Además, Kaothos no está allí.

Esto se estaba volviendo cada vez más loco.

—Verás —dijo Skylur—, Diakon Huang decía la verdad, tal y como él la conoce. Un dragón joven es casi indefenso ante el atractivo de un huésped poderoso. Kaothos se acercó demasiado y cayó.

¿Demasiado cerca? ¿Quién era lo suficientemente poderoso…?

Entonces lo entendí. Me quedé boquiabierta.

Skylur me tomó del brazo y caminamos por el taller, seguidos por los demás.

Diana yacía en su féretro tal y como había estado en el salón principal.

El escudo mágico se curvaba como una burbuja, encerrando por completo el espacio. Me picaba. Un picor que no podía identificar ni rascarme.

Me quedé mirando a Diana.

—Pero…

—*Parece* estar muerta, pero no lo está. Kaothos y Diana han creado un estado tan cercano a la muerte que no puedo distinguirlo. Y lo que es más importante, Huang tampoco podría. Pero no podemos dejarle así por más tiempo, o corremos el riesgo de que se convierta en Lyssae.

—¿Cómo la despertamos?

—Nosotros no. Tú. Fue muy específica —dijo Skylur—. Insistió.

—¡Oh, vamos! ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Alice?

Los dos, Skylur y Alice, se limitaron a sonreír.

—¿Que la bese? ¿Como si fuera la maldita Bella Durmiente?

—Vamos, Amber, esa es la fábula de los humanos. ¿Cuál sería el equivalente en Athanate?

Fruncí el ceño.

—¿Sangre?

Skylur asintió, con la mirada fija en Diana. Señaló su muñeca y luego me entregó un cuchillo ornamentado, muy antiguo, con una hoja negra y curvada. Afilado.

Me hice un pequeño corte en una vena de la muñeca y lo acerqué a los labios de Diana.

La Sangre tiñó sus pálidos labios de un rojo intenso.

—Tardará un rato —murmuró Alice, mientras buscaba el pulso del cuello con los dedos.

—Pero, ¿cómo puede Diana albergar un espíritu de dragón? —preguntó Alex—. ¿Es híbrida? ¿Una Athanate y una Adepta?

Skylur negó con la cabeza.

—Es una Athanate. Pero, ¿qué son los Athanate? Antiguos humanos que utilizan la energía, igual que los Adeptos, pero de forma limitada. Algunos de nosotros estamos menos limitados que otros. —Volvió a sonreír y acarició la mejilla de Diana con la mano.

—Los poderes completos de los Athanate más antiguos les llegan al ejercer un mayor control sobre la energía, haciéndolo menos por rutina o instinto, y más por deliberación.

—*Mayores* —dije—. *Kumemnon*. Ese título para Diana que no dejan de usar. Tiene algo que ver con la edad. ¿Qué significa exactamente?

—Vamos, has estudiado el idioma —dijo Skylur—. Kumemnon es una palabra compuesta. Desglósala.

¿Era suficiente mi conocimiento básico del Athanate? *Mem* significa edad. El *non* al final es un comparativo. ¿Significa «más»? ¿La de mayor edad… la mayor? ¿Diana es una de las mayores? ¿Sí? Pero ¿qué significa *ku* al principio de una palabra?

—Crea énfasis —respondió Skylur en voz baja—. Para mostrar que algo es único.

Me causó una pequeña conmoción.

—¿Entonces Kumemnon es *la* mayor? ¿Diana es la Athanate más anciana del mundo?

—Eso es lo que dicen los ancianos, incluso en Carpathia. —Yelena se estremeció—. Después de haberla conocido, me lo creo. La honran, incluso los Ancianos que albergan la Biblioteca de Hutsul.

La Athanate más anciana. Yo también me estremecí. *¿Qué edad tiene? ¿Cómo le pareceremos a ella?*

Me volví hacia Yelena.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Se encogió de hombros.

—Pensé que lo sabías.

Me queda tanto por aprender.

Diana no se había movido. No tenía pulso, no detectaba ningún sonido.

—¿Cuánto tiempo lleva esto?

Alice suspiró.

—No estoy segura. Esto no es una ciencia.

Acercó un espejo a la nariz de Diana. No se empañó.

—Intenta hablar con ella —dijo.

—Diana.

Nada. Mi pequeña herida se había curado. La volví a abrir con la hoja y presioné mi muñeca contra sus labios.

Me incliné y le susurré al oído:

—Kumemnon.

¿Se sentían sus labios más suaves contra mi muñeca?

Seguía sin haber respuesta.

—Mentora, te necesito.

Un movimiento. ¿Un aliento fantasmal en mi muñeca? Nada en el espejo, pero algo se agitó en el vacío y rozó mi mente. Se me puso la piel de gallina por todo el cuerpo.

Necesita algo más.

Me sentía incómoda, aparté a Alice y me incliné sobre Diana hasta que mi cuello rozaba su boca. Un pequeño movimiento y pude sentir

mi pulso latiendo contra sus labios. Concentré todos mis sentidos en ese latido. Sentí cómo se aceleraba y comenzaba a correr con anticipación.

Cerré los ojos.

Como había dicho Víctor. *Una locura, una locura, una locura.*

—Mi sangre es tuya —susurré.

Colmillos.

Pude *sentir* cómo se manifestaban en su boca.

Pero no era suficiente. Todavía necesitaba algo más.

¿Qué me había dicho cuando me visitó por la noche? Algo sobre desiertos y lluvia.

No lo recordaba; toda la conversación parecía borrosa. Debió de ser cuando alteró mi recuerdo de Kaothos para que Huang lo encontrara. Recordaba haber aceptado algo. Pero se me escapaban todas las palabras.

Recordaba aquel poema de amor Athanate. Tenía desiertos y lluvia. Jen siempre lo citaba cuando le mordía. Lo intenté.

En el desierto, soy tu lluvia,
y en la oscuridad, soy tu luz.
Te hago este regalo con amor para que los dos podamos vivir.

Un suspiro de ella, un suspiro inequívoco.

—Dijiste que me esperarías —susurré—. Aquí estoy.

¿Se habían movido sus labios contra mi cuello? ¿Era sólo mi imaginación?

El pulso me retumbaba en los oídos.

Tragué saliva.

—Confía en ti misma... —comencé.

—… y nadie te traicionará.

Sus palabras eran como seda sobre mi piel. Y tras esa suavidad se escondían unos colmillos.

Me agarré a los bordes del féretro para no moverme. Sus colmillos se clavaron en mi cuello y *tiró de ellos*.

—Oh, Dios —murmuré. Las luces estallaron ante mis ojos y las rodillas comenzaron a fallarme.

Las manos de Alex me sujetaron. Me estabilizaron.

—¿Qué está pasando? —preguntó Jen.

Preocupada. Pero ya no había nada de qué preocuparse.

Skylur.

—No pasa nada.

El mundo se volvió pálido. El placer brotó de Diana y me empapó, se derramó de mí como si fuera una olla agujereada, e inundó a todos los que estaban en el furgón. Jadeos y tambaleos.

Y tras esa ráfaga de placer, que brotaba de Diana: otra presencia.

La furgoneta se llenó de una niebla que se arremolinaba y giraba. Hizo un ruido, como el chisporroteo del agua sobre las brasas.

Sabía quién era, pero no me atreví a moverme con los colmillos clavados en mi garganta.

—¡Kaothos! —siseé.

Ella hizo su truco de manifestarse a medias, llenando la furgoneta de escamas brillantes y resbaladizas que rozaban a todos.

—Amber Farrell —siseó ella a su vez entre risas. Pero dejó de burlarse.

Por sus reacciones, me di cuenta de que todos en la furgoneta podían oír a Kaothos.

—Mmm… —Los brazos de Diana me rodearon. Sus colmillos se retiraron y pasó la lengua por mi cuello. Los aniatrópicos me picaron un segundo antes de que los analgésicos hicieran efecto. La zona se entumeció un poco, dejando sólo un regusto de placer.

—Malditos seáis —murmuré, parpadeando—. Malditos seáis los dos por hacerme eso. Pensé…

—Lo siento, Amber. Las *dos* lo sentimos.

Me dio un último abrazo y luego me apartó con suavidad antes de extender un brazo.

Kaothos *se transformó* y se materializó como un lagarto azul iridiscente de unos treinta centímetros. Se posó en el brazo de Diana.

—Sí, *Amber Farrell* —dijo—. *Sentimos haberte engañado*.

—No *te* creo, lagarto.

Kaothos abrió la boca y siseó fingiendo incredulidad e indignación.

—Es un truco ingenioso, manifestarse como un lagarto —dije—. De alguna manera, resulta apropiado.

—*Hemos aprendido muchos trucos nuevos* —dijo Kaothos, agitando una pata.

—¿En serio? Entonces, ¿qué poder tienes ahora, lagarto? —pregunté—. ¿Puedes predecir el futuro, por ejemplo?

—*Sabía que me ibas a preguntar eso* —respondió Kaothos, y todos nos reímos.

—¿Kaothos ha estado escondida con Diana desde Carson Park? —preguntó Alex.

—Así es —dijo Skylur—. Fue difícil para ambas.

Tuve un flashback de extrañas visiones en las que corría por las habitaciones, sabiendo que alguien se escondía de mí. Y aquella noche en que Diana me había visitado: me desperté con una fugaz impresión de alas de dragón.

—Kaothos no era lo suficientemente fuerte como para defenderse de todos los Adeptos del Imperio —dijo Diana—. Lo supe enseguida. Al principio no estaba de acuerdo, pero ahora se da cuenta de que esconderse era la mejor opción. Está deseando volver con tu amiga Tullah.

—El Adepto de Huang vio morir a Kaothos en los recuerdos de Amber —dijo Alex—. Eso fue…

—Un recuerdo falso —dijo Skylur—. Amber accedió a dejar que Diana hiciera ese cambio para proteger a Tullah y a Kaothos. Romper el bloqueo de Diana *estuvo* a punto de costarle la vida a Kaothos de todos modos. Sólo hizo falta un pequeño giro en el último momento. Pero, por supuesto, una vez hecho, el recuerdo de que se había hecho también tuvo que ser borrado.

Lo miré fijamente.

—¿Tenías la intención desde el principio de permitirle sondear mi mente?

Skylur asintió con la cabeza.

—No podíamos ocultarle a Diana para siempre. Parecía la mejor opción. Siento que, una vez más, hayas sido nuestro peón sin saberlo.

—Bueno, esta vez parece que yo misma lo acepté.

La idea de que mis recuerdos hubieran sido alterados, incluso con mi permiso, me provocó sudores fríos.

Diana permaneció tumbada, con aspecto débil. Eso no impedía que ella y Skylur intercambiaran rápidamente en Athanate una actualización de lo que había sucedido mientras ella estaba «muerta».

—Muy bien —me dijo Skylur—. No veo otra forma de hacerlo. Huang no debe enterarse, así que tendremos que limitar el conocimiento de Diana y Kaothos al menor número de personas posible.

—Hasta que Kaothos sea lo suficientemente fuerte como para enfrentarse al Imperio —dijo Diana con clara confianza en que eso sucedería.

—Mientras esperamos a que eso ocurra, no puedes venir a Nueva York conmigo, Diana. Tú y Alice tendréis que quedaros en Denver.

—Bien. Justo donde debe estar una mentora —murmuró.

—Tullah y sus padres también. Incluso después de que devolvamos Kaothos a Tullah, debemos mantener esto en secreto.

Kaothos se acurrucó junto al cuello de Diana.

—*Tenemos que mentir a nuestros amigos* —dijo ella—. *Amber Farrell me dijo que no debía mentir y he llegado a creer que tiene razón. No me gusta mentir*.

—Tenemos que hacerlo —dijo Diana en voz baja.

—No para siempre, pero tendremos que engañar al resto del mundo mientras lo guiamos hacia aguas más seguras —dijo Skylur.

—No va a suceder de la noche a la mañana —dijo Diana—. No estamos al final de la Revelación.

Skylur se rio.

—En el mejor de los casos, hemos llegado al final del principio.

Dio unas palmadas.

—Todos necesitaremos tiempo para recuperarnos antes del siguiente paso. Tú también, Amber. El «truco» para llevar a Kaothos de vuelta a Tullah puede ser difícil, y no podemos empezar hasta que Diana se haya recuperado. Una vez que volvamos al trabajo, tendremos mucho que hacer. Descubrir exactamente qué utilidad tendrá tu conexión con los Cárpatos. Averiguar si tu Sangre reducirá

el *crusis* e impregnará a los híbridos. Explorar exactamente qué poderes de adepto posees. Así que, hasta entonces, tú y tu Casa, descansad. Son órdenes mías. Navidad con tu familia. Comida, vino y televisión. Tarjetas y regalos. Ve. Ahora.

—Vete —repitió Diana—. Iré a verte con Tullah y esta criatura. — Le dio un golpecito a Kaothos, que chisporroteó en silencio y se frotó contra el hombro de Diana.

Capítulo 72

No volvimos todos directamente a Denver. Seis de nosotros volamos en helicóptero hasta el rancho de Jen en las Montañas Rocosas. El lugar al que ella *nunca* llevaba a nadie.

Esperaba una mansión, pero era un rancho, un rancho en funcionamiento, y Jen nos dejó solos durante una hora para hablar con los peones y mimar a sus caballos.

Yelena, Julie y Keith se volvieron locos. Un alojamiento de lujo, y estaban preparándose para pasar el tiempo al aire libre. Ropa de camuflaje para la nieve, mochilas, comida deshidratada… todo lo necesario. Incluso habían cambiado el lubricante de sus armas.

—¿Estás segura? —le dije a Julie—. Va a hacer frío ahí fuera.

Una tormenta de nieve nos había seguido hasta allí y había obligado al helicóptero a volver al pueblo.

En un día despejado, el rancho dominaba un valle escarpado. Ya estaba cubierto de nieve, y el viento levantaba montículos de tres metros contra las empinadas paredes de la casa del rancho. Con la sensación térmica, debía de hacer unos quince grados bajo cero.

Julie estaba muy nerviosa, revisando y volviendo a revisar su equipo.

—De eso se trata —dijo—. Yelena quería que le mostráramos el entrenamiento básico de Ops 4-10 para condiciones extremas.

Me mordí el labio. Tenía mi propia opinión sobre el objetivo de esta pequeña expedición.

—Bueno, ¿te acuerdas de todo eso sobre la importancia de compartir el calor corporal y todo eso? —dije.

—Si no recuerdo mal, fui *yo* quien *te* entrenó, en su día.

Y tenía toda la razón. Ella me había enseñado a cavar agujeros bajo la nieve, apisonando los lados para que no se derrumbaran, tapándonos con la nieve para retener el calor y luego asomándonos de vez en cuando para respirar. Lo habíamos hecho en Alaska, y sólo de pensarlo me daba escalofríos.

—Bueno, pues Yelena estará en *muy* buenas manos —murmuré.

Julie me lanzó una mirada fulminante.

—No está subiendo la temperatura —dijo Keith, mientras cojeaba hacia las puertas del patio—. Vamos.

Yelena sostenía algo en alto y se burlaba de mí. Un móvil.

Metí la mano en el bolsillo.

Sí. Mi móvil.

Ella se rio y salió antes de que pudiera alcanzarla.

Una ráfaga de nieve se arremolinó a su alrededor y, de repente, no eran más que sombras que se desvanecían en la blancura.

Empecé a tener frío sólo de mirar, hasta que los brazos de Alex me rodearon por detrás y volví a sentir calor.

—¿De verdad nos van a estar vigilando mientras se entierran en la nieve? —dijo.

Resoplé.

—No necesitamos guardias. Nadie va a entrar ni salir por ahora.

Me giré y le acaricié el cuello con la nariz.

Mmmm.

—¿Y si Basilikos hubiera dejado un equipo aquí arriba por si acaso nosotros…?

Le besé para que se callara. Ya habría tiempo de volver a ser paranoicos cuando estuviéramos en Denver.

Oímos que la puerta principal se abría de nuevo. Otra ráfaga de aire frío y remolinos de nieve entraron con Jen.

Alex y yo la recibimos en el vestíbulo, quitándonos las botas después de sacudir la nieve.

—¿Cómo están todos los caballitos? —dijo Alex. Le di un codazo en las costillas.

—A salvo y felices por el momento. —No entró al trapo de sus bromas.

Nos encontramos en medio del salón y nos dimos uno de nuestros abrazos a tres bandas.

Era extraño que pudiera sentirse tan bien y tan inquietante al mismo tiempo.

Jen llevaba algo en el bolsillo y me moví para evitar que me presionara el costado.

Ella lo vio.

—Supongo que este es un momento tan bueno como cualquier otro. —Su voz temblaba.

¿Jen? ¿Nerviosa?

Metió la mano en el bolsillo y sacó una cajita. Era rectangular, del tamaño de una mano, y estaba forrada de suave terciopelo negro con un broche dorado en la parte delantera.

Jen forcejeó con el broche.

—Sé que no hay la más mínima esperanza de que ningún funcionario reconozca lo que tenemos, me refiero fuera del Athanate —dijo—. Pero quería…

Su voz se apagó.

Por fin se soltó el broche y abrió la caja.

Dentro había seis anillos de oro.

Alex tragó saliva.

—¿No se supone que son cinco anillos de oro, cuatro pájaros cantores...?

Le di otro golpe en las costillas.

—Dos para cada uno —susurré, y Jen asintió.

Nos quedaban perfectos.

Ya fuera por llevar los anillos puestos o simplemente por encontrarnos a solas el uno con el otro por una vez, de repente era raro.

Jen fue quien se recuperó antes.

—Vamos a comer.

Esto era un rancho. Carmen no estaba para cocinar, y había comida en la cocina sólo porque Jen había llamado antes. Cocinaríamos juntos.

—Filetes —dijo Alex, mirando en la nevera—. O… filetes.

—Mmm. Primero, el vino —dijo Jen, mientras abría una botella de vino tinto y lo servía en las copas.

Encendió el fuego y recorrió la cocina, buscando lo que necesitábamos.

—Pica-picas —anunció—. Tiras de ternera picantes y ensalada.

—Vale, soy médico —dijo Alex—. Yo cortaré la carne.

—Yo no lloro, cortaré las cebollas.

Eso me dejó a mí con los chiles.

—De todos modos, necesito un poco de picante —dije.

Se rieron.

Nos colocamos alrededor de la encimera central y empezamos. El vino estaba bueno.

—Mmm… ¿Notas el sabor de la aceituna negra? ¿Y de la cereza? —pregunté.

Si hubiera sido de los que ponen los ojos en blanco, Alex lo habría hecho, pero me di cuenta de que se rellenó la copa. Y como mi lobo y Athanate me habían abierto nuevas experiencias en cuanto a sabor y olor, iba a disfrutarlas, pensaran lo que pensaran los demás.

Estaba preocupada por Alex. Aparte de bromear con Jen, había estado bastante callado desde que salimos de Los Ángeles.

—¿Feliz? —le pregunté.

—Sí —respondió.

—Bueno, deberías estar más feliz —refunfuñé—. Deberías estar tan feliz como un perro con dos colas.

Jen soltó una risita, y aunque él mantuviera su cara de mal humor, estaba segura de haber visto cómo se le arrugaban un poco las comisuras de los ojos de Alex.

—Nulla cani iocis —dijo pomposamente, concentrándose en cortar la grasa de la carne.

Miré a Jen en busca de ayuda.

—El buen doctor está presumiendo de su latín. —Jen dejó el cuchillo, dio un mordisco a la cebolla y dio una vuelta alrededor de la mesa—. Dice que nada de chistes de perros. —Se colocó detrás de él y le rodeó la cintura con las manos—. Entonces, ¿cómo lo hacemos al estilo perrito, querido? ¿Eh? —Lo atrajo hacia ella—. ¿Tenemos que decir al estilo lobito?

Me atraganté con el vino.

—Basta. Estás avergonzando a Amber —dijo él. Mantenía el rostro serio, pero yo podía ver lo mucho que lo estaba disfrutando.

—Oh, ¿de verdad? —murmuró ella contra su cuello—. ¿Sabes que Amber se sonroja por cualquier motivo?

Le sacó la camisa de los vaqueros y sus manos se deslizaron sensualmente por su vientre, para luego alejarse hasta que sus

dedos apenas le rozaron la piel, provocándole la piel de gallina.

Entonces, tras haber conseguido una reacción por su parte, se deslizó hasta mi lado de la mesa.

—No te metas conmigo mientras tengo un cuchillo afilado en la mano —dije, mirando los pimientos y cortándolos furiosamente. Era injusto que mis parientes se burlaran de mi tendencia a sonrojarme.

—Hmmm... —Jen me tiró de la camiseta sin avisar y deslizó las manos por debajo. Contuve un grito ahogado—. ¿Ves, Alex? Rosa como un flamenco.

Me recosté en su abrazo, dejando caer el cuchillo y el chile, y volví mi rostro hacia ella. Sus labios se encontraron con los míos, llenos de vino, cebolla y promesas.

Rompimos el beso y ella acarició mi cuello con la nariz.

—Creo que le ha gustado —susurró.

Alex seguía intentando parecer serio, pero yo podía ver que sus vaqueros le estaban quedando demasiado ajustados. Jen acababa de retrasar la comida una buena media hora, pero también había cambiado por completo el ambiente.

—Esto no sirve para picar cebollas —dije.

—No —respondió ella, dirigiéndose a la cocina y apagando el fogón principal—. ¿Qué te parece si almorzamos tarde? ¿O quizá simplemente cenamos? —Agarró su propia camiseta y, con un movimiento lánguido, se la quitó. Era tan hermosa que se me aceleró el corazón.

Arrojó la camiseta por encima del hombro y se alejó, mirando hacia atrás con timidez.

Alex gruñó y la persiguió, olvidándose del filete.

Ella corrió. Se oyó un grito de alegría desde el pasillo. Más gruñidos.

Primero me lavé las manos con cuidado; no sería bueno frotar restos de chile en ninguna zona sensible. Luego los seguí lentamente, recogiendo la camiseta que Alex había dejado tirada y un zapato donde se le habían caído.

El rastro de ropa me llevó hasta el dormitorio.

Estaban completamente desnudos y revolcándose en la cama.

Y sí, eran la pareja más hermosa que había visto jamás.

Esperaba sentir una punzada de celos. Nada. Nada más que un deseo intenso, tan feroz que tuve que cerrar las piernas para no derrumbarme.

Jen le quitó la mano del trasero, hizo un gesto con el dedo y me llamó.

Me quedé al otro lado de la habitación. Las rodillas me fallaban y me temblaban los dedos, pero me negué a precipitarme. Doblé su ropa, ignorando el gruñido impaciente de Alex.

Todo a su debido tiempo.

Me quité la camisa que Jen me había desabrochado. El sujetador. Una bota. Luego la otra.

Ya tenía toda su atención.

Alex hizo ademán de levantarse para «ayudarme» con los vaqueros, pero Jen lo tiró hacia atrás. Él era mucho más fuerte, por supuesto, pero un hombre puede mostrarse francamente dócil cuando una mujer tiene un agarre tan firme sobre esa parte de su cuerpo.

Con los ojos brillantes de deseo, observaron cómo me quitaba los vaqueros.

Luego, el tanga que Jen me había comprado. Lentamente.

Me costó mucho arrastrarme hasta la cama, con las fuerzas abandonándome y las rodillas a punto de fallarme.

Tenía tan poco control sobre mis extremidades que pensé que quizá no conseguiría subirme a la cama. Pero Alex me agarró y me tiró hacia abajo, entre ellos.

En un segundo, me quedé inmovilizada con ellos a ambos lados.

Déjà vu.

—Bueno, ¿por dónde íbamos? —dijo Jen—. ¿Te acuerdas, querido?

Ese era *Alex-querida*.

—Estábamos jugando un poco aquí, así —dijo.

Tuve que aclararme la garganta antes de gruñir.

—Estabas practicando a besar mal.

—Creo que está diciendo que tenemos que hacerlo mejor —dijo Jen.

Me imitaron: no se apresuraron. Sus ojos se bebían el uno al otro. Podía sentir cómo se les aceleraba el corazón. Jen dejó escapar un

pequeño suspiro justo cuando sus labios finalmente se encontraron.

No había nada malo en ese beso, por parte de ninguno de los dos. Hambriento, áspero y tierno, todo al mismo tiempo.

Me iluminó ver su deseo, compartirlo.

No me habían olvidado.

Jen primero. Sus labios eran suaves, marcados por la pasión. Podía saborearla. Podía saborear a Alex. Sus sabores se entrelazaban en nuestras lenguas. Sus aromas eran como flores silvestres enredadas en el enrejado de mi marquesina. Nuestra marquesina.

Alex me mordisqueó el cuello con impaciencia, y cuando jadeé, rompiendo el beso de Jen, la apartó con un empujón y tomó el relevo, besándome con fuerza.

Jen disfrutaba viéndonos tanto como yo había disfrutado viéndolos a ellos.

Lo giré sobre su espalda, empujé a Jen encima de él y me monté detrás de ella, presionando contra su espalda.

Esto era un rancho de caballos, ¿no?

No hay ninguna ley que prohíba montar en tándem. Si tu caballo puede soportarlo.

Pasé mis manos por encima de ambos. El tacto de su piel me encendió de nuevo por completo.

Alex se incorporó y pasó la punta de la lengua por uno de los pezones, haciendo que Jen gimiera. Yo le acaricié el otro pecho con la mano, disfrutando de su peso perfecto, de su suavidad y de la dureza del pezón bajo mi dedo.

No pude contenerme más.

Solté su pecho, deslicé la mano entre ambos, acariciándole con lentos círculos, bajando por la curva sinuosa de su vientre. Hacia abajo.

Ella gimió de nuevo, su cuerpo se movió, temblando, ofreciéndose, ansiosa por el placer.

Pero fue a Alex a quien agarré. Sentí la sacudida. Su volumen puro y duro. El calor. El pulso.

La sacudida también recorrió su cuerpo. A través de Jen. De vuelta a mí.

Un empujoncito. Una presión de mi entrepierna contra su trasero. La moví hasta que quedó en la posición perfecta. Provocándola. Provocándolos a los dos.

Durante un largo minuto, no lo solté. Sentí cómo la presión crecía en ambos. Estaba mareada de deseo, saboreando cada pequeña sensación, cada momento. Mi corazón latía con fuerza contra la espalda de Jen y mi visión se nubló.

Solté a Alex y empujé a Jen hacia abajo.

Todos gritamos y sentí que mi corazón iba a estallar de alegría.

Capítulo 73

Salí a la superficie de ese sueño profundo que viene del agotamiento.

Era justo.

Me dolía todo el cuerpo de una forma agradable. *Todo* el cuerpo.

La noche había sido… increíble.

Hacer el amor los tres juntos fue un poco difícil; tuvimos que ir aprendiendo sobre la marcha. Si jugábamos con uno de nosotros en el medio, provocando y acariciando los otros dos, para ese se acababa todo demasiado rápido. Y si mi eukori se escapaba, compartiendo cada sensación que sentíamos, se volvía incontrolablemente intenso, y se acababa todo para todos demasiado rápido.

Al final preparamos esa cena de ternera picante, cuando el hambre nos sacó del dormitorio. Cocinar había sido lento y con interrupciones. Y luego Jen había insistido en establecer unas reglas para comer: un plato enorme. En la cama. Sólo con los dedos. No te des de comer a ti mismo. No te chupes los dedos para limpiarlos.

Había sido la comida más lenta de la historia. Y yo tenía razón: la salsa de chile en los dedos pica cuando tocas zonas sensibles.

No cabíamos en la bañera, así que nos duchamos. Al igual que la comida, había sido una tarea interminable.

Entonces, ¿por qué estoy despierta ahora?

Un roce en mi eukori. Nada más que una sensación. *Yelena.*

Empecé a abrirme paso a regañadientes entre la maraña de brazos y piernas de mis parientes.

—¿Mmm? —Jen. El tipo de murmullo que lograba decir *«¿por qué estoy despierta?»* al mismo tiempo que *«¿qué probamos ahora*?».

—Yelena viene.

—Qué bien —dijo ella—. ¿Con Julie? ¿O Keith? ¿O los dos?

Me reí entre dientes.

—No. Que va a entrar desde fuera.

Alex refunfuñó y un brazo fuerte intentó volver a meterme en la cama.

Me retorcí y me escabullí. Si dejaba que me volviera a meter, quizá nunca saldría.

Me eché un albornoz por encima y llegué hasta la mitad del pasillo. Yelena se alzaba imponente en la oscuridad, con su voluminoso traje de camuflaje para el frío. Se había tomado su tiempo para quitarse las botas. Supuse que no era *tan* urgente.

—Tienes tiempo para vestirte, jefa —dijo antes de que pudiera hablar.

—¿Qué pasa?

—Llamada del agente Ingram con mala conexión. Se dirige aquí en helicóptero. Quince minutos.

—¿La tormenta?

—Ha amainado. Ahora está despejado.

Quince minutos. Una voz con mala conexión.

—¿Qué opinas?

Yelena se encogió de hombros.

—Con nosotros tres ahí fuera, cualquiera que baje de un helicóptero a esa pista de aterrizaje estará en nuestra zona de fuego. Sería una estupidez. Si vienen y aterrizan, probablemente *sea* Ingram. Si la llamada era sólo para comprobar si estabas aquí…

Adiós a la paranoia de esperar hasta que volviéramos a Denver.

Si no era Ingram, entonces alguien sabía demasiado sobre nosotros y llegarían aquí en menos de quince minutos, y lo único que veríamos de ellos serían cohetes.

Alex estaba detrás de mí, medio vestido.

—Tú y Jen, con ropa de exterior y armados, con Yelena —dije.

—¿Y tú?

—Ahí para recibirlo si es Ingram, pero no en la casa del rancho.

En diez minutos, estábamos todos fuera, escondidos y con los dispositivos conectados. Las luces del rancho estaban encendidas.

No sabía exactamente dónde estaba el resto. Yo estaba escondida debajo de la zona de aterrizaje.

En doce minutos, pude oír el helicóptero.

—Un único helicóptero —murmuré por el comunicador.

No obtuve respuesta, pero tampoco esperaba ninguna.

El helicóptero se acercó lentamente, iluminado por las luces de aterrizaje. No se trataba de un asalto aéreo.

Keith estaba en la parte delantera del rancho.

—No hay nadie aquí —dijo.

Así que tampoco era una distracción.

Aun así, fue un alivio cuando reconocí la figura que bajó y comenzó a caminar hacia el rancho.

—Agente Ingram —dije, saliendo de las sombras. Él dio un respingo—. Lo siento —continué.

—Me preguntaba dónde estabas, Sra. Farrell. Y sabía que había sido una buena idea llamar antes —dijo—. No dudo de que ahora mismo esté en el punto de mira de los visores infrarrojos de alguien.

—Puede que sí —admití, y miré al piloto, que seguía sentado a los mandos—. ¿Vas a entrar?

—No. No puedo quedarme —dijo.

Había recorrido un largo camino sólo para saludarme.

—Vale. Sentémonos allí. —El cobertizo que señalé nos proporcionaba asientos y un refugio contra el viento. No era cómodo, pero era mejor que estar de pie al aire libre.

—Sí.

Estaba agarrotado de estar sentado en el helicóptero y aquí no iba a estar mejor, pero era su elección.

—Parece que has descansado más que la última vez que nos vimos, Sra. Farrell.

—Pues sí.

—Un buen descanso, entonces. —La voz del agente Ingram era muy tranquila.

—Sí. Mejor que eso. Mucho, mucho mejor. Increíble. Lo siento, supongo que lo pasaste fatal.

—Se podría decir. Buen trabajo con Forsythe. Buen trabajo con… todo.

Suspiró y metió la mano en el bolsillo.

Me picó la nariz. Bourbon. No estaba borracho ni nada por el estilo, pero el agente Ingram se había estado calentando durante el vuelo.

Dio un trago a una vieja petaca estropeada y me la pasó.

Di un sorbo y tosí.

—Single barrel, Wild Turkey Kentucky Spirit —dijo.

—¡Ah! El que llaman «Kickin' Chick'n».

—Exacto.

¿Una ocasión especial?

No parecía saber por dónde empezar, fuera lo que fuera lo que quisiera contar, así que le animé a hablar.

—Cuéntame qué tal te lo pasaste en Las Vegas y Los Ángeles —le dije.

—Hemos despejado todas las propiedades de ambas ciudades. Todo. Lo hemos embolsado todo. Hemos clasificado parte de ello. Hemos ordenado parte de ello. Todo ha desaparecido en el Proyecto Anthracite. Los Ángeles no fue gran cosa, pero no te creerías lo que sacamos de Las Vegas. Todavía lo estamos ordenando. Todavía me queda mucha*… mierda* por ver.

Fruncí el ceño en la oscuridad. Me imaginaba de qué estaba hablando.

—Tienes gente que se encarga de eso, ¿no? ¿Especialistas en escenas del crimen, como pequeños agentes en prácticas? —intenté restarle importancia—. Ya sabes, como polvo de hadas. Los esparces por la escena y ellos lo hacen todo mientras tú te echas una siesta. Así mantienes todo a una distancia prudencial.

—Sí. —Suspiró.

—¿Y?

—Política. —Había un mundo de enfado en esa palabra.

—¿Quieres decir que alguien...? —Cerré la boca de golpe. Si había alguien poderoso o famoso involucrado, ya fuera el autor o la víctima, él no podía decírmelo—. Lo siento.

Gruñó algo evasivo y se inclinó hacia delante, con las manos en las rodillas.

—Ya sabes, se me conoce por saltarme las reglas de vez en cuando.

Hice unos ruidos de cortesía, incrédula, mientras cruzaba los dedos.

No pareció darse cuenta. Dio otro trago y volvió a pasarme la petaca.

—Pero nunca he manipulado pruebas.

Empezaba a preocuparme. El agente Ingram no era el tipo de persona que se ponía a reflexionar sobre las cosas.

Nos pasamos la petaca un par de veces más. Él daba pequeños tragos.

Empezaba a preocuparme para qué era el bourbon. Lo obvio, lo que se suponía que debía creer, era para ayudarle a conciliar el sueño esa noche. Para que olvidara la *mierda* por la que había tenido que pasar.

Pero, ¿y si no era eso?

¿Y si era para mí?

Si era para mí, ¿por qué quería que me relajara? ¿O que me adormeciera antes de decirme lo que fuera que finalmente iba a decirme?

Se dio una palmada en las rodillas y se las frotó.

—Bueno —dijo, de repente—. He retirado tus pruebas. Tus cintas no existen oficialmente.

—¡Mierda! —*¿Ingram hizo eso? ¿Por mí?* — Quiero decir, gracias, agente Ingram. Gracias desde lo más profundo de mi corazón.

—No me des las gracias.

—Pero te has puesto en peligro por mí.

No respondió directamente. En lugar de eso, se levantó y caminamos lentamente de vuelta hacia el helicóptero.

¿Eso fue todo? ¿Vino hasta aquí para decirme eso?

—He hablado antes con el señor Altau —dijo por fin—. Una larga charla.

¿Skylur le pidió que recuperara mis cintas?

—¿Lo hiciste porque él te lo pidió? ¿O te refieres a que lo hiciste por la Revelación?

—No lo hice exactamente por ti, Sra. Farrell. Ni por nuestro plan, que te advierto que será *nuestro* plan y puede que ya no sea exactamente el vuestro.

Gruñó como si estuviera luchando físicamente con los pensamientos que intentaba explicar.

—Estoy comprometido. En cuanto hablé contigo por teléfono y te di información suficiente para secuestrarme en Denver, quedé

comprometido. Cuando no llamé a mi jefe en cuanto salí de Haven, quedé comprometido. En cuanto mi jefe no llame a su jefe cuando se entere de lo que hice, él estará comprometido. Y todos estaremos comprometidos a menos que y hasta que lleguemos al presidente y el presidente diga que no estamos comprometidos. —Resopló—. Todos podemos tener esperanza.

La nieve crujía bajo nuestros pies.

—¿No es cierto que, una vez que estás comprometido, la siguiente opción parece más fácil? ¿Por qué no debería sacar esa cinta de las pruebas? El caso entero difícilmente va a depender de una sola cinta entre cientos. Pero incluso eso no es toda la historia.

Nos detuvimos y nos quedamos justo fuera del círculo de las palas del helicóptero.

—Un hombre interesante, el señor Altau. Hablamos de justicia, que es lo que pretendo impartir. Muy poco consuelo para todas las mujeres y los niños que hay en ese montón de pruebas. Sabes, cuando me pongo a pensar así, a veces tengo que ignorar el panorama general y centrarme en una sola persona. Un representante del conjunto. Un sustituto que ocupe el lugar de todos los demás a los que realmente no puedo ayudar con mi justicia.

Ingram hizo un gesto giratorio con la mano. El piloto volvió a poner en marcha el motor e inclinó la cabeza para concentrarse en sus comprobaciones.

—No puedo decir que lo entienda del todo —dijo Ingram—. El señor Altau dijo que éramos parecidos en muchos aspectos. Parecía pensar que querrías esto. Que tú también estarías buscando un sustituto.

Dándole la espalda para que el piloto no pudiera verlo, Ingram metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un paquete, que me tendió.

¿Qué? ¿Por qué no lo había destruido simplemente?

—Hay... —empezó a decir algo y se detuvo, como si estuviera esperando que le llegara la inspiración. Parecía viejo y cansado. Al final, negó con la cabeza y, sin decir nada más, se inclinó y caminó rápidamente de vuelta al helicóptero.

Me alejé bastante mientras el ruido sordo de las palas cambiaba de tono y el helicóptero despegaba.

Cada vez más extraño.

¿Por qué pensó Skylur que yo querría las cintas? ¿Un sustituto? ¿Le había hablado Diana de que yo buscaba redención de alguna manera?

Una punzada de preocupación comenzó a apoderarse de mí. Le di la espalda a la tormenta de nieve que levantaba el helicóptero y miré dentro del paquete.

Dos cintas.

Las viejas cintas de VHS duraban tres horas o más, si no recuerdo mal. Forsythe no podía haber necesitado más de una para mí. Al menos, así lo sentí en ese momento.

Saqué la primera. A la luz del rancho, pude distinguir lo que había escrito. En la parte superior figuraban el nombre de la marca y la duración máxima de ciento ochenta minutos. A continuación, escrita con rotulador, la fecha, que nunca olvidaría. Sentí un nudo en el estómago y me invadió la náusea. Debajo de la fecha, mis iniciales: *AF*. El rotulador era de punta ancha; la letra de Forsythe era tal y como la recordaba, cuadrada y pulcra, como una plantilla.

Bajo esa luz, el color de la tinta se veía negro, lo que me hizo pensar en sangre bajo la luz ultravioleta.

Saqué la segunda cinta del paquete. Fruncí el ceño. La fecha era más de un mes después. Para entonces ya me había ido de Denver. Estaba en el campamento de entrenamiento.

Y debajo de la fecha, con la misma letra cuidadosa y cuadrada, estaban las iniciales *KF*.